# LA PLENITUD DE LA VIDA

## SIMONE DE BEAUVOIR

narrativas contemporáneas
edhasa

# LA PLENITUD DE LA VIDA

## SIMONE DE BEAUVOIR

EDHASA

Título original en francés:
LA FORCE DE L'AGE
Traducción de: Silvina Bullrich
Diseño de la portada: Tony Miserachs

1a. edición: noviembre de 1980
2a. edición: enero de 1982

(c) 1960 Editions Gallimard

(c) 1980 EDHASA
Avda. Diagonal 519. Barcelona 29
Telfs 239 51 04 / 05

IMPRESO EN ESPAÑA

ISBN: 84-350-0300-0
Depósito legal: B. 1931 - 1982

*A Jean-Paul Sartre*

# PRÓLOGO

*Cuando empecé a hablar de mí me lancé en una aventura imprudente: uno empieza y no termina más. Hace tiempo que tenía ganas de contarme mis veinte primeros años; nunca olvidé los llamados que, de adolescente, dirigí a la mujer que iba a reabsorberme en ella, cuerpo y alma: no quedaría nada de mí, ni siquiera una pizca de cenizas; le suplicaba que me arrancara un día de esa nada en la que me habría sumergido. Quizá mis libros sólo hayan sido escritos para permitirme el logro de ese antiguo ruego. A los cincuenta años consideré que el momento había llegado; presté mi conciencia a la niña, a la joven abandonada en el fondo del tiempo perdido y perdidas con él. Las hice existir en negro y blanco sobre el papel.*

*Mi proyecto no iba más allá. Adulta, dejé de invocar el porvenir; cuando hube terminado mis memorias ninguna voz se elevaba en el pasado para instarme a seguirlas. Estaba decidida a empezar otra cosa. Y no pude. Invisible, bajo la última línea, se dibujó un punto de interrogación del que no pude apartar mi pensamiento. La libertad: ¿para qué? A todo ese alboroto, ese gran combate, esa evasión, esa victoria, ¿qué sentido les daría el resto de mi vida? Mi primer movimiento fue atrincherarme detrás de mis libros; pero no, no traen ninguna respuesta: son ellos los que plantean el conflicto. Yo había decidido escribir, escribí, de acuerdo: pero ¿qué? ¿Por qué esos libros, sólo esos, justamente esos? ¿Quería algo más o algo menos? No hay relación entre la esperanza vacía e infinita de mis veinte*

*años y una obra hecha. Yo quería a la vez mucho menos y mucho más. Poco a poco me convencí de que el primer tomo de mis recuerdos exigía a mis propios ojos una continuación: inútil haber contado la historia de mi vocación de escritora si no trato de decir cómo se ha encarnado.*

*Por otra parte, pensándolo bien, ese proyecto me interesa. Mi existencia no está terminada pero ya tiene un sentido que naturalmente el porvenir no modificará. ¿Cuál? Por razones que en el curso de esta misma encuesta tendré que aclarar evité preguntármelo. Me enteraré ahora o nunca.*

*Quizá me digan que esa preocupación me concierne sólo a mí; pero no; Samuel Pepys o Jean-Jacques Rousseau, mediocre o excepcional, si un individuo se expone con sinceridad todo el mundo está más o menos en juego. Imposible encender la luz sobre su vida sin iluminar más o menos la de los demás. Por otra parte a los escritores los acosan con preguntas: ¿Por qué escribe? ¿Cómo pasa sus días? Más allá de la tendencia a las anécdotas y a los comadreos me parece que mucha gente desea comprender qué género de vida representa la escritura. El estudio de un caso particular informa mejor que respuestas abstractas y generales: es lo que me anima a examinar el mío. Quizá esta exposición ayude a disipar algunos malentendidos que separan siempre a los autores de su público y que a menudo me han desagradado; un libro sólo cobra su verdadero sentido si se sabe en qué situación, en qué perspectiva y por quién ha sido escrito: yo quisiera explicar los míos hablando a los lectores de persona a persona.*

*Sin embargo, debo advertirles que no pienso decirles* todo. *He contado sin omitir nada mi infancia, mi juventud; pero si bien he podido sin molestia y sin demasiada indiscreción desnudar mi lejano pasado, no siento, respecto a mi edad adulta, la misma indiferencia ni dispongo de la misma libertad. No se trata aquí de comadrear sobre mí misma y sobre mis amigos; no me gustan los chismes. Dejaré, resueltamente, muchas cosas en la sombra.*

*Por otra parte mi vida ha estado estrechamente ligada a la de Jean-Paul Sartre; pero su historia piensa contarla él mismo y le dejo esa tarea. Estudiaré sus ideas, su obra, sólo hablaré de él en la medida en que intervino en mi existencia.*

*Algunos críticos creyeron que en mis* Memorias *había querido dar una lección a las jóvenes; he deseado sobre todo pagar una deuda. Este informe en todo caso está desprovisto de toda preocupación moral. Me limito a dar un testimonio de lo que fue mi vida. No prejuzgo nada, salvo que toda verdad puede interesar y servir. ¿A qué, a quién servirá la que trato de expresar en estas páginas? Lo ignoro. Desearía que entraran en ellas con la misma inocencia.* [1]

[1] En este libro he incurrido en omisiones; nunca en mentiras. Pero es probable que mi memoria me haya traicionado en cosas insignificantes; los leves errores que el lector quizá advierta no comprometen por cierto la verdad del conjunto.

# PRIMERA PARTE

# I

Lo que me deslumbró cuando llegué a París en setiembre de 1929 fue primeramente mi libertad. La había soñado desde la infancia cuando jugaba con mi hermana a "la señorita grande". De estudiante, ya he dicho con qué pasión clamaba por ella. De pronto la tenía; en cada uno de mis movimientos me maravillaba mi agilidad. Por la mañana, en cuanto abría los ojos, me revolcaba con júbilo. Alrededor de los doce años había sufrido por no tener en casa un rincón que fuera mío. Leyendo en *Mon Journal* la historia de una colegiala inglesa había contemplado con nostalgia la fotografía que representaba su cuarto: un pupitre, un diván, estanterías cubiertas de libros; entre esas paredes de colores vivos ella estudiaba, leía, tomaba té, sin testigos: ¡cómo la envidiaba! Yo entreveía por primera vez una existencia más favorecida que la mía. Ahora, ¡yo también estaba en mi habitación! Mi abuela había sacado de su sala todos los sillones, mesitas, adornos. Yo había comprado muebles de pino que mi hermana me había ayudado a barnizar. Tenía una mesa, dos sillas, un gran cofre que servía para sentarse y para guardar de todo, estanterías para poner mis libros, un diván que hacía juego con el papel naranja con que había empapelado las paredes. Desde mi balcón del quinto piso dominaba los plátanos de la calle Denfert-Rochereau y el león de Belfort. Para calentarme encendía una estufa de querosén que daba muy mal olor:

me parecía que ese olor defendía mi soledad y me gustaba. ¡Qué alegría poder cerrar mi puerta y pasar mis días protegida de todas las miradas! Durante mucho tiempo me resultó indiferente el decorado en el cual vivía; a causa quizá de la imagen de *Mon Journal* prefería los cuartos con un diván y estanterías; pero me las arreglaba con cualquier rincón: me bastaba poder cerrar la puerta para sentirme feliz.

Le pagaba un alquiler a mi abuela y me trataba con tanta discreción como a sus demás pensionistas; nadie vigilaba mis idas y venidas. Podía volver al alba o leer en la cama durante toda la noche, dormir en pleno día, quedarme encerrada durante veinticuatro horas seguidas, bajar bruscamente a la calle. Almorzaba con un *bortsch* en *Dominique*, de noche tomaba en la *Coupole* una taza de chocolate. Me gustaban el chocolate, el *bortsch*, las largas siestas y las noches en vela, pero sobre todo me gustaba mi capricho. Casi nada lo contrariaba. Comprobaba alegremente que "la seriedad de la vida" con que los adultos me habían llenado la cabeza no resultaba muy pesada. Pasar mis exámenes no había sido una chacota; había penado duramente, había temido fracasar, tropezaba contra obstáculos y me cansaba. Ahora no encontraba ninguna resistencia, me sentía de vacaciones y para siempre. Algunas lecciones particulares y una delegación en el liceo Victor Duruy aseguraban mi pan de cada día; esos trabajos ni siquiera me aburrían y al hacerlo me parecía entregarme a un juego nuevo: jugaba a la persona mayor. Tratar de conseguir alumnos, discutir con las directoras y los parientes de los alumnos, establecer mi presupuesto, pedir prestado, devolver, calcular, todas esas actividades me divertían porque las hacía por primera vez. Recuerdo con qué alegría cobré mi primer cheque. Tenía la impresión de engañar a alguien.

La ropa nunca me había interesado mucho; sin embargo me alegró vestirme a mi gusto; estaba todavía de luto por mi abuelo y no deseaba chocar; compré un abrigo, un sombrero y zapatos grises; me hice hacer un vestido que

hacía juego y otro negro y blanco; por reacción contra los algodones y las lanas a los que me habían condenado, elegí telas livianas: una espumilla y un género muy feo que estaba de moda aquel invierno, terciopelo estampado. Todas las mañanas me pintarrajeaba mal y con exceso: una placa roja sobre cada pómulo, mucho polvo, carmín en los labios. Me parecía absurdo vestirse más lujosamente el domingo que los días de semana; para mí, en adelante, todos eran días de fiesta y me vestía del mismo modo en cualquier circunstancia. Me daba cuenta de que la espumilla y el terciopelo parecían más bien fuera de lugar en los corredores del liceo y de que mis escarpines se habrían estropeado menos si no los hubiera arrastrado de la mañana a la noche por los empedrados de París, pero no me importaba. La vestimenta era una de las cosas que no tomaba en serio.

Me instalé, me vestí, recibí amigos, salí; pero eran sólo prolegómenos. Cuando Sartre llegó a París a mediados de octubre, mi nueva vida comenzó verdaderamente.

Sartre había ido a verme al Limousin; había bajado en el hotel de la *Boule d'Or* en Saint-Germain-les-Belles; para evitar las habladurías nos encontrábamos a una buena distancia del pueblo, en el campo. ¡Con qué alegría por la mañana yo bajaba corriendo el césped del campo, saltaba el cerco, atravesaba las praderas todavía húmedas donde tan a menudo y a veces tan amargamente había cavilado sobre mi soledad! Nos sentábamos en el pasto y conversábamos. Yo no había supuesto el primer día que lejos de París y de nuestros camaradas esa ocupación pudiera bastarnos. "Llevaremos libros y leeremos", había yo sugerido. Sartre se había indignado; también había desechado todos mis proyectos de paseos; era alérgico a la clorofila, el verde de esos pastizales le irritaba, sólo lo toleraba a condición de olvidarlo. Sea. Por poco que me alentaran, la palabra no me asustaba; reanudamos la conversación iniciada en París y no tardé en darme cuenta de que aunque se prolongara hasta el

fin del mundo el tiempo me parecería demasiado corto. La mañana acababa de nacer cuando ya sonaba la campana del almuerzo. Iba a almorzar en familia; Sartre comía pan de especias o queso que mi prima Madeleine llevaba con misterio a un palomar abandonado al lado de "la casa de abajo": le gustaba lo novelesco. Apenas comenzaba, la tarde se marchitaba; la noche caía; Sartre volvía a su hotel; comía al lado de los viajantes de comercio. Yo había dicho a mis padres que estábamos escribiendo un libro que sería una crítica del marxismo. Esperaba ablandarlos halagando su odio al comunismo, pero no los conocía. Cuatro días después de la llegada de Sartre los vi aparecer a la vera del prado donde estábamos instalados; se acercaron; mi padre tenía un aire resuelto, pero un poco cohibido bajo su rancho de paja amarillento; Sartre, que llevaba ese día una camisa de un rosa agresivo, se puso de pie de un salto, la mirada batalladora. Mi padre le rogó cortésmente que dejara la región: la gente comentaba y mi aparente mal comportamiento perjudicaba la reputación de mi prima, a la que querían casar. Sartre contestó vivamente, pero sin demasiada ira, pues estaba resuelto a no avanzar su partida ni en una hora. Nos limitamos a darnos citas un poco más clandestinas en los bosques de castaños, lejanos. Mi padre no volvió a la carga y Sartre se quedó una semana más en la *Boule d'Or*. Luego nos escribimos a diario.

Cuando volví a encontrarlo en octubre había liquidado mi pasado [1]; entré sin reservas en nuestra historia. Sartre no debía tardar en irse para hacer su servicio militar; entretanto estaba de vacaciones. Vivía en la calle Saint Jacques en casa de sus abuelos Schweitzer y nos encontrábamos por la mañana en el Luxemburgo gris y dorado, bajo la mirada blanca de las reinas de piedra; sólo nos separábamos muy entrada la noche. Caminábamos por París y seguíamos conversando; sobre nosotros, sobre nuestras relaciones, nuestra vida y nuestros futuros libros, aclarábamos todo. Hoy lo

[1] Conté esta liquidación en *Memorias de una joven formal*.

que me parece más importante en esas conversaciones no son las cosas que decíamos, sino las que dábamos por sentadas: no lo eran; nos equivocábamos casi en todo. Para definirnos hay que pasar revista a esos errores, pues expresaban una realidad: la de nuestra situación.

Ya lo he dicho: Sartre vivía para escribir; tenía el mandato de testimoniar todas las cosas y de tomarlas por su cuenta a la luz de la necesidad; la misión mía era prestar mi conciencia al múltiple esplendor de la vida y tenía que escribir a fin de arrancarlo al tiempo y a la nada. Esas misiones se imponían a nosotros con una evidencia que nos garantizaba el cumplimiento; sin formulárnoslo, nos aliábamos al optimismo kantiano: debes, por lo tanto puedes; y en efecto, ¿cómo poner la voluntad en duda en el mismo momento en que se decide y se afirma? Entonces es todo uno, querer y creer. Por lo tanto confiábamos en el mundo y en nosotros mismos. Estábamos contra la sociedad bajo su forma actual, no contra la sociedad; pero no era un antagonismo hosco; implicaba un robusto optimismo. Había que recrear al hombre y esa invención sería en parte nuestra obra. Ni siquiera encarábamos contribuir a ello de distinta manera que con nuestros libros. La vida pública nos fastidiaba; pero contábamos con que los acontecimientos se desenvolverían según nuestros deseos sin que tuviéramos que intervenir; sobre ese punto en ese otoño de 1929 compartíamos la euforia de toda la izquierda francesa. La paz parecía definitivamente consolidada; la expansión del partido nazi en Alemania sólo representaba un epifenómeno sin gravedad. El colonialismo quedaría liquidado a breve plazo: la campaña desatada por Gandhi en la India, la agitación comunista en Indochina, lo garantizaban. Y la crisis de una excepcional virulencia que sacudía al mundo capitalista dejaba prever que esa sociedad no aguantaría mucho tiempo. Ya nos parecía vivir en la edad de oro que constituía a nuestros ojos la verdad oculta de la Historia que al fin sería develada.

Ignorábamos en todos los terrenos el peso de la realidad.

Nos jactábamos de una libertad radical. Creímos durante tanto tiempo en esa palabra y con tanta tenacidad que tengo que mirar de cerca lo que imaginábamos bajo ella.

Cubría una experiencia real. En toda actividad una libertad se descubre y particularmente en la actividad intelectual porque da poco lugar a la repetición; habíamos trabajado mucho; sin tregua, y habíamos tenido que comprender e inventar de nuevo; teníamos de la libertad una intuición práctica, irretutable; nuestro error fue no contenerla en sus justos límites; caímos en la imagen de la paloma de Kant: el aire que le resiste lejos de trabar su vuelo lo soporta. Lo existente nos aparecía como la materia de nuestros esfuerzos y no como su condicionamiento: pensábamos no depender de nada. Igual que nuestra ceguera política, ese orgullo espiritualista se explica primeramente por la violencia de nuestros proyectos. Escribir, crear: nadie osaría arriesgarse en esa aventura si no imaginara ser el dueño absoluto de sí mismo, de sus fines y de sus medios. Nuestra audacia era inseparable de las ilusiones que la sostenían y las circunstancias las habían favorecido juntas. Ningún obstáculo exterior nos había forzado nunca a ir contra la corriente de nosotros mismos; queríamos conocer y expresarnos: nos encontrábamos comprometidos enteros en ese camino. Nuestra existencia colmaba tan exactamente nuestros deseos que nos parecía haberla elegido: de allí augurábamos que se sometería siempre a nuestros designios. La suerte que nos había ayudado nos ocultaba la adversidad del mundo. Por otra parte interiormente no sentíamos lazos. Yo conservaba buenas relaciones con mis padres, pero habían perdido toda influencia sobre mí; Sartre no había conocido a su padre; ni su madre ni sus abuelos habían encarnado la ley a sus ojos; en un sentido ninguno de los dos teníamos familia y habíamos erigido esa situación en principio. Nos alentó en esto el racionalismo cartesiano que nos había transmitido Alain y que habíamos adoptado precisamente porque nos convenía. Ningún escrúpulo, ningún respeto, ninguna adhe-

rencia afectiva nos impedía tomar nuestras decisiones a la luz de la razón y de nuestros deseos; no veíamos en nosotros nada opaco ni turbio: creíamos ser pura conciencia y pura voluntad. Esa convicción se fortalecía con el entusiasmo por el cual apostábamos sobre nuestro porvenir; no estábamos entregados a ningún interés definido puesto que el presente y el pasado debían superarse sin cesar. No vacilábamos en oponernos a todas las cosas y a nosotros mismos cada vez que la ocasión lo requería; nos criticábamos, nos condenábamos con soltura, pues cualquier cambio nos parecía un progreso. Como nuestra ignorancia nos disimulaba la mayoría de los problemas que hubieran tenido que inquietarnos, nos contentábamos con esas revisiones y nos creíamos intrépidos.

Seguíamos nuestro camino sin molestias, sin trabas, sin dificultad, sin miedo, pero ¿cómo no tropezábamos siquiera con barreras? Porque, en fin, teníamos los bolsillos muy vacíos; yo me ganaba apenas la vida, Sartre se comía una pequeña herencia que le venía de su abuela paterna; las tiendas estaban llenas de objetos prohibidos; los lugares de lujo estaban cerrados para nosotros. A esas interdicciones oponíamos la indiferencia y hasta el desdén. No éramos ascetas, lejos de eso; pero hoy, como ayer —y Sartre se me parecía— sólo las cosas que me eran accesibles y sobre todo las que tocaba cobraban su peso de realidad; yo me daba tan enteramente a mis deseos, a mis placeres, que no me quedaba nada para gastar en ansias vanas. ¿Por qué hubiéramos lamentado no andar en auto cuando a lo largo del canal Saint-Martin o sobre los muelles de Bercy hacíamos tantos descubrimientos? Cuando comíamos en mi cuarto pan y fiambres o en la cervecería Demory, cuyo denso olor de cerveza y de repollo gustaba a Sartre, no nos sentíamos privados de nada. De noche, en el Falstaff, en el College Inn bebíamos con eclecticismo bronx, side-car, bacardi, alejandra, martinis; yo sentía una predilección por los cocteles al hidromiel de los Vickings, por los cocteles de damas-

co que eran la especialidad del *Bec de gaz*, calle Montparnasse. ¿Qué más hubiera podido ofrecernos el bar del Ritz? Teníamos nuestras fiestas. Una noche en los Vickings comí una gallina con hongos mientras en una estrada una orquesta tocaba la música de moda: *Pagan love song*. Yo sabía que ese festín no me habría deslumbrado si no hubiera sido excepcional. La misma modestia de nuestros recursos ayudaba a mi felicidad.

Por lo tanto no es un goce inmediato el que se busca en los objetos de precio: sirven de mediadores con los demás; su prestigio les es conferido por terceras personas prestigiosas. Dada nuestra educación puritana y la firmeza de nuestro compromiso intelectual, los habitantes de los grandes hoteles, los hombres con Hispano-Suizas, las mujeres con visones, los duques, los millonarios, no nos impresionaban; y por añadidura, como aprovechadores de un régimen que condenábamos, despreciábamos a toda esa gente elegante como a la hez del mundo. Yo sentía por ellos una piedad irónica; separados de la masa, confinados en su lujo y en sus snobismos, yo solía decirme, cuando pasaba ante las puertas infranqueables de Fouquet's o de Maxim's, que los excluidos eran ellos. En general no existían para mí; sus privilegios, sus refinamientos no me hacían más falta que a los griegos del siglo v el cine y la radio. Evidentemente contra el muro de dinero se quebraba nuestra curiosidad; pero no nos irritábamos, porque pensábamos que la gente encopetada no tenía nada que enseñarnos; sus ceremoniosas disipaciones sólo cubrían el vacío.

Nada, entonces, nos limitaba, nada nos definía, nada nos esclavizaba; nuestros lazos con el mundo los creábamos nosotros; la libertad era nuestra sustancia. Día a día la ejercitábamos por medio de una actividad que ocupaba un gran lugar en nuestras vidas: el juego. La mayoría de las parejas novicias suplen con juegos y fábulas la pobreza de su pasado común: nosotros recurríamos a ellos con tanto más fervor cuanto que éramos de temperamento activo y vivía-

mos provisoriamente en la ociosidad. Comedias, parodias, apólogos, nuestros inventos cumplían un papel preciso: nos defendían contra ese espíritu de seriedad que rechazábamos con tanto vigor como Nietzsche y por razones análogas; aliviaban el mundo proyectándolo hacia lo imaginario y nos permitían tenerlo a distancia.

De nosotros dos Sartre era el más inagotable. Componía endechas, canciones, epigramas, madrigales, fábulas al caso, toda clase de poemas relámpago, y a veces los cantaba con música hecha por él; no despreciaba ni los juegos de palabras ni las imitaciones; se divertía con asonancias y aliteraciones; era una manera de ensayarse en las palabras, de explorarlas y al mismo tiempo de quitarles su peso cotidiano. Había sacado de Synge el mito del "Cómico de la legua", eterno errante que disfraza bajo hermosas historias ficticias la mediocridad de la vida; *The golden crock* de Leslie Stephens nos había proporcionado el de Lépricone; agazapado bajo las raíces de los árboles, ese gnomo desafía la desdicha, el tedio, la duda, fabricando zapatitos. Ambos, el aventurero, el sedentario, enseñaban la misma lección: antes que nada la literatura; pero esa divisa perdía a través de ellos su pesadez dogmática; respecto a los libros que escribiríamos y que nos importaban tanto adquiríamos una cierta perspectiva llamándolos "nuestros zapatitos".

Teníamos ambos una salud a toda prueba y disposiciones sonrientes. Pero yo soportaba mal las contrariedades; mi cara cambiaba, me cerraba, me ponía terca. Sartre me atribuía una doble personalidad; por lo general yo era el castor; pero por momentos ese animal era desplazado por una joven bastante desagradable: la señorita de Beauvoir; Sartre bordaba sobre ese tema variaciones que siempre terminaban por hacerme sonreír. A él le ocurría a menudo —cuando por la mañana las brumas se detenían sobre su cabeza, o cuando las circunstancias lo reducían a la pasividad— que la contingencia cayera sobre él; en-

tonces se recogía sobre sí mismo como para darle menos blanco. Se parecía así al elefante de mar que habíamos visto en el zoológico de Vincennes y cuyo dolor nos había desgarrado el alma. Un guardián había volcado en su boca un balde lleno de pescaditos; luego le había saltado sobre el estómago; invadido por esa morralla el elefante de mar alzó hacia el cielo sus ojos minúsculos y espantados: parecía que toda la enorme masa de carne intentaba, a través de esa estrecha rendija, transformarse en una súplica, pero hasta ese embrión de lenguaje le estaba vedado. El monstruo bostezó, las lágrimas corrieron sobre su cuero aceitoso, meneó la cabeza y cayó vencido. Cuando la tristeza descomponía el rostro de Sartre pretendíamos que el alma desolada del elefante de mar se había apoderado de él. Él completaba esta metamorfosis: alzaba los ojos al cielo, bostezaba y suplicaba sin una palabra; esa pantomima despertaba su alegría. Así nuestros humores no nos parecían una fatalidad segregada por nuestros cuerpos, sino como disfraces que vestíamos por perversidad y de los cuales nos despojábamos a nuestro antojo. Durante toda nuestra juventud y aun más allá, nos entregamos a sumarios psicodramas, cada vez que teníamos que afrontar situaciones desagradables o difíciles: las trasponíamos; las llevábamos hasta el extremo o las ridiculizábamos; las explorábamos a lo largo o a lo ancho y eso nos ayudaba mucho a dominarlas.

Con ese mismo procedimiento asumimos nuestro estatuto económico. Al encontrarnos en París, aun antes de definir nuestras relaciones, les habíamos dado en seguida una palabra: "Es un casamiento morganático." Nuestra pareja poseía una doble identidad. Por lo general éramos el señor y la señora M. Organático, funcionarios sin fortuna, sin ambición y satisfechos con poco. A veces me vestía con esmero, íbamos a un cine a los Champs Elysées o al dancing de la Coupole y éramos millonarios norteamericanos, el señor y la señora Morgan Atticko. No se trataba de una

comedia histérica destinada a convencernos de que durante algunas horas disfrutábamos de los placeres de los príncipes, sino de una parodia que nos confirmaba en nuestro desdén por la gran vida: nuestras modestas galas nos colmaban, la fortuna no podía nada por nosotros: reivindicábamos nuestra condición. Pero al mismo tiempo pretendíamos evadirnos de ella: los pequeños burgueses desdorados que llamábamos el señor y la señora M. Organático no eran verdaderamente nosotros: al jugar a ponernos en su pellejo nos distinguíamos de ellos.

Se ha visto que yo consideraba también como una mascarada mis ocupaciones rutinarias y entre otras mi oficio de profesora. El juego, al quitarle realidad a la vida, terminaba por convencernos de que ésta no nos contenía. No pertenecíamos a ningún lugar, a ningún país, a ninguna clase, a ninguna profesión, a ninguna generación. Nuestra verdad estaba en otra parte. Se inscribía en la eternidad y el porvenir la revelaría: éramos escritores. Cualquier otra determinación era ficticia. Pensábamos seguir el precepto de los antiguos estoicos que también lo habían apostado todo a la libertad; comprometidos cuerpo y alma en la obra que dependía de nosotros, nos liberábamos de todas las cosas que no dependían: no íbamos hasta a abstenernos de ellas, pues éramos demasiado ávidos, pero las poníamos entre paréntesis. Era tentador confundir ese desapego, la despreocupación y la disponibilidad que nos permitían las circunstancias con una soberana libertad. Para destruir ese engaño hubiéramos tenido que tomar distancias respecto a nosotros mismos: no teníamos ni los medios ni las ganas.

Dos disciplinas habrían podido iluminarnos: el marxismo y el psicoanálisis. Sólo los conocíamos bajo aspectos groseros. Recuerdo una discusión muy acalorada en el Balzar entre Sartre y Politzer, que pretendía reducir a Sartre a su calidad de "pequeño burgués". Sartre no recusaba el epíteto; pero sostenía que no bastaba para definir sus actitudes; planteaba el problema espinoso del intelectual salido

de la burguesía que es capaz, según el mismo Marx, de traspasar el punto de vista de su clase: ¿En qué circunstancia? ¿Cómo? ¿Por qué? La hermosa cabellera roja de Politzer llameaba. Hablaba con abundancia; pero no lograba convencer a Sartre. De todas maneras Sartre hubiera seguido reconociendo su parte a la libertad puesto que aun hoy sigue creyendo en ella. Pero un análisis serio habría disminuido la idea que nos hacíamos de ella. Nuestra indiferencia por el dinero era un lujo que podíamos permitirnos porque teníamos lo suficiente para no sufrir necesidades y para no estar acorralados por trabajos penosos. Nuestra amplitud de espíritu la debíamos a una cultura y a proyectos accesibles solamente a nuestra clase. Nuestra condición de jóvenes intelectuales pequeños burgueses nos incitaba a creernos incondicionados.

¿Por qué ese lujo y no otro? ¿Por qué permanecíamos despiertos en vez de dormirnos en certidumbres? El psicoanálisis nos habría propuesto respuestas si lo hubiéramos consultado. Empezaba a expandirse en Francia y algunos de sus aspectos nos interesaban. En psicopatología el "monismo endocriniano" [1] de Georges Dumas nos parecía —como a la mayoría de nuestros compañeros— inaceptable. Acogíamos con fervor la idea de que las psicosis, las neurosis y sus síntomas tienen un significado y que éste hace retroceder al sujeto hasta su infancia. Pero nos deteníamos ahí; como método de exploración del hombre normal recusábamos el psicoanálisis. Sólo habíamos leído de Freud sus libros sobre *La interpretación de los sueños* y *La psicopatología de la vida cotidiana*; habíamos comprendido la letra más que el espíritu; nos habían chocado por su simbolismo dogmático y por el asociacionismo que los marcaba. El pansexualismo de Freud nos parecía delirante, hería nuestro puritanismo. Sobre todo por el papel que concedía al inconsciente, por la rigidez de sus explicaciones mecanistas,

[1] Habíamos bautizado así su sistema de explicación, aunque pretendía pertenecer al dualismo cartesiano.

el freudismo, tal como lo concebíamos, aplastaba la libertad humana: nadie nos indicaba posibles conciliaciones y no éramos capaces de descubrirlas. Nos quedamos petrificados en nuestra actitud voluntarista y racionalista; en un individuo lúcido, pensábamos, la libertad vence a los traumatismos, los complejos, los recuerdos, las influencias. Afectivamente liberados de nuestra infancia, ignoramos durante mucho tiempo que esa indiferencia se explicaba por nuestra infancia misma.

Si el marxismo y el psicoanálisis nos conmovieron tan poco cuando tantos jóvenes se plegaban a ellos, no es solamente porque no teníamos ni siquiera las nociones más rudimentarias, sino porque no deseábamos mirarnos de lejos, con ojos extraños. Nos importaba antes que nada coincidir con nosotros mismos. Antes que asignar teóricamente límites a nuestra libertad nos importaba salvaguardarla, pues estaba en peligro.

Sobre ese punto había una gran diferencia entre Sartre y yo. Me parecía milagroso haberme arrancado de mi pasado, bastarme a mí misma, decidir mi vida; había conquistado una vez por todas mi autonomía: nada me la quitaría. Sartre no hacía sino llegar a una etapa de su existencia de hombre que desde hacía tiempo había previsto con desagrado; acababa de perder la irresponsabilidad de la primera juventud; entraba en el universo detestable de los adultos. Su independencia estaba amenazada. Para empezar estaba abocado a dieciocho meses de vida militar; luego el profesorado lo acechaba. Había encontrado una solución; pedían en el Japón un lector de francés y había presentado su candidatura para octubre de 1931; pensaba quedarse allí dos años y luego esperaba conocer otros exilios. Según él, el escritor, el relator de cuentos debía parecerse al "Cómico de la legua" de Synge; no se detiene definitivamente en ninguna parte. Ni junto a nadie. Sartre no tenía la vocación de la monogamia; se complacía en la compañía de las mujeres, que le parecían menos cómicas que

los hombres; no se le ocurría a los veintitrés años renunciar para siempre a la seductora diversidad. "Entre nosotros, me explicaba utilizando un vocabulario que le gustaba, se trata de un amor necesario: conviene que conozcamos también amores contingentes." Éramos de una misma especie y nuestro entendimiento duraría tanto como nosotros: no podía suplir a las efímeras riquezas de los encuentros con seres diferentes. ¿Cómo renunciar deliberadamente a la gama de los asombros, las ausencias, las nostalgias, los placeres que éramos capaces de experimentar? Sobre eso reflexionábamos largamente en el curso de nuestros paseos. Una tarde habíamos ido con los Nizan a ver en los Champs Elysées *Tempestad sobre Asia* y, después de habernos despedido, caminamos hasta los jardines del Carroussel. Nos sentamos sobre un banco de piedra junto a una de las alas del Louvre; había en vez de respaldo una balaustrada separada de la pared por un estrecho espacio: en esa jaula maullaba un gato (¿cómo se había metido?), era demasiado grande para salir. La tarde caía y se acercó una mujer con una bolsa de papel en la mano; sacó algunas sobras de comida y empezó a alimentar al gato acariciándolo tiernamente. En ese momento Sartre me propuso: "Firmemos un contrato de dos años." Yo podía arreglármelas para quedarme en París durante esos dos años y los pasaríamos en una intimidad lo más estrecha posible. Después me aconsejaba que pidiera yo también un puesto en el exterior. Estaríamos separados durante dos o tres años y luego nos encontraríamos en algún lugar del mundo, en Atenas, por ejemplo, para reanudar durante un tiempo más o menos largo una vida más o menos común. Nunca seríamos un extraño el uno para el otro, nunca el uno recurriría en vano al otro, y nada sería más fuerte que esa alianza; pero no tenía que degenerar ni en obligación ni en costumbre: debíamos salvarla a cualquier precio de esa podredumbre. Acepté. La separación que encaraba Sartre no dejaba de asustarme; pero se diluía en la lejanía y yo me había propuesto no

entorpecerme con preocupaciones prematuras; en la medida en que a pesar de todo el miedo me acosaba, lo consideraba una debilidad y me esforzaba por aminorarlo; lo que me ayudaba es que ya había probado la solidez de las palabras de Sartre. Con él un proyecto no era un parloteo incierto, sino un momento de la realidad. Si un día me decía: "Cita de aquí a veintidós meses a las 17 horas sobre la Acrópolis", estaba segura de encontrarlo en lo alto de la Acrópolis a las 17 horas exactamente, veintidós meses más tarde. De una manera más general yo sabía que ninguna desdicha me vendría nunca de él, a menos que muriera antes que yo.

Las libertades que nos habíamos teóricamente concedido, no se trataba de usarlas mientras durara ese "contrato"; entendíamos entregarnos sin reticencias y sin compartirnos a la novedad de nuestra historia. Hicimos un pacto: no solamente ninguno de los dos le mentiría al otro sino que nunca le disimularía nada. Los "pequeños camaradas" sentían una gran repugnancia por lo que se llama "la vida interior"; en esos jardines donde las almas de calidad cultivan secretos delicados ellos veían pantanos hediondos; allí tienen lugar en silencio todos los tráficos de la mala fe, allí se saborean las delicias estancadas del narcisismo. Para disipar esas sombras y esas miasmas tenían la costumbre de exponer a la luz del día sus vidas, sus pensamientos, sus sentimientos. Lo que limitaba esa publicidad es que no eran curiosos: al hablar demasiado de sí mismo cada cual habría aburrido a los demás. Pero entre Sartre y yo esa restricción no funcionaba: por lo tanto quedó convenido que nos diríamos todo. Yo estaba habituada al silencio y al principio esa regla me molestó. Pero en seguida comprendí sus ventajas; ya no tenía que inquietarme de mí: una mirada, por cierto indulgente, pero más imparcial que la mía, me devolvía de cada uno de mis movimientos una imagen que yo consideraba objetiva; esa vigilancia me defendía de los temores, las falsas esperanzas, los escrúpulos vanos, las fan-

fasmagorías, los pequeños delirios que se forman tan fácilmente en la soledad. Poco me importaba que ésta ya no existiera para mí; por el contrario estaba loca de alegría de haberle escapado. Sartre me resultaba tan transparente como yo misma: ¡qué tranquilidad! Llegué a abusar de ella: puesto que no me ocultaba nada me creí dispensada de hacerme la menor pregunta sobre él: me di cuenta más tarde, en dos o tres oportunidades, de que era una solución perezosa. Pero si bien me reprochaba haber carecido de vigilancia no incriminaba al estatuto que habíamos adoptado y del que nunca nos apartamos: ningún otro nos habría convenido.

Esto no implica que a mis ojos la sinceridad sea para todo el mundo y en todo caso una ley o una panacea; he tenido muchas ocasiones, más adelante, de reflexionar sobre sus buenos y sobre sus malos usos. Indiqué uno de sus peligros en una escena de mi última novela *Los mandarines*. Anne, de quien en este caso apruebo la prudencia, aconseja a su hija Nadine que no confiese una infidelidad al muchacho a quien quiere; Nadine, en efecto, no tiene la menor intención de revelársela al muchacho: desea provocar sus celos. A menudo ocurre que hablar no sea solamente informar, sino obrar; uno hace trampa y, fingiendo no ejercer ninguna presión sobre el otro, le descarga una verdad indiscreta. Esa ambigüedad del lenguaje no impide la franqueza; obliga solamente a algunas precauciones. Por lo general basta dejar pasar un poco de tiempo para que las palabras pierdan su eficiencia; se puede con un poco de perspectiva descubrir de manera desinteresada hechos, sentimientos, cuya revelación inmediata hubiera constituido una maniobra o al menos una intervención.

Sartre ha discutido a menudo conmigo ese punto y él también lo ha tratado en *La edad de razón*. En el primer capítulo Mathieu y Marcelle, fingiendo "decirse todo", tratan de no hablar de nada. A veces la palabra sólo representa una manera, más hábil que el silencio, de callar.

Aun en el caso en que las palabras informan no tienen el poder de suprimir, trascender, desarmar la realidad: sirven para afrontarla. Si dos interlocutores se convencen mutuamente de que dominan los acontecimientos y a las personas sobre las cuales cambian confidencias, so pretexto de practicar la sinceridad, se engañan. Hay una forma de lealtad que he observado a menudo y que es sólo una flagrante hipocresía; limitada al terreno de la sexualidad no tiene por objeto crear entre el hombre y la mujer una comprensión íntima, sino proporcionar a uno de ellos —al hombre más frecuentemente— una coartada tranquila: se acuna en la ilusión de que, confesando sus infidelidades, las rescata, cuando en realidad sólo inflige a su compañera una doble violencia.

En fin, ninguna máxima intemporal impone a todas las parejas una perfecta traslucidez: corresponde a los interesados decidir qué tipo de acuerdo desean alcanzar; no tienen ni derechos ni deberes a priori. En mi juventud yo afirmaba lo contrario: estaba entonces demasiado inclinada a pensar que lo que valía para mí valía para todos.

Hoy, en cambio, me irrito cuando terceras personas aprueban o critican las relaciones que hemos construido sin tener en cuenta la particularidad que las explica y las justifica: esos signos gemelos sobre nuestra frente. La fraternidad que soldaba nuestras vidas hacía superfluos e irrisorios todos los lazos que hubiéramos podido forjarnos. ¿Para qué, por ejemplo, vivir bajo un mismo techo cuando el mundo era nuestra propiedad común? Y ¿por qué temer poner entre nosotros distancias que nunca podían separarnos? Un solo proyecto nos animaba: abrazarlo todo y testimoniar de todo; él nos mandaba que siguiéramos en caso de necesidad caminos divergentes, sin ocultarnos el uno al otro ni el menor de nuestros hallazgos; juntos nos plegábamos a sus exigencias, a tal punto que en el mismo momento en que nos dividíamos, nuestras voluntades se confundían. Lo que nos ligaba era lo que nos desligaba; y por esa liber-

tad nos encontrábamos ligados en lo más profundo de nosotros mismos.

Hablo aquí de *signos;* en mis *Memorias* he dicho que Sartre buscaba, como yo, una especie de *salvación*. Si empleo ese vocabulario es porque éramos dos místicos. Sartre tenía una fe incondicional en la Belleza, a la que no separaba del Arte, y yo daba a la Vida un valor supremo. Nuestras vocaciones no se cubrían exactamente. He indicado esa diferencia en el cuaderno en que consignaba entonces de tanto en tanto mis perplejidades; un día anoté: "Tengo ganas de escribir; tengo ganas de frases sobre el papel, de cosas de mi vida puestas en frases. Nunca seré escritora por encima de todo, como Sartre." Pese a su alegría desbordante, Sartre decía que concedía poco precio a la felicidad; en los peores momentos hubiera escrito. Yo lo conocía bastante para no dudar de esa obstinación. Yo no tenía tanto temple. Había decidido que, si llegaba a sufrir una desgracia demasiado grande, me mataría. A mis ojos, Sartre, por la firmeza de su actitud, me sobrepasaba; admiraba que tuviera su destino en sus solas manos; pero, lejos de sentir una molestia, me parecía confortable estimarlo más que a mí misma.

Conocer con alguien un entendimiento total es en todo caso un enorme privilegio; para mí tenía un precio literalmente infinito. En el fondo de mi memoria brillaban con una dulzura sin igual las horas en que me refugiaba con Zaza en el escritorio del señor Mabille y conversábamos. También había sentido profundas alegrías cuando mi padre me sonreía y yo me decía que, en cierto modo, ese hombre superior a todos los demás me pertenecía. Mis sueños de adolescente proyectaron en el porvenir esos supremos momentos de mi infancia; no eran sueños huecos; poseían en mí una realidad y por eso su cumplimiento no me parece milagroso. Por supuesto, las circunstancias me ayudaron; hubiera podido no encontrar con nadie un acuerdo perfecto. Pero cuando mi oportunidad me fue dada, si me apro-

veché de ella con tanto entusiasmo y empeño es porque respondía a un llamado muy antiguo. Sartre sólo tenía tres años más que yo; era, como Zaza, un igual; juntos partíamos a descubrir el mundo. Sin embargo, yo confiaba tan totalmente en él, que me garantizaba, como antaño mis padres, como Dios, una seguridad definitiva. En el momento en que me arrojaba en la libertad encontraba sobre mi cabeza un cielo sin fallas; escapaba a todas las trabas y sin embargo cada uno de mis instantes poseía una especie de necesidad. Todos mis deseos, los más lejanos, los más profundos, estaban colmados; no me quedaba nada que desear sino que esa beatitud triunfal nunca se debilitara. Su violencia lo arrastraba todo; hasta la muerte de Zaza se esfumó. Por cierto sollocé, me desgarré, me sublevé; pero fue más tarde, insidiosamente, cuando la pena hizo su camino en mí. Ese otoño mi pasado dormía, yo pertenecía entera al presente.

La dicha es una vocación menos común de lo que uno se imagina. Me parece que Freud tiene razón al ligarla a la saciedad de las codicias infantiles; normalmente, a menos de ser mimado hasta la imbecilidad, un chico está lleno de apetitos: ¡Lo que tiene entre sus manos es tan poca cosa comparado con ese hormigueo que percibe y presiente a su alrededor! También es necesario que un buen equilibrio afectivo le permita interesarse en lo que tiene, en lo que no tiene. Lo he observado a menudo: las personas cuyos primeros años han sido devastados por un exceso de miseria, de humillación, de miedo, o, sobre todo, de resentimiento, no son capaces en su madurez sino de satisfacciones abstractas: dinero [1], honores, notoriedad, poder, respetabilidad. Presas precoces de los demás y de ellos mismos, se han apartado de un mundo que más tarde sólo les refleja su antigua indiferencia. [2] En cambio, ¡cuánto pesan, qué plenitud de

[1] "Si el dinero en sí mismo no es la dicha, dice Freud, es porque ningún niño desea el dinero."

[2] Mi primo Jacques de quien hablé en mis *Memorias* me parece

alegría pueden aportar las cosas en las que uno ha invertido el absoluto! Yo no fui una chica particularmente mimada; pero las circunstancias favorecieron en mí la eclosión de una multitud de deseos; mis estudios, mi vida de familia me obligaron a estrangularlos: por eso estallaron con mayor violencia y nada me pareció más urgente que aplacarlos. Era una empresa de largo aliento a la cual durante años me entregué sin reservas. En toda mi existencia no he encontrado a nadie tan dotado como yo para la felicidad, nadie tampoco que se lanzara a ella con tanto empeño. En cuanto la hube tocado se convirtió en mi única preocupación. Si me hubieran propuesto la gloria a cambio del luto clamoroso de la dicha, la hubiera rechazado. Ella no era solamente esa efervescencia en mi corazón: me ofrecía, pensé, la verdad de mi existencia y del mundo. Esa verdad yo exigía más apasionadamente que nunca poseerla. Había llegado el momento de confrontar las cosas de carne y hueso con las imágenes, los fantasmas, las palabras que me habían servido para anticipar su presencia; no hubiera querido comenzar ese trabajo en otras condiciones que las que me eran dadas. París me parecía el centro de la tierra; yo desbordaba de salud, me sobraban ratos de ocio y había encontrado un compañero de viaje que caminaba por mis propios caminos con un paso más certero que el mío; yo podía esperar, gracias a esas circunstancias, hacer de mi vida una experiencia ejemplar donde se reflejaría el mundo entero. Y ellas aseguraban mi acuerdo con él. En 1929, yo creía, ya lo he dicho, en la paz, en el progreso, en el porvenir que canta. Era necesario que mi propia historia participara en la armonía universal; desgraciada me hubiera sentido en el exilio: la realidad me hubiera escapado.

A principios de noviembre Sartre se fue a hacer su servicio militar. Por consejo de Raymond Aron se había hecho

un ejemplo típico de esa ineptitud para la felicidad: resultado muy evidente de las condiciones en las cuales había transcurrido su infancia.

ubicar en la meteorología; se fue al fuerte de Saint-Cyr donde Aron, que era sargento instructor, lo inició en el manejo del anemómetro. Recuerdo que la noche de su partida fui a ver a Grock y que no me causó ninguna gracia. Sartre estuvo encerrado quince días en el fuerte y sólo tuve derecho a hacerle una breve visita; me recibió en un locutorio lleno de soldados y de familias. No se resignaba a la tontería militar ni a perder dieciocho meses; rabiaba firmemente; yo también; toda obligación me ponía fuera de mí y, como éramos antimilitaristas, no queríamos hacer ningún esfuerzo para soportarla con buena cara. Esa primera entrevista fue lúgubre: el uniforme azul marino, la boina, las polainas, me parecieron una vestimenta de prisionero. Luego Sartre tuvo libertades. Tres o cuatro veces por semana yo iba a verlo a Saint-Cyr al atardecer; me esperaba en la estación y comíamos en el Soleil d'Or. El fuerte estaba a cuatro kilómetros de la ciudad. Yo acompañaba a Sartre hasta mitad de camino y volvía rápidamente sobre mis pasos para alcanzar a las nueve y media el último tren; una vez lo perdí y tuve que irme a pie hasta Versalles. Caminar sola a veces bajo la lluvia y el viento, sobre una ruta oscura, mirando brillar a lo lejos, entre los rieles, puntos luminosos me daba una jubilosa impresión de aventura. De tanto en tanto Sartre venía a la noche a París, un camión lo llevaba hasta la Place de l'Étoile con algunos camaradas; se quedaba apenas dos horas; nos sentábamos en un café de la avenida Wagram o caminábamos por la avenida de Ternes y nuestra comida consistía en unos buñuelos rellenos de dulce que llamábamos "mata hambre". Por lo general, tenía todo el domingo libre. En enero fue afectado en Saint-Symphorien cerca de Tours; ocupaba con un jefe de sección y tres acólitos un chalet convertido en estación meteorológica. El jefe, un civil, dejaba que los militares se las arreglaran a su antojo. Había establecido entre ellos un sistema de turnos que aseguraba a cada uno, además de los permisos reglamentarios, una

semana de libertad por mes. Por lo tanto París siguió siendo el centro de nuestra existencia común.

Pasábamos mucho tiempo solos, juntos, pero también salíamos con amigos. Yo había perdido casi todos los míos. Zaza había muerto, Jacques estaba casado, Lisa se había ido a Saigon, Riesmann ya no me interesaba y mis relaciones con Pradelle se enfriaron. Suzanne Boigue se enemistó conmigo; había intentado casar a su hermana con un cuarentón de valores eminentes, según aseguraba, pero cuya seriedad y su nuca poderosa espantaron a Poupette. Suzanne me atribuyó el fracaso; poco después recibí de ella una carta iracunda: una voz desconocida la había interpelado en el teléfono y tratado de idiota; me acusaba de haber dirigido ese juego. A vuelta de correo negué sin lograr convencerla. De las personas que habían contado para mí, sólo le presenté a Sartre a mi hermana, Gégé, Stépha, Fernando; siempre se entendía con las mujeres y simpatizó con Fernando; pero éste se instaló en Madrid con Stépha. Herbaud sin embargo tenía un puesto en Coutances; al mismo tiempo preparaba de nuevo el concurso; yo lo quería mucho, pero él sólo hacía breves apariciones en París. Por lo tanto yo conservaba muy pocos lazos con el pasado. En cambio me familiarizaba con los compañeros de Sartre. Veíamos bastante a menudo a Raymond Aron, que terminaba su servicio militar en el fuerte de Saint-Cyr. Me intimidó mucho el día en que lo acompañé sola, en coche, a buscar en Trappe un globo de ensayo perdido; tenía un autito y solía llevarnos de Saint-Cyr a comer a Versalles. Estaba afiliado al partido socialista, que considerábamos con desdén, primeramente porque estaba aburguesado y luego porque el reformismo repugnaba a nuestros temperamentos: la sociedad sólo podía cambiar globalmente, de golpe, por una convulsión violenta. Pero nunca hablábamos de política con Aron. Por lo general, Sartre y él discutían ásperamente sobre temas filosóficos. Yo no me mezclaba en la conversación, no pensaba bastante rápido; sin embargo hubiera

estado más bien del lado de Aron: como él, me inclinaba hacia el idealismo. Para garantizar al espíritu su soberanía, yo había tomado el partido trivial de quitarle importancia al mundo. La originalidad de Sartre es que, prestando a la conciencia una gloriosa independencia, concedía todo su peso a la realidad; ésta se entregaba al conocimiento de una perfecta translucidez, pero también con el irreductible espesor de su ser; él no admitía distancia entre la visión y la cosa vista, lo que lo sumergía en problemas espinosos: pero nunca la dificultad disminuía sus convicciones ¿Hay que atribuir al orgullo o al amor ese realismo terco? Se negaba a que el hombre en él se dejara engañar por las apariencias y estaba demasiado apasionadamente ligado a la tierra para reducirla a una ilusión; su vitalidad le inspiraba ese optimismo en el que se afirmaban con igual brillo el sujeto y el objeto. Es imposible creer a la vez en los colores y en las vibraciones del éter, por eso rechazaba la Ciencia: seguía el camino trazado por los múltiples herederos del idealismo crítico; pero con excepcional exageración pisoteaba todo pensamiento de lo universal; las leyes, los conceptos, todas esas abstracciones, sólo encerraban viento; la gente se entendía unánimemente para acogerlos porque les faltaba una realidad que los inquietaba; él quería cazarla al vuelo; desdeñaba el análisis, que sólo diseca cadáveres; apuntaba a una inteligencia global de lo concreto, por lo tanto de lo individual, pues sólo el individuo existe. Entre las metafísicas retenía exclusivamente las que ven en el cosmos una totalidad sintética: el estoicismo, el spinozismo. Aron sin embargo se complacía en análisis críticos y se aplicaba en hacer pedazos las temerarias síntesis de Sartre; tenía el arte de aprisionar en dilemas a su interlocutor y cuando lo tenía, crac, lo pulverizaba. "De dos cosas una, mi compañerito", decía con una pálida sonrisa en sus ojos muy azules, muy descreídos y muy inteligentes. Sartre se debatía para no dejarse arrinconar, pero, como su pensamiento era más inventivo que lógico,

le daba mucho trabajo. No recuerdo que nunca haya convencido a Aron ni que éste lo haya hecho vacilar.

Casado y padre de familia, Nizan hacía su servicio militar en París. Sus suegros poseían en Saint-Germain-en-Laye una casa construida y amueblada en un estilo ultramoderno; pasamos todo un domingo filmando una película en la terraza: el hermano de Rirette Nizan era asistente de director y tenía una cámara. Nizan hacía el papel de un cura y Sartre el de un joven piadoso educado por los Hermanos; unas mujerzuelas los disipaban, pero cuando le arrancaban su camisa se veía flamear sobre su pecho un enorme escapulario y Cristo se le aparecía; le hablaba de hombre a hombre: "¿Fuma?" le preguntaba y, como encendedor, sacaba de su pecho su Sagrado Corazón y se lo tendía. En verdad esta parte del libro era demasiado difícil para realizarla y la abandonamos. Nos contentamos con un milagro más benigno: anonadadas por la visión del escapulario, las mujeres caían de rodillas y adoraban a Dios. Las encarnábamos Rirette, yo y una mujer soberbia, entonces casada con Emmanuel Berl, que nos dejó estupefactas al sacarse ágilmente su elegante vestido verde almendra para aparecer al sol en bombacha y corpiño de encaje negro. Luego fuimos a pasear por los senderos del campo. La sotana le sentaba a Nizan, que rodeaba tiernamente la cintura de su mujer: la gente que nos cruzaba nos miraba con ojos de asombro. En la primavera siguiente nos llevó a la fiesta de Garches; abatimos con pelotas de trapo a varios banqueros y generales y nos mostró a Doriot: este dio un apretón de manos a un viejo obrero con una afectación fraternalista que Sartre reprobó vivamente.

Con Nizan no se podía discutir; no afrontaba los temas serios; contaba anécdotas elegidas y evitaba cuidadosamente sacar ninguna conclusión; mientras se comía las uñas profería amenazas y profecías sibilinas. Por lo tanto nuestras divergencias pasaban en silencio. Además como muchos intelectuales comunistas de aquella época Nizan era un

rebelde más que un revolucionario, por eso había entre él y nosotros un montón de complicidades: algunas descansaban sobre malentendidos que dejábamos en la sombra. Juntos hacíamos pedazos a la burguesía. En Sartre y en mí esa hostilidad continuaba siendo individualista, es decir, burguesa; no se diferenciaba en nada de la que Flaubert atribuía a los *almaceneros* y Barrés a los *bárbaros;* no era un azar que para nosotros como para Barrés el ingeniero representaba el adversario privilegiado; aprisiona la vida en el hierro y en el cemento; endereza hacia adelante, ciego, insensible, tan seguro de sí como de sus ecuaciones, y considerando implacablemente los medios como fines; en nombre del arte, de la cultura, de la libertad, condenábamos en él al hombre de lo universal. No nos limitábamos sin embargo al estetismo barresiano: la burguesía como clase era nuestra enemiga y deseábamos su liquidación. Teníamos una simpatía de principios por los obreros porque escapaban a las taras burguesas; por la crudeza de su necesidad, por su cuerpo a cuerpo con la materia, afrontaban la condición humana en su verdad. Compartíamos pues las esperanzas de Nizan en una revolución proletaria: pero nos interesaba únicamente por su aspecto negativo. En la U.R.S.S. los grandes fuegos de octubre se habían apagado desde hacía tiempo y después de todo lo que allí se elaboraba era "una civilización de ingenieros", decía Sartre. No nos hubiéramos sentido nada cómodos, pensábamos, en un mundo socialista; en toda sociedad el artista, el escritor sigue siendo un extranjero; la que pretende integrarlo más imperiosamente nos parecía la más desfavorable.

El compañero con el que Sartre tenía más intimidad era Pierre Pagniez, un maestro de su promoción que acababa de pasar la licencia de letras. Se habían hecho poner juntos en la meteorología y fastidiaban a Aron lanzándole durante sus cursos flechas de papel. Pagniez solía comer con nosotros en el Soleil d'Or. Tuvo la suerte de ser permutado a París. Sartre lo veía cada vez que venía. De origen protes-

tante, afectando como muchos protestantes una modestia agresiva, bastante misterioso, sarcástico a menudo, se entusiasmaba por pocas cosas, pero se interesaba en muchas. Tenía ascendencias campesinas, le gustaban la campiña y la vida rústica. Decía, riendo, que era pasadista: creía en una edad de oro de la burguesía, en algunos de sus valores, en las virtudes del artesanado. Apreciaba a Stendhal, a Proust, las novelas inglesas, la cultura clásica, la naturaleza, los viajes, la conversación, la amistad, los vinos añejos, la buena cocina. Se defendía de toda ambición; no pensaba que fuera indispensable escribir para sentirse justificado de existir; le parecía más que suficiente apreciar con inteligencia este mundo y forjarse una felicidad. Algunos instantes, decía —por ejemplo el encuentro de un paisaje y de un estado de ánimo— le daban una impresión de perfecta necesidad. Por otra parte su actitud no tenía nada de sistemática. "Yo, no hago teorías" decía alegremente. Las de Sartre le divertían mucho, no porque las considerara más falsas que las otras sino porque consideraba que la vida siempre pasa a través de las ideas y era la vida lo que le interesaba.

Sartre se interesaba en la vida y en sus propias ideas, las de los demás lo aburrían; desconfiaba del logicismo de Aron, del estetismo de Herbaud, del marxismo de Nizan. Le agradecía a Pagniez su manera de acoger toda experiencia con una atención que no deformaba ningún pensamiento preconcebido; le reconocía un "sentido de los matices" que corregía sus propios impulsos: es una de las razones que le hacían apreciar enormemente su conversación. Estábamos de acuerdo con Pagniez sobre un montón de puntos. Nosotros también estimábamos *a priori* a los artesanos: su trabajo nos parecía como un libre invento que desembocaba en una obra donde marcaban su singularidad. Sobre los campesinos no teníamos ninguna opinión, no nos costaba creer lo que nos decía Pagniez. Él aceptaba el régimen capitalista y nosotros lo condenábamos. Sin embargo, reprochaba a las clases dirigentes su decadencia y en detalle

las criticaba tan sinceramente como nosotros; nuestra reprobación seguía siendo teórica; llevábamos con entusiasmo la vida de pequeños burgueses que éramos; en realidad nuestros intereses no se diferenciaban de los suyos. Una pasión común acercaba a Sartre y a Pagniez: la de comprender a la gente. Podrían discutir durante horas sobre un gesto o una inflexión de voz. Unidos por sus afinidades alimentaban el uno por el otro la parcialidad más decidida. Pagniez llegaba al extremo de decir que con su nariz cincelada, su boca generosamente dibujada, Sartre tenía su belleza. Sartre toleraba en Pagniez una actitud humanista que lo hubiera erizado en cualquier otro.

Había todavía otro lazo entre ellos: la admirativa amistad que sentían en grados diferentes por Mme. Lemaire. Herbaud me había hablado de ella el año anterior en términos que habían despertado mi curiosidad. Yo estaba muy intrigada cuando entré por primera vez en su departamento del bulevar Raspail. Cuarenta años: era a mis ojos una edad avanzada, pero novelesca. Había nacido en la Argentina de padres franceses. Muerta su madre, había sido educada con una hermana un año mayor que ella, en la soledad de una gran estancia por un padre médico y librepensador; les había dado, ayudado por diversas gobernantas, una educación resueltamente viril; aprendieron el latín, las matemáticas, el horror de las supersticiones y el valor de un buen razonamiento; galopaban a caballo a través de las pampas y no frecuentaban a nadie. Cuando tuvieron dieciocho años su padre las mandó a París; fueron recibidas por una tía, mujer de un coronel, y devota, que las paseó por los salones. Las dos chicas se interrogaron con desazón; alguien estaba loco, pero ¿quién? ¿Todo el resto del mundo o ellas? Mme. Lemaire tomó el partido de casarse con un médico bastante rico para consagrarse a la investigación; su hermana la imitó, pero no tuvo suerte y murió de parto. Mme. Lemaire ya no tuvo a nadie con quien compartir el asombro en que la sumían las costumbres y las ideas en curso en

la sociedad; estaba particularmente estupefacta de la importancia que la gente concedía a la vida sexual que a ella le parecía un histrionismo. Trajo dos hijos al mundo. En 1914 el doctor Lemaire dejó su laboratorio y sus ratas y partió para el frente donde operó en condiciones atroces a centenares de heridos. A la vuelta se enfermó y ya no volvió a levantarse. Vivía en un cuarto abrigado, minado por males imaginarios y sólo recibía a unos cuantos visitantes. En verano lo transportaban a un chalet de Juan-les-Pins, que Mme. Lemaire había heredado de su padre, o a su propia casa de campo cerca de Angers. Mme. Lemaire se consagraba a él, a sus hijos y a viejas parientas, a diversos desechos; había renunciado a vivir por su cuenta. Como aplazaron a su hijo en el bachillerato tomó para las vacaciones a un joven profesor que acompañó a la familia a Anjou: era Pagniez. A ella le gustaba cazar; a él también. En setiembre recorrieron juntos los campos y empezaron a conversar: ya no pararon más. Mme. Lemaire daba por sentado que esa amistad debía permanecer platónica. Como Pagniez había sido marcado por el puritanismo de su medio, creo que la idea de franquear ciertas distancias tampoco lo rozaba. Pero se creó entre ellos una intimidad que M. Lemaire alentó. Confiaba en su mujer y Pagniez ganó rápidamente su estima. El muchacho fue aprobado en octubre, y Sartre, presentado por Pagniez, lo preparó al bachillerato de filosofía; empezó a frecuentar asiduamente la casa. Pagniez pasaba todo su tiempo libre en el bulevar Raspail, donde tenía su cuarto; a menudo Sartre se quedaba a dormir con él y Nizan también pasó allí una noche. Mis primos Valleuse, que vivían en el mismo edificio, se indignaban de esas costumbres hospitalarias e imputaban a Mme. Lemaire sombrías orgías.

Era una mujer bajita, un poco regordeta, vestía con rebuscamiento aunque muy discretamente. Algunas fotos que vi más adelante muestran que había sido notablemente bonita. había perdido su brillo, pero no su seducción. Tenía un ros-

tro redondo, bajo una espesa cabellera negra, una boca minúscula, y ojos que no asombraban ni por su color ni por sus dimensiones sino por su presencia: ¡qué vida tenaz! Estaba viva de pies a cabeza; mirada, sonrisas, ademanes, todo se movía en ella sin que nunca pareciera agitada. Su espíritu también estaba al acecho; curiosa, atenta, invitaba a las confidencias: sabía mucho sobre todas las personas que se le acercaban; sin embargo conservaba respecto a ellas el asombro de los dieciocho años; hablaba de ellas con un desapego de etnógrafo y un lenguaje muy feliz; a veces, sin embargo, se enojaba; exhalaba con palabras imprevistas las indignaciones que le dictaba un racionalismo un poco disparatado: su conversación me encantó. También me gustó por otro motivo: aunque no le importaba el qué dirán, seguía siendo una mujer seria. Yo no creía en el matrimonio, me parecía bien que un amor fuera completo; pero no me había liberado de todos los tabús sexuales; las mujeres demasiado fáciles o demasiado libres me chocaban. Además admiraba lo que se destacaba de la trivialidad corriente. Las relaciones de Mme. Lemaire y de Pagniez me parecían delicadamente insólitas, y más preciosas que otra clase de unión.

Sartre ocupaba en la vida de Mme. Lemaire un lugar mucho menos importante que Pagniez, pero ella lo quería mucho. Su empecinamiento para escribir, sus imperturbables certidumbres la sumían en una estupefacción encantada. Lo encontraba muy entretenido cuando él se esforzaba por distraerla y todavía más en un montón de circunstancias en que él no pretendía hacerlo. Dos años antes Sartre había escrito una novela titulada *Una derrota* —juiciosamente rechazada por Gallimard—, que estaba inspirada en los amores de Nietzsche y de Cosima Wagner. El héroe, Federico, había divertido mucho a Mme. Lemaire y a Pagniez por su voluntarismo agresivo; habían apodado a Sartre "el lamentable Federico"; así lo llamaba Mme. Lemaire cuando él pretendía imponerle gustos o ideas, dic-

tarle conductas en particular respecto a la educación de su hijo. "¡Escuchen al lamentable Federico!", decía a la redonda y reía. Sartre también reía. Le reprochaba excesos de benevolencia respecto a sus "perros mojados"; ella lo acusaba de sembrar aturdidamente consejos peligrosos; él se burlaba de la moral y de las costumbres, aconsejaba a la gente que no consultara sino su razón y sus impulsos. Era carecer de discernimiento. Quizás él era bastante inteligente para emplear bien la libertad, decía ella con insolencia, pero el común de los mortales no tenía sus luces; era mejor no apartarse de los caminos trillados. Gozaban mucho con esas discusiones.

Mme. Lemaire no concedía sus sufragios a la ligera; yo gané más rápidamente la simpatía de Pagniez, pero estaba matizada de una ironía que a menudo me desconcertaba. Ambos me intimidaban. Apreciaban la reserva, la discreción, el mundo; yo era vehemente, más apasionada que sutil, pecaba por exceso de sencillez, seguía mi idea tan francamente que a veces carecía de tacto. No me daba positivamente cuenta de ello, pero a menudo en presencia de Mme. Lemaire me sentía torpe y demasiado juvenil; ella y Pagniez me juzgaban, yo lo sabía. No hice una montaña de esto porque no imaginaba que su crítica tocara nada esencial y sólo la opinión de Sartre podía alcanzarme hasta los tuétanos. Por otra parte, pese a sus reticencias, me trataba con una gentileza que precisamente por mí sencillez me contentaba.

Mme. Lemaire, Pagniez, Sartre respetaban los matices de sus relaciones. Si yo entraba con Sartre en un restaurante donde ella estaba comiendo con Pagniez, Mme. Lemaire decía alegremente: "¡A cada cual su recepción!" A veces salíamos sin ella con Pagniez, a veces tomábamos el té sin él en el bulevar Raspail, a veces yo dejaba que Sartre fuera solo a ver a sus compañeritos; frecuentemente también él salía solo con Pagniez. Esas costumbres me sorprendieron, luego las aprobé. Una amistad es un edificio delicado; se

aviene a compartir ciertas cosas pero también reclama monopolios. Cada una de las combinaciones que formábamos —de a dos, de a tres, de a cuatro— tenía su fisonomía y sus placeres: convenía no sacrificar esa diversidad.

Muy a menudo, sin embargo, nos reuníamos los cuatro. ¡Qué noches agradables pasábamos! A veces comíamos en la cocina de Mme. Lemaire un pedazo de paté y dos huevos al plato. A veces íbamos a la avenida de Italia, "chez Pierre"; yo comía sin parpadear "todos los salchichones", un pescado con salsa, un guiso de liebre, panqueques quemados; apenas creo a mi memoria, pero en general comía tan frugalmente que, en cuanto tenía oportunidad, me daba unos atracones. La noche de Navidad la hija de Mme. Lemaire, Jacqueline, y su hijo, que llamaban el Tapir, cenaron con nosotros en el bulevar Raspail. Tenían más o menos mi edad. Flores, encajes, cristales, la mesa deslumbraba. Pagniez había hecho venir de Estrasburgo el *foie gras* más famoso; de Londres, un verdadero *pudding* de Navidad; había encontrado duraznos de África deliciosamente maduros; había un montón de platos, de golosinas y de vinos; se nos habían subido un poco a la cabeza y desbordábamos de simpatía los unos por los otros. Cuando llegó la primavera fuimos a menudo al borde de la Marne en el auto de Mme. Lemaire, que Pagniez conducía; comíamos papas fritas en el "Chant des oiseaux" o paseábamos por el bosque de Saint-Germain o en el de la Fosse Repose; era algo nuevo para mí y me parecía magnífico ese haz de luz que los faros abrían en el corazón de los matorrales. A menudo, antes de volver a casa, tomábamos dos o tres cocteles en Montparnasse. Solíamos ir juntos a ver alguna película nueva; fuimos con gran pompa a escuchar a Jack Hylton y sus boys; pero sobre todo conversábamos. Hablábamos de fulano y de mengano, juzgando sus conductas, sus motivos, sus razones, sus errores, debatiendo sus casos de conciencia; Sartre y yo preconizábamos soluciones osadas, Pagniez por lo general proponía vías inter-

medias. Los interesados hacían lo que les daba la gana, pero nosotros discutíamos con tanto escrúpulo como si hubiéramos tenido su destino entre nuestras manos.

Los domingos en que Sartre se quedaba en Tours, yo me iba en el primer tren; él bajaba en bicicleta el montículo sobre el cual estaba encaramada la villa Paulonnia y nos encontrábamos en la estación un poco antes de mediodía. Yo descubrí los encantos, limitados, pero para mí inéditos de los domingos de provincia. Había una gran cervecería donde tocaba una orquesta femenina, un montón de cafés, algunos restaurantes, un dancing ínfimo, un parque mal cuidado por donde se perdían los enamorados, paseos al borde del Loira que frecuentaban las familias y muchas viejas calles silenciosas. Era bastante para ocuparnos. En esa época todos los objetos se parecían a los minúsculos pañuelos de los que los prestidigitadores hacen salir chorros de cintas, pañuelos de seda, banderolas, estandartes. Una taza de café era un calidoscopio en donde contemplábamos largamente los reflejos tornasolados de una araña o de un cielo raso. Inventábamos a la violinista un pasado y un porvenir totalmente diferentes de los de la pianista. Entre un encuentro y el otro, siempre nos habían ocurrido montones de cosas; nada nos parecía insignificante, no pasábamos nada en silencio. Yo conocía hasta los menores tics de cada acólito de Sartre; él no ignoraba ningún movimiento de nuestros amigos de París. El mundo nos contaba incesantemente historias que no nos cansábamos de escuchar.

No teníamos totalmente la misma manera de interesarnos en las cosas. Yo me perdía en mis admiraciones, en mis alegrías; "¡Ya el Castor entra en trance!" decía Sartre; él conservaba su sangre fría y trataba de traducir verbalmente lo que veía. Una tarde mirábamos desde lo alto de Saint-Cloud un gran paisaje de árboles y de agua; yo me exaltaba y le reprochaba a Sartre su indiferencia: él hablaba del río y de los bosques mucho mejor que yo pero no sentía nada. Se defendió. ¿Qué es sentir? No tenía

ninguna tendencia a las palpitaciones de corazón, a los escalofríos, a los vértigos, a todos esos movimientos desordenados del cuerpo que paralizan el lenguaje: se apagan y no queda nada; concedía más precio a lo que llamaba "los abstractos emocionales"; el significado de un rostro, de un espectáculo, lo alcanzaba bajo una forma desencarnada y se mantenía lo bastante desligado para tratar de fijarlo en frases. Varias veces me explicó que un escritor no podía tener otra actitud; el que no siente nada es incapaz de escribir; pero si la alegría, el horror, nos sofocan sin que los dominemos tampoco sabremos expresarlos. A veces yo le daba la razón; pero a veces me decía que las palabras no retienen la realidad sino después de haberla asesinado; dejan escapar lo más importante que hay en ella: su presencia. Me veía obligada a preguntarme con un poco de ansiedad qué convenía concederles, substraerles; por eso me sentía muy directamente interesada en las reflexiones de Virginia Woolf sobre el lenguaje en general y sobre la novela en particular. Subrayando la distancia que separa los libros de la vida ella parecía contar con el invento de nuevas técnicas para reducirla; yo deseaba creerla. Pero ¡no! Su obra más reciente, *Mrs. Dalloway*, no traía ninguna solución al problema que planteaba. Sartre consideraba que el error se encontraba en el punto de partida, en el mismo planteamiento del problema. Él también pensaba que todo relato introduce en la realidad un orden ficticio; aun si el relator se aplica en ser incoherente, se esfuerza por revivir la experiencia cruda en su dispersión y en su contingencia, sólo produce una imitación donde se acusa la necesidad. Pero a Sartre le parecía ocioso deplorar esa distancia entre la palabra y la cosa, entre la obra creada y el mundo dado: por el contrario veía en ella la condición misma de la literatura y su razón de ser; el escritor debe manejarla, no soñar con abolirla: sus éxitos residen en ese fracaso asumido.

Sea; yo me resignaba, sin embargo, difícilmente a ese di-

vorcio; quería hacer libros pero no renunciar a mis "trances": estaba tironeada. A causa de ese conflicto yo perseveraba largamente en la concepción del arte en la cual me había detenido antes de conocer a Sartre y que se alejaba de la suya. Crear, pensaba él, era conferir al mundo una necesidad y tomarlo condicionado a ella. Según yo, era mejor darle la espalda. Yo desconfiaba, no solamente del realismo, sino de lo trágico, de lo patético, de todo sentimiento. Yo ponía a Bach muy por encima de Beethoven: Sartre, entonces, prefería a Beethoven, de lejos. Me gustaban los poemas herméticos, las películas surrealistas, los cuadros abstractos, los viejos grabados, las tapicerías antiguas, las máscaras negras. Yo tenía una predilección inmoderada por los espectáculos de marionetas; las de Podrecca me habían disgustado por su realismo, pero había visto otras, entre ellas las del Atelier, cuya ingenuidad marcada me había encantado. Esas predilecciones se explican en parte por las influencias que yo había soportado en mi juventud. Yo había renunciado a lo divino, no a toda especie de lo sobrenatural. Evidentemente yo sabía que una obra forjada sobre la tierra sólo puede hablar un lenguaje terrenal, pero algunas me parecían haber escapado a su autor y reabsorbido en ellas el sentido con que había querido cargarlas; se mantenían de pie, sin ayuda de nadie, mudas, indescifrables, semejantes a grandes totéms abandonados: sólo en ellas yo tocaba algo de imprescindible y de absoluto. Puede parecer paradójico que yo haya seguido exigiendo del arte esa inhumana pureza cuando me gustaba tanto la vida; pero había una lógica en ese empecinamiento: el arte no podía cumplirse sino renegando de la vida, puesto que ella me apartaba de él.

Menos entregada que Sartre a la literatura, yo estaba como él, ávida de saber; pero él ponía mucho más encarnizamiento que yo en correr tras la verdad. He tratado de mostrar en *El segundo sexo* por qué la situación de la mujer le impide todavía hoy atacar al mundo en sus raíces;

yo deseaba conocerlo, expresarlo, pero nunca había considerado la posibilidad de arrancar a la fuerza de mi cerebro sus últimos secretos. Además aquel año yo estaba demasiado absorbida por la novedad de mis experiencias para sacrificar mucho a la filosofía. Me limitaba a discutir las ideas de Sartre. En cuanto nos encontrábamos en el andén de la estación de Tours o de la estación de Austerlitz, él me decía: "Tengo una nueva teoría." Yo lo escuchaba atentamente, no sin una pizca de desconfianza. Pagniez pretendía que las hermosas construcciones de su compañerito descansaban a menudo sobre un sofisma oculto; cuando una idea de Sartre me desagradaba yo buscaba "el sofisma en la base"; más de una vez lo encontré; así hice trizas una cierta "teoría de lo cómico" a la cual, por otra parte, Sartre atribuía poco precio. En otros casos se encarnizaba, a tal punto que si yo lo acorralaba, no vacilaba en tirar el sentido común por encima de la borda. Le importaba, ya lo he dicho, salvar la realidad de este mundo; afirmaba que coincide exactamente con el conocimiento que el hombre tiene de ella; si hubiera integrado en el mundo los instrumentos mismos de ese conocimiento, su posición habría sido más sólida, pero se negaba a creer en la ciencia, a tal punto que un día lo obligué a sostener que los aradores y otros animálculos invisibles para la mirada desnuda no existían. Era absurdo, él lo sabía, pero no aflojó porque también sabía que cuando uno capta una evidencia, aunque sea incapaz de justificarla, hay que aferrarse a ella contra viento y marea contra la razón misma. He comprendido después que para hacer descubrimientos lo esencial no es percibir aquí y allí resplandores que los demás ni siquiera sospechan, sino precipitarse sobre ellos dejando de lado todo lo demás; yo entonces solía acusar a Sartre de ser un aturdido, pero sin embargo me daba cuenta de que había algo más fecundo en sus excesos que en mis escrúpulos.

Sartre edificaba sus teorías a partir de ciertas posiciones a las que nos aferrábamos con terquedad. Por nuestro



Escaneado con CamScanner

amor a la libertad, nuestra oposición al orden establecido, nuestro individualismo, nuestro respeto al artesanado, nos acercábamos a los anarquistas. Pero a decir verdad nuestra incoherencia desafiaba todas las etiquetas. Anticapitalistas, pero no marxistas; exaltábamos los poderes de la conciencia pura y de la libertad y, sin embargo, éramos antiespiritualistas; planteábamos la materialidad del hombre y del universo desdeñando al mismo tiempo las ciencias y las técnicas. Sartre no se inquietaba de esas contradicciones, hasta se negaba a formularlas: "No se piensa nada, decía, cuando se piensa por problema." Iba, arre que arre, de certidumbre en certidumbre.

Lo que le interesaba antes que nada era la gente. A la psicología analítica y polvorienta que enseñaban en la Sorbona, él deseaba oponer una *comprensión* concreta y, por lo tanto, sintética de los individuos. Esa comprensión la había encontrado en Jaspers, cuyo tratado de *Psicopatología* escrito en 1913 había sido traducido en 1927; con Nizan había corregido las pruebas del texto francés. Jaspers oponía a la explicación causal utilizada en las ciencias, otro tipo de pensamiento que no descansa sobre ningún principio universal, pero que capta relaciones singulares por intuiciones más afectivas que racionales y de una irrefutable evidencia; lo definía y lo justificaba a partir de la fenomenología. Sartre ignoraba todo de esa filosofía, pero había retenido la idea de comprensión y trataba de aplicarla. Creía en la grafología y aun más en la fisiognomonía; sobre mi rostro, el de mi hermana y el de nuestros amigos se entregó a interpretaciones que tomaba muy en serio. Ya se ha visto por qué desconfiaba del psicoanálisis, pero estaba al acecho de nuevos tipos de síntesis y leyó ávidamente las primeras vulgarizaciones de la *Gestalttheorie.*

Si el individuo es una totalidad sintética e indivisible sus conductas sólo pueden ser juzgadas globalmente. Sobre el plano ético también rechazábamos la actitud analítica. Ni el uno ni el otro aceptábamos lo que se llama clásica-

mente moral. En la Escuela Normal, Sartre había adoptado un slogan enérgico: "Ciencia es piel de bala. Moral es agujero de bala." Recusábamos, yo por un viejo gusto de lo absoluto, Sartre por repudio de lo universal, no solamente los preceptos que tenían curso en nuestra sociedad, sino cualquier máxima que pretendiera imponerse a todos. Deber y virtud implican la esclavitud del individuo a leyes exteriores a él: los negábamos; a esas nociones vagas oponíamos una verdad viva: la sabiduría. El sabio, en efecto, establece entre él y el universo un equilibrio singular y totalitario; la sabiduría es indivisa, no se deja cortar en tajadas, no se obtiene por una paciente acumulación de méritos: se la tiene o no se la tiene y al que la posee ya no le importa el detalle de su conducta: puede dar la vuelta de carnero. Así en Stendhal ciertos personajes están marcados por una gracia radicalmente negada a la gente vulgar y que los justifica enteramente. Nos colocábamos evidentemente entre los elegidos y ese jansenismo satisfacía nuestra intransigencia autorizándonos al mismo tiempo a obedecer sin vacilación a nuestras voluntades. La libertad era nuestra única regla. Prohibíamos cualquier enajenación a papeles, a derechos, a complacientes representaciones de uno mismo. A propósito de los "comediantes trágicos" de Meredith habíamos discutido largamente sobre los males de la reflexividad. No pensábamos en absoluto que el amor propio (en el sentido en que lo toma La Rochefoucauld) corrompiera todas las conductas humanas, pero, en cuanto se deslizaba en ellas, las corroía por completo. Sólo aprobábamos los sentimientos espontáneamente provocados por su objeto, las conductas que respondían a una situación dada. Medíamos el valor de un hombre por lo que llevaba a cabo: sus actos y sus obras. Ese realismo tenía su parte buena, pero nuestro error consistía en creer que la libertad de elegir y de hacer se encuentra en todo el mundo; de ahí que nuestra moral fuera idealista y burguesa; imaginábamos que apresábamos en nosotros al hombre en

su generalidad, de este modo manifestábamos sin saberlo que pertenecíamos a esa clase privilegiada que creíamos repudiar.

No me extrañan esas confusiones. Estábamos perdidos en un mundo cuya complejidad nos sobrepasaba. No poseíamos para manejarnos en él más que instrumentos rudimentarios. Al menos nos empeñábamos en abrirnos camino, a cada paso nacían nuevos conflictos que nos lanzaban hacia adelante, hacia nuevas dificultades; así en el curso de los años que siguieron nos encontramos arrastrados muy lejos de esos comienzos.

En Saint-Cyr, Sartre había vuelto a escribir; como no podía aplicarse en una obra de largo aliento había ensayado poemas. Uno de ellos se titulaba *El árbol*; como más tarde en *La náusea*, el árbol por su vana proliferación indicaba la contingencia; lo releyó sin entusiasmo y esbozó otro cuyo principio recuerdo:

*Dulcificado por el sacrificio de una violeta,*
*el gran espejo de acero deja un gusto malva en los ojos.*

Pagniez quebró su inspiración largando la carcajada. No fue más indulgente para el primer capítulo de una novela en que Sartre proyectaba contar la muerte de Zaza; una mañana el héroe paseaba sobre el mar una mirada que "peinaba el sol a contrapelo"; ese contrapelo sufrió la misma suerte que la violeta sacrificada y Sartre no insistió. Aceptaba las críticas con una impávida modestia: ¡desde el fondo de ese porvenir donde ya se había afirmado, el pasado más cercano le parecía haber quedado tan atrás! Sin embargo, cuando un proyecto le importaba de veras lo llevaba a cabo: fue el caso de *La leyenda de la verdad*, que escribía en Saint-Symphorien.

Esta vez también revelaba sus ideas bajo forma de cuento; no le resultaba posible exponerlas sin ambages: negando todo crédito a las afirmaciones universales se negaba hasta

el derecho de enunciar ese repudio de la modalidad de lo universal; en vez de decir, tenía que mostrar. Admiraba los mitos a los cuales, por razones análogas, Platón había recurrido y los imitaba tranquilamente. Pero ese procedimiento anticuado imponía a su pensamiento batallador trabas que lo entorpecían y se reflejaban en la rigidez de su estilo. Sin embargo, algunas novedades asomaban bajo esa armazón; en *La leyenda de la verdad* se anunciaban las teorías más recientes de Sartre: ya ligaba los diversos modos del pensamiento a las estructuras de los grupos humanos. "La verdad procede del comercio", escribía; ligaba el comercio a la democracia; cuando los individuos se consideran intercambiables se obligan a tener sobre el mundo juicios idénticos y la ciencia expresa ese acuerdo de sus espíritus. Las *élites* desdeñan esa universalidad; forjan para su uso exclusivo esas ideas llamadas generales y que sólo alcanzan una incierta probabilidad. Sartre aborrecía aun más esas ideas de camarilla que el unanimismo de los sabios. Reservaba sus simpatías para los taumaturgos que, excluidos de la Ciudad, de su lógica, de sus matemáticas, vagan solitarios por los lugares salvajes y para conocer las cosas sólo creen lo que ven sus ojos. Por lo tanto sólo concedía al artista, al escritor, al filósofo, a los que llamaba "los hombres solos", el privilegio de captar la realidad al vuelo. Por muchas razones sobre las cuales volveré más adelante, esa teoría me convenía y la adopté con entusiasmo.

En agosto me instalé por un mes en el hotelito de Sainte-Radegonde, a orillas del Loira, a diez minutos de villa Pawlonia. Por fin había sucedido: pasaba mis vacaciones lejos de Meyrignac. ¡Cómo había temido antaño ese destierro! Pero no era tal; por el contrario, me encontraba sólidamente anclada, por fin, en el corazón de mi verdadera vida. El paisaje era muy feo, pero no tenía importancia. Por la mañana me sentaba con un libro en una especie de isla cubierta de matorrales a la que uno llegaba fácilmente sin mojarse los pies, pues el río estaba casi seco.

Almorzaba un paquete de galletitas y una tableta de chocolate. Luego subía a buscar a Sartre a pocos pasos de la estación meteorológica; cada dos horas, él iba a hacer una observación y yo lo veía moverse en lo alto de una especie de torre Eiffel en miniatura. Comíamos en alguna glorieta en Sainte-Radegonde. A menudo tenía todo el día libre; entonces gastábamos su herencia. Abandonábamos nuestros boliches por restaurantes más fastuosos. En "La Lanterne" o en "Le Pont de Cissé", a orillas del Loira, comíamos salchichón y bebíamos vino seco. O íbamos a Saint-Florentin, al borde del Cher, a las "hosterías" que frecuentaban los ricos del lugar. Dos o tres veces después de almuerzo Sartre tomó taxis; visitamos los castillos de Amboise, de Langeais; paseamos por los alrededores de Vouvray en el flanco de las colinas gredosas agujereadas por habitaciones troglodítas. A esos días de opulencia sucedían flacos mañanas. No habíamos comido nada desde la antevíspera —salvo un pedazo de torta de ciruelas en la estación de Tours— cuando llegamos a la estación de Austerlitz una mañana de setiembre, a las seis. Ni un centavo en el bolsillo y la suela de mi zapato derecho estaba desclavada; a través del laberinto del Jardín Botánico caminé dando saltitos. En cuanto se abrió nuestro café favorito, "La Closerie des Lilas", nos sentamos en la terraza ante sendas tazas de chocolate y pilas de medias lunas. Pero había que pagarlas. Sartre me dejó en rehén; tomó un taxi y tardó una hora en volver, todos nuestros amigos estaban de vacaciones. Ya no sé a quién debimos nuestra salvación. Pedíamos mucho prestado. Para devolverlo Sartre roía en su herencia; vendí mis libros y todas mis alhajitas de muchacha ante el escándalo de mis padres.

Leíamos enormemente. Cada domingo yo llevaba a Sartre brazadas de libros, sacados más o menos lícitamente de la librería de Adrienne Monnier. Como le gustaban *Pardaillan, Fantomas, Cheri-Bibi,* Sartre me reclamaba con insistencia "malas novelas divertidas". Malas le encontraba a

paladas, pero divertidas nunca lo eran; decepcionado, me autorizó a deslizar en el lote algunos libros que corrían el riesgo de ser buenos. En Francia no aparecía nada sensacional. Pese a la aversión que nos inspiraba Claudel, nos gustó *El escarpín de raso*. Nos sedujo *Vuelo nocturno*, de Saint-Exupéry; los progresos de la técnica como los de la ciencia nos dejaban bastante indiferentes; las ascensiones del profesor Piccard en la estratosfera no nos conmovían; pero el desarrollo de la aviación al acercar los continentes modificaría las relaciones de los hombres entre ellos: seguíamos atentamente las hazañas de Costes y de Bellonte, las de Mermoz; estábamos totalmente decididos a ver un día la tierra desde lo alto del cielo. Ávidos de viajar, nos gustaban los artículos de viajes; tratamos de imaginarnos a Nueva York según Paul Morand y la India según *La India contra los ingleses*, de Andrée Viollis.

A través de su literatura es como se conoce mejor un país extranjero; el que más nos interesaba y nos intrigaba era la U.R.S.S. Leíamos a todos los jóvenes autores rusos que estaban traducidos al francés. Nizan nos recomendó particularmente la singular novela de anticipación de Zamiatine, *Nosotros*; en un sentido esa sátira probaba que el individualismo sobrevivía en la U.R.S.S., puesto que semejante obra podía ser escrita y publicada; pero era una prueba equívoca, puesto que el acento y el desenlace del libro no dejaban nada que esperar. Sin duda Zamiatine no veía para sí mismo más alternativa que la renuncia o la muerte. Nunca olvidaré la ciudad de vidrio maravillosamente transparente y dura que había erigido contra un cielo inmutablemente celeste. *Caballería roja* pintaba el dolor y lo absurdo de la guerra en breves cuadros desolados. *Rapaces*, de Erhenburg y *El Volga desemboca en el Báltico*, de Pilniak, nos revelaban en la construcción socialista, más allá de los soviets y de la electrificación, una difícil aventura humana. Un país que producía esa literatura y en el cine obras maestras como *El acorazado Po-*

*temkin* y *Tempestad sobre Asia*, no podía reducirse a una "civilización de ingenieros". Es verdad que otras novelas, otras películas, daban el primer lugar al cemento y a los tractores.

Nuestra curiosidad oscilaba entre la admiración y la desconfianza.

Alemania sólo se reflejaba vagamente en *El asunto Mauritzius*, de Wassermann, en *Berlin-Alexanderplatz*, de Doblin. Y América nos ofrecía imágenes más fascinantes en la pantalla que en el papel. El último *bestseller* norteamericano, *Babbit*, nos pareció laboriosamente chato; yo prefería el espesor tumultuoso de las viejas novelas de Dreiser. En cuanto a los autores ingleses los abordábamos bajo otro ángulo; se situaban en una sociedad bien asentada y no nos abrían horizontes: apreciábamos su arte. Fueron publicadas en Francia las primeras novelas de D. H. Lawrence; reconocimos su talento; pero su cosmología fálica nos sorprendió; consideramos pedantes y pueriles sus demostraciones eróticas. Sin embargo, su personalidad nos interesaba; leímos todos los recuerdos de Mabel Dodge, de Brett, de Frieda; tomábamos partido en sus rencillas, nos parecía conocerlos [1].

En el terreno de la ideología, de la filosofía, no encontrábamos mucho que cosechar. Desdeñamos las divagaciones de Keyserling, que entonces eran incesantemente traducidas. Entre las obras no novelescas que contaron para nosotros durante esos dos años, sólo veo *Mi vida*, de Tolstoi; una nueva traducción de *Empédocles*, de Hölderlin, y *La desdicha de la conciencia*, de Jean Wahl, que nos dio algunas nociones de Hegel. Sin embargo, seguíamos asiduamente la *N.R.F.*, *Europe*, y *Les Nouvelles Littéraires*. Hacíamos una gran consumisión de novelas policiales, cuya moda estaba expandiéndose. La colección de *L'Empreinte*

[1] Durante esos dos años se tradujeron muchos libros ingleses: *Cumbres borrascosas*, *Los cuentos de la comadre* de Bennet, *Sarn* de Mary Webb, *Contrapunto* de Huxley, *Un ciclón en Jamaica* de Richard Hughes.

acababa de crearse y los críticos consagraban artículos serios a Edgar Wallace, a Croft, a Oppenheim.

Había un modo de expresión que Sartre colocaba casi tan alto como la literatura: el cine. Mirando pasar las imágenes sobre una pantalla tuvo la revelación de la necesidad del arte y descubrió por contraste la deplorable contingencia de las cosas sentadas. Por el conjunto de sus gustos artísticos, era más bien clásico, pero esa predilección lo situaba entre los modernos; mis padres, los suyos, todo un vasto medio burgués, miraban todavía el cine como "una diversión de criaditas"; en la Escuela Normal, Sartre y sus compañeros tenían conciencia de pertenecer a una vanguardia cuando discutían con gravedad las películas que les gustaban. Yo estaba menos apasionada que él, pero lo seguía, sin embargo, con entusiasmo a las salas de exclusividades, a los cines de barrio donde había descubierto programas atrayentes; no íbamos allí sólo para divertirnos: poníamos la misma seriedad que los jóvenes devotos de hoy cuando entran a una cinemateca.

He contado cómo Sartre me había alejado de los "films de arte" para iniciarme en las cabalgatas de los cow-boys y las historias policiales. Un día me llevó al Studio 28 para ver a William Boyd en una clásica historia de Hollywood: un vigilante honesto y de gran corazón descubre que su cuñado es un criminal. Drama de conciencia. Ocurrió que daban al principio de la función una película que desde las primeras imágenes nos dejó mudos: *El perro andaluz*, de Buñuel y Dalí, cuyos nombres ignorábamos. Luego nos costó bastante interesarnos en los tormentos de William Boyd. Hubo otras grandes películas durante esos dos años: *Tempestad sobre Asia*, *La sinfonía nupcial*, *Muchachas de uniforme*, *Luces de la ciudad*. Observamos con una curiosidad reticente los principios del cine sonoro y parlante: *Broadway Melody*, *El espectro verde*. En *El loco cantor*, Al Johnson cantaba *Sonny Boy* con una emoción tan comunicativa que cuando se encendió la luz tuve la sorpresa

de ver lágrimas en los ojos de Sartre: lloraba fácilmente en el cine y yo lamenté el trabajo que me había tomado para no hacerlo. *El millón* nos hizo reír, nos encantó, nos conmovió; era un éxito perfecto, pero lo consideramos excepcional y no aprobamos a Jean Prévost cuando escribió con audacia: "Creo en las posibilidades y en el porvenir artístico del film parlante." *Hallelujah,* sin embargo, habría sido mucho menos conmovedor privado de los cantos de los actores negros, de la belleza de los *spirituals,* y en la angustiosa búsqueda que termina el film, del chapaleo del barro, del follaje que cruje en el seno de un trágico silencio. Y ¿qué habría quedado de *El ángel azul* si hubieran borrado la voz de Marlene Dietrich? Lo admitíamos. Pero a Sartre le había gustado demasiado el cine mudo para encarar sin descontento que el parlante pudiera suplantarlo. Sin duda conseguirían liberarlo de ciertas groseras imperfecciones técnicas, acordar la sonoridad de las voces con las distancias y los movimientos; pero el lenguaje de las imágenes, pensaba Sartre, era un todo que se bastaba a sí mismo; lo estropearían si le superponían otro; la palabra era, según él, incompatible con ese irrealismo —cómico, épico, poético— que lo ataba al cine.

En el teatro la mediocridad nos alejaba y no íbamos a menudo. Baty inauguró el teatro *Montparnasse,* en octubre de 1930, con *La Ópera de cuatro centavos.* Ignorábamos todo de Brecht, pero la manera en que presentaba las aventuras de Macky nos encantó: de pronto, en la escena, se animaban las estampitas. La obra nos pareció reflejar el más puro anarquismo: aplaudimos con fuego a Marguerite Jamois y a Lucien Nat. Sartre supo de memoria todas las canciones de Kurt Weil y a menudo más adelante repetimos el *slogan*: "Bife primero, moral después." Frecuentábamos los music-halls. Joséphine Baker repitió en el Casino de París todas las canciones y los bailes que pocos años antes la habían precipitado en la celebridad: de nuevo triunfó. En Bobino oímos al viejo Georgius y a la nueva

estrella, Marie Dubas, que desencadenaba las risas y el entusiasmo del público; era muy divertida cuando cantaba las canciones 1900 — recuerdo una entre otras que se llamaba: *Ernest, aléjese*— y vimos en esas parodias una sátira de la burguesía; tenía también en su repertorio hermosas canciones populares cuya brutalidad nos parecía un desafío a las clases organizadas: también a ella la considerábamos anarquista. Decididos a que no nos gustaran más que las cosas y la gente que coincidían con nosotros, forzábamos el acuerdo de todo lo que nos gustaba.

Los libros y los espectáculos contaban mucho para nosotros; en cambio, los acontecimientos públicos nos importaban poco. Los cambios de ministerios y los debates de la S.D.N. nos parecían tan fútiles como las riñas periódicamente provocadas por los *camelots du roi*. Los grandes escándalos financieros no nos escandalizaban, puesto que capitalismo y corrupción eran sinónimos para nosotros. Oustric había tenido menos suerte que otros, eso era todo. Las gacetillas carecían de interés; se trataba sobre todo de agresiones contra los chóferes de taxi: los diarios señalaban dos o tres por semana. Sólo el vampiro de Dusseldorf nos hizo soñar porque pensábamos que para comprender algo de los hombres hay que interrogar los casos extremos. En conjunto, el mundo que nos rodeaba no era sino un telón de fondo sobre la cual resaltaban nuestras vidas privadas.

A mis ojos sólo contaba el tiempo que pasaba con Sartre; pero prácticamente había muchos días en que vivía sin él. Ocupaba gran parte de ellos en lecturas desordenadas, al azar de los consejos de Sartre y de mis caprichos. De tanto en tanto iba a la Biblioteca Nacional; pedía obras prestadas a Adrienne Monnier; me aboné a la biblioteca angloamericana de Sylvia Beach. En el invierno junto al fuego, en el verano en el balcón, fumando sin gracia cigarrillos ingleses, completé mi cultura. Además de los libros que leí con Sartre, absorbí a Whitman, Blake, Yeats, Synge,

Sean O'Casey, todo Virginia Woolf, toneladas de Henry James, George Moore, Swinburne, Swinnerton, Rebecca West, Sinclair Lewis, Dreiser, Sherwood Anderson, todas las traducciones publicadas en la colección *Feux Croisés* y hasta en inglés la interminable novela de Dorothy Richardson, que consigue, durante diez o doce volúmenes, no contar estrictamente nada. Leí Alexandre Dumas, las obras de Népomucène Lemercier, las de Baour-Lormian, las novelas de Gobineau, todo Restif de la Bretonne, las cartas de Diderot a Sophie Volland y también Hoffmann, Sudermann, Kellermann, Pío Baroja, Panait Istrati. Sartre se interesaba en la psicología de los místicos y yo me sumergía en las obras de Catherine Emmerich, de santa Angela de Foligno. Quise conocer a Marx y a Engels y en la Biblioteca me lancé sobre *El Capital*. Lo hice muy mal; no hacía diferencia entre el marxismo y las filosofías a las cuales estaba habituada, a tal punto que me pareció muy fácil de comprender y, en realidad, no comprendí nada. Asimismo, la teoría de la plusvalía fue para mí una revelación tan deslumbrante como el *cogito* cartesiano, como la crítica kantiana del espacio y del tiempo. Yo condenaba con todo mi corazón la explotación y sentía una inmensa satisfacción desmontando el mecanismo. El mundo se iluminó de una luz nueva desde el momento en que vi en el trabajo la fuente y la sustancia de los valores. Nunca nada me hizo renegar esa verdad, ni las críticas que suscitó en mí el fin de *El Capital*, ni las que encontré en los libros, ni las doctrinas sutiles de economistas más recientes.

Daba lecciones para ganarme la vida y dictaba una clase de latín en el liceo Victor Duruy. Había enseñado psicología a colegialas de Neuilly reflexivas y disciplinadas: mi clase inferior me tomó desprevenida. Para chicas de diez años los rudimentos del latín son austeros; creí poder paliar esa austeridad con sonrisas; mis alumnas tambien sonreían; trepaban sobre la tarima para mirar de cerca mis collares, tironeaban mi cuello; los primeros tiempos cuando las man-

daba a sus asientos se quedaban más o menos tranquilas pero pronto ya no cesaron de conversar, de agitarse. Yo trataba de endurecer mi voz, de poner en mis ojos resplandores de tormenta: ellas seguían haciendo gracias y charlando. Me decidí a castigar y puse una mala nota a la más traviesa; se precipitó golpeándose la cabeza contra la pared y aullando: "¡Mi padre me va a pegar!" Toda la clase repitió con una voz cargada de reproches: "¡Su padre le va a pegar!" ¿Podía entregarla a ese verdugo? Pero, si le perdonaba, ¿cómo castigar a sus compañeras? No encontré sino una solución: cubrir ese barullo con grandes gritos; después de todo, las que querían oírme me oían y creo que mi división aprendió tanto latín como cualquier otra. Pero más de una vez me llamó la directora indignada y no volvieron a darme esa cátedra.

En principio, después de los dos años de respiro que me había concedido debía aceptar un cargo, pero me repugnaba dejar París. Busqué una manera de radicarme. El rico primo influyente que antaño había ayudado a mi padre me recomendó a una de las codirectoras de *L'Europe Nouvelle*, la señora Poirier, que le debía favores; estaba casada con un profesor y vivían en lo alto de un liceo en un departamento lleno de muebles antiguos y de alfombras de Oriente; para debutar como corresponde en el periodismo, me dijo, había que aportar ideas: ¿tenía yo alguna? No. Entonces, me aconsejaron que me quedara en la enseñanza. El marido se interesó en mí; era un sexagenario esbelto, calvo de ojos glaucos; de tanto en tanto me invitaba a tomar el té con él en el Pré Catelan; me prometía presentarme gente útil y me hablaba de la vida; le gustaba hablar de los aspectos libidinosos; entonces me clavaba los ojos con aire grave y su voz se hacía científica. Me invitaron a un coctel; fue mi primera salida en el mundo elegante; no brillé. Llevaba un vestido de lana roja con un gran cuello de piqué blanco, demasiado sencillo para la circunstancia. Todas las señoras de *L'Europe Nouvelle* estaban vestidas por buenos modistos;



Escaneado con CamScanner

Louise Weiss, de raso negro, hablaba en medio de un círculo de admiradores. Habían encargado a uno de los invitados que se ocupara de mí; se animó un poco señalándome a una señora muy empolvada, que, me informó, había servido de modelo para *La señorita Dax*, pero luego la conversación se arrastró miserablemente. Yo comprendí que nunca podría entenderme con esa gente y decidí irme a enseñar a provincia.

Entretanto, disfrutaba de París. Había dejado caer casi todas las obligaciones que me aburrían: tías, primos, amigas de infancia. Almorzaba bastante a menudo en casa de mis padres: como evitábamos las discusiones, teníamos pocos temas de conversación; ignoraban casi todo de mi vida. A mi padre le disgustaba que yo aún no tuviera un puesto; cuando mis amigos le preguntaban por mí contestaba con disgusto: "Anda de juerga en París." Es verdad que me divertía lo más posible. Solía comer en casa de Mme. Lemaire con Pagniez, me llevaban al cine. Fui a "La Lune rousse" con Rirette Nizan y terminamos la noche tomando aquavit en los "Vickings". Volví al "Jockey", a "La Jungle", con mi hermana y Gégé: aceptaba entrevistas, invitaciones, salía con cualquiera o casi. Fernando me había llevado a reuniones nocturnas en el café de la esquina del bulevar Raspail y de la calle Edgard Quinet: fui a menudo. Estaban el pintor Robert Delauney y su mujer Sonia, que hacía dibujos para telas; Cossio, que sólo pintaba barquitos; el músico de vanguardia Varèse, el poeta chileno Vicente Huidobro; a veces, Blaise Cendrars hacía una aparición: en cuanto abría la boca todo el mundo se extasiaba. Pasábamos las noches vituperando contra la tontería humana, contra la podredumbre de la sociedad, contra el arte y la literatura de moda. Alguien sugirió que alquiláramos la torre Eiffel para escribir en letras de fuego la palabra: "¡Mierda!" Otro deseaba inundar la tierra de petróleo e incendiarla. Yo no me mezclaba en esas imprecaciones, pero me gustaba el humo, el tintineo de los vasos, el rumor de las voces exaltadas mientras el silencio

bajaba sobre París. Una noche, cuando el café se cerró, toda la banda se fue al "Sphinx" y yo los acompañé. A causa de Toulouse-Lautrec y de Van Gogh yo imaginaba los burdeles como lugares de alta poesía: no me decepcioné. El decorado, de un mal gusto todavía más exagerado que el interior del Sacré Coeur, las luces, las mujeres semidesnudas en sus vaporosas túnicas multicolores eran mucho más impresionantes que las pinturas idiotas y las barracas de feria que le gustaban a Rimbaud.

De Madrid, de Budapest, Fernando y Bandi [1] me mandaban artistas y escritores; durante noches enteras los paseaba por París y ellos me hablaban de grandes ciudades desconocidas. Yo también solía salir con una joven vendedora de Burma, amiga del Tapir y por quien yo sentía simpatía: Sartre la había apodado Mme. de Listomère por una heroína de Balzac. Íbamos a bailar a los bailes de la calle Lappe: nos empolvábamos la cara, nos ensangrentábamos los labios y teníamos mucho éxito. Mi bailarín favorito era un carnicero que una noche, ante unas cerezas con aguardiente, insistió en llevarme a su casa. "Tengo un amigo", le dije. "Y ¿qué hay con eso? Le gusta la carne de vaca: eso no le impide comer una tajada de jamón de tanto en tanto." Lo decepcioné mucho negándome a cambiar de régimen.

Raramente me acostaba antes de las dos de la mañana; por eso mis días pasaban tan rápido: dormía. El lunes en particular me caía de sueño pues llegaba de Tours a las 5 y media de la mañana; los compartimientos de tercera clase estaban repletos y siempre había un vecino empeñado en meterme pierna; no podía pegar los ojos; iba al liceo Duruy a las ocho y media: una tarde, durante una clase de griego, llegué a perder la conciencia mientras mi alumna buscaba el sentido de un texto. Me gustaba mi cansancio, nunca los excesos; no me emborrachaba; sin embargo, mi estómago no era muy robusto y me bastaban dos o tres cocteles para revolverme.

[1] El húngaro, enamorado de Stépha, al que conocí en la Nacional.

Pero no necesitaba alcohol para embriagarme; iba de sorpresa en deslumbramiento, de placer en fiesta. Todo me divertía, todo me enriquecía. Tenía tantas cosas que aprender que cualquier cosa me instruía. Un domingo el Tapir me llevó a Tours en su autito; Mme. de Listomère nos acompañaba. Dejamos a Sartre ya entrada la noche; eran las doce cuando un desperfecto nos detuvo en Blois: yo no sabía que de noche todas las ciudades de provincia tienen un aire siniestro. Necesitamos más de un cuarto de hora para despertar a la patrona del hotel; puso a las dos mujeres en una cama, al Tapir en un cuarto contiguo; queríamos conversar: arrastró su colchón hasta el piso de nuestro cuarto y se durmió allí. ¡Qué bochinche a la mañana siguiente! Creímos que la hotelera iba a llamar a la brigada de la moralidad. Ese minúsculo incidente me divirtió como una aventura.

Me ocurrió otro igualmente ínfimo que me encantó. Terminado el año escolar me quedaba a dormir en Tours el domingo por la noche. Pero el 15 de agosto, a la una de la mañana, el hotel en que yo solía parar estaba lleno. Fui a dos, a tres, en vano. Tomé un taxi, recorrí toda la ciudad: siempre en vano. El chófer terminó por proponerme que durmiera en el garaje en su coche; acepté. Cambió de idea: seguramente su mujer me permitiría dormir en el cuarto de su hija que estaba en una colonia de vacaciones. Lo seguí, no por aturdida, sino por confianza. Y en efecto, una mujer joven lo esperaba en una cama camera, sonriente, pintada, arreglada como para una fiesta. A la mañana siguiente me dieron café con leche y no aceptaron un centavo. Su gentileza me conmovió aun más porque salía de un ambiente en que hubiera sido una deshonra dar nada por nada. Me confirmó en una actitud que había adoptado instintivamente y que nunca quise cambiar: en la duda jugar a ganador y no a perdedor, dar crédito a la gente y a las circunstancias antes que defenderme de ellas.

Uno de mis más vivos placeres era pasear en auto. Pagniez

me acompañó tres o cuatro veces a Tours. Me mostró la catedral de Chartres, el castillo de Chaumont. Fue licenciado en febrero de 1931, dos o tres semanas antes que Sartre. Tuvo ganas de ir a ver a través de Francia a primos y amigos. Mme. Lemaire le prestó su coche. Me propuso que fuera con él. ¡Un viaje en auto, un verdadero viaje, el primero de mi vida! Entré en trance. Y ¡qué contenta estaba de pasar diez días sola con Pagniez! Me gustaba su conversación, su presencia y mirar las cosas con él.

El azar quiso que dos días antes de mi partida Herbaud viniera a París y me anunciara que se quedaba dos semanas sin su mujer: dispondría de tiempo para verme. Durante mucho tiempo nuestras relaciones habían descansado sobre un equívoco: no deseaba saber lo que Sartre era para mí, yo no deseaba decírselo; dos meses antes había encontrado en mi cuarto una carta que lo había informado; se puso a reír pero no le gustó, pese a no haberme ocultado el vivo interés que le inspiraba una muchacha de Coutances. Me puso un ultimátum: si en vez de aprovechar su presencia me iba con Pagniez, no volvería a verme jamás. Objeté que no podía fallarle a Pagniez. "Puedes", decía Herbaud. "No puedo", replicaba yo. Muy bien, entonces rompía conmigo. Fuimos al cine y yo lloraba mientras repetía: "He prometido." Más tarde le dijo a Sartre que esa obstinación lo había exasperado, que hubiera preferido una confesión franca: "Tengo ganas de viajar." En verdad yo era sincera; siempre he pensado que, salvo caso de fuerza mayor, el abandonar proyectos comunes es una ofensa a la amistad y deseaba ardientemente conservar la de Pagniez; ese era el fondo del asunto: yo prefería ahora la suya a la de Herbaud; más cerca de Sartre, Pagniez estaba también más cerca de mí; las circunstancias, limitando nuestra intimidad, le prometían un enriquecimiento indefinido; Herbaud, por el contrario, y lo sabía, ya no tenía papel en mi vida. Pertenecía al pasado y lo sacrificaba al porvenir. Le dije adiós entre lágrimas. Eso también lo irritó y lo comprendo, pues mi exuberante

desesperación transformaba en fatalidad una elección que en verdad venía de mí.

Llovía en el Morvan pero para mi alegría me bastaba repetirme: ¡Nos vamos, nos fuimos! Nuestro almuerzo en el hotel de la Poste, en Avallon, me aturdió. A la mañana siguiente visitamos la iglesia de Brou; me emocionaron los yacentes de mármol y las pequeñas virtudes que sostienen las tumbas; y nadie me obligó a admirar el "transparente", tan atrozmente trabajado como las piedras de Saint-Maclou. En Lyon, Pagniez fue a ver unos amigos y yo paré en casa de la mayor de mis primas Sirmione, que se había casado con un estudiante de medicina; dos o tres de sus hermanos almorzaron con nosotros; la huérfana idiota servía la mesa, todavía la martirizaban. Me sorprendieron aun más que en mi primera infancia. Por el hecho de viajar con un hombre suponían que ningún vicio tenía secretos para mí y la grosería de sus bromas me anonadó; me ofrecieron de postre lo que llamaban "una nuez de Grenoble": era una cáscara de nuez que encerraba un preservativo; largaron tales carcajadas que me evitaron reaccionar. Luego me mostraron Lyon, muy bien. Y luego mi primo Charles me hizo visitar su pequeña fábrica de tubos para lámparas. Era mi primer encuentro con el trabajo y recibí una fuerte impresión. En pleno día era de noche en el taller y se respiraba un aire cargado de polvo metálico. Las mujeres estaban sentadas ante placas giratorias regularmente perforadas; en un cajón colocado en el suelo tomaban un cilindro de lata y lo colocaban en un agujero que la placa arrastraba; indefinidamente y con ritmo veloz el brazo de la obrera iba del cajón a la placa: ¿durante cuántas horas? Durante ocho hora en ese calor y ese olor, encadenadas a la horrible monotonía de ese movimiento circular, sin un respiro. Ocho horas todos los días. "Has bebido demasiado en el almuerzo", me dijo alegremente mi primo viendo que las lágrimas asomaban a mis ojos.

En el Macizo Central descubrí por primera vez grandes

horizontes nevados. Pagniez iba a Tulle: me dejó en Uzerche. Decididamente, yo revisaba mi pasado. Dormí en el hotel Leonard, uno de esos lugares que antaño me parecían inhabitables a menos que uno perteneciera a la hez de la tierra: campesinos, viajantes de comercio Lo pasé muy bien. Pagniez vino a buscarme y recordé los asombros de Proust cuando sus primeros paseos en auto confundían "el lado de Guermantes" y "el lado de Swann". Visitamos en una sola tarde lugares que yo creía en las antípodas unos de otros: el castillo de Turenne, la iglesia de Beaulieu y Rocamadour, de la que me habían hablado con admiración durante toda mi infancia sin llevarme nunca. Me embriagué de paisajes. Y tuve una gran revelación: la Provenza. Lo que me decían del Sur me intrigaba mucho cuando era chica ¿Cómo puede ser lindo si no hay árboles? En los alrededores de Uzès, cerca del puente del Gard, no había árboles y era muy hermoso. Me gustaban su sequedad y el olor de las garrigas; me gustaba la desnudez de la Camarga cuando fuimos hacia las Saintes-Maries. Aigues-Mortes me emocionó tanto como a través de las descripciones de Barrès y nos quedamos largamente al pie de las murallas, atentos a la noche y a su silencio. Por primera vez dormí bajo un mosquitero. Por primera vez subiendo hacia Arles vi cortinas de cipreses inclinados por el mistral y conocí el verdadero color de los olivos. Por primera vez el viento soplaba sobre los Baux cuando llegue aquella noche, en el llano crepitaban hogueras; los leños crepitaban en la chimenea de la "Reine Jeanne", donde éramos los únicos clientes; comimos en una mesita junto al fuego, bebiendo un vino cuyo nombre aún recuerdo, "Le Mas de la dame". Por primera vez paseé por Aviñón; almorzamos frutas y golosinas en un jardín que dominaba el Ródano, al sol, bajo un cielo glorioso. Al día siguiente lloviznaba en París; Herbaud me había mandado una carta malévola en que se despedía definitivamente de mí. Mme. Lemaire se preguntaba si yo había tenido razón al no cederle: Sartre rabiaba contra los militares que lo libe-

raban más tarde de lo que él esperaba. Y ¡qué raro era después de diez días de total complicidad encontrarme frente a Pagniez a una distancia que de pronto me parecía inmensa! Hasta la felicidad tiene sus asperezas, sus agujeros de sombra a veces; se lamentan cosas: tal fue la lección de ese regreso.

A los diecinueve años, pese a mis ignorancias y a mi incompetencia, yo había querido escribir sinceramente; me sentía desterrada y mi único recurso contra la soledad, era manifestarme. Ahora ya no sentía en absoluto la necesidad de expresarme. Un libro, es de una manera o de otra un llamado: ¿a quién llamar y a propósito de qué? Estaba colmada. Sin respiro, mis emociones, mis alegrías, mis placeres, me precipitaban hacia el porvenir y su vehemencia me sumergía. Frente a las cosas y a la gente me faltaba esa distancia que permite tener sobre ellos un punto de vista y comentarlo; incapaz de sacrificar nada, por lo tanto de elegir nada, me perdía en un hervidero caótico y delicioso. Respecto a mi pasado es verdad que tenía perspectivas: tenía demasiadas. No me inspiraba ni una nostalgia que pudiera incitarme a reanimarlo, ni ese resentimiento que lleva a la rendición de cuentas; sólo el silencio coincidía con mi indiferencia.

Sin embargo, recordaba mis viejas resoluciones y Sartre no me las dejaba olvidar; me dicidí a empezar una novela. Me senté en una de mis sillas color naranja, respiré el olor a estufa de querosén, contemplé con una mirada perpleja el papel virgen: no sabía qué contar. Hacer una obra es en todo caso *hacer ver* el mundo; a mí, su presencia bruta me aplastaba y no veía nada: no tenía nada que mostrar. Sólo podía salir del paso copiando las imágenes que otros escritores habían propuesto; sin confesármelo, imitaba. Esto es siempre lamentable. ¿Por qué agravaba mi caso eligiendo como modelos a *El Gran Meaulnes* y *Polvo*? Esos libros me habían gustado. Yo reclamaba que la literatura se apartara de lo humano; me satisfacían tocando lo maravilloso. Jacques y Her-



Escaneado con CamScanner

baud habían alentado mi gusto por ese género de sublimación porque ellos solían practicarla. A Sartre le repugnaban todos los trucos; sin embargo, a lo largo de los días se divertía conmigo viendo mitos y, en sus escritos, la fábula, la leyenda, representaban un papel importante. De todas maneras en vano me hubiera aconsejado la sinceridad; entonces no había para mí sino una manera de ser sincera: habría sido callarme. Por lo tanto me empeñé en fabricar una historia que robaba un poco de su magia a Alain Fournier y a Rosamonde Lehmann. Había un viejo castillo, un gran parque, una niña que vivía junto a un padre triste y silencioso; un día cruzaba en un camino a tres hermosos muchachos desenvueltos que pasaban sus vacaciones en una propiedad vecina. Entonces ella advertía que tenía dieciocho años; sentía deseos de caminar libremente por los caminos y de ver mundo. Lograba partir para París; allí encontraba a una mujer joven parecida a Stépha y a una mujer mayor parecida a Mme. Lemaire; debían ocurrirle aventuras poéticas pero yo no sabía muy bien cuáles. Me detuve en el tercer capítulo. Me daba vagamente cuenta de que mi fuerte no era lo maravilloso. Eso no me impidió que siguiera durante mucho tiempo empecinándome en ello. Me ha quedado de esto un lado "Delly", muy perceptible en los primeros borradores de mis novelas.

Escribía sin convicción; tan pronto tenía la impresión de estar haciendo un deber, tan pronto de entregarme a una parodia. De todas maneras nada urgía. Era dichosa; por el momento me bastaba. Y después de todo, no, no me bastaba. Yo había esperado otra cosa de mí. Ya no llevaba un diario íntimo pero todavía a veces escribía en una libreta: "No puedo resignarme a vivir y que mi vida no sirva de nada", escribí en la primavera de 1930. Y un poco más tarde, en junio: "He perdido mi orgullo y con él lo he perdido todo." Me había ocurrido vivir en contradicción con mi medio pero nunca conmigo misma; me había enterado durante esos dieciocho meses de que uno puede no querer lo que quiere y del

malestar que engendra esa irresolución. Seguí entregándome con pasión a todos los bienes de este mundo; y sin embargo pensaba que me alejaban de mi vocación: me traicionaba y me perdía. Tomé ese conflicto a lo trágico, al menos por momentos. Hoy pienso que no había de qué agitarse; pero en ese tiempo todo me parecía un mundo.

¿Qué me reprochaba a mí misma? En primer lugar la facilidad demasiado grande de mi vida; empezó por embriagarme pero pronto sentí un cierto disgusto. La buena alumna que había en mí se impacientaba de esa rabona indiscreta. Mis lecturas desordenadas eran sólo una diversión, no me conducían a ninguna parte. Mi único trabajo era escribir: lo hacía con desgano y porque Sartre me lo exigía imperiosamente. Muchos jóvenes, mujeres y varones que se han entregado con ambición y coraje a estudios duros, conocen luego ese tipo de decepción; el esfuerzo, la conquista, la superación cotidiana, procuran satisfacciones soberanas e irreemplazables; en comparación las pasivas delicias de la ociosidad parecen insulsas y las horas más brillantemente llenas injustificadas.

Además no me había levantado del golpe que me había asestado mi confrontación con los compañeritos; para recobrar un poco de orgullo habría tenido que hacer algo, y bien; pero haraganeaba. Mi indolencia me confirmaba en el sentimiento de mi mediocridad. Decididamente abdiqué. Quizá no sea cómodo para nadie aprender a convivir pacíficamente con los demás; yo nunca había sido capaz. Reinaba o me hundía. Subyugada por Zaza, había naufragado en la humildad; la misma historia se repetía, pero yo había caído desde más alto y mi confianza en mí había sido brutalmente pulverizada. En ambos casos conservé mi serenidad; fascinada por el otro, me olvidaba al punto de que no quedaba nadie para decirse "no soy nadie". No obstante, por momentos, esa voz se despertaba; entonces yo comprobaba que había dejado de existir por mi cuenta y que vivía como parásito. Cuando reñí con Herbaud me acusó de

haber traicionado el individualismo que antes me había valido su estima y tuve que darle la razón. Pero lo que me importaba aun más era que el mismo Sartre se inquietaba: "Pero antes, Cástor, pensabas un montón de cosas" me decía con asombro. "Ten cuidado de no convertirte en una ama de casa", agregaba. Yo no corría por supuesto el riesgo de transformarme en una ama de casa pero él me comparaba con esas heroínas de Meredith que después de haber luchado por su independencia terminaban contentándose con ser la compañera de un hombre. Me desesperaba decepcionarlo. Sí, tenía razón yo antaño de desconfiar de la felicidad. Cualquiera que fuera su rostro siempre me arrastraba a renunciamientos. Cuando conocí a Sartre creí que todo estaba ganado; junto a él no podía dejar de encontrarme a mí misma; ahora me decía que esperar la salvación de alguna otra persona que no sea uno mismo es el medio más seguro de correr a la pérdida.

Pero, en verdad, ¿por qué esos remordimientos, esos terrores? Yo no era por cierto una militante del feminismo; no tenía ninguna teoría respecto a los derechos y a los deberes de la mujer; así como antes me negaba a ser definida como "una chica" ahora no me veía como "una mujer": era yo. Sobre ese plano me sentía en falta. La idea de la salvación había sobrevivido en mí a la desaparición de Dios y la primera de mis convicciones era que cada cual debía ocuparse personalmente de la suya. La contradicción que sufrí no era de orden social, sino moral y casi religioso. Aceptar vivir como un ser secundario, un ser "relativo", habría sido rebajarme como criatura humana; todo mi pasado se sublevaba contra esa degradación. [1]

La habría sentido menos si no hubiera soportado otra más punzante que no procedía de mi relación con los demás, sino de una íntima discordancia. Yo había dejado con entusiasmo

[1] Evidentemente el problema se me planteó bajo esa forma porque yo era una mujer. Pero fue como individuo que traté de resolverlo. El feminismo, la lucha de los sexos, no tenían ningún sentido para mí.

de ser puro espíritu; cuando el corazón, la cabeza y la carne marchan al unísono, tomar cuerpo es una gran fiesta. Al principio sólo conocí la alegría: era algo conforme a mi optimismo y cómodo para mi orgullo. Pero pronto las circunstancias me infligieron la revelación cuyo presentimiento inquieto había tenido a los veinte años: la necesidad. La ignoraba: no había conocido ni el hambre, ni la sed, ni el sueño; de pronto fui su presa. Pasaba días y semanas lejos de Sartre; en Tours, los domingos, éramos demasiado tímidos para ir en pleno día a un cuarto de hotel; además yo me negaba a que el amor cobrara la forma de una empresa concertada: lo quería libre pero no deliberado. No admitía ni que uno cediera contra su gusto a deseos ni que se organizaran los placeres con sangre fría. La alegría amorosa debía ser tan fatal y tan imprevista como las olas del mar, como la floración de un duraznero. No hubiera podido explicar por qué, pero la idea de una distancia entre las emociones de mi cuerpo y mis decisiones me asustaba. Y precisamente ese divorcio ocurrió. Mi cuerpo tenía sus caprichos y yo era incapaz de contenerlos; su violencia sumergía todas mis defensas. Descubrí que el ansia, cuando ataca a la carne, no es simplemente una nostalgia, sino un dolor; desde la raíz de mi pelo a la planta de mis pies, tejía sobre mi piel una túnica envenenada. Yo aborrecía sufrir; aborrecía mi complicidad con ese sufrimiento que nacía de mi sangre y hasta llegué a aborrecer el susurro de mi sangre en mis venas. En el subterráneo, por la mañana, todavía embotada por la noche, miraba a la gente y me preguntaba: "¿Conocen esta tortura? ¿Cómo es posible que ningún libro me haya descripto nunca su crueldad?" Poco a poco la túnica se deshacía; encontraba contra mis párpados la frescura del aire. Pero de noche la obsesión se despertaba, millares de hormigas corrían por mi boca; en los espejos yo estallaba de salud y un mal secreto pudría mis huesos.

Un mal vergonzoso. Yo había sacudido mi educación puritana justo lo bastante para poder gozar de mi cuerpo sin tra-

bas, pero no lo bastante para admitir que me incomodara; hambriento, mendigo, quejumbroso, me repugnaba. Estaba obligada a admitir una verdad que desde mi adolescencia trataba de encubrir: mis apetitos desbordaban mi voluntad. En las fiebres, los gestos, los actos que me ligaban a un hombre elegido reconocía los movimientos de mi corazón y mi libertad; pero mis languideces solitarias solicitaban a cualquier otro; de noche, en el tren Tours-Paris, una mano anónima podía despertar a lo largo de mi pierna una turbación que me enloquecía de despecho. Callaba esas vergüenzas; ahora que me sentía arrastrada a decirlo todo, ese mutismo me parecía una piedra de toque; si no me atrevía a confesarlas, es porque eran inconfesables. Por el silencio a que me condenaba, mi cuerpo, en vez de un guión, era un obstáculo y le guardaba un ardiente rencor.

Sin embargo, tenía a mi disposición todo un juego de morales que me alentaban a asumir alegremente la sexualidad: mi experiencia las desmentía. Para distinguir como Alain y sus discípulos el cuerpo del espíritu y conceder a cada uno lo que le correspondía, yo era demasiado sinceramente materialista: para mí el espíritu no se aislaba del cuerpo, y mi cuerpo me comprometía toda entera. Me hubiera inclinado más bien hacia las sublimaciones claudelianas y sobre todo hacia el optimismo naturalista que pretende reconciliar en el hombre la razón y la animalidad; pero el hecho es que en mí la conciliación no se operaba, mi razón no se conformaba con la necesidad y su tiranía. Descubría con mi carne que la humanidad no descansa en la apacible luz del bien; conoce los tormentos mudos, inútiles, inclementes, de las bestias sin defensa. La tierra debía tener una faz infernal para que yo fuera atravesada de tanto en tanto por tan negras fulguraciones.

Un día, fuera de mí, tuve una visión de ese infierno que me aterró, pues no estaba nada aguerrida. Una tarde de agosto en Sainte-Radegonde, yo leía al borde de esa isla llena de malezas de que hablé; oí detrás de mí un ruido ins

lito: ramas que crujían, un animal cuyo soplo jadeante parecía un estertor; me volví: un hombre, un vagabundo, acostado en la maleza, los ojos clavados en mí, se contentaba. Hui presa de pánico. ¡Qué brutal desamparo en ese placer solitario! Durante mucho tiempo, ese recuerdo me resultó insoportable.

La idea de compartir una suerte común con todos los hombres no me consolaba en lo más mínimo; encontrarme en la intimidad de mi sangre condenada a soportar en vez de mandar hería mi orgullo. De todos los agravios que alimentaba contra mí misma me cuesta desenredar cuál fue el más importante: sin duda se reforzaban los unos a los otros. Yo habría aceptado más fácilmente la indisciplina de mi cuerpo si en el conjunto de mi vida hubiera estado contenta conmigo; y mi parasitismo intelectual me habría inquietado menos si no hubiera sentido mi libertad hundirse en mi carne. Pero mis ardientes obsesiones, la futileza de mis ocupaciones, mi renuncia en favor de otro, todo conspiraba para transmitirme un sentimiento de decadencia y de culpabilidad. Tenía demasiada profundidad para encarar liberarme con artificios. No pensaba en truncar mis sentimientos, en fingir con actos y palabras una libertad que no poseía. Tampoco ponía mis esperanzas en una brusca conversión. Uno no recobra confianza en sí mismo, no reanima ambiciones dormidas, no reconquista una auténtica independencia por un simple golpe de voluntad, yo lo sabía. Mi moral exigía que permaneciera en el centro de mi vida cuando espontáneamente prefería otra existencia a la mía: para recobrar mi equilibrio sin hacer trampa necesitaría, me daba cuenta, un largo trabajo.

Sin embargo pronto estaría obligada a hacerlo y esa perspectiva me serenó. La felicidad en la cual me debatía era precaria puesto que Sartre pensaba irse al Japón. Yo también había decidido desterrarme. Escribí a Fernando para preguntarle si podía encontrarme un empleo en Madrid: no. Pero, M. Poirier, el profesor, me habló de un instituto que iba a crearse en Marruecos y Bandi me propuso un puesto en



Escaneado con CamScanner

la Universidad de Budapest. ¡Qué exilio! ¡Qué ruptura! En ese momento no tendría más remedio que tomarme entre manos. No corría el riesgo de dormirme definitivamente en la seguridad. Y hasta sería culpable si no aprovechaba locamente las alegrías que mañana me iban a escapar. Por lo tanto el porvenir me traía una justificación: pero la pagaba cara. Era todavía lo bastante joven como para no medir la diferencia entre dos años y la eternidad; ese abismo en el horizonte me asustaba tanto como la muerte y no me atrevía a mirarlo de frente. Después de todo, me pregunto cuál era la verdadera causa de mi desazón: ¿habría deplorado tanto estar hundida en la felicidad si no hubiera temido que me arrancaran de ella? En todo caso, el remordimiento y el miedo, lejos de neutralizarse, me atacaban juntos. Me abandonaba a ellos en un ritmo que desde mi más tierna infancia rigió toda mi vida. Atravesaba semanas de euforia; y luego, durante algunas horas un huracán me devastaba, arrasaba con todo. Para mejor merecer mi desesperación rodaba en los abismos de la muerte, del infinito, de la nada. Nunca he sabido, cuando el cielo volvía a despejarse, si me despertaba de una pesadilla o si volvía a caer en un largo sueño azul.

Raramente caía en esas crisis; por lo general me ocupaba poco de mí misma: todo el resto me ocupaba demasiado. Sin embargo mi malestar coloreaba gran número de mis experiencias; en particular tuve la oportunidad de aprender qué sentimientos equívocos pueden inspirar los demás cuando uno duda de sí mismo.

Sartre todavía veía de tanto en tanto a una joven a quien había querido mucho y que llamábamos Camille. Siempre prestaba vivos colores a las cosas y a la gente de quien hablaba y el retrato que me hizo de ella me pareció bastante prestigioso. Herbaud la conoció y dejaba entrever con una simpatía risueña que era una persona sorprendente. Pagniez no la quería, pero ella había conseguido asombrarlo. Tenía sólo cuatro o cinco años más que yo y parecía ser muy supe-

rior en un montón de cosas. Esa idea me disgustaba mucho.

Tal como existía para mí, a distancia, tenía el brillo de una heroína de novela. Era hermosa: una inmensa cabellera rubia, ojos celestes, la piel más fina, un cuerpo atrayente, tobillos y muñecas perfectos. Su padre tenía una farmacia en Toulouse. Era hija única, pero en su infancia su madre había adoptado a una gitanilla muy bonita; Zina fue la dama de compañía de Camille, su cómplice y hasta le gustaba decir que era su esclava. Camille hizo estudios caprichosos en el liceo y durante uno o dos años siguió sin convicción algunos cursos en la Universidad; pero leía. Su padre le hizo amar a Michelet, George Sand, Balzac, Dickens, la interesó en la historia de Toulouse, de los cátaros, de Gaston Phoebus. Se formó un pequeño panteón cuyas divinidades eran Lucifer, Barba Azul, Pedro el Cruel, César Borgia, Luis XI; pero ante todo rendía culto a su propia persona. Se maravillaba de unir la belleza a la inteligencia y que una y otra fuesen en ella una calidad tan singular. Se prometía a un destino excepcional. Para empezar se orientó hacia la vida galante. De muy chica había sido pacientemente desvirgada por un amigo de la familia. A los dieciocho años comenzó a frecuentar elegantes casas de citas; daba tiernamente las buenas noches a su madre a quien quería mucho, fingía ir a acostarse y se esquivaba con Zina. Esta tuvo principios espinosos; su virginidad recalcitrante intimidaba a los aficionados, que eran todos señores bien; fue Camille quien se la quitó. Trabajaban a veces en equipo, pero Zina, mucho menos brillante que Camille, operaba en general en medios más humildes. Camille tenía un sentido agudo de la puesta en escena; esperaba a un cliente en la sala que le estaba reservada, de pie contra la chimenea, desnuda, sus largos cabellos sueltos y leía a Michelet o, más adelante, a Nietzsche. Su cultura, su sutileza, su soberbia, deslumbraban a los escribanos, los abogados; lloraban de admiración sobre la almohada. Algunos se unieron a ella, la colmaron de regalos, la llevaron de viaje. Se vestía suntuosamente, inspirándose mucho menos en la moda

que en los cuadros que le gustaban; su cuarto parecía un decorado de ópera. Daba fiestas en el sótano, al que transformaba, según las circunstancias, en palacio del Renacimiento o en castillo de la Edad Media. Herbaud, cubierto de un peplo, tomó parte en una orgía romana; Camille presidía el festín, vestida de patricia de la decadencia, recostada sobre un sofá, y Zina estaba sentada a sus pies. Inventaban montones de juegos; ocultaban su pelo bajo pelucas, se ponían harapos y se iban a mendigar a los alrededores de la catedral. Sin embargo Camille admiraba las pasiones desencadenadas y pretendía entregarse a ellas. Se enamoró de Conrad Veidt y Juego, viéndolo interpretar en *El milagro de los lobos* el papel de Luis XI, de Charles Dullin. A veces la seducía un rostro de carne y hueso, unas largas manos pálidas; lo disimulaba; de noche iba a contemplar las ventanas del elegido, a tocar estremecida las rejas de su casa: pero lo esencial era que él no interviniera. Concebía el amor pasión como un ejercicio eminentemente solitario.

Tenía veintidós años y Sartre diecinueve cuando se conocieron en el entierro de una prima común en una ciudad del Périgord. Sartre estaba muy duro en su traje y su sombrero negros; este último era de su padrastro y le caía sobre las cejas; el aburrimiento apagaba su rostro y le prestaba una fealdad agresiva. Camille sufrió un flechazo: "Es Mirabeau", se dijo. En cuanto a ella, su belleza parecía un poco loca bajo los crespones negros y no le costó interesarlo. Sólo se separaron al cabo de cuatro días, llamados por las familias inquietas. Camille era entonces la mantenida del hijo de un rico vendedor de estufas y pensaba en casarse con él; pero tenía tan pocas ganas de ser una burguesa decente como de seguir siendo prostituta. Sartre la convenció de que sólo él podría salvarla de la mediocridad provinciana; la exhortó a especular sobre su inteligencia, a cultivarse, a escribir; él la ayudaría a avanzar. Ella se aferró con entusiasmo a esa posibilidad. Cambiaron cartas que ella firmaba Rastignac y él Vautrin; ella le envió sus primeros ensayos lite-

rarios, que él criticó dosificando hábilmente la verdad y la indulgencia. Él le expuso sus ideas sobre la vida y le aconsejó algunas lecturas: Stendhal, Dostoievsky, Nietzsche. Sin embargo, fue economizando centavo a centavo una suma que le permitió al cabo de seis meses ir a Toulouse; volvió allí algunas veces durante dos años. Por falta de dinero sus estadías eran breves y se desarrollaban según ritos más o menos inmutables. A eso de medianoche, él se plantaba en la acera, frente a la farmacia, y esperaba que una cierta ventana se iluminara; eso significaba que Camille había dado las buenas noches a su madre y la había besado; Zina bajaba entonces a abrirle la puerta. Él dejaba el cuarto de Camille en cuanto despuntaba el día. Ella tenía la costumbre de quedarse en la cama hasta muy entrada la tarde; luego se ocupaba de sus cosas y volvían a verse de noche. Él no estaba acostumbrado a dormir de día y a veces, por economía, ni siquiera tomaba un cuarto de hotel; dormitaba en los bancos de una plaza o en el cine; la tercera noche, la cuarta, se caía de cansancio: "Está bien, duerme, leeré a Nietzsche", decía Camille desdeñosamente, y cuando él volvía a abrir los ojos ella recitaba en voz alta un pasaje de Zaratustra sobre el dominio del cuerpo por la voluntad. Tenían muchos otros temas de discusión, pues, mientras esperaba ser George Sand, Camille no había cambiado nada en su manera de vivir. Por otra parte, se ingeniaba en suscitar discusiones; lo que esperaba del amor eran grandes desgarramientos seguidos de reconciliaciones exaltadas.

El segundo año de sus amores pasó quince días en París y causó una gran impresión en el baile de la Escuela Normal. Para recibirla dignamente Sartre había pedido dinero prestado a diestro y siniestro, pero de todos modos sus medios eran reducidos; la mediocridad del hotel, los restaurantes y los dancings adonde la llevó la dejaron decepcionada. Además París no le gustaba. Él se las había arreglado para encontrarle un empleo en una papelería; pero ella no tenía ninguna gana de vender tarjetas postales. Se volvió a Tou-

louse. Rompieron a principios del verano por razones confusas.

Dieciocho meses después, a principios de 1929, él recibió unas líneas de ella proponiéndole una entrevista que fue aceptada. El año anterior ella había hecho un nuevo viaje a París con un señor rico que Camille llamaba "el artista iluminado", a causa de la inclinación que demostraba por las bellas artes. Como Dullin era desde *El milagro de los lobos* uno de sus héroes favoritos, fue a verlo al Atelier en *Los Pájaros*. Vestida con sus mejores galas se sentó en primera fila y lo devoró con los ojos de manera ostensible; repitió esa artimaña durante varias noches seguidas y terminó por solicitar una entrevista. Dullin no fue insensible a la admiración que ella le demostraba y terminó por instalarla con Zina en una planta baja de la calle Gabrielle; de tanto en tanto, ella pasaba una o dos semanas en Toulouse con el "aficionado iluminado", que rescataba su edad avanzada con sus grandes generosidades; ella tomaba a sus padres de pretexto. Dullin no reparaba en detalles, pues a su vez seguía viviendo con su mujer. Esa situación no satisfacía a Camille y París la aburría; deseaba poner calor en su vida y, recordando sus discusiones con Sartre, fue a buscarlo. Él la encontró cambiada, madura, limpia de su provincialismo. Dullin había formado su gusto; ella se había rozado con el Todo París y había adquirido modales; seguía cursos en la escuela del Atelier y figuraba en espectáculos; pero no se sentía una vocación de actriz; siempre se negaría a encarnar personajes en los cuales no se reconociera: Agrippina sí, pero Junia nunca. Además el trabajo de intérprete es secundario: ella quería crear. Había elegido una solución ambiciosa: escribiría piezas y se haría papeles a su medida. Entre tanto meditaría una novela y había esbozado relatos que titularía: "Historias demoníacas." Pertenecía, en efecto, definitivamente a Lucifer. Le manifestaba su lealtad con espectaculares escándalos. Bebía mucho. Una noche había entrado al escenario totalmente ebria y con grandes carca-

jadas había arrancado la peluca del actor principal; otra vez había salido de la escena gateando con las faldas levantadas. Dullin le había infligido penalidades que habían sido expuestas en la pizarra. Pasaba noches enteras vagando en Montmartre con Zina y una vez habían vuelto con dos chulos que se fueron por la mañana con la ropa y la platería; habían ahogado las protestas a puntapiés. Pese a esas diversiones, Camille encontraba la vida muy chata; no había encontrado a nadie que le pareciera a su altura; sus únicos pares estaban muertos: Nietzsche, Durero, a quien, según uno de sus autorretratos, se parecía mucho, y Emily Brontë, a quien acababa de descubrir. Les daba citas nocturnas, ella les hablaba y en cierto modo ellos le contestaban. Cuando contaba sus relaciones de ultratumba, Sartre la escuchaba más bien fríamente. En cambio lo divirtió revelándole las intrigas del mundo teatral, haciendo imitaciones de Lenormand, de Steve Passeur; le exponía las ideas de Dullin sobre escenografía y le alababa piezas españolas que él no conocía. Lo llevó al Atelier a ver *Volpone* y le hizo notar que cuando decía: "¡Mi tesoro, aquí está!" Dullin se volvía hacia ella. Pero, si bien Sartre se complacía en esos encuentros en lo que atañía a la pasión, no tenía ninguna gana de volver a empezar. Ella quedó decepcionada y sus relaciones se cortaron. Cuando Sartre estaba haciendo su servicio militar, ya sólo mantenía con ella una amistad intermitente.

Esta historia que he contado en grandes rasgos abundaba en episodios picantes; después advertí que había lagunas y que sin duda Camille había falseado bastante la verdad. Poco importa: me dejé atrapar. Las normas de lo verosímil aceptadas en mi medio ya no convenían y yo no me había ocupado de buscar otras nuevas. Tenía muy poco sentido crítico. Mi primer impulso era creer y en general no me movía de ahí.

Por lo tanto acepté a Camille tal como se me aparecía a través de Sartre. Ella había contado para él y él cedía un

poco a la tendencia que tienen la mayoría de los jóvenes de embellecer su pasado; me hablaba de ella con un calor que se parecía a la admiración. A menudo, para sacudir mi pereza, Sartre me la citaba como ejemplo: pasaba sus noches escribiendo, se empeñaba en hacer algo de su vida, triunfaría. Yo me decía que Camille tenía más afinidad que yo con él, puesto que ella también apostaba antes que nada sobre su obra futura; quizá —pese a nuestra intimidad, a nuestro entendimiento— Sartre la estimaba más que a mí; quizá, efectivamente era más estimable. Yo no me habría agitado tanto a su respecto si los celos no me hubieran torturado.

Me costaba juzgarla. La facilidad con la cual usaba de su cuerpo me chocaba, pero ¿había que condenar su desenvoltura o mi puritanismo? Espontáneamente, mi cuerpo, mi corazón, la condenaba; mi razón, sin embargo, rechazaba ese veredicto: quizá debía interpretarlo como un signo de mi propia inferioridad. ¡Ah, qué desagradable es dudar de nuestra buena fe! En cuanto acusaba a Camille, me volvía sospechosa, pues me hubiera alegrado demasiado condenarla. Me embarullaba en esas vacilaciones, sin atreverme francamente ni a declararla culpable, ni a absolverla, ni a glorificarme de mi pudibundez, ni a desprenderme de ella.

Al menos había en su actitud una falla que me saltaba a la vista. Meterse en la cama con un hombre al que no se quiere era una experiencia que me faltaba; pero sabía lo que significa sonreír a gente que uno desprecia; yo había luchado obstinadamente para no tener que plegarme a ese tipo de prostitución. Camille se burlaba con Zina y Sartre de los que ella llamaba "los tiotocini", pero los halagaba, los encantaba, les hablaba. Para consentir a ese envilecimiento y sobre todo a ese aburrimiento, debía ser menos intransigente y más resignada de lo que decía su leyenda.

Sí, sobre ese punto yo triunfaba, pero tímidamente; si bien ella soportaba servidumbres de las que yo había sabido defenderme, en cambio, y era mucho más importante, había

salvado su autonomía, que yo me reprochaba haber sacrificado. Yo no le dejaba tampoco marcar esa ventaja sin discusión; sólo había evitado la dependencia negándose al amor y yo consideraba como una invalidez ser incapaz de amar. Por brillante que fuera Camille, yo no dudaba de que Sartre valía más que ella; según mi lógica, Camille hubiera tenido que preferirlo al confort, a los placeres, a sí misma. En la fuerza que sacaba de su insensibilidad yo también advertía una debilidad. Pese a todas esas restricciones, a mí me costaba mucho enfrentarme con su imagen. Ya esa hermosa mujer llena de experiencia se había abierto un camino en el mundo del teatro, de las letras y de las artes; había empezado su carrera de escritora; su suerte y sus méritos me aplastaban. Me refugiaba en el porvenir, me hacía promesas: yo también escribiría, haría alguna cosa; sólo necesitaba un poco de tiempo. Me parecía que el tiempo trabajaba para mí. Pero, por el momento, sin ninguna duda, ella ganaba.

Quise verla. Aparecía en el nuevo espectáculo del Atelier, *Patchouli*, obra de un joven desconocido que se llamaba Salacrou; en el segundo acto era animadora en un bar; en el tercero, corista en un teatro. Cuando se levantó el telón por segunda vez, abrí los ojos redondos; trepadas sobre escabeles, eran tres, una morena y dos rubias, una de las cuales tenía un perfil bastante lindo, duro y altivo; yo escuchaba mal la pieza totalmente ocupada en recapitular la historia de Camille, sustituyendo esos rasgos decididos a los vagos contornos revueltos que hasta entonces su nombre había evocado en mí. Cuando llegó el entreacto, la operación ya estaba casi terminada: Camille tenía un rostro. El telón volvió a levantarse; las mujeres tenían vestidos con crinolinas, las tres eran rubias y Camille estaba designada con precisión en el programa como la "primera figuranta": la que hablaba primero. Me caí de las nubes: la actriz de perfil agudo no era Camille; ésta se me había escondido bajo su peluca morena. Ahora la veía: su pelo admirable, sus ojos celestes, su piel, sus muñecas; no coincidía absolutamente en nada con lo

que yo sabía de ella. Bajo los racimos de rizos pálidos, el rostro era redondo, casi infantil; la voz aguda y demasiado cantarina tenía inflexiones pueriles. No, yo no podía arreglármelas con esa gran muñeca de porcelana y tanto menos cuanto que había formado otra imagen: me repetía indignada que Camille hubiera debido conformarse a ella; su cara no le correspondía. ¿Cómo conciliar su orgullo, su ambición, sus terquedades, su soberbia demoníaca, con las risas, las gracias rebuscadas, las coqueterías de que yo era testigo? Se habían burlado de mí; yo no sabía quién y estaba furiosa contra todo el mundo.

Para aclarar ese asunto había un solo medio: acercarme más a Camille. Sartre le había hablado de mí y yo le inspiraba curiosidad. Me invitó. Llamé una tarde a la calle Gabrielle; me abrió; llevaba un largo vestido de interior de seda carmesí, abierto sobre una túnica blanca, y alhajas por todos lados: alhajas antiguas, exóticas, pesadas y ruidosas; llevaba el pelo arrollado alrededor de la cabeza y sobre sus hombros caían trenzas medievales. Reconocí su voz aguda y afectada, pero el rostro era más ambiguo que en la escena. De perfil se parecía, en efecto, al de Durero; de frente, los grandes ojos azules, falsamente ingenuos, lo hacían insulso, pero tomaba un brillo extraordinario cuando Camille se sonreía a sí misma, la cabeza echada hacia atrás y la nariz estremecida.

Me hizo entrar en un saloncito sumariamente amueblado, pero simpático; había libros, un escritorio, y, en las paredes, retratos, de Nietzche, de Durero, de Emily Brontë; sobre unas sillas minúsculas, estaban sentados dos grandes muñecos vestidos de colegiales: se llamaban Friedrich y Albrecht; Camille hablaba de ellos como si fueran chicos de carne y hueso. Mantuvo con soltura la conversación. Me describió las representaciones del *No* japonés, a las cuales había asistido pocos días antes, y me contó *La Celestina*, que deseaba adaptar y montar ella misma. Me interesó; evocaba con gran felicidad de gestos y de mímicas las cosas de las que hablaba y

le encontré mucha seducción; sin embargo me fastidió. Afirmó durante la conversación que una mujer nunca encuentra dificultades para tomar a un hombre entre sus redes: un poco de comedia, de coquetería, de halagos, de tacto, y estaba ganado. Yo no admitía que el amor se conquistara por astucia: Pagniez, por ejemplo, sería difícil de manejar para la misma Camille. Quizá, concedió con desdén; pero era porque carecía de pasión y de grandeza. Mientras hablaba, jugaba con sus pulseras, se tocaba los rizos y mandaba a su espejo miradas tiernas. Aunque ese narcisismo me parecía tonto, me ofendía, sin embargo. Me resultaba imposible sonreír a mi reflejo con esa complacencia. Pero entonces Camille ganaba; ese testimonio maravillado que prestaba de sí misma no lo disminuía mi ironía; sólo una deslumbrante afirmación de mi yo hubiera restablecido el equilibrio.

Caminé largamente por las calles de Montmartre, di vueltas alrededor del Atelier, presa de uno de los sentimientos más desagradables que jamás se hayan apoderado de mí y al que conviene, creo, el nombre de envidia. Camille no había dejado establecerse entre nosotras ninguna reciprocidad: me había anexado a su universo y relegado a un lugar ínfimo; yo ya no tenía bastante orgullo para contestar con una anexión simétrica; o entonces habría tenido que decretar que ella no era más que una impostura: el juicio de Sartre, mi propio consentimiento, me lo impedían. Otra solución habría sido reconocer su superioridad y esfumarme en una admiración sin reticencias; yo era capaz de hacerlo, pero no con Camille. Me sentí víctima de una especie de injusticia, tanto más irritante cuanto que estaba legitimándola, puesto que no apartaba de ella mi pensamiento cuando ella ya me había olvidado. Mientras subía y bajaba los escalones de la Butte, obsesionada por su existencia, le concedía más realidad que a mí misma y me sublevaba contra esa supremacía que le confería: es esa contradicción lo que hace de la envidia un mal tan torturante. Lo padecí durante varias horas.



Escaneado con CamScanner

Luego me calmé; pero durante mucho tiempo permanecí, respecto a Camille, en la ambivalencia: la veía a la vez con sus ojos y con los míos. Un día nos recibió a Sartre y a mí: nos describió la danza que debía ejecutar en el próximo espectáculo del Atelier; ella era una gitana y había inventado ponerse una venda sobre un ojo: justificaba esa decisión con sutiles consideraciones sobre los gitanos, la danza, la estética teatral: era muy convincente. En escena su vestimenta, su maquillaje, su venda y también su coreografía me parecieron grotescos; mi hermana y uno de sus amigos me acompañaban: se mataban de risa. Invité a Camille una tarde con Poupette y Fernando, que estaba de paso por París. Llevaba sobre su pelo trenzado una boina de terciopelo negro; su vestido negro, sembrado de motas blancas, se abría sobre una blusa de mangas hinchadas: se parecía sin exceso a un cuadro del Renacimiento. Habló mucho, con brío. Después de su partida yo alabé su belleza y su arte para crear atmósferas. "Usted, sobre todo, creó la atmósfera", me dijo Fernando con una ruda gentileza. Me quedé muy sorprendida y empecé a pensar que quizá Camille sólo adquiría gracias a mí su poder inquietante. Terminó por serme algo familiar; me las arreglé con sus defectos y sus méritos. A medida que recobré mi propia estima, escapé a la fascinación que al principio había ejercido sobre mí.

Fue una lenta reconquista la que comenzó a principios de la primavera de 1931 cuando tuve que resolver mi porvenir inmediato.

Un domingo de febrero Sartre recibió una carta anunciándole que habían nombrado a otro lector en el Japón en vez de él. Tuvo una gran decepción. Por otra parte, la Universidad le pidió que reemplazara en El Havre durante el último trimestre al profesor de filosofía, que sufría una depresión nerviosa: conservaría el puesto el año siguiente: era una canonjía, puesto que, si tenía que quedarse en Francia, deseaba al menos enseñar cerca de París. Aceptó. ¡Así,

la gran separación que me había asustado tanto me era evitada! Una enorme piedra me cayó del corazón. Pero, al mismo tiempo, el pretexto para no pensar en el porvenir se venía abajo: ya nada me protegía contra mis remordimientos. He encontrado una página de mi cuaderno borroneada en el café Dupont, del bulevar Rochechouard, una noche en que sin duda había bebido demasiado: "Ya está. De nuevo no pensaré en nada. Un montón de pequeños suicidios alegres (cric crac hacían al morir las briznas de cáñamo quemadas en el cuento de Andersen; y los chicos aplaudían gritando: se acabó, se acabó). Después de todo, quizá no valga la pena vivir. ¡Vivir para lo confortable y para lo agradable...! Quisiera reaprender la soledad: ¡hace tanto tiempo que no he estado sola!"

Esos arrepentimientos, ya lo he dicho, sólo se desencadenaban con intermitencias; en verdad, temía a la soledad mucho más de lo que aspiraba a ella. Llegó el momento en que tuve que solicitar un puesto: me asignaron Marsella, y me aterré. Había encarado exilios más desgarradores, pero sin creer nunca exactamente en ellos; y de pronto era verdad: el 2 de octubre me encontraría a ochocientos kilómetros de París. Ante mi pánico, Sartre propuso que revisáramos nuestros planes: si nos casábamos, nos beneficiaríamos de un puesto doble y, después de todo, esa formalidad no perjudicaría muy gravemente nuestra manera de vivir. Esa perspectiva me tomó desprevenida. Hasta entonces ni siquiera habíamos pensado encadenarnos a costumbres comunes: la idea de casarnos no se nos había cruzado por la cabeza. Por principio, nos ofuscaba. Sobre muchos puntos vacilábamos, pero nuestro anarquismo era tan sólido y tan agresivo como el de los viejos libertarios; nos incitaba como a ellos a rechazar la injerencia de la sociedad en nuestros asuntos privados. Éramos hostiles a las instituciones, porque la libertad queda alienada, y hostiles a la burguesía de la que emanaban: nos parecía normal que nuestra conducta coincidiera con nuestras convicciones. Para nosotros el celibato era lo

natural. Sólo motivos poderosos hubieran podido decidirnos a plegarnos ante convenciones que nos repugnaban.

Pero, precisamente ahora, surgía uno, puesto que la idea de irme a Marsella me arrojaba en la ansiedad; en esas condiciones, decía Sartre, era estúpido sacrificarse a principios. Debo decir que ni por un instante me sentí tentada de seguir esa sugestión. El casamiento multiplica por dos las obligaciones familiares y todas las molestias sociales. Al modificar nuestras relaciones con los demás, habría alterado fatalmente las que existían entre nosotros. La preocupación de preservar mi propia independencia no pesaba mucho; me hubiera parecido artificial buscar en la ausencia una libertad que sinceramente sólo podría encontrar en mi cabeza y en mi corazón. Pero veía cuánto le costaba a Sartre decir adiós a los viajes, a su libertad, a su juventud, para convertirse en un profesor de provincia y, definitivamente, en un adulto; colocarse entre los hombres casados habría sido un renunciamiento más. Yo lo sabía incapaz de guardarme rencor, pero también me sabía muy accesible a los remordimientos y los aborrecía. La más elemental prudencia me impedía elegir un porvenir que ellos hubiesen envenenado. Ni siquiera tuve que deliberar, no vacilé, no calculé, mi decisión se tomó sin mí.

Un solo motivo hubiera pesado lo bastante para inducirnos a que nos infligiéramos esos lazos que se dicen legítimos: el deseo de tener hijos; no lo sentíamos. Sobre eso tantas veces me han interpelado, me han hecho tantas preguntas, que quiero explicarme. No tenía ni tengo ninguna prevención contra la maternidad; los bebés nunca me han interesado pero, en cuanto crecían un poco, los chicos solían encantarme; me había propuesto tener hijos en el tiempo en que pensaba casarme con mi primo Jacques. Si me apartaba de ese proyecto, era primeramente porque mi felicidad era demasiado compacta para que ninguna novedad pudiera atraerme. Un chico no hubiera apretado los lazos que nos unían a Sartre y a mí; yo no deseaba que la exis-

tencia de Sartre se reflejara y se prolongara en la de otro: se bastaba, me bastaba. Y yo me bastaba: no soñaba en absoluto con encontrarme en una carne emanada de mí. Por otra parte, me sentía con tan pocas afinidades con mis padres que, de antemano, los hijos y las hijas que pudiera tener me parecían extraños; esperaba de ellos o la indiferencia o la hostilidad, a tal punto había sentido aversión por la vida de familia. Por lo tanto, ningún fantasma afectivo me incitaba a la maternidad. Además, no me parecía compatible con el camino en el cual me internaba: sabía que para ser una escritora tenía necesidad de mucho tiempo y de una gran libertad. No me molestaba jugar a la dificultad; pero no se trataba de un juego: el valor, el sentido mismo de mi vida, se encontraban sobre el tapete. Para arriesgarme a comprometerlos hubiera sido necesario que un chico representara para mí una realización tan esencial como una obra: no era el caso. He contado hasta qué punto, cuando teníamos unos quince años, Zaza me había escandalizado afirmando que valía lo mismo tener hijos que escribir libros: seguía sin ver una común medida entre esos dos destinos. Por la literatura, pensaba, se justifica al mundo creándolo de nuevo en la pureza de lo imaginario y al mismo tiempo uno salva su propia existencia; parir es aumentar en vano el número de seres que están sobre esta tierra sin justificación. Nadie se asombra que una carmelita, habiendo elegido orar por todos los hombres, renuncie a engendrar individuos singulares. Mi vocación tampoco soportaba trabas y me retenía ante cualquier proyecto que le fuera extraño. Así mi empresa me imponía una actitud que ninguno de mis impulsos contrariaba y sobre la cual nunca sentí la tentación de volver atrás. No he tenido la impresión de rechazar la maternidad; no era mi destino; al quedar sin hijos, cumplía mi condición natural.

Sin embargo, revisamos nuestro pacto, abandonamos la idea de un "plazo" provisorio entre nosotros. Nuestro entendimiento se había vuelto más estrecho y más exigente

que al principio; podía aceptar breves separaciones, pero no vastas ausencias solitarias. No nos juramos una fidelidad eterna; pero arrojamos hacia la lejanía de los treinta años nuestras eventuales disipaciones.

Me serené. Marsella era una gran ciudad, muy linda, me afirmaban. El año escolar sólo tiene nueve meses, los trenes andan ligero; dos días libres, una gripe oportuna y vendría a París. Aproveché, por lo tanto, sin inquietud aquel último trimestre. El Havre no le desagradó a Sartre y lo acompañé varias veces. Vi muchas cosas nuevas: un puerto con sus barcos, sus estuarios, sus puentes giratorios; altos acantilados, un mar fogoso. Sartre por lo demás pasaba la mayor parte de su tiempo en París. Pese a nuestras convicciones anticolonialistas, fuimos a dar una vuelta por la Exposición colonial; era una magnífica ocasión para Sartre de practicar su "estética de oposición". ¡Cuántas fealdades! ¡Qué irrisorio era aquel templo de Angkor de cartón! Pero nos gustaba el ruido y el polvo que levantan las muchedumbres.

Sartre acababa de terminar *La leyenda de la verdad*, que Nizan se encargó de recomendar a las ediciones de Europa. Un fragmento fue publicado en la revista *Bifur*, que dirigía Ribemont-Dessaignes; Nizan se ocupaba de ella; en cada número presentaba sucintamente a los colaboradores; dedicó una línea a su compañerito: "Joven filósofo. Prepara un libro de filosofía destructiva." Bandi, que estaba entonces en París, me habló de ese texto con mucha agitación. En el mismo número apareció la traducción de *Was ist Metaphysik*, de Heidegger; no vimos su interés porque no comprendimos nada. Por su parte, Nizan acababa de publicar su primera obra, *Aden-Arabia*. Nos gustaba particularmente el principio agresivo: "Tengo veinte años. No le dejaré decir a nadie que es la edad más linda de la vida." El libro entero nos gustaba, pero nos pareció más brillante que profundo porque no advertimos su sinceridad. Con la terquedad aturdida de la juventud, Sartre, en vez de revisar a la luz de ese escrito la idea que se hacía de Nizan, prefirió ima-

ginar que su compañerito había hecho literatura. Le había gustado su vida de estudiante normalista: no tomó en serio las declaraciones rabiosas de Nizan contra la Escuela Normal; no se dijo que la desorientación de Nizan había tenido que ser profunda para arrojarlo en la aventura de Aden. Nizan en *Aden-Arabia* se sublevaba contra ese precepto de Alain que había marcado a nuestra generación: decir no; él quería decir *sí* a algo y, así, al regresar de Arabia, se había afiliado al Partido Comunista. Dada su amistad por Nizan era más fácil para Sartre atenuar esa divergencia que darle todo su peso. Así, apreciamos la virtuosidad de Nizan sin darle demasiada importancia a lo que decía.

En junio Stépha y Fernando llegaron a París; estaban jubilosos, porque, después de muchas agitaciones, luchas y represiones, la República había triunfado en España. Stépha estaba pesadamente encinta; entró una mañana de julio en la maternidad Tarnier, calle de Assas. Fernando convocó a sus amigos a la terraza de "La Closerie des Lilas". A cada hora iba de un salto a la clínica y volvía con la cabeza gacha: "¡Todavía nada!" Lo tranquilizaban, lo alentaban, él se alegraba. Al atardecer Stépha tuvo un hijo. Pintores, periodistas, escritores de todas las nacionalidades, festejaron el acontecimiento hasta muy entrada la noche. Ella quedó en París con el chico mientras él volvía a Madrid. Había tenido que aceptar allí una situación que le disgustaba; vendía aparatos de radio, ya casi no tenía tiempo para pintar; sin embargo, se encarnizaba; sus telas, influidas por Soutine, eran todavía torpes, pero marcaban un progreso sobre sus primeros cuadros.

El año escolar terminaba y yo me preparaba a irme de vacaciones con Sartre. Luego nos separaríamos. Pero yo ya había tomado mi partido. Me decía que la soledad a dosis moderada, tiene sin duda sus encantos y seguramente sus virtudes. Yo esperaba que ella me fortalecería contra la tentación que durante dos años había sentido: abdicar. Toda mi vida conservé un recuerdo inquieto de ese período en

que temía traicionar a mi juventud. Françoise d'Eaubonne, en su crítica de *Los mandarines*, hacía notar que todos los escritores tienen su "calavera" y que la mía —representada por Elisabeth, Denise y sobre todo Paule— es la mujer que sacrifica al amor su autonomía. Hoy me pregunto hasta qué punto ese riesgo ha existido. Si un hombre hubiera sido lo bastante egoísta y mediocre como para pretender reducirme, yo lo habría juzgado y condenado y me habría apartado de él. No podía tener ganas de renunciar sino en favor de alguien que precisamente hiciera todo lo posible por impedírmelo. Pero en esa época me parecía que corría un peligro y que, aceptando irme a Marsella, había empezado a conjurarlo.

## II

Viajar: había sido siempre uno de mis deseos más ardientes. ¡Con qué nostalgia antaño había escuchado a Zaza cuando había vuelto de Italia! Entre los cinco sentidos había uno que yo colocaba muy por encima de todos los demás: la vista. Pese a mi amor por la conversación, me quedaba estupefacta cuando oía decir que los sordos son más tristes que los ciegos; hasta el destino de las caras deformes me parecía más aceptable que la ceguera y, si hubiera tenido que elegir, habría renunciado sin vacilar a tener un rostro con tal de conservar mis ojos. La idea de pasar seis semanas paseando y mirando me entusiasmaba. Sin embargo, yo era razonable: Italia, España, Grecia, iría sin duda más adelante; ese verano, por consejo de Nizan, pensaba visitar con Sartre la Bretaña. No podía creer a mis oídos cuando Fernando nos sugirió que fuéramos a Madrid: viviríamos en su casa y el curso de la peseta era tan bajo que nuestras andanzas no nos costarían casi nada. Ni el uno ni el otro habíamos cruzado nunca la frontera y cuando vimos en Port Bou los bicornios barnizados de los carabineros nos sentimos lanzados en pleno exotismo. Nunca olvidaré nuestra primera noche en Figueras; habíamos reservado un cuarto y comido en una pequeña posada; caminábamos alrededor de la ciudad, la noche caía sobre la llanura y nos decíamos: "Es España."

Sartre había convertido en pesetas los últimos restos de su herencia: no era gran cosa; por consejo de Fernando, habíamos comprado kilométricos [1] de primera clase; de lo con-

[1] Boletos valederos para 2.000 ó 3.000 km.

trario sólo hubiéramos podido subir en trenes ómnibus; apenas nos quedó con qué vivir muy humildemente; poco me importaba: el lujo no existía para mí ni siquiera en imaginación; para ir a Cataluña yo prefería los autobuses de campo a los pullmans turísticos. Sartre me confiaba el cuidado de consultar los horarios, de combinar los itinerarios; yo organizaba el tiempo y el espacio a mi gusto: aprovechaba con fervor esa nueva especie de libertad. Recordaba mi infancia: ¡qué historia para ir de París a Uzerche! Nos agotamos haciendo los equipajes, transportándolos, registrándolos, vigilándolos; mi madre se enojaba contra los empleados de la estación, mi padre insultaba a las personas que viajaban en nuestro compartimiento y ambos reñían; había siempre largas esperas enloquecidas, mucho ruido y mucho aburrimiento. ¡Ah, yo me había jurado que mi vida iba a ser muy distinta! Nuestras valijas no pesaban mucho, las llenábamos, las vaciábamos en un abrir y cerrar de ojos; ¡qué divertido era llegar a una ciudad desconocida, elegir un hotel! Había barrido definitivamente todo aburrimiento, toda preocupación.

Sin embargo, entré en Barcelona con cierta ansiedad. La ciudad bullía a nuestro alrededor, nos ignoraba, no comprendíamos su lenguaje: ¿qué medio inventar para hacerla entrar en nuestras vidas? Era una apuesta cuya dificultad me exaltó en seguida. Nos instalamos junto a la catedral, en una pensión de lo más mediocre, pero nuestro cuarto me gustó; de tarde, durante la siesta, el sol lanzaba sus dardos rojos a través de las cortinas de percal; era España que quemaba mi piel. ¡Con qué fervor la perseguíamos! Como la mayoría de los turistas de nuestro tiempo, imaginábamos que cada lugar, cada ciudad, tenía un secreto, un alma, una esencia eterna, y que la tarea del viajero era descubrirla; sin embargo, nos sentíamos más modernos que Barrès, porque sabíamos que las llaves de Toledo o de Venecia no había que buscarlas solamente en sus museos, sus monumentos, su pasado, sino en el presente a través de sus sombras y de sus

luces, sus muchedumbres, sus olores, sus alimentos: es lo que nos habían enseñado Valéry Larbaud, Gide, Morand, Drieu la Rochelle. Según Duhamel, los misterios de Berlín se limitaban al olor que flotaba en sus calles y que no se parecía a' ningún otro; beber un chocolate español era tener en la boca a toda España, decía Gide en *Pretextos;* yo me obligaba a tragar diariamente tazas de una salsa negra, pesadamente cargada de canela; comí pedazos de turrón y dulce de membrillo y también pasteles que se deshacían entre mis dientes con un gusto polvoriento. Nos mezclábamos con los paseantes de las Ramblas; yo respiraba cuidadosamente el olor húmedo de las calles por las que nos perdíamos: calles sin sol a las cuales el verde de las persianas, el colorido de la ropa colgada entre las fachadas, prestaban una falsa alegría. Convencidos por nuestras lecturas de que la verdad de una ciudad está en sus bajos fondos, pasábamos todas nuestras veladas en el Barrio Chino. Mujeres pesadas y graciosas cantaban, bailaban, se mostraban sobre tarimas al aire libre; las mirábamos, pero espiábamos con más curiosidad todavía al público que las miraba; nos confundíamos con él gracias a ese espectáculo que veíamos juntos. Sin embargo, yo también quería cumplir las tareas clásicas de los turistas. Subimos al Tibidabo y por primera vez vi centellear a mis pies, semejante a un gran pedazo de cuarzo hecho añicos, a una ciudad mediterránea. Por primera vez me aventuré en un funicular que nos encaramó hasta las alturas de Montserrat.

Nos paseamos con mi hermana, que acababa de estar unos días en Madrid en casa de Fernando, y que pasó tres días en Barcelona. Al volver de noche, había en las Ramblas una agitación insólita, pero a la cual no atribuimos importancia. A la tarde siguiente nos fuimos los tres a visitar una iglesia que estaba en un barrio popular; los tranvías no circulaban, algunas avenidas estaban casi desiertas. Nos preguntamos qué pasaba, pero con desidia, pues estábamos muy ocupados en encontrar en nuestro plano la iglesia que se

escabullía. Desembocamos en una calle llena de gente y de ruido; la gente contra las paredes mantenía conciliábulos con grandes ademanes y en voz muy alta; dos policías avanzaban en medio de la calzada encuadrando a un hombre con esposas; se veía una camioneta policial a lo lejos. Casi no sabíamos una palabra de español; no comprendimos nada de lo que la gente decía: sus rostros no eran buenos. Empecinados en nuestra encuesta, nos acercamos, sin embargo, a un grupo efervescente y pronunciamos en tono interrogativo el nombre de la iglesia en la cual nos interesábamos; nos sonrieron con una buena voluntad encantadora; un hombre dibujó en el espacio nuestro itinerario; en cuanto hubimos agradecido, reanudaron su discusión. He olvidado todo de esa iglesia; pero sé que al volver de nuestro paseo compramos un diario y lo desciframos como pudimos. Los sindicatos habían desencadenado una huelga general contra el gobierno de la provincia. En la calle en que habíamos preguntado nuestro camino, acababan de detener a militantes sindicalistas: era uno de ellos el que habíamos visto entre dos guardias; y la muchedumbre apeñuscada en la calzada deliberaba para saber si iba a luchar o no para arrancarlo a la policía. El diario concluía virtuosamente que el orden había sido restablecido. Nos sentimos muy mortificados: estábamos presentes y no habíamos visto nada. Nos consolamos pensando en Stendhal y en su batalla de Waterloo.

Antes de dejar Barcelona compulsé con frenesí la Guía Azul; yo hubiera querido ver literalmente todo. Pero Sartre se negó categóricamente a detenerse en Lérida para contemplar una montaña de sal. "Las bellezas naturales vaya y pase —declaró—, pero las curiosidades naturales, no." Nos quedamos sólo un día en Zaragoza, de donde fuimos a Madrid. Fernando nos esperaba en la estación; nos instaló en su departamento situado en la calle de Alcalá y nos llevó a través de la ciudad. Me pareció tan dura, tan implacable, que al final de la tarde derramé algunas lágrimas. Supongo que, pese a mi afecto por Fernando, extrañaba menos a Bar-

celona que mi larga intimidad con Sartre. En verdad era una suerte escapar gracias a Fernando a la incierta condición de turista y me di cuenta de ello aquella misma noche, mientras tomábamos en el Parque camarones y helados de durazno. La alegría de Madrid no tardó en apoderarse de mí. La República se asombraba todavía de su triunfo y parecía que lo celebraba cada día. En los cafés profundos y sombríos, hombres correctamente vestidos pese al calor, construían en frases apasionadas la nueva España; había vencido a los sacerdotes, a los ricos, iba a establecerse en la libertad, a conquistar la justicia; los amigos de Fernando pensaban que pronto los trabajadores tomarían el poder y edificarían el socialismo. Desde los demócratas hasta los comunistas, por el momento todos se alegraban, todos creían tener el porvenir entre sus manos. Nosotros escuchábamos esos rumores tomando manzanilla, comiendo aceitunas negras y pelando unas cigalas. En una terraza tronaba Valle Inclán, barbudo, manco, soberbio: contaba a quien quería oírlo y cada vez de una manera diferente cómo había perdido su brazo. De noche comíamos en restaurantes baratos que nos gustaban porque ningún turista ponía los pies en ellos; recuerdo un sótano, con odres llenos de un vino grueso con olor a resina; los camareros anunciaban el menú en voz alta. Hasta las tres de la mañana la muchedumbre madrileña paseaba por las calles y nosotros, sentados en una terraza, respirábamos la frescura de la noche.

En principio la República reprochaba las corridas de toros: pero a los republicanos les gustaba. Fuimos todos los domingos. Lo que me gustó la primera vez fue principalmente la fiesta que se desplegaba en las graderías; miraba ávidamente a la muchedumbre movediza y abigarrada que se escalonaba de arriba abajo en el inmenso embudo; escuchaba en el ardor del sol el crujido de los abanicos y de los sombreros de papel. Pero como la mayoría de los espectadores novicios juzgué que el toro cedía al engaño con una fatalidad mecánica, que para el hombre el juego era fácil.

No comprendí absolutamente nada de lo que justificaba los aplausos, los gritos del público. Los toreros más famosos en aquella temporada eran Marcial Lalanda y Ortega; los madrileños apreciaban también mucho a un joven debutante apodado El Estudiante, que se distinguía por su audacia. Vi a los tres y comprendí que el toro estaba muy lejos de caer infaliblemente en el engaño: tomado entre los caprichos de la bestia y la exigente espera de los espectadores, el torero arriesgaba su pellejo; ese peligro era la materia prima de su trabajo: lo suscitaba, lo dosificaba, con más o menos coraje e inteligencia; al mismo tiempo lo esquivaba con un arte más o menos seguro. Cada combate era una creación; poco a poco desenredé lo que le daba sentido y a veces belleza. Todavía se me escapaban muchas cosas, pero me apasioné; Sartre también.

Fernando nos guió a través del Prado y volvimos a menudo. No habíamos visto muchos cuadros en nuestra vida. Muchas veces yo había recorrido con Sartre las galerías del Louvre y había comprobado que gracias a mi primo Jacques comprendía un poco mejor que él la pintura: un cuadro para mí era ante todo una superficie cubierta de colores, mientras Sartre reaccionaba al motivo y a la expresión de los personajes, hasta el punto de apreciar las obras de Guido Reni. Yo lo había atacado vivamente, él había emprendido la retirada. Debo decir que también sentía una gran predilección por la *Pietà*, de Avignon, y la *Crucifixión*, de Grünewald. Yo no lo había convertido a la pintura abstracta, pero él había admitido que el interés de una escena, la expresión de un rostro, no pueden desentenderse del estilo, de la técnica, del arte que nos los hacen ver. Él me había influido recíprocamente, pues enamorada de "arte puro" en general, de "pintura pura" en particular, yo pretendía ignorar el sentido del paisaje o de la figura que me eran mostrados. Ya casi habíamos coincidido cuando visitamos el Prado, pero éramos todavía novicios y andábamos a tientas. El Greco sobrepasaba todo lo que según Barrès esperábamos de

él: le dimos el primer lugar en nuestras admiraciones. Fuimos sensibles a la crueldad de ciertos retratos de Goya y a la negra locura de sus últimas telas; pero, en conjunto, Fernando nos reprochó sin razón que no supiéramos apreciarlo. También entendía que encontrábamos un placer excesivo en Jerónimo Bosch; en efecto, nunca terminábamos de perdernos entre sus supliciados, sus monstruos: agitaba demasiado nuestras imaginaciones para que nos inquietáramos de la exacta calidad de su pintura. Sin embargo, la virtuosidad técnica me deslumbraba y solía quedarme plantada ante las telas del Tiziano. Sobre este punto Sartre fue en seguida radical: se apartaba de ellas con disgusto. Le dije que exageraba, que de todas maneras estaba maravillosamente bien pintado. "Y ¿qué hay con eso?", me contestaba. Y agregaba: "Tiziano es una ópera." Por reacción contra Guido Reni, ya no admitía que un cuadro sacrificara nada al gesto ni a la expresión. Su aversión por el Tiziano se matizó más adelante, pero nunca renegó de ella.

De Madrid hicimos varios viajes breves. El Escorial, Segovia, Ávila, Toledo: ciertos lugares, más adelante, pudieron parecerme aun más hermosos, pero nunca la belleza tuvo tal frescura.

Sartre tenía tanta curiosidad como yo, pero menos glotona. En Toledo, después de una mañana diligente, se hubiera quedado gustoso fumando su pipa en la plaza Zocodover. Yo en seguida tenía hormigas en las piernas. No imaginaba como antaño en el Limousin que las cosas tuvieran necesidad de mi presencia; pero yo había resuelto conocer todo el mundo y el tiempo me estaba medido; no quería despilfarrar un instante. Lo que facilitaba mi tarea es que a mis ojos había artistas, estilos, épocas que sencillamente no existían. Como Sartre perseguía con un odio vigilante a todos los pintores en los que creía descubrir los errores de Guido Reni, yo consentía que pulverizara a Murillo, Ribera y muchos otros; así limitado, el universo no descorazonaba mi apetito y estaba decidida a hacer un inventario completo. Yo ignora-

ba los términos medios; en las regiones que no habíamos arrojado por decreto a la nada, yo no establecía jerarquías; de cualquiera lo esperaba todo: ¿cómo aceptar carecer de algo? Ese cuadro del Greco en el fondo de una sacristía podría ser la llave que me abriera definitivamente su obra y sin la cual —¿quién sabe?— la pintura entera corría el riesgo de permanecer cerrada para mí. Contábamos con volver a España; pero la paciencia no era mi fuerte: no quería demorar ni siquiera un año la revelación que iba a traerme tal retablo, tal tímpano. El hecho es que las alegrías que me proporcionaron estaban a la medida de mi avidez: a cada encuentro la realidad me sorprendía.

A veces me arrancaba de mí misma: "¿Para qué viajar? Uno se lleva siempre consigo mismo", me dijo alguien. Yo me separaba de mí; no me convertía en otra, pero desaparecía. Quizá sea el privilegio de las personas —muy activas o muy ambiciosas— sin cesar presas de proyectos, esas treguas en que de pronto el tiempo se detiene, en que la existencia se confunde con la plenitud inmóvil de las cosas: ¡qué descanso y qué recompensa! En Ávila, por la mañana, aparté los postigos de mi cuarto; vi, contra el azul del cielo, torres soberbiamente erguidas; pasado, porvenir, todo se desvaneció; no había sino una gloriosa presencia: la mía, la de las murallas, era la misma y desafiaba al tiempo. A menudo, en el curso de esos primeros viajes, felicidades así me dejaron petrificada.

Dejamos Madrid a fines de setiembre. Vimos Santillana, los bisontes de Altamira, la catedral de Burgos, Pamplona, San Sebastián; me había gustado la dureza de las mesetas castellanas, pero me alegró encontrar sobre las colinas vascas un otoño con olor a helechos. En Hendaya tomamos juntos el tren para París: yo bajé en Bayona para esperar el Burdeos-Marsella.

En toda mi existencia nunca conocí un instante que pueda calificar de decisivo; pero algunos se han cargado retrospec-



Escaneado con CamScanner

tivamente de un sentido tan denso que emergen de mi pasado con el brillo de los grandes acontecimientos. Recuerdo mi llegada a Marsella como si hubiera marcado en mi historia un viraje absolutamente nuevo.

Yo había dejado mi valija en la consigna y me inmovilicé en lo alto de la gran escalera. "Marsella", me dije. Bajo el cielo azul tejas asoleadas, huecos de sombra, plátanos color de otoño; a lo lejos las colinas y el azul del mar; un rumor subía de la ciudad con un olor a pasto quemado y la gente iba y venía por las calles oscuras. Marsella. Yo estaba allí sola, las manos vacías, separada de mi pasado y de todo lo que amaba, y miraba la gran ciudad desconocida en la que iba sin ayuda a tallarme día a día una vida, mi vida. Hasta entonces yo había dependido estrechamente de los demás; me habían impuesto marcos y metas; y luego una gran dicha me había sido dada. Aquí yo no existía para nadie; en alguna parte, bajo uno de esos techos, yo tendría que dictar catorce horas de clase por semana: nada más estaba previsto para mí, ni siquiera la cama en que dormiría; mis ocupaciones, mis costumbres, mis placeres, tendría que inventarlos yo. Me puse a bajar la escalera; me detenía en cada peldaño, emocionada por esas casas, esos árboles, esas aguas, esas rocas, esas aceras que poco a poco iban a revelarse y a revelarme.

En la avenida de la estación, a derecha e izquierda, había restaurantes con terrazas cobijadas tras altos ventanales. Contra uno de los cristales vi un letrero: "Se alquila habitación." No era un cuarto a mi gusto: una cama voluminosa, sillas y un armario; pero pensé que la gran mesa sería cómoda para escribir y la patrona me proponía un precio de pensión que me convenía. Fui a buscar mi valija y la dejé en el "Restaurant de l'Amirauté". Dos horas más tarde había visitado a la directora del liceo; mi horario estaba fijado; sin conocer Marsella, ya vivía en ella. Salí a descubrirla.

Fue un flechazo. Trepé por todos los peñascos, rondé por todas sus callejuelas, respiré el alquitrán y los erizos del

Puerto Viejo, me mezclé a las muchedumbres de la Canebière, me senté en paseos, en plazas, en patios apacibles, donde el olor provinciano de las hojas secas ahogaba el del viento marino. Me gustaban los tranvías destartalados de los que se colgaban racimos humanos y los nombres escritos delante: la Madrague, Mazargue, les Chartreux, el Roucas Blanc. El jueves por la mañana tomé uno de los autobuses "Mattei", cuyo terminal estaba junto a casa. De Cassis a La Ciotat seguí a pie los acantilados cobrizos; sentí tal entusiasmo que, cuando volví a subir de noche en uno de los pequeños ómnibus verdes, ya no tenía sino una idea en la cabeza: volver a empezar. La pasión que acababa de nacer se conservó durante más de veinte años, sólo la edad la venció; me salvó ese año del hastío, de las nostalgias, de todas las melancolías, y cambió mi destierro en fiesta.

No tenía nada de original. A la vez salvaje y fácil de acceso, la naturaleza alrededor de Marsella ofrece al más modesto paseante secretos deslumbrantes. La excursión era el deporte favorito de los marselleses: los adeptos formaban clubs, editaban un boletín que describía en detalle itinerarios ingeniosos, mantenían cuidadosamente las flechas de colores vivos que jalonaban los paseos. Gran número de mis colegas iban el domingo en grupo a escalar el macizo de Marseilleveyre o las crestas de Sainte-Baume. Mi singularidad era que yo no me agregaba a ningún grupo y de un pasatiempo hice el más exigente de los deberes. Del 2 de octubre al 14 de julio, no me interrogué ni una vez sobre el empleo de un jueves o de un domingo: me había sido prescrito partir al alba tanto en invierno como en verano y no volver hasta la noche. No me demoré en los preliminares; nunca me procuré el clásico equipo: mochila, zapatos con clavos, falda y capa de loden; me ponía un vestido viejo, alpargatas, y llevaba en un bolsón algunas bananas y brioches: más de una vez, al cruzarse conmigo en una cima, mis colegas sonrieron con desdén. En cambio, con la ayuda de la Guía Azul, del Boletín y de la Carta Michelín, hice planes minuciosos. Al

principio me limitaba a cinco o seis horas de marcha; luego combinaba paseos de nueve o diez horas; llegué a recorrer más de cuarenta kilómetros. Rastrillé sistemáticamente la región. Subí a todas las cimas: el Gardaban, el monte Aurélien, Sainte-Victoire, el Pilon du Roi; bajé a todas las playas, exploré todos los valles, las gargantas, los desfiladeros. Entre las piedras cegadoras donde no estaba indicado el menor sendero, yo iba espiando las flechas —azules, verdes, rojas, amarillas— que me conducían no sabía adónde; a veces las perdía, las buscaba, dando vueltas en redondo, batiendo los matorrales de fuertes aromas, rasguñándome en las plantas todavía nuevas para mí: los cistos resinosos, los enebros, los robles verdes, las asfodelas amarillas y blancas. Seguí al borde del mar todos los caminos aduaneros; al pie de los acantilados, a lo largo de las costas atormentadas, el Mediterráneo no tenía esa languidez azucarada que, por otra parte me relajó a veces; en la gloria de las mañanas, batía con violencia los promontorios de un blanco deslumbrante y yo tenía la impresión de que, si metía la mano, me cortaría los dedos. Era lindo también visto desde lo alto de los montes, cuando su dulzura fingida, su rigor mineral quebraban la continuidad de los olivos. Hubo un día de primavera en que por primera vez, sobre la meseta de Valensole, descubrí los almendros en flor. Caminé por senderos rojos y ocre, a través de la llanura de Aix, donde reconocía las telas de Cézanne. Visité ciudades, pueblos, aldeas, abadías, castillos. Como en España, la curiosidad no me daba respiro. De cada punto de vista, de cada valle, esperaba una revelación y siempre la belleza del paisaje superaba mis recuerdos y mi espera. Recobraba, tenaz, la misión de arrancar las cosas a su noche. Sola caminaba en las brumas sobre la cresta de Sainte-Victoire, sobre la cadena del Pilon du Roi, contra la violencia del viento que precipitó mi boina a la llanura; sola me perdí en la barranca de Lubéron: esos momentos, en su luz, su ternura, su furor, me pertenecían sólo a mí. ¡Cómo me gustaba, todavía entumecida de sueño, atravesar la ciudad donde se demo-

raba la noche y ver nacer el alba sobre la ciudad desconocida! Dormía a mediodía en el olor de los hiniestos y de los pinos; me aferraba a los flancos de las colinas, me deslizaba a través de las garrigas y las cosas venían a mi encuentro, previstas, imprevisibles: nunca me cansó el placer de ver un punto, un rasgo, trazados sobre un mapa, o tres líneas impresas en una guía que se trocaban en piedras, en árboles, en cielo, en agua.

Cada vez que vuelvo a ver la Provenza reconozco mis motivos de amarla; ellos no justifican la manía cuyo encarnizamiento el recuerdo me hace medir, no sin estupor. Mi hermana vino a Marsella a fines de noviembre; la inicié en mis nuevos placeres como la había asociado a mis juegos de niña; vimos bajo el pleno sol el acueducto de Roquefavour, paseamos en alpargatas por la nieve alrededor de Toulon; le faltaba preparación, tuvo ampollas que la hicieron sufrir, pero nunca se quejaba de nada y caminaba a mi mismo paso. Un jueves, al llegar a mediodía a Sainte-Baume, tuvo fiebre; le dije que descansara en el hospicio, que tomara ponches, mientras esperaba el ómnibus que regresaba pocas horas después a Marsella, y terminé sola mi paseo. A la noche, se metió en cama con gripe y sentí remordimientos. Hoy me cuesta comprender cómo la abandoné con sus escalofríos en un lúgubre refectorio. En general me preocupaba de los demás y quería mucho a mi hermana. "Eres una esquizofrénica", me decía a menudo Sartre: en vez de adaptar mis proyectos a la realidad, los perseguía en contra de cualquier cosa dando realidad a un simple accesorio; en Sainte-Baume, en efecto, preferí negar la existencia de mi hermana antes que apartarme de mi programa: ella había servido siempre tan fielmente a mis planes que ni siquiera quise encarar la idea de que esa vez los perturbara. Esa esquizofrenia me parece como una forma extrema y desviada de mi optimismo; me negaba como a los veinte años a que "la vida tuviera otras voluntades que las mías".

La voluntad que se afirmaba en mis paseos fanáticos tenía

en mí raíces muy antiguas. Antes en Limousin, a lo largo de los senderos, me había prometido que un día recorrería toda Francia, quizá el mundo entero, sin dejar ni una pradera ni un bosque; no lo creía verdaderamente; y cuando en España había pretendido verlo *todo,* daba a esa palabra un sentido muy amplio. Aquí, en el lugar en que mi trabajo y mis recursos me acantonaban, la apuesta no parecía difícil de ganar. Quería explorar la Provenza más completamente y con más elegancia que ningún excursionista diplomado. Nunca había practicado deportes; por eso sentía más placer al utilizar mi cuerpo hasta los límites de sus fuerzas y lo más ingeniosamente posible; en las rutas, para cuidarlo, detenía autos y camiones; en la montaña, trepando entre los peñascos, corriendo por las barrancas, inventaba la manera de cortar camino: cada paseo era un objeto de arte. Me prometía conservar para siempre un recuerdo glorioso y en el mismo momento en que lo hacía me felicitaba de mi hazaña; el orgullo que me proporcionaba me incitaba a renovarlo: ¿cómo aceptar el fracaso? Si por indiferencia o capricho hubiera renunciado a un paseo, si me hubiera dicho una sola vez: "¿Para qué?", habría arruinado todo el sistema que elevaba mis placeres al rango de obligaciones sagradas. A menudo, en la vida, tuve que recurrir a esa estratagema: dotar a mis actividades de una necesidad, de la que terminaba por ser la presa o la incauta: así a los dieciocho años me había salvado del aburrimiento por el frenesí. Evidentemente, en Marsella no hubiera logrado mantener en mí esa rabia de coleccionista si hubiera sido el fruto de una consigna abstracta: pero ya he dicho las alegrías que me dispensaba. [1]

[1] Esta descripción no se aplica sólo a mi caso sino en general a todas las manías. El maniático vive en un universo totalitario, edificado sobre reglas, pactos, valores, que considera absolutos; por eso no puede admitir la menor derogación: le descubriría la posibilidad de evadirse de su sistema, cuya necesidad negaría, y todo el edificio se vendría abajo. La manía sólo se justifica por una perpetua afirmación de ella misma.

Me ocurrieron pocas aventuras; sin embargo, dos o tres veces tuve miedo. De Aubagne a la cima del Guardaban un perro se empeñó en seguirme; compartí con él mis brioches pero yo tenía la costumbre de no beber; él no; en el camino de vuelta, creí que se volvía loco y la locura en un animal me pareció aterradora: al llegar al pueblo se precipitó aullando sobre una alcantarilla. Una tarde me encaramé dificultosamente en unas gargantas escarpadas que debían desembocar en una meseta; las dificultades crecían pero yo me sentía incapaz de bajar lo que había escalado y seguía; una muralla me detuvo definitivamente y tuve que desandar el camino tramo por tramo. Llegué a una grieta que no me atreví a saltar, las serpientes pasaban entre las piedras secas, no había otro ruido; nadie, nunca, pasaba por ese desfiladero; si me rompía una pierna, si me torcía un tobillo ¿qué sería de mí? Llamé; no hubo respuesta. Durante un cuarto de hora llamé. ¡Qué silencio! Junté mi coraje y aterricé sana y salva.

Había un peligro contra el cual mis colegas me habían puesto ampliamente en guardia; mis paseos solitarios desafiaban todas las reglas y me repetían en tono desdeñoso: "¡La van a violar!" Me burlaba de esas obsesiones de solteronas. No quería apagar mi vida con prudencias; por otra parte algunas cosas —un accidente, una enfermedad, grave, una violación— no podían sencillamente ocurrirme a mí. Tuve algunos disgustos con camioneros, con un viajante de comercio que quería que fuera a acostarme con él en el bosque y que me plantó en medio del camino: eso no me hizo renunciar a practicar el auto-stop. Una tarde, caminaba hacia Tarascon, a pleno sol, por un camino empolvado de blanco, cuando un coche me pasó y se detuvo; los pasajeros, dos muchachos, me invitaron a que subiera: me llevarían a la ciudad. Llegamos a la ruta y en vez de girar a la derecha tomaron a la izquierda. "Hacemos un pequeño desvío", me explicaron. Yo no quería ponerme en ridículo, vacilé; pero, cuando comprendí que se dirigían

hacia "la montañita" —el único lugar desierto de la región—, ya no dudé: salieron de la ruta y tuvieron que disminuir la velocidad para cruzar un paso a nivel; abrí la portezuela y los amenacé con saltar en marcha: se pararon y me dejaron bajar bastante avergonzados. Lejos de darme una lección, esa pequeña historia fortaleció mi presunción: con un poco de vigilancia y de decisión se puede salir de todo. No lamento haber alimentado largamente esa ilusión pues saqué de ella una audacia que me facilitó la existencia.

Me divertía mucho dictar mis cursos; no exigía ninguna preparación, pues mis conocimientos eran todavía muy frescos y yo hablaba con facilidad. Con alumnas mayores las cuestiones de disciplina no se planteaban. Los temas que yo trataba ninguna enseñanza los había marcado; tenía que enseñarlo todo: esa idea me animaba. Me parecía importante liberarlas de un cierto número de prejuicios, ponerlas en guardia contra ese palabrerío que se llama sentido común, darles el gusto de la verdad. Sentí un vivo placer al verlas emerger de la confusión en que las sumí al principio; poco a poco mis lecciones se organizaban en sus cabezas y yo me alegraba casi tanto de sus progresos como si los hubiera hecho yo misma. No parecía mayor que ellas: los primeros tiempos las celadoras me tomaron a menudo por una colegiala. También pienso que las chicas eran sensibles a la simpatía que yo les manifestaba: parecían sentirla también por mí. Dos o tres veces invité a casa a las tres mejores alumnas. Ese fervor de neófita despertó el sarcasmo de mis colegas, pero prefería diez veces conversar con aquellas muchachas vacilantes que con las mujeres maduras petrificadas en su experiencia.

Las cosas se estropearon cuando a mitad del año, abordé la moral. Sobre el trabajo, el capital, la justicia, la colonización, yo dije con fuego lo que pensaba. La mayoría de mis oyentes se insurreccionaron; en clase y en sus disertaciones me

lanzaban a la cabeza argumentos cocinados cuidadosamente por sus padres y que yo pulverizaba. Una de las más inteligentes dejó el lugar que ocupaba en la primera fila y se instaló en la última, los brazos cruzados, negándose a tomar notas y pulverizándome con la mirada. Además yo multiplicaba las provocaciones. Consagré horas de literatura a Proust, a Gide, lo que en ese tiempo, en un liceo de señoritas y en provincia, era una gran osadía. Hice algo peor. Por puro aturdimiento, puse entre las manos de esas adolescentes el texto integral de *De natura rerum* y, a propósito del dolor, un fascículo del *tratado* de Dumas que hablaba también del placer. Los padres se quejaron y la directora me citó; nos explicamos y el asunto no trascendió.

En conjunto el personal del liceo me miraba con malos ojos. Estaba compuesto sobre todo de solteronas enamoradas de sol y de caminatas, que contaban con terminar sus días en Marsella; parisiense y ávida de volver a París, me miraban *a priori* con suspicacia. Mis paseos solitarios agravaban mi caso. Confieso además que yo no era nada cortés. He guardado para siempre de mi adolescencia el desagrado de las sonrisas concertadas, de las inflexiones estudiadas. Entraba a la sala de los profesores sin distribuir buenos días, guardaba mi ropa en la alacena y me sentaba en un rincón. Había adquirido ciertas costumbres; llegaba al liceo clásicamente vestida con una falda y una tricota; pero en primavera, cuando me puse a jugar al tenis, solía llegar sin haberme cambiado, con un vestido de tusor blanco: sorprendí miradas reprobadoras; tuve sin embargo relaciones cordiales con dos o tres colegas cuyos modales me pusieron cómoda. Me hice amiga de una de ellas.

Mme. Tourmelin tenía treinta y cinco años; enseñaba el inglés y parecía una inglesa: pelo castaño, una piel de una robusta frescura ya amenazada por rubefacción, labios chatos, anteojos de carey; un vestido de lana marrón moldeaba con austeridad su cuerpo redondo. Su marido era oficial y cuidaba sus pulmones en Briançon; ella solía ir a

verlo durante las vacaciones y él venía a veces a Marsella. Vivía en un lindo departamento que daba al Prado. Una tarde me invitó a tomar un helado en el "Poussin bleu" y me habló con efusión de Katherine Mansfield. Durante la estadía de mi hermana fuimos a pasear las tres por las playas y ella desbordó de amabilidad. Había arreglado como estudio un cuarto de servicio y propuso alquilármelo; era chico, pero conforme a mi ideal: un diván, estanterías para poner libros, una mesa de trabajo. Desde el balcón yo dominaba los plátanos del Prado y los tejados. El olor de una jabonería, dulzón, insistente, me despertó a menudo por la mañana, pero el sol inundaba mis paredes y yo me encontraba muy bien.

Salí a veces de noche con Mme. Tourmelin. Vimos bailar a la Teresina, a los Sakharoff; me presentó a sus amigos. Almorzamos a menudo juntas en la plaza de la Prefectura, en un bodegón rosado, y ella se extasiaba ante el rostro de la joven patrona bajo los racimos de rizos negros. Le gustaban las cosas bonitas, la naturaleza, la fantasía, la poesía, lo impulsivo, cosa que no le impedía hacer gala de un extremado puritanismo: Gide le causaba horror; reprobaba el vicio, el libertinaje, la anarquía. Yo aprobaba poco sus entusiasmos volubles y no tenía ganas de discutir sus prejuicios; la conversación declinaba. Acepté sin ganas que me acompañara a pasar un fin de semana en los alrededores de Arles. Visitamos la abadía de Montmajour y, a la noche, en nuestro gran cuarto de baldosa, me extrañó la falta de pudor con que exhibía su gorda carne fresca. Sin embargo, su gentileza me conmovía; para agradarme, me dijo, se había hecho teñir su pelo ya sembrado de hilos blancos; compró también una tricota de angora rosada que descubría demasiado generosamente sus brazos. Una tarde, cuando tomábamos el té en su sala, se dejó ir a confidencias; me dijo con brusca violencia el asco que le inspiraba el amor físico, el horror de esa humedad pegajosa sobre su vientre cuando su marido se retiraba. Soñó un momento. Lo que

le parecía romántico eran esas "llamaradas" que había conocido cuando estudiante y aprobaba "inclusive el beso en la boca", agregó con una sonrisita. Por discreción y por indiferencia, no seguí el tema. Decididamente, me aburría y, cuando su marido vino a Marsella, me sentí aliviada ante la idea de no verla durante quince días.

Pero ella no lo entendía así. Me anunció que iría a pasear conmigo el jueves siguiente y yo no encontré ningún medio para disuadirla. Con la mochila al hombro, zapatos con clavos, clásicamente equipada, quiso imponerme el paso clásico de los alpinistas: regular y muy lento; pero no estábamos en los Alpes y yo marcaba mi paso. Ella jadeaba detrás de mí y me alegré malignamente. Lo que daba valor a esas excursiones era mi soledad con una naturaleza desierta y mi caprichosa libertad: Mme. Tourmelin me estropeaba el paisaje y todo mi placer; empujada por el odio empecé a caminar cada vez más rápido; de tanto en tanto hacía un alto en la sombra y en cuanto ella aparecía volvía a partir. Llegamos a unas gargantas, había que seguir durante algunos metros una pared bastante abrupta donde ningún sendero estaba trazado, pero que ofrecía salientes fáciles; ella miró el agua bullente del torrente y declaró que no pasaría por allí: yo pasé; ella decidió volver atrás y tomar a través del bosque; nos encontraríamos en un pueblo del que partía al final de la tarde un ómnibus para Marsella. Yo seguí mi paseo alegremente; llegué temprano a nuestra cita y me senté con unos diarios en el café de la plaza mayor. El último ómnibus salía a las cinco y media y yo estaba instalada en él cuando vi a Mme. Tourmelin, que dirigía jadeante al chófer señales enloquecidas. Se sentó a mi lado y no abrió la boca hasta Marsella; me dijo al llegar que se había perdido. Se metió en cama y se quedó seis días. El médico le prohibió que volviera a acompañarme en mis paseos.

No me guardó rencor. Cuando su marido se hubo ido, volvimos a vernos. Él debía volver a instalarse definitiva-

mente con ella para Pentecostés. Dos días antes, ella me invitó al célebre restaurante "Pascal". Bebimos mucho vino de Cassis mientras comíamos pescado asado y, en el camino de regreso, estábamos muy alegres; hablábamos inglés y ella se indignaba de mi acento atroz. Yo había dejado un portafolio en su casa y entré en su departamento. En seguida me oprimió entre sus brazos: "¡Ah saquémonos las máscaras!", dijo y me abrazó violentamente. Con voz precipitada me declaró que me había querido desde la primera mirada y que era hora de terminar con toda hipocresía; me suplicó que durmiera con ella aquella noche. Aturdida por sus declaraciones fogosas, yo sólo supe balbucir: "Piense en mañana por la mañana: ¿qué cara pondremos?" "¿Es necesario que me arrastre de rodillas?", preguntó ella con voz enloquecida. "No, no", le dije. Me escapé obsesionada por la idea: "¿Cómo nos miraremos mañana por la mañana." Mme. Tourmelin, al día siguiente, logró arrancarse una sonrisa: "¿No habrá creído lo que le dije anoche? ¿Habrá comprendido que era una broma?" "¡Por supuesto!", contesté. Pero su cara era lúgubre. Cuando íbamos al liceo, a lo largo del Prado, murmuró: "Tengo la impresión de seguir mi propio entierro." Su marido llegaba al día siguiente. Yo me fui a París; a mi vuelta no estuvimos nunca solas y el año escolar terminó pronto.

Raramente sentí tanto estupor como en ese vestíbulo en que Mme. Tourmelin "arrojó la máscara". Muchos indicios, sin embargo, hubieran tenido que alertarme. Bajo la firma de una tarjeta postal que me había enviado había trazado una serie de x y agregaba: "Espero decirle un día el sentido de esas x." Representaban evidentemente, besos, según un simbolismo que ella había empleado en su juventud; se había teñido el pelo, llevaba una tricota rosa, empleaba coqueterías. Pero ya he dicho que yo era crédula: las declaraciones virtuosas de Mme. Tourmelin me habían convencido de su virtud. A causa del puritanismo que había impregnado mi juventud, la visión que yo tenía de

la gente no concedía lo suyo a la sexualidad; por otra parte —volveré sobre esto— era una visión mucho más moral que psicológica; yo los condenaba, los aprobaba, decidía lo que hubieran tenido que hacer en vez de tratar de interpretar lo que hacían.

Gracias a Mme. Tourmelin me relacioné con un médico marsellés en forma en sí misma insignificante, pero que por un desvío empezó a trabajar en mi imaginación. El doctor A. cuidó a mi hermana cuando tuvo gripe y en adelante yo jugué al tenis con él una o dos mañanas por semana en el parque Borely. Su mujer me invitó algunas veces. Él tenía una hermana casada con un partero muy feo que vivía en el mismo edificio, en las Avenidas; era tuberculosa y no se levantaba de la cama; llevaba batones de color tierno; su pelo negro tirado hacia atrás descubría una inmensa frente blanca que dominaba un rostro huesudo, de pequeños ojos penetrantes; admiraba a Joë Bousquet y a Denis Saurat; había publicado un volumen de versos; aún recuerdo uno de ellos: "Mi corazón es un pedazo de pan viejo." Me hablaba de cosas altamente espirituales.

Otra hermana del doctor A. había sido la mujer del doctor Bougrat, héroe de un ruidoso suceso: habían encontrado a un hombre asesinado en su armario y su mujer había prestado contra él un testimonio que lo había condenado a trabajos forzados a perpetuidad. Él siempre había negado. Se había evadido y en Venezuela atendía a una clientela miserable con abnegación ejemplar. El doctor A. había sido su compañero de estudios y me habló de él como de un hombre excepcional por su inteligencia y por su carácter. Me halagó conocer a la familia de un célebre presidiario. Colorada, bulliciosa, hosca, la ex señora Bougrat tenía un nuevo marido y proclamaba la ilegitimidad de su hijo. Me complací en imaginar que había mentido para destruir a su primer marido; vi en Bougrat a un simpático aventurero, víctima de una odiosa conspiración burguesa, y formé vagamente el proyecto de utilizar esta historia en un libro.

Mis padres vinieron a pasar una semana conmigo; mi padre nos convidó a comer una *bouillabaisse* en Isnard —el mejor restaurante de la ciudad— y fui con mi madre a la Sainte-Baume. Mi primo Charles Sirmione pasó por Marsella con su mujer y visitamos un trasatlántico. El Tapir y su amiga se detuvieron dos días; me llevaron en auto a las fuentes de Vaucluse. Fueron magras diversiones. Yo estaba instalada en la soledad. Ocupaba lo mejor posible mis vastos ocios. Iba a veces a conciertos; oí a Wanda Landowska; en la Ópera escuché *Orfeo en los infiernos* y hasta *La favorita*. En una cinemateca vi con júbilo admirativo *La edad de oro*, que acababa de escandalizar a París. Me costaba algo conseguir libros. Había una biblioteca que prestaba a los profesores, pero no estaba muy bien surtida; tomé el *Diario* de Jules Renard, el de Stendhal, su correspondencia y las obras que le consagró Arbelet. Encontré sobre todo libros sobre historia del arte que me instruyeron.

Nunca me aburría: Marsella no se agotaba. Yo paseaba por la costanera batida por el agua y el viento, miraba a los pescadores de pie entre los bloques de piedra donde se quebraban las olas y que buscaban en el fondo de las aguas turbias no sé qué cosa. Me perdía en la tristeza de los muelles; rondaba alrededor de la puerta de Aix donde hombres de rostro curtido vendían y revendían viejos zapatos y harapos. Dados mis mitos, la calle Bouterie me encantaba; miraba a las mujeres pintarrajeadas y por la puerta entreabierta los grandes carteles coloreados sobre las camas de hierro: era todavía mucho más poético que los mosaicos del "Sphinx". En las viejas escaleras y las viejas callejas, en los mercados de pescado, entre los clamores del Viejo Puerto, una vida siempre nueva me llenaba los ojos y los oídos.

Yo estaba contenta de mí misma; llevaba a buen término la tarea que me había propuesto a lo alto de la escalera monumental: día a día construía sin ayuda mi felicidad.

Había atardeceres un poco melancólicos, cuando al salir del liceo compraba pasteles de queso para comer y volvía a través del crepúsculo hacia mi cuarto donde nada me esperaba: pero encontraba dulzura en esa nostalgia que nunca había conocido en el bullicio de París. Había reconquistado la paz del cuerpo: esa franca separación lo sometía a una prueba menos dura que el ir y venir entre la presencia y la ausencia. Y además, ya lo he dicho, todo se enlaza: cuando él tenía impaciencias, yo las soportaba sin despecho porque había dejado de despreciarme. Y hasta me apreciaba. Aquel año me aparté un poco de la moral que había adoptado con Sartre y que reprobaba todo narcisismo: amueblaba mi vida mirándome vivir. Me gustaba Katherine Mansfield, sus relatos, su *Diario* y sus *Cartas*; había buscado su recuerdo entre los olivares de Bandol y me parecía novelesco ese personaje de "mujer sola" que le había pesado tanto. Me decía que yo también lo encarnaba cuando almorzaba en la Canebière en el primer piso de la cervecería O'Central, cuando comía en el fondo de la taberna Charley, sombría, fresca, decorada con fotografías de boxeadores; me sentía una "mujer sola" mientras tomaba un café en la plaza de la prefectura bajo los plátanos o acodada en una ventana de Cintra, frente al Viejo Puerto. Tenía una predilección por ese lugar; a mi izquierda, en la penumbra donde brillaban los rubios toneles anillados de cobre, oía susurros acolchados; a la derecha, los tranvías pasaban estrepitosos; voces tumultuosas voceaban los camarones, los mejillones, los erizos; otras anunciaban partidas para el castillo de If, el Estaque, las playas. Yo miraba el cielo, los transeúntes, el puente transbordador; y luego bajaba la vista sobre los deberes que corregía, sobre los libros que leía. Me sentía bien.

Disponía de demasiado tiempo para no escribir. Comencé una nueva novela Me criticaba más severamente que el año pasado; las frases que trazaba dificultosamente sobre el papel no me satisfacían Decidí hacer ejercicios. Me

instalé cerca de la prefectura, en una cervecería donde servían mondongo a la marsellesa; las paredes, decoradas con festones y molduras, se bañaban en una luz amarilla; me esforcé por describirlo todo. Pronto comprendí que era absurdo. Volví a mi libro y tuve bastante perseverancia como para terminarlo.

Era menos gratuito que el anterior. Desde que, con o sin razón yo me había creído en peligro, había tomado mi distancia en relación con la vida: en el miedo, el remordimiento, la había juzgado. Me reprochaba respecto a Sartre, como antes con Zaza, no haberme limitado a la verdad de nuestras relaciones y de haber corrido el riesgo de sacrificar mi libertad. Me parecía que me lavaría de esa falta y que hasta la rescataría si lograba transponerla en una novela: empezaba a tener algo que decir. Así entraba en un tema al que volví en todos los relatos que esbocé: el espejismo del Otro. No quería que confundieran esa fascinación con una trivial historia de amor y tomé por protagonistas a dos mujeres; pensaba así, no sin ingenuidad, preservar sus relaciones de todo equívoco sexual. Repartí entre ellas las tendencias que chocaban en mí: mi fervor por vivir y mi deseo de llevar a cabo una obra. Aun cediendo más a la primera, concedía más valor a la segunda y dotaba de todas las seducciones a Mme. de Préliane, en quien la encarné. Tenía la misma edad que Mme. Lemaire, su elegancia medida, su don de gentes, su discreción, su dominio, sus silencios, su escepticismo amable y un poco amargo; vivía rodeada de numerosos amigos, pero como mujer sola, sin depender de nadie. Le atribuí el sentido artístico de Camille, su gusto por el trabajo creador. ¿Cuál? Vacilé. Es siempre muy difícil y me era imposible dar vida a un gran escritor, a un gran pintor; por otra parte Mme. de Préliane me habría parecido irrisoria si hubiera habido demasiada distancia entre sus ambiciones y sus éxitos; preferí que triunfara en una rama menor: dirigía un teatro de marionetas; modelaba muñecas, las vestía, inventaba ella misma

las comedias que les hacía representar. He dicho cómo me gustaba ese tipo de espectáculos; su inhumana pureza armonizaba con Mme. de Préliane. La modelé con gran cuidado, pero ocupándome solamente de justificar la atracción que ejercía. Lo que era realmente, su relación consigo misma, con las cosas, fue algo que no abordé. Una vez más fabricaba ficción.

Había más verdad en Geneviève, a quien daba, aumentándolos, algunos rasgos míos. Veinte años, ni fea ni tonta, pero de una inteligencia un poco rústica y sin gracia, se sentía más inclinada a las emociones fuertes que a las impresiones sutiles. Vivía en el presente, con brutalidad y falta de perspectiva; no sabía ni pensar, ni sentir, ni querer sin referencia a los demás. Sentía un culto apasionado por Mme. de Préliane. Su historia no era la de un desencanto sino la de un aprendizaje: descubría, detrás del ídolo que se había forjado, a un ser de carne y hueso. Pese a sus aires de indiferencia, Mme. de Préliane quería a un hombre de quien el destino la separaba; sufría, era mujer y vulnerable; no por eso era menos digna de estima, de amistad. Geneviève no se sentía decepcionada, pero comprendía que nadie podía dispensarla de soportar ella misma el peso de su existencia y aceptaba su libertad.

Mme. de Préliane sentía una simpatía un tanto impaciente por la joven que se plegaba humildemente a sus desaires; eso no bastaba para edificar una intriga. Yo pensaba además, que para evocar el espesor del mundo es conveniente tejer varias historias a la vez. Mi pasado me proponía una que me parecía trágicamente novelesca: la muerte de Zaza. Resolví contarla.

Casé a Zaza, a quien llamé Anne, con un burgués convencional; en el primer capítulo, Anne recibía en su casa de campo, en Limousin, a su amiga Geneviève: yo había tratado de resucitar el clima de Laubardin, la casa, la abuela, los dulces. Más adelante, en París, Anne y Mme. de Préliane se encontraban y una gran amistad nacía entre am-

bas. Aunque queria a su marido, Anne se marchitaba en el medio en que él la confinaba; comenzó a florecer el día en que entró en el círculo de Mme. de Préliane, que la alentaba a desarrollar sus dotes de música. Su marido le prohibía esas vinculaciones. Desgarrada entre su amor, su sentido del deber, sus convicciones religiosas, y, por otra parte, su necesidad de evasión, Anne moría. Geneviève y Mme. de Préliane iban al entierro, a Uzerche; en el tren de vuelta, Geneviève, agotada de dolor, se quedaba dormida; Mme. de Préliane miraba con una especie de envidia el rostro deshecho: esa noche en París habló a Geneviève con mas abandono que nunca; esa conversación y la violencia de su dolor se unían para que Geneviève volviera a la soledad y a la verdad. El episodio del tren ponía en ventaja a Geneviève; yo sentía simpatía por ella, pero no la halagaba. Esperaba ser a los cuarenta años semejante a Mme. de Préliane: dueña de mí misma, un poco escéptica, incapaz de llorar; pero no aceptaba sin nostalgia la idea de sacrificar mis entusiasmos, mis vértigos, a ese desapego.

El principal defecto de mi novela es que la historia de Anne no se tenía en pie. Para comprender la de Zaza hay que partir de su infancia, de la constelación familiar a la cual pertenecía, de una devoción por su madre para la que el amor conyugal no puede proporcionar ningún equivalente. Una madre querida y reverenciada desde la cuna puede conservar un ascendiente aunque se deploren la estrechez de sus ideas y sus abusos de autoridad; juzgado, condenado, un marido deja de inspirar respeto y el de Anne no ejercía evidentemente sobre ella ningún dominio físico puesto que yo estaba pintando un conflicto moral. ¿Cómo la lealtad de Anne respecto al burgués convencional con quien yo la había casado y su amistad superficial por Mme. de Préliane podían desgarrarla a muerte? No era verosímil.

Mi error fue separar ese drama de las circunstancias que le daban su verdad. Retuve por un lado el sentido teórico —el conflicto entre la esclerosis burguesa y una voluntad

de vivir—; por otra parte el hecho bruto: la muerte de Zaza. Era una doble falta; pues, si bien el arte de la novela exige que se transponga, es para superar la anécdota y mostrar a plena luz un significado, no abstracto, sino indisolublemente metido en la existencia.[1]

Mi novela pecaba en muchos otros puntos. El medio artístico que rodeaba a Mme. de Préliane era tan artificial como ella misma y las marionetas con que la cargué arrastraban tras ellas un montón de oropeles. Además yo era demasiado inexperta para manejar más de tres personajes a la vez: traté de describir una reunión animada y el resultado fue anonadador. Me interesé en las relaciones de la gente entre sí; no quería caer en el género "diario íntimo" limitándome a hablar de mí: desgraciadamente, no era capaz de salir de mí y caí pronto en la convención.

Lo más valedero que había en esa iniciación era la manera en que yo había dispuesto la iluminación. Geneviève era vista por Anne, lo que daba un poco de misterio a su simplicidad; Mme. de Préliane y Anne eran vistas por los ojos de Geneviève, quien sentía que no las comprendía bien; más allá de esas limitaciones el lector estaba invitado a adivinar una verdad que no le era brutalmente endilgada. La desgracia es que, a pesar de esa prolija presentación, mis heroínas hayan tenido tan poca consistencia.

Al menos aquel año no miré mi trabajo como un deber. Me sentaba junto a una ventana del Cintra, miraba, respiraba el Viejo Puerto y me preguntaba cómo se piensa, cómo se siente, cómo se sufre a los cuarenta años: envidiaba, temía, a esa mujer en quien poco a poco me iba a sumergir y ardía por fijar sus rasgos sobre el papel. Nunca olvidaré la tarde de otoño en que paseé alrededor del estanque de Berre contándome el final de mi libro. En la penumbra de una sala, Geneviève, con la frente contra el vidrio, miraba

[1] Sobre este punto hago mías las ideas desarrolladas por Sartre y por Blanchot; mi fracaso las ilustra, por lo absurdo, de manera flagrante.



Escaneado con CamScanner

encenderse los primeros faroles mientras un gran tumulto se aplacaba en su corazón y entraba en posesión de sí misma; las marionetas yacían sobre el diván. Evocando ese mundo ilusorio me parecía elevarme por encima de mí misma y penetrar en carne y hueso en el universo de los cuadros, de las estatuas, de los héroes de las novelas. Llevaba conmigo en esa gloria los juncos de olor salado y los murmullos del viento; el estanque era real, yo también; pero la necesidad, la belleza de la obra que nacería de ese instante lo transfiguraban y yo tocaba lo irreal. Nunca proyectos de ensayos o de artículos me han dado esa exaltación; resucitó cada vez que me entregué a lo imaginario.

Fui a París para el día de Todos los Santos; volví cada vez que tuve dos días de licencia; pasé allí las vacaciones de Navidad; además solía pretextar una gripe, un ataque de hígado, concederme vacaciones ilícitas. Había dejado el departamento de mi abuela y paraba en un hotelito de la calle Gay-Lussac. Nos escribíamos muy a menudo Sartre y yo, pero no por eso rebosábamos menos de cosas que decirnos. Ante todo hablábamos de mi trabajo, del suyo. En octubre *La leyenda de la verdad* había sido rechazada por Robert France que dirigía las ediciones de "Europe"; Sartre la metió en un cajón: pensándolo bien tampoco le gustaba mucho; había expresado en ella ideas vivas, pero petrificadas por un estilo falsamente clásico y estirado. Esperaba más del "material sobre la contingencia" donde se esbozaba *La náusea*.

En octubre, en una de sus cartas me había contado su primer encuentro con el árbol que iba a ocupar allí un lugar tan importante:

"Fui a ver un árbol. Para esto basta empujar la reja de un hermoso parque en la avenida Foch y elegir a su víctima y una silla. Luego contemplar. No lejos de mí la joven mujer de un oficial de marina le explicaba a tu vieja abuela los inconvenientes del oficio de marino; tu anciana abuela

agitaba la cabeza para decir: '¡Lo que es de nosotras!' Y yo miraba el árbol. Era muy lindo y no temí poner estos dos datos preciosos para mi biografía: en Burgos comprendí lo que era una catedral y en El Havre lo que era un árbol. Desgraciadamente no sé muy bien qué árbol era. Tú me lo dirás: sabes, esos juguetes que giran al viento cuando se les imprime un movimiento muy rápido de traslación; tenía por todos lados ramitas verdes juguetonas, con seis o siete hojas plantadas arriba, precisamente así (aquí, adjunto, un croquis; espero tu respuesta).[1] Al cabo de veinte minutos, habiendo agotado el arsenal de comparaciones destinadas a hacer de ese árbol, como diría Mme. Woolf, algo más de lo que es, me fui con la conciencia limpia..."

En cada uno de nuestros encuentros me mostraba lo que había escrito desde mi último viaje. En su primera versión el nuevo material se parecía todavía mucho a *La leyenda de la verdad;* era una larga y abstracta meditación sobre la contingencia. Insistí para que Sartre diera al descubrimiento de Roquantin una dimensión novelesca, para que introdujera en su relato un poco del "suspenso" que nos gustaba en las novelas policiales. Estuvo de acuerdo. Yo conocía exactamente sus intenciones y podía ponerme mejor que él en el pellejo de un lector para juzgar si había dado en el blanco, por eso siempre seguía mis consejos. Yo lo criticaba con una minuciosa severidad; le reproché entre otras cosas un abuso de adjetivos y de comparaciones. Sin embargo, yo estaba convencida de que esta vez estaba en el buen rumbo; escribía el libro que desde hacía tiempo trataba a tientas de escribir y lo lograría.

Cuando mis permanencias en París eran breves sólo veía a Sartre y a mi hermana; si tenía tiempo veía con placer a mis amigos. Nizan enseñaba en Bourg; suscitó en los diarios locales ataques violentos organizando un comité de desocupados a los que exhortó a afiliarse a la C.G.T.U.; el Consejo Municipal, indignado de haber sido tratado por él de

[1] Era un castaño.

"banda de analfabetos sociales", lo denunció al inspector de Academia, quien le dio a elegir entre su puesto de profesor y su papel de agitador político. Sin embargo, siguió organizando mitines y se presentó a las elecciones; Rirette lo siguió durante toda su campaña, los brazos cubiertos de largos guantes rojos: ¡sólo reunió ochenta votos! Pagniez era profesor en Reims; llevaba a Mme. Lemaire cajones de champaña y bebimos con ellos más de una botella; como Sartre, pasaba casi todo su tiempo en París. Camille marchaba a pasos decididos hacia la gloria: hasta creí que la alcanzaba.

Dullin montaba en aquella época una serie de espectáculos destinados a revelar jóvenes autores y había incluido en su programa una obra de Camille: *La sombra*. La intriga se situaba en la Edad Media, en Toulouse. Una mujer extremadamente hermosa, excepcional desde cualquier punto de vista, estaba casada con un farmacéutico a quien por supuesto no quería; nunca le había amado. Un día encontraba a un gran señor prestigioso, Gaston Phoebus, y ambos veían con estupor que tenían el mismo rostro, que sobre cualquier tema pensaban y sentían al unísono. La mujer se enamoraba apasionadamente de ese doble. Pero las circunstancias destruían ese amor extraordinario; para no desmerecer la heroína envenenaba a su amante y moría con él. Camille representaba el papel de la linda farmacéutica. Me llevó a un ensayo; Dullin se limitó a dirigir los detalles de la puesta en escena, pero Camille me pareció muy prestigiosa cuando evolucionaba sobre el escenario; el tema narcisista de su pieza me fastidiaba, pero, al fin de cuentas, Dullin la consideraba lo bastante buena como para presentarla al público; Camille encarnaba ella misma el personaje central: ¡triunfaba! La noche del estreno yo estaba en Marsella, Sartre en El Havre. Mme. Lemaire y Pagniez asistieron. El decorado, los trajes, eran muy hermosos. Los dos amantes llevaban trajes hechos con un mismo terciopelo azul eléctrico y sobre el pelo rubio boinas idénticas. Camille resplandecía y defendía su papel con una convicción que forzaba la sim-

patía; sin embargo, cuando se revolcó por el suelo aullando: "¡He querido morder con fuerza en la carne linfática de la vida!", el público largó la carcajada; al final, el telón cavó en medio de los silbidos. Mme. Dullin corría entre bastidores clamando: "¡El Atelier se ha deshonrado!" Solamente Antonin Artaud oprimió las manos de Camille hablando de obra maestra. Dos días más tarde Sartre fue a la calle Gabrielle; la campanilla de la puerta de entrada estaba cortada; nadie contestó. Volvió a casa de Camille tres días después y esta vez ella le abrió; el piso de su cuarto estaba cubierto de recortes de diarios: "¡Ya les enseñaré a esos imbéciles!", rugió Camille con voz iracunda. Durante dos días y dos noches se había arrastrado a los pies de Lucifer, golpeando los muebles a puñetazos y suplicándole que le diera un desquite.

Yo no tenía, lejos de mí, el culto del éxito y, según el relato de Sartre, admiraba el furor apasionado de Camille. Sin embargo, su fracaso no me pareció en ningún momento de muy buen augurio; condené su falta de sentido crítico. Cuando pensaba en ella me sentía dividida entre el asombro y la impaciencia.

Yo estaba tan ávida de ver mundo que durante las vacaciones de Pascuas arrastré a Sartre hasta Bretaña. Lloviznaba; el Mont Saint-Michel, abandonado por los turistas, se erguía solitario entre el gris del cielo y el gris del mar. En *El hada de las playas,* de Paul Féval, yo había leído con emoción el relato de una carrera desenfrenada entre la marea que subía y un caballo al galope; la hermosa palabra "playa" me había quedado en el corazón: la pálida extensión fluida que se desplegaba ante mis ojos me pareció tan misteriosa como su nombre. Me gustaba Saint-Malo, sus estrechas calles provincianas donde el rumor del mar había levantado antaño a los corsarios. Olas café con leche batían el Gran Bé, era hermoso; pero la tumba de Chateaubriand nos pareció tan ridículamente pomposa en su falsa simplicidad

que, para subrayar su desprecio, Sartre orinó encima. Morlaix nos gustó y sobre todo Locronan, su espléndida plaza de granito, el viejo hotel lleno de un revoltijo de muebles donde comimos panqueques y bebimos sidra. Sin embargo, en conjunto, la realidad decepcionó por una vez mis esperanzas; más adelante me gustó Bretaña, pero aquel año los transportes eran incómodos, lloviznaba. Para ver el páramo infligí a Sartre cuarenta kilómetros de marcha alrededor del monte de Saint-Michel-d'Arré, que escalamos: me pareció mezquino. [1] Llovía en Brest, donde recorrimos los bajos fondos, pese a las advertencias estiradas del hotelero; llovía en Camarets sobre los "montones de arvejas". Con mucho ardor y un poco de vértigo, dimos la vuelta de la punta del Raz y pasamos un día asoleado en Douarnenez entre el olor de las sardinas. Veo la broqueta de los pescadores, sus pantalones de un rosa desteñido; estaban sentados sobre el malecón encima de los muelles; barcas livianas, alegremente coloreadas, zarpaban hacia los mares lejanos donde se encuentra la langosta rosa. Para terminar, el mal tiempo nos echó de Quimper y volvimos a París dos días antes de la fecha prevista: era muy extraordinario que yo cambiara tan gravemente mis planes; la lluvia me había vencido. Fue durante ese viaje cuando un nombre extraño cayó por primera vez bajo nuestros ojos. Acabábamos de ver, sin provecho, los campanarios cribados de Saint-Pol-de-Léon y estábamos sentados en el campo del contorno. Sartre hojeaba un número de la *N.R.F.* Me leyó riendo una frase que hacía alusión a los tres novelistas más grandes del siglo: Proust, Joyce, Kafka. ¿Kafka? Ese nombre barroco me hizo sonreír a mí también: si ese Kafka hubiera sido verdaderamente un gran escritor, no lo habríamos ignorado...

Seguíamos efectivamente acechando todo lo que aparecía; en literatura fue un año pobre. El cine, en cambio, nos

[1] Veinte años después, lo recorrimos en coche, seguidos por la tempestad, bajo un cielo dramático, y quedamos asombrados de su vasta belleza indómita.

daba satisfacciones. Ya estábamos resignados al triunfo del parlante; sólo el doblaje nos indignaba; aprobamos a Michel Duran cuando pidió, por otra parte en vano, al público que boicoteara las películas dobladas. Pero prácticamente nos importaba poco, puesto que los grandes cines nos presentaban versiones originales. Nada nos impidió apreciar el nuevo género que acababa de nacer en América: el burlesco. Los últimos Buster Keaton, los últimos Harold Lloyd, los primeros Eddie Cantor, prolongaban con encanto la vieja tradición cómica; pero películas como *Si yo tuviera un millón*, como *Million dollar legs* que nos reveló a W. C. Fields, desafiaban la razón aun más radicalmente que las comedias de Max Sennet y con mucho más agresividad. El *nonsense* triunfaba con los hermanos Marx: ningún payaso había destrozado de manera tan sorprendente la verosimilitud y la lógica; en la *N.R.F.*, Antonin Artaud los puso por las nubes: su comicidad alcanzaba, según decía, la profundidad de los delirios oníricos. Me habían gustado las obras en que los surrealistas asesinaban la pintura y la literatura; me deleitaba viendo el asesinato del cine por los hermanos Marx. Pulverizaban con furia, no solamente la rutina social, el pensamiento organizado, el lenguaje, sino el sentido mismo de los objetos y por ahí los renovaban: cuando comían con apetito vajilla de porcelana, nos indicaban que el plato no se reduce a un utensilio. Ese tipo de contradicciones encantaba a Sartre, que, en las calles de El Havre, observaba con los ojos de Antoine Roquantin las inquietantes metamorfosis de un par de tiradores, de un asiento de tranvía. Destrucción y poesía: ¡hermoso programa! Despojado de sus arneses demasiado humanos, el mundo descubría su desorden enloquecedor.

Había menos virulencia y menos prolongación en las deformaciones y las fantasías de los dibujos animados, cuya moda crecía; después de Mickey Mouse, había aparecido sobre la pantalla la deliciosa Betty Boop, cuyos encantos parecieron tan perturbadores a los jueces de Nueva York

que la condenaron a muerte; Fleischer nos consoló contándonos las aventuras de Popeye el Marino. [1]

Todavía aquel año nos preocupamos poco de lo que ocurría en el mundo. Las noticias más sensacionales fueron el rapto del bebé Lindbergh, el suicidio de Kreuger, la detención de Mme. Hanau, la catástrofe del *Georges Philippart:* no nos interesaban. Sólo el proceso de Golguloff nos agitó por razones sobre las cuales volveré. Teníamos una simpatía cada vez más decidida por la posición de los comunistas; en las elecciones de mayo perdieron trescientos mil votos; Sartre no había votado: nada podía apartarnos de nuestro apoliticismo. La victoria fue al cartel de las izquierdas, es decir, al pacifismo: hasta los radicales socialistas luchaban por el desarme y por el acercamiento con Alemania. La derecha denunciaba con énfasis la amplitud que había cobrado el movimiento hitlerista: nos parecía evidente que exageraba la importancia, puesto que, a fin de cuentas, Hindenburg fue elegido contra Hitler como presidente del Reich, y von Papen elegido como canciller. El porvenir seguía sereno.

En junio, Sartre, liberado por la cercanía de los bachilleratos, vino a Marsella donde pasó unos diez días; me tocaba a mí hacerle aprovechar mi experiencia; al ver que le gustaban los lugares que me gustaban —los restaurantes del Viejo Puerto, los cafés de la Canebière, el castillo de If, Aix, Cássis, Martigues—, sentí tanta alegría como tuve al descubrirlos. Supe que había sido nombrada en Rouen, nos preparábamos a volver a España y me mandaron a Niza para tomar exámenes de bachillerato. Me sentía en la gloria.

En Niza encontré en la plaza Massena una amplia habitación con un gran balcón que sólo costaba diez francos por día: yo atribuía mucha importancia a esas suertes, pues mis viajes a París, mis excursiones, me ponían todos los meses

[1] También fue proyectado ese año en París *El Doctor Jekyll* de Rouben Mammoulian. M. de Fritz Lang, *Para nosotros la libertad, La Ópera de cuatro centavos.*

al borde del déficit. Mi propietaria era una cincuentona pintarrajeada, cubierta de rasos y de joyas, que pasaba las noches en el casino; pretendía vivir de rentas gracias a hábiles martingalas; también me parece que decía la buenaventura. Todas las mañanas a las seis, antes de acostarse, me despertaba. Yo me precipitaba hacia la estación de ómnibus y me iba a la costa o a la montaña y caminaba; los paisajes eran menos íntimos, pero más deslumbrantes que en los alrededores de Marsella; vi Mónaco, Menton, la Turbie; conocí en San Remo una anticipada sensación de Italia. Volvía de noche, a eso de las siete; me instalaba en un café; mientras comía un sándwich corregía una pila de copias y luego iba a echarme sobre mi cama.

Durante los exámenes orales no salí más de Niza, pero me divertí mucho. Las candidatas —y yo las imitaba— llegaban a la sala de exámenes con grandes sombreros de paja, sin mangas, los pies desnudos en sus sandalias; los muchachos también exhibían brazos bronceados, musculosos, como si acabaran de disputar una prueba deportiva; nadie parecía considerar que se trataba de un asunto serio. Evidentemente, yo intimidaba un poco; un periodista local al verme sentada frente a un hombrón de edad avanzada invirtió los papeles: en su crónica tomó al examinado por el examinador. De noche yo rondaba por los cafés, por los pequeños dancings de la orilla; dejaba con indiferencia que los desconocidos se sentaran a mi mesa y me hablaran; nada ni nadie podía importunarme mientras estaba poseída por la dulzura, las luces y el chapoteo de la noche.

En la víspera de la entrega de premios pasé a Marsella, firmé en el registro de presencias y me dispensaron de ir a la ceremonia. Mme. Tourmelin me suplicó que me detuviera uno o dos días, pero no la escuché. Sartre pasaba una semana con su familia, yo debía encontrarme con él en Narbona; envié mi valija y partí por las rutas con un bolsón en la mano, calzada con alpargatas. Había hecho sola largas excursiones, pero nunca un viaje entero: ¡qué placer ignorar por

la mañana dónde dormiría esa noche! Mi curiosidad no se calmaba, al contrario: ahora que conocía el portal de la iglesia de Arles, tenía que compararlo con el de Saint-Gilles; era sensible a detalles de arquitectura que antaño se me hubieran escapado; cuanto más se enriquecía el mundo, más se multiplicaban las tareas que me solicitaban. Me detuve en el borde del estanque de Thau, en Maguelonne, me paseé por Sète en el "cementerio marino"; vi Saint-Guilhem-le-Dèsert, Montpellier, Minerve, caos, gargantas, quebradas, desfiladeros; bajé a la "gruta des Demoiselles". Tomaba trenes, ómnibus, caminaba. A través de las tierras violetas del Herault, por los senderos y las rutas, recapitulaba alegremente mi año. No había leído mucho, mi novela no valía nada; pero había ejercido mi oficio sin tedio, me había enriquecido con una nueva pasión; salía victoriosa de la prueba a la cual había estado sometida: la ausencia, la soledad, no habían tocado mi dicha. Me parecía que podía contar conmigo misma.

Mme. Lemaire y Pagniez nos habían propuesto que visitáramos con ellos en auto el sur de España. Entretanto, dimos una vuelta por las Baleares, luego por el Marruecos español; en Tetuán descubrí con entusiasmo el hervidero de los zocos marroquíes, sus sombras, sus luces, sus colores violentos, su olor a cuero y a especias, el martilleo del cobre. Considerábamos el artesanado como una de las formas ejemplares de la actividad humana; por eso caímos sin reticencia en lo pintoresco. Quedé desconcertada por la larga inmovilidad de los vendedores, de pie junto a su escaparates. "¿En qué piensan?" —pregunté—. "En nada —me dijo Sartre—; cuando uno no tiene en qué pensar no piensa en nada." Habían instalado el vacío en ellos; en el mejor de los casos, soñaban: me molestaba un poco esa paciencia vegetal. Pero me gustaba mirar las manos rápidas cosiendo babuchas o anudando los hilos de una alfombra. En Xauen vi por primera vez abundancia de laureles rosas en el fondo de un torrente;

lavanderas con turbantes y vestidos abigarrados, rostros descubiertos, golpeaban la ropa con un batidor.

Fuimos a Sevilla. Cuando Mme. Lemaire y Pagniez llegaron, en medio de la noche, en el patio del hotel Simón, donde los habíamos precedido, caímos en los brazos unos de otros. Ella llevaba un vestido de tusor verde, un sombrerito que hacía juego, nunca me había parecido tan joven; Pagniez lucía su mejor sonrisa: se le sentía capaz de fabricar felicidad con todo lo que tocaba.

Además de sus encantos catalogados y que habrían bastado para seducirnos, Sevilla nos ofreció al día siguiente la diversión de un golpe de Estado. Hubo grandes rumores bajo nuestras ventanas, vimos pasar militares, autos. Mme. Lemaire hablaba español y la mucama la puso al corriente de los acontecimientos: el hombre sentado entre dos soldados en un gran coche negro era el alcalde de Sevilla; el general Sanjurjo lo había hecho detener; al amanecer sus tropas habían ocupado todos los puntos estratégicos. En la portería del hotel se hablaba de un vasto complot destinado a derrocar la República. Un bando pegado cerca de la entrada recomendaba calma a la población: los culpables de perturbar el orden habían sido puestos a buen recaudo, aseguraba Sanjurjo. Había muchos soldados en las calles; en las aceras, fusiles amontonados; pero todo estaba tranquilo; los monumentos, los museos, los cafés, acogían tranquilamente a los turistas. A la mañana siguiente nos dijeron que Sanjurjo se había escapado durante la noche: contaba con el apoyo de Madrid, que no lo había seguido. Una gran muchedumbre corría por las calles gritando, cantando, vociferando. La seguimos; en la calle de las Sierpes, bajo los toldos, se estaban quemando algunos círculos aristocráticos. Mientras los bomberos se acercaban sin mucha prisa la gente se puso a gritar: "¡No apaguen!" "No tengan miedo —dijeron los bomberos—; no tenemos prisa." Esperaron para accionar sus mangueras a que todo el mobiliario se hubiera consumido. Bruscamente, sin que hayamos comprendido por



Escaneado con CamScanner

qué, cundió el pánico; todo el mundo empezó a huir atropellándose. "Es estúpido", decidió Mme. Lemaire; se detuvo, se volvió y empezó a exhortar a la gente a tener sangre fría; Pagniez la tomó de un brazo y corrimos con los demás. Por la tarde subimos a la Giralda; desde la terraza asistimos a un desfile triunfal: el alcalde había sido sacado de la cárcel por sus amigos, que lo paseaban por la ciudad; cerca de nosotros explotó una cubierta; la gente creyó que era un disparo y de nuevo se precipitó enloquecida en todas las direcciones. Toda esa agitación nos encantó. Al día siguiente, todo había terminado, pero algo quedaba todavía en el aire. Entré con Mme. Lemaire a una oficina de correos; me miraron con cara rara; un hombre escupió en el suelo rezongando: "¡Aquí no queremos esto!" Me quedé estupefacta. Luego fuimos a Cook a pedir algunos informes; también allí oí murmullos. Un empleado señaló cortésmente mi pañuelo: un cuadrado de seda de fondo rojo sembrado de anclas amarillas que parecían flores de lis: "¿Lleva a propósito esos colores?", me preguntó. Al ver mi asombro se atrevió: eran los colores monárquicos; me apresuré a escamotear el pañuelo sedicioso. Por la tarde paseamos sin historia por los áridos barrios de Triana. A la noche fui con Sartre cerca de la Alameda, a una *boîte* popular, donde unas españolas gordas bailaban sobre toneles; los chicos vendían en la calle flores de nardo que las mujeres se plantaban en el pelo: la noche era aromática.

No imaginaba en mi candor que un viaje entre cuatro amigos que se entienden muy bien pudiera ser una empresa delicada. Estábamos de acuerdo sobre muchas cosas. Detestábamos juntos a los gruesos burgueses españoles y a los curas untuosos; en esa sociedad simple como una estampita toda nuestra simpatía iba a los flacos contra los gordos. Sin embargo, había entre Sartre y Pagniez grandes diferencias; Pagniez era ecléctico; Sartre era tajante. En Cádiz se negó a perder su tiempo viendo los Murillos que adornaban varias iglesias. Por cortesía Mme. Lemaire aceptó. Pagniez nos

hizo dar vertiginosamente la vuelta de las murallas y no despegó los labios. Bruscamente se detuvo ante el Museo declarando que Murillo le interesaba. Mme. Lemaire lo acompañó mientras yo me quedé con Sartre mirando el mar. Pagniez siguió malhumorado hasta la noche.

En Granada nos quedamos cuatro días en el hotel Alhambra: cada uno dispuso de su tiempo como le dio la gana, lo que evitó los conflictos. Pero las divergencias se acusaban. Mme. Lemaire y Pagniez sólo fueron a la ciudad para ver la catedral. Sartre y yo nos interesábamos en el presente tanto como en el pasado. Nos paseamos durante horas por la Alhambra; pero también pasamos un día ardiente y polvoriento por las calles y en las plazas donde viven los españoles de hoy. Ronda le pareció a Sartre una aldea muerta y sin verdadera belleza; las casas de una elegancia mediocre; los patios, los muebles, los adornos, lo aburrían. "Todo esto son casas de aristócratas sin ningún interés", declaró. "Evidentemente no son habitaciones de proletarios" dijo Pagniez malhumorado.

Las parcialidades extremistas de Sartre empezaban a fastidiarlo; las había tolerado alegremente mientras no había visto sino finteos verbales; pero si influían en los sentimientos de Sartre, en su pensamiento, en sus actitudes, cavaban una fosa entre los compañeritos. Para Pagniez era fácil tomarlas en broma, pues prácticamente Sartre las desmentía; viajaba como un pequeño burgués acomodado y no se quejaba de ello: ¿qué verdad tenía esa mirada con que imitaba a una clase que no era la suya? Pagniez era coherente, se adhería integralmente al liberalismo burgués; Sartre no había encontrado la manera de encarnar la simpatía que lo inclinaba hacia el proletariado; su posición era la más débil. Sin embargo, a Pagniez no le gustaba que sus certidumbres burguesas y protestantes fueran refutadas por el izquierdismo de Sartre. Por su parte, Pagniez presentaba la imagen del humanista culto que Sartre no quería ser y del que no lograba distinguirse. Cada cual se descubría en el otro bajo



Escaneado con CamScanner

una faz que lo inquietaba. Esa disensión, todavía benigna, pero cuya importancia presentían, fue sin duda la razón profunda de sus disputas.

En realidad lo que los envenenaba es que Pagniez apreciaba a medias nuestra compañía; nunca había hecho con Mme. Lemaire un viaje tan largo y sin duda habría preferido estar solo con ella. Él conducía: dado el calor y el estado de las rutas, de noche estaba cansado; todavía tenía que ocuparse del auto, ir al garaje; más tarde nos reprochó que no hubiésemos cooperado en esas tareas, y pienso que en efecto buscamos en nuestra incapacidad un cómodo pretexto. Se hundió deliberadamente en la tristeza. Sartre por su lado lo abandonaba a sus iras. "Parece usted un ingeniero", le decía yo cuando su rostro se cerraba. Bajo la violencia del insulto solía sonreír, pero no siempre. En Córdoba, con 42 grados de calor, los dos compañeritos estuvieron a un paso de la ruptura.

Sin embargo, tuvimos momentos muy dichosos. Sentíamos el mismo entusiasmo por las aldeas blancas de Andalucía, los gomeros desnudos hasta la cintura, las costas abruptas, la bajada del crepúsculo sobre las sierras. Pese al esplendor que nos descubría, más allá del mar, la costa africana, sentimos juntos la desolación de Tarifa; almorzamos pescado que flotaba en un aceite atroz y un chico de unos doce años se dirigió a nosotros: "¡Qué suerte tienen! —nos dijo en un tono que nos partió el alma—. Viajan; ¡yo nunca me moveré de aquí!" Pensábamos que, en efecto, envejecería en ese rincón perdido de la tierra, sin que nunca le ocurriera nada. Cuatro años más tarde, sin duda, le ocurrieron cosas, ¿pero cuáles?

A la vuelta, mientras nuestros amigos volvían a París, nos detuvimos en Toulouse. Durante dos días Camille nos mostró la ciudad que Sartre conocía mal y donde yo no había estado nunca; ella sabía un montón de historias sobre cada piedra, sobre cada ladrillo, y las contaba muy bien. Era capaz, si se daba el caso, de olvidar sus mitos y sus personajes

para interesarse en el mundo tal cual es: ese realismo le sentaba; en un restaurante al aire libre donde nos llevó a comer, al borde del Garona, nos divirtió mucho hablándonos de la burguesía tolosana, de las casas de citas, de su clientela, del "aficionado iluminado" y de su familia. Al escucharla uno se preguntaba cómo había podido perder su tiempo escribiendo *La sombra*. Sin duda, tendría más suerte con la novela que acababa de comenzar y que se llamaba *La hiedra*. Se inspiraba en sus experiencias de juventud; se pintaba a sí misma y también a Zina. La escribía todas las noches entre las doce y las seis de la mañana, según nos dijo. "¡Sí, se debería trabajar así, seis horas por día, todos los días!" dijo Sartre que lamentaba aquel año haber avanzado demasiado poco en su manuscrito. Camille ya no me inspiraba ni celos ni envidia: solamente emulación. Me prometí imitar su fervor.

## III

Algunos días antes de volver a nuestros puestos tuvimos Sartre y yo una conversación muy significativa con un amigo del cual todavía no he hablado. Se llamaba Marco; Sartre lo había conocido en la Ciudad Universitaria donde preparaba su licencia de letras; era nativo de Bône y de una belleza bastante extraordinaria: moreno, tez color ámbar, ojos ardientes, su rostro evocaba a la vez las estatuas griegas y los cuadros del Greco. Lo más excepcional que había en él era su voz, que cultivaba con una asiduidad fanática; tomaba lecciones con los mejores profesores y no dudaba de que un día igualaría a Chaliapin. Desde lo alto de su gloria futura desdeñaba la mediocridad de su condición y a todos los que se resignaban: Sartre, Pagniez, yo. A sus ojos éramos típicamente *frankaouis* y a veces le bastaba mirarnos para echarse a reír. Afectaba, sin embargo, tratar a sus amigos con los mayores miramientos; multiplicaba las atenciones, las gentilezas, las alabanzas; nosotros no caíamos en la trampa, pero encontrábamos que llevaba el juego con mucha gracia. Su gusto por la intriga, sus indiscreciones, sus maledicencias, nos divertían. Demostraba una intransigente pureza de costumbres. Había tenido un lío con una joven estudiante de la Escuela de Sèvres, pero en seguida había instituido entre ella y él relaciones fraternales. Según él, el comercio sexual oscurecía la inteligencia y la sensibilidad: afirmaba que advertía con una mirada si uno de sus compañeros acababa de faltar a la castidad. En la Ciudad Universitaria, había arrastrado tras él una cohorte

de admiradores. Uno de ellos había entrado una noche en su cuarto por una ventana y Marco le había roto una lámpara en la cabeza; esa historia, que lo había agitado mucho, les había parecido sospechosa a Sartre y a Pagniez. No ocultaba su desdeñosa indiferencia por las mujeres; cuando hablaba con entusiasmo de un Encuentro con un "ser maravilloso", se trataba siempre de un lindo muchacho: pero afirmaba no mantener con esos elegidos sino altas pasiones platónicas y todo el mundo fingía cortésmente creerle.

Aquella tarde nos habíamos sentado en la terraza de "La Closerie des Lilas". La mirada de Marco barrió a consumidores y transeúntes y se detuvo sobre nosotros con ira: "¡Todos esos burguesitos lamentables! ¿Cómo pueden ustedes contentarse con esta existencia?" Era un día divino, el otoño olía bien, estábamos en efecto muy contentos. "Un día, dijo, tendré un automóvil inmenso, blanco; a propósito afeitaré la acera y salpicaré a todo el mundo." Sartre trató de explicarle la vaciedad de ese tipo de placeres y Marco lanzó una de sus carcajadas. "Discúlpame... pero cuando pienso en la violencia de mis deseos y oigo tus razonamientos... ¡no puedo dejar de reír!" Él también nos hacía reír. Sartre repetía que no quería tener la vida de Tennyson; contábamos con que nos ocurrirían cosas: pero no el tipo de cosas que se compran con dinero y ruido. El desdén que nos inspiraban los grandes de este mundo y sus pompas no se había debilitado. Deseábamos ser un poco más ricos de lo que éramos y obtener lo antes posible nuestro nombramiento en París. Pero nuestras verdaderas ambiciones eran de otra índole; no contábamos con la fortuna, sino con nosotros mismos para llevarlas a cabo.

Partimos por lo tanto sin mal humor hacia la provincia. A Sartre le gustaba bastante El Havre. Yo no podía soñar un puesto mejor que Rouen, a una hora de El Havre, a hora y media de París. Lo primero que hice fue tomar un abono de ferrocarril. Durante los cuatro años que allí enseñé, el centro de la ciudad para mí fue siempre la estación. El

liceo estaba muy cerca. Cuando fui a ver a la directora me recibió con solicitud y me dio la dirección de una señora de edad, donde me aconsejó que tomara pensión. Llamé a la puerta de una linda casa particular y una anciana me mostró un cuarto delicadamente amueblado cuyas ventanas daban al silencio de un gran jardín. Me escapé y me instalé en el hotel La Rochefoucauld, de donde oía el silbido tranquilizador de los trenes. Compraba los diarios en el vestíbulo de la estación; en la plaza cercana había un café rojo, "La Metropole", donde yo tomaba mi desayuno. Tenía la impresión de que vivía en París en un barrio lejano.

Sin embargo, estaba confinada en Rouen durante numerosos días, y a menudo Sartre y yo pasábamos allí el jueves. Por lo tanto, me apresuré a hacer el inventario de los recursos del lugar. Nizan me había hablado fervorosamente de una de mis colegas, a la que había visto un par de veces: morena, joven y comunista, me dijo. Se llamaba Colette Audry. Me acerqué a ella. Tenía un rostro agradable, ojos vivos, pelo muy corto; llevaba con una desenvoltura de muchacho un chambergo y una chaqueta de gamuza. Vivía cerca de la estación ella también en un cuarto que había amueblado con gracia: una estera en el piso, cáñamo en las paredes, un escritorio cubierto de papeles, un diván, libros, entre los cuales las obras de Marx y de Rosa Luxemburgo. Nuestras primeras conversaciones fueron un poco vacilantes, pero nos entendimos. Le hice conocer a Sartre y simpatizaron. Ella no era comunista; pertenecía a una fracción de oposición trotskista; conocía a Aimé Patri, a Simone Weil, a Souvarine; me presentó a Michel Collinet, que enseñaba matemáticas en un liceo de varones y que la había introducido en ese grupo. Era cortante, yo también; me alabó a Watson y al behaviorismo y yo le contradije con agresividad. Frecuentaba de tanto en tanto a Jacques Prévert y una vez vio a Gide; pero cultivaba la elipsis tanto como la elipse y no contó nada sino que Gide era muy hábil en el yo-yo; era el juego de moda y hasta hacía furor.



Escaneado con CamScanner

La gente paseaba por las calles con un yo-yo en la mano. Sartre se ejercitaba en el juego con un empeño sombrío.

Mis otras colegas eran mucho más hoscas que en Marsella y no me acerqué a ellas; en cuanto a los placeres de los paseos yo había renunciado a ellos por anticipado: civilizada, lluviosa e insulsa, Normandía no me inspiraba. Pero la ciudad tenía sus encantos: viejos barrios, viejos mercados, muelles melancólicos. Fui adquiriendo costumbres. Una costumbre es casi una compañía en la medida en que una compañía no es sino una costumbre. Trabajaba, corregía los deberes, almorzaba en la cervecería Paul, calle del Grand-Pont. Era un largo corredor de paredes recubiertas de espejos rajados; las banquetas de sarga escupían su crin: en el fondo la sala se ampliaba, los hombres jugaban al billar y al bridge. Los camareros estaban vestidos a la antigua, de negro, con delantales blancos, y eran todos muy viejos; había pocos clientes porque se comía mal. El silencio, la desidia del servicio, la antigua luz amarilla, me gustaban. Contra la desolación de la provincia es bueno prepararse lo que llamábamos, con una palabra sacada del vocabulario tauromáquico, una *querencia*: un lugar donde uno se sienta al abrigo de todo. Esa vieja cervecería desdorada representaba ese papel. Me resultaba preferible a mi cuarto, un perfecto cuarto de viajante de comercio, limpio y desnudo, con el cual me conformaba, sin embargo. Me instalaba allí al salir del liceo, entre las cuatro y las cinco de la tarde, y escribía. Para comer me hacía en un calentador de *meta* un plato de arroz con leche o una taza de chocolate; leía un poco y me dormía. Evidentemente Marco hubiera encontrado esa existencia muy estrecha; pero yo me decía que se hubiera equivocado. Una mañana, miraba desde mi ventana la iglesia de enfrente, los fieles que salían de misa, los mendigos de la parroquia y tuve una iluminación: "¡No hay situación privilegiada!" Todas las situaciones eran iguales, puesto que todas tenían la misma cantidad de verdad. Era una idea especiosa; felizmente nunca cometí el error de

usarla para justificar la suerte de los desheredados. Cuando la formulé sólo pensé en mí: me parecía con evidencia que yo no estaba privada de ninguna posibilidad. Sobre ese punto me parece que tenía razón. No ser nadie, deslizarse invisible a través del mundo, pasear fuera y en sí mismo sin consigna, gozar de tantos ocios, de tanta soledad, que uno concede su atención a todo, interesarse en los menores matices del cielo y de su propio corazón, rozar el aburrimiento, vencerlo: no imagino condición más favorable cuando se posee la intrepidez de la juventud.

Evidentemente lo que me ayudaba a soportar ese retiro era que Sartre venía a menudo; si no yo iba a El Havre; y pasábamos juntos mucho tiempo en París. Gracias a Camille conocimos a Dullin, que nos encantó; sabía contar y era un placer oírlo evocar su iniciación en Lyon, en París, los días gloriosos del "Lapin Agile" en el tiempo en que él recitaba a Villon, las terribles riñas que allí estallaban; una mañana, mientras barría vasos y botellas rotos, la criada hizo rodar sobre el piso un ojo humano. Sin embargo, cuando le hacíamos preguntas sobre su concepción del teatro, las eludía; su rostro se volvía huidizo, alzaba los ojos al cielo con un aire incómodo. Comprendí por qué cuando lo vi trabajar. Tenía algunos principios, condenaba el realismo; se negaba a atraer al público con iluminaciones azucaradas, con los fáciles artificios que reprochaba a Baty. Pero cuando se ocupaba de una pieza no partía de ninguna teoría a priori; trataba de armonizar su montaje con el arte singular de cada autor; no trataba a Shakespeare como a Pirandello. Por lo tanto, no había que interrogarlo en el vacío, sino mirarlo trabajar. Nos permitió asistir a varios ensayos de Ricardo III y nos asombró. Cuando decía un texto daba la impresión de crearlo de nuevo. La dificultad era transmitir a los actores el acento, el ritmo, la entonación que él había inventado; no explicaba; sugería, hechizaba. Poco a poco, el actor cuyos defectos y recursos utilizaba con habilidad se convertía en su personaje. Esa metamorfosis no

siempre se cumplía sin dificultad. Como Dullin manejaba también los emplazamientos, los juegos escénicos, las iluminaciones, y estudiaba su propio papel, le ocurría ponerse fuera de sí. Entonces estallaba. Sobre una réplica de Shakespeare y sin cambiar de registro encadenaba una imprecación desesperada o furiosa: "¡Oh, esto anda muy mal! ¡Nadie me secunda! ¡No vale la pena seguir!" Lanzaba palabrotas y gemía en forma que partía el alma; renunciaba a continuar el ensayo, a montar Ricardo III, al teatro en general. Los presentes se petrificaban en una consternación respetuosa, aunque nadie tomaba en serio sus célebres iras y él mismo no creía en ellas. Bruscamente volvía a ser Ricardo III. Tenía una seducción enorme y su rostro —las aletas de la nariz palpitantes, la boca sinuosa, los ojos picarescos— imitaba maravillosamente la crueldad. Sokoloff, a causa de su físico y de su acento, componía un Buckingham perfectamente insólito, pero le prestaba tanta vida, tanta fuerza, que uno se dejaba agarrar. En el curso de esas sesiones conocí a la preciosa María Elena Dasté, que había heredado de su padre Jacques Copeau una gran frente lisa e inmensos ojos claros; representaba el papel de Lady Ann que no era nada para ella. Dullin había inventado un ingenioso dispositivo: una gruesa red cortaba el escenario en dos; según las iluminaciones las escenas podían ser situadas delante, cerca del público, o dar una impresión de distancia trabajando detrás de la red.

Me parecía interesante y halagador verme iniciada en los secretos de la fabricación de un espectáculo; Colette Audry me dio un gran placer cuando nos llevó a ver filmar una película en la que su hermana Jacqueline trabajaba como *script-girl;* se trataba de Etienne, sacada de una pieza de Jacques Deval. El estudio estaba lleno de gente y recalentado, Jacqueline me pareció muy bonita y muy elegante; sin embargo, había mujeres mejor vestidas que ella, entre otras una actriz un poco insulsa, pero cuyo traje sastre de terciopelo gris me deslumbró. Las comparsas se arrastraban

en los rincones. Jacques Baumer filmaba el principio de una escena; convocado por su director, tenía que decir: "¡A sus órdenes, señor director!", haciendo restallar la lengua de cierta manera. El operador no estaba contento de las operaciones ni del encuadre: Baumer repitió trece veces su réplica sin modificar nunca su entonación ni su mímica. Durante mucho tiempo conservamos un recuerdo temeroso.

Estábamos, sin embargo, un poco melancólicos cuando subíamos a las ocho, en la estación Saint Lazare, en el tren que nos llevaba de vuelta a Rouen, a El Havre. Viajábamos en segunda clase, los rápidos no tenían tercera. Siempre hacía demasiado calor en los compartimientos azules, adornados con fotografías que exponían las atracciones de Normandía o de Bretaña, la abadía de Jumièges, la iglesia de Caudebec, el estanque de Criqueboeuf, que sólo conseguí ver veinte años más tarde. Nos sumergíamos en las novelas de Van Dine, en los relatos sangrientos de Whitefeld, de Dashiel Hammet, en quien los críticos saludaban al precursor de una "nueva novela". Cuando salía de la estación, ya la ciudad dormía; comía una medialuna en "La Metropole", que se disponía a cerrar, y entraba en mi cuarto.

En París, en El Havre, en Rouen, el tema principal de nuestras conversaciones era las personas que conocíamos; nos preocupan tanto que al no contar sus vidas empalidezco la imagen que trazo de la nuestra: razones evidentes rigen ese silencio. Pero el hecho es que el hormigueo siempre un poco imprevisible, a menudo sorprendente, de esas existencias extrañas poblaba nuestros días y los salvaba de la monotonía. Sin cesar se planteaban interrogantes. Gégé acababa de casarse con uno de sus ex profesores de dibujo; se las arreglaba mal con su familia política conformista y piadosa; entre ella y su marido estallaban escenas casi diariamente; sentía un gran rencor por él, pero la atraía: ¿cómo sentía esa ambivalencia? Seguía siempre muy unida a su hermana, pero cada una maduraba a su manera: su



Escaneado con CamScanner

amistad también tenía sus complejidades. Jacqueline Lemaire iba a comprometerse: ¿por qué con aquel muchacho y no con otro de sus admiradores? ¿Cuáles eran las verdaderas razones de la discusión que había estallado la víspera entre el Tapir y Mme. de Listomère? Cuando conocíamos caras nuevas, las dábamos vuelta en todos los sentidos y retocábamos, completábamos, incansablemente, el retrato que intentábamos fijar. Todos nuestros colegas pasaron por aquello. Nos interesábamos particularmente en Colette Audry; nos interrogábamos sobre sus relaciones con la política, con el amor, con su hermana, consigo misma. Sartre me hablaba también de uno de sus alumnos muy inteligente y cuyo cinismo deliberado le divertía; al principio se había encaminado hacia la Escuela colonial, pero Sartre lo había dirigido hacia la filosofía. Se llamaba Lionel de Roulet. Hijo de padres divorciados, vivía en El Havre con una madre que creía en la astrología y en la alquimia: explicaba el carácter de su hijo y predecía su destino según sus afinidades con tal y tal metaloide. El muchacho había contado detalladamente a Sartre su infancia difícil. Sartre lo llamaba "mi discípulo" y tenía mucha simpatía por él.

Yo concedía tanta importancia como Sartre a los individuos uno por uno; no era menos entusiasta que él en pelarlos, recomponerlos, reconstruir sus imágenes; sin embargo sabía verlos muy mal: mi historia con Mme. Tourmelin ha probado mi ceguera. Me gustaba más juzgarlos que comprenderlos; ese moralismo se remontaba muy lejos. De niña, las superioridades de que se jactaba mi familia me habían alentado a la arrogancia; más adelante la soledad me había obligado a un orgullo agresivo. Las circunstancias favorecían aun más mi inclinación a la severidad. Como todos los grupos de jóvenes, el clan de los compañeritos manejaba soberbiamente el bien y el mal; en cuanto entré, condené yo también a todos los que desobedecían sus leyes; me mostré más sectaria que Sartre y que Pagniez; aun cuando ejecutaban a la gente con ferocidad trataban de

explicársela. Se reían amistosamente entre ellos de mi falta de psicología. ¿Por qué no intentaba remediarla? Yo guardaba también de mi juventud el gusto del silencio y del misterio; el surrealismo me había marcado porque yo había encontrado en él algo de sobrenatural: frente a los demás me dejaba encantar, divertir, intrigar, por el espejismo de las apariencias sin preguntarme lo que cubrían. Pero hubiera podido liberarme de ese estetismo; si me empeciné fue por razones profundas: la existencia ajena seguía siendo para mí un peligro que no me decidía a afrontar con franqueza. Había luchado duramente a los dieciocho años contra la hechicería que pretendía convertirme en monstruo: permanecía a la defensiva. Con Sartre me las había arreglado declarando: "Hacemos uno solo." Me instalé con él en el centro del mundo; alrededor de nosotros, gravitaban personajes odiosos, ridículos o agradables que no tenían ojos para verme: yo era la única mirada. Por eso me burlaba impertinentemente de la opinión: a menudo mi carencia de respeto humano molestó a Sartre, que en ese entonces tenía de eso una buena dosis. Un día nos peleamos porque quise tomar una copa en el Frascati, el gran *palace* de El Havre, que daba sobre el mar y tenía una vista soberbia; pero yo tenía un gran agujero en la media y él se negó con energía. Otra vez estábamos en París, no teníamos ni un centavo en el bolsillo y nadie a mano para pedir prestado; sugerí que se dirigiera al gerente del hotel de Blois, donde parábamos cada semana; él protestó: ese hombre le repelía. Discutimos más de una hora yendo y viniendo por el bulevar Montparnasse. "Puesto que te repele —dije— ¿qué te importa lo que pase por su cabeza?" Sartre contestó que le afectaba mucho lo que la gente pensara de él.

Es imposible vivir un error de una manera radical. La menor conversación suponía entre mi interlocutor y yo una reciprocidad. A causa del crédito que les concedía Sartre, gracias también a autoridad personal, las críticas o las ironías de Mme. Lemaire y de Pagniez me importaban. También

solía turbarme la seguridad de Camille. Colette Audry me hablaba a veces de Simone Weil y, aunque era sin gran simpatía, la existencia de esa extraña se imponía. Era profesora en el Puy; contaban que vivía en una posada de camioneros y que el primer día del mes ponía sobre la mesa su sueldo: cualquiera podía usarlo. Había trabajado en la vía férrea con los obreros del riel para poder ponerse a la cabeza de una delegación de desocupados y presentar sus reivindicaciones: había atraído sobre ella la hostilidad del alcalde y de los padres de alumnos. había estado a punto de ser expulsada de la Universidad. Su inteligencia, su ascetismo, su extremismo, su valor, me inspiraban admiración y sabía que, si ella me hubiera conocido, no habría sentido lo mismo por mí. No podía anexarla a mi universo y me sentía vagamente amenazada. Vivíamos a tal distancia la una de la otra que de todos modos no me atormentaba demasiado. Trataba de no abandonar mi prudencia; evitaba encarar que el otro pudiera ser como yo un sujeto, una conciencia; me negaba a ponerme en su pellejo: por eso solía practicar la ironía. En más de una oportunidad ese aturdimiento buscado me hizo cometer durezas, malevolencias, errores.

Eso no me impedía divagar largamente con Sartre sobre unos y otros; al contrario: soportaban con docilidad nuestro examen; mi soberanía se afirmaba. Yo observaba mal pero, en las discusiones en las que nos esforzábamos por comprender a la gente, mantenía mi posición. Teníamos una gran necesidad de unir nuestros esfuerzos, pues no poseíamos ningún método de explicación. Despreciábamos la clásica psicología francesa, no creíamos en el behaviorismo, concedíamos al psicoanálisis un crédito muy limitado; sobre eso tuvimos más de una discusión con Colette Audry. Los comunistas condenaban el psicoanálisis; Politzer, en *Commune*, lo definió como un energetismo y, por lo tanto, como un idealismo inconciliable con el marxismo. Por el contrario, los trotskistas y otros opositores se precipitaban en él. Colette y sus amigos interpretaban sus sentimientos, sus conductas, sus

actos fallidos, según los esquemas freudianos o los adlerianos.

El libro de Adler sobre *El temperamento nervioso* nos satisfacía más que los libros de Freud, porque concedía menos lugar a la sexualidad. Pero tampoco admitíamos que la noción de "complejo de inferioridad" pudiera ser utilizada a propósito de cualquiera. Reprochábamos a los psicoanalistas que en vez de comprender al hombre lo descompusieran. La aplicación casi automática de sus "llaves" les servía para racionalizar falazmente experiencias que hubiera habido que aprehender en su singularidad. En verdad esos reproches sólo eran fundados en parte. Pero no hacíamos diferencia entre los investigadores serios —el mismo Freud, algunos de sus discípulos y de sus adversarios— y los aficionados, que aplicaban las teorías con un sectarismo rudimentario. Éstos merecían nuestro desdén. Lo que más nos escandalizaba es que algunos compañeros de Colette consultaban psicoanalistas para dirigir sus vidas. Uno de ellos vacilaba entre dos mujeres; fue a preguntarle al doctor D., conocido por haber tratado a un buen número de surrealistas, cuál debía elegir. "Hay que dejar que los sentimientos se desprendan de uno como hojas secas", respondió el doctor. Cuando Colette nos contó esta historia nos indignamos: negábamos que la vida fuera una enfermedad y que, cuando una opción se imponía, en vez de decidir uno mismo, fuera a pedir una receta al médico.

Pero en ese terreno, como en muchos otros, si bien sabíamos de qué errores nos convenía cuidarnos, ignorábamos con qué verdad podíamos reemplazarlos. En la noción de "comprensión" sacada de Jasper no encontrábamos sino una directiva bastante vaga; para aprehender sintéticamente a los individuos en su singularidad hacen falta esquemas que no poseíamos. Nuestro esfuerzo durante aquellos años tendió a deducirlos e inventarlos; fue nuestro trabajo cotidiano y creo que nos enriqueció más que ninguna lectura y que ningún aporte venido del exterior. Sartre forjó la noción de mala fe, que daba cuenta, según él, de todos los fenómenos que

otros atribuyen al inconsciente. Nos dedicábamos a desembozcarla bajo todos sus aspectos: trampas del lenguaje, mentiras de la memoria, huidas, compensaciones, sublimaciones. Nos alegrábamos cada vez que descubríamos una nueva reja, una nueva forma. Una de mis jóvenes colegas afirmaba con petulancia en la sala de profesores opiniones irrefutables y humores extremos; pero cuando traté de hablar con ella me hundí en un tembladeral; ese contraste me desorientó; un día me iluminé: "¡He comprendido —dije a Sartre—. Ginette Lumière es una apariencia!" En adelante aplicamos esa expresión a todas las personas que copian convicciones y sentimientos cuya respuesta no está en ellos: habíamos descubierto bajo un nombre diferente la idea de representar un papel. Sartre se interesaba particularmente en esa parte de vacío que corroe las conductas humanas y hasta la aparente plenitud de lo que se llama las sensaciones. Tuvo una violenta crisis de cólicos nefríticos y confundió mucho al médico afirmando que verdaderamente no sufría: el sufrimiento mismo le parecía como poroso y casi inasible, aunque lo clavara en la cama. Otra cuestión que nos preocupaba era la relación de la conciencia con el organismo; sobre nosotros mismos, sobre los demás, tratábamos de desenredar lo que depende de una fatalidad física de lo que depende de un libre consentimiento. Yo reprochaba a Sartre que considerara su cuerpo como un haz de músculos estriados y lo hubiera amputado de su sistema simpático; si uno cedía al llanto, a las crisis nerviosas, al mareo, era, según él, porque uno se complacía en eso. Yo pretendía que el estómago, las glándulas lacrimógenas y la cabeza misma obedecían a veces a fuerzas irreprimibles.

Fabricando en el curso de esa exploración nuestros propios instrumentos y nuestras perspectivas deplorábamos la estrechez del campo en que estábamos confinados. No teníamos sino un pequeño número de amigos, casi ninguna relación. Fue en parte para subsanar esa indigencia por lo que nos interesamos ardientemente en las noticias periodís-

ticas. Yo solía comprar *Detective*, que entonces atacaba a la policía y a la gente convencional. Los casos extremos nos atraían lo mismo que las neurosis y las psicosis: encontrábamos en todo esto, exageradas, depuradas, dotadas de un relieve impresionante, las actitudes y las pasiones de la gente llamada normal. Esos casos nos impresionaban también de otra manera. Toda perturbación satisfacía nuestro anarquismo; la monstruosidad nos seducía. Una de nuestros contradicciones era que negábamos el inconsciente; sin embargo, Gide, los surrealistas y, pese a nuestras contradicciones, el mismo Freud nos habían convencido de que existe en todo ser un "irrompible carozo de oscuridad" [1]: algo que ni las rutinas sociales ni los lugares comunes del lenguaje consiguen traspasar, pero que estalla a veces escandalosamente. En esas explosiones siempre se revela una verdad y encontrábamos impresionantes las que descubren una libertad. Concedíamos un precio particular a todas las turbulencias que desnudaban las taras y las hipocresías burguesas, abatiendo fachadas detrás de las cuales se disfrazan los hogares y los corazones. Tanto como los crímenes, los procesos retenían nuestra atención; el más opaco de ellos pone en relieve la relación del individuo con la colectividad. Y la mayor parte de los veredictos alimentaban nuestra indignación, pues la sociedad dejaba estallar impúdicamente sus inclinaciones de clase y su oscurantismo.

Evidentemente, sólo nos interesaban las cuestiones en las que encontrábamos un alcance psicológico y social. El proceso Falcou suscitó en Rouen, ante el palacio de justicia, una manifestación de quince mil personas; Falcou era acusado de haber quemado viva a su querida, pero gozaba en la ciudad de gran popularidad: absuelto, fue llevado en andas. Ese tumulto me dejó indiferente. En cambio, me interrogué mucho con Sartre en una historia que hizo poco ruido: un joven ingeniero químico y su mujer, casados desde hacía tres años y muy felices, llevaron una noche a su casa

[1] André Breton.

a una pareja desconocida que habían encontrado en un cabaret; ¿a qué orgías se entregaron? Por la mañana, el joven matrimonio se mató. Mido en ese recuerdo hasta qué punto nuestro pensamiento carecía todavía de audacia. Nos asombramos que un extravío pasajero haya podido prevalecer contra tres años de amor y de felicidad; teníamos razón: supimos después por psicoanalistas que nunca un traumatismo desencadena serias perturbaciones sin que un conjunto de circunstancias haya predispuesto al individuo. Pero no hubiéramos tenido que detenernos en la perplejidad; había que recusar los clisés de los diarios y partir del doble suicidio de la pareja para tratar de imaginar sus verdaderas relaciones: la orgía que lo había precedido no era, sin duda, un simple accidente. Ni se nos ocurrió refutar las apariencias.

Sin embargo, en cuanto el orden social se hallaba en causa, estábamos dispuestos a husmear las falsedades. En sus grandes líneas, la tragedia de las hermanas Papin nos resultó en seguida inteligible. En Rouen como en Mans, y seguramente entre las madres de mis alumnas, había de esas mujeres que retienen sobre el sueldo de su mucama el precio de un plato roto, que se ponen guantes blancos para descubrir sobre los muebles los granos de polvo olvidados: para nosotros merecían cien veces la muerte. Con su pelo ondulado y sus cuellos blancos, ¡qué juiciosas parecían Christine y Lea en la vieja foto que publicaron ciertos diarios! ¿Cómo se habían convertido en esas furias feroces expuestas a la vindicta pública por los clisés tomados después del drama? Había que hacer responsable al orfanato de su infancia, a su servidumbre, a todo ese atroz sistema para fabricar locos, asesinos, monstruos, que han organizado las personas de bien. El horror de esa máquina de triturar no podía ser equitativamente denunciado sino por un horror ejemplar: las dos hermanas se habían convertido en los instrumentos y en las mártires de una sombría justicia. Los diarios nos informaron que se amaban y soñamos con sus noches de caricias y de odio en el desierto de su altillo. Sin embargo cuando leímos los



Escaneado con CamScanner

informes de la instrucción, quedamos desorientados; indudablemente la mayor sufría una paranoia aguda y la menor imitaba su delirio. Por lo tanto nos habíamos equivocado al ver en sus excesos el salvaje desencadenamiento de una libertad; habían golpeado más o menos a ciegas a través de terrores confusos; nos resistimos a creerlo y seguimos admirándolas sordamente. Esto no nos impidió indignarnos cuando los psiquiatras de servicio las declararon mentalmente sanas. En setiembre de 1933 vimos en *Detective* los rostros de los gruesos chacareros, de los comerciantes patentados, seguros de su moral y de su salud, que tuvieron que decidir el destino de las "ovejas rabiosas"; condenaron a muerte a la mayor; dos días después del veredicto hubo que ponerle la camisa de fuerza y fue internada a perpetuidad en un manicomio. Cedimos a la evidencia. Si bien la enfermedad de Christine empañaba un poco su crimen, la indignidad de los jurados quedaba multiplicada. Un veredicto análogo había arrojado a la guillotina a Gorguloff, que también, como todo el mundo lo sabía, estaba loco de atar; sin duda le hubieran perdonado si hubiera matado a un simple mortal. Nos complacíamos en comprobar que nuestra sociedad no era más lúcida que las que llamamos "primitivas"; si hubiera puesto entre el crimen y el criminal una relación de causalidad habría sacado como conclusión la irresponsabilidad de Gorguloff y de las hermanas Papin; en realidad establecía un lazo de "participación" entre el crimen y su objeto: por un presidente de la República asesinado, por dos burguesas descuartizadas, hacía falta a prori y en todo caso una expiación sangrienta; el asesino no era juzgado: servía de chivo emisario. Sartre revisaba cuidadosamente todos los pensamientos prelógicos que abundan en nuestro mundo civilizado. Si repudiaba el racionalismo de los ingenieros, era en nombre de una forma más justa de inteligibilidad; pero, superponiendo a la lógica y a las matemáticas las supervivencias de una mentalidad mágica, la sociedad no hacía más que manifestar su desprecio por la verdad.

Al lado de la matanza del Mans, la mayoría de los otros crímenes parecían insignificantes. Comentamos, como todo el mundo, las pintorescas atrocidades de Hyacinthe Danse, "el sabio de Boulay", que había ejecutado en su "tebaida" transformada en "museo de horrores" extrañas orgías, antes de dejar abandonados los cadáveres de su querida y de la madre de ésta y de ir luego a asesinar a uno de sus ex profesores. El asesinato de Oscar Dufrène por un marino desconocido era de una vileza clásica. Nuestro interés se despertó cuando una joven de dieciocho años, Violette Nozière, fue acusada de haber envenenado a su padre. El proceso de las hermanas Papin estaba en curso y hubo un cronista judicial que acercó los dos asuntos: reclamaba una implacable severidad para con "toda esa juventud desviada". Desde el principio de la instrucción "la parricida" nos pareció también más una víctima que una culpable. La actitud de su madre, gritándole: "¡Mátate, Violette!" y poniéndose del lado de la acusación, desorientó un poco a la opinión. Sin embargo, todos los testigos que se presentaron y la prensa entera trataron de ahogar la verdad; a las acusaciones de la hija, corroboradas por numerosos índices, oponían el carácter sagrado de Padre.

Al leer los diarios, al hablar con nuestros amigos, estábamos en seguida alertas cuando nos señalaban tentativas que apuntaban a conocer mejor a los hombres y a defender sus libertades. El doctor Hirshfeld acababa de fundar en Berlín un "Instituto de sexología"; pidió que se llevara el respeto a los derechos del individuo hasta autorizar ciertas perversiones; había obtenido que la ley alemana no tratara como delito las anomalías. En setiembre, poco antes del comienzo de las clases, un "congreso internacional para la reforma sexual" se había reunido en Brno; habían estudiado los problemas de la concepción dirigida, de la esterilización voluntaria, de la eugenesia en general. Nosotros aprobábamos ese esfuerzo para substraer al hombre del conformisimo social y para liberar a la naturaleza dándole el dominio de su

cuerpo: la procreación, en particular, no debía ser soportada, sino lúcidamente consentida. En otro orden de ideas, nos volcamos en favor del profesor de Saint-Paul de Vence, Freinet, que había inventado métodos nuevos de educación; en vez de imponer a sus alumnos una obediencia ciega, hacía un llamado a su amistad y a su iniciativa; obtenía de colegiales de siete años textos tan vivos, tan originales, como los dibujos de los chicos de esa edad cuando se respeta su inspiración; los publicaba en una revistita, *La Gerbe*. El clero levantó contra él a una parte de la población, que atacó la escuela a pedradas; pero él supo resistir. Su éxito coincidía con nuestra convicción más apasionada: la libertad es una fuente inagotable de inventos y cada vez que uno la favorece enriquece al mundo.

No nos parecía que los progresos de la técnica ayudasen a esa emancipación; los economistas norteamericanos predecían que pronto los técnicos gobernarían la tierra: la palabra tecnocracia acababa de ser inventada. Se transmitían los primeros belinogramas. La "visión a distancia" estaba a punto de ser una realidad. El profesor Piccard y sus émulos multiplicaban las excursiones por la estratosfera. Mermoz, Codos y Rossi, Amelia Ehrhart, batían récord tras récord; había en sus hazañas una parte de aventura que nos conmovía. Pero todas las novedades mecánicas que maravillaban a la prensa nos dejaban indiferentes. No había según nosotros sino una manera de suprimir la alienación: era abatir a la clase dirigente. Yo soportaba aun peor que a los veinte años sus mentiras, su tontería, su beatería, sus falsas virtudes. Una noche, en Rouen, fui a un concierto; cuando vi a mi alrededor la asistencia lujosa que se preparaba a saborear su ración de belleza, me sentí profundamente descorazonada. ¡Cómo eran de numerosos, cómo eran de fuertes! ¿Se les vencería un día? ¿Durante cuánto tiempo todavía se les permitiría creer que encarnaban los más altos valores humanos y los dejarían moldear a sus hijos a su imagen? Algunas de mis alumnas me eran simpáticas y a la salida del

liceo se me oprimía el corazón cuando pensaba que iban a entrar en un hogar tan cerrado y triste como aquel en que yo me había ahogado a su edad.

Felizmente la liquidación del capitalismo parecía precipitarse. La crisis que había estallado en 1929 no había hecho sino exasperarse y sus aspectos espectaculares golpeaban la imaginación más cerrada. En Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, había millones de desocupados [1]; bandas hambrientas habían marchado sobre Washington; sin embargo, tiraban al mar cargamentos de café y de trigo; en el sur de los Estados Unidos, enterraban el algodón; los holandeses mataban sus vacas y las daban de pasto a sus cerdos mientras los daneses exterminaban cien mil lechones. Bancarrotas, escándalos, suicidios de hombres de negocios y de grandes financistas, llenaban las columnas de los diarios. El mundo iba a moverse. Sartre se preguntaba a menudo si no hubiéramos tenido que solidarizarnos con los que trabajaban para esa revolución. Recuerdo en particular una conversación en la terraza de un gran café de Rouen que daba a los muelles, el café Víctor. Hasta en los terrenos en que estábamos ideológicamente prevenidos, el encuentro de un hecho concreto nos impresionaba siempre y lo comentábamos con abundancia; fue el caso de aquella tarde. Un estibador decentemente vestido con un mameluco azul se instaló en una mesa cerca de la nuestra; el gerente lo echó. El incidente no nos enseñó nada, pero ilustraba con una ingenuidad de estampita la segregación de clases y sirvió de punto de partida a una discusión que nos llevó lejos. Llegamos a hacernos la pregunta: ¿podemos contentarnos con simpatizar con la lucha llevada por la clase obrera? ¿No habrá que participar en ella? Más de una vez durante esos años Sartre se sintió vagamente tentado de afiliarse al Partido Comunista; sus ideas, sus proyectos, su temperamento, se oponían; pero si le gustaba la independencia tanto como a

[1] En el conjunto de los países cubiertos por las estadísticas del B. I. T. se contaban unos cuarenta millones.

mí, tenía mucho más sentido de sus responsabilidades. Ese día sacamos en conclusión —nuestras conclusiones eran siempre provisorias— que, si uno pertenecía al proletariado, había que ser comunista, pero que su lucha, aunque nos incumbía, no era, sin embargo, la nuestra; todo lo que se podía exigir de nosotros era estar siempre de su lado. Teníamos que seguir nuestro camino, que no se conciliaba con la inscripción en el partido.

Lo que nunca encaramos fue militar entre los opositores. Teníamos la mayor estima por Trotski y la idea de "revolución permanente" halagaba mucho más nuestras tendencias anarquistas que la de la construcción del socialismo en un solo país. Pero en el partido trotskista, en los grupos disidentes, encontrábamos el mismo dogmatismo ideológico que en el P. C.; y no creíamos en su eficacia. Cuando Colette Audry nos contó que su fracción —que contaba en total cinco miembros— se interrogaba sobre la oportunidad de una nueva revolución en la U.R.S.S., no le ocultamos nuestro escepticismo. Nos interesamos moderadamente en el asunto Serge, por el cual se apasionaban los antistalinianos. No nos considerábamos, sin embargo, fuera de la cuestión; queríamos ejercer una acción personal, por nuestras conversaciones, nuestra enseñanza, nuestros libros; sería una acción más crítica que constructiva, pero en Francia, en el momento en que nos encontrábamos, pensábamos que la crítica era extremadamente útil.

Por lo tanto seguimos consagrándonos exclusivamente a nuestros escritos, a nuestras investigaciones. Sartre se daba cuenta de que, para organizar con coherencia las ideas que lo dividían, necesitaba ayuda. Las primeras traducciones de Kierkegaard aparecieron en aquella época: nada nos incitaba a leerlas y las desdeñamos. En cambio, Sartre se sintió vivamente atraído por lo que oyó decir de la fenomenología alemana. Raymond Aron pasaba el año en el Instituto Francés de Berlín y, mientras preparaba una tesis de historia, estudiaba a Husserl. Cuando vino a París lo

comentó con Sartre. Pasamos juntos una noche en el *Bec de gaz*, en la calle Montparnasse; pedimos la especialidad de la casa: cocteles de damasco. Aron señaló su vaso: "Ves, compañerito, si eres fenomenólogo, puedes hablar de este coctel y ya es filosofía": Sartre palideció de emoción, o casi; era exactamente lo que deseaba desde hacía años: hablar de las cosas tal como las tocaba y que eso fuera filosofía. Aron lo convenció de que la fenomenología respondía exactamente a sus preocupaciones: superar la oposición del idealismo y del realismo, afirmar a la vez la soberanía de la conciencia y la presencia del mundo tal como se da a nosotros. Compró, en el bulevar Saint-Michel, el libro de Lévinas sobre Husserl y tenía tanta urgencia en informarse que mientras caminaba hojeaba el libro, del cual ni siquiera había cortado las páginas. Sintió un golpe en el corazón cuando encontró las alusiones a la contingencia. ¿Alguien se le había anticipado? Al seguir leyendo se tranquilizó. La contingencia no parecía representar un papel importante en el sistema de Husserl, del cual Lévinas, por otra parte, sólo daba una descripción formal y muy vaga. Sartre decidió estudiarlo seriamente e instigado por Aron hizo los trámites necesarios para tomar al año siguiente en el Instituto Francés de Berlín la sucesión de su compañerito.

La atención que nos inspiraba el mundo estaba bastante rigurosamente dirigida por los tropismos de que hablé; éramos capaces, sin embargo, de un cierto eclecticismo y leíamos todo lo que aparecía [1]; el libro francés que contó más para nosotros aquel año fue *El viaje al final de la noche* de Céline. Sabíamos de memoria un montón de sus pasajes. Su anarquismo nos parecía cercano del nuestro. [2] Atacaba la guerra, el colonialismo, la mediocridad, los lugares comunes, la

[1] Ese mismo año aparecieron: *La Inmaculada Concepción* de Berton, *Una cierta pluma* de Michaux, *Fontamara* de Silone, *Los indiferentes* de Moravia, *La ciudad* de Von Salomon, *La yegua verde* de Marcel Aymé.

[2] *Muerte a crédito* nos abrió los ojos. Hay un cierto odio despreciativo por la gente humilde que es una actitud prefascista.

sociedad, en un estilo, en un tono, que nos encantaban. Céline había forjado un instrumento nuevo: una escritura tan viva como la palabra. ¡Qué alivio después de las frases marmóreas de Gide, de Alain, de Valéry! Sartre se sintió emulado. Abandonó definitivamente el lenguaje almidonado que había empleado hasta *La leyenda de la verdad*. Es normal que hayamos sentido un gusto pronunciado por los diarios íntimos, las correspondencias, las biografías, que nos permitían forzar las intimidades; leímos el *Diderot* de Billy, *El retrato de Zélide*, de Scott que nos familiarizó con Mme. de Charrières; *Victorianos eminentes*, donde Lytton Stracey reducía a su verdad a ciertas grandes figuras de miserables. En la *N.R.F.* aparecía *La condición humana*, de la cual pensábamos bien y mal: estimábamos la ambición más que la ejecución; en conjunto encontrábamos que la técnica de los novelistas franceses era muy rudimentaria, comparada a la de los grandes norteamericanos. *Paralelo 42*, de John dos Passos, acababa de aparecer en francés; nos aportó mucho. Cada uno está condicionado por su clase; nadie está enteramente determinado por ella; oscilábamos entre esas dos verdades: dos Passos nos ofrecía en el plano estético una conciliación que encontramos admirable. Había inventado respecto a sus personajes una distancia que le permitía presentarlos a la vez en su minuciosa individualidad y como un puro producto social; no les dispensaba a todos la misma dosis de libertad; en la necesidad, la fatiga, el trabajo, la indignación, algunos entre los explotados tenían momentos de plenitud y de sinceridad, vivían; pero en la clase superior la alienación era radical: una muerte colectiva había helado todos los gestos, todas las palabras y hasta los más íntimos balbuceos. Sartre debía, cinco años después, en la *N.R.F.*, analizar los sutiles procedimientos de ese arte. Pero nos quedamos en seguida impresionados por los efectos voluntariamente consternadores que dos Passos lograba. Era cruel ver a los hombres a través de esa comedia de libertad que se dan en el interior de ellos mismos y, al mismo tiempo,

como reflejos petrificados de su situación. Nos aplicamos a menudo Sartre y yo a colocarnos en ese doble punto de vista sobre los demás y sobre todo sobre nosotros mismos. Pues, aunque íbamos por la vida con gran seguridad, nos tratábamos sin complacencia: dos Passos nos proporcionaba un nuevo instrumento crítico del que usábamos ampliamente. Nos contábamos a su manera, por ejemplo, nuestra conversación en el café Víctor: "El gerente sonreía con aire satisfecho y ellos se sintieron enfurecidos. Sartre aspiró en su pipa y dijo que quizá no bastara simpatizar con la revolución. El Castor objetó que tenía que hacer su obra. Pidieron dos cervezas y dijeron que es muy difícil saber lo que uno debe a los demás y lo que se debe a sí mismo. Finalmente, declararon que, si hubieran sido estibadores, sin duda se habrían afiliado al P. C., pero que, en su situación, lo más que podían pedirles era que siempre tomaran partido por el proletariado." Dos intelectuales pequeños burgueses evocando su obra futura para evitar comprometerse en política: tal era nuestra realidad y no queríamos olvidarla.

*Cincuenta mil dólares* y *El sol se levanta* nos hicieron conocer a Hemingway; yo leí además en inglés un cierto número de sus relatos. Estaba muy cerca de nosotros por su individualismo y por su concepción del hombre: ninguna distancia en sus personajes entre la cabeza, el corazón, el cuerpo. Paseando por la montaña Sainte-Geneviève o las calles de Pamplona, conversando, bebiendo, comiendo, acostándose con mujeres, nunca reservaban nada de ellos mismos. Aborrecíamos la noción de erotismo —de la que Malraux usaba abundantemente en *La condición humana*—, porque implica una especialización que a la vez exalta exageradamente el sexo y lo envilece. Los amantes de Hemingway se amaban a cada instante cuerpo y alma; la sexualidad penetraba sus actos, sus emociones, sus palabras, y cuando se desencadenaba en deseo, en placer, los unía en su totalidad. Otra cosa nos gustaba: si el hombre está presente to-

do entero, en todo, no existen "circunstancias viles". Concedían mucho precio a las humildes dulzuras de la vida cotidiana: un paseo, un almuerzo, una conversación; Hemingway les prestaba un encanto novelesco; nos decía meticulosamente qué vinos, qué carnes, apreciaban sus personajes y cuántas copas bebían; contaba sus menores conversaciones; bajo su pluma, los detalles insignificantes cobraban de pronto sentido; detrás de las hermosas historias de amor y de muerte que él nos contaba, reconocíamos nuestro universo familiar. Tales como éramos entonces, este acuerdo nos bastaba; las implicaciones sociales de esas novelas se nos escapaban, puesto que, desorientados por la idea que nos hacíamos de nuestra libertad, no comprendíamos que el individualismo es una toma de posición respecto a la totalidad del mundo.

La técnica de Hemingway, en su aparente y hábil simplicidad, se plegaba a nuestras exigencias filosóficas. El viejo realismo, que describe los objetos en sí, descansaba sobre postulados erróneos. Proust, Joyce, optaban cada cual a su manera por un subjetivismo que no nos parecía mejor fundado. En Hemingway el mundo existía en su opaca exterioridad, pero siempre a través de la perspectiva de un sujeto singular; el autor sólo nos mostraba de él lo que podía captar la conciencia con la cual coincidía; lograba dar a los objetos una enorme presencia precisamente porque no los separaba de la acción en que sus héroes estaban comprometidos; en particular, utilizando las resistencias de las cosas conseguía hacer sentir el paso del tiempo. Gran número de reglas que nos impusimos en nuestras novelas nos fueron inspiradas por Hemingway.

Todas las novelas norteamericanas tenían además otro mérito: nos mostraban Norteamérica. Veíamos a ese país a través de prismas deformantes: no comprendíamos nada; pero con el jazz y las películas de Hollywood había entrado en nuestras vidas. Como a la mayoría de los jóvenes de nuestra época nos conmovían apasionadamente los "negros espiritua-

les", los "cantos de trabajo", los "blues". Nos gustaban a la vez *Old Man River, St-James Infirmary, Some of these days, The man I love, Miss Hannah, St.-Louis blues, Japansy, Blue Sky;* la queja de los hombres, sus alegrías desamparadas, las esperanzas rotas, habían encontrado para expresarse una voz que desafiaba la cortesía de las artes regulares, una voz brutalmente surgida del corazón de su noche y sacudida de indignación; porque habían nacido de vastas emociones colectivas —las de cada uno, de todos—, esos cantos nos alcanzaban en ese punto más íntimo de nosotros mismos que nos es común a todos; nos habitaban, nos alimentaban, lo mismo que algunas palabras y algunas cadencias de nuestro propio idioma, y por ellos Norteamérica existía dentro de nosotros.

El cine la hacía existir afuera: sobre las pantallas y del otro lado del Océano. Primero había sido el país de los cowboys y de sus cabalgatas a través de la inmensidad de los desiertos; ya casi habían desaparecido, echados por el advenimiento del cine parlante. Entonces, Nueva York, Chicago, Los Angeles, se habían poblado de gangsters y de policías. [1] Habíamos leído numerosos artículos sobre Al Capone, sobre Dillinger, y novelas sangrientas que se inspiraban en sus hazañas. No sentíamos ninguna simpatía por los *racketers;* sin embargo, nos causaba un enorme placer verlos matarse entre sí y hacer frente a las fuerzas del orden. Últimamente la prensa había revelado con abundancia la corrupción de la policía norteamericana, sus connivencias con los *bootleggers,* los excesos a los que se entregaba: la picana eléctrica, el tercer grado. Nos apartamos de las películas policiales cuando una ola de moralidad obligó a los argumentistas a tomar como héroe al policía en vez del ladrón. Pero Hollywood nos ofrecía muchas otras atracciones: primero rostros admirables. Raramente dejábamos de ver, aun si eran mediocres o malas, las películas de Greta Garbo, Marlene Dietrich, Joan Crawford, Sylvia Sydney, Kay Fran-

[1] Aquel año dieron en París: *Scarface, Soy un fugitivo, Casa Grande.*

cis. Aquel año vimos aparecer en *Lady Lou* y en *No soy un ángel* a la suculenta Mae West.

Así, Estados Unidos era ante todo para nosotros, sobre un fondo de voces roncas y de ritmos quebrados, una zarabanda de imágenes: los trances y las danzas de los negros de *Hallelujah*, edificios erguidos contra el cielo, cárceles sublevadas, altos hornos, huelgas, largas piernas sedosas, locomotoras, aviones, caballos salvajes, rodeos. Cuando nos apartábamos de ese cambalache pensábamos en Estados Unidos como el país donde triunfaba lo más odiosamente la opresión del capitalismo; aborrecíamos en ella la explotación, la desocupación, el racismo, los linchamientos. No obstante, más allá del bien y del mal, la vida tenía allí algo gigantesco y desencadenado que nos fascinaba.

Volvíamos hacia la U.R.S.S. una mirada mucho más madura. Cierto número de novelas nos descubrieron un momento de la revolución que ignorábamos: la relación entre la ciudad y el campo, entre los comisarios encargados de las requisiciones o de las colectivizaciones y los campesinos empecinados en sus derechos de propietarios. Aun en los libros de un arte bastante rústico —*La comunidad de los miserables* de Panferov, *Los pinceles* de Léonide Léonov (que no vacilaba en un prefacio en compararse con Dostoievsky)—, la amplitud, la novedad, la complejidad de esa aventura nos apasionó. Estaba admirablemente contada en *Tierras desmontadas* de Cholokov. Conocíamos de él *En el Don apacible;* esa larga epopeya cosaca nos había desalentado, no habíamos podido terminarla. Pero *Tierras desmontadas* nos parecía una obra maestra. Como sus grandes antecesores, Cholokov sabía animar una abundancia de personajes y todos tenían vida; se metía en su pellejo y en sus razones aun cuando pintaba un kulak antirrevolucionario. Su "héroe positivo", el comisario, conseguía ser humano y atrayente; pero nos interesábamos también en las viejas oscurantistas que luchaban por conservar su trigo. Nos hacía tocar con el dedo las injusticias y los desgarramientos a



Escaneado con CamScanner

través de los cuales se moldea la historia. Lamentábamos no encontrar esa misma complejidad en el cine ruso; se había vuelto resueltamente didáctico y evitábamos con cuidado las películas a la gloria de los koljoses. En *El camino hacia la vida*, que contaba la reeducación de una pandilla de chicos abandonados, los jóvenes actores —sobre todo el que encarnaba a Mustafá, jefe de la banda— trabajaban tan bien que salvaban de la insipidez ese "poema pedagógico".[1] Pero fue una excepción.

Así, paradójicamente, estábamos atraídos por Estados Unidos, cuyo régimen condenábamos, y la U.R.S.S., donde se desarrollaba una experiencia que admirábamos, nos dejaba fríos. Decididamente nunca estábamos completamente *pro* algo. Esto nos parecía normal, puesto que para nosotros el mundo y el hombre, ya lo he dicho, aun quedaban por inventar. Ya he indicado que nuestro negativismo no implicaba desencanto, al contrario: reprobábamos el presente en nombre de un porvenir que se cumpliría seguramente y que nuestras mismas críticas contribuían a moldear. La mayoría de los intelectuales tenían la misma actitud que nosotros. Lejos de separarnos de nuestra época, nuestro anarquismo emanaba de ella; en nuestra oposición a las *élites* teníamos una cantidad de aliados; y nuestros entusiasmos reflejaban los de la mayoría de nuestros contemporáneos; era común que a uno le gustara el jazz y el cine. La mayoría de las películas que nos gustaban tenían también los sufragios del público: por ejemplo, *La vida privada de Enrique VIII*, que reveló a Charles Laughton. *Khule Vamp* de Brecht, que no tuvo éxito, tampoco nos entusiasmó; encontramos en el papel de desocupada a la adorable Herta Thill y el film estaba "comprometido" de manera tan virulenta que von Papen lo hizo prohibir; habíamos esperado mucho de él; estaba pesadamente concebido y ejecutado sin mucho arte. En un punto nos distinguíamos del público medio: éramos

[1] Título de la novela de la que estaba sacado el film; el libro en sí no tenía nada de insulso; pero el argumento no respetaba su dureza.

alérgicos a los films franceses; a causa del asombroso Inkijinoff, vimos sin disgusto *La cabeza de un hombre*, y *El asunto está en el bolsillo* de los hermanos Prévert nos encantó: pero precisamente los Prévert escapaban al realismo, tan pronto grosero, tan pronto chato, que caracterizaba al cine francés y que no era rescatado por ningún exotismo. En el music-hall apreciábamos como todo el mundo a Damia, a Marie Dubas y a la minúscula Mirella cuando cantaba *Acostados en el heno*. Dos nuevas estrellas subían en el cielo parisiense: Gilles y Julien. Anarquistas, antimilitaristas, expresaban las claras rebeldías, las esperanzas sencillas con que se satisfacían entonces los corazones progresistas. La crítica de izquierda los llevaba a las nubes. La primera vez que los oímos en un cabaret de Montmartre estaban de frac, incómodos y estirados. En el escenario de Bobino, vestidos con mallas negras, hicieron aclamar *Cabeza de turco; Dólar* y veinte otras canciones. No fuimos los menos encarnizados en aplaudirlos. En general el baile nos aburría; pero cuando en junio los ballets Jooss —que venían de Viena— presentaron un ballet de vanguardia y pacifista, *La mesa verde*, nos unimos al público que noche tras noche los ovacionaba.

Pasamos las vacaciones de Pascua en Londres. Una ciudad todavía más vasta que París y nueva: nos precipitamos a las calles, caminábamos durante horas y horas. Piccadilly y la City, Hampstead, Putney, Greenwich: estábamos de acuerdo para verlo todo. Trepábamos a la imperial de un ómnibus rojo, nos trasladábamos a un barrio lejano, volvíamos a pie. Almorzábamos en un Lyons o en una de las viejas tabernas del Strand, o en un restaurante de Soho y continuábamos nuestras andanzas. A veces llovía y no sabíamos dónde cobijarnos; la ausencia de cafés nos desconcertaba: una tarde no encontramos otro refugio que el subterráneo. Nos divertían los ritos de la vida inglesa; por la mañana para tomar el *breakfast* en el comedor del hotel,

las mujeres lucían asombrosas vestimentas que parecían a la vez batones y vestidos de baile; a la tarde los hombres llevaban verdaderamente galeritas y paraguas en la mano; de noche los oradores predicaban en la esquina de Hyde Park; los taxis lamentables, los carteles viejos, los salones de té, los escaparates sin gracia, todo nos hacía sentirnos perdidos. Pasamos horas en la National Gallery; en la Tate Gallery nos quedamos sin habla ante la silla amarilla y los mirasoles de Van Gogh. De noche íbamos al cine. Vimos *Cynara* con la linda Kay Francis. "Te he sido fiel a mi manera, Cynara." Esa frase en exergo del film se iba a convertir para nosotros durante años en una especie de palabra clave. Yo gozaba en el teatrito de los "Maskelines", donde prestidigitadores y magos ejecutaban pruebas extraordinarias, con refinamientos de decorados que no encontré en ninguna parte.

Admitía que pese a nuestro entendimiento hubiese entre Sartre y yo algunas diferencias. Buscaba en el corazón de Londres los rastros de Shakespeare, de Dickens, erraba con delicia por el viejo Chiswick; arrastré a Sartre a todos los parques de la ciudad, a los jardines de Kew y hasta Hampton Court. Él se demoraba en los barrios populares, tratando siempre de adivinar cómo vivían, qué sentían los millares de desocupados que habitaban esas calles sin alegría. Solía decir que cuando volviéramos a Inglaterra visitaríamos Manchester, Birmingham, las grandes ciudades industriales. Él también tenía sus terquedades. Me hizo errar durante un día entero por Whitechapel bajo la lluvia para encontrar un pequeño cinematógrafo donde, según un aviso, daban *Viaje sin regreso* con Kay Francis y William Powell; fui recompensada: ¡qué lindo film! Pero yo era la más encarnizada en hacer proyectos, en llevarlos a cabo. Por lo general Sartre se plegaba a ellos con tan buena voluntad que yo podía creer que le importaban tanto como a mí. Me había convencido cómodamente de que existía entre nosotros, en todos los puntos, una armonía preestablecida. "Si

somos uno solo", afirmaba. Esa certidumbre me evitaba vencer mis deseos. Quedé consternada cuando en dos oportunidades chocamos.

En Canterbury, la catedral nos había parecido magnífica a los dos y pasamos un día sin nubes. En los jardines, en las calles de Oxford, Sartre no lo pasó mal; pero las tradiciones, el esnobismo, de los estudiantes ingleses lo irritaban y se negó a poner los pies en el interior de los colegios: yo entré sola en dos o tres de ellos y le reproché lo que consideraba como una manía. Al menos no había turbado mis planes. Me impresionó mucho más la tarde en que habíamos quedado en visitar el British Museum y él me dijo tranquilamente que no tenía ganas: nada me impedía, agregó, ir sola. Es lo que hice. Pero me paseé sin entusiasmo entre los bajorrelieves, las estatuas, las momias; ¡me había parecido tan importante ver esas cosas! ¿No lo era acaso? Me negaba a pensar que en mis voluntades entrara capricho: se fundaban sobre valores, reflejaban imperativos que yo consideraba absolutos. Apostando menos que Sartre a la literatura, tenía más necesidad de introducir lo imprescindible en mi vida; pero entonces él tenía que aceptar mis decisiones como cegadoras evidencias; si no, mi curiosidad, mi avidez, se convertían en simples rasgos de carácter, quizá hasta en defectos: yo ya no obedecía a un mandato.

Concebía aun menos que una disensión intelectual pudiera producirse entre nosotros: creía en la verdad, y es una. Confrontando incansablemente nuestras ideas, nuestras impresiones, no estábamos satisfechos hasta que no hubiéramos llegado a un acuerdo. En general Sartre proponía una "teoría"; yo criticaba, matizaba; a veces la rechazaba y obtenía que él la revisara. Yo aceptaba divertida sus comparaciones entre la cocina inglesa y el empirismo de Locke, fundados ambos, me explicaba, sobre el principio analítico de la yuxtaposición. En los muelles del Támesis, ante los cuadros de la National Gallery, yo aprobaba más o menos todo lo que él me decía. Pero una noche, en un modesto

restaurante cerca de la estación de Euston nos peleamos; comíamos en un primer piso unos insulsos alimentos analíticos y miraba incendiarse el horizonte: un incendio del lado del puerto. Sartre, enamorado como siempre de la síntesis, trató de definir a Londres en su conjunto; yo encontraba su esquema insuficiente, tendencioso y, en resumen, inútil: el principio mismo de su tentativa me fastidiaba. Reanudamos con más encarnizamiento la discusión que nos había opuesto dos años antes en los altos de Saint-Cloud y que se había repetido más de una vez. Yo sostenía que la realidad desborda todo lo que se puede decir de ella; había que afrontarla en su ambigüedad, en su opacidad, en vez de reducirla a significaciones que se dejan expresar por palabras. Sartre contestaba que si uno quiere, como lo deseábamos nosotros, apropiarse de las cosas, no basta mirar y conmoverse: hay que aprehender su sentido y fijarlo en frases. Lo que falseaba nuestra discusión es que en doce días Sartre no había comprendido a Londres y un montón de aspectos escapaban a su resumen; en esa medida yo tenía razón de refutarlo. Reaccionaba en forma totalmente distinta cuando leía los pasajes de su manuscrito donde describía El Havre: tenía entonces la impresión de qu me revelaba la verdad. De todos modos esa divergencia entre nosotros iba a prolongarse mucho. A mí me importaba primeramente la vida en su presencia inmediata, y a Sartre primero la escritura. Sin embargo, como yo quería escribir y él se complacía en vivir, entrábamos rara vez en conflicto.

Sartre leía los diarios: mal, pero asiduamente. Yo lo hacía con menos conciencia. Sin embargo recorría todas las mañanas *L'Oeuvre* y *Le Journal*, cada semana *Le Canard enchaîné* y *Marianne*, que acababa de lanzar Gallimard. Los acontecimientos que se desarrollaban al otro extremo de la tierra —la guerra chino-japonesa, la campaña llevada en la India por Gandhi— nos afectaban moderadamente. Nadie entonces sentía hasta qué punto todas las partes de

este mundo van juntas. Nuestra atención se concentraba en los hechos que ocurrían muy cerca de nosotros, en Alemania: como toda la izquierda francesa, los considerábamos con una serenidad bastante grande.

La elección de Hindenburg a la presidencia del Reich había parecido justificar los pronósticos de los comunistas alemanes: el nazismo estaba perdiendo velocidad. Hubo que rendirse a la evidencia; el movimiento reanudó, según la expresión de los diarios, "su ascensión fulminante". Vimos en enero de 1933 a Hitler convertirse en canciller y el 27 de febrero el incendio del Reichstag abría la liquidación del partido comunista. Nuevas elecciones en marzo confirmaron el triunfo de Hitler: a partir del 2 de mayo, la bandera con la cruz swástica flotó, en París, sobre la embajada de Alemania. Un gran número de escritores, de sabios alemanes, sobre todo entre los israelitas, se expatriaron: entre otros Einstein. El Instituto de Sexología fue cerrado. La suerte reservada a los intelectuales por el régimen hitlerista conmovió vivamente a la opinión francesa. En mayo, en la plaza de la Ópera en Berlín, un gigantesco auto de fe destruía más de veinte mil libros. Las persecuciones antisemitas se desencadenaban. Si bien aún no se trataba de la exterminación de los judíos, una serie de medidas aseguraba su proletarización; los boicots sistemáticos les impedían ganarse la vida.

Hoy me deja estupefacta que hayamos podido registrar esos acontecimientos con una relativa serenidad; por supuesto nos indignábamos y el nazismo inspiraba a la izquierda francesa todavía más horror que el fascismo mussoliniano; pero los izquierdistas se negaban a mirar de frente las amenazas que los nazis hacían pesar sobre el mundo. Los comunistas eran entonces los más empeñados en engañarse. Con un optimismo sistemático, el partido comunista alemán desconocía la importancia de las disensiones que debilitaban al proletariado alemán y que su política contribuía a agravar; Thaelmann afirmaba que nunca los ca-

torce millones de proletarios alemanes dejarían al fascismo instalarse definitivamente en su país; nunca aceptarían seguir a Hitler en una guerra. Los comunistas franceses y los simpatizantes repetían con entusiasmo esas tesis; en *Monde*, en marzo de 1933, Barbusse escribía que Hitler era incapaz de enderezar la economía alemana: se derrumbaría y el proletariado alemán recogería su herencia. En esas condiciones, la paz evidentemente no estaba amenazada; el único peligro era el pánico que la derecha se esforzaba en sembrar en Francia para precipitarnos en la guerra. En 1932, Romain Rolland había propuesto en *Europe* y en *Monde* un manifiesto que Gide, entre otros, había firmado, donde se reclamaba a los intelectuales la promesa de "resistir a la guerra". En julio de 1933 se creó la Asociación de Escritores Revolucionarios; fundó la revista *Commune*, dirigida por Barbusse, Gide, Romain Rolland, Vaillant Couturier, con Aragon y Nizan como secretarios de redacción; el primer objetivo era luchar en Francia contra el fascismo; en el plano internacional, el movimiento antifascista francés se unió con el gran movimiento pacifista de Amsterdam. Por supuesto los intelectuales de izquierda no se inclinaban ante Hitler; denunciaron, Malraux entre otros, los escándalos del proceso de Leipzig; se celebró un gran mitin, donde habló Moro-Giafferi, en setiembre, en la sala Wagram, para la defensa de Dimitroff. Eso no impedía que Barbusse multiplicara los llamados contra la guerra. Toda la izquierda lo apoyaba. Los editorialistas de *Marianne*, semanario de tendencia radical socialista que dirigía Emmanuel Berl, predicaban el pacifismo y anunciaban incansablemente la próxima caída de Hitler. Alain repetía en sus *Propósitos* que creer en la guerra ya es consentir a ella; hasta debíamos evitar ese pensamiento. Todos estaban convencidos de que no se podía encarar la eventualidad de una guerra sin hacerle el juego a la derecha. Había otra razón por la cual se internaban en el camino paradójico en el que algunos iban a empecinarse hasta se-

iembre de 1938 y hasta más allá de la derrota: el recuerdo de la guerra del 14-18 se les había quedado atragantado. Es peligroso y a veces nefasto sacrificar a las lecciones del pasado la nueva realidad del presente: pero para ellos el pasado había pesado tanto que se comprende que hayan caído en esa trampa. En 1914, intelectuales, socialistas, toda la *elite* del pensamiento —Jaurès fue asesinado justo a tiempo—, habían caído en el patrioterismo. Los testigos de esa derrota se habían jurado no volver a resucitar el mito de la "barbarie alemana"; se negaban a declarar que la guerra, si estallaba, sería justa. Desde 1920 un gran número de filósofos, de escritores, de profesores, habían trabajado por el acercamiento franco-alemán: contra la tontería nacionalista continuaban afirmando la validez de su esfuerzo. En resumen, desde los radicales hasta los comunistas, todos los hombres de izquierda gritaban a la vez: "¡Abajo el fascismo!" y "¡Desarme!"

Así nuestros mayores nos impedían encarar que una guerra fuera siquiera posible. Sartre tenía demasiada imaginación y estaba demasiado inclinado al horror para respetar por completo esa consigna; tenía visiones, algunas de las cuales han marcado *La náusea*, de ciudades amotinadas, las cortinas de hierro bajas, sangre en las encrucijadas y en la mayonesa de las fiambrerías. Yo perseguía con entusiasmo mi sueño de esquizofrénica. El mundo existía a la manera de un objeto de innumerables repliegues cuyo descubrimiento siempre sería una aventura, pero no como un campo de fuerzas capaces de contrariarme. Eso me explica la manera caprichosa con que me informaba. Los problemas económicos y sociales me interesaban, pero bajo su aspecto teórico; sólo me preocupaba de los acontecimientos si tenían un año, unos meses, si estaban petrificados en cosas. Leía a Marx, a Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa* de Trotski, la obra de Farbman sobre el plan quinquenal: *Piatiletka;* estudios sobre la economía de la N.E.P., sobre la vida del obrero americano, sobre la crisis inglesa. Pero los

artículos políticos me aburrían, me ahogaban; me parecía que para iluminar los hechos, que eran un batiburrillo, hubiera habido que anticipar el porvenir: yo no quería. Creía en el porvenir lejano: estaba determinado por una dialéctica que finalmente daría razón a mis rebeldías, a mis esperas. Lo que yo no aceptaba era que día a día, en sus detalles y en sus vericuetos, la historia estuviera haciéndose y que un mañana imprevisto despuntara en el horizonte sin mi consentimiento. Entonces me habría sentido en peligro. El cuidado de mi felicidad me imponía detener el tiempo a riesgo de encontrarme algunas semanas, algunos meses más tarde, en un tiempo distinto, pero igualmente inmóvil, estático, sin amenaza.

Sartre me reprochaba a veces mi desinterés; yo me fastidiaba cuando se hundía demasiado tiempo en un diario. Para justificarme invocaba la teoría del "hombre solo". Sartre me objetó que el "hombre solo" no se desinteresa del curso de las cosas; piensa sin la ayuda del prójimo: eso no significa que elija la ignorancia. Ese contraataque me conmovió, pero, no obstante, me obstiné. Yo quería que desdeñara las fútiles contingencias de la vida cotidiana como habían hecho, lo suponía, Verlaine, Lautréamont, Van Gogh. La actitud que yo reivindicaba no me sentaba: no tenía nada de una lírica, ni de una visionaria, ni de una solitaria. Se trataba en realidad de una evasión: me ponía anteojeras para preservar mi seguridad. Sin embargo, durante mucho tiempo me empeciné en ese "rechazo de lo humano", del que se inspiraba mi estética. Me gustaban los paisajes de los cuales los hombres parecían ausentes y los disfraces que me ocultaban su presencia: lo pintoresco, el color local. En Rouen, mi lugar preferido era la calle de Eau-de-Robec: las casas deformes, tambaleantes, flotando en las aguas fangosas, parecían casi destinadas a una especie distinta. Me sentía atraída por la gente que de una u otra manera renegaba de su humanidad: los locos, las rameras, los atorrantes.

La posición de Sartre respecto a sus congéneres tampoco era muy clara. Se burlaba de todos los humanismos; imposible, pensaba, querer ni aborrecer a esa entidad: "el Hombre". Ambos, sin embargo, en París, en los grandes bulevares y en las ferias, en las plazas de toros de Madrid y de Valencia, en todas partes, nos complacíamos en codearnos con la muchedumbre: ¿por qué? En Londres, ¿por que nos gustaban tanto las fachadas sucias del Strand, los muelles, los galpones, los barcos, las chimeneas de las fábricas? No se trataba de obras de arte ni de objetos barrocos o poéticos; esas calles y esas casas sin belleza no superaban la condición humana, no se evadían de ella: la materializaban. Si nos aterrábamos tan apasionadamente a esa encarnación es porque los hombres no nos eran indiferentes. Nos interrogamos sin encontrar respuesta. En realidad, como Antoine Roquantin en *La náusea*, Sartre sentía horror por ciertas categorías sociales, pero nunca se las tomó contra la especie humana en general: su severidad apuntaba únicamente a los que hacen profesión de adularla. Hace unos años, una señora que mantenía a una decena de gatos le preguntó a Jean Genet con reproche: "¿No le gustan los animales?" "No me gusta la gente a la que le gustan los animales", contestó. Era exactamente la actitud de Sartre respecto a la humanidad.

Un día en que Nizan me preguntó cortésmente por mis ocupaciones, le contesté que había comenzado una novela. "¿Una novela de imaginación?", preguntó con un tono un poco socarrón que me molestó mucho. El nuevo libro en el que trabajaba desde hacía dos años, tenía, en efecto, altas pretensiones: iba a pagarle su cuenta a la sociedad. Un refugiado alemán que me había presentado Colette Audry y que venía dos o tres veces por semana a enseñarme su lengua miraba con inquietud las hojas que se amontonaban sobre mi mesa. "Por lo general —me decía— se empieza con relatos cortos; luego, cuando se ha adquirido un



Escaneado con CamScanner

poco de oficio, se hace una novela." Yo sonreía; no se trataba de contar pequeñas historias; yo quería que mi libro fuera una suma.

Lo arbitrario de mi proyecto explica la ambición. Yo me había lavado en Marsella de mis temores, de mis remordimientos: me desinteresaba de mí. A los demás los miraba desde afuera, no me sentía interesada en ellos; tampoco sentía necesidad de hablar de ellos. En conjunto las cosas eran demasiado pesadas o demasiado insignificantes para que yo me sintiera tentada a traducirlas en frases. Contra la plenitud de mi dicha, las palabras se quebraban; y los menudos episodios de mi vida cotidiana sólo merecían el olvido. Como en mi primera juventud, yo me proponía hacer entrar en mi libro al mundo entero a falta de tener algo preciso que decir.

Sin embargo, mi odio al orden burgués era sincero. Él me apartó de lo maravilloso. Tomé como modelo a Stendhal, al que había leído mucho el año anterior. Me propuse imitar sus audacias novelescas para contar la aventura que, en sus grandes rasgos, era la mía: una rebelión individualista contra una sociedad estancada. Trazaría un cuadro de la posguerra, denunciaría las canalladas de los convencionales, les opondría héroes en quienes encarnaría mi moral: un hermano y una hermana, unidos por una estrecha complicidad. Esa pareja no correspondía en mí a ninguna experiencia ni a ningún fantasma; la usaba para contar años de aprendizaje desde un doble punto de vista: masculino y femenino.

Me lancé por lo tanto en una larga historia cuyos personajes principales eran modernos héroes de Julien Sorel y de Lamiel. Los llamé Pierre y Madeleine Labrousse. Pasaban una infancia triste en un departamento calcado del de mis abuelos maternos; su adolescencia transcurría en los alrededores de Uzerche; tenían relaciones de amistad, de envidia, de odio, de desprecio, con los hijos de dos grandes familias de los alrededores, los Beaumont y los Estignac,

ligados por relaciones de adulterio. Yo le prestaba a Marguerite de Beaumont las gracias acompasadas que me habían conmovido en Marguerite de Théricourt. Escribí ese primer capítulo sondeando en mis recuerdos de infancia; Sartre lo aprobó y Pagniez, al que solía consultar, me hizo elogios por primera vez; le encontraba a mi relato el encanto de ciertas novelas inglesas.

Pero en seguida el tono cambiaba: yo me aplicaba al cinismo y a la sátira. Había soñado con el asunto Bougrat: me inspiré en él. Condenado por su padre a la mediocridad, Pierre, para tener dinero, seguir estudios, vivir, seducía a Marguerite de Beaumont y se casaba con ella; contaba fríamente con explotar a la gran familia en la que entraba y que yo describía con toda la ferocidad de que era capaz; pero pensaba, todavía lo pienso, que cuando uno pretende aprovechar a los crápulas se compromete con ellos; él se daba cuenta de ello, rompía bruscamente y vivía como podía mientras tejía un amor platónico con una mujer que se parecía a Mme. Lemaire y a Mme. de Rénal. Una cascada de sombríos *quid pro quos* los conducía a la guillotina: su amiga se envenenaba. Su hermana se había opuesto a su casamiento; llevaba con intransigencia y gracia una vida de aventurera. Exageré un poco ese primer esbozo; su lado melodramático me disgustó. Y además, yo era optimista; preferí un desenlace más feliz.

En la versión definitiva conservé el capítulo sobre la infancia. Luego, Pierre tenía una violenta discusión con su padre, quien prefería casar a Madeleine con un hijo retardado, de Estignac. El joven se iba a París, donde al principio se hacía mantener por una tía de edad madura y rica; la plantaba y cantaba en un cabaret imitado del Lapin Agile, tal como Dullin me lo había pintado; como Dullin, quería ser actor, director, renovar el teatro; por lo tanto ya no era un simple arrivista; alimentaba la más alta de las ambiciones: crear, y yo podía prestarle las perplejidades que eran entonces las mías.

Situé en 1920 su ruptura con su familia. Para reconstituir la atmósfera de la época leí en la Biblioteca de Rouen números de *L'Illustration* y la colección de *L'Humanité:* la confrontación me dejó alelada: entre las dos historias que me contaban y que ocurrían al mismo tiempo en el mismo país no había el menor punto común. No me demoré, retuve solamente dos o tres hechos. El capítulo en que Pierre desembarcaba en París empezaba con una tirada de valentía. Se paseaba por las galerías del Louvre, miraba con emoción el *San Luis* del Greco; luego asistía por casualidad en la plaza del Hotel de Ville a la ceremonia en el curso de la cual Poincaré decoró a París con la cruz de guerra. Afligido por la mascarada se hacía un montón de preguntas: ¿cómo explicarse que se pueda hacer un buen cuadro pintando la cara de un canalla? ¿Dónde está la verdad del arte y cuándo se convierte en traición? Un poco después se ligaba con unos jóvenes comunistas y, aunque compartía la mayor parte de sus ideas, rechazaba su visión determinista del mundo; frente al humanismo comunista, mantenía su amor a la inhumana poesía de las cosas; y sobre todo colocaba por encima del interés colectivo los valores individuales. Esos debates no eran demasiado gratuitos, pues yo lo había lanzado en una intriga sentimental que le hacía sentir día a día la importancia de su propio corazón y de un rostro querido.

Ese rostro era el de Zaza a quien de nuevo llamé Anne y cuya imagen intenté resucitar. Se había casado con el mejor de los hijos de Estignac y, durante las vacaciones en los alrededores de Uzerche, se había hecho amiga de Madeleine y había conocido a Pierre, que se encontraba con ella en París. Las historias de amor me parecían banales; por otra parte la piedad de Anne, su lealtad, el respeto de Pierre por ella, les impedía tener una unión vulgar; imaginé entre ellos un sentimiento platónico, pero de una gran profundidad; intelectualmente, moralmente, Anne se abría a la vida. Pero su marido le prohibía esas relaciones. Como

en la novela anterior, ella, tironeada entre el deber y la dicha, moría. Así, la sátira desembocaba en una tragedia: el espiritualismo burgués no aparecía solamente como irrisorio, sino como asesino.

Sin embargo, Madeleine había ido a juntarse con su hermano en París; practicaba un amoralismo sonriente; hábil para manejar a los hombres, organizaba con su hermano la manera de pescarlos. Conducía esos juegos con soltura; sin embargo, tenía sus problemas; sufría de un mal del que yo me sentía imperfectamente curada: el prójimo la fascinaba. "¡Cómo quisiera ser Margarita!", se decía de chica cuando se cruzaba con la pequeña castellana de bucles impecables. A su hermano, lo quería de verdad; pero se enamoraba de un camarada de Pierre, un joven comunista llamado Laborde cuya fuerza y certidumbres la deslumbraban: el mundo gravitaba alrededor de ese hombre, que se bastaba perfectamente a sí mismo; ella no era más que uno de sus satélites. Pero he aquí que él también la quería y la necesitaba y se lo decía; el especismo se derrumbaba; Laborde ya no era una plenitud sin falla, sino solamente un hombre, su semejante. Ella se apartaba de él y volvía a encontrarse orgullosamente en el centro de su propia vida.

La novela tenía un mérito; a pesar de la abundancia de los episodios y de los temas, yo la había construido sólidamente; no abandonaba a ninguno de los personajes en el camino; los acontecimientos exteriores y las experiencias íntimas se combinaban con naturalidad. Yo había hecho progresos en el arte de contar una historia, de manejar una escena, de hacer hablar a la gente. Mi fracaso no fue menos radical. De nuevo al trasponer la historia de Zaza la había traicionado; volvía al error de reemplazar a una madre con un marido; y si bien los celos de éste se comprendían mejor que en la novela anterior, yo no había hecho plausible la desesperación de Anne. Desde el momento en que seguía viviendo con su marido, la "salvación" que le traía Pierre no era tal; la ruptura la privaba

solamente de una amistad a la cual yo no había sabido dar una intensidad bastante ardiente para justificar que Anne muriera.

La evolución de Madeleine se sostenía todavía menos; dado su carácter, era inverosímil que se desprendiera de un hombre, al que seguía confiriendo, por otra parte, toda su estima, simplemente porque él la quería.

En fin, yo no conocía los medios en los cuales situaba a Pierre: los personajes secundarios no tenían ningún relieve, ninguna verdad. Después de un principio pasable, la novela se arrastraba, no terminaba más. Terminé apresuradamente los últimos capítulos: había comprendido que la partida estaba perdida.

Los pasajes más convincentes eran, a pesar de todo, los que describían las dificultades de Madeleine. Yo me había restablecido en la serenidad; pero seguía marcada por el pasaje brutal que había efectuado del orgullo a la humildad. Y no había resuelto definitivamente el más serio de mis problemas: conciliar la preocupación que tenía de mi autonomía con los sentimientos que me lanzaban impetuosamente hacia un prójimo.

Aquel año Mussolini había organizado en Roma una "exposición fascista" y para atraer a los turistas extranjeros los ferrocarriles italianos hacían un 70 % de descuento. Lo aprovechamos sin escrúpulo. A diferencia de España, que encerraba muchas fealdades, no había en Italia un pedazo de pared que no tuviera su belleza; de entrada me sentí conquistada. Sartre, no; bajo las arcadas de Pisa me dijo con tono rezongón que encontraba ese país demasiado seco, que no se sentía nada a gusto: era que no soportaba cruzarse por las calles con los chicos fascistas de camisa negra.

Visitamos las ciudades más lindas de Italia central, pasamos dos semanas en Florencia. Habíamos decidido reservar a Roma para otro viaje y sólo pasamos allí cuatro días.

Vivíamos en la plaza del Panteón, en el hotel que según la guía era el más barato de la ciudad: l'Albergo del Sole, donde había vivido Cervantes. Quedamos fascinados por las plazas, las fuentes y las estatuas hechiceras. Me gustaba que el Foro fuera un gran jardín con sus laureles rosas, que crecían a lo largo de la vía sagrada y las rosas rojas alrededor del estanque de las Vestales. Y ya estaba: ¡me paseaba por el Palatino! Pero la presencia de Mussolini aplastaba a la ciudad; había inscripciones en las paredes, las camisas negras lo dominaban todo. De noche no se veía a nadie por las calles: esa ciudad, donde los siglos petrificados triunfaban soberbiamente de la nada, volvía a caer en la ausencia: una noche decidimos velar hasta la madrugada, únicos testigos. A eso de medianoche conversábamos en la plaza Navona desierta, sentados al borde de la fuente: ni una raya de luz detrás de las persianas cerradas. Dos camisas negras se acercaron: ¿qué hacíamos afuera a esa hora? Nuestra calidad de turistas nos valió su indulgencia, pero nos rogaron firmemente que volviéramos a acostarnos. No obedecimos: era conmovedor caminar sobre el minúsculo empedrado romano sin oír nada más que el ruido de nuestros pasos: como si hubiéramos aterrizado milagrosamente en una de esas ciudades mayas que las selvas defienden de toda mirada. A eso de las tres de la mañana, en el Coliseo, una lámpara se dirigió sobre nosotros: ¿qué hacíamos? Esta vez parecía que aun para ser turistas nuestra conducta era verdaderamente indecente; suspirando por las largas noches madrileñas, terminamos por volver al hotel. Para validar nuestros boletos de precio reducido, tuvimos que presentarnos a la exposición fascista. Echamos un vistazo a los escaparates donde estaban expuestos revólveres y cachiporras de los "mártires fascistas".

Vimos en Orvieto los frescos de Signorelli; nos detuvimos algunas horas entre los ladrillos rojos de Bolonia. Y luego, Venecia. Al salir de la estación, yo miraba con estupor a los viajeros que daban a los gondoleros la dirección de sus

hoteles; iban a instalarse, a abrir sus equipajes, a cambiarse de ropa: yo esperaba que esa ponderación nunca fuera mía. Habíamos dejado nuestras valijas en la consigna y caminamos durante horas; vimos a Venecia con esa mirada que nunca se repite: la primera. Por primera vez contemplamos la Crucifixión del Tintoretto. Fue también en Venecia, junto al puente del Rialto, donde por primera vez vimos S. S. en camisas pardas. Eran muy distintos de los fascistas negros; muy altos, los ojos vacíos, caminaban con paso rígido. Trescientas mil camisas pardas desfilaban en Nuremberg: era espantoso imaginarlo. Sartre sintió que se le paralizaba el corazón al pensar que un mes más tarde en Berlín se cruzaría con ellas a diario.

En Milán ya no teníamos un centavo. Erramos melancólicamente bajo la Galería; los restaurantes, las tiendas, nos parecían de un lujo asiático por el hecho de estar prohibidos. Tuvimos que renunciar a los tres días que íbamos a pasar en los lagos. Yo derramé lágrimas de rabia; a tal punto me humillaba el menor sacrificio. Volvimos a París.

Cuando Sartre se fue a Berlín me desinteresé por completo de la función pública. Sin embargo, las nubes se amontonaban en el cielo, reventaron, el rayo cayó. Hitler rompía con la S.D.N. y el plebiscito triunfal que siguió a su resonante discurso del 11 de noviembre demostraba que Alemania acogía con entusiasmo esa política de violencia. Nadie le creyó cuando declaró que Alemania quería la paz "en el honor y la igualdad de los derechos". Sin embargo, la izquierda francesa siguió afirmando que le tocaba a Francia impedir la guerra. "Contrariar las ondas de espanto, es el precio de la paz", escribía Alain a principios de 1934. El veredicto de Leipzig —todos los acusados fueron absueltos, salvo Van der Lubbe, condenado a muerte y ejecutado en enero— convenció a la izquierda de que los nazis no estaban seguros de su poder. Lo que ella temía ante todo era ver subir un fascismo francés. Las organizaciones de derecha

pretextaban la situación internacional y el marasmo económico para propagar un nacionalismo antidemocrático y belicoso. El escándalo Stavisky, que empezó en tono menor a fines de diciembre, se amplió rápidamente: la derecha lo explotó ruidosamente contra el cartel de las izquierdas, contra la Tercera República, el Parlamento, la democracia en general. La liga de Acción Francesa, las Juventudes patriotas, la Solidaridad francesa, la U.N.C., los Croix de Feu, desencadenaron riñas en el bulevar Raspail, en el bulevar Saint-Germain, cerca de la Cámara de Diputados, a lo largo del mes de febrero. Chiappe, deliberadamente, los dejaba obrar. Después de la manifestación que reunió el 26 de enero en la plaza de la Ópera alrededor de cuarenta mil personas, el ministerio renunció; Daladier formó un nuevo gobierno y destituyó a Chiappe. El 6 de febrero, día en que los ministros se presentaban ante la Cámara, estalló la rebelión; yo seguí de bastante lejos toda esa historia: estaba convencida de que no me incumbía. Después de la tormenta vendría la bonanza; me parecía vano inquietarme por esas tormentas sobre las cuales de todas maneras yo no podía nada. En toda Europa el fascismo se fortalecía, la guerra maduraba; yo seguía instalada en la paz eterna.

Me hizo falta mucha terquedad para mantenerme en esa indiferencia: el tiempo no me faltaba y ni siquiera sabía siempre cómo emplearlo. Me hundía en el aburrimiento provinciano. No había gran cosa que esperar de mis nuevos colegas. Mlle. Lucas, profesora de inglés, se parecía a un gran hongo: su vestido de terciopelo negro le llegaba a los tobillos y se abría sobre un peto de angora rosa: "¡No me decido a dejar mis vestidos de chiquilina!", decía; detestaba a sus alumnas, que se lo retribuían. Mlle. Aubin acababa de salir de Sèvres y jugaba a la evaporada; giraba por la sala de profesoras suspirando: "¡Dulzura! ¡Quisiera dulzura!" Por supuesto Simone Labourdin era menos tonta; había tenido un lío con Marco y conocía a Mme. Lemaire y a Pagniez; era morena, tenía unos ojos muy lindos de un

celeste gris, un perfil seco y puro, feos dientes; no simpatizábamos mucho, pero en Sèvres había sido la compañera de Colette Audry y almorzábamos a menudo las tres en un restaurante popular cerca de la estación. Nuestras opiniones nos acercaban. Sólo Colette Audry se ocupaba activamente en política: pasaba por roja; pero Simone y yo teníamos sobre los acontecimientos más o menos los mismos puntos de vista que ella. Por nuestra juventud, nuestras ideas, nuestro aspecto, representábamos en el liceo una especie de vanguardia. Nos preocupábamos por nuestra vestimenta. Colette llevaba por lo general camisas Lacoste y corbatas cuyos tonos combinaba con felicidad y osadía; tenía una chaqueta muy bonita que nos parecía magnífica, de gamuza negra con solapas blancas. Simone tenía una amiga que se vestía en grandes casas y que de tanto en tanto le regalaba un conjunto de una sencillez firmada. La única elegancia mía era mis tricotas, que mi madre me tejía sobre modelos cuidadosamente seleccionados y que mis alumnas solían copiar. Nuestro maquillaje, nuestros peinados, desmentían la definición que el padre de una alumna había propuesto admirativamente a Colette Audry: monjas laicas.

Pero ¿qué éramos? Sin marido, sin hijos, sin hogar, ninguna superficie social y veintiséis años: a esa edad se tienen ganas de pesar sobre la tierra. Colette se había lanzado a la política y sobre ese terreno luchaba para sentirse existir. Hasta entonces mi placer de vivir, mis proyectos literarios y la garantía que me proporcionaba Sartre me habían ahorrado ese tipo de preocupación. Pero su ausencia, la debilidad de la novela a la cual me había enganchado, la tristeza de Rouen, todo contribuía aquel año a desorientarme. Explico así las mezquinas agitaciones a las que me dejé arrastrar.

En París comía bastante a menudo con Marco, que acababa de ser nombrado profesor en Amiens; me llevaba a las hosterías de moda, comíamos platos con salsas sobre manteles a cuadros; era un hombre encantador, halagador; me

contaba un montón de historias más falsas que verdaderas pero que me divertían, me entregaba los secretos de su corazón con un abandono que no me engañaba, yo contestaba con confidencias estudiadas en las que el tampoco creía, pero su belleza daba precio a esas tinieblas complicidades. En esa época forcé la malevolencia, lo escuchaba complacientemente sacarle el cuero a Simone Labourdin. La había hecho muy desdichada y se jactaba de ello. ¿Por que se había dejado el conmover brevemente por la pasión que había en ella inspirado? Nunca lo supe. En verdad sólo le gustaban los hombres. Poco despues se instaló con un lindo muchacho rubio cuyo cabello aromático exaltaba en muy malos poemas; aceptaron que Simone compartiera su departamento, pero Marco contaba con sorna: "La hacemos dormir en un armario." Ella trató de seducir al hermoso rubio pero la combinación fracasó. Por otra parte, Marco se fue a Amiens, ella a Rouen, todavía solía verla intentando a la vez y con la misma falta de éxito reconquistarlo y desprenderse de él. Vivía bajo la mirada de Marco y se defendía incansablemente contra su desprecio. Él le había hurtado un cuaderno de su diario íntimo y me dio a leer algunos pasajes: "Quiero dominar, dominar —escribía—. Me haré dientes y uñas, tendré a la gente y las cosas bajo mi garra." Era más lamentable que ridículo. Marco la había humillado excesivamente y ella trataba de hacer pie ayudándose con palabras torpes; sin embargo, yo no pensaba en compadecerla y repetía riendo a Colette los lamentables encantamientos. Me fastidiaba con su obsesión de construirse una vida tan rica, tan "variada" que desde lo alto de su gloria futura Marco no pudiera desdeñarla: falseaba la realidad, hinchaba sus experiencias; Marco también, a decir verdad, pero lo hacía con gracia y parecía que gratuitamente, mientras que ella se aplicaba a la tarea con una seriedad deprimente.

Quizá yo la habría juzgado menos severamente si ella no me hubiera manifestado una neta hostilidad. Por su-

puesto, Marco no le había ocultado que yo me había burlado de ella con él: eso no la incitaba a la amistad.

La ausencia de Sartre había estrechado aun más mi intimidad con Pagniez: aquel año comíamos a menudo los dos solos; yo le contaba todo lo que me ocurría; si tenía que pedir un consejo, me dirigía a él; tenía gran confianza en su juicio y él ocupaba un lugar importante en mi vida. Me disgustó que Simone le repitiera, dándoles un tono de malevolencia, reflexiones en verdad muy amistosas que yo había hecho sobre él. Me vengué de ella con comadreos. De tanto en tanto, por ociosidad, tomaba una copa con Mlle. Ponthieu, una joven celadora cuyo rostro, por otra parte ingrato, estaba desfigurado por una mancha de vino; pero tenía un cuerpo elegante y se vestía bien; un pequeño industrial parisiense la ayudaba y ella flirteaba además con jóvenes profesores del liceo de varones. Hablábamos de ropa y comadreábamos. En los atardeceres, cansadas las dos, saboreé las dulzuras estancadas de la malevolencia. Afuera estaban la bruma y la noche provincianas; pero nada existía, salvo la tibieza y la luz del café donde yo estaba sentada, el ardor del té en mi garganta, yo que hablaba y que podía con palabras destruir al universo entero. Simone era mi víctima favorita.

Un domingo fui a ver a Marco en Amiens; me mostró la catedral y la ciudad, fue atento y más encantador que nunca. Me hizo preguntas insidiosas sobre Mme. Lemaire y Pagniez, sobre mis relaciones con Sartre, pero yo evité sus trampas con mentiras e ingenuidades concertadas. La conversación fue una seguidilla de escaramuzas que él entrecortaba con carcajadas. Pasé una tarde muy alegre. A la noche Marco me anunció con solemnidad que iba a revelarme un gran secreto. Sacó de su billetera la foto de un precioso chico rubio: "Es mi hijo", me dijo. Tres años antes había ido de vacaciones a una playa de Argelia, a lo lejos estaba anclado un yate deslumbrante; había nadado hasta el barco, había subido a bordo y había encon-

trado una joven inglesa maravillosamente linda, rubia, noble y riquísima. Había vuelto todas las noches. El chico había nacido clandestinamente. Ya no sé lo que le había ocurrido ni cómo había terminado ese idilio de gran lujo, pues me interesé poco en los detalles de la fábula. Más adelante Marco dio a Sartre una versión distinta de esa novela y le contó otra a Pagniez. En verdad el chico era su sobrino. Sin duda, Marco se alegró de haberme engañado, pues nadie cree más ingenuamente que un mitómano en la credulidad de los demás. Al terminar la velada, en todo caso, yo marqué un tanto. El me había reservado un cuarto en su casa; sugirió que compartiéramos la misma cama, como "hermano y hermana". Contesté que por regla general un hermano y una hermana, pasada cierta edad, duermen cada cual por su lado. Rió pero sin ganas. De todos modos yo hubiera declinado ese ofrecimiento incongruente; pero, además, me había contado que una de sus diversiones, cuando Simone Labourdin iba a verlo a Amiens, era pasar la noche entre sus sábanas con toda castidad; fingiendo dormir, la rozaba, esbozaba un abrazo, y se divertía como un loco oyéndola, según pretendía, jadear de deseo. Marco me dejaba fría y yo no temía sus maniobras; pero temía su fatuidad. ¡Qué triunfo para él si yo hubiera suspirado en sueños! Me alegró su despecho. De regreso a Rouen, conté alegremente ese fin de semana a Mlle. Ponthieu. Agregué que Marco ya no podía sufrir a Simone Labourdin y que sentía una gran atracción por mí. Supe por Pagniez que Simone se rió mucho al enterarse de que yo me había jactado de suplantarla en el corazón de Marco: era eso lo que le había repetido Mlle. Ponthieu. Me quedé muy confusa; a mí también se me podía destruir fácilmente con palabras; es un juego, me di cuenta, en el que no hay ganadores. No me niego a divertirme con él si tengo ganas, pero ya no espero de él desquites ni triunfos.

Me ocurrió un incidente bastante grave. Tenía que pasar con Marco la noche del miércoles 7 de febrero; Mme. Le-

maire y Pagniez me invitaron a comer ese día. No me gustaba hablarles de mis relaciones con Marco cuya intimidad ellos exageraban y no aprobaban. Yo temía a la mirada que habrían cambiado si les hubiera dicho la verdad. Por lo tanto les contesté que había quedado en salir con mi hermana. El 6 de febrero me encontraba en Rouen; me enteré de los acontecimientos al día siguiente por los diarios. Después de comer fui a dar una vuelta con Marco por la plaza de la Concorde; había todavía autos volcados, semicalcinados; numerosos curiosos rondaban. De pronto nos encontramos frente a frente con Pagniez y Simone Labourdin. Pagniez y Marco cambiaron alegremente algunos lugares comunes; yo tenía la garganta anudada. Se reproducía la trampa en que había caído a los dieciséis años, cuando había copiado la traducción de un texto latino: un acto sin importancia, inopinadamente divulgado, se cargaba de un enorme sentido. Mme. Lemaire y Pagniez iban a criticar severamente una mentira que los autorizaba a considerar sospechosas mis relaciones con Marco. ¿Cómo explicarles que me había defendido contra sus sonrisas? No. También esta vez me pareció que la única solución era perseverar en la mentira. A la semana siguiente comí con Pagniez en un restaurante cerca del mercado de vinos; le afirmé que verdaderamente había pensado salir con mi hermana; había cambiado mis planes a último momento. Protesté de mi inocencia con tanto fuego que casi me creyó; pero Mme. Lemaire siguió aun más convencida de mi duplicidad y me lo hizo sentir. Me desolaba haber perdido su confianza. Sartre me sacó del pantano cuando vino a París a pasar las vacaciones de Pascua; contó la verdad a sus amigos y les explicó mi conducta con una simpatía que supo hacer contagiosa: quizá hasta habían dudado de mi franqueza con él; en todo caso su buen humor los convenció de que habían concedido demasiada importancia a ese asunto. Rieron conmigo reconciliados. Sin embargo, conservé de esa experiencia un recuerdo muy vivo; no hay peor maldición, pensé,

que ser tratada como culpable por jueces respetados; una condena sin apelación podía definitivamente pervertir las relaciones que uno mantiene consigo mismo, con el prójimo, con el mundo, y marcarlo a uno para toda la vida. Una vez más consideré que tenía mucha suerte al no tener que soportar nunca sola el peso de un secreto.

El 9 de febrero a la noche, el P. C. había organizado una manifestación antifascista que la policía impidió brutalmente matando a seis obreros. El 12 de febrero a la tarde, por primera vez desde hacía años, trabajadores socialistas y comunistas desfilaron juntos por la avenida de Vincennes. La C.G.T. desató aquel día una huelga general a la cual se unió la C.G.T.U. "contra las amenazas del fascismo y para defensa de las libertades políticas". La voz de orden fue seguida por unos cuatro millones y medio de trabajadores. En el liceo de Rouen, solamente Colette Audry, Simone Labourdin y una militante sindicalista se plegaron al movimiento. A mí ni siquiera se me ocurrió unirme a ellas, a tal punto me sentía extraña a toda práctica política. Había otro motivo para esa abstención. Me repugnaba cualquier paso que me hubiera hecho asumir mi condición; me negaba como antes a coincidir con la profesora que era. Ya no podía pretender que jugaba a dictar cursos: sentía mi oficio como un yugo; me obligaba a vivir en Rouen, a ir al liceo a hora fija, etc. No dejaba de ser un papel que me imponían, al que me plegaba, pero detrás del cual se ocultaba, pensaba, mi verdad. No me interesaba en las reivindicaciones de los sindicatos de los funcionarios. Quería obrar bien, en clase, como individuo que expresa sus ideas a otros individuos, pero no exhibir mi calidad de miembro de la enseñanza, por un acto, cualquiera fuere.

Sin embargo a causa del contenido de mis cursos yo estaba muy mal vista por la burguesía ruoenesa: contaban que me mantenía un rico senador. ¿Sería porque Pagniez solía ir a buscarme a la estación Saint-Lazare y tenía buen

tipo? Sin embargo, era un poco joven para ser senador; y yo no tenía ni el tren de vida ni el aspecto de una comedora de brillantes. Pero la gente no miraba de cerca: chismeaban. En clase yo evitaba las imprudencias; ya no prestaba a las alumnas libros escandalosos y para la moral práctica les recomendaba el manual de Cuvillier. Sin embargo, como tenía que hablar de la familia, dije que la mujer no había nacido solamente para poner hijos en el mundo. Algunos días antes, en noviembre, el mariscal Petain había proclamado en un discurso la necesidad de unir la escuela al ejército y una circular dirigida a los profesores les había aconsejado que apoyaran la propaganda natalista: hice a ello una alusión irónica. Corrió la voz de que yo me había jactado de tener amantes ricos y había aconsejado a mis alumnas que me imitaran; luego, habría exigido la aprobación de cada una de ellas; sólo algunas chicas de "alta moralidad" habían osado protestar. Desde que, a continuación de los acontecimientos de febrero, Doumergue había subido al poder, se asistía a un recrudecimiento del "orden moral". Fue sin duda lo que alentó a la "comisión departamental de la natalidad y de la protección a la infancia" a mandar al prefecto un informe denunciando la enseñanza que "una indigna profesora" dirigía contra la familia. Compuse con ayuda de Pagniez una respuesta virtuosamente indignada que hice llegar a mis superiores jerárquicos; acusaba a los padres de las alumnas que me atacaban de sostener las doctrinas hitleristas exigiendo que la mujer quedara relegada al hogar. El inspector de Academia era un viejito mal entrazado que no apreciaba especialmente a la alta burguesía local y tomó mi partido riendo. Sin embargo, en el liceo Corneille, M. Troude, mi colega masculino, no dejaba pasar un curso sin hacerme imaginariamente comparecer ante su clase y confundirme.

Las leyendas que corrían sobre Colette, Simone y yo reforzaban el interés que inspirábamos a las colegialas que no eran beatas. Colette Audry, sobre todo, inspiraba nume-

rosas "llamas". Les dábamos poca importancia, pero éramos lo bastante jóvenes como para que nos divirtiera ser prestigiosas para alguien. He dicho que Marco, como la mayoría de los pederastas, encontraba a menudo "seres maravillosos"; Simone Labourdin trataba ávidamente de descubrir a la colegiala de *élite*, a la adolescente de genio que pudiera oponer a esos hallazgos. Colette se ocupaba sobre todo de ejercer una influencia política sobre sus alumnas mayores y muchas se afiliaban a las "Juventudes comunistas". Yo forjaba leyendas sobre algunas de las alumnas de tercero a quienes enseñaba el latín. Tres o cuatro de ellas ya tenían catorce años, gracias e inquietudes de mujeres jóvenes; la más bonita, que fue más tarde actriz en el teatro de Bary, quedó embarazada y tuvo que casarse a los quince años. Las alumnas de filosofía ya habían entrado en su pellejo de futuras adultas y yo sentía poca simpatía por las mujeres en que iban a convertirse.[1] El primer año, sin embargo, Colette Audry me había señalado a una pupila llamada "la rusita", porque era hija de un ruso blanco casado con una francesa y a quien todas sus profesoras reconocían "personalidad". Su rostro pálido rodeado por el pelo rubio me pareció casi apático, y ella me entregaba deberes tan sucintos que me costaba juzgarlos. Sin embargo cuando devolví las composiciones del segundo trimestre anuncié: "Ante mi asombro, Olga D. obtuvo la mejor calificación." Antes del bachillerato hubo un "examen blanco". Hacía mucho calor y el solo hecho de mirar a mis alumnas penar sobre sus disertaciones me aplastaba de cansancio; una tras otra depositaron sus deberes sobre mi escritorio; sólo la rusita permanecía hundida sobre su banco. Le reclamé su deber y se echó a llorar. Le pregunté qué era lo que no marchaba: nada marchaba. Le propuse sacarla a pasear el domingo a

[1] En verdad, tuve sorpresas. No se me ocurría que la juiciosa y estudiosa Jacqueline Netter escaparía raspando de la guillotina: se convirtió en la valiente Jacqueline Guerroudji y el tribunal de Argel la condenó a muerte al mismo tiempo que a su marido.

la tarde. La pasé por los muelles, le ofrecí una copa en la cervecería Víctor, ella me habló de Baudelaire y de Dios: nunca había tenido fe, pero en el internado pasaba por mística, porque aborrecía a las chicas que hacen "radical-socialismo". Pasó brillantemente su bachillerato a pesar de M. Troude, que me detestaba a través de mis alumnas y les tendía mil lazos.

A la entrada de clases, sus padres, que vivían en Beuzeville, la mandaron a preparar su P.C.N. en Rouen; a los doce años había querido ser bailarina, a los diecisiete arquitecta: odiaba la medicina. Su padre, de familia noble, había huido cuando la revolución y su madre leía *L'Action Française;* sin embargo, le repelían los estudiantes roueneses, casi todos de extrema derecha; no le importaba la política, pero no soportaba que fueran tan chatos. Se hizo amiga de un grupo de judíos rumanos y polacos arrojados de su país por el antisemitismo y que estudiaban en Rouen porque la vida era menos cara que en París; los rumanos tenían algo de dinero y se planteaban pocos problemas; ella se hizo más amiga de los polacos, que vivían todos en la miseria y eran unos sionistas y otros comunistas con pasión. Uno de ellos adoraba el violín; todos adoraban la música y, a diferencia de los niños bien franceses, solían privarse de una comida para pagarse una entrada a un concierto o para ir a bailar al "Royal". Vivió durante unos meses en una pensión para señoritas, luego compartió un cuarto con una compañera polaca. A veces veía a sus ex condiscípulas, entre otras a Lucia Vernon, afiliada a las "Juventudes comunistas" y que la llevaba a reuniones. Me describió una. Aquella noche hubo una conferencia sobre el aborto, entonces legalmente practicado en la U.R.S.S.; como el tema interesaba particularmente a las mujeres, el auditorio estaba compuesto en su mayoría de adolescentes. Un antiguo estudiante que tenía al menos treinta años, jefe de los "Camelots du roi", con una corbata plastrón y un bastón en la mano, intervino con impertinencia en los debates; era fácil desconcertar a

las jóvenes de la asistencia pues eran pequeñas rebeldes muy serias que reflexionaban sobre los problemas de su condición sin ningún mal pensamiento picaresco; el alud de "perrería francesa" [1] las dejó sin habla y las hizo ruborizarse. El servicio de orden había convocado a algunos estibadores; uno de ellos avanzó hacia el grupo de los "camelots". "Yo no tengo su educación, señor, pero no hablaría así a las señoritas", dijo; el viejo estudiante se fue con su escolta.

Olga me tenía al corriente de su vida; me hablaba de sus compañeros; un día me preguntó qué significaba exactamente ser judío. Contesté con autoridad: "Nada. Los judíos no existen: sólo hay hombres." Me contó mucho más tarde qué éxito había tenido entrando al cuarto del violinista y declarando: "¡Amigos, ustedes no existen! ¡Me lo dijo mi profesora de filosofía!" Sobre muchos puntos yo era —Sartre también— deplorablemente abstracta. Reconocía la realidad de las clases sociales; pero por reacción contra las ideologías de mi padre, protestaba si me hablaban del francés, del alemán, del judío: no existían sino personas singulares. Yo tenía razón de negar el esencialismo. Ya sabía a qué abusos conducen nociones tales como el alma eslava, el carácter judío, la mentalidad primitiva, el eterno femenino. Pero el universalismo al que me volcaba me llevaba lejos de la realidad. Lo que me faltaba era la idea de "situación", que permite definir concretamente los conjuntos humanos sin esclavizarlos a una fatalidad intemporal. Pero nadie entonces, en cuanto uno se salía del cuadro de la lucha de clases, me la proporcionaba.

Me gustaban mucho las historias de Olga, su manera de sentir, de pensar; sin embargo para mí era una chica y no la veía a menudo. La invitaba una vez por semana a almorzar a la cervecería Paul; esos encuentros, lo supe más tarde, la irritaban; consideraba que no es posible alimentarse y conversar a la vez: había tomado el partido de no comer nada y de hablar apenas. La saqué tres o cuatro veces de

[1] Es una expresión de Julien Gracq.

noche. Oímos *Boris Godunov*, presentado por la ópera rusa; la llevé al recital dado por Gilles y Julien, quienes nunca me cansaban. Me acompañó al mitin organizado yo no sé a propósito de qué por la fracción de Colette Audry; oradores de diferentes partidos debían tomar la palabra. La gran atracción era Jacques Doriot, que acababa de ser llamado a Moscú para que diera cuenta de sus desviaciones políticas: se había negado a ir. Sobre el estrado, entre las personalidades, estaban Colette Audry, Michel Collinet. Los comunistas roueneses habían acudido en masa. En cuanto Doriot abrió la boca, partieron clamores de todos los rincones de la sala: "¡A Moscú! ¡A Moscú!" Las sillas volaban por encima de las cabezas. Colette y sus amigos, de pie en la parte de adelante del estrado, hacían a Doriot un escudo con sus cuerpos: un estibador la tiró al suelo. Doriot dejó el lugar, la calma renació; el público escuchó en un respetuoso silencio y hasta aplaudió sin entusiasmo a un pequeño socialista pálido. Mi corazón liberal hervía de indignación.

Esa noche se destacó sobre la monotonía de los días roueneses. Otra diversión fue el viaje relámpago de Jacqueline Audry; me dio una lección de maquillaje y me enseñó a depilarme las cejas; a la noche, Colette, ella y yo fuimos a comer un pato a la sangre en Duclair. Yo no veía mucho a Colette, que tenía sus ocupaciones, sus preocupaciones. Trabajaba sin placer en mi novela; seguía tomando lecciones de alemán, leía, con la ayuda de un diccionario, *Frau Sorge, Karl und Anna*, el teatro de Schnitzler. Me quedaba mucho tiempo que matar. Si aquel año no se hundió entero en el tedio es porque lo cruzó una tragedia: la historia de Louise Perron.

Louise Perron enseñaba en un colegio de Rouen. Era una morena alta, de treinta años, fea, con ojos brillantes y un cuerpo elegante, que ella vestía mal. Vivía en los altillos de una vieja casa cerca de mi hotel. Cuando llegué a

Rouen, hacía un año que ella era amiga de Colette Audry; pero, como Colette había cometido el error de sonreír un día en que Louise le había abierto su corazón, fui elegida en su lugar para el papel de confidente. Louise había conocido en los coloquios de Pontigny a un escritor conocido al que llamaré J. B. Una noche, Louise le había lanzado con tono provocador: "¡Yo soy trotskista!" y, según decía, él la había mirado con curiosidad. Ella le había prodigado las insinuaciones y hasta afirmaba que, en los jardines de la abadía, lo había mordido en el hombro. En todo caso, había logrado llevarlo a su cama y entonces le había confesado que él era su primer amante. "¡Madre de Dios, son todas vírgenes aquí!", dijo J. B. abrumado, pero sin atreverse a irse. Era casado; Louise se convenció de que, por amor a ella, iba a separarse de su mujer. En cuanto llegó a París, sin embargo, J. B. puso las cosas en su sitio: esa aventura no podía prolongarse; le proponía a Louise su amistad; como ella se negaba a contentarse con eso, le escribió que era mejor romper. Louise no quiso creer que fuera sincero. O se estaba divirtiendo en un juego cruel o mentía por piedad a su mujer: en todo caso, se creía amada. Él se negaba a verla, pero ella no se dejaba manejar con esa malicia; el domingo, en París, alquilaba un cuarto en un hotel lujoso frente al departamento de J. B. y espiaba la puerta del edificio; en cuanto él aparecía, se precipitaba a su encuentro y generalmente conseguía ir a tomar una copa con él. En Rouen ella leía y releía los libros que él admiraba; había adornado su cuarto con reproducciones de los cuadros que él prefería; trataba de adivinar lo que en cada circunstancia él hubiera dicho, pensado, sentido. Una mañana, yo estaba tomando un café en "La Métropole", en la plaza de la estación, con Colette Audry, cuando Louise apareció: "J. B. acaba de tener una hija. ¡Lux!", dijo y se alejó como un ventarrón. "¡Lux! ¡Qué nombre raro!", dijo Colette. En verdad, Louise había querido decir que la luz se había hecho en su espíritu: como su mujer estaba espe-

rando un chico, J. B. no había pedido el divorcio. Mandó a Mme. J. B. una ramo de rosas rojas y una tarjeta postal de felicitaciones que representaba el puerto de Rouen. Durante las vacaciones de Pascuas se fue al Sur; a su vuelta, las cosas no se arreglaron. J. B. no contestaba a sus telegramas, a sus llamadas de teléfono, a sus cartas por expreso. Yo intenté hacerle razonar: "Ha decidido romper", le dije. Ella se encogía de hombros: "Cuando uno quiere romper, lo dice: me escribiría." Un día tuvo una nueva iluminación: "Está celoso." Me explicó por qué. Ella le había mandado desde la Provenza una tarjeta redactada más o menos en estos términos: "Desde este país que, según me dicen, se me parece, le mando mis recuerdos." "Me dicen" significaba que tenía un amante, me comentó. "No es verdad, pero es lo que él ha pensado", concluyó. Y además, una noche había ido al teatro con un amigo de J. B., al que también había conocido en Pontigny, y, durante todo el espectáculo, este hombre había puesto una cara rara; había pretendido que le molestaban sus zapatos nuevos, pero ¿no habría sospechado que Louise trataba de seducirlo? ¿No le habría hecho daño ante J. B.? Escribió una larga carta para disipar los equívocos: J. B. guardó silencio. Entonces advirtió que había cometido otro error. Había enviado a Mme. J. B. rosas rojas, color de sangre y de muerte; había un barco en la tarjeta postal que representaba el puerto de Rouen: habían comprendido que decía a su rival: "Quisiera librarme de usted." Escribió una nueva carta donde aclaró la situación. Una tarde de junio, yo había ido a buscar a Sartre a la estación y cruzábamos la plaza cuando vi a Louise que se adelantaba hacia mí. Las lágrimas corrían por sus mejillas; me tomó del brazo y me llevó aparte: "¡Lea!" Había recibido unas líneas de J. B., netas y definitivas, que terminaban con esta frase: "Dejemos al azar el cuidado de un encuentro." "Bien —dije—, es una carta de ruptura." Se encogió de hombros con aire irritado: "Vamos, cuando una quiere romper, no escribe." Se lanzó a

una exégesis extremadamente ingeniosa: cada coma demostraba la mala fe de J. B. "El azar —dijo—. ¿Usted no comprende lo que significa? Quiere que vaya de nuevo al hotel a esperarlo y que finja encontrarlo en la calle por sorpresa. ¿Pero por qué todas esas astucias? ¿Por qué?" Se las arregló para volver a ver a J. B. antes de las vacaciones; él le habló sin duda con cortesía; ella se fue a la montaña decidida a escribir sobre la obra de J. B. un gran artículo que probara que era digna de él. Yo me daba cuenta de que era desdichada; no obstante, el asunto me parecía cómico y me reía. Sólo me emocioné la mañana de junio en que la vi llorar.

Algunos días después del comienzo de las clases encontré a Louise cerca del liceo; me tomó de la muñeca y me arrastró a tomar el té a su casa. Durante sus vacaciones en un hotelito de los Alpes, había escrito un artículo sobre J. B. y había ido a llevárselo a fines de setiembre al diario donde él trabajaba. Él la había recibido amistosamente, pero le parecían raros algunos aspectos de la conducta de Louise. J. B. le había dado la espalda y se había quedado un largo rato con la frente apoyada en la ventana: trataba de disimular su emoción, de acuerdo; pero luego, sentado a su escritorio, había apoyado la barbilla contra su puño, exhibiendo en el dorso de la mano la marca de tres dientes. "Evidentemente —me dijo Louise— eso significaba que ya no se acuesta con su mujer ¿Pero por qué me dice eso a mí?" En ese instante se hizo la luz en mi cabeza y ese asunto dejó definitivamente de causarme gracia; ya no se trataba de hacer razonar a Louise ni de reírse de ella. A menudo, durante las semanas siguientes, surgía del vano de una puerta y crispaba su mano sobre mi brazo. ¿J. B. la ponía a prueba o trataba de vengarse de ella? En ese caso ¿la mejor solución no sería matarlo? Ella había tenido la impresión que era eso quizá lo que él deseaba. Traté, como el año anterior, de distraerla, contándole cuentos sobre Marco, sobre Simone Labourdin, sobre Camille y Dullin, pero ella ya no escuchaba; incansablemente hurgaba en sus recuerdos.

Un día la gerente del hotel La Rochefoucauld me entregó un ramo de rosas té: "El equívoco está disipado. Soy feliz y le he traído rosas." Puse las flores en un florero con el corazón oprimido. Louise se explicó al día siguiente: antes de dormirse a la noche, pasaba por su cabeza un largo desfile de imágenes; una de ellas, de pronto, la había cegado: en el papel de carta de su hotel alpino había una viñeta que representaba un ánfora; en el lenguaje psicoanalítico el ánfora tiene un sentido definido: J. B. había comprendido que Louise le anunciaba con desafío: "¡Tengo un amante!" Había sido herido en su amor propio y por eso la torturaba. Ella le había mandado en seguida una carta por expreso que lo aclaraba todo y, al volver del correo, me había comprado rosas. Algunas horas después de esa conversación estaba de nuevo en mi cuarto, postrada sobre mi cama, con un telegrama a su lado. "Ningún equívoco. Va carta." Ya no trataba de mentir, admitía que todo estaba terminado. Le dije las tonterías que uno dice en esos casos.

Quizá la sacudida le resultó saludable: durante todo el mes de noviembre dejó de hacerse trampas. Colette y yo la veíamos más a menudo que antes y le presenté a Olga. Le sugerí que escribiera recuerdos de infancia y lo hizo en un estilo bastante brutal, que no me disgustaba. A veces tenía ataques de buen humor y parecía decidida a olvidar a J. B. En Pontigny, un socialista cincuentón también la había festejado; ella le escribió, se citaron, él la llevó a pasar la noche a un hotel del lado de la estación del Norte.

Dos días después, un lunes, yo tenía que tomar el té en su casa con Olga, pero le dije a ésta que fuera sola; yo quería trabajar, iría al final de la tarde. En cuanto llegué, Olga escapó. Había contado un montón de historias encantadoras sobre su infancia, me dijo Louise con una mirada fija casi insostenible. Calló y siguió mirándome. Traté de decirle algo, pero no encontré nada. El odio que leía en sus ojos me asustaba menos que la salvaje franqueza con la

que me lo declaraba. Habíamos salido del mundo de los convenciones tranquilizadoras, yo ya no sabía en qué terreno me aventuraba. De pronto Louise apartó la mirada y se puso a hablar; durante dos horas, casi sin retomar aliento, me contó *Consuelo* de George Sand.

Me fui a París donde pasé a escondidas tres días con Sartre, que se tomaba largas vacaciones de Navidad. Me acompañó a Rouen el jueves por la noche. El viernes por la mañana, mientras tomábamos un café en "La Métropole", Colette Audry se nos acercó con aire agitado. Tenía una cita aquella tarde con Louise y no se atrevía a ir. Louise la había recibido a comer el martes a la noche: en su cuarto había tendido una mesa de doce cubiertos: "¿Dónde están los demás? —preguntó, abriéndole la puerta a Colette—. ¡Yo creí que serían muchos más!" Tomó un telegrama sobre su chimenea y dijo en tono liviano: "¡Alèxandre no viene!" Alexandre, ex director de *Libres Propos*, había enseñado en Rouen dos años antes y ocupaba entonces un puesto en Londres. "Es muy lejos Londres", dijo Colette. Louise se encogió de hombros y su rostro se ensombreció. "No hay nada para comer", dijo. Agregó en tono brusco: "Voy a hacer hervir unas pastas." Comieron un plato de tallarines.

Dos días después, el jueves, Louise había ido a golpear a la puerta del pabellón donde vivía Colette; se había tirado de rodillas entremezclando súplicas y amenazas y había jurado no ser culpable de nada. Esta vez Colette se había conmovido. Acababa de telefonear a la escuela donde Louise enseñaba: no había ido esa mañana a dictar clase; esos últimos tiempos parecía muy cansada. Colette tenía que ir al liceo; decidimos que yo iría a ver a Louise con Sartre.

En el camino encontré a Olga que me buscaba. El miércoles a la noche, había ido a llevarle a Louise un libro que le había prestado la antevíspera. Por lo general, cuando llamaban a la puerta del edificio, Louise la abría desde su departamento apretando un botón; ese día había bajado; había tomado el libro. "Y ¿el látigo para perro? ¿No me

trae el látigo para perro?" Mientras subía la escalera rezongaba: "¡Qué comedia! ¡Ah, qué comedia!" Olga agregó que el lunes, desarrollando incansablemente sus recuerdos de infancia para conjurar un silencio opresivo, había contado una discusión con su abuela; tenía cuatro años, se sentía sofocada de impotencia y había amenazado a la anciana: "Cuando papá venga te pegará con un látigo de perro." "He ahí la explicación", le había dicho con voz tranquilizadora su compañera comunista Lucie Vernon, a quien había contado el incidente. Lucie, que tenía la costumbre de racionalizar el mundo, había juzgado la conducta de Louise completamente normal. Pero Olga conservaba un peso sobre el corazón.

Pensamos, Sartre y yo, en la noche que había pasado el sábado anterior con Louise el socialista cincuentón. Sartre debía esbozar sobre ese tema un relato que abandonó, pero que fue el origen de *El cuarto*.

Louise ocupaba sola el cuarto y último piso de su edificio. Apreté el botón correspondiente a su departamento sin resultado; apreté otro y la puerta se abrió. Subimos la escalera; al llegar arriba vimos en la puerta de Louise una mancha blanca: una hoja de papel pinchada con chinches donde estaba escrito con caracteres de imprenta: "El eterno bufón." Pese a los cuentos de Colette y de Olga, recibí un impacto. Golpeé; nadie contestó. Miré por el agujero de la cerradura. Louise estaba sentada ante la salamandra, envuelta en un chal, la cara de cera, tan inmóvil como un cadáver. ¿Qué hacer? Bajamos a discutir en la calle, volvimos a subir, golpeé y, a través de la puerta, exhorté a Louise que nos abriera: abrió. Le tendí la mano y ella puso vivamente la suya detrás de la espalda. El cuarto estaba lleno de humo, en la chimenea se quemaban papeles y había montones sobre el piso. Louise se hincó y tiró un manojo entre las llamas, "¿Qué hace?", le pregunté. "¡No! —dijo ella—. No hablaré. ¡Ya he hablado demasiado!" Le toqué el hombro: "Venga con nosotros. Venga a comer algo." Se estremeció y me miró con furor.

"¿Se da cuenta de lo que está diciendo?" Lancé palabras al azar: "Sabe muy bien que soy su amiga." "¡Ah, linda amiga! —dijo—. Déjeme, váyase." Nos fuimos y, como no había otro remedio, mandamos un telegrama a sus padres, que vivían en una aldea en Auvergne.

Yo tenía que dictar clase a la tarde. A eso de las dos, Sartre fue a ver a Louise con Colette Audry. La inquilina del tercero los paró en la escalera: hacía tres días que, de la mañana a la noche, Louise hacía crujir el piso sobre su cabeza; y la sirvienta decía que hacía semanas que no paraba de hablar en alta voz. Cuando entraron a su cuarto Louise cayó en brazos de Colette sollozando: "¡Estoy enferma!" Aceptó que Sartre bajara a comprarle fruta. Al volver encontró a Colette en la acera: Louise había cambiado de humor y la había echado. Esta vez, cuando empujó la puerta que ella no había cerrado, vio que estaba en un rincón del diván, los ojos apagados, el rostro inexpresivo; él puso la fruta al lado de ella y se fue. Una voz gritó a su espalda: "¡No quiero todo esto!" Hubo un ruido de pasos precipitados: las peras, las bananas, las naranjas, rodaron por la escalera. La señora de abajo entreabrió su puerta: "¿Puedo recogerlas? ¡Sería una lástima que se perdieran!"

Nunca el cielo mojado de Rouen, sus calles correctas, me habían parecido más lúgubres que en ese atardecer. Esperaba ansiosamente un telegrama de la familia Perron; pasé por la portería del hotel; una señora morena había venido, había dejado un mensaje: "No la odio. Tengo que hablarle. La espero." ¡Qué obsesión aquella puerta que había que abrir, que cerrar, aquella escalera oscura que había que subir, que bajar, y todo aquel ir y venir dentro de aquella cabeza, allí arriba! Encerrarme sola de noche en el cuarto de Louise bajo el fuego de su mirada, respirar el amargo olor de desesperación que manchaba las paredes, me asustaba. De nuevo Sartre me acompañó. Louise nos tendió la mano y sonrió: "Bien —dijo con voz cansada—. Los he hecho venir para pedirles un consejo puesto que son mis amigos: ¿debo seguir viviendo o ma-



Escaneado con CamScanner

tarme?" "Vivir, por supuesto", le dije en seguida. "Muy bien, pero ¿cómo? ¿Como ganarme la vida?" Le recordé que era profesora; se encogió de hombros con fastidio: "¡Vamos! Mandé mi renuncia; no voy a seguir haciendo el mono durante toda mi vida." Un mono, un bufón, como el padre Karamazov había representado ese papel, bueno, pero se acabó, quería regenerarse, trabajar con sus manos, barrer las calles quizá o hacer la limpieza. Se puso un abrigo: "Bajo a comprar el diario para consultar los anuncios." "Bueno", dije. ¿Qué decir? Nos miró con aire desorientado: "¡Ah, estoy representando otra vez una comedia!" Tiró su abrigo sobre el diván: "Pero esto también es una comedia —dijo, apretándose las mejillas con las manos—. ¿Habrá algún medio de salir?" Terminó por calmarse y me dirigió de nuevo una sonrisa: "¡Bien! Sólo me queda agradecerles todo lo que han hecho." Me apresuré en protestar: no había hecho nada. "¡Ah; no mienta!", dijo con aire enojado. Yo me había dedicado asiduamente a convencerla de su abyección; todas las historias que le había contado sobre Simone Labourdin, Marco, Camille, eran para saber si tenía el alma lo bastante ruin como para creer en ellas. Y ella las creía. En presencia de la gente parecía un madero que se deja sepultar por el cieno; sólo encontraba algo de juicio en la soledad; esa pasividad ante el prójimo era justamente uno de los aspectos de su abyección y sin duda yo había tratado de hundirla más, para provocar en ella una reacción que le permitiera zafarse. Yo había terminado mi obra aconsejándole que redactara sus recuerdos de infancia: era una manera de psicoanalizarla. Renuncié a defenderme contra su inquietante gratitud.

Esa escena había tenido el rigor de un buen diálogo de teatro. Nos hizo mucha impresión. Nos impresionó la impotencia de Louise para desprenderse de la "comedia": eso confirmaba por completo la idea que nos habíamos formado sobre el caso; para nosotros el error de Louise era haber querido construirse una imagen de sí misma que le sirviera de arma contra un amor desdichado; su mérito era haberse visto

con lucidez; su drama era que cuanto más se empeñara en ello, menos conseguiría olvidarse de sí misma.

El padre de Louise llegó a la mañana siguiente; fabricaba toneles en el Aveyron y nos examinó con desconfianza: "¿Qué le han hecho a esa muchacha?" Sospechaba visiblemente la obra de algún seductor. El hermano de Louise, diez años menor que ella, alumno de la Escuela Normal, llegó a la tarde; también estaba a la defensiva. Se instaló en casa de su hermana para las vacaciones de Navidad. Antes de irse de Rouen, Colette fue a ver a la directora de Louise para pedirle que rompiera su carta de renuncia; la recibió la celadora general. La directora había ido a ver a Louise para explicarse con ella; Louise la había echado gritando: "¡Busco el acto puro!" La directora se había pegado tal susto que desde ese entonces estaba en cama.

Volví a ver a Louise en los primeros días de enero en el café "La Métropole"; estaba flaca y amarillenta, tenía las manos húmedas y todo su cuerpo temblaba. "He estado enferma, muy enferma." Había conocido durante esas dos últimas semanas una especie de desdoblamiento y me dijo lo horrible que era verse sin cesar. Lloraba. Ya no había ninguna hostilidad en ella; me suplicaba que la defendiera contra la calumnia. "Mi mano es inocente, lo juro", dijo extendiendo su mano sobre la mesa. Sí, había escrito en su artículo que los personajes de J. B. se parecían como los dedos de una mano, pero no había ninguna alusión en esa frase. No le había deseado ningún daño al hijo de J. B. Estaba decidida a atenderse. El médico le había aconsejado que se fuera a la montaña; su hermano iba a acompañarla y se quedaría con ella dos o tres semanas.

Según su primera carta parecía que la nieve y un buen régimen la hubiese transformado; hacía esquí; describía su hotel y el paisaje; estaba tejiendo para mí un lindo pulóver blanco. "En otra oportunidad les agradeceré a los demás." Sólo esta frase, al pie de la última página, me inquietó. Con razón. Pues las cartas siguientes no eran tranquilizadoras;

Louise se había recalcado el tobillo y, extendida sobre el sofá, pensaba de nuevo en el pasado. A menudo al despertarse, le mostraban sobre las paredes de su cuarto estrellas, cruces: ¿Quién? ¿Por qué? ¿Queríamos salvarla? ¿Perderla? Parecía inclinarse hacia la segunda hipótesis.

No me sentía nada a gusto cuando fui a buscarla a la estación; las nueve de la noche: no tenía el coraje de aislarme con ella en su cuarto; sentía un poco de miedo y sobre todo miedo de tener miedo. Entre la ola de los viajeros la vi llevando sus dos valijas, el aspecto robusto, el rostro bronceado y duro; no me sonrió. Insistí para que fuéramos a tomar una copa al bar de la estación; no le gustaba, pero insistí y me alegré de haberlo hecho, pues era reconfortante tener gente, ruido, alrededor de nosotros, mientras ella conducía su interrogatorio; exigía una respuesta neta: la coalición, ¿había obrado por su bien o por espíritu de venganza? Hablaba con voz clara y su buena salud le había permitido poner su delirio en orden: era una soberbia construcción más difícil de refutar que Leibniz o Spinoza. Negué la existencia de una coalición: "¡Vamos! —dijo—. No son nubes que se encuentran." Ahora sabía que Colette era la amiga de J. B.; el verano pasado ella había ido a Noruega, según decía, con unos amigos; y, por su parte, J. B. había hablado en tono irónico del proyecto de hacer un crucero a Noruega: ¿coincidencia? No. Todo el mundo estaba al corriente de esas relaciones, salvo Louise. Por otra parte, la tenían sistemáticamente de lado. En el restaurante, mientras yo tomaba sidra como Colette y Simone Labourdin, Louise había pedido vino y yo había dicho con sorna: "¡Ajá! ¡Está sola!" Intenté un contraataque. "Sabe muy bien que usted es una interpretante", le dije. Me había contado que se pasaba las horas extendida sobre su diván buscando el sentido oculto de los gestos, de las palabras, que había notado durante el día. "Sí, ya lo sé —contestó ella tranquilamente—, pero un hecho es un hecho." Hechos, me citó a profusión: la guiñada insolente, un día en que nos habíamos cruzado; un cambio de sonrisas con Colette; una

entonación extraña de Olga, jirones de frases que yo había pronunciado. Imposible luchar contra esas evidencias. Al salir de la estación, me limité a repetir que no había coalición. "Bueno, puesto que se niega a ayudarme, es inútil por el momento volver a vernos. Tomaré mis decisiones sola", dijo hundiéndose en las tinieblas de la ciudad.

Dormí mal aquella noche y las noches siguientes. Louise entraba a mi cuarto con espuma en los labios, alguien me ayudaba a encerrarla en un estuche de violín; yo trataba de volver a dormirme; pero el estuche permanecía sobre la chimenea; en el interior había una cosa viva, torcida de odio y de horror. Abrí los ojos. ¿Qué haría si Louise golpeaba a mi puerta en medio de la noche? No podía negarme a abrirle y sin embargo, desde nuestra última conversación, la creía capaz de cualquier cosa. Hasta mis días estaban envenenados por el temor de un encuentro; la idea que ella respiraba, rumiaba a unos cien metros de mí, bastaba para despertar en mí esa angustia que había sentido a los quince años viendo a Carlos VI errar sobre el escenario del Odeón.

Transcurrieron alrededor de dos semanas. Colette y yo recibimos dos cartas idénticas: "¿Quiere darme el placer de asistir el domingo 11 de febrero a las doce y media al gran almuerzo que organizo en París en honor de mis amigos?" Ese almuerzo, cuyo lugar no estaba indicado, recordaba el banquete fantasma en el que Colette había tomado parte. Mandó invitaciones a sus padres, a Alexandre, a J. B., al socialista, a algunos otros. Pero, antes de la fecha fijada, Louise fue a visitar a Mme. J. B. y le juró sollozando que no le deseaba ningún daño. Mme. J. B. supo convencerla de que entrara el mismo día en una clínica.

Salió de ella hacia la mitad del verano, que terminó en casa de sus padres. Hizo un viaje a París en octubre y me citó en el "Dôme". La esperé en el fondo del café, con la garganta anudada. Me saludó bastante amistosamente, pero lanzó una mirada sospechosa sobre el libro que yo había colocado ante mí: la traducción de una novela inglesa hecha por Louis

Guilloux: "¿Por qué Louis Guilloux?", preguntó. Se quejó de la clínica, donde los médicos la habían sometido a experiencias de hipnotismo y de trasmisión de pensamientos que la habían arrojado en crisis atroces. Había recobrado su calma, pero seguía convencida de que la coalición no cedía. La última carta de Colette había sido mandada desde el correo de la calle Singer, lo que significaba: "Usted es un mono" [1]; en el papel se leía en filigrana: "The strongest": "He sido la más fuerte. Yo misma tenía algo equívoco en mi actitud. Louise admitía que tenía la manía de la interpretación. Releyendo *Cinna* se le había cruzado la idea de que esa historia de conspiración era una alusión a su caso, había razonado: la tragedia tenía tres siglos de edad. Pero cuando oía en la radio, cuando leía en una revista palabras provocativas ¿qué le impedía creer que se referían a ella? La coalición tenía ampliamente los medios de financiar audiciones, artículos. Se lanzó en una asombrosa descripción del mundo en que vivía. Símbolos psicoanalíticos, llaves de los sueños, lenguaje de las cifras y de las flores, juegos de palabras, anagramas: todo le servía para cargar el menor objeto, el incidente más fútil, de una multitud de intenciones que se dirigían a ella. Ni un momento muerto en ese universo, ni una pulgada de terreno neutro, ni un detalle dejado al azar; estaba regido por una necesidad de hierro y tenía entero significado; me parecía que me llevaban lejos de la tierra y sus blanduras al paraíso o al infierno. Al infierno, sin duda alguna. El rostro de Louise estaba negro. "No veo más que dos soluciones —me dijo pesando sus palabras—. O me afilio al Partido Comunista o mato. El fastidio es que tendré que empezar por las personas que más quiero." Yo ya no sacaba los ojos de sus manos que de tanto en tanto se crispaban sobre su cartera; después supe que siempre llevaba una navaja y que hubiera sido capaz de usarla. Yo me decía para tranquilizarme que su primera víctima sería J. B. y que no le resultaría fácil juntarse con la otra; pero eso me tranquilizaba a medias. Al

[1] *Singe* es mono en francés (N. de la T.).

mismo tiempo, me fascinaban las sombrías fantasmagorías entre las cuales Louise se movía. Me encontré con Sartre y Colette Audry en "La Closerie des Lilas" y no terminaba de ponerme al nivel de ellos. Fue la única ocasión de mi vida en que la conversación de Sartre me pareció chata. "¡Es verdad, no eres loco!", le dije con fastidio en el tren que nos llevaba a Rouen. Yo concedía una dignidad metafísica a la locura: veía en ella un rechazo y una superación de la condición humana.

Louise volvió a vivir con su familia en Aveyron. Le escribí proponiéndole mantener una correspondencia y afirmándole mi amistad. Me mandó una carta en la que me lo agradecía; ya no me odiaba. "Desgraciadamente —escribía—, no estoy en estado de gracia para construir nada en este momento. Hay en mí una cosa dura como una barra que detiene todo impulso, todo deseo, toda voluntad. En fin, siento que todo lo que quisiera construir con usted conservaría en sus fundamentos una mina que, a pesar de mí y a pesar de usted, haría saltar todo probablemente en un momento que no habríamos previsto ni la una ni la otra... Pongamos que yo tenga a veces el carácter más atroz, el corazón más desprovisto y un alma negra como el hollín. El pensamiento de que no soy la única en ese caso no me consuela; solamente me ayuda a salir de este masoquismo de indignidad donde me estanco desde hace más de un año —admitiendo que no haya sido su prisionera durante toda mi vida— y me ayuda a ver las cosas un poco de otra manera."

Nunca volví a verla. Continuó bastante tiempo con sus delirios hasta que terminó por hartarse. Volvió a ser profesora. Supe que había tomado parte activa en la resistencia y que se había afiliado al Partido Comunista.

Yo había decidido ir a Berlín a fines de febrero. Se me ocurrió explotar la historia de Louise Perron para sacarle a un médico un certificado que me permitiera tener una licencia. Colette me recomendó a un psiquiatra, el doctor D., el que

había aconsejado a uno de sus camaradas que "dejara los sentimientos desprenderse de él como hojas secas". Esperé durante más o menos media hora en un sombrío entrepiso del Barrio Latino; estaba un poco emocionada: ¿el médico no me mandaría a pasear? Por fin abrió la puerta; era un hombre viejo con un bigote blanco y un aire digno: pero en la parte de adelante de su pantalón había una mancha reciente que no se prestaba a equívoco. Eso me hizo gracia, mi timidez se derritió y hablé mucho. Fingí consultarlo sobre el caso de Louise, que en ese momento todavía no había ingresado en la clínica; agregué que ese drama me había agotado nerviosamente y me prescribió con buena voluntad diez o quince días de descanso. Cuando me instalé en el rápido de Berlín, me pareció entrar en el pellejo de una gran viajera internacional, casi de una madona de los coches-cama.

Los profesores del Instituto de Berlín veían el nazismo con los mismos ojos que el conjunto de la izquierda francesa. Sólo frecuentaban a estudiantes e intelectuales antifascistas convencidos de la inminente caída del hitlerismo. El congreso de Nuremberg, el plebiscito de noviembre, lo explicaban como una crisis pasajera de histeria colectiva. El antisemitismo les parecía una manía demasiado gratuita, demasiado estúpida para inquietar seriamente. Había en el Instituto un judío bastante buen mozo, alto, bien hecho, y un corso chiquito de pelo crespo: invariablemente, los racistas alemanes tomaban al segundo por un israelita y al primero por un ario. Sartre y sus compañeros se divertían con ese error perseverante. Sin embargo, mientras no lo hubieran abatido, el fanatismo nazi representaba un peligro y lo sabían. Un antiguo compañero de Sartre tenía desde el año anterior relaciones con una israelita rica y bastante conocida; no le escribía directamente por miedo a que una correspondencia con un francés la comprometiera: mandaba las cartas a Sartre, que las hacía llegar. A Sartre le gustaba mucho Berlín; pero cuando se cruzaba con camisas pardas se le oprimía el corazón lo mismo que la primera vez en Venecia.

Durante mi permanencia, los socialistas austríacos intentaron explotar el descontento obrero para oponerse a la ascensión del nazismo; desencadenaron una insurrección que Dollfuss aplastó en sangre. Ese fracaso nos entristeció un poco. Nos negábamos a tocar la rueda de la Historia, pero queríamos creer que giraba en el buen sentido. De lo contrario, habríamos tenido demasiadas cosas en que ocuparnos.

Para un visitante superficial Berlín no parecía abrumada por una dictadura. Las calles estaban animadas y alegres; su fealdad me asombró; me habían gustado las de Londres y no imaginaba que las casas pudiesen ser feas: un solo barrio escapaba a esta desgracia: una especie de ciudad-jardín recién construida en la periferia llamada "la cabaña del Tío Tom". El nazismo también había edificado en los suburbios ciudades obreras bastante confortables, pero, en realidad, estaban habitadas por pequeños burgueses. Del Kurfürstendamm a la Alexanderplatz paseábamos mucho. Hacía mucho frío —quince bajo cero—; caminábamos rápido y multiplicábamos las paradas. Los *conditorei* me disgustaban, se parecían a salones de té; pero encontraba confortables las cervecerías de mesas macizas y olores espesos. Almorzábamos allí a menudo. Me gustaba mucho la fuerte comida alemana, el repollo rojo y el cerdo ahumado, los *bauernfruschtück*. Apreciaba menos los productos de caza con mermeladas, los platos inundados de crema que servían en los restaurantes más refinados. Recuerdo uno de ellos que se llamaba "El Sueño"; estaba tapizado de terciopelo suave sobre el cual jugaban las iluminaciones a lo Loïe Fuller; había columnatas, juegos de agua y creo que pájaros. Sartre me llevó también al "Romanisches Café", que había sido el lugar de cita de los intelectuales; hacía uno o dos años que habían dejado de ir; vi solamente un gran salón lleno de mesitas de mármol y de sillas de respaldos duros.

Algunos lugares de placer habían sido cerrados, entre otros "Silhouetten", donde antaño se exhibían disfraces. No obstante, no reinaba el orden moral. Salimos la primera o la

segunda noche con Cantin, un camarada de Sartre especialista en los bajos fondos. En la esquina de una calle se acercó a una mujer alta, elegante y muy linda detrás de su fino velo; llevaba medias de seda y tacones finos; hablaba con voz un poco grave; no lo podía creer cuando supe que era un hombre. Cantin nos llevó a *bottes* crapulosas alrededor de la Alexanderplatz. Me divirtió un cartel colgado de la pared: "Das Animieren der Damen ist Verboten." En los días que siguieron Sartre me mostró lugares más burgueses. Bebí *bowl* en un cabaret cuyas mesas rodeaban una pista de tierra suelta: una amazona hacía pruebas. Bebí cerveza en inmensas cervecerías; una de ellas comprendía una hilera de salones y tres orquestas tocaban al mismo tiempo. A las once de la mañana todas las mesas estaban ocupadas, la gente se daba el brazo y se balanceaba cantando. "Es la *Stimmung*", me explicó Sartre. En el fondo de la sala principal habían plantado un decorado que representaba las orillas del Rin; de pronto, en un gran bullicio de platillos se desencadenó una tormenta: la tela pintada pasaba del violeta al púrpura, los relámpagos la estriaban, se oía el trueno y un ruido de cataratas. El público aplaudió con frenesí.

Hicimos un viaje breve; en Hannover vimos, bajo una lluvia incesante, la casa de Leibniz: era rica, vasta y bonita con sus ventanas de fondos de botella. Me gustaban las viejas casas de Hildesheim, sus tejados de un rojo apagado que cobijaban altillos tres veces más altos que la fachada; silenciosas, desiertas, las calles parecían escapar al tiempo y yo tenía la impresión de pasearme por una película fantástica: en el próximo viraje iba a ver aparecer a un hombre de levita negra con galera, que sería el doctor Caligari.

Comí dos o tres veces en el Instituto francés. La mayoría de los pensionistas se distraían de sus estudios entregándose al tráfico de divisas. Había una gran diferencia entre el curso del "marco congelado" concedido a los turistas y el de los marcos comunes cuya exportación estaba prohibida. Cantin y muchos otros pasaban todos los meses la frontera

disimulando en el fondo de sus abrigos billetes que los bancos franceses les cambiaban al precio fuerte y cuyo equivalente, en su calidad de extranjeros, volvían a comprar por una suma módica. Sartre no se interesaba en esas combinaciones. Trabajaba mucho; continuaba la historia de Roquantin; leía Husserl; escribía el *Ensayo sobre la trascendencia del Ego*, que apareció en 1936 en *Recherches philosophiques*. Describía en una perspectiva husserliana, pero en oposición con algunas de las teorías más recientes de Husserl, la relación del Yo con la conciencia; entre la *conciencia* y la *psiquis* establecía una distinción que mantuvo siempre; mientras la conciencia es una inmediata y evidente presencia de uno, la psiquis es un conjunto de objetos que no se aprehenden por una operación reflexiva y que, como los objetos de la percepción, sólo se dan por perfiles: el odio, por ejemplo, es una trascendencia que se aprehende a través de las *erlebnissen* y cuya existencia es solamente probable. Mi Ego es en sí mismo un ser de otro mundo, así como el Ego ajeno. Así Sartre fundaba una de sus creencias más antiguas y más tercas: hay una autonomía de la conciencia irreflexiva; la relación al yo, que, según La Rochefoucauld y la tradición psicológica francesa, pervertiría nuestros movimientos más espontáneos, sólo aparece en ciertas circunstancias particulares. Lo que más le importaba era que esta teoría, y ella sola, a su entender, permitía escapar al solipsismo, lo psíquico, el Ego, existiendo para el prójimo y para mí de la misma manera objetiva. Aboliendo el solipsismo, se evitaban las trampas del idealismo y Sartre, en su conclusión, insistía sobre el alcance práctico (moral y político) de su tesis. Cito estas últimas líneas, pues el *Ensayo* es difícil de conseguir y ellas manifiestan la continuidad de las preocupaciones de Sartre:

"Siempre me ha parecido que una hipótesis de trabajo tan fecunda como el materialismo histórico no exigía como fundamento lo absurdo que es el materialismo metafísico. No es necesario en efecto que el *objeto* preceda al *sujeto*

para que los pseudovalores espirituales se desvanezcan y para que el mundo recobre sus bases en la realidad. Basta que el Yo sea contemporáneo del mundo y que la dualidad sujeto-objeto, que es puramente lógica, desaparezca definitivamente de las preocupaciones filosóficas... Esas condiciones bastan —agregaba— para que el Yo aparezca como en *peligro* ante el Mundo, para que el Yo (indirectamente y por intermedio de los estados) saque del Mundo su contenido. No se necesita más para fundar filosóficamente una moral y una política absolutamente positivas." [1]

Sartre se encontraba bien en el Instituto, donde recobraba la libertad y en cierto sentido la camaradería que le habían hecho querer tanto a la Escuela Normal. Además tuvo una de esas amistades femeninas a las que daba tanto precio. Uno de los pensionistas, apasionado de filología, pero completamente indiferente a las cosas del amor, tenía una mujer que todo el Instituto encontraba encantadora. Marie Girard se había arrastrado mucho por el Barrio Latino; vivía entonces en hotelitos rasposos y solía secuestrarse en su cuarto durante semanas enteras, fumando y soñando; no comprendía absolutamente lo que había venido a hacer sobre esta tierra; vivía cada día perdida en unas nebulosas desgarradas por algunas tercas evidencias; no creía en las penas del corazón: penas de lujo, penas de ricos; las únicas desgracias verdaderas para ella eran la miseria, el hambre, el dolor físico; la palabra felicidad no tenía el menor sentido para ella. Era bonita, sonreía lentamente, con mucha gracia; sus estupores pensativos inspiraron a Sartre una gran simpatía; ella también la sintió por él; convinieron que sus relaciones no podían tener ningún porvenir, pero que el presente se bastaba y se vieron mucho. La conocí; me gustó y no sentí celos de ella. Sin embargo, era la primera vez desde que nos conocíamos que una mujer contaba para Sartre y los celos no son un sentimiento que menosprecie ni del que me sienta incapaz. Pero esa historia no me tomaba

[1] Publicadas en 1936, estas líneas fueron escritas en 1934.



Escaneado con CamScanner

desprevenida, no deshacía la idea que me hacía de nuestra vida, puesto que desde el principio Sartre me había advertido que tendría aventuras. Yo había aceptado el principio y aceptaba el hecho sin dificultad; sabía hasta qué punto Sartre estaba empeñado en el proyecto que regía toda su existencia: conocer el mundo y expresarlo; yo tenía la certidumbre de estar tan estrechamente ligada a él que ningún episodio de su vida podía frustrarme.

Poco después de mi llegada a Berlín, recibí una carta de Colette Audry avisándome que en el liceo mi ausencia estaba muy mal vista. Sartre me aconseió que abreviara mi visita: me negué, afirmé que mi certificado médico me cubría. Él insistió: si se enteraban de mi viaje a Alemania corría el riesgo de tener serios disgustos. Era verdad, pero yo temblaba de rabia ante la idea de tener que hacer sacrificios a la prudencia. Me quedé. Cuando volví a Rouen me alegré de haberlo hecho, pues no me ocurrió absolutamente nada. Conté alegremente mi viaje a todos mis amigos. "¿Y encuentros? —me preguntó Marco—. ¿No encontró a nadie?" Cuando le dije que no, me miró con lástima.

Sartre y yo nos teníamos mutuamente al corriente de las novedades. Dos nombres marcaron para nosotros el año. Uno fue el de Faulkner, de quien fueron publicados casi simultáneamente en francés *Mientras agonizo* y *Santuario*. Antes que él, Joyce, Virginia Woolf, Hemingway y algunos otros habían rechazado la falsa objetividad de la novela realista para entregar el mundo a través de subjetividades; sin embargo la novedad y la eficacia de su técnica nos asombró; no solamente orquestaba hábilmente una pluralidad de puntos de vista, sino que, en cada conciencia, organizaba el saber, las ignorancias, la mala fe, los fantasmas, las palabras, el silencio, de manera de prolongar los acontecimientos en un claroscuro del que emergían con un máximo de misterio y de relieve. Sus relatos nos conmovían a la vez por su arte y por sus temas. En cierto modo, *Mientras yo agonizo*, esa

epopeya brutalmente picaresca, se emparentaba con los inventos surrealistas. "Mi madre es un pez", dijo el chico; y cuando el féretro, mal amarrado sobre la vieja carreta, cayó al río y bajó siguiendo el curso del agua parecía que el cadáver materno se había convertido efectivamente en un pez; en el cemento con que el chacarero envuelve su rodilla enferma reconocíamos esa falaz materia cara a los hermanos Marx y a Dalí: la porcelana que se come, el azúcar de mármol. Pero esos equívocos tenían en Faulkner una profundidad materialista; si los objetos y los usos se descubrían al lector bajo aspectos disparatados era porque la miseria, la necesidad, cambiando la relación del hombre con las cosas, cambian la faz de las cosas. Eso es lo que nos sedujo en la novela que para nuestra sorpresa Valéry Larbaud definía como "una novela de costumbres rurales". *Santuario* nos interesó aun más. No habíamos comprendido a Freud, nos repelía; pero en cuanto nos presentaban sus descubrimientos bajo una forma para nosotros accesible, nos apasionábamos. En relación con ese "irrompible carozo de noche" que se encuentra en el corazón de todo hombre, habíamos rechazado los instrumentos que los psicoanalistas nos ofrecían para quebrarlo: el arte de Faulkner lo cascaba, nos entreabría abismos que nos fascinaron. Faulkner no se limitaba a decir que detrás del rostro de la inocencia bullen inmundicias: nos lo mostraba: arrancaba su máscara a la pura joven americana; nos hacía tocar detrás de las ceremonias dulzonas que disfrazan al mundo la trágica violencia de la necesidad, del deseo y de las perversidades que resultan de su no satisfacción; el sexo en Faulkner incendia literalmente al mundo: los dramas de los individuos se exteriorizan en violaciones, en crímenes, en incendios; ese fuego que, al final de *Santuario*, transforma a un hombre en antorcha viviente, está solamente en apariencia alimentado por un galón de nafta: nace de esos íntimos y vergonzosos braseros que devoran en secreto los vientres machos y hembras.

El segundo nombre fue el de Kafka, que tuvo para nos-

otros todavía más importancia. Habíamos leído, en la *N.R.F.*, *La metamorfosis* y habíamos comprendido que el ensayista que colocaba a Kafka junto a Joyce y a Proust no tenía nada que hiciera reír. *El proceso* apareció y se habló poco de él: la crítica prefería de lejos más a Hans Fallada que a Kafka; para nosotros era uno de los libros más raros, más hermosos, que hubiéramos leído desde hacía tiempo. Comprendimos en seguida que no había que reducirlo a una alegoría, ni buscar a través de qué símbolos interpretarlo, sino que expresaba una visión totalitaria del mundo; pervirtiendo las relaciones entre los medios y los fines, Kafka negaba no solamente el sentido de los utensilios, de las funciones, de los papeles, de las conductas humanas, sino la relación global del hombre con el mundo; proponía una imagen fantástica e insoportable simplemente al mostrárnoslo *al revés*.[1] La aventura de K. era muy diferente —mucho más excesiva y más desesperada— que la de Antoine Roquantin; pero, en ambos casos, el héroe tomaba con relación a su círculo familiar una distancia tal que para él el orden humano se desplomaba y se hundía solitariamente en extrañas tinieblas. Nuestra admiración por Kafka fue en seguida radical; sin saber justo por qué, sentíamos que su obra nos concernía personalmente. Faulkner, todos los demás, nos contaban historias lejanas; Kafka nos hablaba de nosotros; nos descubría nuestros problemas frente a un mundo sin Dios y en el cual, sin embargo, se jugaba nuestra salvación. Ningún padre había encarnado para nosotros la Ley; no por eso estaba menos inscrita en nosotros, inflexible; no se dejaba descifrar a la luz de la razón universal; era tan singular, tan secreta, que nosotros mismos no conseguíamos deletrearla, aunque sabíamos que, si no la seguíamos, estábamos perdidos. Íbamos a tientas, tan perdidos, tan solos, como José K. y el agrimensor, entre brumas donde ningún lazo visible ata los caminos y las metas. Una voz decía: hay que escribir; obedecíamos, cubríamos páginas de escritura: ¿para llegar a qué? ¿Qué

[1] Sartre desarrolló esta idea en 1943, en un estudio sobre Blanchot.

gente nos leería? ¿Y qué leerían? El camino riguroso sobre el cual una fatalidad nos llevaba se hundía en una noche indefinida. A veces, en una iluminación, vislumbrábamos la meta: esa novela, ese ensayo, debía cumplirse; brillaba, ya terminado, en las lejanías. Pero imposible entonces encontrar las frases que de página en página nos llevarían hasta él; además no se llegaba a ninguna parte. Ya adivinábamos lo que no debíamos dejar de aprender: no había término ni sanción en esa empresa ciega. La muerte surgiría brutalmente como la de José K. sin que ningún veredicto hubiera sido pronunciado; todo quedaría en suspenso.

Hablamos mucho de Kafka y de Faulkner cuando Sartre vino a París para las vacaciones de Pascuas. Me expuso en sus grandes rasgos el sistema de Husserl y la idea de *intencionalidad;* esa noción le traía exactamente lo que había esperado: la posibilidad de superar las contradicciones que lo tironeaban en esa época y que ya he indicado; siempre había tenido horror de "la vida interior": se encontraba radicalmente suprimida desde el momento en que la conciencia se hacía existir por una perpetua superación de sí misma hacia un objeto; todo se situaba afuera, las cosas, las verdades, los sentimientos, los significados y el mismo yo; ningún factor subjetivo alteraba por lo tanto la verdad del mundo tal como se da a nosotros. La conciencia conservaba la soberanía y el universo la presencia real que Sartre siempre había pretendido garantizarles. A partir de ahí había que revisar toda la psicología y ya había empezado con su ensayo sobre el Ego a emprender esa tarea.

Volvió a irse y pasé lo mejor posible el último trimestre. Veía mucho a mi hermana. Vivía todavía en casa de nuestros padres, pero había alquilado en la calle Castagnary una covacha helada en invierno, tórrida en verano, donde pintaba. Ganaba algo de dinero trabajando de tarde como secretaria en la galería Bonjean. De tanto en tanto iba al "Baile de los ingleses" o a una fiesta de pintores con Francis Grüber y su grupo, pero eran raras diversiones. Su vida era

materialmente difícil y muy austera; la soportaba con un buen humor que yo admiraba. Yo la llevaba a menudo conmigo a algún espectáculo. Vimos juntos en el Atelier *Lástima que sea una prostituta* de John Ford, que me gustó mucho; los actores llevaban hermosos trajes pintados que Valentine Hugo había creado para Romeo y Julieta. Me emocioné con ella en *Little women;* Joe Marsh, personificada por una debutante, Katherine Hepburn, tenía la misma seducción conmovedora que en mis sueños de adolescente: me pareció tener diez años menos. También seguíamos asiduamente las exposiciones de pintura; visité con mi hermana a fin de junio en la galería Bonjean la primera gran exposición Dalí. También recuerdo haber visto con Sartre un gran número de sus obras, pero no sé muy bien cuándo. Fernando nos había hablado con reticencias de las minuciosas afectaciones que Dalí colocaba bajo el patronato de Meissonnier; esos falsos cromos nos sedujeron. Los juegos surrealistas sobre el equívoco de la materia y de los objetos siempre nos habían intrigado y apreciamos los "relojes blandos" de Dalí; pero yo apreciaba sobre todo la transparencia helada de sus paisajes, donde, aun mejor que en las calles de Chirico, descubría la vertiginosa y angustiosa poesía del espacio desnudo huyendo al infinito; las formas, los colores, parecían puras modulaciones del vacío; cuando pintaba los detalles de una abrupta costa de España tal como yo la había visto con mis propios ojos es cuando me transportaba más lejos de la realidad, revelándome los inaccesibles subsuelos de toda nuestra experiencia: la ausencia. Otros pintores, sin embargo, se ocupaban entonces de "volver a lo humano"; yo no aprobaba esa tentativa y sus resultados no me convencieron.

En ausencia de Sartre, di clases de filosofía a Lionel de Roulet, que entonces vivía en París; con algunos camaradas había fundado el "Partido merovingio", que reclamaba con carteles y volantes la vuelta de los descendientes de Chilperico. Lo reprendí, porque me pareció que sacrificaba dema-

siado tiempo a esas fantasías, pero estaba dotado para la filosofía y yo sentía mucha simpatía por él. Conoció a mi hermana y se hicieron grandes amigos.

Fui bastante a menudo a ver en los alrededores de París a Camille y a Dullin. La primera vez que fui a la calle Gabrielle después de la partida de Sartre, Camille estuvo afectuosísima. Llevaba un magnífico vestido de terciopelo negro, adornado en la cintura con un ramo de florecitas negras con el centro amarillo. "Quiero seducirla", me dijo alegremente; pretendía que sus sentimientos por mí podían volverse imperiosos y hasta celosos; yo no entré en ese juego, que parecía divertirla a medias y que ya había abandonado en nuestro siguiente encuentro. Sentía que me consideraba con una amistosa condescendencia, pero su narcisismo, sus coqueterías, la habían depreciado levemente a mis ojos y había perdido todo poder sobre mí. Me sentía a gusto con ella sin que ningún otro pensamiento me mortificara.

Dullin había comprado una casa en Ferrolles cerca de Crécy-en-Brie. En tren, el viaje era un poco complicado; como Mlle. Ponthieu me contaba que todos los fines de semana su amigo la sacaba a pasear en auto, le pregunté si no podrían llevarme a Ferrolles: pensaba con razón que la idea de acercarse a un hombre célebre les atraería. Un sábado, al final de la tarde, fuimos a Crécy; de allí subimos a una aldea encaramada sobre un cerro. Camille nos recibió y nos ofreció oporto. Mis compañeros miraban con aire estúpido su disfraz campesino: un largo vestido de algodón, chales de colores caprichosos; los llevó al colmo del asombro presentándoles con una seriedad de madre a sus muñecas Friedrich y Albrecht. A su vez Dullin, silencioso y aspirando su pipa, examinaba pensativamente a aquella pareja de franceses medios. Partieron y exploré la casa: una vieja granja que Dullin y Camille habían transformado con sus propias manos; le habían dejado su aspecto rústico: paredes revocadas en color rosa, vigas aparentes en el cielo raso, una chimenea donde ardían gruesos troncos; la habían amueblado,

adornado, uniendo con un gusto tan atrevido como seguro objetos antiguos muy hermosos y accesorios de teatro. Me quedé veinticuatro horas; volví varias veces. Dullin me esperaba en la estación de Crécy-en-Brie, en un viejo carricoche arrastrado por un caballo que cuidaba con amor. Mientras conducía, comía chocolates, pues Camille, por razones oscuras, le había prohibido el tabaco. Las comidas de Camille eran tan estudiadas como su vestimenta; hacía venir de Toulouse pasteles, pajaritos y *foie-gras,* preparaba platos complicados y deliciosos. En verano pasábamos las veladas en el jardín minúsculo y lozano. Dullin contaba cuentos y tarareaba a media voz viejas canciones. Quería mucho a Camille, era evidente; pero no era posible prejuzgar sus verdaderas relaciones, pues, en presencia de terceros, Camille hacía de su vida un espectáculo y él la seguía. Representaban comedias por otra parte muy divertidas, de mimos, de enfurruñamientos, de rencor, de ternura.

No me gustaba nada Normandía; sin embargo, solía pasear con Olga por los bosques pobres de los alrededores de Rouen; y quise aprovechar las vacaciones de Pentecostés para extenderme sobre el pasto caliente. Un domingo fui a ver en Lyons-la-Forêt un hotel que me habían recomendado; era muy caro para mí; di una vuelta por los alrededores; cerca del castillo de Rosay vi en medio de un prado una barraca cuyos vidrios centelleaban al sol; la palabra café estaba pintada en la ventana con letras gigantes; entré a tomar una copa y pregunté al patrón si alquilaba cuartos; me propuso a cincuenta metros de allí una casita cuyo techo de paja tenía flores de iris. A la semana siguiente, pasé allí cinco días. El piso de mi cuarto era de baldosas rojas, yo dormía en una cama campesina, bajo las redondeces de un acolchado azul, y oía a las cinco de la mañana el canto de los gallos. Los ojos cerrados, me dejaba flotar entre el sueño y la vigilia, entre viejos amaneceres y la luz que subía por detrás de mis persianas. Abría mi puerta, veía el pasto verde y árboles en flor. Iba a tomar un café, instalaba una mesa

a la sombra de un manzano y volvía a ser la chica que hacía sus deberes de vacaciones bajo la catalpa de Meyrignac. Le ofrecía lo que ella había soñado tan a menudo bajo múltiples figuras: una casita propia.

A fines de junio me mandaron a tomar exámenes de bachillerato a Caen. Muchos de los candidatos salían del Prytanée militar de La Flèche; sudaban la gota gorda en sus uniformes de lana azul y tenían un aire acorralado; el papel que yo representaba en esa salvaje ceremonia no me gustaba nada; lo eludía poniendo una nota media a todo el mundo. Entre exámenes, no me divertía nada. No podía quedarme infinitamente plantada ante la Abadía dé mujeres, ante la Abadía de hombres. Me sentaba con un libro en el interior de la cervecería Chandivert, cuya alegría provinciana me deprimía. Una tarde hicimos un pic-nic junto al Orne con unos colegas: fue deprimente. Aron, que había reemplazado a Sartre en El Havre, formaba parte del jurado y comimos juntos bastante agradablemente. También encontré a Politzer, entonces profesor en Évreux; se jactaba de que no se pudiera pronunciar la palabra idealismo ante sus alumnos sin que se echaran a reír; me llevó a almorzar a un pequeño restaurante situado junto a una de las plazas más antiguas de la ciudad. Le hablé con indignación del mitin donde los comunistas habían cosido la boca a Doriot y se rió sin miramientos de mi liberalismo burgués medio. Luego me explicó su carácter, según la grafología que consideraba como una ciencia exacta: se advertía en su letra los rasgos de una infraestructura emotiva y tumultuosa, pero también la presencia de sólidas superestructuras gracias a las cuales sabía manejarse. Su lenguaje, agresivamente marxista, me fastidiaba; pero, en verdad, había un contraste impresionante entre aquel dogmatismo y el encanto ondulante de su rostro; mucho más que su conversación, yo apreciaba sus gestos, su voz, sus pecas, y la hermosa cabellera llameante que Sartre le había robado para ponérsela a Antoine Roquantin.

Los orales terminaron pocos días antes del 14 de julio y,

fiel a mi resolución de verlo todo en este mundo, di una vuelta por Trouville y por Deauville, que me llenaron de un alegre horror. Me detuve en Bayeux, ante la tapicería de la reina Mathilde. Me paseé por los acantilados que dominan Granville. Volví a Rouen. Entre Colette Audry y Simone Labourdin, asistí a la distribución de premios. Dos días después, tomaba el tren para Hamburgo, donde estaba citada con Sartre.

A pesar de la noche del 30 de junio, a pesar de la renuncia de Hindenburg, los antinazis alemanes seguían prediciendo la caída de Hitler. Sartre quería creerles pero estaba sin embargo contento de irse de Alemania. Íbamos a aprovechar nuestras vacaciones para recorrerla y luego le diría adiós; volvería a tomar su puesto en El Havre.

Hamburgo era alemana y nazi, pero era, ante todo, un gran puerto: barcos que partían, que llegaban, que dormitaban, *boîtes* de marineros y todas las orgías. Habían destruido por moral un gran pedazo del barrio reservado; pero quedaban varias calles cerradas entre barreras donde mujeres pintarrajeadas, rizadas, se exponían detrás de las ventanas de vidrios bien lavados; sus rostros no se movían: parecían, en los escaparates, modelos de peinadores. Paseábamos por los muelles junto al agua; almorzábamos al borde del Alster; de noche, explorábamos los bajos fondos; todo ese movimiento nos gustaba. Remontamos el Elba en barco hasta la roca de Heligoland, donde no crece ni un árbol. Un alemán se nos acercó: unos cuarenta años, una gorra negra, un rostro severo; después de algunas trivialidades nos dijo que había hecho la guerra del 14 como sargento; su tono comenzó a subir. "Si hay una nueva guerra —dijo—, no seremos los vencidos; recobraremos el honor." Sartre respondió que no debía haber guerra: todos debíamos desear la paz. "El honor es lo primero —dijo el sargento—. Primero debemos recobrar el honor." Su voz fanática me inquietó. Un ex combatiente es forzosamente un militarista, pensé para tranquilizarme;

sin embargo, ¿cuántos eran los que vivían con la mirada fija sobre el momento del gran desquite? Yo nunca había visto el odio estallar sobre una cara de una manera tan triunfante. Durante todo ese viaje, traté de olvidarlo sin conseguirlo.

En las tranquilas calles de Lubeck, de hermosas iglesias rojas; en Stralsond, azotado alegremente por el viento marino, vimos desfilar con su paso impecable cohortes de camisas pardas. Sin embargo, bajo los techos abovedados de los "Ratkeller", la gente tenía un aspecto pacífico; sentados codo con codo, bebían cerveza y cantaban. ¿Se puede amar tanto el calor humano y soñar con exterminaciones? No parecía conciliable.

Por otra parte le encontrábamos pocas atracciones al espeso humanismo alemán. Atravesamos Berlín, vimos Potsdam; tomamos el té en la isla de los Cisnes: entre la muchedumbre que se atracaba alrededor de nosotros de crema chantilly, no había un rostro que despertara la simpatía ni siquiera la curiosidad; recordábamos melancólicamente los cafés españoles y las terrazas italianas, en los cuales nuestras miradas erraban de mesa en mesa con tanta avidez.

Dresde me pareció todavía más feo que Berlín. No recuerdo casi nada, salvo una gran escalera y una vista que se sumergía hacia la "Suiza sajona", de un pintoresco muy medido. Mientras yo arreglaba mi maquillaje en el *toilette* de un café la cuidadora me interpeló con ira: "No se ponga *rouge* en los labios, está mal. ¡En Alemania no se usa *rouge*!"

Se respiraba mejor del otro lado de la frontera. En los bulevares de Praga bordeados de cafés a la francesa recobramos una alegría y una desenvoltura olvidadas; las calles, las plazas antiguas del "pequeño lado", el viejo cementerio judío, nos encantaron. De noche, nos quedamos mucho tiempo acodados en el parapeto del viejo puente, entre los santos de piedra petrificados desde hacía siglos encima de las aguas negras. Entramos a un dancing casi desierto; en cuanto el camarero comprendió que éramos franceses la orquesta tocó *La Marsellesa;* los escasos clientes sonrieron y aplaudieron

por encima de nuestras cabezas a Francia, a Barthou, al Pequeño Entendimiento. Fue un momento doloroso.

Contábamos ir a Viena. Pero una mañana, al salir del hotel, vimos aglomeraciones en las calles; la gente se arrancaba los diarios con enormes títulos, donde distinguimos el nombre de Dollfuss y una palabra que empezaba con M cuyo sentido adivinamos. Un transeúnte que hablaba alemán informó a Sartre: Dollfuss acababa de ser asesinado. Hoy me parece que era una razón más para precipitarnos a Viena. Pero estábamos tan imbuidos del optimismo de la época que para nosotros la verdad del mundo era la paz; Viena de luto, privada de sus gracias ligeras, ya no sería Viena. Vacilé, por pura esquizofrenia, en cambiar nuestros planes, pero Sartre se negó categóricamente a ir a aburrirse a una ciudad desfigurada por un drama absurdo. No queríamos pensar que el atentado contra Dollfuss revelaba, por el contrario, la auténtica figura de Austria, de Europa. O acaso Sartre lo sospechaba y no tuvo ninguna gana de afrontar la siniestra realidad que durante nueve meses, en Berlín, no había logrado eludir: el nazismo se propagaba a través de Europa central; se parecía mucho menos a un fuego de paja de lo que decían los comunistas.

En todo caso, volvimos la espalda a la tragedia y partimos para Munich. Vimos las colecciones de la Pinacoteca y cervecerías todavía más monstruosas que el "Vaterland" berlinés. Baviera me resultó un poco estropeada por sus habitantes; me costaba aguantar a los enormes bávaros que lucían sus muslos velludos comiendo salchichas. Habíamos esperado mucho del pintoresquismo de Nuremberg; pero millares de banderas con cruces swásticas flotaban todavía en las ventanas, y las imágenes que habíamos visto en las actualidades se imponían con una arrogancia insostenible: el desfile gigante, las manos tendidas, las miradas fijas, todo un pueblo en trance; dejamos la ciudad con alivio. En cambio, los siglos habían pasado sobre Rothenburg sin alterarlo; uno se paseaba a través de la Edad Media, cuidadosamente lus-

trada, pero encantadora. Yo no conocía ningún lago que pudiera compararse a la perfección del "Koenig-See". Un tren a cremallera nos encaramó hasta la cima de la Zugspitz, a más de tres mil metros. Nos paseábamos pensando en un problema espinoso. No sé cómo habíamos procedido cuando habíamos pasado a Checoslovaquia; pero de nuevo teníamos que atravesar la frontera para ir a Innsbruck y estaba prohibido sacar marcos; los habíamos convertido en un solo billete importante y queríamos ocultarlo: pero ¿cómo? Finalmente, Sartre lo disimuló en una caja de fósforos. Al día siguiente el aduanero hojeó nuestros libros, revisó nuestros neceseres, pero no miró los fósforos que Sartre había sacado de su bolsillo y colocado entre un montón de otros objetos.

Hasta en Austria el aire nos pareció más respirable que en Alemania; Innsbruck nos gustó y aun más Salzburgo, sus casas del siglo XVIII con su infinidad de pequeños vidrios sin postigos, las enseñas delicadas que se balanceaban en las fachadas: osos, cisnes, águilas, gamos, recortados en un hermoso cobre patinado. En un teatrito unas marionetas encantadoras representaban *El rapto en el serrallo* de Mozart. Después de dar una vuelta en ómnibus por el Salzkammergut volvimos a Munich.

Dullin, Camille y el rumor público nos habían aconsejado encarecidamente que asistiéramos a la célebre *Pasión* de Oberammergau; las representaciones tenían lugar cada diez años; la última había sido en 1930, pero teníamos la suerte de que 1934 fuera un año de jubileo; en 1633 la peste había asolado a la ciudad y en 1634, por primera vez, cumpliendo su promesa, los habitantes habían evocado solemnemente la muerte de Jesús. Las fiestas cobraban, por lo tanto, un brillo particular y jamás había habido semejante afluencia de turistas. El espectáculo tenía lugar todos los días desde hacía dos meses y sin embargo la agencia a la cual nos dirigimos tuvo dificultad en conseguirnos un cuarto. Bajamos del ómnibus de noche, bajo una lluvia torrencial, y erramos

mucho tiempo antes de encontrar nuestro alojamiento: estaba en el extremo del pueblo y era una casa en donde vivían un sastre y su familia; comimos con ellos y con una pareja de Munich a la que albergaban; me pareció indigesta esa comida verdaderamente alemana donde las papas reemplazaban al pan. Los de Munich espiaban a Sartre con aire desconfiado: "Usted habla muy bien alemán", dijeron; agregaron en tono de crítica: "No tiene ni una sombra de acento." Sartre se sintió halagado, pero molesto: visiblemente lo tomaban por un espía. La lluvia se había calmado un poco y rondamos por las calles de casas alegremente pintarrajeadas: las fachadas estaban adornadas con flores, animales, volutas, guirnaldas, ventanas falsas. A pesar de la hora tardía se oía un ruido de serruchos y de garlopas; casi todos los aldeanos esculpían en madera: veíamos detrás de las ventanas de sus talleres una profusión de figurines atroces. La gente se amontonaba en las tabernas, los turistas codeaban a hombres barbudos de largas cabelleras: actores que desde hacía años se preparaban para encarnar a los personajes del *Misterio*. Cristo era el mismo que en 1930, hijo del Cristo de 1920 y de 1910, cuyo padre había sido Cristo también: hacía tiempo que el papel no había salido de la familia. Las luces se apagaron temprano: al día siguiente, a las ocho de la mañana, se levantó el telón. Volvimos a casa. Todos los cuartos estaban alquilados y nos habían relegado a un cobertizo lleno de tablones y de virutas sobre el cual corrían insectos; un maniquí de costurera montaba guardia en un rincón; nos acostamos sobre montones de paja en el suelo. El agua de la lluvia goteaba a través del techo.

No apreciábamos mucho las manifestaciones folklóricas, pero *La Pasión* de Oberammergau era teatro de veras. Se entraba por unas especies de túneles en una sala gigante que contenía a veinte mil espectadores. Desde las ocho hasta las doce, desde las dos hasta las seis, ni un instante nuestra atención aflojó. La amplitud, la profundidad de la escena permitían inmensos despliegues de muchedumbre y cada

figurante hacía su papel con tal convicción que uno se sentía agarrado por la multitud que aclamaba a Cristo, que lo vejaba, por las calles de Jerusalén. Cuadros vivos, mudos, petrificados, alternaban con las escenas en movimiento. Sobre una música muy bonita del siglo XVII un coro de mujeres comentaba el drama: su largo cabello ondulado, desparramado sobre los hombros, hacía pensar en viejas propagandas de champú. En cuanto al trabajo de los actores, habíalo encantado a Dullin por lo despojado y eficaz; alcanzaban una verdad que no tenía nada que ver con el realismo. Por ejemplo, Judas contaba uno a uno sus treinta dineros; pero su ademán obedecía a un ritmo a la vez tan imprevisto y tan necesario que lejos de cansar al público lo mantenía pendiente. Los aldeanos de Oberammergau aplicaban por anticipado los principios de Brecht: una singular alianza de exactitud y de "efecto de distancia" hacía la belleza de esa *Pasión*.

Sin embargo, ya estábamos hartos de Alemania. El plebiscito del 19 de agosto aseguraba a Hitler poderes dictatoriales que ya nada, absolutamente nada, limitaba. Nos encontramos en Francia con enorme placer. Sin embargo, nos desinflamos pronto: el paternalismo de Doumergue era casi tan tiránico como una dictadura; la lectura de los diarios nos asqueó: ¡qué papeleo! Detrás de ese biombo de piadoso moralismo, los ultras se abrían camino. Como de costumbre, me cerré a la política para saborear Estrasburgo sin sombras, la catedral, el "Pequeño París"; de noche vimos uno de los primeros films en colores, *Museo de cera*, que había arrancado protestas al público de París; los gritos atroces que pegaba la pobre Fay Wray, condenada desde *King-Kong* a las películas de terror, nos divirtieron mucho. Me gustaban las aldeas de Alsacia, los castillos, los pinos, los lagos, los viñedos en dulce pendiente; bebimos Riquewihr y Traminer al sol, sentados ante mesas en las puertas de las hosterías. Comíamos *foie-gras*, chucrut, tartas de ciruelas. Visitamos Colmar. Sartre me había hablado a menu-

do de los cuadros de Grünewald; no se había dejado engañar por una ilusión de juventud; cada vez que he vuelto a verlos he revivido la misma emoción ante el Cristo erizado de espinas, ante la Virgen lívida y pasmada que el dolor petrifica viva.

A Sartre le gustaba tanto esa región que él mismo propuso seguir a pie la línea de las crestas. Desde las Tres Espigas fuimos en tres días a Honeck, al Machstein, a la Bola de Alsacia. Nuestro equipaje cabía en nuestros bolsillos. Un colega de Sartre que encontramos cerca de la garganta de la Schlutz nos preguntó dónde vivíamos. "En ninguna parte —le dijo Sartre—; caminamos." El colega pareció desconcertado. En el camino Sartre inventaba canciones que cantaba muy alegremente, pero cuyas palabras estaban inspiradas por la incierta situación del mundo. Recuerdo una:

*¡Ah ah, ah, ah! ¡Quién lo hubiera creído!*
*Estaremos todos, todos, todos muertos,*
*matados sin piedad como perros en las calles.*
*Es el progreso.*

Creo que en el mismo momento compuso *La rue des Blanc Manteaux* que más tarde hizo tararear por Inés en una escena de *Huis Clos*.

Sartre se separó de mí en Mulhause para ir a pasar quince días con su familia. Pagniez, que acampaba en Córcega con su hermana y dos primas, me había invitado a unirme a ellos. Me embarqué en Marsella, al caer la noche. Tomé un billete de puente e hice la travesía semiextendida en un trasatlántico. Me pareció embriagador dormir al sereno, entreabría los ojos y el cielo estaba allí! A la madrugada, un ramo de olores terrestres, ardientes y ligeros, se abatió sobre el barco: el olor del matorral.

Descubrí los placeres del campamento. Siempre me sentía emocionada de noche cuando veía las carpas erguidas sobre el pasto de una pradera o sobre el musgo de un bosque de castaños, tan livianas, tan precarias y, sin embargo, tan aco-



Escaneado con CamScanner

gedoras y seguras. La tela apenas me separaba de la tierra y del cielo; sin embargo, dos o tres veces me protegió contra la violencia de una tormenta. Dormir en una casa ambulante: ahí también realizaba un viejo sueño infantil inspirado por los carros de los saltimbanquis, por *La casa de vapor* de Julio Verne. La carpa tenía algo todavía más encantador: a la mañana la escamoteábamos; renacía a la noche en otro lugar. Aunque los últimos bandidos estaban presos, la isla era todavía poco frecuentada; no encontramos ni campamento, ni turistas. Sin embargo, la diversidad de los paisajes era aturdidora. Bastaba un día de marcha para bajar de los castañares limusinos al Mediterráneo. Partí con la cabeza rumorosa de recuerdos rojos, dorados y azules.

## IV

Entre octubre de 1934 y marzo de 1935, la situación política se tornó, al menos para el profano, cada vez más confusa. La crisis económica se agravaba; Salmson despedía obreros, Citroën quebraba; el número de desocupados alcanzaba a los dos millones. Una ola de xenofobia levantó a Francia; era inadmisible que se empleara mano de obra italiana o polaca cuando nuestros obreros no tenían trabajo. Los estudiantes de extrema derecha se manifestaron rabiosamente contra los estudiantes extranjeros, a los que acusaban de querer quitarles el pan de la boca. El asunto del inspector Bonny hizo rebotar el escándalo Stavisky: en el curso del proceso por difamación que intentó hacer contra el semanario *Gringoire*, Bonny fue acusado —en particular por la declaración de Mlle. Cotillon— de chantaje y de corrupción. Por otra parte, en enero, el Sarre votó por una mayoría del 90 % su anexión a Alemania. La propaganda antidemocrática se hizo cada vez más virulenta. El movimiento Croix de Feu ganaba terreno día a día; la revista *Candide* era su órgano oficial y el coronel de La Roque publicó con estruendo su programa bajo el título: *La Revolución*. Carbuccia defendía otra forma de fascismo en *Gringoire*, que a fines de 1934 tiraba seiscientos mil ejemplares: era el diario favorito de mi padre. Toda esa derecha nacionalista deseaba el advenimiento de un Hitler francés y empujaba a la guerra contra el Führer alemán; reclamó que la duración del servicio militar fuera llevada a dos años. Sin embargo, cuando Laval fue nombrado ministro de Relaciones Exte-

riores, se vio aparecer y afirmarse un neopacifismo de derecha. Mussolini se disponía a invadir Etiopía. Laval firmó con él un tratado que le daba carta blanca. Negoció con Hitler. Fue seguido por un cierto número de intelectuales. Drieu proclamaba su simpatía por el nazismo. Ramón Fernández abandonó las organizaciones revolucionarias a las que pertenecía declarando: "Me gustan los trenes que salen." El semanario radical socialista *Marianne* apoyaba a Laval. Emmanuel Berl, aunque judío, escribía: "Cuando... uno ha resuelto mirar a Alemania con toda la *justicia* y *la amistad* posibles, no se puede volver a poner en tela de juicio esta decisión porque Hitler dicte contra los judíos tal dispositivo legal."

Por su parte, la izquierda tenía sus perplejidades. En junio de 1934, Alain, Langevin, Rivet, Pierre Gérôme, habían creado el Comité antifascista que se proponía cortarle el camino a la reacción. Denunciaban el antisemitismo alemán; protestaban contra el sistema de encarcelamientos y de deportaciones que crecía en Italia. Sobre el punto crucial, paz o guerra, no querían plegarse ni a la política del coronel de La Roque ni a la de Pierre Laval. Todos los antifascistas admitían que la época del "pacifismo integral" había pasado. Víctor Margueritte, que en 1932 había defendido enérgicamente la objeción de conciencia frente a los comunistas, reconocía ahora la insuficiencia. Apoyó el llamado de Langevin en favor de la acción de las masas, únicas capaces, pensaba él también, de vencer al fascismo. Sin embargo, afirmaban unánimemente que la guerra podía y debía ser evitada; en uno de sus manifiestos, Alain, Rivet y Langevin escribían a propósito de esto: "Cuidémonos de desparramar las mentiras de la prensa reaccionaria." Guehenno repetía obstinadamente: "Hay que querer la paz." En cuanto a los comunistas, durante esos dos trimestres, su actitud fue de las más ambiguas. Votaron contra la ley de dos años y, sin embargo, frente al rearme de Alemania, demostraban que deseaban que crecieran las fuerzas milita-

tes francesas. Yo aproveché esas indecisiones para salvaguardar mi serenidad: puesto que nadie comprendía bien lo que pasaba, ¿por qué no admitir que no pasaba nada serio? Reanudé apaciblemente el hilo de mi vida privada.

Sabía que mi última novela no valía nada y no tuve valor de internarme en un nuevo fracaso. Era mejor leer, instruirme, esperando una inspiración favorable. La historia era uno de mis puntos débiles; decidí estudiar la Revolución Francesa. En la biblioteca de Rouen compulsé la colección de documentos recogidos por Buchez y Roux, leí a Aulard, Mathiez, me hundí en la *Historia de la Revolución* de Jaurés. Encontré esa exploración apasionante. De pronto, los acontecimientos opacos que obstruían el pasado se me volvían inteligibles, su encadenamiento cobraba un sentido. Me obligaba a ese trabajo con tanto rigor como si hubiera preparado un examen. Por otra parte, me inicié en Husserl. Sartre me había expuesto todo lo que sabía de él. Me puso entre las manos el texto alemán de *Lecciones sobre la conciencia interna del tiempo*, que descifré sin demasiado trabajo. En cada uno de nuestros encuentros discutíamos pasajes. La novedad, la riqueza de la fenomenología me entusiasmaban: me parecía no haberme acercado nunca tanto a la verdad.

Esos estudios me ocupaban bastante. En Rouen no veía sino a Colette Audry y a Olga, que repetía su P. C. N. El año anterior había estudiado juiciosamente durante un trimestre, sus profesoras la querían mucho; luego se había relacionado con esos amigos polacos, había dejado su pensión, su libertad la había embriagado. Había pasado días y noches, paseando, bailando, escuchando música, conversando, leyendo; había dejado de prepararse para su examen. Ese fracaso la había irritado demasiado para que intentara remediarlo durante sus vacaciones. Ahora sus amigos se habían dispersado; unos estaban en París, otros en Italia; ella sólo frecuentaba a franceses y no le gustaban. Pero había perdido todo fervor por unos estudios que la

aburrían; la certidumbre de un nuevo fracaso, el descontento de sus padres, la desolaban; sólo recobraba un poco de confianza en sí misma y de gusto por la vida junto a mí; yo me sentía conmovida y salía bastante a menudo con ella. Louise Perron se cuidaba en Auvergne; Simone Labourdin había sido trasladada a París; dejé de frecuentar a Mlle. Ponthieu. Ya no necesitaba tratar de matar el tiempo puesto que de nuevo pasaba con Sartre casi todos mis ratos libres.

Él trabajaba enormemente. Había terminado en Berlín la segunda versión de su libro; a mí me gustaba. Sin embargo, estaba de acuerdo con Mme. Lemaire y Pagniez para encontrar que Sartre había abusado de los adjetivos y de las comparaciones: él tenía la intención de revisar con escrúpulo cada página. Pero le habían pedido para una colección que publicaba Alcan una obra sobre la imaginación. Había sido el tema de su tesis, en la que había hecho una recopilación y que le valió la mención "Distinguido". El problema le interesaba. Abandonó a Antoine Roquantin y volvió a la psicología. Sin embargo, deseaba terminar pronto y se concedía poco descanso.

Por lo general nos encontrábamos en El Havre que nos parecía más alegre que Rouen. Me gustaban los viejos estuarios, sus muelles bordeados de *boîtes* de marineros y de hoteles dudosos, las casas angostas con sus techos de pizarra, que les caían hasta los ojos; una de las fachadas estaba cubierta de escamas de arriba abajo. La más bonita calle del barrio era la calle de los Galeones, cuyas enseñas multicolores se encendían de noche: El Gato negro, la Linterna roja, el Molino rosa, la Estrella violeta; todos los havrenses la conocían: entre los prostíbulos guardados por robustas alcahuetas, se abría el célebre restaurante "El Gran Barril"; íbamos de tanto en tanto a comer lenguado a la normanda y soufflé al calvados. Habitualmente, comíamos en la gran cervecería Paillette, tranquila y trivial. Pasábamos horas en el café Guillaume Tell, donde a menudo Sartre se instalaba para escribir; era espacioso, confortable, con

sus bancos de felpa roja, sus ventanales. La muchedumbre que codeábamos por las calles en los lugares públicos era más abigarrada y más animada que la población rouenesa; la misma burguesía parecía menos hostil que en Rouen: es que El Havre era un gran puerto; la gente venida de todos lados se mezclaba; se hacían grandes negocios, según los métodos modernos; se vivía en el presente en vez de incrustarse en las sombras del pasado. Cuando el tiempo estaba lindo, nos sentábamos en la terraza de una tabernucha, cerca de la playa, que se llamaba "Les Mouettes". Yo saboreaba ciruelas en aguardiente contemplando a lo lejos las aguas verdes y violentas. Paseábamos por las anchas avenidas del centro, subíamos a Sainte-Adresse, recorríamos, en lo alto de la Cuesta, las avenidas bordeadas de casas lujosas. En Rouen mi mirada tropezaba todo el tiempo con paredes; aquí corrían hasta el horizonte y yo recibía en la cara un viento vigoroso que venía del fondo del mundo. Dos o tres veces tomamos el barco para Honfleur; nos encantaba ese pequeño puerto, todo de pizarra, donde el pasado parecía conservar su antigua frescura.

A veces Sartre, para cambiar, se presentaba en Rouen. En octubre hubo una feria en los bulevares que ciñen la ciudad y jugamos partidos de billar japonés; en un teatrito de marionetas vimos un espectáculo gracioso como un film de Méliès: una gruesa comadre se convertía en globo montgolfier y se elevaba hacia los techos. Una tarde, por consejo de Colette Audry, decidimos visitar el Museo. Se enorgullecía de un hermoso Gérard David, clásico, que no nos enseñó nada. Lo que nos divirtió fue la colección de retratos de Jacques Smile Blanche; nos descubrió los rostros de nuestros contemporáneos: Drieu, Montherlant, Gide, Giraudoux. Quedé seducida ante un cuadro del que había visto de chica una reproducción en el *Petit Français Ilustré* y que me había hecho gran impresión: "Los enervados de Jumièges." Me había turbado la paradoja de la palabra *enervado,* tomada en un sentido impropio, puesto que en realidad

habían cortado los tendones de los dos moribundos. Yacían el uno junto al otro sobre una barca chata; su inercia imitaba la beatitud, mientras, torturados por el hambre y la sed, se deslizaban siguiendo el curso del agua hacia un fin atroz. Poco me importaba que la pintura fuera detestable; fui mucho tiempo sensible al tranquilo horror que evocaba.

Buscamos lugares nuevos donde fuera agradable sentarse y conversar. Frente al dancing "Le Royal" había un barcito, "L'Oceanic", frecuentado por jóvenes burgueses que jugaban a la bohemia y que se llamaban entre ellos "truhanes"; de noche, las animadoras del "Royal" iban allí a tomar una copa y a conversar. Nos hicimos asiduos del lugar. Dejamos la cervecería Paul por un café restaurante que se llamaba "Chez Alexandre" y que Sartre ha descrito más o menos en *La náusea* bajo el nombre de "Chez Camille"; media docena de mesas de mármol se bañaban en invierno como en verano en una luz de acuario; el patrón, un calvo melancólico, servía personalmente; la minuta se componía casi exclusivamente de huevos y de guiso de porotos en lata. Como éramos imaginativos, sospechábamos que Alexandre se dedicaba al tráfico de drogas. No había más clientes que nosotros y tres mujeres jóvenes mantenidas, bastante bonitas, que al parecer sólo vivían para vestirse; la esperanza, la desesperación, la ira, la alegría, el orgullo, el despecho, la envidia: todos esos sentimientos pasaban en sus conversaciones, pero siempre a propósito de un vestido regalado, negado, acertado, fracasado. En medio de la sala había un billar ruso y jugábamos algunos partidos antes y después de comer. ¡De cuánto tiempo disponíamos! Sartre me enseñaba los rudimentos del ajedrez. Era la gran época de las palabras cruzadas; todos los miércoles, nos inclinábamos sobre las de *Marianne* y descifrábamos también los jeroglíficos. Nos divertían los primeros dibujos de Dubout, los primeros académicos de Jean Effel y la historia del "pequeño rey" que contaba en imágenes Soglow.

De tanto en tanto, venían a vernos algunos amigos; Mar-

co esperaba ser nombrado en Rouen el año siguiente y se dedicó a inspeccionar la ciudad con desconfianza: "Es exactamente como Böne", concluyó ante nuestro asombro. Había un nuevo profesor de canto mucho mejor que el anterior; poco después daría una audición ante el director de la Ópera: iba a empezar sin demora su carrera triunfal.

Fernando y Stépha vivían de nuevo en París en un lindo estudio cerca de Montparnasse. Ella había ido a ver a su madre a Lwow y se había detenido algunos días en Europa central. Pasó un día en Rouen y la llevamos a la cervecería de la Ópera, donde de tanto en tanto nos ofrecíamos por quince francos una comida lujosa. Stépha abrió mucho los ojos: "¡Estos enormes bifes! ¡Frutillas con crema! ¡Y son unos pequeños burgueses los que comen así!" En Lwow, en Viena, hubiera habido que pagar una fortuna para semejante almuerzo. Yo no suponía que pudiera haber entre un país y otro tales diferencias alimenticias; me pareció raro oír a Stépha repetir con una especie de rencor: "¡Qué bien se alimentan estos franceses!"

Mme. Lemaire y Pagniez nos hicieron varias visitas. Compartíamos un pato a la sangre en el hotel de la Couronne y ellos nos paseaban en auto; nos mostraron Caudebec, Saint-Wandrille, la abadía de Jumièges. Al volver de noche por una ruta que dominaba el Sena, nos detuvimos en un lugar del cual se veía del otro lado del río las fábricas iluminadas de Grand Couronne: parecía, bajo el cielo negro, un gran fuego artificial petrificado. "Es lindo", dijo Pagniez. Sartre hizo una mueca: "Son fábricas en que hay tipos haciendo trabajo nocturno." Pagniez sostuvo con impaciencia que de todos modos era lindo; según Sartre se dejaba seducir con mala fe por un espejismo; trabajo, fatiga, explotación: ¿dónde estaba la belleza? Me impresionó mucho esa discusión, que me dejó perpleja.[1]

Nuestro huésped más inesperado fue Nizan, que vino a

[1] Inspiró la que tuvo lugar en *Los mandarines* entre Henri y Nadine frente a las luces de Lisboa.

hablar en un mitin. Estaba vestido con una desenvoltura estudiada y llevaba colgado del brazo un soberbio paraguas nuevo. "Me lo compré con parte de mi dinero para el viaje", nos dijo: le gustaba hacerse regalos. Había publicado en 1933 su primera novela, *Antoine Bloyé* [1], que había sido bien recibida por la crítica: se le nombraba entre los jóvenes escritores que prometían. Acababa de pasar un año en la U.R.S.S.; había asistido con Jean Richard Bloch, Malraux, Aragon, al congreso de los escritores revolucionarios: "Fue una visita extremadamente corruptora", nos dijo comiéndose las uñas con aire complaciente. Nos habló de los grandes banquetes donde el vodka corría a chorros, de los ricos vinos de Georgia, del confort de los coches-camas, del esplendor de los cuartos de hotel: su voz negligente sugería que ese lujo reflejaba la enorme prosperidad del país. Nos describió una ciudad del Sur, en la frontera con Turquía, desbordante de color local, con sus mujeres veladas, sus mercados, sus bazares orientales. Sus astucias nos encantaban. El tono familiar, casi confidencial de su conversación, excluía toda idea de propaganda; y, por cierto, no mentía; pero, entre las verdades de que disponía, elegía las que más podían seducir al anarcometafísico que era su compañerito Sartre. Nos habló de un escritor llamado Olecha, todavía desconocido en Francia. De una novela que había publicado en 1927 había hecho una pieza, *El complot de los sentimientos,* que había tenido un enorme éxito en Moscú. Era una obra ambigua; denunciaba los perjuicios de la burocracia, la deshumanización de la sociedad soviética pero —¿era prudencia o convicción?—, también tomaba por extraños atajos la defensa del régimen. "Sartre es Olecha", dijo Nizan, lo que aumentó nuestra curiosidad.[2] Nos inte-

[1] Lo habíamos leído todavía peor que *Aden-Arabia.* La habíamos tomado por una novela popular. Sartre explicó en su prefacio a las obras reeditadas de Nizan hasta qué grado ese punto de vista hoy nos parece falso.

[2] La novela de Olecha apareció en 1936 bajo el título *La envidia,* en la colección "Feux Croisés". Era una obra seductora y desconcertante.

reso sobre todo cuando tocó un tema que le importaba mucho: la muerte. Aunque nunca aludía a ello sabíamos en qué angustia podía caer ante la idea de desaparecer un día, para siempre; solía errar durante días enteros bebiendo de mostrador en mostrador grandes vasos de vino tinto, para huir de ese terror. Se había preguntado si la fe socialista ayudaba a conjurarlo. Lo esperaba y había interrogado mucho sobre ese tema a los jóvenes soviéticos: todos habían contestado que, frente a la muerte, la camaradería, la solidaridad, no servían de ayuda y que tenían miedo. Oficialmente, por ejemplo cuando rendía cuentas de su viaje en el curso de un mitin, Nizan interpretaba el hecho de manera optimista; a medida que los problemas técnicos se resolvían, explicaba, el amor y la muerte recobraban en la U.R.S.S. toda su importancia: un nuevo humanismo empezaba a nacer. Pero conversando con nosotros se expresó en forma muy distinta. Le había impresionado saber que allí, como aquí, cada cual moría solo y lo sabía.

Las vacaciones de Navidad fueron marcadas por una importante innovación; la iniciativa fue mía o al menos así lo creí: he advertido más tarde que a menudo mis inventos sólo reflejaban un movimiento colectivo. Desde hacía algún tiempo, los deportes de invierno, antaño reservados a unos cuantos privilegiados, eran accesibles a la gente de condición humilde, que empezaba a adoptarlos. El año anterior Lionel de Roulet, que había pasado su infancia en los Alpes, que conocía todos los secretos del telemark y del christiania, había arrastrado a su hermana Gégé y a otros amigos a Val d'Isère; era un pueblito mal equipado; no obstante, se habían divertido mucho. Yo no podía dejar pasar sin probarlo, un placer que estaba a mi alcance y convencí a Sartre. Pedimos prestados a nuestro alrededor equipos sumarios y nos instalamos en una pensión, en Montroc, en lo alto del valle de Chamonix. Alquilamos en el lugar unos viejos esquíes. Todas las mañanas, todas las tardes, íbamos al mismo prado en suave pendiente; subíamos, nos

deslizábamos hasta abajo y volvíamos a empezar. Algunos debutantes se ejercitaban como nosotros a tropezones. Un campesinito de diez años nos mostró cómo había que arreglárselas para girar. El juego nos divertía pese a su monotonía: nos gustaba aprender cualquier cosa. Yo no había tocado nunca todavía ese universo sin olor, sin color, de una blancura maciza, donde el sol sembraba cristales irisados. Al caer la noche volvíamos al hotel con los esquíes sobre el hombro, las manos entumecidas. Tomábamos té, leíamos un libro de geografía humana que nos enseñaba la diferencia entre las casas "bloc a tierra" y las casas "bloc en altura". También habíamos llevado un grueso volumen de fisiología; nos interesábamos sobre todo en el sistema nervioso, en las recientes investigaciones sobre la chronaxia. ¡Qué alegría arrojarse por la mañana en el frío del vasto mundo; qué alegría encontrarse de nuevo a la noche entre cuatro paredes, en el calor de una intimidad! Fueron diez días lisos y centelleantes como un campo de nieve bajo el azul del cielo.

Un día de noviembre, sentados en la terraza del café de las "Mouettes", en El Havre, habíamos deplorado la monotonía de nuestro porvenir. Nuestras vidas estaban comprometidas la una a la otra, nuestras amistades fijadas para siempre, nuestras carreras trazadas y el mundo seguía su curso. No teníamos treinta años y ya nada nuevo nos ocurriría, ¡nunca! Por lo general yo no tomaba esas quejas en serio. A veces, sin embargo, caía de mi Olimpo. Cuando tomaba una copa de más me ocurría ponerme a sollozar; mi vieja nostalgia de lo absoluto se despertaba: de nuevo descubría la vanidad de las metas humanas y la inminencia de la muerte; le reprochaba a Sartre que se dejara engañar por esa odiosa superchería: la vida. Al día siguiente continuaba bajo el golpe de esa iluminación. Una tarde, paseando por el flanco de ese bloc de tiza recubierto de pasto insulso que domina el Sena, en Rouen, tuvimos una larga

discusión. Sartre negaba que la verdad se encontrara en el vino y en el llanto; según él, el alcohol me deprimía y yo prestaba falazmente a mi estado razones metafísicas. Yo sostenía que, al destruir los controles y las defensas que normalmente nos protegen contra insostenibles evidencias, la embriaguez me obligaba a mirarlas de frente. Hoy pienso que, en la condición privilegiada que es la mía, la vida encierra dos verdades entre las cuales no se puede elegir y que hay que afrontar a la vez: la alegría de existir y el horror de terminar. Pero entonces me balanceaba de la una a la otra. La segunda sólo ganaba en breves relámpagos, pero yo sospechaba que era la más valedera.

Yo tenía otra preocupación: envejecía. Ni mi salud ni mi cara lo notaban, pero de tanto en tanto me quejaba de que a mi alrededor todo perdiera colorido: ya no siento nada, gemía. Todavía era capaz de "trances" y, sin embargo, tenía la impresión de una pérdida irreparable. El brillo de los descubrimientos que había hecho al salir de la Sorbona se había aplacado un poco. Mi curiosidad todavía encontraba alimentos: ya no encontraba fulgurantes novedades. A mi alrededor, sin embargo, la realidad abundaba pero cometí el error de no penetrarla; la encerraba en esquemas y en mitos que estaban más o menos gastados: lo pintoresco, por ejemplo. Me parecía que las cosas se repetían porque yo misma me repetía. Sin embargo, esa melancolía no turbaba seriamente mi vida.

Sartre había redactado la parte crítica del libro sobre *La imaginación* que le había pedido el profesor Delacroix, para Alcan. Había iniciado una segunda parte mucho más original, donde tomaba en sus raíces el problema de la imagen utilizando las nociones fenomenológicas de intencionalidad y de materia; fue entonces cuando puso a punto las primeras ideas claves de su filosofía: la absoluta vacuidad de la conciencia y su poder de alcanzar la nada. Esta búsqueda donde inventaba a la vez método y contenido, sacando todos los materiales de su propia experiencia, exigía

una concentración considerable; como no lo detenía ninguna inquietud de forma escribía con una gran rapidez, extenuándose para seguir con la pluma el movimiento de su pensamiento; a diferencia de su trabajo literario, ese invento sostenido y precipitado lo cansaba.

Se interesaba evidentemente en el sueño, en las imágenes hipnagógicas, en las anomalías de la percepción. En febrero, uno de sus ex compañeros, el doctor Lagache [1], le propuso que fuera a Sainte-Anne y se sometiera a la mescalina; esa droga provocaba alucinaciones y Sartre podría observar el fenómeno en sí mismo. Lagache le advirtió que la aventura sería poco agradable; sin embargo, no entrañaba ningún peligro. Lo peor que podía ocurrirle era presentar durante algunas horas "conductas extrañas".

Pasé ese día en el bulevar Raspail, con Mme. Lemaire y Pagniez. Al atardecer, como habíamos convenido, llamé por teléfono a Sainte-Anne: Sartre me dijo con voz pastosa que mi llamado lo arrancaba de un combate contra pulpos en el que ciertamente no obtendría la victoria. Llegó media hora después. Lo habían extendido sobre una cama, en un cuarto debidamente iluminado; no había tenido alucinaciones; pero los objetos que percibía se deformaban atrozmente: había visto paraguas, cóndores, zapatos, esqueletos, rostros horribles; a sus costados y detrás de él, pululaban cangrejos, pulpos, cosas que hacían muecas. Uno de los internos se había asombrado; le contó que en él, cuando terminó la sesión, la mescalina había producido efectos completamente distintos; había saltado en praderas llenas de flores entre maravillosas huríes. Quizá si hubiera esperado tener en vez de pesadillas esas delicias, Sartre se habría orientado hacia esas visiones paradisíacas, se decía con pena. Pero las predicciones de Lagache lo habían influido. Hablaba sin alegría mientras observaba con aire desconfiado los hilos del teléfono que corrían sobre la alfombra. En el tren estu-

[1] Se había recibido el año en que Sartre había sido aplazado; había seguido medicina y se dedicaba a la psiquiatría.

yo muy callado. Yo llevaba zapatos de lagarto cuyos cordones terminaban en una especie de borlas: él esperaba verlos, en cualquier momento, transformarse en escarabajos gigantes. Hubo también un orangután colgado sin duda por los pies del techo del vagón y que pegaba contra el vidrio su faz amenazadora. Al día siguiente Sartre estaba muy bien y me habló de Sainte-Anne en tono desprendido.

Uno de los domingos que siguieron Colette Audry me acompañó a El Havre. Con la gente que le gustaba, Sartre siempre hacía esfuerzos; me sorprendió su humor sombrío. Caminamos por la playa y recogimos estrellas de mar casi sin hablar. Sartre no parecía saber lo que Colette y yo hacíamos allí ni lo que él mismo hacía. Me separé de él un poco enojada.

Cuando volví a verlo se explicó. Desde hacía algunos días solía ser presa de la angustia; los estados en que caía recordaban los que había sufrido por la mescalina y estaba asustado. Sus percepciones se deformaban. Las casas hacían muecas, tenían rostros con muchos ojos y mandíbulas; no podía dejar de buscar en el cuadrante de un reloj una cara de lechuza. Por supuesto sabía que eran casas, relojes; no podía decir que creía en los ojos, los rictus; pero un día iba a creer; un día estaría verdaderamente convencido de que una langosta trotaba detrás de él. Ya una mancha negra bailaba obstinadamente en el espacio a la altura de su mirada. Una tarde paseábamos por Rouen, sobre la orilla izquierda del Sena, entre rieles, andamiajes, vagonetas y jirones de paredes leprosas; me dijo bruscamente: "Sé lo que me pasa: ha comenzado en mí una psicosis alucinatoria crónica." Tal como se la definía en aquella época, era una enfermedad que en diez años caía fatalmente en la demencia. Protesté con furor y, por una vez, no por una manía de optimismo, sino por sentido común. El caso de Sartre no se parecía en nada a los principios de la psicosis alucinatoria. Ni la mancha negra, ni la obsesión de las casas-mandíbulas indicaban el nacimiento de una incurable psi-

cosis. Yo sabía además con qué facilidad la imaginación de Sartre corría hacia la catástrofe. "Tu sola locura es creerte loco", le dije. "Ya verás", me contestó sombríamente.

No vi nada sino una depresión de la que le costaba arrancarse. A veces lo conseguía. Para Pascuas fuimos a los lagos italianos; parecía muy alegre, mientras remábamos sobre el lago de Como y en las callecitas de Bellagio, donde vimos una noche una procesión con antorchas. Pero de regreso a París ni siquiera logró fingir la buena salud. Fernando expuso cuadros en la galería Bonjean; durante toda la inauguración Sartre se quedó sentado en un rincón, silencioso, el rostro apagado. Él, que antes lo veía todo, ya no miraba nada. A veces nos quedábamos sentados en un café el uno junto al otro; otras caminábamos por las calles sin cambiar una palabra. Mme. Lemaire, pensando que estaría cansado, lo mandó a ver a un médico amigo suyo, que se negó a hacerle conceder una licencia; según él, Sartre necesitaba el menor tiempo libre y la menor soledad posibles; se limitó a recetarle media pastilla de belladenal por la mañana y por la noche. Sartre siguió dictando sus clases y escribiendo. La verdad es que se entregaba menos fácilmente a sus terrores cuando había alguien junto a él. Se dedicó a salir a menudo con dos de sus ex alumnos por quienes sentía una gran amistad: Albert Palle y Jacques Bost, hermano menor de Pierre Bost: aquella presencia lo defendía contra los crustáceos. En Rouen, mientras yo dictaba mis cursos, Olga lo acompañaba; tomaba muy a pecho su papel de enfermera. Sartre le contaba un montón de cuentos que la divertían y también lo distraían a él.

Los médicos afirmaron que la mescalina no podía de manera alguna provocar esa crisis; la sesión en Sainte-Anne sólo proporcionó a Sartre ciertos esquemas alucinatorios; fueron la fatiga y la tensión engendradas por sus investigaciones filosóficas lo que reanimó sus terrores. Después pensamos que expresaban un profundo malestar: Sartre no se resignaba a pasar a la "edad de razón", a "la edad de hombre,"

En el tiempo en que él vivía en la escuela se cantaba una bonita endecha sobre la triste suerte reservada a los maestros. Ya he dicho con qué repugnancia él encaraba entonces la enseñanza; se había conformado durante los dos primeros años de profesorado por lo feliz que estaba de haber terminado el servicio militar; la novedad de esa existencia lo ayudaba a soportarla. En Berlín, había recobrado la libertad, la alegría de su vida de estudiante; eso había hecho aun más difícil la vuelta a la seriedad y a la rutina de la condición de adulto. La conversación que habíamos tenido en el café de las "Mouettes" sobre la aridez de nuestro porvenir no había sido para él una charla superficial. Quería mucho a sus alumnos y le gustaba enseñar; pero detestaba las relaciones con un director, un censor, colegas, padres de alumnos; el horror que le inspiraban "los crápulas" no era solamente un tema literario; ese mundo burgués del que se sentía prisionero lo oprimía: no estaba casado, conservaba ciertas libertades; sin embargo, su vida estaba atada a la mía. En resumen, a los treinta años se internaba en un camino ya trazado: sus únicas aventuras serían los libros que escribiría. El primero había sido rechazado; el segundo exigía todavía mucho trabajo; en cuanto a su libro sobre *La imagen,* Alcan sólo había aceptado la primera parte [1] y Sartre preveía que la segunda, que le interesaba mucho más, no sería publicada hasta mucho después. Teníamos ambos una absoluta confianza en su porvenir; pero el porvenir no siempre basta para iluminar el presente. Sartre había puesto tanto ardor en ser joven que, en el momento en que su juventud lo abandonaba, hubiera necesitado grandes alegrías para consolarse.

Ya he dicho que pese a las apariencias, mi situación era muy distinta de la suya. Obtener un diploma, tener un oficio, para él era natural. Yo, desde lo alto de la escalera de Marsella, había tenido un deslumbramiento de placer: no me parecía soportar un destino sino haberlo elegido. La

[1] Publicada bajo el título: ***La imaginación.***

carrera en donde Sartre veía estancarse su libertad no había dejado de representar para mí una liberación. Y además, como lo escribió Rilke a propósito de Rodin, Sartre era "su propio cielo"; por lo tanto siempre en cuestión entre las cosas inciertas; pero no en cuestión para mí; para mí su existencia justificaba el mundo que nada justificaba a sus ojos.

Por lo tanto mi propia experiencia no me permitía comprender las razones de su depresión; por otra parte, se ha visto que la psicología no era mi fuerte y particularmente respecto a Sartre no se me ocurría emplearla; para mí, él era pura conciencia y radical libertad; me negaba a considerarlo como juguete de circunstancias oscuras, como un objeto pasivo; prefería pensar que él mismo producía sus terrores, sus errores, por una especie de mala voluntad; su crisis me asustaba mucho menos de lo que me irritaba; discutí, razoné, le reproché su complacencia en creerse condenado. Veía en ella una especie de traición: no tenía derecho a precipitarse en estados de ánimo que amenazaban nuestras construcciones comunes. Había mucha cobardía en esa manera de huir de la verdad; pero la lucidez no me habría servido de mucho; los problemas reales de Sartre yo no podía resolverlos en su lugar; para curarlo de sus trastornos pasajeros me faltaban la experiencia y técnicas necesarias. Sin duda, no lo habría ayudado si hubiera compartido sus miedos. Mi irritación fue, sin duda, una reacción sana.

Con altos y bajos, la crisis de Sartre se prolongó hasta las vacaciones; ensombreció todos los recuerdos que yo conservo de ese semestre. Sin embargo, yo me esforzaba como los demás años por instruirme y distraerme. Una importante exposición titulada *Los pintores de la realidad* nos reveló a Georges de La Tour; las obras maestras del Museo de Grenoble fueron transportadas a París y aprendí a conocer a Zurbarán, al que había ignorado en España. Oí el

*Don Juan* de Mozart, que la Opera había repuesto el año anterior. Vi en el Atelier *Rosalinda*, puesta en escena por Copeau, y una pieza de Calderón. *El médico de su honra*, que fue uno de los mejores papeles de Dullin. Fui a ver todos los films de Joan Crawford, Joan Harlow, Bette Davis, James Cagney, Ginger Rogers, Fred Astaire. Vi *El inencontrable*, *Serenata a tres*, *Crimen sin pasión*, *Toda la ciudad habla*.

Mi manera de leer los diarios siguió siendo frívola. Eludía, ya lo he dicho, los problemas planteados por la política de Hitler. Y consideraba el resto del mundo con indiferencia. Venizelos intentó en Grecia un golpe de Estado que fracasó; el gobernador Huey Long ejercía en Luisiana una extraña dictadura: no me preocupaba de esas aventuras. Sólo los incidentes españoles me conmovieron: insurrecciones obreras estallaron en Cataluña y en Asturias y la derecha, que era entonces dueña del poder, las aplastó salvajemente.

Entre los acontecimientos menores que tuvieron alguna repercusión, hubo el atentado de que fueron víctimas Alejandro de Yugoslavia y Barthou; el casamiento de la princesa Marina; el proceso de Martuska, el descarrilador de trenes que era juzgado en Budapest y que echaba la responsabilidad de sus crímenes sobre un hipnotizador; las muertes misteriosas de las islas Galápagos; nada de todo eso me apasionó. En cambio leí de punta a punta con Sartre el informe del inspector Guillaume sobre la muerte del consejero Prince: el asunto nos había intrigado tan apasionadamente como una novela de Croft. A propósito de la hermosa Arlette Stavisky, me interrogué sobre un problema que encontré más adelante bajo formas más lacerantes: ¿hay límites y cuáles a la lealtad que se deben mutuamente un hombre y una mujer que se quieren? Una cuestión que entonces hacía correr mucha tinta era el voto femenino; en el momento de las elecciones municipales, Maria Vérone, Louise Weiss, se agitaron furiosamente; tenían razón; pero

como yo era apolítica y no hubiera hecho uso de mis derechos, me daba lo mismo que me los reconocieran o no.

Sobre un solo punto mi interés y mi indignación no flaqueaban: el aspecto escandaloso que cobra en nuestra sociedad la represión. En 1934, en Belle-Île, unos jóvenes delincuentes se evadieron: unos turistas se unieron benévolamente a la policía para acorralarlos; cerraban la ruta con autos, sus faros hurgaban en las zanjas. Todos los chicos fueron aprehendidos y tan terriblemente azotados que sus gritos conmovieron a algunos habitantes de la isla. Una campaña de prensa divulgó el escándalo de las cárceles para niños: lo arbitrario de las detenciones, los malos tratos, las sevicias. Pese a la claridad de esas revelaciones se limitaron a tomar algunas sanciones contra los administradores más culpables: el régimen no fue modificado. En el proceso de Violette Nozières, el tribunal apartó sistemáticamente las pruebas y los testimonios que hubiesen podido ensuciar "la memoria del padre"; por lo tanto la hija no se benefició con ninguna circunstancia atenuante; mientras los verdugos de niños no sufrían por lo general —aun si la víctima había muerto— más que tres o cuatro años de cárcel, la parricida fue condenada a la guillotina.[1] Nos sentimos igualmente indignados por el frenesí de las muchedumbres norteamericanas, pidiendo la muerte, ante la prisión de Hauptmann, del presunto raptor del bebé Lindbergh: fue ejecutado después de cuatrocientos sesenta días de moratoria, sin que su culpabilidad hubiera quedado definitivamente establecida.

Por un vuelco de las cosas cuya ironía saboreamos, uno de los más fervientes defensores de la sociedad, el fiscal Henriot, tan conocido por su severidad que era llamado "el fiscal máximo", vio a su hijo sentado en el banquillo de los acusados. Degenerado, epiléptico, complaciéndose en martirizar a los animales, Michel Henriot había sido casado por sus padres con una hija de labradores lisiada y simple

[1] Si no fue ejecutada, es porque hacía tiempo que ninguna mujer lo era en Francia.

de espíritu, pero con una gran dote. Durante un año, en su casa de Loch Guidel, aislada al borde del mar, la golpeó sin piedad; criaba zorros plateados y nunca se separaba de su fusil ni siquiera mientras dormía. "Me matará", escribía su joven mujer a su hermana; le contaba su martirio en cartas que no conmovieron a nadie. Una noche la liquidó con seis tiros de carabina. No era ese crimen de retardado lo que nos parecía monstruoso, sino la connivencia de dos familias que, por razones de interés y para librarse de ellos, habían puesto a una idiota a merced de una bestia. Primo del fascista Philippe Henriot, Michel fue condenado a veinte años de cárcel.

Otro proceso retuvo nuestra atención a causa de la personalidad de la acusada. Malou Guérin, que había empujado a su amante Nathan a cloroformar, matar y desvalijar a una vieja opulenta. Para atenuar la responsabilidad, Henri Torrès invocó un grave accidente, ocurrido dos o tres años antes, y la conmoción que había resultado. Bajo su elegante sombrero que le ocultaba la mitad del rostro, Malou parecía bonita y su desparpajo irritó al jurado. La decían atada a su amante por vicios inmundos: masoquismo, agnolagnia, coprofagia; a juzgar por las miradas que se dirigían parecían amarse de verdad y ella se negó obstinadamente a renegar de él. Los jurados de Bruselas condenaron al hombre a veinte años de trabajos forzados y a la mujer —aunque no había ayudado al crimen— a quince años. Bruscamente, Torrès le arrancó su sombrero, descubriendo una mirada apagada, una frente con jorobas, una cabeza deforme. Sin duda la pena habría sido más liviana si hubiera exhibido esas fealdades resultantes de su accidente.

Comentando con Sartre crímenes, procesos, veredictos, me interrogué sobre la pena de muerte; me parecía abstracto reprobar el principio; lo que encontraba odioso era la manera en que se aplicaba. Tuvimos largas discusiones, yo me excitaba. Pero en fin, rebeliones, rechazos, esperanza de un porvenir más justo, todo eso empezaba a ser anticuado. Por

cierto, yo no hubiera tenido la impresión de envejecer y de agitarme sin provecho, si, en vez de atrincherarme en las rutinas de mi vida, me hubiera lanzado al mundo; porque el mundo se movía; lejos de repetirse, la historia se precipitaba. En marzo de 1935, Hitler restableció el servicio militar obligatorio y toda Francia, izquierda y derecha, fue presa del pánico. El pacto que Francia firmó con la U.R.S.S. inauguró una nueva era: Stalin aprobaba oficialmente nuestra política de defensa nacional; la barrera que separaba a la pequeña burguesía de los obreros socialistas y comunistas se derrumbó de pronto. Los diarios de todas, o casi todas, las tendencias, empezaron a publicar a profusión benévolos reportajes sobre Moscú y sobre el poderoso Ejército Rojo. En las elecciones cantonales, los comunistas tuvieron éxitos que contribuyeron a que se acercaran a ellos los otros dos partidos de izquierda: su fusión a fines de junio en la Mutualidad anunciaba el Frente Popular. Gracias al vigor de ese contraataque la paz parecía definitivamente asegurada. Hitler era un megalómano y se lanzaba en una carrera armamentista que iba a arruinar a Alemania; entre la U.R.S.S. y Francia, Alemania no tenía ninguna posibilidad de ganar una guerra; Hitler lo sabía y no cometería la locura de lanzar a una aventura sin esperanza a un país agotado: en todo caso el pueblo alemán se negaría a seguirlo.

La izquierda resolvió celebrar su victoria con una vasta manifestación. Un comité organizó con un brillo sin precedentes las fiestas del 14 de julio. Yo fui con Sartre a la Bastilla: quinientas mil personas desfilaron con banderas tricolores, cantando y gritando. Gritaban sobre todo: "La Roque al paredón" y "¡Viva el Frente Popular!" Nosotros compartíamos hasta cierto punto ese entusiasmo, pero no se nos ocurrió desfilar, cantar, gritar con los demás. Tal era en esa época nuestra actitud; los acontecimientos podían suscitar en nosotros violentos sentimientos de ira, de temor, de alegría: pero no participábamos, seguíamos siendo espectadores.

"Ustedes han visto España, Italia, Europa central; y ¡no conocen Francia!", nos reprochaba Pagniez. Ignorábamos en efecto grandes regiones. Como ese año estábamos demasiado pobres para ir al extranjero, decidimos explorarla. Sartre se fue primeramente con sus padres a hacer un crucero por Noruega. Yo subí en un tren una mañana, cargada con una mochila que contenía ropa, una manta, un despertador, una Guía Azul y todos los mapas Michelin. Partí de la Chaise-Dieu y durante tres semanas caminé. Evitaba las rutas y cortaba a campo traviesa prados y bosques, aspirada por todas las cimas, devorando con los ojos los panoramas, los lagos, las cascadas, los secretos de las abras y de los valles. No pensaba en nada: iba, miraba. Llevaba todos mis bienes al hombro, ignoraba dónde dormiría esa noche y la primera estrella no quebraba mi aventura. Me gustaba ver cómo se repliegan las corolas y el mundo cuando cae el crepúsculo. A veces, caminando sobre la cresta de una colina abandonada por los hombres y que hasta la luz abandonaba, me parecía rozar esa inasible ausencia que disfrazan unánimemente todos los decorados; un pánico se apoderaba de mí; semejante al que había conocido a los catorce años en el "parque apaisado" donde Dios ya no estaba, y como entonces corría hacia voces humanas. Tomaba una sopa, bebía vino tinto en una hostería. A menudo me costaba separarme del cielo, del pasto, de los árboles; quería retener al menos el olor; en vez de tomar un cuarto en un pueblo importante, hacía siete u ocho kilómetros más y pedía hospitalidad en una aldehuela: dormía en un granero y el olor a heno zumbaba a través de mis sueños.

La noche que me dejó el recuerdo más fuerte es la que pasé en el Mézenc. Yo esperaba dormir en el lúgubre villorrio de los Étables al pie de la montaña; era todavía de día cuando me detuve y me dijeron que había un refugio en la cima, a menos de dos horas de marcha. Compré pan, una vela, hice llenar con vino tinto mi cantimplora envuel-

ta en castor y subí a través de las praderas en flor; el crepúsculo cayó, luego la oscuridad. Era totalmente de noche cuando empujé la puerta de una casilla de pedruscos grises, amueblada con una mesa, un banco y dos tablas inclinadas. Pegué mi vela sobre la mesa, mastiqué un poco de pan y tomé todo mi vino, para darme coraje, pues aquella alta soledad era un poco angustiosa; el viento soplaba con fuerza entre las piedras de las paredes. Mi mochila como almohada, una tabla como colchón, encogida bajo una manta que no me protegía contra el frío, dormí muy mal; pero me gustaba en mi insomnio sentir a mi alrededor el inmenso desierto de la noche: estaba tan perdida como si hubiera bogado en una aeronave. Me desperté a las seis bajo un cielo deslumbrante, bañada por un olor de hierba y de infancia; una nube opaca bajo mis pies me separaba de la tierra: yo emergía sola en el azul. El viento continuaba soplando, se engollaba bajo la manta con la que trataba de envolverme. Esperé; el algodón gris debajo de mí se desgarró y vi en el fondo de esas grietas pedazos de campo asoleado. Bajé corriendo la cuesta opuesta a la que había subido. ¡Qué sol! Quemó mis pies que tuve el aturdimiento de dejar desnudos en las alpargatas; empezaba a sufrir ese martirio cuando llegué a Sainte-Agrève, donde tuve que detenerme veinticuatro horas. Acostada, era tal la tortura de ponerme de pie que me arrastraba de bruces a través del cuarto; cuando reanudé la marcha, cualquier pausa me torturaba. Compré provisiones en un almacén y, mientras el vendedor me servía, no paré de ir y venir como una fiera enjaulada. El dolor terminó por calmarse y partí con los pies protegidos por calcetines.

Hubo otra noche en la Basse-Ardèche, en que el aire era tan suave que me negué a encerrarme entre paredes. Me acosté sobre el musgo, en un castañar, mi mochila bajo la cabeza, el despertador a mi cabecera, y dormí de un tirón hasta el alba. ¡Qué alegría fue, al abrir los ojos, recibir el azul del cielo! A veces al despertarme presentía una tor-

menta: reconocía en el follaje de los árboles ese olor húmedo donde la lluvia se anuncia cuando todavía ninguna amenaza ha rozado el cielo. Yo apuraba el paso, ya presa de esa agitación que iba a abatirse sobre el paisaje tranquilo. Olores, luces y sombras, brisas, huracanes, se propagaban en ondas calmas o turbias en mis venas, mis músculos, mi pecho; hasta tal punto que me parecía que el ruido de mi sangre, el hervidero de mis células, todo ese misterio en mí, la vida, podía alcanzarla en el bullicio de las cigarras, en las borrascas que despeinaban los árboles, en el susurro del musgo bajo mis pies.

Indigestada de clorofila y de azul, me gustaba detenerme en las ciudades o en las aldeas ante las piedras que el hombre había ordenado. La soledad nunca me pesaba. Me asombraba incansablemente de las cosas y de mi presencia; sin embargo, el rigor de mis planes cambiaba esa contingencia en necesidad. Sin duda, era ese el sentido, no formulado, de mi beatitud: mi libertad triunfante escapaba al capricho, como también a las trabas, puesto que las resistencias del mundo, lejos de molestarme, servían de soporte y de materia a mis proyectos. Por mi vagabundeo displicente, obstinado, daba una verdad a mi gran delirio optimista; saboreaba la felicidad de los dioses: era yo misma el creador de los dones que me colmaban.

Una noche Sartre apareció en el andén de la estación de Sainte-Cécile-d'Andorgue. Cuando quería, era buen caminador. Le gustaba esa región, sus mesetas calvas, sus montañas coloreadas; se plegó con gusto a los paseos y hasta a los pic-nics: almorzábamos, siempre al aire libre, huevos duros y salchichón. Seguimos las gargantas del Tarn, subimos al Aigoual, paseamos por los Causses. Nos perdimos entre las falsas torres de Montpellier-le-Vieux y para volver a la ruta efectuamos, de roca en roca, una bajada peligrosa. La meseta de Larzac hervía de grillos que se devoraban entre sí y crujían bajo nuestros pasos; medido al ritmo de nuestra marcha, era un Sahara; todo un día se nos pegó a los pies;

la noche caía cuando llegamos al Couvertoirade; era conmovedora la brusca aparición de esas murallas dormidas desde hacía siglos en medio de ralos pastizales; las hermosas casas antiguas estaban semiamortajadas bajo las ortigas y las parietarias; erramos hasta la noche por las calles fantasmales.

Nos instalamos en el Rozier, en un buen hotel apartado del pueblo; nuestros cuartos y la terraza donde comíamos dominaban las aguas verdes del Tarn. Habíamos dado cita a Pagniez, que paseaba a pie por la región con la más joven de sus primas; Thérèse, por quien yo había sentido mucha simpatía en Córcega. Era una linda muchacha rubia, fresca, bien plantada, que adoraba la vida, el aire libre y a Pagniez. Tenía alrededor de veinte años; era maestra en Seine-et-Marne. Desde Córcega, Pagniez se había encariñado mucho con ella; no se moría de ganas de fundar en seguida un hogar, pero se veían enormemente y pensaban casarse un día. Juntos subimos a "puntos sublimes", seguimos las cornisas del *causse* Méjean, del *causse* Negro, comimos cangrejos y truchas, chapaleamos en el Tarn. Un día, en ausencia de Thérèse, Pagniez nos preguntó lo que pensábamos de ella: "Todo el bien posible", dijo Sartre; agregó que era todavía un poco infantil y que contaba con un exceso de complacencia sus historias de familia. Esa reserva picó a Pagniez; quería demasiado a Thérèse para no volver contra ella su modestia agresiva: "¡Mi pobre Thérèse, no te encuentran muy inteligente!", le dijo semi en broma; eso la entristeció un poco y nos dejó muy confusos. Pero nos separamos muy cordialmente.

Sartre prefería las piedras a los árboles; mis planes se plegaban a sus gustos. Tan pronto caminando, tan pronto tomando ómnibus, visitamos ciudades y aldeas, abadías, castillos. Una noche, en un pequeño autobús bamboleante y lleno, fuimos a Castelnau de Montmirail; llovía; al bajar en la plaza rodeada de arcadas, Sartre me dijo bruscamente que ya estaba cansado de ser un loco. Durante ese viaje,

las langostas habían intentado seguirlo; esa noche las despedía definitivamente. Su buen humor fue en adelante imperturbable.

El año anterior yo no había escrito nada. Quería absolutamente entregarme a un trabajo serio: pero ¿cuál? ¿Por qué no me sentí tentada de ensayar la filosofía? Sartre decía que yo comprendía las doctrinas filosóficas, la de Husserl entre otras, más rápidamente y más exactamente que él; en efecto él tendía a interpretarlas según sus propios esquemas; conseguía difícilmente olvidarse y adoptar sin reticencias un punto de vista extraño. Yo no tenía que quebrar ninguna resistencia, mi pensamiento se moldeaba en seguida sobre el que trataba de captar; no lo acogía pasivamente: en la medida en que me adhería a él, veía las lagunas, las incoherencias, como también presentía los posibles desarrollos; si una teoría me convencía, no me resultaba exterior; cambiaba mi relación con el mundo, coloreaba mi experiencia. En resumen, tenía sólidas facultades de asimilación, un sentido crítico desarrollado y la filosofía era para mí una realidad viva. Me daba satisfacciones que no me cansaban nunca.

Sin embargo, no me consideraba una filósofa; sabía muy bien que mi desenvoltura para entrar en un texto venía precisamente de mi falta de inventiva. En ese terreno, los espíritus verdaderamente creadores son tan pocos que es ocioso preguntarme por qué no traté de ser uno de ellos: más bien habría que explicar cómo ciertos individuos son capaces de llevar a bien ese delirio concertado que es un sistema y de dónde les viene el empecinamiento que da a sus premisas el valor de llaves universales. Ya he dicho que la condición femenina no predispone a ese género de obstinación.

Yo habría podido al menos emprender algún estudio documentado, crítico y acaso hasta ingenioso sobre un problema limitado: un autor poco o mal conocido, un punto

de lógica. No me tentaba en absoluto. Al conversar con Sartre, al medir su paciencia, su audacia, me parecía embriagador darse a la filosofía; pero solamente si uno estaba dominado por una idea. Exponer, desarrollar, juzgar, colegir, criticar las ideas de los demás, no, yo no le veía ningún interés. Leyendo una obra de Fink me pregunté: "Pero ¿cómo es posible resignarse a ser el discípulo de alguien?" Me ha ocurrido más tarde aceptar con intermitencias ese papel. Pero tenía al principio demasiada ambición intelectual para contentarme con él. Quería comunicar lo que había de original en mi experiencia: para lograrlo, sabía que tenía que orientarme hacia la literatura.

Había escrito dos largas novelas cuyos primeros capítulos se tenían más o menos en pie, pero que degeneraban luego en un informe palabrerío. Resolví esta vez componer relatos bastante breves y conducirlos de una punta a la otra con rigor. Me prohibí a mí misma fabricar fantasías o algo novelesco de pacotilla; renuncié a armar intrigas en las cuales no creía, a pintar medios de los que ignoraba todo; me limitaría a las cosas, a la gente que conocía; trataría de hacer sensible una verdad que había experimentado personalmente; ella haría la verdad de un libro cuyo tema yo indicaba con un título irónicamente tomado de Maritain: *Primacía de lo espiritual.*

Yo había sido durablemente marcada por los libros y las películas de guerra, que, durante mi adolescencia, me habían hecho llorar a lágrima viva. Todos los *Sursum corda*, los *¡De pie los muertos!*, todas las palabras y los gestos sublimes, despertaban imágenes atroces: campos de batalla y osarios, heridos con "caras de bofe de ternero" según una expresión de Ellen Zena Smith, cuya novela *No tan tranquilo* me había conmovido. A mi lado había visto a Zaza precipitada en la locura y en la muerte por el moralismo de su ambiente. Lo más sincero que había en mi novela anterior era mi horror por la sociedad burguesa. Sobre ese punto, como sobre muchos otros, estaba de acuerdo con mi



Escaneado con CamScanner

época; ideológicamente la izquierda era más crítica que constructiva; el revolucionario hablaba el mismo lenguaje que el rebelde, atacaba la moral, la estética, la filosofía de la clase dirigente. Por lo tanto, todo me alentaba en mi proyecto. Quería indicar a través de historias privadas algo que las superara: la profusión de crímenes minúsculos o enormes, que cubren los engaños espiritualistas.

Entre los personajes de mis diversos relatos establecí lazos más o menos flojos, pero cada uno formaba un todo completo. Dediqué el primero a mi vieja amiga Lisa. Describía cómo se marchitaba una joven tímidamente viva abrumada por el misticismo y las intrigas del instituto Sainte-Marie; se debatía en vano para ser sólo un alma entre las almas cuando su cuerpo la trabajaba sordamente. Presté a mi segunda heroína, Renée, el rostro, la palidez, la frente ancha de la hermana del doctor A., a la que había conocido en Marsella. Me daba cuenta de que en mi infancia había habido una íntima relación entre el masoquismo de algunos de mis juegos y mi piedad. También me había enterado de que la más devota de mis tías se hacía azotar vigorosamente de noche por su marido. Me divertía imaginando en una adulta la religiosidad degradándose en perrería. Al mismo tiempo hice un cuadro satírico de los *Equipos sociales*; traté de hacer sentir los equívocos de la abnegación. Utilicé en esos dos relatos un tono falsamente objetivo, de una ironía velada que imitaba el de John dos Passos.

En la historia siguiente tomé a Simone Labourdin, a la que llamé Chantal. Al salir de Sèvres iba a enseñar literatura en Rouen. Con una mala fe crispada, intentaba darse de su vida y de sí misma una imagen que pudiera deslumbrar a sus amigos. A través de su diario íntimo y de sus monólogos interiores, se le veía transfigurar cada una de sus experiencias, ir a la caza de la fantasía, fabricarse un personaje de mujer liberada, de acariciadora sensibilidad. En verdad su reputación le importaba mucho. Por su terquedad en representar un papel, precipitaba en el desastre

a dos de sus alumnas que la admiraban y ante quienes terminaba por desenmascararse. Ese relato marcaba un progreso: el monólogo interior de Chantal la pintaba a la vez tal como deseaba ser y tal como era; yo había conseguido dar esa distancia de uno mismo a uno mismo que es la mala fe. Las entrevistas de Chantal y de sus alumnas también estaban hábilmente llevadas: más allá de la benévola visión de las adolescentes, se presentían las fallas de la mujer joven. Utilicé más tarde procedimientos análogos para indicar en *La invitada* las trampas de Elisabeth.

Si los defectos que le imputaba a Chantal me exacerbaban tanto, era menos por haberlos observado en Simone Labourdin que por haber caído yo misma en ellos: durante dos o tres años había cedido más de una vez a la tentación de falsificar mi vida para embellecerla. Poco a poco me había despojado de ese defecto en la soledad de Marsella, pero todavía me lo reprochaba. La novela que escribe Françoise en *La invitada*, gira alrededor de ese tema. Me preocupaba y sentí un verdadero placer en tocarlo. Sin embargo la historia de Chantal me parece hoy un simple ejercicio: mi heroína habría podido ocupar en una novela un papel secundario; no tenía suficiente sustancia para que me ocupara de sus triunfos y de sus fracasos.

Intenté de nuevo resucitar a Zaza y esta vez me acerqué más a la verdad; Anne Vignon era una muchacha de veinte años presa de los mismos tormentos, de las mismas dudas que Zaza. No logré, sin embargo, hacer su historia convincente. No me había salido demasiado mal la larga oración de Mme. Vignon, que abría el relato; se pintaba en su verdad, en sus mentiras. Pero en la segunda parte cometí un error; quería que alrededor de Anne todo el mundo fuera culpable; le di por amiga a Chantal, que la empujaba a rebelarse sin verdadera convicción y sin hacer el esfuerzo necesario para arrancarla de su soledad; se limitaba a representar un papel. Su punto de vista sobre el drama pecaba de mediocre. Y sin darme cuenta, rebajé a Anne imagi-

nando que concedía su confianza a alguien que la merecía tan poco. El desenlace estaba visto a través de Pascal, al que Anne amaba, como Zaza había amado a Pradelle, y sin más suerte. El personaje del joven no estaba demasiado mal, pero le faltaba espesor. Yo había trazado de Anne un retrato más verosímil y más atravente que en las versiones anteriores: sin embargo, no se llegaba a creer en la intensidad de su desdicha ni en su muerte. Quizá el único medio de convencer al lector habría sido contarlas según fueron. Después de escribir *Los mandarines*, intenté una vez más trasponer en un largo relato el trágico fin de Zaza: había adquirido oficio y, sin embargo, no lo conseguí.

El libro terminaba con una sátira de mi juventud. Presté a Marguerite mi infancia en el curso Désir y la crisis religiosa de mi adolescencia. Luego ella caía en la trampa de lo maravilloso; pero sus ojos se abrían, arrojaba por encima de la borda misterios, espejismos y mitos y decidía mirar el mundo de frente.

Ese relato era con mucha diferencia, el mejor; yo lo había escrito en primera persona, en simpatía con la heroína, en un estilo vivaz. El capítulo autobiográfico sobre todo, estaba logrado; la aventura que la convertía a la verdad era poco convincente.

Además de los defectos propios a cada episodio, la construcción del libro era deficiente: no era ni un tomo de relatos, ni una novela. Las intenciones didácticas y satíricas estaban demasiado acusadas. Una vez más había evitado comprometerme; sólo figuraba en el pasado y a una gran distancia de mí misma. No había prestado el calor de mi vida a esas historias donde heroínas anémicas evolucionaban en un mundo endeble. Sin embargo, a medida que yo las escribía, Sartre aprobaba numerosos pasajes. En los dos años que tardé en componerlos, esperé que un editor los aceptaría.

Acontecimientos importantes habían ocurrido durante el verano. Unos decretos leyes aprobados por el gobierno

de Laval habían suscitado una violenta oposición: habían estallado revueltas en la mayoría de los grandes puertos: Brest, Cherburgo, Lorient; en El Havre y en Toulon las fuerzas del orden habían matado a obreros; finalmente, los trabajadores habían tenido que someterse. Pero esa derrota no había abatido sus esperanzas. Los funerales de Barbusse habían servido de pretexto para una manifestación casi tan importante como la del 14 de julio. Deseosos de ayudar al Frente Popular a precisar y divulgar sus posiciones ideológicas, algunos escritores, Chamson, André Viollis, Guéhenno, acababan de fundar un nuevo semanario, *Vendredi*. La derecha se ligaba más estrechamente que nunca contra "los crápulas": el reclutamiento de las Croix de Feu se ampliaba. Buscaban, más allá de las fronteras, el apoyo del fascismo italiano. Como Mussolini, rechazando todo arbitraje, se preparaba a atacar al Negus, la S.D.N. había votado sanciones contra él. Londres se disponía a aplicarlas cuando el ejército italiano cruzó la frontera etíope. Sesenta y cuatro intelectuales franceses hicieron aparecer en *Le Temps* del 4 de octubre un manifiesto "para la defensa de Occidente" dirigido contra las sanciones; ese mismo día el Duce hacía bombardear la población civil de Adoua. Los intelectuales antifascistas protestaron; hubo católicos entre ellos; *Esprit*, que dirigía Emmanuel Mounier, se acercaba a *Commune*. Nos parecía risible el boicot simbólico practicado por ciertos escritores de izquierda, que se privaban, por ejemplo, de beber Cinzano; pero las maniobras de Laval nos asqueaban: preconizando cautelosamente "sanciones lentas", hacía cómplice a Francia de las atrocidades cometidas en Abisinia por aviadores italianos, que asesinaban alegremente a mujeres y a niños. Felizmente, contábamos con un pronto vuelco de la política francesa. Congresos, mitines, desfiles: la Unión Popular se fortalecía cada día; en las riñas que enfrentaban a militantes de derecha y de izquierda, éstos tenían la última palabra. La próxima victoria electoral del Frente Popular

no estaba en duda. La "pared de plata" sería echada abajo, los "feudalismos" desmantelados, las doscientas familias despojadas de su poder. Los obreros harían triunfar sus reivindicaciones, obtendrían la nacionalización de un gran número de empresas. A partir de ahí, el porvenir se abría En esas perspectivas optimistas comenzó el nuevo año escolar. El primer trimestre vio desarrollarse el proceso de los Oustachi y abrirse el proceso Stavisky. Fueron encontrados los restos de la pequeña Bicole Marescot, cuyo presunto asesino languidecía en la cárcel desde hacía un año; durante todo ese tiempo una nube de rabdomantes había paseado vanamente por la región de Chaumont sus varas de abeto: el abate Lambert había puesto ese juego de moda y cantidad de gente lo tomaba en serio. Buster Keaton, que nunca se reía y que nos había hecho reír tanto, se volvió loco. Los Joliot-Curie recibieron el Premio Nobel por sus trabajos sobre la radiactividad artificial. Los diarios hablaban mucho de las nuevas normas de trabajo introducidas en las fábricas de la U.R.S.S. por un tal Stakhanov.

Como Sartre había decretado que estaba curado ya, nada ensombrecía nuestra vida privada. Dejé el hotel La Rochefoucauld para mudarme al hotel del "Petit Mouton" que me había indicado Olga: sus compañeros polacos lo habían habitado antes y lo encontraba encantador. A mí también me sedujo: estaba en una calleja que daba sobre la calle de la República: era una vieja casa de estilo normando, de tres pisos, con vigas aparentes y una cantidad de pequeños cristales: se dividía en dos alas, separadas por la portería, donde vivía la patrona, y cada una tenía su puerta, su escalera. A la derecha se encontraban los cuartos alquilados por hora, a la izquierda vivía la clientela estable, en su mayoría jóvenes parejas, así que de noche los corredores se llenaban de suspiros. Yo vivía al lado de un celador que todas las noches castigaba a su mujer antes de entregarse al amor con ella. Mis sillones y mi mesa cojeaban, pero

me gustaba la alegría un poco roñosa del cubrecama, del papel de la pared, de las cortinas. Comía a menudo en mi cuarto una tajada de jamón y las primeras noches oí a menudo en sueños pasos y crujidos insólitos: los ratones arrastraban por el piso los papeles grasientos que yo había echado en el cesto; llegué a sentir patas sobre mi cara. La patrona, una vieja alcahueta con la cabeza erizada de bigudíes, llevaba medias de algodón rosa. Marco, que había sido destinado a Rouen, se instaló en el "Petit Mouton", en el ala más prostibularia. Aturdía a la patrona con enormes piropos por el placer de verla contonearse; jugaba a la pelota con su gran perro de policía ante la puerta del hotel.

Durante las vacaciones yo había recibido de Olga cartas desesperadas. Ni siquiera había vuelto a presentarse en junio al P.C.N. y, en vez de volver en seguida a Beuzeville, había pasado noches en vela paseando por Rouen y bailando en el "Roval". Había llegado a su casa con ocho días de demora, desencajada, los ojos hinchados y con un gato epiléptico, que había recogido en una cuneta, colgado de su hombro. Sus padres querían ponerla pupila en Caen; no se habría sentido más aterrorizada si hubiesen decidido ponerla en un reformatorio. Su desamparo me conmovió; deploré por mí misma que no volviera a Rouen, pues me había encariñado mucho con ella.

Nuestra amistad tenía en mí como en ella razones sólidas, puesto que, al cabo de veinticinco años, todavía ocupa en mi vida un lugar privilegiado: pero al principio fue Olga quien la quiso, quien la creó: no podía ser de otra manera. Un afecto sólo tiene fuerza si se afirma contra algo. Olga a los dieciocho años estaba casi contra todo; yo me sentía en la vida como un pez en el agua; nada me oprimía, mientras a ella todo la aplastaba. Los sentimientos que sentía por mí no tardaron en alcanzar una intensidad cuyo contragolpe sentí más lentamente.

En su juventud el padre de Olga había obtenido en Munich un diploma de ingeniero; después de la revolución,



Escaneado con CamScanner

había encontrado cómo utilizarlo sucesivamente en Estrasburgo, en Grecia y en Beuzeville. Las ciénagas griegas eran malsanas; en Beuzeville no había liceo. Olga y su hermana habían estado de pupilas durante años en los liceos de Angulema y de Rouen. Pero pasaban largas vacaciones con sus padres, junto a los cuales había transcurrido su primera infancia; Olga los había querido enormemente a ambos. Mme. D. era inteligente, abierta y muy poco conformista; de muchacha había tenido la energía de abandonar un hogar desagradable para ir a enseñar el francés en Rusia; de regreso a Francia, casada con un ruso exilado, se había sentido en su propio país tan exilada como él: no se había vinculado con alsacianos ni con normandos; para educar a sus hijas había consultado su propio criterio; de muy chicas les había hecho leer libros y les había contado historias que alrededor de ella todo el mundo consideraba impropios para niñas; las había iniciado en la mitología, en la Biblia, en los Evangelios, en las leyendas de Buda, de modo de encantarlas quitándoles para siempre las ganas de creer en eso. Olga debía a esa formación la precocidad que había seducido a sus profesoras de letras e irritado a casi todas las demás.

Entre esa madre un poco insólita y un padre exótico, que hablaba sin cesar del país fabuloso donde hubiera tenido que vivir, Olga se sentía distinta de las demás chicas y siempre había considerado esa diferencia como una superioridad; hasta tenía la impresión de haberse metido por error en un pellejo que no era digno de ella: desde el fondo de una Rusia que ya no existía, una señorita educada en el Instituto de Jóvenes Nobles consideraba con altivez a la colegiala Olga D. confundida en la masa de externas rouenesas; despreciaba a esa majada, no pertenecía a ella: y sin embargo, se encontraba entre sus rangos y en ninguna otra parte; lo soportaba mal. La paradoja de su educación es que, después de haberle inculcado el desdén por las convenciones, las supersticiones, la tontería y las tradicionales

virtudes francesas, sus padres habían tenido que abandonarla a las disciplinas, a las rutinas, a los prejuicios, a todas las tonterías que gobiernan los internados de señoritas. Se habían producido choques bastante serios, pero no habían afectado mucho a Olga, pues sus padres siempre se habían puesto de su parte. De tanto en tanto, Mme. D. tenía escrúpulos; deseaba que sus hijas fueran "como las demás": sus veleidades engendraban dramas que felizmente no tenían consecuencias, porque las circunstancias la apartaban de su designio. Cuando Olga salió del liceo, sus padres se preocuparon mucho por encauzarla por un camino "normal". No miraban el casamiento como una carrera, creían en la capacidad de su hija, querían que aprendiera un oficio, pero ¿cuál? La danza no había sido tomada en serio y además era demasiado tarde. La arquitectura interesaba a Olga: su padre consideró que una mujer no tenía posibilidades de triunfar en ella. Eligieron la medicina, sin tener en cuenta la poca atracción que esos estudios tenían para Olga. La consecuencia fueron dos fracasos sucesivos en P.C.N. en junio y en octubre de 1935: luego un año de rescate que, desde el punto de vista de ellos, ella estropeó radicalmente. Sintieron un violento despecho y ya no pararon de recriminarle. Cuando estaba en Beuzeville, le prohibían que fumara, que trasnochara y casi que leyera, le imponían horarios; se desolaban de su disipación, de sus malas compañías. El conflicto que opone generalmente el adolescente a sus padres cobró en ella una forma particularmente penosa, porque de pronto, encarnaban lo que más o menos conscientemente ellos mismos le habían enseñado a desdeñar: el buen orden, la grandeza de las naciones, las costumbres establecidas y toda la seriedad de esa edad adulta que ella veía acercarse con horror. Olga se reprochaba haberlos decepcionado, pues siempre le había importado apasionadamente la estimación de sus padres; pero el vuelco de ellos, aquella defección, la llenaban de rencor. Había pasado ese último año en la desazón y en la ira, hostil al mundo entero y a sí misma. Su

hermana, a quien quería mucho, era menor que ella; con sus compañeros sólo tenía relaciones superficiales; nadie podía salvarla del marasmo.

Nadie, salvo yo. Yo estaba admirablemente bien colocada para ayudarla. Nueve años mayor que ella, dotada de mi autoridad de profesora, de los prestigios de la cultura y de la experiencia, era distinta del personal del liceo y de la burguesía rouenesa; vivía sin inquietarme de las convenciones; Olga reconocía en mí, transfigurados y fortalecidos por la edad y por la sensatez que me atribuía, sus repugnancias, sus rechazos, su sed de libertad. Yo había viajado, conocía gente; Rouen, Beuzeville, eran prisiones cuyas llaves yo poseía; la infinita riqueza del mundo en el horizonte y su novedad las soñaba a través de mí; y en verdad muchas cosas durante esos dos años le vinieron de mí: libros, música, ideas. No solamente yo le abría el porvenir, sino, lo que contaba aun más, le prometía que se abriría un camino; perseguida por los reproches de sus padres, estaba a punto de caer en un amargo derrotismo; yo comprendía que el P.C.N. no le gustara y que su joven independencia se le hubiera subido a la cabeza: confiaba en ella; Olga tenía una necesidad urgente de esa estima, de mi complicidad y de todo lo que, al principio muy parsimoniosamente, yo le aportaba. Por supuesto, no desentrañó ella misma las razones de ese impulso que la lanzó hacia mí; pensaba que se explicaba por mis méritos; pero fue a partir de su propia situación como me convertí para ella en algo precioso y único.

Yo, por el contrario, no carecía de nada. Cuando encontraba gente nueva y atrayente, entablaba con ellos relaciones agradables pero no influían en mí. Un fénix dotado de todas las gracias no habría logrado por su propia seducción turbar mi indiferencia. Olga me alcanzó por el solo punto vulnerable de mi corazón: la necesidad que tenía de mí. Algunos años antes me hubiera importunado; yo al principio sólo había pensado en enriquecerme; ahora me parecía tener las manos llenas y, por el fervor con que apreció mis pri-

meros dones, Olga me reveló el placer de dar; yo había conocido el placer de recibir y las dichas de la reciprocidad; pero no sabía como es de conmovedor sentirse útil, como es de impresionante sentirse necesario. Las sonrisas que a veces yo hacía nacer sobre su rostro despertaban en mí una alegría de la que me hubiera costado mucho verme privada.

Evidentemente no me habrían importado sin la simpatía y la estima que Olga me había inspirado en seguida. Yo había apreciado el encanto de su rostro, de sus gestos, de su voz, de su lenguaje, de sus cuentos; había apreciado su inteligencia y su sensibilidad; sin comprenderlo todo, raramente se equivocaba sobre la calidad de una persona o de un libro. Poseía esa virtud que considerábamos esencial: la autenticidad; nunca disfrazaba sus opiniones ni sus impresiones. Advertí que ya no se parecía nada a la chica rubia, pálida, un poco sosa, que yo había visto llorar un día sobre una composición inconclusa. Había en ella algo impetuoso y extremo que me conquistó. De chica, había conocido con más violencia todavía que yo las convulsiones de la ira; seguía siendo capaz de furores que casi le hacían perder el sentido. Más que por frenesí, expresaba sus rechazos, sus rebeliones, con postración: esa pasividad no era blandura, sino un desafío a todas las tiranías. A los placeres, Olga se entregaba sin medida: bailaba hasta desmayarse. Miraba con avidez todas las cosas y a toda la gente; sus deslumbramientos conservaban la frescura de la infancia y los perseguía en largas ensoñaciones. Era un placer hablarle pues me escuchaba con pasión. Me contó su pasado, yo le confié el mío: siempre estaba segura de interesarla y de ser comprendida por ella. Hablaba más íntimamente con ella que con cualquier mujer de mi edad. También me gustaba que se condujera y se expresara con tanta reserva y discreción, sabiendo que, bajo sus modales cuidados, ardían mil fuegos. Deseaba ayudarla a aprovechar sus recursos, que despilfarraba en estudios áridos, en el tedio y en el remordimiento. Sin

embargo yo era prudente; no se me había ocurrido tomar su vida entre mis manos para convertirla en mi empresa propia.

El proyecto concebido por sus padres me obligó a dar ese paso y Sartre me alentó; quería mucho a Olga, la había encontrado encantadora en su papel de enfermera; le pareció imposible que yo la dejara internar en un colegio de Caen; me sugirió una idea que me pareció luminosa. Olga odiaba las ciencias pero en filosofía había sido una alumna excelente: ¿por qué no orientarla por ese lado? En El Havre, Sartre daba cursos de licenciatura a algunos estudiantes, varones y mujeres; me ayudaría a preparar a Olga. Pedí una entrevista a sus padres, que me invitaron a Beuzeville. Bajé en la estación anterior y mucho antes de lo que me había anunciado; pasé la tarde paseando con Olga a través de un triste campo aterido; nos refugiábamos en los pequeños cafés pueblerinos y nos pegábamos a la estufa. Ella no esperaba conseguir gran cosa de mi entrevista. Sin embargo, después de una deliciosa comida a la rusa, presenté mi proyecto a Mme. y M. D. y logré que me confiaran a Olga. De vuelta a Rouen, establecí con Sartre un horario minucioso de las lecciones que le daríamos y el programa de los trabajos que tendría que ejecutar: lecturas, disertaciones, exposiciones. Le reservé un cuarto en el "Petit Mouton".

Sus nuevos estudios parecieron gustarle; escuchaba con fervor y parecía comprender bien todo lo que le explicábamos; ordenó cuidadosamente sobre su mesa los libros que yo le procuré. Pero el día que le pedí que resumiera por escrito un capítulo de Bergson, se comió una libra de pastillas de goma y ya no estuvo en condiciones de trabajar. ¿Era la reacción de sus padres ante sus exámenes fracasados o un orgullo más antiguo lo que le había inspirado tal horror por el fracaso que prefería, con tal de no correr ese riesgo, no intentar nada? En todo caso no logró escribir la primera línea de su primera disertación. Después de todo, la idea de Sartre quizá no fuera tan buena. Para preparar una licen-

ciatura lejos de la Sorbona, sin compañeros de estudios, se habría necesitado mucha pasión o mucha voluntad. Gracias a su inteligencia, Olga había tomado fácilmente la cabeza de la clase de filosofía, pero, en realidad, las especulaciones abstractas no le interesaban nada. Y ella era incapaz de plegarse a consignas. Comprendí que su derrotismo, durante sus dos años de P.C.N., tenía razones menos accidentales de lo que yo había creído. Hay gente a la que la dificultad estimula: a Olga la descorazonaba. Convencida desde su infancia de que no pertenecía a la sociedad que la rodeaba, no pensaba que ningún porvenir la esperara: mañana, para ella, existía apenas; el año próximo no existía en absoluto; veía poca diferencia entre un proyecto y un sueño; frente a una tarea árida ninguna esperanza la sostenía. Traté de combatir su indolencia; pero mis reproches, mis remordimientos, lejos de incitarla a reaccionar, la hacían hundirse en una inerte desesperación. Sartre dejó bastante pronto de empeñarse y seguí su ejemplo. Después de Navidad, las lecciones de filosofía fueron un mito.

Esto me contrarió, pero lo dejé pasar; ahora, que vivía sin obligaciones, Olga estaba radiante. Estudiante arisca, se mostraba en cambio la más agradable de las compañeras. Se entregaba al presente con tanto más ardor cuanto que dudaba del mañana; nunca se cansaba de mirar, de escuchar, de hablar, de bailar, de pasearse, de sentir latir su corazón. A causa de ella abandonamos El Havre por Rouen. Nos arrastraba a la terraza del café Víctor para escuchar al hermoso violinista cíngaro Sacha Malo; fue reemplazado por una orquesta femenina que nos recordó la del gran café de Tours y cuyas gracias nos divirtieron tanto que Sartre, más tarde, la hizo entrar en *La prórroga;* teníamos en general más curiosidad por las mujeres que por los hombres; prestábamos siempre un oído atento al parloteo de las damiselas de "Chez Alexandre", al de las animadoras del "Oceanic Bar". En la calle de la Grande Horloge había un "Cintra" que se parecía un poco al de Marsella; allí jugué al *poker-dice* con Olga,

converse con Sartre tomando cafés o jugos de naranja. La directora de una importante casa de modas venía a menudo a discutir con proveedores o clientes alrededor de uno de los toneles que servían de mesa; la observábamos con simpatía; las mujeres de cabeza, las mujeres de negocios, no abundaban en esa época; apreciábamos su elegancia, su desenvoltura, su aspereza, su autoridad. Cuando Colette Audry se iba a París, nos dejaba las llaves de su estudio. Cocinábamos spaghetti en su hornalla, escuchábamos sus discos, jugábamos con sus tórtolas. A fin de mes nos prestaba a menudo su fonógrafo para que lo lleváramos al Monte de Piedad; yo también solía llevar un broche de oro que me había regalado mi abuela.

En ausencia de Sartre, yo veía mucho a Olga. Le hacía leer Stendhal, Proust, Conrad, todos los autores que me gustaban y de los que ella me hablaba tan pronto con encanto, tan pronto con ira. pues tenía con ellos relaciones complejas y tan vivaces como con personas de carne y hueso; Proust en particular le inspiraba sentimientos ambiguos que oscilaban —sin nunca detenerse en una posición intermedia— de un odio asqueado a una admiración deslumbrada. Para conversar nos sentábamos en el "Oceanic", en el "Cintra", y a menudo en un barcito de los muelles cuyas cortinas, la alfombra y, hasta los espejos, tenían un color damasco que nos encantaba; bebíamos exclusivamente cassis. Empecé a enseñarle el ajedrez a Olga. Hicimos algunas partidas en la cervecería de la Ópera. Pero nuestra ignorancia nos valió reprimendas tan indignadas que sólo nos atrevimos a jugar clandestinamente; nos encerrábamos en mi cuarto y mientras combinábamos nuestros golpes, bebíamos grandes tragos de Cherry Rocher; sentíamos por ese licor una predilección inmoderada; una noche tomamos tal cantidad que, después de haberme dejado, Olga se enrolló en la escalera y se quedó dormida hasta que un inquilino la tocó con el pie. A menudo subíamos al cuarto de Marco a escuchar discos: los *Cuartetos* de Beethoven, los *Conciertos brandeburgueses*, el *Octeto* de

Stravinsky, me familiarizaba con muchas obras que yo conocía apenas o nada. Me aburría que al final de cada trozo Marco me lanzara una mirada inquisidora un poco socarrona: yo hacía esfuerzos inauditos para encontrar un comentario.

Marco nos invitó una tarde a Olga, a Sartre y a mí al estudio en donde estudiaba canto. Cuando tarareaba por las calles de Rouen, la *Passacaille* de Bach o la sublime *Cavatina* de Beethoven, su voz me encantaba; entonó la gran aria de *Boris Godunov* y los vidrios temblaron; creí que mi tímpano explotaba y me quedé aterrada. Otras sesiones confirmaron la triste verdad: Marco cantaba cada vez más alto pero cada vez peor. No se daba cuenta; seguía convencido de que haría muy pronto una entrada triunfal en la Ópera. En cambio luchaba desesperadamente contra un infortunio a mis ojos mucho más benigno: se le caía el pelo. Todas las noches se frotaba la cabeza con una loción de azufre y tenía la impresión de desollarse vivo; durante cinco minutos, crispaba las manos sobre el alféizar de la ventana para no gritar. Sin embargo, todavía no había perdido nada de su belleza. Yo lo conocía ya demasiado, su encanto se había disuelto un poco. Pero Olga, por quien él mostraba una viva simpatía, estaba encantada. Salían a menudo juntos.

Una noche en que iban por la calle Jeanne d'Arc, Olga esbozó el paso de los patinadores; Marco la tomó del brazo y bajaron la calle bailando; Marco cantaba. De pronto vieron en la acera de enfrente a un grupo que los miraba petrificado: un alumno de Marco flanqueado por sus padres. "¡Cuernos!", dijo Marco. Y agregó sin soltar a Olga: "¡Paciencia, sigamos, ya es demasiado tarde!" El colegial vio a su profesor alejarse saltando del brazo de una rubia.

Con Marco el menor paseo se convertía en una aventura; inventaba para Olga lindas mentiras fabulosas, penetraba con fractura en las barcazas, se acercaba a desconocidos, los convidaba a tomar una copa, les hacía contar su vida. Una noche, en el bar color damasco, se nos había acercado a Olga y a mí un capitán de la marina inglesa, muy feo,

con una nariz de borracho, pero que contaba historias de a bordo; lo habíamos escuchado y él había admirado la manera en que Olga hablaba inglés. Unos días después, estando en otro bar con Marco, Olga lo encontró. "Preséntame —dijo Marco—. Y dile —murmuró en francés y entre dientes— que tengo la ventaja de ser pariente tuyo." El capitán lo tomó por el hermano de Olga; les pagó la bebida y les propuso que terminaran la noche en su barco. Marco vaciló: visiblemente, el capitán tenía intenciones respecto a Olga. "Más bien venga a casa —dijo Marco—, pero como puede imaginarse, una joven no tiene nada para beber; habría que conseguir una botella." El capitán, que conocía los lugares, se fue a comprar whisky y Marco expuso su plan: iban a extorsionarlo; Marco lo dejaría solo dos minutos con Olga, el capitán trataría evidentemente de echarse sobre ella y Marco, surgiendo de improviso, amenazaría con hacer un escándalo; primero había que terminar de embriagar a la víctima. Subieron al cuarto de Olga y empezaron a vaciar una botella de Johnny Walker. El capitán bebía; los otros tiraban delicadamente sobre la cama —que durante un mes apestó a whisky— el contenido de sus vasos. Sin embargo, el capitán conservaba su cabeza. Le pidió a Marco que saliera un momento con él al zaguán; allí le propuso dinero. Marco reclamó para descorazonarlo sumas exorbitantes y el otro se enojó. Para tranquilizarlo, Marco explicó lagrimeando que la miseria lo había empujado a vender a su hermana, pero que sentía la ignominia de su conducta y que se echaba atrás. El capitán no se tranquilizó. Fue necesario que Marco lo tomara por los hombros y lo dirigiera vigorosamente hacia la salida. Sin embargo, el capitán no le guardó rencor; unos días más tarde, yo escuchaba discos con Olga en el cuarto de Marco cuando un auto se detuvo en la esquina de nuestra calleja; reflexionando, el capitán se había conmovido ante la miseria de los dos jóvenes; venía a buscarnos para hacernos visitar su barco. Lo seguimos y nos hizo los honores muy amablemente.

Gracias a la presencia de Marco, a los progresos de mi amistad con Olga, al restablecimiento de Sartre, al nuevo fervor con el cual yo me entregaba al trabajo, fue un trimestre particularmente dichoso. Yo estaba demasiado ocupada para leer tan glotonamente como antes; sin embargo, me conservaba al corriente de las novedades. El año anterior no había enriquecido la literatura francesa. La derecha había aclamado los libros de Robert Francis, hermano de Jean Maxence y fascista como él, quien, en *La granja de las tres Bellas* y *El barco refugio*, trataba de imitar a Alain Fournier. Aquel invierno Malraux publicó el peor de sus libros, *El tiempo del desprecio*. Nizan sacó *El caballo de Troya*. Uno de los principales personajes, Lange, era profesor en provincia; anarquista, paseaba su soledad por las calles de la ciudad y mientras miraba las piedras, se abandonaba a negros sueños metafísicos; por lo tanto, tenía con Sartre parecidos evidentes; en las últimas páginas se hacía fascista. Nizan afirmó en tono displicente pero con firmeza que era Brice Parain quien le había servido de modelo. Sartre le dijo con buen humor que no lo creía.

El único libro que sobresalió ese año fue la traducción de *Luz de agosto* de Faulkner. A Sartre no le gustó el estilo: le reprochaba una redundancia bíblica que a mí no me disgustaba. Pero nos pusimos de acuerdo para admirar la novedad y la audacia. Nunca todavía el mundo faulkneriano, abrazado y ensangrentado por el sexo, había tenido ese brillo trágico. Me sorprendía que la aventura que arroja a Christmas en manos de los linchadores fuera a la vez lacerante como la vida e ineludible como la muerte: en ese Sur despojado de su porvenir y que no tiene otra verdad que su leyenda, los más tumultuosos desencadenamientos están petrificados de antemano por la fatalidad; Faulkner había sabido dar una duración a su historia anulando a la vez el tiempo; en el medio del libro lo hacía vacilar; allí donde el destino triunfa, el pasado y el porvenir son equivalentes, el presente ya no tiene realidad; para Christmas, es sólo el

corte entre dos series, una que se remonta al día de su nacimiento, la otra que baja hacia la hora de su horrible final, ambas manifestando una misma maldición: la sangre negra en sus venas. Por eso su crimen era escamoteado. Atropellando el tiempo, Faulkner enriquecía su técnica. Distribuía, todavía más hábilmente que en sus otras novelas, las sombras y las luces; la tensión del relato, el relieve de los acontecimientos, hacían de *Luz de agosto* una obra ejemplar. Marco, que cultivaba las formas, declaró que en adelante la novela sería sincrónica o no sería. Pensábamos que, en todo caso, la novela francesa tradicional había tenido su época, que era imposible no tener en cuenta las nuevas libertades, las nuevas sujeciones propuestas por los jóvenes norteamericanos.

No íbamos a menudo a París, pero sacábamos provecho de cada una de nuestras visitas. Recorríamos la exposición de arte italiano, la exposición de arte flamenco. Fuimos a mirar con un poco de nostalgia los restos del viejo Trocadero, que estaban demoliendo. En el Casino de París, Maurice Chevalier cantaba: "Cuando un vizconde encuentra a otro vizconde." Hacía asombrosas imitaciones de sus imitadores. En el cine daban *La kermesse heroica, El soplón, La bandera.* Vimos a Marguerite Jamois en *Los caprichos de Marianne*, oímos a Madeleine Ozeray decir: "El gatito ha muerto." Sin embargo, la juiciosa perfección de los espectáculos de Jouvet nos aburría un poco y desdeñamos *La guerra de Troya no ocurrirá.* En el Atelier asistimos al estreno del *Farsante*, que Camille había adaptado de Balzac con mucha felicidad. Enfundado en su suntuosa bata de Mercadet, Dullin parecía su propio personaje; en el papel de M. Violette, el acreedor lloroso y mísero que pide en vano lo que le deben, la presencia de Sokoloff era todavía más asombrosa: tenía algo de hechicero. Fue la primera vez que puse los pies en los camarines una noche de estreno; la gente se precipitaba sobre Dullin, sobre Camille, con vagidos, rugidos, arrullos, que me dejaron sin habla. Felizmente con

Dullin y Camille no tenía necesidad de hacer frases; pero Camille, a quien le había dicho hasta qué punto la actuación de Sokoloff me había impresionado, me empujó hacia él: "Vé a felicitarlo." Estaba sentado en una banqueta, como abstraído, con la galera pelada de M. Violette sobre las rodillas; balbucí algunas palabras y me miró entre sus párpados arrugados con más sorpresa que ironía. Yo sentía que mi rostro ardía, el sudor corría sobre mi frente: me dije que decididamente no estaba dotada para las mundanidades.

Había conservado un deslumbrante recuerdo de mis últimas vacaciones de Navidad. Aquel año Lionel pasaba el invierno con una tía vieja en un chalet de Gsteig, en Suiza. Habían invitado a mi hermana. Me instalé con Sartre en un hotel cercano, muy chiquito, muy bonito; era de madera, como todas las casas del pueblo, y lo calentaba una vasta estufa de loza; las calles nevadas olían a pino mojado y a fuego de sarmientos. Nos ejercitamos sobre pendientes un poco más empinadas que las de Montroc, casi tan caprichosamente: Lionel era un excelente esquiador, pero un profesor mediocre. Su tía vieja había encargado para celebrar la Nochebuena un pudding inglés que fue regado con ron y ardió alegremente; en cuanto se hubo apagado, Sartre, con un ademán tan decidido que parecía deliberado, lo precipitó sobre el piso. Lo comimos lo mismo.

Me entendía muy bien con Olga pero no nos parecíamos. Yo vivía de proyectos; ella negaba el porvenir; todo esfuerzo le parecía despreciable, la prudencia una mezquindad, la perseverancia una mentira hacia uno mismo; sólo concedía precio a sus emociones: lo que se comprende con la cabeza no le interesaba. Se deleitaba escuchando a Beethoven o a Bach pero cuando Marco nos hacía escuchar el *Octeto* de Stravinsky decía malhumorada: "La música me aburre, sólo me gustan los sonidos." Según el vocabulario de Scheler [1] que solíamos utilizar en aquella época, colocaba los

[1] Que hoy nos parece un fascista.

"valores vitales" muy por encima de los "valores espirituales"; ni el arte, ni la literatura, nada la conmovía tanto como los cuerpos, los gestos, los rostros humanos. Le encantaba Oscar Wilde y su esteticismo me parecía a mí un poco limitado; pero no me molestaban sus parcialidades; las atribuía a su edad y me divertían, sin suponer nunca que Olga pudiera tener razón contra mí. Sus relaciones con Sartre tampoco tenían trascendencia: se encontraban bien juntos y ninguno de los dos reclamaba nada al otro. El presente le bastaba a Olga; las palabras que definen, limitan o prometen y siempre anticipan parecían completamente fuera de lugar.

Como ocurre a menudo fue la intervención de un tercero lo que estropeó las cosas. Ella no ocultaba el placer que le causaba salir con Marco, y Sartre se imaginó que era Marco el preferido. En cuanto se compara, en cuanto se mide, uno deja de abandonarse a los instantes; el presente ya no es sino un índice de porvenir y nacen interrogantes: Sartre se los hizo a sí mismo, se los hizo a Olga, y hubo un cambio de palabras. Esos celos y los desarrollos que siguieron se situaron en un plano completamente platónico. Marco junto a las mujeres jugaba sin dificultad al arcángel. Olga, a la vez infantil y etérea, se espantaba fácilmente e inspiraba respeto. Se trataba de parte de Sartre de un imperialismo puramente sentimental.

¿Habría insistido si a Olga no le hubiera gustado Marco? Supongo que sí; Marco sólo fue un pretexto. Ya el año anterior Sartre sentía afecto por Olga. No la había dejado mucho tiempo en su papel de enfermera. Al principio, cuando le contaba cuentos y le inventaba canciones, se preocupaba menos de entretenerla que de distraerse de sí mismo; junto a mí ni siquiera lo intentaba: yo estaba demasiado cerca de él para que falseara lo que creía ser su verdad. Pero le repugnaba infligir a una extraña la compañía de ese lamentable neurótico con el que se identificaba; lo reemplazaba por unas horas un brillante trovero: las langostas, sorprendidas, lo abandonaban. Se puso a esperar con impaciencia

esas treguas y empezó a desear la presencia de Olga, quien dejó de ser un medio y se convirtió en un fin; en adelante fue para gustarle para lo que Sartre se dedicó a mostrarse atrayente. Esfumada la locura, ella conservó para él el precio adquirido a lo largo de las tardes en que lo protegió. Sartre no se detenía a mitad de camino en sus empresas; habiendo esbozado una amistad con Olga, tenía que llevarla hasta un apogeo. Pero no pensaba que ningún acto, ningún gesto, encarnara nunca esos lazos que él creaba entre ellos, puesto que Olga era sagrada; sólo de una manera negativa podía manifestarse el carácter privilegiado de sus relaciones: Sartre exigió la exclusividad; nadie podía contar para Olga tanto como él.

Las sonrisas de Olga, sus miradas, sus palabras, revistieron una temible importancia desde el momento en que se convertían en señales y en apuestas. Por otra parte, al retirarse los crustáceos, habían dejado tras ellos como una gran playa vacía, lista para poblarse con nuevas obsesiones. En vez de fascinarse con una mancha negra que bailaba a la altura de sus ojos, Sartre espió con la misma atención maniática los menores parpadeos de Olga: en cada uno descubría un mundo. Evitó prudentemente abrumarla bajo el peso de sus preguntas; a mí no me las ahorraba: ¿había marcado un punto contra Marco? ¿Olga ya le había concedido, le concedería pronto, esa radical atención que reclamaba de ella? Sobre eso conversábamos durante horas.

Esto no me aburría; que Sartre acechara los sentimientos de Olga me gustaba más que la aparición en él de la psicosis alucinatoria. Otra cosa me inquietó. Por su empeño en conquistarla, Sartre dotaba a Olga de un precio infinito; de pronto me estaba vedado tomar a la ligera sus opiniones, sus gustos, sus desdenes; definían un sistema de valores y ese sistema contradecía el mío. No me acomodé fácilmente a ese cambio.

A Sartre no le disgustaba ese tipo de contradicción. En Berlín, se había interesado en Marie Girard en gran parte

porque a ella no le importaba nada, no quería nada, no creía más o menos en nada y, por cierto, no creía en absoluto en la supremacía de la literatura y del arte. Era imposible que una duda se insinuara en él ni que su decisión de escribir flaqueara; por lo tanto nada lo retenía de perder su tiempo, de sentir pasiones, de decir y pensar cualquier cosa: no corría peligro. Hasta encontraba una ventaja en jugar con un fuego con el cual no corría el riesgo de quemarse: así se convencía de que, en relación con sus proyectos y sus fines, seguía siendo libre; escapaba a ese espíritu de seriedad que odiaba tanto.

Yo daba mucha importancia al libro que estaba escribiendo en ese momento; pero durante esos dos años, había escrito por fidelidad a mi pasado y porque Sartre me había empujado a ello. Me repugnaba poner en tela de juicio las consignas que yo me imponía tanto más cuanto que sabía que mi resolución estaba lejos de ser inquebrantable. Me negué por lo tanto al desorden que Olga hubiera introducido en mi vida, si yo le hubiese dado demasiado lugar. Me apliqué a reducirla a lo que siempre había sido para mí; la quería con todo mi corazón, la estimaba, me encantaba; pero no era dueña de la verdad; no pensaba abandonarle ese lugar soberano que yo ocupaba en el centro exacto de todo. Poco a poco, sin embargo, cedí. Me era demasiado necesario coincidir en todo con Sartre para ver a Olga con otros ojos que los suyos.

Nuestros amigos sonreían o se irritaban, todos se reían del ascendiente que había tomado sobre nosotros una chiquilina. Se explica primeramente por la calidad de Olga. En la medida en que yo me inspiraba en ella para componer en *La invitada* el personaje de Xavière, fui desfigurándola sistemáticamente. El conflicto que enfrenta a nuestra dos heroínas no hubiera podido alcanzar ninguna acuidad si yo no le hubiese prestado a Xavière, bajo apariencias encantadoras, un heroísmo indomable y taimado; era necesario que sus sentimientos no fueran más que una falaz sensación para

que Françoise se encontrara un día obligada a odiar, a matar. Olga, por supuesto, tenía sus caprichos, sus humores, sus inconsistencias: pero sólo constituían su más superficial verdad. Su generosidad (en el sentido cartesiano que dábamos a esa palabra) saltaba a la vista; y una evidencia, que todo el porvenir debía confirmar, nos afirmaba la profundidad, la firmeza, la lealtad de su corazón. Por su desdén de las vanidades sociales y su sueño de absoluto estaba muy cerca de nosotros. No nos hubieran fascinado los rasgos que la oponían a nosotros si ella no hubiese satisfecho fundamentalmente nuestras exigencias morales; esa conformidad, para nosotros, se daba por sentada; la dejábamos pasar en silencio, advirtiendo solamente lo que nos asombraba, pero era la base misma de nuestras relaciones con Olga. Cuando inventé a Xavière sólo retuve de Olga, ennegreciéndolo, el mito que habíamos forjado partiendo de ella; pero su persona no nos hubiera atraído y no hubiera engendrado un mito de no haber sido infinitamente más rica que él.

Fue esa la aberración que desconcertó, no sin razón, a los que nos rodeaban; en vez de complacernos tranquilamente en nuestras relaciones con Olga la reemplazamos con un mito. Hay que imputar esa desviación a la repugnancia que nos inspiraba la edad adulta; en vez de resignarse, Sartre había intentado la neurosis y yo me decía a menudo entre lágrimas que envejecer es decaer. Cada día yo había hecho valer ante Olga mi madurez. Eso no impide que tuviéramos el culto de la juventud, de sus tumultos, de sus rebeliones, de su libertad, de su intransigencia. Por su impetuosidad, por su extremismo, Olga lo encarnaba con creces. Se insurreccionaba, no solamente con palabras, sino con su conducta, contra las convenciones, las instituciones, las consignas, las rutinas y los límites; vencía el hambre y el sueño y se burlaba de la razón: pretendía escapar a esa condición humana a la cual nos resignábamos, no sin vergüenza. La cargamos por lo tanto de valores y de símbolos. Ella fue Rimbaud, Antígona, los niños terribles, un ángel negro que nos juzgaba desde lo

alto de un cielo de diamante. No hacía nada para provocar esa metamorfosis; por el contrario: la fastidiaba; detestaba el personaje maravilloso que le robaba su lugar. Pero era impotente para impedir que la devorara.

Admirábamos que se entregara sin reservas al instante; sin embargo, nuestro primer cuidado fue edificar para ella, para nosotros, un porvenir; en vez de una pareja, seríamos en adelante un trío. Pensábamos que las relaciones humanas tienen que ser inventadas perpetuamente, que a priori ninguna forma es privilegiada, ninguna imposible: esta nos pareció imponerse. Ya habíamos soñado con ella. En la época en que Sartre hacía su servicio militar habíamos encontrado una noche en Montparnasse a una muchacha muy joven, encantadora, semiebria y pasablemente perdida. La habíamos invitado a tomar una copa, habíamos escuchado sus quejas; nos habíamos sentido muy viejos y muy juiciosos. Al dejarla nos había divertido contarnos que la adoptábamos. Ahora que éramos totalmente maduros, totalmente juiciosos, nos parecía oportuno y halagador esforzarnos por alguien joven que supiera aprovechar nuestros cuidados. Por su torpeza para vivir Olga reclamaba nuestra ayuda; en cambio refrescaba ese mundo que ya nos parecía gastado. Pusimos a punto un sistema de conversaciones y de reuniones plenarias que, así nos parecía, debía satisfacer a cada uno de nosotros.

En efecto, el entusiasmo de Olga limpió a la provincia de su polvo; Rouen se puso a relumbrar. Olga nos abría ceremoniosamente su puerta; nos ofrecía té al jazmín y sándwiches inventados por ella; nos contaba su infancia y los paisajes de Grecia, en verano; le hablábamos de nuestros viajes; Sartre cantaba las canciones de su repertorio; inventábamos comedias: recobrábamos nuestros veinte años. Con el primer despertar de la primavera, fuimos el domingo a Saint-Adrien, al pie de los acantilados de greda que bordean el Sena; se bailaba bajo las glorietas donde se encendían de noche guirnaldas de faroles. Descubrimos el "Aero Bar", al borde del campo de aviación que el bosque rodeaba. Había una pista

de baile y unos *boxes* donde se podía tomar una copa o comer. A la tarde, el lugar estaba desierto y solíamos pasar allí algunas horas; yo escribía en un rincón mientras en otro Sartre y Olga conversaban; luego me unía a ellos. De tanto en tanto, alguna vez, una avioneta despegaba; aterrizaba. Sartre siempre había sido aficionado y me había habituado a expresarlo todo con palabras; Olga, que se asombraba de todo, había fomentado esta manía. A veces, la manía me crispaba. Cuando comentábamos detalladamente el gusto de un vaso de cassis, la curva de una mejilla, yo me decía que nos dedicábamos a "hacer explicaciones de texto". Pero estábamos obligados a explotar al máximo nuestros débiles recursos.

En las vacaciones de Pascua, Olga nos acompañó a París. La llevamos a ver *Tiempos modernos;* vimos dos funciones seguidas, hubiéramos querido conocer todas las imágenes de memoria. Carlitos Chaplin, por primera vez, utilizaba el sonido pero no de una manera realista; lo utilizaba, al contrario, para dehumanizar a ciertos personajes: las órdenes del director pasaban por el micrófono, un fonógrafo repetía el discurso del inventor. Habíamos aprendido cuidadosamente la canción que cantaba sobre el aire de *Yo busco a mi Titina.*

*La spinach or la tacho*
*cigaretto torlo totto*
*e rusho spagaletta*
*je le tu le tu le tava.*

La tarareábamos a menudo y Marco la cantaba a alaridos. Pasábamos horas en el "Dôme", en los "Vickings", mirando a la gente, bebiendo y hablando. Comimos en un restaurante español donde se oían buenos guitarristas y una cantadora de edad avanzada con voz patética; también bailaba y su cuerpo pesado se volvía entonces de una sorprendente liviandad. De tanto en tanto se ausentaba y cuando reaparecía había algo triunfante en su rostro. Tomaba heroína, nos

dijo Camille, que, como hija de farmacéutico, creía entender de drogas.

Al cabo de unos días Olga tuvo que irse a Beuzeville; sus padres la reclamaban. Sus desesperaciones eran todavía más intensas que sus alegrías y, como para ella el tiempo se derrumbaba, no imaginaba cuando se separaba de nosotros que pudiera volver a vernos jamás. Durante dos horas, sentados en una banqueta del "Dôme", agonizamos los tres en silencio. Cuando volvió a Rouen, esperaba tan poco volver a encontrarnos que en el vestíbulo de la estación la valija se le cayó de las manos. Sartre y yo habíamos terminado nuestras vacaciones con un breve viaje a Bélgica; Bruselas, Brujas, Amberes, Malinas: piedras muertas, un gran puerto vivo y la pintura más linda del mundo.

Varios amigos vinieron a vernos durante ese último trimestre. Camille pasó dos días en Rouen y, como le gustaban las ciudades de provincia, le mostramos todos los rincones. Apreció el pato a la sangre del hotel de la Couronne, bebió oporto en "Cintra"; de noche, el "Royal" le recordó los astrosos dancings tolosanos de su juventud; un enrejado verdoso cubría las paredes; por el cielo raso corrían guirnaldas de papel; en medio de una luz anaranjada bailaban empleados y estudiantes. Camille pidió champaña y arrastró a Olga a la pista; cuando la orquesta inició un paso doble, cruzó los brazos, echó la cabeza hacia atrás y, golpeando el piso con el tacón, hizo una exhibición de gran estilo; sus joyas resonaban, sus trenzas revoloteaban, todo el mundo la miraba. Al volver hacia "Le Petit Mouton", su voz cantarina llenaba las calles dormidas: decididamente, pertenecíamos Sartre y yo a la raza de Abel pero Olga estaba marcada por un signo demoníaco y Camille la declaró su ahijada ante Lucifer.

El año anterior, Sartre se había hecho amigo de Jacques Bost a quien preparaba ahora para su licencia de filosofía. Lo llevó a Rouen y Bost volvió a menudo. Tenía diecinueve años, una sonrisa deslumbrante, una soltura principesca, pues estimaba como buen protestante que en esta tierra cualquier



Escaneado con CamScanner

hombre es rey. Demócrata por principio y por convicción, no se sentía superior a nadie: pero admitía difícilmente que se pudiera aceptar vivir en otro pellejo que en el propio y sobre todo tener otra edad; a su manera, él también encarnó a nuestros ojos la juventud. Tenía una gracia juvenil, casi insolente de puro desenvuelta, y también la fragilidad narcisista: había escupido un poco de sangre raspándose la garganta y, para convencerlo de que no estaba destinado a morir a los veinte años, Sartre tuvo que acompañarlo a casa de un médico. Por necesidad de sentirse seguro buscaba la compañía de los adultos, aunque le inspiraban, salvo quizá Sartre, un asombro piadoso. Nos habíamos divertido en el curso de esos años en inventar un personaje al que nos referíamos a menudo: el pequeño Crâne. Ya he dicho que detestábamos la vida interior; el pequeño Crâne no la tenía un ápice; siempre estaba afuera, en las situaciones, en las cosas. Modesto, apacible y testarudo, no se jactaba de pensar, pero siempre decía y hacía lo que convenía decir y hacer. Jacques Bost, al que llamábamos "el pequeño Bost" por oposición a su hermano Pedro, nos pareció la encarnación del pequeño Crâne. [1] Se pegaba como él a los objetos: al vaso de pernod que bebía, a la historia que le contaban. No tenía ninguna ambición, sino una cantidad de pequeños deseos tercos, y se alegraba inmoderadamente cuando los saciaba. Nunca pronunciaba una palabra ni hacía un gesto fuera de lugar; reaccionaba en todos los casos exactamente como debió hacerlo: es decir, por supuesto, como lo hubiésemos hecho nosotros mismos. Su inteligencia no era inventiva; temía tanto "decir tonterías" que si una idea se le cruzaba por la cabeza ponía todo el cuidado posible en ocultarla; pero era rápida y graciosa. Esa gracia se marcaba en sus modales como en sus palabras; nacía del choque entre la educación puritana que Bost había recibido y la frescura de su espon-

[1] En el Boris de *La edad de razón*, Sartre pintó, rusificándolo, un retrato del "pequeño Bost", tal al menos como nos parecía que era entonces.



Escaneado con CamScanner

tanenidad: con un mismo impulso se imponía consignas y las infringía. Recuerdo su entrada en un café de El Havre donde lo esperábamos Sartre, Marco y yo; avanzó a sacudidas, con un paso a la vez rápido y retenido, la cara alegre aunque cuidadosamente retrenada: esa alianza de precipitación contenta y de reserva estudiada nos hizo sonreír. Nos miró con aire de sospecha: "¿Qué les pasa a los tres que se guiñan el ojo?" Entonces Marco explotó y nosotros lo imitamos. Bost en Rouen había conquistado a todo el mundo. Marco lo comía con la mirada. Olga paseó con él durante toda una noche; vaciaron una botella de Cinzano y se encontraron al amanecer acostados en la cuneta. Yo, en cuanto empujó la puerta del café "La Metropole" con un aire a la vez atrevido e intimidado, sentí simpatía por él. Sartre salía con Olga aquella tarde y yo fui a pasear con Bost. Me contó un montón de cuentos que me divirtieron mucho sobre la manera en que Sartre dictaba sus cursos, su desprecio por la disciplina, sus arrebatos de ira, que no eran de un profesor sino de un hombre escandalizado de pronto por lo absurdo de la vida; es así como un día se había detenido en medio de una disertación y había paseado sobre su clase una mirada abrumada: "¡Sobre todas esas caras ni un resplandor de inteligencia!" Esos arrebatos aterrorizaban a la mitad de la clase y Bost sentía una tentación de risa que le costaba dominar.

Mi hermana permaneció bastante tiempo en el "Petit Mouton"; preparaba una exposición que debía tener lugar en la galería Bonjean. Empezó un retrato de Olga, que cuando posaba caía en un doloroso abatimiento. Gégé vino en la misma época. Nos amontonamos en el cuarto de Olga e inventamos juegos. Gégé bailó la danza del vientre, Marco cantó, Bost encendió fósforos con los dedos del pie, Sartre se disfrazó de mujer. Curiosamente el disfraz le sentaba. Durante su crucero por Noruega, en un baile de disfraz, se había puesto un vestido de terciopelo negro que pertenecía a su madre y una peluca rubia con largas trenzas: una lesbiana

norteamericana lo había perseguido durante toda la noche. A la mañana siguiente se había apartado de él con aire consternado.

Rouen estaba entonces agitado por un vasto escándalo que nos alegró particularmente a mi hermana y a mí. En una de las "distribuciones de recompensas" del curso Désir, habíamos besado piadosamente la amatista de Monseñor de La Villerabelle, que presidía la ceremonia. El Vaticano acababa de tomar contra él severas sanciones a consecuencia de un asunto de prevaricación y de moralidad. Una joven había perdido la vida. Había monjas comprometidas. Se susurraba enormemente a la sombra de la catedral; el obispo tenía defensores que consideraban como único culpable a su más cercano auxiliar. Pero nadie pensaba en negar los hechos; arrojaban una luz inesperada sobre las calles tranquilas bordeadas de conventos que rodeaban la curia.

Mi hermana había renunciado a su puesto de secretaria, que no le dejaba bastante tiempo para pintar; pintaba de la mañana a la noche. Se había instalado en un nuevo estudio, en la calle Santeuil, cerca del mercado del cuero; era una gran habitación rústica pero agradable, donde desgraciadamente el viento traía bocanadas de olor a curtiembre y a carroña; había llevado una batería de cocina y comía allí: prácticamente vivía allí, con una enorme austeridad, pues los colores cuestan caro y no tenía un céntimo. Su exposición tuvo lugar a principios de junio; fue mucha gente a la inauguración y la crítica fue muy elogiosa; sus paisajes, sus retratos, manifestaban dones indudables. Me enfurecí con Marco, que la sometió a sus maniobras. En Rouen esbozó con ella una de esas amistades fingidas en las que descollaba; luego la invitó dos o tres veces a almorzar en restaurantes parisienses de semilujo; la rodeó de atenciones, le abrió su alma, le puso ojos tiernos y le dijo con voz acolchada cuánto lamentaba que Sartre y yo la apreciáramos tan mal; no dijo nada concreto y su hermoso rostro respiraba el candor: mi hermana quedó desolada. Felizmente, éramos demasiado unidas para



Escaneado con CamScanner

que no me pidiera aclaraciones. Le expliqué quién era Marco y se quedó muy confusa de haber caído tan fácilmente en sus trampas.

Marco intervino con un éxito más durable en nuestras relaciones con Pagniez. Pagniez condenaba muy vigorosamente nuestro entusiasmo por Olga; su amistad era celosa y además Olga no le gustaba. Cometimos la torpeza de revelarle a Olga aquellas reticencias, cosa que no la predispuso en favor de nuestro amigo. Una noche que salió con Marco éste atacó a Pagniez con negligencia; ella mordió el anzuelo y fue todavía más allá; le contó el seminoviazgo de Pagniez con su prima. Pagniez no deseaba que Marco estuviera informado. Marco se apresuró a hablarle; se las arregló tan bien que Pagniez pensó que Olga lo aborrecía y que había concertado sus indiscreciones; le guardó rencor y a nosotros también. A nosotros su malevolencia respecto a Olga nos mortificaba. Vino a Rouen con Thérèse y pasó la noche en el "Petit Mouton". Nos dijo por la mañana cómo le había conmovido oír en el cuarto contiguo un diálogo en el que se respondían una voz masculina y una voz de mujer: no había distinguido las palabras, pero en lo alternado de esos sonidos graves y agudos le había parecido oír el canto eterno de la pareja. Protestamos abiertamente: había ocupado un cuarto contiguo a aquel en que el celador castigaba a su mujer. Poco importaba, afirmó; ese dúo no dejaba de tener por eso un sentido simbólico, conmovedor y universal. Entre Pagniez y nosotros ese tipo de disensiones no tenía nada de nuevo; pero habíamos perdido a su respecto nuestra antigua parcialidad y nos dijimos que su humanismo abría una fosa entre nosotros.

Nunca llegábamos a enojarnos con Marco; él se reía de nuestros reproches y nos desarmaba. Su satanismo nos arrastró a una broma de bastante mal gusto y cuya gracia hoy se me escapa. Tenía entre ceja y ceja a uno de sus colegas llamado Paul Guth: le reprochaba un exceso de deferencia con las autoridades y abusivas pretensiones literarias. Guth es-

cribía un libro cuyos méritos alababa escandalosamente y Marco quería bajarle el copete. En gran parte para divertir a Olga, Sartre aceptó entrar en el juego. Marco explicó a Guth que sería interesante para él conocer la opinión de un autor consagrado y pretendió ser amigo de Pierre Bost: éste debía justamente, le dijo, pasar por Rouen; Marco propuso hacerle llegar el manuscrito de Guth y concertar una cita. Guth estuvo de acuerdo.

El día convenido me instalé antes que nadie en el café cerca del "Petit Mouton" donde estaba organizada la entrevista. Marco llegó flanqueado por un hombrecito redondo como una albóndiga, que en seguida me habló de su obra. Le parecía injusto y absurdo, me explicó, que algunos viejos camaradas de liceo, Brasillach, por ejemplo, ya hubiesen triunfado, mientras él, que no valía menos, siguiera siendo oscuro. Pero pronto, no lo dudaba, iba a surgir. Sacó de su bolsillo boletos de subterráneo, trozos de piolín: eran su fuente de inspiración, materiales que aseguraban su contacto con las realidades de la vida. Su libro contaba en un tono épico la historia de un ser humano, el autor mismo, el Hombre en general, desde la concepción hasta la muerte; todavía no había terminado más que el primer capítulo. Durante esa exposición, Olga entró en el café y se sentó a una mesa como si no me conociera; pretendía hacer un papel de prostituta; pocos minutos después, Sartre apareció, envuelto en una bufanda, y llevando bajo su brazo un gran cuaderno que parecía un registro. Marco lo presentó a Guth bajo el nombre de Pierre Bost. Sartre extendió el manuscrito delante de él y empezó a hacer pedazos ese relato más gris y más desgraciado que el cielo de Rouen y lleno de metáforas grotescas; una sola expresión, dijo, le había gustado: "Una fresa de sangre"; pero estaba en los manuales de fisiología; en lo demás, el pseudo Pierre Bost reprochó a Guth escribir más o menos: "La locomotora de mi pasión corre sobre los rieles de tu indiferencia." Después de esta ejecución, justa, si no justificada, se fue, dejando a Guth aterrado y a Marco encantado.

El asunto tuvo resonancia. Guth escribió al verdadero Pierre Bost. Este le contestó, lo desengañó. Y dijo a su hermano Jacques que estaba muy fastidiado de que hubieran abusado de su nombre. Ese impulso de ira nos pareció demostrar un lamentable espíritu de seriedad: lo criticamos. En verdad, hubiéramos estado, tanto Sartre como yo, muy molestos si alguien en circunstancias análogas hubiera usurpado nuestra identidad. Sin embargo, esa broma dudosa no dejó ningún remordimiento: la víctima goza de buena salud.

Siempre seguíamos atentos a la gente que cruzaba por nuestra vida; hablábamos con Olga, Bost, Marco, que nos seguían entusiasmados en esas cavilaciones. Un acontecimiento que ocurrió en la clase de Sartre me impresionó mucho: uno de sus alumnos, de inteligencia brillante pero de nacimiento ilegítimo, fascista y reconcentrado, se mató saltando desde una azotea. Había tomado a las ocho de la mañana una taza de café con leche y escrito dos cartas, una a su abuela, la otra a una muchacha; luego había ido al cuarto de baño y se había cortado la garganta con una navaja; la muerte no venía; entonces subió a la azotea y gritó a los transeúntes: "¡Cuidado, apártense!" y había saltado. Pensé largamente con ansiedad en ese café con leche y en esa inquietud por el prójimo que había conservado al borde de la muerte.

Había en los alrededores de Rouen un gran asilo psiquiátrico que Sartre tuvo la curiosidad de visitar; obtuvo la autorización de llevarme con él, así como a dos estudiantes: Olga y Bost. El director nos esperaba ante la puerta exterior, en pleno campo; atravesamos huertos y quintas de verduras donde unos hombres trabajaban la tierra: todos enfermos, pero inofensivos, dijo el director. Me hizo un efecto rarísimo ver locos que trabajaban en libertad armados de azadas, palas, rastrillos. El director nos escoltó hasta el edificio principal y nos confió a un médico joven. Entramos en una primera sala: un corredor estrecho separaba dos hileras de camas; en el aire flotaba un olor animal e insulso, ni del todo humano

ni del todo bestial. Hombres vestidos de tela azul se habían amontonado en el extremo del corredor; uno de ellos había abierto su bragueta, los demás lo reprendían y trataban de ocultarlo; nos sonreían con aire de excusa. Se me anudó la garganta; Olga, Bost, Sartre, también parecían muy incómodos: ¿qué horrible inspección estábamos pasando? Sólo el médico tenía una sonrisa abierta, hablaba con voz descansada. "A éstos hay que alimentarlos con sonda", dijo señalando dos cuerpos postrados en sus camas. Se inclinó, murmuró unas palabras: el hombre tenía los ojos abiertos, pero nada se movió en su rostro. Pasamos a un segundo dormitorio, a un tercero, en todas partes el mismo olor y hombres inmóviles, de uniforme azul. Un tipo alto y moreno se precipitó hacia el doctor: "¡La radio está descompuesta!", gritó; siguió gritando con violencia: la vida no era tan divertida en ese galpón; sin radio ¿cómo matar al tiempo? El doctor hizo un ademán vago: la radio no era de su incumbencia. "Es verdad, me dije, aun aquí el tiempo corre y hay que matarlo." Se quedaban ahí de la mañana a la noche sin hacer nada, sin tener siquiera un rincón propio, salvo la cama. A medida que avanzábamos, sentía la desdicha crecer a mi alrededor.

En un cuartito, sin embargo, había mesas y hombres que escribían, cubrían los cuadernos con palabras admirablemente caligrafiadas que se ordenaban según juegos de asonancias o de homonimia: al menos esos no se aburrían. La sala vecina era ruidosa, se oía un murmullo de voces: eran enfermos de paranoia o de psicosis alucinatoria. Uno de ellos se dirigió a nosotros, nos suplicó que lo ayudáramos; le habían instalado un teléfono en el vientre, lo molestaban sin cesar; hablaba con mucha naturalidad pero con aire extenuado. Su vecino nos guiñó el ojo y se tocó la frente: "Está chiflado", dijo entre dientes; y se puso a contarnos su propia historia: una señal en su muslo derecho probaba que era el hijo legítimo del emperador de los mares del Sur. Otro se dedicó a describirnos un aparato que había inventado y del que le habían robado la patente. Yo había visto casos análogos en Sainte-

Anne; pero precisamente allí no eran sino casos; aquí era gente de carne y de hueso que estaba viviendo su vida cotidiana con todo un porvenir todavía delante de ellos; era esto lo peor. Mientras esos hombres nos hablaban, con voces, gestos normales y pasiones vivas en el corazón, vi detrás de los barrotes de las ventanas rostros idiotizados, haciendo muecas: dementes caídos en el último estado de imbecilidad. Fatalmente, pasados diez, veinte años, estos alucinados habrían caído en las mismas tinieblas; su mirada se habría apagado, sus recursos desvanecido. "¿Hay algunos que se curan?", pregunté al doctor. Se encogió de hombros. Doscientos sesenta internos varones y él solo para ocuparse de ellos: atendía las gripes, los ataques al hígado; en cuanto a los trastornos mentales, no le quedaba un minuto para tratarlos: a decir verdad, ni siquiera conocía a todos los enfermos. Era deplorable y él lo admitía. Comprendí con espanto que, en caso de internación abusiva, la víctima no tenía muchas posibilidades de ser liberada; y entre esos hombres había indiscutiblemente algunos que no eran incurables: no se intentaba nada para salvarlos. Cuando se entraba allí, había que abandonar toda esperanza.

El médico abrió una puerta; en el centro de una celda con paredes de baldosas, un hombre atado sobre una cama de hierro se debatía y aullaba; en una celda contigua igual a la anterior, otro hombre dormía. Eran los furiosos. Luego vimos la sección de los paralíticos generales, los únicos a quienes se aplicaba regularmente una terapéutica; inoculándoles el microbio de la malaria se detenía la evolución de la enfermedad en el estado eufórico; todos sonreían y balbucían beatíficamente. La visita terminó en el patio de los dementes: allí estaba la escoria humana que yo había vislumbrado a través de las rejas; el rostro caído, la boca babosa, éste saltaba sobre un pie, el otro se torcía los dedos, otro oscilaba de adelante hacia atrás: repetían indefinidamente ademanes antaño cargados de símbolos y ya vacíos de todo sentido. ¿Acaso un día, en su lejana infancia, se habrían parecido a todo el

mundo? ¿Cómo, por qué habían llegado a eso? ¿Y qué hacíamos en aquel patio mirándolos, interrogándolos? Nuestra presencia tenía algo de insultante.

El director nos había invitado a almorzar. Vivía en un pabellón donde nos recibió su mujer, una matrona vestida de negro, cuyo rostro manifestaba con arrogancia que nadie le había trabajado nunca el cerebro ni el corazón. La criada que servía la mesa era una interna del asilo; tenía ataques pero siempre se los anunciaba a sus patrones con uno o dos días de anticipación; otra enferma aseguraba la suplencia. La conversación careció de vivacidad; estábamos los cuatro bajo la impresión de la mañana que acabábamos de pasar; nos costaba contestar a las palabras exageradamente normales del director y de su mujer.

Después del café el director nos mostró el pabellón reservado para los enfermos "de pago". Cada uno tenía su cuarto: una tela metálica protegía los vidrios de las ventanas sin picaporte. Una mirilla permitía al guardián observar toda la habitación. Debían sentirse todavía más acorralados que en las salas comunes.

No habíamos terminado. Un médico viejito y bigotudo nos condujo al edificio reservado a las mujeres. No las habían repartido como a los hombres en diferentes secciones: idiotas, melancólicas, paranoicas, maniáticas, se codeaban en galerías tan abarrotadas de camas, de mesas y de sillas que apenas se podía circular. No llevaban uniforme. Muchas de ellas se habían plantado flores en el pelo y envuelto alrededor de sus cuerpos extraños oropeles; se oían clamores agudos, cantos, monólogos ceremoniosos. Tenía la impresión de asistir a una comedia burlesca puesta en escena con incoherencia. Sin embargo, unas mujeres vestidas modestamente bordaban en silencio en un rincón. El médico nos señaló a una que en la víspera había intentado tirarse por la ventana: era su séptima tentativa de suicidio. Le puso la mano sobre el hombro: "¿Así que ha vuelto a empezar? ¡Eso no está bien! ¡Vamos, la vida no es tan mala! Tiene que prometerme que va a portarse

bien ..." "Sí, doctor", dijo la mujer sin alzar la vista. Ese medico no buscaba cinco pies al gato: los locos eran locos; no imaginaba que se pudiera pensar en curarlos o comprenderlos. Unas mujeres clavadas en las camas con camisa de fuerza lo miraban con desesperación u odio: les quitarían la camisa si prometían ser razonables, les decía una voz severa. Me detuve con Olga junto a una anciana muy hermosa que tejía sentada en una silla; las lágrimas corrían apaciblemente sobre su rostro color marfil; le preguntamos por qué lloraba. "¡Lloro todo el tiempo! —dijo con aire desolado—. Es demasiado triste para mi marido, para mis hijos, verme llorar todo el tiempo. ¡Entonces me trajeron aquí!" Sus lágrimas aumentaron; parecía soportarlas como una fatalidad contra la cual ni ella ni nadie podía nada. De la mañana a la noche, vivían las unas junto a las otras, las que lloraban y se desesperaban, las que cantaban con voces estridentes o bailaban levantando sus faldas: ¿cómo no iban a odiarse? "La semana pasada —nos dijo el médico— una de ellas, durante la noche, mató a su vecina con unas tijeras." Estábamos abrumados de repulsión, de cansancio y de una especie de vergüenza cuando volvimos a encontrar en la terraza del café Víctor al mundo cotidiano.

Las cosas transcurrían como lo habíamos calculado. Olga conocía a nuestros amigos, compartía nuestras experiencias; la ayudábamos a enriquecerse y su mirada reanimaba para nosotros los colores del mundo. Sus desdenes de aristócrata en exilio armonizaban con nuestro anarquismo antiburgués. Juntos odiábamos las muchedumbres dominicales, las señoras y los señores bien, la provincia, las familias, los chicos y todos los humanismos. Nos gustaban las músicas exóticas, los muelles del Sena, las barcazas y los atorrantes, los cafetuchos de mala fama, el desierto de las noches. Hundidos en el fondo de un bar, tejíamos con palabras y sonrisas capullos sedosos que nos protegían de Rouen y del mundo entero; tomado en la magia que nacía de nuestras miradas entrecruzadas, cada uno se sentía a la vez hechicero y hechizado. En esos instan-

tes, el "trío" parecía un deslumbrante acierto. Sin embargo algunas fisuras agrietaron en seguida ese hermoso edificio.

Era la obra de Sartre; ni siquiera se podía decir que lo hubiera edificado: lo había suscitado por el solo hecho de haberse atado a Olga. En cuanto a mí, por más que intenté que me satisficiera, nunca me sentí cómoda dentro de él. Quería a Sartre, quería a Olga, de maneras distintas y hasta incomparables, pero cada una exclusiva; los sentimientos que yo sentía por ellos no podían amalgamarse. Sentía por Olga un afecto profundo pero familiar, cotidiano y nada deslumbrado; cuando me decidía a verla con los ojos de Sartre me parecía falsear mi corazón; su presencia, sus humores, me alcanzaban con más fuerza que antaño y ella tenía más poder sobre mí; pero la especie de sujeción que manejaba mis reacciones a su respecto en cierto modo me apartaba de ella. Ni cuando estábamos solas me sentía libre en mis impulsos, puesto que me vedaba las reticencias y la indiferencia; ya no reconocía en ella al compañero tranquilo muy querido. Cuando salíamos en trío, la antigua Olga desaparecía por completo, pues era otra la que Sartre reclamaba; a veces ella respondía a esa espera, se mostraba más femenina, más coqueta, menos natural que conmigo; a veces se irritaba y se mostraba malhumorada o hasta acerba; pero no podía en ningún caso dejar de tenerlo en cuenta. Sartre tampoco era el mismo cuando conversábamos los dos solos y cuando se ocupaba de Olga. A tal punto que en esas reuniones plenarias yo me encontraba doblemente frustrada. A menudo tenían un encanto al que me entregaba. Pero, si encaraba al trío como una empresa de largo aliento, que cubriría años, me sentía aterrorizada. En los viajes que proyectaba hacer con Sartre no deseaba en absoluto que Olga fuera de tercera. Por otra parte contaba con ir a enseñar a París el año próximo y llamar a Olga: pero, si me decía que sus alegrías dependerían de Sartre tanto como de mí y quizá más, mi placer se estropeaba. No dudaba que Sartre terminaría por suplantarme en la vida de Olga; no se trataba de disputársela,

puesto que yo no podía soportar ningún desacuerdo entre él y yo. Por otra parte, Sartre merecía esa preferencia por la obstinación con que la exigía y cuyo equivalente no encontraba yo en mí; no tenía derecho a quejarme, puesto que él daba a Olga más tiempo y cuidados de los que yo le había concedido nunca: pero esa lógica no calmaba mi despecho. Sin formulármelo, me indignaba con Sartre por haber creado esa situación y con Olga por aceptarla; era un rencor confuso y como avergonzado de sí mismo, tanto menos fácil de soportar al no confesármelo. Con mis palabras, mi conducta, contribuía fervorosa a la armonía del trío. Sin embargo, no estaba contenta de los demás ni de mí misma, y temía al porvenir.

Olga también estaba en dificultades. Al principio su historia con Sartre se había desarrollado sin choques; él la interesaba, la divertía, la cautivaba; y luego lo insólito la atraía: había encontrado una poesía picante a esos paseos donde juntos vencían a las langostas. A través de esos sueños sombríos, a través de *Melancholia*, que ella había leído con pasión, Sartre se le aparecía como un personaje un poco fantástico, capaz de transportarla lejos de lo tedioso de la tierra. "He pasado un rato formidable contigo", le decía a menudo. Los primeros tiempos, él había tenido buen cuidado de no hacerle nunca preguntas, de no manifestar demasiadas exigencias. Pero ya ahora no le bastaba haber sido más fuerte que Marco; reclamaba de Olga una amistad tan absoluta, tan exclusiva como un amor y necesitaba que ella se lo asegurara con alguna señal clara: palabras, miradas, símbolos. Ella no tenía ganas de atarse a nadie y aun menos a un hombre que no estaba solo frente a ella; muy interesada en él, tenía sus coqueterías y por eso le ofrecía a menudo rostros y gestos que él esperaba: a la mañana siguiente los desmentía. Él le reprochaba sus caprichos, ella se quejaba de su tiranía, se peleaban. A veces se separaban enojados; entonces Sartre me telefoneaba desde El Havre para saber si Olga le guardaba rencor. Marco sorprendió algunas de esas conversaciones, que lo hicieron reír a carcajadas.

Un día en que la entrevista había sido particularmente tormentosa, dos horas después de la partida de Sartre, llamaron a Olga por teléfono. Un desconocido le informó que, al bajar del tren de Rouen, un hombrecito colérico había agredido a un tipo dos veces más gordo y más alto que él y este hombrachón le había reventado un ojo; el furioso había sido conducido al hospital y había pedido que previnieran a Olga. Ella golpeó a mi puerta aterrada. Me puse el abrigo, el sombrero, decidida a partir para El Havre en el primer tren. Entretanto, subí al cuarto de Marco. Me sugirió que telefoneara al café Guillaume Tell, para asegurarme que Sartre no estaba trabajando tranquilamente en su mesa habitual. Sartre vino al aparato y se confundió en excusas: había creído que Olga reconocería su voz y comprendería que con esa broma se hacía pasar por loco para hacerse perdonar sus arrebatos. Me sentí muy aliviada, Olga muy decepcionada; Marco se moría de risa.

No todas las disputas terminaban tan alegremente. Tan pronto Sartre, tan pronto Olga, me exponían sus agravios, reclamaban mi alianza. Yo tomaba a menudo el partido de Olga; pero ella sabía que mis relaciones con ella y con Sartre no eran simétricas. Colocábamos su juventud más alto que nuestra experiencia: su papel, sin embargo, era el de una chica frente a una pareja de adultos unidos por una complicidad sin fallas. Podíamos consultarla con devoción, pero conservábamos la dirección del trío. No habíamos establecido con ella verdaderas relaciones de igualdad; más bien la habíamos anexado. Pero si bien episódicamente yo criticaba a Sartre, seguía solidaria con él hasta el punto de que Olga podía temer, enemistándose con él, comprometer los sentimientos que yo sentía por ella; esa idea la exasperaba, pues me quería más que a él: se enojaba contra él pero también contra mí. ¡Él corría el riesgo de estropear nuestra amistad con su imperialismo y yo me oponía! En mi discreción ella veía indiferencia y me guardaba un rencor exaltado por el temor de perderme. Era raro que ella se enojara con Sartre

sin envolverme en su hostilidad. A veces, para vengarse de mi tibieza, se acercaba ostensiblemente a él y me trataba con frialdad; luego, de pronto, esa enemistad entre nosotras la enloquecía y se volvía contra Sartre.

Él tampoco se encontraba a gusto en ese asunto, no solamente porque las vacilaciones y las reivindicaciones de Olga lo ponían fuera de sí, sino también porque en verdad ignoraba lo que esperaba de ella: no era nada que pudiera formularse, ni imaginarse ni, por consiguiente, obtenerse. Por eso a menudo la presencia de Olga y hasta su gentileza, aun encantándolo, lo decepcionaban; entonces se enfurecía, menos por motivos precisos que para disfrazar bajo esos tumultos el vacío que minaba sus deseos y sus alegrías; a menudo esos huracanes intempestivos consternaban a Olga. Él seguía teniéndome minuciosamente al corriente de sus entrevistas; yo al principio había escuchado benévolamente esos relatos y los comentarios que los sobrecargaban; ahora sentía una impaciencia que no disimulaba cuando Sartre se interrogaba al infinito sobre una mueca de Olga o su ceño fruncido. Yo lo irritaba si contrariaba sus interpretaciones y aun más cuando me ocurría darle la razón a Olga contra él. Había una palabra sacada de la fenomenología y de la que abusábamos en el curso de esas discusiones: evidencia. Los sentimientos, todos los "objetos psíquicos", no son más que probables, pero la *erlebniss* encierra su propia evidencia. Para cerrarme la boca, Sartre, decía: "Olga estaba furiosa contra mí hace un rato: es una evidencia." Yo le replicaba con otras; y le reprochaba que se deslizara de esas evidencias instantáneas a las verdades hipotéticas: la hostilidad de Olga o su amistad. Sobre eso no dejábamos de cavilar y a la larga yo me sentía agotada.

Así nos encontramos los tres maltratados por esa máquina dulcemente infernal que habíamos montado. En fin de cuentas salimos indemnes: fue la amistad lo que triunfó. Entró mucho atolondramiento y hasta locura en todas esas agitaciones; al menos llevábamos también una gran buena voluntad;

ninguno de nosotros suscitó en el otro un resentimiento duradero. Ello no impide que cada uno conociera horas bastante negras; por el hecho de querernos intensamente unos a otros, las menores sombras en seguida se ampliaban hasta convertirse en nubes que cubrían todo el cielo. Por supuesto no habrían tomado tanta importancia si hubiéramos vivido en París; hubiéramos tenido muchos recursos: nuestros amigos, distracciones. Pero nuestro trío vivía bajo una campana, en un invernáculo, en la oprimente soledad de la provincia; cuando una pena nos atormentaba, nada nos ayudaba a eludirla. Sartre caía en depresiones que me inquietaban menos que las del año anterior, pero que, por cierto, no tenían nada de agradable. Olga por momentos se trastornaba; en París, durante las vacaciones de Pascua, estando de visita en casa de Camille, se quemó la mano poniéndose un cigarrillo encendido con una paciencia maniática: he contado ese episodio en *La invitada;* era una manera de defenderse contra la desazón en que la arrojaba esa aventura compleja. Yo, hasta entonces, fuera de las breves crisis en que el horror a la muerte se apoderaba de mí, había vivido en la implacable luz de una dicha sin debilidades; fue casi con estupor como conocí el gusto de la tristeza. Recuerdo una tarde que nos arrastrábamos, Olga y yo juntas, y ambas deprimidas, a través del calor ingrato del verano rouenés; en la calle Eau-de-Róbec, dos chicos se perseguían riendo en el interior de un urinario, un violín rechinaba en la planta baja de una de las casas que daban al río. Al fondo de la calle, sentado en un banquillo plegable, un hombre manejaba un serrucho cantando con voz velada:

*Llueve sobre el camino.*
*En la noche adivino,*
*el corazón cansino,*
*el ruido de tu paso.*

Yo oía el ruido de nuestros pasos y tenía el corazón oprimido. También recuerdo una vez que almorcé en la cervecería de la Ópera con Marco. Olga me había dicho un hasta



Escaneado con CamScanner

luego helado y se había ido con Sartre, riendo. Estaban pasando un rato idílico: juntos miraban las cosas, se encantaban; habían acaparado el mundo y el rencor de Olga me excluía de él; yo estaba desposeída de todo, flotaba en el vacío. No llegaba a tragar ni un bocado de mis huevos revueltos, a tal punto tenía la garganta anudada, y las palabras de Marco se perdían en los abismos del vacío.

Había llegado a ser totalmente incapaz de tener a distancia los humores de Olga; no, los pensamientos de la gente no eran en el interior de su cabeza un humo inofensivo: invadían la tierra y yo me disolvía en ellos. Olga me obligó a afrontar una verdad que hasta entonces, ya lo he dicho, me había ingeniado en esquivar: el prójimo existe con tanto derecho como yo, con la misma evidencia. Por temperamento y también a causa del papel que le estaba asignado en el trío, ella conservaba su independencia con terquedad; podía entregarse sin reserva a la amistad durante un tiempo más o menos largo, pero siempre se recobraba; no había entre nosotros la continuidad de proyectos que es lo único que asegura la continuidad de un entendimiento. Separada de mí, me miraba con ojos extraños que me transformaban en objeto: a veces un ídolo, a veces una enemiga; lo que la volvía temible era que, olvidadiza del pasado y negando el porvenir, afirmaba con una violencia sin apelación la verdad presente; si una palabra, un gesto, una decisión que yo tomaba le disgustaba, me sentía para siempre y toda entera odiosa. Yo tenía de nuevo contornos, límites; las conductas que yo había creído loables sólo revelaban de pronto mis deficiencias; mis razones se volvían errores. En verdad Olga no se empecinaba en la animosidad; y yo conservaba defensas: en mí misma me sublevaba contra ella, la acusaba, la condenaba. Por lo tanto, yo no llegaba nunca a condenarme con una radical severidad; pero perdí un poco de mi aplomo; sufrí por ello; en ese plano tenía necesidad de certidumbres, la menor duda me daba vértigo.

Lo que me derrumbó aun más fueron las disensiones que

a veces me oponían a Sartre; él siempre tuvo buen cuidado de no decir ni hacer nada que pudiera alterar nuestras relaciones; nuestras discusiones eran, como de costumbre, de una extrema vivacidad, pero sin ninguna acritud. Sin embargo, me vi llevada a revisar ciertos postulados que hasta entonces había considerado inconmovibles; me confesé que era abusivo confundir a otro y a mí misma bajo el equívoco de una palabra demasiado cómoda: nosotros. Había experiencias que cada cual vivía por su cuenta; yo siempre había sostenido que las palabras fracasan en dar la presencia misma de la realidad. Tenía que sacar consecuencias. Yo hacía trampa cuando decía: "Somos uno solo." Entre dos individuos, la armonía nunca está ganada, debe conquistarse indefinidamente. Eso, estaba dispuesta a admitirlo. Pero una pregunta más angustiosa se planteaba: ¿cuál era la verdad de esa conquista? Pensábamos —sobre eso la fenomenología nos confirmaba en convicciones mucho más antiguas— que el tiempo desborda los instantes, que los sentimientos existen más allá de las "intermitencias del corazón"; pero, si sólo se mantienen con juramentos, conductas y consignas, ¿no terminarán por vaciarse de su sustancia y parecerse a los sepulcros blanqueados de la Escritura? Olga despreciaba rabiosamente todas las construcciones voluntaristas; no era eso suficiente para conmoverme; pero, frente a ella, Sartre también se dejaba ir al desorden de sus emociones; sentía inquietudes, furores, alegrías, que no conocía junto a mí. El malestar que yo sentía iba más lejos que los celos: por momentos me preguntaba si mi felicidad no descansaba toda entera sobre una enorme mentira.

Al final del año escolar y sin duda a causa de la inminencia de una separación que daba a cada instante un carácter definitivo, las relaciones de Sartre y Olga se volvieron tensas. Tuvieron algunas discusiones serias y dejaron de verse. Por una instintiva necesidad de compensación, Olga redobló su gentileza para conmigo; yo estaba cansada de trabajar, me concedía ratos de ocio y durante algunos días pasamos casi

todo nuestro tiempo juntas. De noche Marco solía acompañarnos. Las callejuelas detrás de los muelles estaban llenas de marineros extranjeros que rondaban en medio de la dulzura de la noche; Marco se acercaba a ellos; nos llevaba a bares donde se arrastraban los "desembarcados". Volvíamos sin él; Olga hablaba muy bien el inglés y teníamos largas conversaciones con hombres rubios que venían de muy lejos. Hubo uno muy buen mozo, un noruego, que volvimos a ver varias veces; nos preguntó nuestros nombres: "Se llama Cástor", dijo Olga señalándome. "Entonces usted es Pólux", dijo alegremente el desembarcado. En adelante cada vez que nos veía corría hacia nosotros: "¡He aquí a Cástor y a Pólux", gritaba con entusiasmo, y nos besaba en las mejillas. Terminábamos la noche en un café restaurante que quedaba abierto hasta las cuatro de la mañana y era frecuentado por la juventud dorada; se llamaba "Chez Nicod"; era el único lugar en que se podía comer después de medianoche. Me gustaban nuestros vagabundeos y la exclusiva intimidad que recobraba con Olga. Pero sabía que Sartre no miraba sin amargura esa renovación que ocurría a costa suya; me sentía casi culpable respecto a él; en todo caso, durante aquellos días, ya no pensaba en mí como en una aliada y esa discordancia envenenaba el aire que yo respiraba.

Olga no había dado ningún examen y sus padres le escribían cartas enojadas: se fue a Beuzeville a principios de julio. La extrañé. Sin embargo, la atmósfera en que se debatía el trío había terminado por ser tan sofocante que me resultó un alivio escapar a ella y arrojarme en la frivolidad de camaraderías sin consecuencia. Bost, por quien Marco sentía una gran amistad, vino a pasar unos días en el "Petit Mouton"; de noche, recorríamos los tres las *boîtes* más o menos dudosas que Marco se ingeniaba en descubrir. La calle des Cordeliers tenía menos encanto que en El Havre la calle des Galions, pero también brillaban en ella estrellas violetas, molinos rojos, gatos verdes; una noche, Marco señaló con ademán señorial a una alcahueta sentada en la entrada de un zaguán, habló

con ella y nos introdujo en una especie de sala de espera miserable; algunas mujeres de vestidos largos estaban sentadas sobre bancos de madera. Marco le ofreció una copa a una rubia escuálida y le hizo preguntas con excesiva cortesía; la rubia contestaba con aire incómodo y me pareció que a Marco le faltaba tacto. En general, sin embargo, podía permitirse más o menos cualquier cosa: tenía la gracia. Sartre soportaba mejor su enemistad con Olga desde que ella había vuelto junto a su familia; en Rouen demostró muy buen humor. Yo pasaba la velada con él, íbamos a comer huevos al plato "Chez Nicod" y a eso de medianoche Marco hacía una entrada notable; llevaba sobre sus hombros a Bost, borracho con dos pernods y riendo con todos sus dientes.

Su hilaridad era contagiosa y los cuatro hacíamos mucho ruido. Era hora para Marco como para mí de irnos de Rouen: nuestras reputaciones empezaban a estropearse seriamente. Pero ambos habíamos sido nombrados en París: ese ascenso me llenaba de placer. Sartre el año próximo debía dejar El Havre. Yo ya no sé por qué razón —sin duda era una cuestión de doble puesto— llamaron a un nuevo profesor de filosofía. En cambio propusieron a Sartre una *khâgne* en Lyon. Sus padres y Mme. Lemaire lo presionaron mucho para que aceptara; pero Lyon estaba lejos y, bajo pretexto de que la *khâgne* representaba un ascenso, corría el riesgo de que lo dejaran allí mucho tiempo; prefirió una clase de bachillerato en Lyon; así estaba cerca de París, adonde, dada la modestia del puesto que elegía, tenía muchas posibilidades de ser trasladado el año siguiente. Lo apoyé con energía.

Mi felicidad se restablecía. Sartre parecía aplacado y yo iba a irme a Roma con él. Por otra parte, a través del remolino de nuestra vida privada, habíamos seguido ese año atentamente el desarrollo de la vida política. Asistíamos con entusiasmo al triunfo del Frente Popular.

Lo esperábamos desde hacía tiempo. Sin embargo la derecha había luchado encarnizadamente para impedirlo. El

asunto Jèze fue uno de los episodios más sonoros de ese tumulto. Profesor de derecho, Jèze había dado antaño numerosas prendas a la reacción; pero había aceptado en setiembre pronunciar ante la S.D.N., en nombre de la delegación etíope, un discurso contra Italia. Su primer curso público fue recibido en noviembre con un barullo tan enorme que tuvo que suspenderlo. En presencia del decano Allix, afrontó de nuevo a los estudiantes a principios de enero: volvió el barullo. Cerraron la Facultad de Derecho y las juventudes fascistas trataron de desencadenar en el Barrio Latino una huelga general de estudiantes: fracasó, mientras la Cámara votaba una ley que autorizaba al gobierno a disolver las ligas sediciosas. En febrero, en el momento en que las tropas italianas se apoderaban de Addis Abeba, en que la derecha francesa dirigía a Mussolini telegramas de felicitación, la Facultad de Derecho abrió de nuevo sus puertas: el curso de Jèze sufrió un nuevo sabotaje. Acusaron al decano de haberlo protegido insuficientemente y Allix tuvo que renunciar. En marzo, después de una última tentativa, Jèze renunció definitivamente a hablar en público.

Un atentado más serio fue dirigido contra Léon Blum. Los "patriotas" habían querido dar a los funerales de Banville el brillo de un duelo nacional. Al volver de la ceremonia se cruzaron por el bulevar Saint-Germain con el auto que traía a Blum de la Cámara; lo detuvieron, molestaron a los ocupantes, hirieron seriamente a Blum antes de que la policía interviniera. Hubo detenciones; Maurras, que había escrito contra Blum artículos feroces, fue perseguido por provocación al asesinato y condenado a varios meses de prisión. El Frente Popular organizó contra los agresores de Blum una manifestación de masas donde una vez más desplegó su fuerza. Mitines, desfiles, confirmaban la inminencia de una victoria que los acontecimientos de España parecían presagiar. La Pasionaria levantaba con su elocuencia el entusiasmo de los republicanos; la derecha perdió las elecciones; en vano el general Franco intentó un pronunciamiento: la victoria si-

guió en manos del Frente Popular, al que nuestros diarios reaccionarios llamaron "Frente crapular" y del que comenzaron a describir las atrocidades. La prensa de izquierda obtuvo fáciles pero legítimos éxitos parodiando esos relatos.

Cuando Hitler ocupó Renania, los neopacifistas volvieron a predicar la paciencia. "Resistir y negociar", escribía Emmanuel Berl. Pero la izquierda, segura de sus éxitos, no aflojaba. La paz, declaraba, no debía ser un perpetuo retroceso. Gracias a las complicaciones de la derecha francesa los bluffs de Hitler tenían éxito: frente a un adversario resuelto se batiría en retirada. Las masas francesas no querían la guerra; pero para conjurarla creían en una política de firmeza.

Todos nuestros amigos y nosotros mismos coincidíamos con ese punto de vista. Contábamos con el Frente Popular en el exterior para salvar la paz, en el interior para iniciar el movimiento que desembocaría un día en un verdadero socialismo. Sartre y yo tomábamos a pecho su triunfo; sin embargo nuestro individualismo frenaba nuestro "progresismo" y conservábamos la actitud que el 14 de julio de 1935 nos había atrincherado en el papel de testigos. Ya no consigo recordar dónde pasamos la noche del 3 de mayo; era en una plaza en Rouen, sin duda, y los altoparlantes anunciaban cifras que nos colmaban de satisfacción; sin embargo Sartre no había votado. Las pretensiones políticas de los intelectuales de izquierda le hacían encogerse de hombros. Jacques Bost había escuchado el resultado de las elecciones en París en compañía de su hermano, de Dabit y de Chamson. Nos contó que Chamson lanzaba gritos de triunfo: "¡Cómo se la estamos dando!" "Chamson no está dando nada a nadie", dijo Sartre con impaciencia. Palabrear, declamar, manifestar, predicar: ¡qué vana agitación! ¿Nos habría parecido tan irrisoria, si nos hubieran dado la oportunidad de unirnos a ella? No lo sé. Estoy casi segura en cambio de que, si nos hubiésemos encontrado en medida de obrar eficazmente, lo hubiéramos hecho; nuestro abstencionismo venía en gran parte de nuestra importancia; no nos negábamos a priori a participar en

los acontecimientos. La prueba es que, cuando las huelgas estallaron y en las calles hubo colectas para los huelguistas, dimos todo lo que pudimos. Pagniez nos lo reprochó; por primera vez una seria divergencia política se marcó entre él y nosotros; según él, las huelgas comprometían la experiencia Blum, cuando nosotros veíamos en ellas el único medio de radicalizarla. Con gran entusiasmo acogimos las ocupaciones de las fábricas; obreros y empleados nos asombraron por la audacia de su acción, la habilidad de su táctica, su disciplina, su alegría; por fin ocurría algo nuevo, importante, verdaderamente revolucionario. La firma de los acuerdos Matignon nos llenó de alegría: contratos colectivos, aumentos de salarios, semana de cuarenta horas, vacaciones pagadas, algo cambiaba en la condición obrera. Las industrias de guerra fueron nacionalizadas; se creó una oficina del trigo, el gobierno decretó la disolución de las ligas fascistas. La tontería, la injusticia, la explotación, perdían terreno; eso nos llenaba de goce. Sin embargo —y después de todo no veo en eso ninguna contradicción— el conformismo seguía irritándonos, aun si cambiaba de color. No apreciamos en absoluto el nuevo tinte de chauvinismo desencadenado sobre Francia. Aragon escribía artículos tricolores. En la Alhambra, en el entusiasmo general, Gilles y Julien cantaban *La hermosa Francia*: hablaban de centauras y amapolas, parecían Déroulède. Si el año anterior habíamos asistido a la fiesta del 14 de julio, esta vez la descartamos; Jacques Bost participó en ella y le hicimos ver la futileza de su conducta. Era lindo ver las muchedumbres en masa hacia la victoria; la habían obtenido y nos parecía tonto mirarlas conmemorando su triunfo.

Aquel verano, se vio partir hacia las playas, hacia el campo, a las primeras personas con vacaciones pagadas. Quince días no es mucho; sin embargo, los obreros de Saint-Ouen, de Aubervilliers, iban a respirar un aire distinto del de las fábricas, de los suburbios. A la alegría de esa evasión, a los clamores dichosos del 14 de julio, se mezclaban rumores

inquietantes. La prensa había anunciado una "rebelión en el Marruecos español". En la noche del 12 al 13, el general Franco desembarcó en España. Pero el país entero había elegido la República: la derrota de los rebeldes parecía indudable. Hicimos nuestras valijas con el corazón tranquilo.

El año anterior habíamos sentido un gran placer explorando Francia; antes de viajar a Italia, nos detuvimos unos días en Grenoble; todas las mañanas un ómnibus nos llevaba a los Alpes; de noche tomábamos un oporto en un "Cintra"; paseábamos hablando de Stendhal; Sartre cantaba una canción hecha por él sobre Grenoble y sus señores de corazones nobles, sobre la plaza Grenette y sus señoritas con almas pulcras. Pagniez pasaba vacaciones familiares en Guillestre y fuimos a verlo: nos acompañó a Marsella en ómnibus.

En Roma, vivimos durante diez días en el Albergo del Sole; comíamos *porchetta* en la plaza del Panteón. Me gustaba Roma, su alimentación, sus ruidos, sus plazas, sus ladrillos y sus pinos.

Nápoles nos intrigaba; la Guía Azul alababa su encanto, sin explicarlo. Mi hermana, que acababa de dar una vuelta por Italia, me había escrito: "No es nada lindo, es sucio: la suciedad no basta." La plaza de la estación, el Rettofilo rígido y polvoriento, nos inquietaron. Pero pronto nos hundimos en la red de minúsculas callejas que nuestro plan indicaba al costado de la Via Roma. Sin que lo supiéramos, fuimos sin duda humanistas encarnizados, pues los burgueses conscientes, los higienistas, los comunistas, todos los racionalistas y todos los progresistas condenan —no sin razón— esa mugre y el oscurantismo que la mantiene. Si uno compromete su corazón, manifiesta que quiere a los hombres, no tales como deben ser, sino tales como son. Nápoles. De pronto el Sur oscila; el sol ya no está presente como una luz en el cielo, sino sobre la tierra, como un enorme saco de sombra: nada de mineral en el fondo de esa enorme cloaca: todo hormiguea, todo fermenta; la misma piedra es esponjosa, suda, segrega

musgos y líquenes. La vida de los hombres se exhibe en su desnudez orgánica, en su calor visceral: bajo ese aspecto nos aturdió, nos asqueó, nos hechizó.

Sentimos horror: los chicos desnudos y con costras, los escrofulosos, los inválidos, las llagas abiertas, las purulencias, los rostros lívidos como abscesos, los islotes insalubres —designados con carteles: inhabitable, prohibido— y donde pululaban familias; en las cunetas, basuras y carroñas que las manos se disputaban; las Vírgenes bendiciendo sonrientes en todas las esquinas, cubiertas de oropeles dorados entre las flores y las luces. Pero no lo sondeamos; nos dejamos en parte engañar por las apariencias. Vía dei Tribunali, alrededor de la puerta Capuana, mirábamos las pirámides de sandías y de melones, montones de tomates, de berenjenas, de limones, de higos, de uvas, los pescados centelleantes, y esas especies de altares rococós, tan bonitos, que las vendedoras de conchillas fabrican con mejillones y algas: ignorábamos que el alimento sólo se expone con esa violencia cuando la gente revienta de hambre. Desconociendo la profundidad de esa miseria pudimos amar algunos de sus efectos; nos gustaba que suprimiera todas las barreras que aíslan a los hombres y los disminuyen: todo ese pueblo habitaba el calor de un solo vientre; las palabras "dentro, afuera", habían perdido su sentido. Los antros oscuros, donde los iconos brillaban débilmente, pertenecían a la calle; en el gran lecho matrimonial, los enfermos dormían, los muertos descansaban al descubierto. Y la intimidad de las casas se derramaba en la calzada. Sastres, remendones, herreros, fabricantes de flores artificiales, los artesanos trabajaban en el umbral de sus tiendas; las mujeres se sentaban ante sus puertas para espulgar a sus chicos, lavar la ropa, vaciar el pescado, vigilando las palanganas de tomates aplastados que exponían al lejano azul del cielo. De un extremo al otro de la calle corrían sonrisas, miradas, voces, amistad. Esa gentileza se apoderó de nosotros. Alrededor de la puerta Capuana había casi en permanencia banderolas, guirnaldas, títeres charlatanes; de noche se encendían velas; y siempre

con sus charlatanerías, sus riñas, sus gesticulaciones, los vendedores y los transeúntes mantenían una fiesta. Vuelvo a ver a ese campesino de pie en su carricoche, en medio de una carga de sandías. Con ademán rápido, cortaba en la fruta un dado sangriento que exhibía en la punta de su cuchillo: la sandía, así garantizada fresca y sana, se la arrojaba a un comprador que la agarraba al vuelo; en seguida, con una velocidad vertiginosa, hería y arrojaba otra. Vivíamos en un hotel cerca de la estación, en el corazón de los barrios populares; íbamos a escuchar canzonette en un cafetucho de los alrededores. Ignoramos los bares, los restaurantes elegantes, la explanada de lujo que costea la bahía; pero almorzábamos confortablemente en un restaurante umbrío y agradable, el "Papagallo", cerca de la Via Roma, que tenía un loro en una jaula; las paredes estaban cubiertas de fotografías de artistas italianos y extranjeros. De noche comprábamos en esa misma calle sándwiches o pollo frío y lo comíamos caminando. De tanto en tanto tomábamos un café en la Galleria, probábamos pasteles barnizados en la gran pastelería Cafflish o tomábamos un helado en la piazza Municipio, en la terraza del café Gambrinus. Escapando a las durezas de Nápoles, le encontrábamos dulzura. Sin embargo, en todas partes, a toda hora, el viento nos traía el polvo desolado de los muelles, u olores húmedos y dudosos. Cuando subíamos al Pausilipo, la impostora blancura de Nápoles a lo lejos no nos engañaba.

Sartre era como yo un turista estudioso; no quería dejar escapar ninguna atracción. Todas las mañanas, unos vagoncitos a cremallera izaban hasta lo alto del Vesubio a un cargamento de norteamericanos: noventa francos por cabeza no estaba dentro de nuestras posibilidades. Subimos a pie a partir de una pequeña estación donde nos había conducido el *circumvesuviana*; seguimos primeramente senderos empedrados que cortaban las viñas de tierra negra; luego trepamos a través de los conglomerados de lava, de escoria, de cenizas. Las cenizas se espesaron, el terreno se descascaraba bajo nuestros pasos y nos costaba caminar. Al final, escalamos el ramal de

la vía férrea, que era como una escalera gigante: para pasar de un peldaño a otro hacía falta un esfuerzo que me cortaba la respiración. Un vendedor ambulante que nos había alcanzado me alentaba con los ademanes y la voz. Dos o tres otros nativos nos seguían; instalaron cerca del terminal sus pequeños escaparates: medallas verdosas, pedazos de lava, falsas reliquias. Uno de ellos vendía uvas y le compramos racimos color ámbar. Pese a los vapores de azufre que nos sofocaban, nos quedamos mucho tiempo sentados al borde del cráter, descubriendo con sorpresa la verdad de esa expresión gastada: la costra terrestre. ¡Qué enorme pastel este planeta, mal cocido, demasiado cocido, hinchado, hendido, rajado, descascarado, ampollado, agujereado, humoso, todavía hirviente e hirviendo! Nos distrajo la llegada de un rebaño de turistas; se precipitaron hacia el abismo bajo la conducción de un guía que los abrumaba con cifras: ancho, largo, profundidad, fechas de las últimas erupciones; regatearon recuerdos, hicieron funcionar sus aparatos fotográficos; al cabo de media hora, se habían volatilizado. Saboreamos un rato más nuestra soledad antes de bajar corriendo la pendiente por la que nos habíamos arrastrado penosamente. Estábamos orgullosos de nosotros.

Me gustaba siempre conquistar los paisajes con la fuerza de nuestras pantallas. En Capri, trepamos la antigua escalera que conduce de la Marina a Anacapri. Almorzamos arriba, en una terraza solitaria que dominaba el mar: un sol vivo y liviano, un viento acariciador, el vino de los collados, las aguas azules, Nápoles a lo lejos, la tortilla rubia, mi cabeza un poco mareada, es uno de mis recuerdos más embriagadores.

Vimos Puzzole y sus fumarolas; y tomamos el trencito a Pompeya. Nuestra visita al Museo de Nápoles había inquietado un poco a Sartre. Le escribía a Olga: "Lo primero que me disgustó fue la manía que tenían los pompeyanos de ampliar ficticiamente sus cuartitos muy chiquitos. Los pintores se encargaban de eso cubriendo las paredes con falsas perspectivas: pintaban columnas y detrás de esas columnas líneas fugitivas que daban a la habitación dimensiones de palacio. Yo no sé

si esos vanidosos pompeyanos caían en la trampa de esa apariencia engañosa, pero me parece que me hubiera horrorizado y que son justamente ese tipo de dibujos fastidiosos de los que uno no puede apartar los ojos cuando está con un poco de fiebre. Y además me sentí bastante decepcionado por los frescos llamados 'de la buena época', que representan personajes y escenas mitológicas. Yo esperaba un poco encontrar en Pompeya una especie de revelación de la verdadera vida romana, una vida más joven, más brutal que la que nos han enseñado en la escuela; me parecía imposible que esa gente no fuera un poco salvaje. De toda esa trivialidad grecorromana que me hartaba en clase yo hacía responsable al siglo XVIII. Pensaba, por lo tanto, redescubrir la verdadera Roma. Sin embargo los frescos me desengañaron: esa trivialidad grecorromana ya estaba en Pompeya. Se siente que no creían desde hacía rato en todos esos dioses o semidioses que hacían pintar en sus paredes. Las escenas religiosas ya eran sólo pretextos y, sin embargo, no se libraban de ellas. Recorriendo esas salas cubiertas de frescos me sentía hechizado por ese clasicismo lleno de trivialidad, volvía a ver diez, veinte veces, una escena de la vida de Aquiles o de Teseo y me parecía aterradora una ciudad cuyos habitantes no tenían sino eso sobre sus paredes, eso que ya les hacía una civilización muerta, que estaba tan lejos de sus preocupaciones de banqueros, de comerciantes y de armadores. Yo imaginaba la distinción fría y la cultura llena de convención de esa gente y me sentía muy lejos de las magníficas estatuas hechiceras de Roma. (El Castor te habría dicho sin duda que hemos encontrado, en la planta baja de este mismo museo, un montón de estatuas hechiceras con pupilas de cobre. Pero son de una época muy anterior.) Al salir del museo yo ya casi no tenía ganas de ver Pompeya y sentía por esos romanos una mezcla de curiosidad y de repulsión bastante desagradable. Me parecía que en su época ya eran la Antigüedad y que hubieran podido decir: 'Nosotros, romanos de la Antigüedad', como esos caballeros de no sé qué comedia bufa que decían: 'Nosotros, los caballe-

ros de la Edad Media, que partimos para la guerra de los Cien años."

En verdad, Pompeya, milagrosamente conservada por su muerte repentina, sobrepasó todas nuestras imaginaciones: en fin, paseábamos por las ruinas en las que no reconocíamos solamente templos, palacios, edificios públicos, sino casas, taperas, chalets, tiendas, tabernas, mercados, toda una ciudad hirviente y bulliciosa como la Nápoles de hoy. Las calles pesadamente empedradas, que huían hacia el cielo entre murallas descascaradas, llenaban mi mirada entera; sin embargo, nuestra imaginación las poblaba de sombras; tomada entre esos fantasmas y la opaca realidad, yo me asomaba mejor que en ningún otro lugar del mundo al misterio de la ausencia. Pasamos el día entero vagando entre esos vestigios; sólo nos interrumpíamos para restaurarnos apresuradamente y beber un vino cargado de todos los barros del Vesubio.

En Pesto, contemplamos por primera vez un templo griego. Sartre se desconcertó porque, según me dijo, "no hay nada que pensar de él". A mí también esa belleza me pareció demasiado simple, demasiado lisa; no encontraba a qué asirme. En mi memoria, los dos días que siguieron tienen mucho brillo. Sartre volvió directamente a Nápoles. Yo bajé en la estación que viene después de Salerno y me disponía a hacer, con la mochila a la espalda, los veinte kilómetros que me separaban de Amalfi. Un cochero de fiacre me llamó: me llevaría por ocho liras. Estupefacta con mi suerte, me senté en el coche junto a un joven italiano taciturno que llevaba un chambergo emplumado. Me acomodé entre los almohadones y miré desfilar la costa centellante y la blancura de las viejas aldeas griegas decoradas de azulejos azul y oro. Vi la catedral y las calles de Amalfi, dormí en un antiguo monasterio, en el *Albergo de la luna*, y me habría quedado mucho tiempo en la terraza mirando brillar sobre el mar anacarado las barcas de los *lamperos*, si el portero no se hubiera ofrecido demasiado atentamente a entretener mi soledad. Al día siguiente, conocí Ravello, sus jardines, sus villas, sus belvederes, sus

balaustradas, donde se yerguen, volviendo hurañamente la espalda al mar, bustos de mármol que parecen comidos por las hormigas de la Edad de oro. Seguí en ómnibus, de Amalfi a Sorrento, la más bella costa del mundo.

Sartre no se lamentó cuando le conté esas delicias porque él por su lado se había divertido considerablemente. Cuando rondaba solo, de noche, un muchacho lo había invitado a tomar unas copas; lo había llevado de taberna en taberna; luego le había propuesto un espectáculo elegido: cuadros vivos, inspirados por los frescos que decoran la *Villa de los Misterios* en Pompeya; Sartre lo había seguido hasta una casa especializada; por un precio bastante bajo, una alcahueta lo había introducido en una sala redonda, con paredes cubiertas de espejos; alrededor corría una banqueta de terciopelo rojo; se había sentado solo, pues la alcahueta no había permitido que su compañero entrara con él. Dos mujeres habían aparecido; la mayor tenía en su mano derecha un falo de marfil y hacía el papel de hombre; habían imitado con abandono las posiciones amorosas ilustradas por los frescos. Luego la más joven había bailado agitando una pandereta. Pagando un suplemento el cliente podía aislarse con la elegida de su corazón. Sartre había declinado esa ventaja. En la calle, ante la puerta volvió a encontrar a su guía; éste tenía en la mano una botella de vino comprada por Sartre en la *bottigliera* en donde se habían detenido y de la que sólo habían bebido la mitad. Esperaba a Sartre para terminar de vaciarla; luego se separaron. Lo que había encantado a Sartre, me dijo, era la impresión de *destierro* que había sentido viéndose sentado solo, en medio de los reflejos, en el salón rutilante, donde dos mujeres se habían entregado para él a un trabajo a la vez burlesco y rutinario. Tituló *Destierro* el relato en que intentó al año siguiente contar esa aventura.

De Nápoles a Palermo dormimos sobre el puente del barco. Habituada por Nápoles a la miseria, soporté la de Palermo, que era sin embargo atroz. Allí también la exposición de los alimentos me disfrazaba la penuria. Lo pintoresco, el color



Escaneado con CamScanner

local, chorreaban y yo me entregué a ellos alegremente: sombrías callejuelas, ropa vieja, tiendas, pirámides de sandías. Y ¡qué lindas me parecían esas imágenes ambulantes que narraban en el flanco de las carretas las leyendas de Roberto Guiscard y de los cruzados! Había un montón de minúsculos teatros de títeres que daban vida a esas leyendas; una tarde entramos en uno de ellos; estaba lleno de chicos apretujados sobre unos angostos bancos de madera; éramos los únicos adultos. Vimos a Carlomagno, a Rolando, a Roberto Guiscard y a otros caballeros, tiesos en sus armaduras, traspasar a los infieles. De tanto en tanto un chico se agitaba; entonces un hombre lo golpeaba levemente con la punta de una larga vara. Comíamos uvas pegajosas y nos sentíamos muy dichosos.

Para visitar las iglesias y los palacios de un extremo al otro de la ciudad, paseábamos a menudo en fiacre; una noche en que caminábamos por la gran calle central, vimos uno cuyo caballo se había desbocado; el ruido de sus herraduras, el estruendo de las ruedas, quebraban la tranquilidad crepuscular y la gente que paseaba por la calle huía; parecía un film fantástico o una cubierta de la *Domenica del Corriere*.

De nuevo interrogamos a templos griegos; no encontrábamos nada que decir sobre ellos: pero su silencio tenía más peso que muchas conversaciones. Durante horas, en Selinonte, los soportamos sin cansarnos sentados entre enormes tambores derrumbados. Ni una alma a la redonda en ese tiempo; habíamos llevado agua, pan, uvas, y almorzamos con eso en medio de los mármoles por donde corrían las lagartijas: Sartre silbaba para encantarlas.

Renunciamos a Agrigento: el viaje habría sido demasiado complicado. No lo lamenté, a tal punto me gustó Siracusa, la desnudez brillante de sus piedras, escalonadas en anfiteatro al borde de un mar de metal, sus rutas polvorientas donde caminaban pesadamente los "bueyes del sol" de cuernos magníficos, la tierra despojada alrededor del castillo de *Euríale*: anduvimos mucho tiempo por sus subterráneos, sus caminos de ronda, y en la soledad de la llanura raída por el mar, muy



Escaneado con CamScanner

lejos de todo. Bajamos a las Latomias, el único lugar que yo conozca donde el horror toca a la poesía. De Messina, cuya fealdad conmemora irrefutablemente un cataclismo, atravesamos en ferry-boat el esplendor del estrecho. Al regreso, me fastidié, porque mientras navegábamos en el azul, Sartre leía los diarios: me hablaba de España, de Alemania, del porvenir, que no veía nada azul.

Un cascajo miserable nos condujo de Messina a Nápoles; pasé una mala noche: hacía demasiado frío para dormir sobre el puente y en el vientre del barco se respiraban olores insoportables. Pasamos todavía algunos días en Roma. Bastante bruscamente, el humor de Sartre cambió; el viaje terminaba y volvía a sus preocupaciones: la situación política, sus relaciones con Olga. Tuve miedo. ¿Resucitarían las langostas?

Me aseguró que no y yo ya no pensaba en ellas cuando llegamos a Venecia, que queríamos volver a ver. Nos quedamos allí cuatro o cinco días y resolvimos pasar, como dos años antes en Roma, una noche en vela. Para cortar los puentes y por economía, pagamos el hotel y dejamos el cuarto: ya no teníamos ni un rincón nuestro en la ciudad. Nos arrastramos por los cafés hasta que cerraron; nos sentamos sobre los peldaños de la plaza de San Marcos; caminamos a lo largo de los canales. Todo callaba; en los *largo* se oía, a través de las ventanas abiertas, la respiración de la gente dormida. Vimos cómo el cielo se blanqueaba en lo alto de las Fundamenta Nuova; entre el muelle y el cementerio, barcas largas y chatas se deslizaban como sombras sobre las aguas de la laguna; adelante, los hombres remaban: de Murano, de Burano, de las islas y de la costa, traían cargamentos de leguminbres y frutas. Volvimos hacia el corazón de la ciudad; en las ferias, al borde del gran canal, los mercados empezaban poco a poco a vivir en la profusión de sandías, de naranjas, de pescados, mientras el día se afirmaba; los cafés se abrieron; las calles se llenaron. Entonces fuimos a tomar un cuarto y a dormir. Sartre me dijo más tarde que, a lo largo de toda esa noche, una langosta lo había seguido.

## V

De vuelta en París en setiembre, nos hundimos en el drama que durante dos años y medio dominó toda nuestra vida: la guerra de España. Las tropas de Franco no habían triunfado tan rápidamente como lo esperaba la derecha; tampoco habían sido aplastadas tan pronto como lo suponíamos. La marcha de los rebeldes sobre Madrid había sido quebrada, pero habían hecho pie en Sevilla, en Zaragoza, en Oviedo. Casi todo el ejército —95 %—, casi todo el aparato del Estado, se había pasado del lado de Franco: para defenderse, la República sólo podía contar con el pueblo.

Había ido a su socorro en un inmenso impulso. Los relatos que leíamos en los diarios, las informaciones que nos transmitían Fernando y sus amigos, colmaban nuestra imaginación. En Madrid, en Barcelona, los obreros habían asaltado los cuarteles y se habían armado ellos mismos; los madrileños habían izado la bandera roja sobre el cuartel de la Montaña. Los campesinos sacaban de sus graneros sus viejos fusiles, sus trabucos. En las ciudades y en las aldeas, los milicianos, a falta de armas, hacían ejercicios con palos: había numerosas mujeres en sus filas; eran casi tan ardientes para combatir como los hombres. Contra los tanques de Franco, los dinamiteros lanzaban granadas y botellas inflamadas; el heroísmo de un pueblo con las manos vacías iba a cortarles el camino a las tropas equipadas y disciplinadas que arrojaban contra él la Propiedad, la Iglesia, la Finanza: era una epopeya impresionante y sentíamos que nos concernía directamente. Ningún país nos resultaba más próximo que España. Fernando estaba

entre nuestros mejores amigos. Habíamos compartido el regocijo del primer verano republicano bajo el sol de Madrid; nos habíamos mezclado a la alegre efervescencia de Sevilla después de la huida de Sanjurjo cuando la muchedumbre encendía en los círculos aristocráticos incendios que los bomberos no apagaban. Habíamos visto con nuestros ojos la grasienta arrogancia de los burgueses y de los curas, la miseria de los campesinos, y deseado que la República se apresurara en cumplir todas sus promesas. En febrero, la voz de la Pasionaria había exaltado todas esas esperanzas: su derrota nos habría tocado como un desastre personal. Y además, sabíamos que la guerra de España ponía en juego nuestro propio porvenir: la prensa de izquierda le dedicaba tanto lugar como si hubiera sido una cuestión francesa y lo era en efecto: a ningún precio un nuevo fascismo debía instalarse a nuestras puertas.

Eso no ocurriría, estábamos seguros; nadie en nuestro bando dudaba de la victoria republicana. Recuerdo una comida en el restaurante español de que hablé y que frecuentaban exclusivamente republicanos. Una joven española se levantó de pronto y declamó un poema a la gloria de su país y a la libertad; no comprendíamos las palabras —uno de nuestros vecinos nos indicó el sentido general—, pero nos sentimos conmovidos por la voz de la joven y por su rostro. Todos los parroquianos se pusieron de pie y gritaron: "¡Viva la República española!" Todos creían en su próximo triunfo. La Pasionaria había lanzado a los fascistas un grito de desafío: "¡No pasarán!", que resonaba a través de toda España.

Sin embargo, nuestro entusiasmo tenía otra faz: la ira. Para que la victoria no demorara, hubiera sido necesario que Francia volara en seguida en ayuda del pueblo español, que le enviara cañones, ametralladoras, aviones, fusiles, que le hacían muchísima falta; no obstante, pese al tratado de comercio que ligaba a Francia con España, Blum, desde los primeros días de agosto, había optado por la "no intervención"; se negaba a entregar armas a la República, hasta ce-

traba la frontera a las expediciones privadas. El 5 de septiembre, Irún cayó porque sus defensores no tenían con qué combatir, mientras a unos centenares de metros dos trenes cargados con fusiles destinados a España habían sido detenidos por las autoridades francesas. A causa de ese embargo, Talavera de la Reina caía, los franquistas progresaban en Extremadura y en Guipúzcoa. El neutralismo de Blum era tanto más indignante cuando Hitler y Mussolini proporcionaban abiertamente a los rebeldes hombres y material. El 28 de agosto, la primera bomba que cayó sobre Madrid fue arrojada por un Junker alemán. Admirábamos a Malraux y a su escuadrilla, que habían ido a ponerse al servicio de la República: pero ¿cómo ellos solos harían frente a la aviación nazi? En el gran mitin pacifista de Saint-Cloud, Blum fue recibido con clamores: "¡Aviones para España!" La C.G.T., los comunistas, una gran parte de los socialistas, exigían la reapertura de la frontera pirenaica. Otros socialistas, sin embargo, y los radicales socialistas aprobaban a Blum; ante todo había que salvar la paz, decían; la verdad era que, sin querer al fascismo, temían más al impulso revolucionario que levantaba el Frente Popular. Esas disensiones se reflejaban en los diarios que leíamos. En *Vendredi*, Guéhenno todavía se negaba a "sacrificar la paz a la revolución", mientras André Viollis y hasta el pacifista Romain Rolland ligaban las posibilidades de la paz a las de la República española. La mayoría de los colaboradores del *Canard Enchaîné* estaba con la intervención; Galtier-Boissière la combatía. Aborrecíamos la guerra tanto como cualquiera, pero no soportábamos la idea de que algunas decenas de ametralladoras, algunos millares de fusiles, hubieran bastado a los republicanos para vencer a Franco y que les fueran negados. La prudencia de Blum nos asqueaba y no creíamos en absoluto que pudiera servir a la paz. ¡Con qué angustia nos enteramos a principios de octubre de que los rebeldes estaban a las puertas de Madrid, en noviembre de que ocupaban la Ciudad Universitaria y el gobierno se replegaba a Valencia! ¡Y Francia no se movía! La U.R.S.S.

felizmente se decidió, mandó tanques, aviones, ametralladoras, y la milicia, apoyada por las brigadas internacionales, salvó a Madrid.

Cuando la batalla de Madrid comenzó, Fernando ya no soportó quedarse en París; resolvió irse a luchar. Estuvimos una vez más en desacuerdo con Pagniez; en la decisión de Fernando sólo quería ver una fanfarronada; Mme. Lemaire también consideraba que hubiera tenido que pensar en su mujer, en su hijo, y permanecer junto a ellos en vez de jugar al héroe. Eran de los que, tomando partido por la República, no deseaban ver la guerra civil transformarse en una revolución triunfante. Aprobábamos a Fernando con todo corazón; lo acompañamos a la estación con Stépha y numerosos amigos. El pintor Bermann partió con él. En el andén todo el mundo estaba muy emocionado: los republicanos ganarían; pero ¿cuándo? ¿A qué precio?

La rebelión franquista, en gran parte suscitada por Mussolini, fortalecía las esperanzas del Eje, al que un acuerdo germano-nipón unió al Japón. Todas las derechas francesas aplaudían las victorias franquistas; los "intelectuales occidentales", en particular Maxence, Paul Chack, Miomandre, Bonnard, las aclamaban ruidosamente. Yo estaba habituada a escuchar sin parpadear a mi padre alabando el buen sentido común de *Gringoire* y el patriotismo iluminado de Stéphane Lauzanne. Pero revivía en silencio mis furores juveniles cuando mis padres y mis primos Valleuse leían con fruición las atrocidades atribuidas por su prensa al "Frente crapular": las monjas violadas por millares sobre los peldaños de las iglesias, los monaguillos despanzurrados, las catedrales en llamas, o cuando exaltaban el heroísmo de los cadetes del Alcázar. Me costaba comprender cómo, aun desde el punto de vista de ellos, el éxito de los *stukas* nazis podía alegrarlos. Sus diarios intensificaban la virulencia; la campaña de calumnias desencadenada por Carbuccia en *Gringoire* contra el ministro del Interior, Salengro, llevó a éste al suicidio. La clase patronal levantaba la cabeza; trataba de anular las

concesiones que le habían arrancado las huelgas de junio. Sin embargo, se comprobaba un cierto repunte industrial. Gracias a la semana de cuarenta horas, se podía ver el sábado por la mañana a parejas en tandems, pedaleando hacia las puertas de París; volvían el domingo a la noche con ramos de flores o de hojas sobre los manubrios. Bandadas de jóvenes se iban, la mochila al hombro, a acampar en los bosques de los alrededores. Algo había sido ganado y continuaba siendo una conquista. Aunque dividida sobre la cuestión de la intervención en España, la izquierda conservaba sus esperanzas.

Yo enseñaba en el liceo Molière; no pensaba evidentemente residir en Passy; iba allí para dar mis cursos y me volvía en seguida. Viví en la calle de la Gaîté, en un hotel decente, el hotel Royal Bretagne. El año anterior, cuando Simone Labourdin se había instalado en un "tres piezas" que Mme. Lemaire calificaba de muy bonito, yo también había tenido vagamente ganas de alquilar un departamentito que amueblaría a mi gusto. No me empeñaba a priori en jugar a la bohemia. Pero la idea de correr por las agencias y de tener que amueblar me aterrorizaba: por otra parte, ¿de dónde sacar dinero para comprar muebles? El hotel me descargaba de toda preocupación. Poco me importaba disponer de un solo cuarto y que éste careciera de encanto: tenía a París, sus calles, sus plazas, sus cafés.

Marco enseñaba en el Louis-le-Grand; vivía en la calle Delambre, en un hotel un poco más caro que el mío. Bost acababa su licencia en la Sorbona; vivía en casa de su hermano, en un cuartito independiente, en la plaza Saint-Germain des-Prés; se trataba de abandonar a Olga en Beuzeville; pero sus padres sabían que no se había presentado a ningún examen y se oponían a su partida; tomó el tren sin el permiso de ellos; alquiló un cuarto en mi hotel. Decididamente, la filosofía no la atraía y se preguntaba con ansiedad lo que iba a hacer con sus huesos. Durante algún tiempo sirvió el té en una especie de *cafetería* del bulevar Saint-Michel, que tam-

bién era una bibilioteca y una discoteca: pero eso no parecía ser una solución.

Dos veces por semana yo iba a buscar a Sartre a la estación. Su crisis de Venecia no había tenido consecuencias; las langostas se habían hecho humo definitivamente; tomábamos una copa en un café cercano, que hoy ya no existe y que nos encantaba: había una sala en un sótano cuyos espejos descascarados, butacas de cuerina, mesas de mármol, luz glauca, nos recordaban la cervecería de Paul; las paredes estaban revestidas de madera negra tallada que nos hacía pensar en un carro fúnebre napolitano. Nos contábamos los últimos acontecimientos ocurridos en nuestras vidas y comentábamos las noticias. Luego íbamos a Montparnasse. Ya habíamos establecido nuestro cuartel general en el "Dôme". Las mañanas en que yo no iba al liceo tomaba allí mi desayuno. Nunca escribía en mi cuarto, sino en un *box*, en el fondo del café. A mi alrededor, los refugiados alemanes leían los diarios y jugaban a las barajas; extranjeros de todas las nacionalidades discutían entre ellos con pasión pero en sordina: sus murmullos no me molestaban; es austera la soledad frente a una página en blanco; yo alzaba los ojos, verificaba que los hombres existían: eso me alentaba a trazar palabras que quizá un día conmoverían a alguien. Cuando hablaba con Sartre, con Olga, me gustaba ver a la gente ir y venir. Gracias a Fernando y a Stépha podríamos poner nombres sobre ciertos rostros: estaba Rappoport y su barba florida, el escultor Zadkine, el enorme Domínguez, el minúsculo Mané Katz, el pintor español Flores, Francis Gruber, bastante amigo de mi hermana, Kisling, Ehrenburg, con su cara nudosa bajo su espesa pelambre, una profusión de pintores y de escritores, más o menos conocidos o desconocidos. Estábamos particularmente intrigados por un hombre de hermoso rostro rudo, cabellera hirsuta, ojos ávidos, que vagaba todas las noches por la acera, solitario o acompañado de una mujer muy bonita; parecía a la vez sólido como una roca y más libre que un duende: era demasiado. Sabíamos que no hay que fiarse

de las apariencias y esta tenía demasiada seducción para que no la supusiéramos decepcionante: era suizo, escultor, y se llamaba Giacometti. En general, en París, como en Rouen, las mujeres nos parecían más divertidas que los hombres. De noche grandes norteamericanas se emborrachaban majestuosamente. Mujeres artistas, mujeres de artistas, modelos, pequeñas actrices del teatro Montparnasse, chicas bonitas y chicas menos bonitas, más o menos o del todo mantenidas. Nos complacíamos en mirarlas soñar sobre sus cafés con leche, chismorrear con sus compañeras, coquetear ante sus machos. Se vestían barato, pero no sin rebuscamiento; algunas llevaban ropa de un encanto anticuado, comprada en el mercado de las pulgas. Recuerdo bien a la que llamábamos "la suiza"; tenía pelo rubio, muy lacio, que recogía en un rodete hinchado, puro estilo 1900; llevaba una blusa de tafetán gris, con mangas infladas; empujaba un coche de bebé. De tanto en tanto nos sentábamos en el "Select", entre las lesbianas de nucas afeitadas que lucían corbatas y a veces monóculos: ese exhibicionismo nos parecía infantil. Preferíamos comedias menos previsibles que representaban algunas iluminadas. Una noche descubrí con Olga, en la calle Monsieur le Prince, "Le Hoggar", que era entonces un lugar muy barato y equívoco; nos encantó el exotismo fácil del decorado, la música gangosa que subía desde el sótano y, sobre todo, los vasos decorados con flores en relieve en los cuales un árabe disfrazado nos sirvió té con menta; abajo, una falsa Ouled-Naïl bailaba la danza del vientre; no había nadie en la sala de arriba, salvo una mujer de unos treinta años, pelo estirado, sin belleza, que cantaba semiacostada sobre un butacón. Volvimos a verla a menudo en el "Dôme"; siempre estaba sola y ya no cantaba, pero movía los labios con aire inspirado. Otra, más o menos de la misma edad, con rasgos rudos gesticulaba, los ojos al cielo, conversando con un interlocutor invisible, que, sospechábamos, era Dios. Cuanto más raro era el aspecto de las personas, más perdido, más simpatía sentíamos por ellas. Algunos sin embargo nos inquietaban; había un ex oftálmico

cuyos ojos de semana en semana se volvían más prominentes: iban a desprenderse de pronto de sus órbitas y rodar por el piso; hubo también uno al que llamamos el masoquista. Yo tomaba una copa con Olga en "La Coupole"; ella llevaba un abrigo en símil pantera, yo tenía un chambergo bastante masculino; un hombre con orejas despegadas, mandíbula colgante, fijaba sobre nosotras una mirada vidriosa; puso sobre nuestra mesa un diario en el cual había escrito: "¿Esclavo o perro?" Terminamos rápidamente nuestros vasos. Cuando pasábamos ante él murmuró: "¡Díganme que atraviese la sala en cuatro patas y lo hago!" Volvimos a verlo algunas semanas más tarde; caminaba por la calle al lado de una mujer que tenía cuello duro, corbata, botines con caña y un aire de maldad sobre su cara: él parecía en trance. Una especie de familiaridad tácita se estableció entre nosotros y los demás parroquianos del "Dôme"; habiéndose enterado por una u otra fuente que éramos funcionarios, que estábamos, por lo tanto, en una situación relativamente holgada, a menudo un borracho, un miserable o un sablista profesional venían a pedirnos cinco francos; se creían obligados, en cambio, a endilgarnos un montón de mentiras: la mitomanía florecía. Todos esos descastados, esos exilados, esos fabulistas, nos compensaban de las monotonías de la provincia. Se dice que hay el conformismo del anticonformismo: en todo caso, autoriza más fantasía que el otro. He sentido fuertes alegrías trabajando solitaria en medio de esa gente, muy cercana y muy lejana, que buscaba a tientas su vida.

A pesar de los recursos que nos ofrecía París, nuestro trío no tardó en caer en las mismas dificultades que en Rouen. Sartre había escrito largas cartas a Olga durante las vacaciones, una entre otras en la que describía a Nápoles y que sirvió de punto de partida a su relato *Destierro;* ella le había contestado y habían vuelto a encontrarse con calor. Solían vagar por París hasta la madrugada, entregados al placer de estar juntos. Y luego, de pronto, Olga se encrespaba. Esas rabietas irritaban a Sartre, puesto que creía que su amistad progresa-

ba; Olga, por su lado, soportaba cada vez menos las impaciencias de él. Después de haberse pasado horas sirviendo el té, solía estar nerviosa; el vacío de su porvenir la asustaba. Aparte de Sartre y de mí, sólo conocía a Marco y a Bost, pasaba sola largas horas y se aburría. Algunos meses antes, en Rouen, había querido experimentar los efectos del alcohol; había tomado en un mostrador dos pernod, uno tras otro; el resultado había superado sus previsiones. No había repetido la prueba. Ahora, para engañar su tedio, su malestar, solía recurrir al pernod, que la hundía en sombríos delirios. Al volver a mi habitación, solía encontrar bajo mi puerta un papel rosado cubierto por una letra desordenada: Olga expresaba en él su repulsión del mundo y de sí misma. O bien, a la manera de Louise Perron, pinchaba con chinches sobre su puerta una hoja donde yo descifraba palabras sibilinas y desesperadas. Yo me atormentaba por ella y me parecía aun más injusto que antes que me pusiera a menudo mala cara. Yo había supuesto que en París escaparíamos naturalmente del laberinto donde la soledad de Rouen nos retenía; pero no. Sartre no cesaba de analizar y comentar la conducta de Olga; yo empezaba a perder la esperanza de encontrar una salida y a sentirme cansada de dar vueltas en redondo. Lejos de haber mejorado, la situación se nos hacía a los tres cada vez más intolerable. Yo bendecía como una evasión las noches que pasaba con Marco y Bost, que se habían vuelto inseparables. Iban juntos al cine, a los conciertos; Marco había dado a Bost la llave de su cuarto para que pudiera escuchar sus discos cada vez que tuviera ganas. Bost era sensible al encanto de Marco, a sus gracias, a sus atenciones, que aceptaba con la imperial simplicidad de la juventud; tampoco se asombraba cuando veía a Marco caer en sombríos abatimientos. Pensaba que Marco se preocupaba por su carrera. Había cantado aquel verano en el Casino de Vichy y Lauri Volpi, que era la *vedette*, habiéndolo oído por casualidad, había exclamado: "¡Qué voz extraordinaria!"; los cantores célebres manifiestan poca benevolencia a los debutantes y ese elogio inesperado

había embriagado a Marco. En octubre había dado una audición ante el director de la Ópera: "Y bien, señor —le había dicho éste—, vuelva cuando sepa cantar entonado." Bost atribuía a esa derrota, que nosotros nos explicábamos mal, los malos humores de Marco. Poco a poco, tuvo que confesarse la verdad: Marco esperaba de él mucho más que amistad y la felicidad de toda su vida descansaba sobre esa esperanza. Bost no quería ni renunciar a la amistad de Marco ni plegarse a su pasión: él también se debatía en una trampa. Marco ya no disimulaba; se enojaba, lloraba, sospechaba que Bost buscaba un apoyo contra él junto a Sartre. Yo escribía en el "Dôme" por la mañana cuando Marco surgió: "Ven", me dijo imperiosamente, pero con voz ahogada. Subí con él por la calle Delambre y con estupor vi lágrimas en sus ojos. La víspera, al volver a su casa, alrededor de las seis de la tarde, había oído en su cuarto una música tenue y un murmullo de voces; había mirado por el ojo de la cerradura y había visto a Olga y a Bost besándose: nada más, pero, dada la reserva de Olga, había sacado de esa escena conclusiones para él trágicas.

Me enteré más adelante que aquella noche había encontrado en el "Dôme" a Sartre y a Olga y había pronunciado socarronamente frases que ninguno de los dos había comprendido; Sartre ignoraba lo que Marco sabía, Olga ni siquiera sospechaba que lo supiera. El resto de la noche, Marco había llorado; comprendía demasiado bien lo que acababa de ocurrir: desde hacía tiempo esos dos jóvenes de veinte años se gustaban; contra las complicaciones y las exigencias de los adultos, se habían arrojado el uno en brazos del otro.

Personalmente me pareció que Olga había tomado una sana decisión, quebrando el círculo del que no lográbamos salir. Sartre siempre miraba todo de frente y se mostró buen jugador. Marco trató apasionadamente de convencernos de romper con Olga y sobre todo con Bost; nos negamos y nos envolvió en su rencor. Paseaba por Montparnasse con un revólver en el bolsillo; entraba al "Dôme" de improviso para sorpren-



Escaneado con CamScanner

der nuestros conciliábulos; creía que nos reuníamos los cuatro en mi hotel para complotar contra él; espiaba una de las ventanas: las sombras se perfilaban contra el vidrio y él apretaba rabiosamente la culata de su revólver; se quedó desconcertado cuando le demostré que yo vivía en otro cuarto. Se olvidaba de jugar al soberbio. Exponía su dolor, sus lágrimas. Nos dio tanta pena que nos decidimos a llevarlo a Chamonix.

Sartre tampoco estaba contento. Además del fracaso del trío, había sufrido otro que lo afectaba mucho más. El manuscrito de su libro titulado *Melancholia*, a causa del grabado de Durero que le gustaba mucho, había sido entregado por Nizan a un lector de la casa Gallimard. Sartre recibió unas líneas de Paulhan diciéndole que, pese a ciertas cualidades, la obra no había sido aceptada. Había aceptado apaciblemente el rechazo de *La leyenda de la verdad;* pero en *Melancholia* había trabajado cuatro años, el libro respondía a sus intenciones; desde su punto de vista, desde el mío, había logrado su intento. Paulhan desaprobaba por lo tanto el designio mismo de Sartre: expresar bajo una forma literaria verdades y sentimientos metafísicos; ese proyecto estaba demasiado profundamente enraizado en él para que aceptara esa condena: pero nos desconcertó.

Mme. Lemaire y Pagniez se dejaron influir; sugirieron que *Melancholia* quizá fuera aburrido y estuviera escrito con torpeza; esa deserción terminó de desorientarnos: ¿cómo podía haber un abismo tan grande entre el punto de vista de los demás y el nuestro? Sartre pensaba presentar su manuscrito a otros editores; pero, como todo rechazo encontraba un eco en él, lejos de defenderse con arrogancia, se hizo un montón de preguntas desagradables.

Por lo tanto la temporada en Chamonix careció de todo entusiasmo. El invierno era muy crudo; habían cerrado todas las pistas a causa del hielo; un joven colegial, después de ocho días de aprendizaje, apostó que bajaría la pendiente del Brévent. Encontraron entre las rocas su cuerpo hecho

pedazos. Subíamos en funicular a Planpraz y yo bajaba con Sartre pequeñas pendientes. Marco, a quien el menor desnivel aterraba, tomaba lecciones particulares y, con el pretexto de adquirir estilo, se ejercitaba indefinidamente. Una tarde fui con Sartre al puesto de Voza; bajamos hacia las Houches por la pista azul que pasa a través del bosque y nos las arreglamos bastante mal. En el hotel encontrábamos a Marco, que se ensombrecía a medida que caía la noche. Había soñado que Bost lo acompañaría a los deportes de invierno y no se consolaba de su ausencia. Después de comer, salía a la nieve para frotarse la cabeza con su loción de azufre, que apestaba; una vez exigió que Sartre la probara; yo le permití solamente que volcara tres gotas sobre un pedazo de algodón, con el que me rozó la cabeza; creí que mi cuero cabelludo iba a caer hecho jirones.

Marco había suplicado, a tal punto la soledad de las noches le resultaba insoportable, que durmiéramos los tres en el mismo cuarto. Ocupamos una especie de altillo triste y desnudo donde había tres camas. Apenas acostado, Marco se ponía a llorar con lágrimas verdaderas y sus lamentos se prolongaban a través de las tinieblas. Ya había amado y hasta había tenido pasiones, nos decía, pero nunca había encontrado un ser con el cual deseara cambiar promesas definitivas; en julio había creído que le había llegado esa suerte; acababa de perderla sin recurso; nunca se consolaría. Evocaba sollozando la vida que hubiera podido tener con un compañero elegido; hubiera puesto a sus pies su gloria inminente, su fortuna; hubieran viajado juntos de palace en palace en largos coches deslumbrantes. Le aconsejábamos que durmiera; callaba, suspiraba y de nuevo contaba en alta voz las imágenes que pasaban por él: Bost, su bufanda blanca, la blancura de su sonrisa, su juventud, su gracia, su inconsciente crueldad; cuando al salir de una escena desgarradora iban al cine a ver a Carlitos Chaplin o a los hermanos Marx, Marco, con el corazón desgarrado, oía a su lado a Bost que reía. Había en sus repeticiones algo todavía más negro y más im-

placable que en los delirios de Louise Perron parecía que estaba fabricándose un infierno del que no escaparía jamás.

Cuando regresamos, volvió a perseguir con sus insultos y sus lágrimas a Bost, agobiado por sus escenas; no estaba alegre, Olga tampoco. Ésta seguía viendo a Sartre, que se esforzaba por conservar buenas relaciones con ella; pero ya faltaba el impulso, ella dudaba como siempre del porvenir; me llevaba, para variar, a unos pequeños dancings de Montparnasse —a *La Boheme*, a *L'Arc-en-ciel*— donde yo me aburría, solíamos pasar noches tristes. El humor de Sartre felizmente se restablecía, había recobrado un poco de esperanza respecto a *Melancholia*. Dullin era un viejo amigo de Gastón Gallimard y le había escrito pidiéndole que mirara personalmente el manuscrito rechazado. Por su parte, Pierre Bost había ido a ver a Gallimard para recomendárselo. Sartre escribía un relato que le causaba un gran placer. Durante su crucero por Noruega, había ensayado por primera vez ese género con un escrito corto, *El sol de medianoche*, que perdió en los Causses y que no volvió a escribir. Aquel año había escrito *Erostrato* y ahora trabajaba en *Destierro*.[1] Dos o tres veces lo acompañé a Laon: vivía en un viejo hotel acogedor, con olor a humedad. En París visitamos la exposición Gauguin; vimos films. Leíamos. *Fascismo y gran capitalismo* de Guérin nos ayudó un poco a comprender nuestra época. Nos apasionamos por *La mujer frígida* de Stekel, porque propenía un psicoanálisis que rechazaba la noción del inconsciente. Estábamos muy lejos de Bernanos; sin embargo el *Diario de un cura de aldea* forzó nuestra estima; lo releí varias veces, asombrada por el virtuosismo que se ocultaba bajo su sencillez. Dos autores desconocidos para nosotros despertaron nuestra simpatía: Queneau con *Los últimos días* y Michel Leiris con *La edad de hombre*.

Asistimos a varios ensayos de *Julio César* que dirigía Dullin; Camille, que había hecho la adaptación, tomó parte

[1] Sólo algunos fragmentos aparecieron después de la publicación de *El muro*.

activa en la puesta en escena; Dullin representaba el papel bastante ingrato de Casio: se sobrepasó como animador. Había elegido para encarnar a César a un viejo cómico, de escasa reputación, en quien un cierto oficio reemplazaba al talento, pero cuyo físico convenía al personaje: lo modeló gesto por gesto, palabra por palabra, a tal punto que al final se le podía tomar por un buen actor. Vandéric compuso un hermoso Bruto; Genica Athanasion tenía un noble rostro, una voz conmovedora, pese a su acento pronunciado. En cuanto a Marchat se metió en seguida en el pellejo de Marco Antonio y estuvo soberbio. Yo había apreciado en su valor el trabajo de Dullin, de Camille, de toda la compañía, y la noche del estreno espié con emoción a los críticos que Camille me había señalado: la mayoría eran viejos y parecían opacos; era invierno, tosían; Lugné Poe escupía en una cajita de plata. El texto, que Camille había evitado cuidadosamente atenuar, pareció chocarles. El espectáculo tuvo, sin embargo, mucho éxito. Durante la escena de las Lupercales, dos jóvenes esclavos atravesaban la escena, un látigo en la mano y casi desnudos; cada vez estaban a punto de voltear el busto de César, erguido en medio de la plaza; aquella noche lo esquivaron con habilidad. Uno de ellos impresionó a todos los espectadores por su belleza; Jean Cocteau preguntó quién era: se llamaba Jean Marais.

Yo me entregaba con menos entusiasmo que de costumbre a mis ocupaciones, a mis distracciones: me sentía todo el tiempo cansada. Con Olga, con Sartre, con los dos juntos, trasnochaba; Sartre descansaba en Laon, Olga durante el día, pero yo nunca. Me empeñaba en trabajar, quería terminar mi libro. A la mañana me levantaba temprano para ir al liceo. A menudo, en el subterráneo, medía con ansiedad el tiempo que me separaba de la próxima noche: "¡Todavía dieciséis horas antes de acostarme!" Hubiera dado cualquier cosa por dormirme en seguida e indefinidamente. Esperando a Sartre en un café cerca de la estación del Norte, solía cerrar los ojos y perder conciencia durante algunos minutos.

El sueño se convertía en una obsesión. Yo había conocido el cansancio el año en que preparaba el profesorado, pero de noche cuando mi cabeza se volvía pesada, no resistía: iba a acostarme. Ahora tenía que hacer un esfuerzo hasta muy avanzada la noche y me despertaba insaciada. No me recuperaba. Era extenuadora aquella espera, siempre decepcionada por un descanso que no lograba jamás. Aprendí entonces que el cansancio puede ser tan extenuador como una enfermedad y privar de todo placer a la vida.

Por otra parte había seguido con demasiada alegría la ascensión del Frente Popular para no entristecerme con su declinación. Blum, presa de graves dificultades financieras, declaraba que una "pausa" era necesaria. Acababa de ser descubierta una asociación secreta organizada por la extrema derecha, que juntaba armas y trabajaba en unión con los servicios de espionaje hitlerianos. Cuando se conoció el complot, en vez de publicar los nombres de los conspiradores, ahogaron el asunto. Inglaterra como Francia toleraba sin parpadear la intervención de las fuerzas alemanas e italianas en España. El único país capaz y sinceramente deseoso de cerrarle el camino al fascismo era la U.R.S.S. Y he aquí que ya no comprendíamos nada de lo que allí ocurría. Gide se había embalado demasiado pronto, se había retractado demasiado pronto para que tomáramos en serio el *Regreso de la U.R.S.S.*, que se había apresurado en publicar al volver de Rusia y había hecho mucho ruido. Pero ¿qué significaban los procesos que se desarrollaban en Moscú? *Le Matin* contaba en serio que las confesiones de los acusados habían sido arrancadas gracias a un "licor de la verdad" que se podía comprar por veinte centavos en los Estados Unidos; era una imbecilidad; pero ¿qué explicación oponerle? Nizan, que había pasado en la U.R.S.S. un año de euforia, estaba profundamente desconcertado; tuvimos con él una larga conversación en el Mahieu y, aunque por lo general expresaba sus sentimientos con prudencia, no nos ocultó su desorientación. Nunca habíamos imaginado a la U.R.S.S. como un paraíso,

pero tampoco nunca habíamos puesto seriamente en tela de juicio la construcción socialista. Era molesto verse incitado a ello en el momento en que la política de las democracias nos repelía. ¿Ya no había ningún lugar del mundo en donde uno pudiera aferrarse a la esperanza?

Pues España ya no era la tierra de la esperanza, sino el campo de una batalla cuyo desenlace se hacía dudoso. Fernando tuvo un permiso en febrero; desbordaba de entusiasmo, pero, a través de lo que contaba, la situación parecía inquietante. Nos hizo reír contándonos cómo había conquistado el título de responsable; en el curso de una escaramuza, se encontraba con unos compañeros en terreno descubierto bajo el fuego de los fusiles enemigos y había arrastrado a su grupo hacia una tapia detrás de la cual se habían cobijado: lo habían felicitado calurosamente por esa iniciativa; obtuvo rápidamente los grados de capitán, luego de comandante; terminó de general. Mientras se divertía con nosotros por esos ascensos, nos dijo hasta qué punto el ejército popular carecía de cuadros, de disciplina, de organización. Los desórdenes sociales y políticos eran todavía más graves. Comunistas, radicales, anarco-sindicalistas, no servían los mismos intereses. Los anarquistas se negaban a comprender que antes de hacer la revolución había que ganar la guerra; en ciertas provincias, entre otras en Cataluña, los sindicatos se preocupaban de establecer soviets mientras hubieran tenido que preocuparse de hacer marchar las fábricas. Las columnas anarquistas entorpecían la acción gubernamental con asonadas intempestivas; no obedecían las órdenes que emanaban del poder central. Esa falta de unidad constituía un terrible peligro frente al sólido ejército de Franco, que los cuerpos expedicionarios alemanes e italianos apoyaban cada vez más en masa.

Se nos oprimió el corazón cuando Fernando nos habló de Madrid; las casas derrumbadas, en la calle de Alcalá; la calzada reventada alrededor de la Puerta del Sol, la Ciudad universitaria hecha papilla. Volvió a España asegurando que la

victoria final sería de todas maneras de los republicanos. Y los acontecimientos parecieron confirmar sus profecías. En el Jarama, en Guadalajara, el ejército popular detuvo la ofensiva que Franco había lanzado contra Madrid. Sin embargo, los dinamiteros fracasaron en su tentativa para apoderarse de Oviedo. En el sur, cayó Málaga.

La razón de esos fracasos era siempre la misma: falta de armas. La comedia de la "no intervención" nos parecía cada día más criminal. Por primera vez en nuestra vida, porque tomábamos profundamente a pecho la suerte de España, la indignación ya no era para nosotros un desahogo suficiente; nuestra impotencia política, lejos de proporcionarnos un pretexto, nos desolaba. Era total. Estábamos aislados, no éramos nadie; nada de lo que podríamos decir o escribir a favor de la intervención tendría el menor peso. No era el caso de partir para España; nada en nuestra vida nos disponía a ese arranque irreflexivo. Por otra parte, a menos de tener capacidades técnicas o políticas definidas, se corría el riesgo de hacer el trabajo del mosquito. Simone Weil había pasado la frontera para alistarse como miliciana; reclamó un fusil; la afectaron a las cocinas y volcó sobre su pie una olla de aceite hirviente. Colette Audry encontró en Barcelona a los dirigentes del P.O.U.M., habló en los mitines; volvió exaltada y feliz, pero dudábamos de la eficacia de sus discursos.

Bost quiso irse para escapar al marasmo donde lo habían hundido las escenas de Marco, así como la ruptura con un viejo amor. La frontera estaba cerrada desde febrero, no solamente para las armas sino para los voluntarios; preguntó a Sartre si Nizan no podría ayudarlo a pasarla clandestinamente. Sartre se interrogó con ansiedad: ¿había que apoyar o no el deseo de Bost? En principio hay que respetar la libertad de la gente; pero si le ocurría una desgracia a Bost se sentiría responsable... Terminó por hablarle blandamente a Nizan, que mandó a Bost a ver a Malraux. Éste explicó que la República necesitaba armas, cuadros, especialistas, pero no combatientes inexperimentados ¿Bost sabía usar

una ametralladora? No, confesó. "Quizá podría ejercitarse en Gastine-Reinette", dijo Malraux seriamente. El proyecto de Bost quedó en agua de borrajas.

Una noche, a eso de las diez yo conversaba en el "Select" con Bost cuando sentí un escalofrío. Estaba acostumbrada a tratar con desprecio las gripes, las anginas, las fiebres, pero esta vez la sacudida fue tan brutal que en seguida dije: "¡Tengo que volver!" Dormí agitada, me desperté bañada en sudor y me quedé en cama todo el día; cuando Sartre a la noche llegó de Laon, ya no dudamos ni él ni yo que una atención tan enérgica me había curado. Desde hacía tiempo, Camille deseaba conocer a Mme. Lemaire y la había invitado a comer con nosotros; yo no quería perderme ese encuentro. Me costó vestirme, vacilaba, pero no iba a cederle al microbio. Afuera, hacía mucho frío y me sentía bastante mal cuando llegué a casa de Camille. Se había mudado, vivía en la calle Navarin, en un gran estudio que había amueblado como la casa de Ferrolles, utilizando accesorios de teatro, descubrimientos hechos en los anticuarios y creaciones personales; una enorme estufa de loza recalentaba la habitación; era lindo y necesario como un decorado y, sin embargo, íntimo, un verdadero hogar. Camille recibía con refinada suntuosidad. Pero yo apenas eché un vistazo sobre las jarras, las flores, los fiambres multicolores; me extendí sobre una cama cubierta de seda antigua y mientras los otros comían, bebían, conversaban, yo trataba penosamente de respirar. Mme. Lemaire y Sartre terminaron por llevarme; en la escalera titubeé; una bruma helada había invadido las calles y yo la sentía bajar en mis pulmones mientras esperaba en el umbral de la casa a Sartre, que había corrido a buscar un taxi. Me acosté ardiente y congelada; toda la noche transpiré, tiritè. Antes de tomar el tren al día siguiente, Sartre llamó a un médico, que ordenó sinapismos; durante dos días mi hermana, Olga, Mme. Lemaire, me cuidaron. Me traían alimentos de enfermo: cremas al caramelo, compotas de damasco: yo no probaba

bocado; al menor movimiento, un dolor agudo me desgarraba el lado izquierdo. Una enfermera me puso ventosas; sin embargo, durante todo el día chorreé de fiebre, empapé dos piyamas. Por la mañana, el médico se asustó: declaró que tenía que irme con urgencia a la clínica. Yo no quería. Cuando Sartre, al volver de Laon, me anunció que Mme. Lemaire había arreglado todo, que una ambulancia me llevaría a Saint-Cloud aquella misma tarde, sollocé: me parecía que me arrancaban de mi vida para siempre. Me calmé. Cuando los enfermeros me acostaron sobre una camilla y me hicieron bajar cabeza abajo las escaleras, todo lo que subsistía en mí era una enorme sorpresa. Ante la puerta los transeúntes miraban y mientras me metían en la ambulancia yo me decía asombrada: "¡Y esto me ocurre a mí!" No me habría sentido más sorprendida despertando en la luna. Cualquier cosa podía ocurrirme como a cualquiera. Es tan asombroso ser uno, justamente uno, es tan radicalmente único, que cuesta convencerse que esa singularidad se encuentra en todo el mundo y uno pertenece a las estadísticas. Enfermedad, accidente, desdichas, no ocurren sino a los demás: pero, bajo las miradas de los curiosos, el otro, bruscamente, era yo; como todos los demás, yo era para todos los demás el otro. Sí, me habían arrancado a mi vida, a su seguridad, para arrojarme en un *no man's land* donde todo era posible; nada ya me protegía, corría todos los peligros. En el momento no me dije todo eso con palabras, pero era el sentido de ese estupor en que permanecía sumida durante todo el trayecto: "¡Ese enfermo que transportan soy yo!"

Después ya no pensé tanto; me abandoné a la frescura de las sábanas; me acostaron, me dieron inyecciones, me habían tomado a su cargo: para mí que vivía con las manos siempre crispadas, ¡qué descanso! Más tarde supe que, cuando llegué, uno de mis pulmones parecía un pedazo de hígado, que el otro empezaba a enfermarse; no se conocía entonces ningún medio para cortar la infección; se limitaron a darme inyecciones para sostener el corazón: pero, si el segundo pulmón

me abandonaba, todo habría terminado. Esa idea ni siquiera me rozó. Esperé con confianza la curación. Dormía con el busto levantado por almohadas; de día conservaba la misma posición y me despertaba apenas; el tiempo se nublaba. Cuando recobraba conciencia la fiebre me ocupaba; multiplicaba al infinito los sentidos más tenues, las menores vibraciones de la luz: por la mañana el canto de un pájaro llenaba de punta a punta el universo y la eternidad; yo miraba el canasto de flores que me habían mandado mis alumnos; sobre mi mesa de cabecera, una jarra de naranjada: no deseaba nada más, todo me bastaba.

Poco a poco me desperté. Mi madre venía casi todas las mañanas; Sartre, las tardes en que no estaba en Laon. Mi hermana, Olga, Mme. Lemaire, Bost, se turnaban a mi cabecera; yo les hablaba. Un día pude leer. En la primera novela de Thyde Monnier, *La calle corta,* recobré la Provenza. El médico quiso saber si mis pulmones no estaban gravemente afectados, me hizo radiografiar; ¡qué suplicio estar de piel Estuve a punto de desmayarme. Durante dos días, esperé los resultados con mucho más curiosidad que aprensión; yo había llorado al abandonar mi cuarto de hotel, pero la idea de irme a un sanatorio no me sublevaba. "Será una experiencia", me decía. Seguía fiel a mi actitud, que era aceptar todo lo que la vida me imponía. Me quejaba que el mundo se repitiera: y bueno, ahora iba a cambiar. El trío, sus agitaciones, sus obsesiones, habían terminado por pesarme tanto que el exilio me parecía un descanso. Quizá también ese desapego era una defensa precaria: si hubieran tenido que atenderme verdaderamente, lejos, durante mucho tiempo, ¿habría conservado mi buen humor? La prueba me fue ahorrada. Me autorizaron a terminar mi convalecencia en París.

Sartre me había reservado en el hotel de Marco un cuarto más amplio y más confortable que el del "Royal Bretagne". Todavía me quedaba en cama pero ¡cómo estaba de contenta de haber salido de la clínica! Eran las vacaciones de Pascuas; a la hora de almorzar, Sartre iba a buscar a "La Coupole"



Escaneado con CamScanner

una porción del plato del día, que traía cuidadosamente hasta mi cuarto, tratando de no volcar nada; de noche yo comía jamón, fruta, recobraba fuerzas. Lo molesto era que estaba a la merced de todo aquel al que se le ocurría venir a verme. Y además el encierro empezaba a resultarme penoso. Trataba de caminar por el cuarto y sentía mareos; tuve que reaprender a estar de pie. Como Sartre había regresado a Laon, fueron Marco y Bost superficialmente reconciliados, quienes me sacaron por primera vez; me llevaron al Luxemburgo sosteniéndome cada uno de un brazo: el aire libre, el sol, me aturdían, trastabillaba.

Leía de nuevo los diarios: los mismos que antes, pero también *Ce soir*, aparecido a principios de marzo, dirigido por Aragon y donde Nizan estaba encargado de la política exterior. Aunque Blum hubiera proclamado la pausa, la alta finanza se dedicaba sistemáticamente a combatir al gobierno. Las ligas habían sido disueltas, pero en seguida La Rocque había fundado el Partido Social Francés y Doriot, poco después, el Partido Popular Francés, al que se adhirió Ramón Fernández. A una reunión del P.S.F., los obreros de Clichy habían respondido con una vigorosa manifestación, que, enfrentada por la policía, había costado la vida a cinco de ellos. Los franquistas bombardeaban Madrid, bombardeaban el País Vasco; en Durango habían hecho una hecatombe de mujeres y de niños; aviones alemanes habían bombardeado Bilbao. A fines de abril, la matanza de Guernica levantó la indignación de algunos católicos: Mauriac, Madaule, Bernanos, Maritain, protestaron. En Francia una nueva campaña de prensa se desencadenaba contra las cárceles de niños; un colono de diecinueve años había muerto en Eysses, víctima de los malos tratos; el gobierno prometía que todo iba a cambiar y nada cambiaba ni en Eysses, ni en Amiane, ni en Mattray. Impotente para combatir las desdichas del mundo, yo sólo pedía olvidarlas. Obedecí alegremente al médico que me había recetado que fuera a descansar tres semanas en el Sur.

Olga me acompañó a la estación; mi camarote estaba re-

calentado, no conseguí dormir y pasé la noche leyendo *La tiereta del Luxemburgo* de André Baillon. A la madrugada, Toulon olía a retama y a pescado, tomé un trencito que seguía a lo largo de la costa una vía tortuosa con peligrosos bamboleos. A cada viraje me parecía que iba a saltar fuera de los rieles. El médico me había prohibido la orilla del mar, las largas caminatas y cualquier cansancio; yo había elegido Bormes-les-Mimosas. La estación era un galpón abandonado ante el cual fui la única en bajar; ni un empleado. Era mediodía; el sol y todos los olores de la Provenza saltaron sobre mí; al salir de las brumas de la convalecencia, aquello fue una radiante resurrección. Un hombre empezó a escalar al mismo tiempo que yo la cuesta que conducía a la aldea y me llevó la valija. Desde la plaza, se veía el mar muy cercano y las islas d'Hyeres; pero decidí que entre nosotros la distancia era suficiente; ya no me sentía nada enferma. Era la primera vez en mi vida que veraneaba y empecé por divertirme. Había parado en el mejor hotel: pensión completa por treinta francos; me llenaba de comida mirando a las solteronas que jugaban a las cartas en la galería. Paseaba por las colinas, a través de los bosques de pinos cortados por preciosos senderos arenosos que la gente del país llamaba pomposamente "los bulevares"; volví a encontrar las pesadas flores peludas y deslumbrantes que no tenían perfume y las hierbas con olores penetrantes que me había gustado tanto ajar entre mis dedos. Leía relatos de Faulkner, me embriagaba de sol. Pero al cabo de tres días me pareció insoportable ver a cada comida las mismas caras. Me puse la mochila al hombro y me fui. Pese a las recomendaciones del médico, di una vuelta por Porquerolles y por Port-Cros. Luego me fui por el lado de la montaña. Llovía en Collobrière y pasé dos días en un hotel del que era la única clienta; en el comedor de baldosas rojas, leí *Catalina soldado*, *Jalna* de Mazo de la Roche, que me abrumó, *Las ambiciones despechadas* de Moravia, que me aburrió un poco, y un libro de Morgan, *Embriología y Genética*, que no me divirtió nada tampoco. Me habían re-

comendado que engordara; me llené de crema de castañas, la especialidad de la región, donde volví a encontrar las plantaciones de castaños de mi infancia; me acostaba a las diez de la noche, me mimaba: era un juego nuevo. También me había recomendado que no hiciera demasiados kilómetros. Pero poco a poco reinicié las largas etapas a las que estaba acostumbrada. Recorrí los Maures; a través de los bosques calcinados bajo un cielo de tormenta, fui a la Cartuja de La Verne; descubrí la península de Saint-Tropez, sus aldeas encaramadas, sus cabos salvajes, a los que se llegaba por senderos aduaneros o rasguñándose en las plantas de los matorrales. Mis lecturas se entremezclaban caprichosamente con los paisajes, entre los peñascos rojos del Esterel, en las "gargantas del infierno", donde hacía un calor satánico, me cautivó *La Noche enragée*, de Orwell. Subí a la cumbre del monte Vinaigre. En el Tanneron, respiré mimosas en flor. De nuevo la salud, la alegría, golpeaban mis venas.

En los correos de los pueblos encontraba cada vez, como un regalo inesperado, cartas de Sartre. Me hablaba de *Numancia* puesta en escena por Jean Louis Barrault según la pieza de Cervantes, con decorados de Masson: era un espectáculo verdaderamente nuevo y a menudo muy hermoso. Me dio una noticia que me hizo brincar el corazón de alegría: había sido llamado por Gallimard: *Melancholia* había sido aceptado. Me contó el asunto así:

"Enterate, pues, que desembarqué en la estación del Norte a las 3 menos 20. Bost me esperaba. Tomamos un taxi y fui al hotel a buscar *Erostrato*. De allí pasamos al 'Dôme', donde encontramos a Poupette que corregía los otros dos relatos: *Destierro* y *El muro*. Los tres nos dedicamos a eso y a las cuatro en punto habíamos terminado. Dejé a Bost en el cafecito donde te esperé el día en que fuiste melancólicamente a buscar a la *N.R.F.* el original rechazado. Entré gloriosamente. Siete tipos esperaban en el entrepiso, unos a Brice Parain, otros a Hirsch, otros a Seligmann. Di mi nombre y dije a una mujercita que manejaba teletonos sobre una

mesa que quería ver a Paulhan. Tomó uno de esos teléfonos y me anunció. Me dijeron que esperara cinco minutos. Me senté en un rincón, en una sillita de cocina, y esperé. Vi pasar a Brice Parain, que me miró vagamente, sin parecer reconocerme. Me puse a leer *El muro* para distraerme y un poco para reconfortarme, porque *Destierro* me parecía muy malo. Apareció un hombrecito muy pulcro. Camisa deslumbrante, alfiler de corbata, saco negro, pantalón a rayas, polainas y el sombrero hongo un poco echado hacia atrás. Una cara rojiza con una gran nariz cortante y ojos duros. Era Jules Romains. Tranquilízate, no era un parecido. En primer lugar era más natural que se encontrara allí que en cualquier otro lado; luego dijo su nombre. Así. Al cabo de un rato, cuando todo el mundo me había olvidado, la mujercita del teléfono salió de su rincón y pidió fuego a uno de los cuatro tipos que quedaban. Ninguno tenía. Entonces se levantó y coquetamente, con impertinencia, dijo: 'Bueno, ¿hay aquí cuatro hombres y ninguno tiene fuego?' Levanté la cabeza, me miró y dijo vacilante: 'Cinco.' Luego: '¿Qué está haciendo aquí?' 'Vengo a ver a M. Parent, no Paulhan.' '¡Y bueno, suba!' Subí dos pisos y me encontré frente a un gran tipo bronceado con un bigote de un negro suave que va a pasar dulcemente al gris. El tipo estaba vestido de claro; es un poco gordo y me dio la impresión de ser brasileño. Era Paulhan. Me introdujo en su escritorio; habla con una voz distinguida, con una agudeza femenina que acaricia. Me senté con la punta de las nalgas en un sillón de cuero. En seguida me dijo: '¿Qué es ese equívoco respecto a las cartas? No comprendo.' Yo dije: 'El origen del equívoco viene de mí. Yo no había pensado aparecer en la revista.' Él me dijo: 'Era imposible; primero es demasiado largo, nos hubiera llevado seis meses y además el lector se hubiera desorientado al décimo folletín. Pero es admirable.' Siguieron varios epítetos laudatorios que imaginarás; 'acento tan personal, etc.' Yo me sentía muy incómodo, porque pensaba: 'Después de esto mis relatos van a parecerle pobres.' Me dirás que poco

importa el juicio de Paulhan. Pero, en la medida en que podía halagarme que encontrara *Melancholia* bien, me mortificaba que encontrara mis relatos pobres. Mientras tanto, él me decía: '¿Conoce a Kafka? A pesar de las diferencias, sólo puedo comparar esto con Kafka en la literatura moderna.' Se puso de pie, me dio un número de *Mesure* y me dijo: 'Voy a entregar uno de sus relatos a *Mesure* y me reservo el otro para la *N.R.F.*' Yo dije: 'Son un poco... euh... euh... libres. Toco puntos en cierto modo sexuales.' Sonrió con aire indulgente: 'Para eso *Mesure* es muy estricto, pero la *N.R.F.* publica todo.' Entonces le dije que tenía otras dos. 'Y bueno —dijo muy contento—, démelas, así podré elegir las que mejor vayan con el número de la revista ¿no le parece?' Voy a llevarle la semana próxima las otras dos si mi correspondencia no me impide terminar *El cuarto*. Luego me dijo: 'Su manuscrito está en manos de Brice Parain. No está del todo de acuerdo conmigo. Le encuentra pasajes opacos y largos. Pero no comparto su opinión: me parece que se necesitan sombras para que resulten mejor los pasajes brillantes.' Yo estaba mortificado como una rata. Él agregó: 'Pero sin duda su libro será aceptado. Gallimard *no puede* dejar de aceptarlo. Además voy a acompañarlo a ver a Parain.' Bajamos un piso y caímos en el despacho de Parain que se parece como dos gotas de agua a Constant Rémy, pero en más hirsuto: 'Este es Sartre.' 'Ya me parecía —dijo el otro cordialmente—, además hay un solo Sartre.' Y comenzó a tutearme inmediatamente. Paulhan nos dejó y Parain me hizo atravesar una sala de fumar y de tipos sentados en los sillones y me llevó a una terraza-jardín al sol. Nos sentamos en sillones de madera pintados de blanco, ante una mesa de madera pintada, y empezó a hablarme de *Melancholia*. Es difícil contarte en detalle lo que dijo, pero a *grosso modo* es esto: leyó las treinta primeras páginas y pensó: este es un personaje presentado como los de Dostoievsky; tiene que continuar así y pasarle cosas extraordinarias, porque está fuera de lo social. Pero, a partir de la página treinta, lo decepcionaron e impa-

cientaron cosas demasiado opacas, tipo popular. Le pareció demasiado larga la noche en el hotel (esa en que están las dos sirvientas), porque cualquier escritor moderno puede describir así una noche en el hotel. Demasiado largo también el bulevar Victor Noir, aunque le pareció estupendo lo de la mujer y el hombre que se insultan en el bulevar. No le gusta nada el Autodidacto que le parece a la vez demasiado opaco y demasiado caricaturesco. Al contrario, le gusta mucho la náusea, el espejo (cuando el tipo se mira en el espejo), la aventura, los sombrerazos, y el diálogo de la gente simple en la cervecería. Se quedó ahí, no pudo leer el resto. Encuentra el género falso y piensa que se sentiría menos (el género diario), si yo no me hubiera preocupado en "soldar" las partes de lo fantástico con partes de populismo. Le gustaría que yo suprimiera en lo posible el populismo (la ciudad, lo opaco, las frases como: 'Comí algo demasiado pesado en la cervecería Vézelise).' Y las soldaduras en general. Le gusta mucho M. de Rollebon. Le dije que, de todas maneras, no hay más soldaduras a partir del domingo (sólo quedan el miedo, el museo, el descubrimiento de la existencia, la conversación con el Autodidacto, la contingencia, el fin). Me dijo: 'Aquí tenemos la costumbre, si pensamos que se puede cambiar algo en el libro de un autor novel, de devolvérselo por su propio interés para que haga algunos retoques. Pero sé lo difícil que es rehacer un libro. Tú verás, y si no puedes, tomaremos una decisión sin necesidad de eso'. Era un poco protector, muy 'el mayor joven'. Como él tenía que hacer me fui, pero me invitó a tomar una copa con él cuando hubiera terminado su trabajo. Por lo tanto fui a hacerle una broma el chico Bost. Como había conservado por inadvertencia el manuscrito de *Melancholia,* entré en el café y arrojé el libro sobre la mesa sin una palabra. Me miró empalideciendo un poco y le dije: 'Rechazado', con un aire lamentable y falsamente desenvuelto. '¡No! Pero ¿por qué?' 'Les parece opaco y aburrido.' Se quedó abrumado; luego le conté todo y se alegró muchísimo. Volví a plantarlo y me fui a beber

con Brice Parain. Te ahorro la conversación que tuvimos en un cafecito de la calle du Bac. B. P. es bastante inteligente, nada más. Es un tipo que piensa sobre el lenguaje como Paulhan: es asunto de ellos. Ya sabes, el viejo truco: la dialéctica no es sino la logomaquia porque nunca se agota el sentido de las palabras. Pero todo es dialéctica, etc. Quiere hacer una tesis sobre esto. Nos separamos. Me escribirá de aquí a una semana. Para las modificaciones de *Melancholia*, naturalmente te espero y decidiremos lo que hay que hacer..."

A mi regreso a París, Sartre me dio nuevos detalles sobre el asunto de *Melancholia*. Paulhan había rechazado tan sólo publicarlo en la *N.R.F.*; para editarlo en volumen, el lector encargado de informar estaba perplejo. Sabiendo que Sartre había sido recomendado por Pierre Bost, había anotado en su ficha: "Preguntar a Pierre Bost si el autor tiene talento." Después Gallimard había leído el libro y parecía gustarle; sólo le reprochaba su título. Sugirió otro: *La náusea*; yo estaba en contra; equivocado, lo comprendí luego; pero temía que el público equivocara *La náusea* con una novela naturalista. Quedó convenido que la obra aparecería en el curso del año 1938. En el mes de julio Paulhan publicó *El muro* en la *N.R.F.*, ese relato de un autor desconocido asombró; Sartre recibió gran número de cartas. Además acababa de ser trasladado al liceo Pasteur, en Neuilly. Yo acababa de revisar *Primacía de lo espiritual*, que mi hermana copiaba a máquina: en octubre Sartre lo recomendaría a Brice Parain.

Yo había recobrado toda mi alegría y disfrutaba de París. Vi los bailarines negros del Cotton Club de Nueva York, que reanimaron en mi corazón los espejismos de América. La Exposición abría sus puertas. Pasamos horas ante las obras maestras del arte francés y más aun en las salas reservadas a Van Gogh: era la primera vez que veíamos el conjunto de su obra, desde los esbozos negruzcos de su juventud hasta los lirios y los cuervos de Auvers. El pabellón español fue inaugurado a mediados de julio y recibimos en toda su frescura la impresión del Guernica de Picasso.

Nizan volvía del "Congreso de Escritores" que había tenido lugar en Madrid, bajo las bombas; nos describió con arte la actitud de los diversos participantes en el curso de los bombardeos, la placidez de unos, el terror de los otros; había uno que al menor estruendo se tiraba bajo la mesa. Nos dijo que en el desgarrado Madrid el entusiasmo no decaía. Y sin embargo, la situación era crítica. A principios de mayo la insurrección anarco-sindicalista que ensangrentó a Barcelona estuvo a punto de hacer caer Cataluña en manos de los fascistas. Negrin había formado un nuevo gabinete y empezado a dominar los desórdenes anarquistas y trotskistas que desorganizaban la lucha contra Franco; habían detenido a los líderes del P.O.U.M., que los comunistas denunciaban como un haz de traidores. Sin embargo, los anarquistas y una fracción socialista acusaban a Negrin y los stalinianos de asesinar a la República al asesinar al movimiento de las masas. Esas disensiones hacían augurar mal del porvenir. La aviación nazi multiplicaba los bombardeos sobre Madrid, sobre Barcelona; en el norte aumentaba la violencia de la ofensiva franquista. El 19 de junio caía Bilbao. Los neutralistas franceses de izquierda empezaban a comprender su error. Guéhenno, en *Vendredi*, hacía su autocrítica: "Hay en el fondo de los hombres de mi edad una masa de recuerdos paralizados." Concluía: "Hay que aceptar la eventualidad de la guerra para salvar la paz." En muchos se observaba la misma virazón. Pero el gobierno no pensaba modificar su actitud. Pese a sus excesos de prudencia, el gabinete Blum cayó volteado por los ferrocarriles, los seguros y los bancos. No había posibilidad de que Chautemps se decidiera por la intervención. Con el nuevo ministerio la izquierda seguía en el poder; pero *Le Canard enchaîné* hacía mucho más que chacotear cuando anunciaba que se iba hacia una forma completamente nueva del Frente Popular: sin comunistas, sin socialistas, sin radicales.

La noche del 14 de julio bailamos en los bailecitos de los barrios, en Montparnasse, en la Bastilla, y me fui de París

donde Sartre aun debía quedarse unos días más. Había decidido conocer una región mucho más alta que ninguna de las que me había arriesgado a recorrer a pie: Pagniez me había aconsejado los alrededores del puerto de Allos. Salí a mediodía de Lauzat, dormí en un refugio al pie de Trois Évêchés, que había empezado a escalar por la mañana; el sendero prometido por la Guía Azul era casi invisible y pronto me aterroricé por lo cortado a pico que había debajo de mí; para escapar, trepé cada vez más alto y el vacío a mis pies se fue ahondando; me detuve: por ese camino la cima era inaccesible; pero no podía volver a bajar, pensé, sin romperme la crisma; me quedé pegada a la pendiente con el corazón palpitante. Traté de avanzar un pie: el cansancio, el miedo, me hacían vacilar; para refirmar mi equilibrio, largué mi mochila, que cayó verticalmente en el valle: ¿cómo unirme a ella sin quebrarme? De nuevo avancé un pie; adelanté metro a metro con una extrema lentitud: me parecía que nunca tocaría la llanura. De pronto el suelo huyó bajo mis pies, resbalé, me aferré a los guijarros que rodaban conmigo. "Y bueno —dije—, ocurre, me ocurre: ¡se acabó!" Me encontré en el fondo de una zanja con el pellejo del muslo arrancado, pero con los huesos indemnes; me asombró haber sentido tan poca emoción cuando había creído rozar la muerte. Recogí mi mochila, galopé hasta Lauzet, paré un auto que me llevó del otro lado de la montaña, al chalet-hotel del puerto de Allos, donde me dormí diciéndome sombríamente: "¡He perdido un día!"

Me desquité los días siguientes. Caminaba a través de las altas montañas donde centelleaban ventisqueros muy blancos, a través de las mesetas donde todas las aldeas habían sido abandonadas a las ortigas y a las serpientes. La última noche dormí sobre un banco en Riez; a la hora en que los tejados empiezan a desteñirse sobre el cielo, tomé un ómnibus para Marsella, en donde debía con Sartre y Bost embarcarme aquella tarde para el Pireo.

Habíamos proyectado desde tiempo atrás ese viaje a Gre-

cia; en ese caso, como en muchos otros, si bien no seguíamos una moda, al menos nos dejábamos llevar por las circunstancias; muchos intelectuales sin fortuna se las arreglaban para visitar ese país lejano pero de cambio favorable. Gégé había ido el año pasado; se había pescado una fiebre palúdica, pero desbordaba de entusiasmo y nos había dado datos preciosos. Bost ardía en ganas de acompañarnos y habíamos convenido que vendría con nosotros por dos o tres semanas.

Encontré a Sartre y a Bost en la estación y fuimos a comprar provisiones. Los pasajes de puente que habíamos tomado nos daban derecho solamente a la travesía, no a la alimentación; gracias a esa economía, teníamos los bolsillos llenos y en las fiambrerías opulentas de la calle Paradis compramos todo lo que nos atraía: yo tenía la impresión embriagadora, no de comprar, sino de pillar. Nos embarcamos en el *Cairo City* y advertimos que, entre los pasajeros de puente, se operaba espontáneamente una segregación; los pobres emigrantes que volvían al país se amontonaban adelante con sus hatillos; los turistas, muy poco numerosos, se instalaban atrás. Alquilamos sillas tijeras, dispusimos nuestras mochilas, nuestras mantas —ni siquiera teníamos bolsas de dormir— y un calentador que había llevado Bost, el técnico de la expedición. Dos parejas de unos treinta años armaron otro campamento; habíamos cruzado en Montparnasse a una de las mujeres, morena, despierta, con cortos muslos robustos, y a su marido, alto, rubio, bronceado, hermoso, al que bautizamos "el gran simpático"; tenía la espalda muy ampollada por el sol y ella ponía pomada en sus quemaduras. A las seis de la mañana, cuando los marineros regaban el puente con manguera, saltaban en traje de baño bajo los chorros helados. Parecían enormemente felices.

Nosotros también lo éramos. El calentador de Bost se descompuso en seguida. Pero los cocineros nos dejaban usar sus hornallas para nuestros repollos y nuestros porotos en conserva. Nos daban uvas y duraznos. Comíamos, dormíamos, leíamos, conversábamos. Acunada por el balanceo, embrute-

cida por el sol, yo sentía en el alma una agradable vaguedad. Volví a ver el estrecho de Messina y, a la noche, el Stromboli escupió fuego. El tiempo y el barco se deslizaron suavemente hasta el canal de Corinto. Hasta el Pireo. Por una ruta llena de baches, un taxi nos llevó a Atenas.

Desde 1936 Metaxas era dictador. De tanto en tanto se veía desfilar por las plazas soldados con faldas plegadas; pero Atenas no parecía la capital de un Estado militar: era desordenada, triste y extraordinariamente miserable; a primera vista me gustaron mucho las calles populares que se enrollan alrededor de la Acrópolis: casitas rosadas o azules, muy bajas, con terrazas y escaleras exteriores; un día, al pasar, unos chicos nos tiraron piedras. "¡Mira! No quieren a los extranjeros", pensamos plácidamente. Más adelante, atravesando un país pobre, sentí el odio y me mordió duramente. Pero, en los años 30, aunque nos indignaba la injusticia del mundo, soliamos, sobre todo viajando, cuando lo pintoresco nos extraviaba, tomarla por una premisa natural. Contra las piedras de los chicos griegos usamos el subterfugio que nos era habitual: esos turistas blanco de su rabia no éramos verdaderamente nosotros. No reconocíamos nunca como nuestro el estatuto que nos asignaban objetivamente las circunstancias. Con el atolondramiento y la mala fe nos defendíamos contra las realidades que hubieran podido envenenar nuestras vacaciones. Sentimos, sin embargo, cierto malestar en algunos barrios del Pireo, con barracas alegremente pintadas, pero atrozmente piojosas. La gente amontonada en esas zonas no se sentía cómoda en la mugre de su ciudad como los napolitanos en la de Nápoles: eran especies de bohemios, inmigrantes, metecos, escoria, subhombres. En harapos, hambrientos, purulentos, no tenían ni la gentileza ni la alegría italianas. Los mendigos pululaban y exponían con maldad sus llagas. Había una aterradora cantidad de chicos inválidos, deformes, ciegos, mutilados. En los muelles del Pireo, vi a un mocoso hidrocéfalo que tenía en vez de cabeza una monstruosa protuberancia donde apenas



Escaneado con CamScanner

se dibujaba un rostro. En conjunto hasta los pequeños burgueses, los burgueses holgados, todos los atenienses, estaban tristes. En las terrazas de los cafés, no había sino hombres, un poco hinchados, vestidos de oscuro, que callaban y pasaban con aire taciturno las cuentas de su rosario de ámbar. Cuando se le pedía a un comerciante un producto que no tenía, un diario que aún no había llegado, su rostro expresaba el desdén y la consternación; meneaba la cabeza en una mímica que en francés significa sí y que reflejaba toda la desdicha del mundo.

Habíamos tomado un cuarto en un hotel más bien astroso, cerca de la plaza Omonia; el patrón había autorizado a Bost a dormir gratis en la terraza; a veces Bost prefería pasar la noche bajo los pinos de la Pnyx. Para tomar nuestro desayuno subíamos a lo alto de la relativamente lujosa calle del Estadio; a las nueve de la mañana, ya había treinta y cinco grados y nos sentábamos sudorosos en la terraza de una confitería famosa, donde yo tomaba un chocolate con leche cremosa y todavía espesado por una yema de huevo. Era la mejor comida del día. Los restaurantes franceses elegantes no estaban a nuestro alcance y se comía muy mal en las tabernas de la plaza Omonia, donde el menú anunciaba en francés: *intestin* de cordero a la *broache;* el arroz se pegaba al paladar y olía a mono. En todas las calles de alrededor, se asaban chinchulines de cordero que no nos tentaban. Además, los mercados de Atenas me hicieron sentir repugnancia por todas aquellas ovejas de perfil idiota exhibiendo con una obscenidad triste su carne exangüe y hosca. Recuerdo el día en que buscamos un restaurante en la calle del Estadio, que ardía bajo el sol de mediodía; Sartre no quería entrar en ninguno y tuvo una de esas breves rabietas que la canícula alentaba en él; él mismo se reía pero sin ganas. "28 de julio 1937. Rabieta durable de Poulou", rezongaba, parodiando un diario de viaje que por otra parte no llevábamos. Descubrimos aquel día u otro una pequeña cervecería alemana oscura y en adelante nos alimentamos casi exclusivamente de *bauern-*

*fruschtuck*. En los cafés, bebíamos minúsculas tazas de un jarabe negro que era café y que me gustaba mucho; tomábamos grandes vasos de agua helada con gusto a lavandina, que servían con un plato con una cucharada de dulce de cereza.

Pasábamos nuestros días en las calles, en los mercados, en el puerto, en el Licabeto, en los museos, pero sobre todo en la Acrópolis y en el Pnyx, de donde mirábamos la Acrópolis. La belleza se describe aun menos que la felicidad. Si digo: "He visto la Acrópolis, en el museo he visto las Koras", no hay nada que agregar o entonces habría que escribir otro libro. Aquí yo no pinto Grecia sino simplemente la vida que llevamos allí. Ya no nos quedábamos mudos frente a los templos griegos, habíamos aprendido a traducirlos en palabras; en el Pnyx evocábamos los siglos perdidos, las Asambleas, las muchedumbres, el rumor de la antigua Atenas. Pero, por lo general, estábamos emocionados y nos callábamos. Cuando se ponía el sol comprobábamos que el Himeto era verdaderamente violeta. Entonces los guardianes nos echaban de la Acrópolis. Sartre y Bost corrían carreras bajando por la escalera de mármol donde un cartel advertía: prohibido depositar inmundicias. Había inspirado a Sartre una estrofa de un ritmo claudeliano: "Sobre los peldaños de la escalera de mármol – Sabiendo que estaba prohibido depositar inmundicias – El joven Bost, allí olvidado, – Se apresuraba".

Combinamos con cuidado una gira por las Cícladas: Míconos, Delos, Sira, Santorín. Dormíamos sobre el puente de unos barquitos de cabotaje como habíamos dormido sobre el del *Cairo City*. Una enorme luna roja subía en el cielo la noche en que dejamos el Pireo y el aire era tan dulce que me oprimía el corazón; más de una vez la felicidad me despertó y abrí los ojos para ver la Osa Mayor. En Míconos tomamos café y miramos los molinos de viento. Una barca nos llevó a Delos; el mar se movía y empecé a devolver mis entrañas. "¿Nos quedamos en Delos cuatro horas o tres días?", me preguntaba Sartre indiferente a los espasmos, que

imputaba a mi mala voluntad. "¿Cuatro horas o tres días? Decide." No me importaba un rábano; ya no tenía ni cuerpo ni alma. Él me hostigaba: "Hay que decidir ahora." Balbucí: "Tres días." Y casi perdí el sentido. Me encontré, vacilante, en el camino del Pabellón de Turismo. Los dos cuartos estaban ocupados por jóvenes ingleses vestidos con shorts de una impecable blancura; pero el gerente nos ayudó a depositar nuestro equipaje sobre la terraza. Sartre se quedó en el chalet y yo fui con Bost a tomar un baño de mar, que calmó mis náuseas, y un baño de sol, que me hirió cruelmente la espalda. Pero estaba tan contenta al ver que soportaba mi mal con estoicismo. ¡Nos gustaron tanto los leones meditando entre los mármoles de los templos! ¡Nos gustaba tanto que, como en Pompeya, esas ruinas fueran en gran parte las de una ciudad viviente: un puerto con sus tiendas, sus galpones, sus estancos, sus dancings de marineros! Por la mañana temprano, desembarcaban mujeres de Míconos que disponían sobre la explanada un lote para divertir a los turistas: chales, alfombras, bonetes, joyas sin valor, toda una pacotilla. Alrededor de las once un barco de crucero amarraba; los turistas desembarcaban, firmemente conducidos por un guía como en lo alto del Vesubio. Se quedaban apenas tres horas y la mayoría almorzaba en el hotel; "hacían" las ruinas al galope. Algunos aventureros pretendían escalar el Cyntha; los hacían volver al muelle a silbidos; compraban chucherías y los mirábamos reembarcarse con un exquisito sentimiento de superioridad. Los vendedores también volvían a subir a sus barcas. La isla volvía a ser nuestra propiedad privada. Un poco más tarde subíamos al Cyntha y mirábamos las islas brillar a lo lejos y luego disolverse en el polvo malva de la noche. Delos fue uno de los lugares en que poseí el paraíso.

22

En el vapor que nos condujo a Sira, dormimos entre jaulas de gallinas que apestaban. A la mañana subimos y bajamos escaleras entre casas blancas muy viejas. A la tarde fui a bañarme con Bost a diez kilómetros de allí, en el otro lado de

la isla. A las tres de la mañana debíamos tomar el barco para Santorin y nos acostamos los tres sobre un gran montón de arena en el puerto. Dormí a puños cerrados. Levamos ancla a la madrugada y a la madrugada siguiente nos despertamos al pie de los acantilados de Santorin. El vapor había anclado bastante lejos de la costa y estaba rodeado de barcas charlatanas; tres jóvenes franceses barbudos, empeñados en "no dejarse estafar", discutían el precio del pasaje con una arrogancia que disimulaba mal su avaricia: visitando un país pobre se hubieran creído explotados al no explotar. Los criticamos entre nosotros como lo merecían. Yo también los compadecía; qué tontería estropear esa radiante aparición: las casas blancas brillaban en lo alto del acantilado color sangre de buey, que se hundía a pico en el azul del mar. Unos remeros y luego un sendero en escalera nos condujeron a la aldea y preguntamos por el hotel Vulcan, donde queríamos instalarnos. La gente meneaba tristemente la cabeza o sonreía. Alguien nos señaló un agujero en una pared: una taberna. El tabernero nos sirvió café cargado; trajo un narguilé que Bost y Sartre fumaron por turno con aplicación. De nuevo reclamamos el hotel Vulcan; consiguió comprender y nos explicó que nos habíamos equivocado de aldea; no estábamos en Thira, el pueblo principal, sino en Oia, en el extremo norte de la isla. Poco importaba; lo solucionamos siguiendo durante menos de tres horas un sendero al borde del acantilado: advertí que no era verdaderamente rojo, que se parecía a ciertos postres de milhojas donde se superponen capas rojas, chocolate, ocre, cereza, naranja, limón; enfrente, los Kaïmenes brillaban como antracita. Encontramos el hotel Vulcan; por economía y por temor a las chinches, le pedimos al patrón dormir en el altillo; aceptó. Conocí de nuevo noches paradisíacas. La dureza del cemento no me molestaba. Envueltos en nuestras mantas oíamos encima de nuestras cabezas murmullos, pasos apagados: gente, perros, que caminaban sobre otros tejados, pues la ciudad se escalonaba de terraza en terraza. La hija del hotelero nos despertaba tra-

vendonos una jarra de agua, una palangana; veíamos a nuestros pies cúpulas blanqueadas con cal, terrazas almidonadas y, en el mar deslumbrante, los azufres y lavas de los Kaïmenes; al primer parpadeo, me hundía en un esplendor tan agudo que me parecía que algo en mí iba a quebrarse.

Tomábamos café en el hotel por la mañana; de noche comíamos allí; nos servían pollos huesudos, esqueléticos, cuyo espectáculo en el mercado del Pireo me angustiaba tanto como el de las ovejas. A mediodía estábamos siempre en excursión. La más larga nos condujo a las ruinas de Théra y al santuario de Stavrós. Caminábamos a través de las viñas sobre senderos cenicientos que se derrumbaban bajo los pies, a tal punto que había que dar tres pasos por uno y era verdaderamente cansador; y el sol caía a plomo mientras seguíamos las pequeñas paredes blancas donde, de tanto en tanto, se erguía una higuera flaca. Además nos perdimos un poco, Sartre se enfureció: "¡Es la alegría del peluquero!", rezongaba; también dijo, no sin injusticia: "¡Salí para hacer gran turismo y me hacen jugar al boy scout!" Se calmó pero estábamos los tres agotados al entrar en Emborio, donde pensábamos almorzar. Ni un alma en las calles tórridas, en las casas herméticamente cerradas; una mujer de negro a la que tratamos de dirigirnos huyó [1] Dimos vueltas en redondo en esa hoguera; por fin descubrimos un café lleno de moscas zumbantes; nos sirvieron una ensalada de tomate cubierta de moscas muertas y flotando en un aceite todavía más nauseabundo que el de Tarifa. Para aplacar nuestra sed, teníamos que elegir entre el vino con resina, que ninguno de nosotros soportaba, y un agua de aljibe cargada de barro; traté de beber alternativamente un trago de vino, luego agua, borrando un gusto con el otro, pero tuve que renunciar. [2]

[1] Al describir Argos en el primer acto de *Las moscas*, Sartre se inspiró en Emborio.

[2] Un año después Pagniez nos habló de Emborio como de una aldea encantadora; había almorzado muy bien con Thérèse en una buena hostería.

Fuimos en barco a los Kaïmenes: se escapaban humaredas del suelo de azufre, que quemaba los pies; era asombroso el cráter negro, veteado de amarillo, colocado sobre las aguas azules. Sartre y Bost se zambulleron a poca distancia de los islotes y nadaron alrededor del bote; por momentos el agua les quemaba y la inmensidad del abismo debajo de ellos los turbó; subieron muy pronto a bordo.

De Santorin volvimos directamente a Atenas. Acurrucados sobre el puente, Sartre y Bost tocaban con su flauta música griega; ganguearon muy bien. En las escalas, Bost se zambullía y nadaba alrededor del barco. Se quedó en el Pireo, de donde se embarcó para Francia. Nos contó más tarde que había pasado su última noche griega en un bodegón atroz; cuando le pidió a la ventera que le indicara lo que llamábamos "las cloacas", ella había señalado el mar con un gran ademán lanzado el grito de Jenofonte: *"¡Talassa! ¡Talassa!"*

Fui a Delfos con Sartre. El paisaje, donde el mármol se casa tan tiernamente con el olivo, con el mar a lo lejos, sobrepasaba en belleza a todos los demás lugares de la tierra. En el estadio, donde dormimos la primera noche, el viento soplaba tan fuerte que a la mañana siguiente tomamos un cuarto en el hotel, felizmente, pues a la noche una tempestad azotó violentamente las ruinas y los árboles; con la nariz pegada a la ventana nos deleitábamos con nuestra suerte: oír rugir la cólera de Zeus sobre los Fedríades. Bajamos a Itea, dormimos algunas horas en un lamentable *xenodokeion;* despertada a la noche para tomar el barco, vi de espaldas por una puerta abierta a una mujer de largo vestido negro que peinaba sus largos cabellos negros; se volvió; era un hombre con barba, un pope; eran todo un rebaño que pasó el canal con nosotros. Yo había concertado un armonioso circuito para llegar a Olimpia a través de la montaña: en un tren a cremallera llegamos al monasterio de Megas Pileón —célebre, pero arruinado tres años antes por un incendio—; luego a una localidad balnearia lamentable, donde almorzamos; un auto de alquiler nos condujo a cuarenta kilóme-

tros de allí y se detuvo al borde de un torrente que cortaba la ruta. Continuamos por ella a pie; serpenteaba entre las colinas, cuyos colores vacilaban entre el amatista y el ciruela y estaban aterciopeladas por una corta vegetación verde botella; Sartre llevaba nuestra mochila, un amplio sombrero de paja, un bastón; yo llevaba una caja bajo el brazo. No encontramos un alma, solamente de tanto en tanto perros amarillos que Sartre espantaba lanzándoles piedras: tenía miedo de los perros. Después de cuatro horas de marcha, advertí que hasta en Grecia, para dormir afuera de noche a más de mil doscientos metros, hubiéramos necesitado estar equipados; yo miraba con inquietud oscurecerse el cielo. De pronto una aldea brilló al doblar un recodo y leí en un balcón de madera: *xenodokeion*. Las sábanas deslumbraban de blancura y descubrí por la mañana que había un ómnibus para Olimpia. Nos dejamos llevar por los campos cubiertos de bastidores donde se secaba una uva negra.

Pasamos tres días rondando sobre las terrazas de Olimpia, entre los gigantescos tambores fulminados; aquellas ruinas tranquilas nos conmovieron menos que Delos y Delfos. De noche dormíamos en el flanco del montecito Kronion, al amparo de los pinos; encendíamos a nuestra cabecera espirales verdosas y aromáticas encargadas de defendernos de los mosquitos; nos poníamos nuestros piyamas, nos envolvíamos en nuestras mantas; en el silencio estallaban improperios: Sartre había rodado entre las agujas de pino hasta abajo de la barranca. Volvía a subir lastimándose los pies. Un poco después yo oía pasos, veía el resplandor de una antorcha: el "gran simpático" y su banda dormían a pocos metros de nosotros; yo los había visto en la aldea, bebiendo en las glorietas de un jardín privado y siempre igualmente alegres.

Las tardes quemaban; sólo se podía andar al principio y al final del día. Partimos para Andritsena a las cinco de la tarde; cruzamos entre los juncos a dos jóvenes ingleses que volvían: tenían un guía y un asno llevaba el equipaje; pensábamos que era complicarse demasiado la vida. Dormimos



Escaneado con CamScanner

bajo un árbol, volvimos a partir al alba. Según nuestros cálculos debíamos llegar alrededor de las diez, antes del gran calor, al hotel de Kristopoulos que Gégé nos había alabado. La *Guía azul* no dejaba suponer que la travesía del Alfeo fuera difícil. En verdad ese río era una hidra de brazos innumerables donde uno se hundía hasta el ombligo. Necesitamos dos horas para cruzarlo; además yo había desdeñado la duración del trayecto: nos encontramos a la una de la tarde, con más de 40 grados, al pie de un cerro pedregoso; ni una sombra para hacer un alto. Sartre se había clavado espinas en los pies y un hierro candente se retorcía en nuestras gargantas. Por un momento, abrumados entre los guijarros, conocimos la desesperación. Luego nos levantamos, subimos. Vi una casa, corrí a pedir agua, bebí apasionadamente. Cuando volví junto a Sartre, lo vi congestionado bajo su sombrero de paja, haciendo molinetes con su bastón para defenderse de un perro amarillo muy malo. También bebió y recobró valor. Una hora después llegábamos a un camino y a una aldea. Nos dejamos caer en la sombra de una taberna y pedimos por teléfono al señor Kristopoulos que viniera a buscarnos en auto; mientras lo esperábamos, almorzamos huevos duros: no había ninguna otra cosa para comer, ni siquiera pan. El hotel de Andritsena, su cocina, nos parecieron de un lujo exquisito.

Subimos a lomo de mula hasta el templo de Bassae; fuimos en ómnibus a Esparta, donde no había nada que ver, y a Mistra, donde dormimos en el piso de un palacio desmantelado. Cuando abrimos los ojos, cinco o seis rostros encuadrados en chales negros se inclinaban sobre nosotros con perplejidad. Visitamos todas las iglesias, miramos todos los frescos, impresionados y encantados por esa maciza revelación del arte bizantino. En el osario, Sartre robó una calavera que nos llevamos. Sentados en la frescura del palacio del Déspota, tuvimos una de las dos o tres peleas memorables de nuestra vida. Yo había proyectado subir al Taigeto: ascensión a las 9 y 30, bajada a las 5 y 30, refugio, manan-

riales. Sartre dijo no, categóricamente: quería conservar su pellejo. Pienso que, efectivamente, hubiéramos podido más o menos morir de insolación en esos desiertos de piedra, donde uno se perdía tan fácilmente. Pero ver levantarse el sol en lo alto del Taigeto... ¿Era posible perderse ese milagro? Lo perdimos.

Micenas. En las tumbas, ante la puerta de los Leones, conocimos como en la Acrópolis, ese "escalofrío como una pluma" del que habla tan bien Breton y que nace del encuentro con la belleza absoluta; y el más admirable de los paisajes terrestres era quizá el que descubría Clitemnestra cuando, apoyada en la balaustrada del castillo, acechaba sobre el mar lejano el regreso de Agamenón. Nos quedamos dos días en el Hotel de la Bella Elena y del rey Menelao, cuyo nombre nos encantaba.

Tocamos el mar en Nauplia; encima de la bahía, sobre una colina cubierta de higueras salvajes cuyos frutos podridos exhalaban un olor rancio, había una prisión. Un guardián iba y venía entre los cactos y los alambres de púa herrumbrados. Con un ademán altanero, señaló una ventana enrejada y dijo en francés: "¡Ahí dentro, todos los comunistas de Grecia!" Entonces recordamos a Metaxas. ¡Lo habíamos olvidado cuando nos dormimos, cuando nos despertamos, al pie de las gradas de Epidauro, con el cielo circular como techo! Ese es uno de los recuerdos que odio pensar que morirán conmigo.

Luego fue Corinto, que nos aburrió; de nuevo Atenas; Egina, su puertito bien ladrillado, su templo graciosamente erguido en medio de los pinos que huelen bien. Y partimos a Macedonia. Era fines de agosto y estábamos arruinados. Bost debía cobrar nuestros sueldos y mandarnos un giro telegráfico a Salónica; pero el día en que nos embarcamos nos quedaba tan poco dinero que, para mantenernos durante veinticuatro horas, compré solamente pan, un tarro de dulce y grandes cebollas. Cuando llegamos, el giro no estaba; la única solución era tomar un hotel con pensión: pagaríamos



Escaneado con CamScanner

nuestras comidas al mismo tiempo que nuestros cuartos, al cabo de una semana. La desgracia quiso que ningún hotel tuviera restaurante. En el más confortable, reclamamos con tanta insistencia la pensión completa que el patrón, asombrado, terminó por ponerse de acuerdo con la mejor cervecería de la ciudad en el puerto. Así nos aseguramos el techo y la comida. Pero tuvimos que medir con avaricia nuestros placeres. Sin embargo, en un cine al aire libre vimos sin entusiasmo *Mayerling* y con mucha satisfacción *Los 39 escalones* de Hitchcock, cuyo nombre ignorábamos. Pero ¡cuántas vueltas antes de que Sartre se comprara un atado de cigarrillos, antes de que yo me permitiera uno de esos pastelitos pringosos y polvorientos que se llaman *kourabié* y que me deleitaban! Pasábamos por el correo dos veces diarias: nada. La situación se volvía crítica; literalmente no teníamos un céntimo. En una calle cruzamos a Jean Prévost: era un amigo de Pierre Bost, seguramente no nos hubiera negado un adelanto, pero no nos atrevimos a acercarnos. No habíamos proyectado quedarnos tanto tiempo en Salónica. La gracia de sus basílicas, la frescura encantadora de sus jardines y de las cúpulas, terminaban por cansarnos.

En cuanto cobramos el giro, partimos. Yo quería ver los Meteoros: catorce horas de tren ida y vuelta, a partir de Volos. Sartre, al que las curiosidades naturales dejaban frío, se sublevó. Decía tan a menudo sí, para complacerme, que mi esquizofrenia cedía necesariamente ante sus rechazos; pero no sin resistencia: sola en mi camarote vertí algunas lágrimas de rabia. El barco navegaba entre gruesas esponjas y piedras pómez; yo miraba las costas de Eubea: me decía que allí me esperaban maravillas y que no llegaría a la cita.

En Atenas festejamos en un restaurante francés antes de instalar nuestro campamento en el *Théophile Gautier*. Este gran trasatlántico no tenía el encanto del *Cairo City*. Allí también una segregación espontánea separaba a los inmigrantes de los turistas; éstos eran más numerosos, los inmigrantes más miserables y más sucios. Yo sólo había comprado escasas

provisiones; los cocineros no tenían derecho a vender nada, pero nos daban a profusión fruta y postres; sin embargo, teníamos hambre y hacía frío en esos mediados de setiembre. El mar se agitaba y yo sentía de pies a cabeza la tristeza del regreso.

Dos días en Marsella con Sartre me revitalizaron. Él volvió a París; yo fui con Olga a dar una corta vuelta por Alsacia. En Estrasburgo me mostró los lugares de su infancia y de noche, en un dancing, vimos con estupor a unos alsacianos bailar el tango. Vimos Bar, Obernai, una sarta de aldeas coloreadas como Sinfonías Tontas; nos gustaban sobre todo las fortalezas de granito rosa, solitariamente encaramadas en lo alto de los abetos. Olga caminaba con mucho entusiasmo sobre las suaves colinas, a través de la espesura de los bosques. Éramos pobres y nos alimentábamos sobre todo con pasteles de cebolla y gruesas ciruelas; de noche yo tomaba vino blanco; dormíamos en chalets, en cabañas del bosque, en hospedajes para jóvenes. Sin embargo, el frío nos estropeó un poco nuestros paseos y no nos disgustó volver a París.

Lionel de Roulet había dejado El Havre por París, pero hacía un año que estaba enfermo. Una tuberculosis renal había interrumpido sus estudios. Había pasado meses en la clínica de Saint-Cloud, donde yo me había curado de mi congestión pulmonar. Luego había vuelto al departamentito que había instalado en la calle Broca. Había soportado tratamientos penosos y una operación muy dolorosa. Por momentos el mal parecía vencido; otras veces reaparecía. Él soportaba con estoicismo esa inseguridad y sufrimientos a menudo atroces. Había empezado a escribir un ensayo en el que estudiaba sus reacciones ante la enfermedad. Su experiencia corroboraba las ideas de Sartre: en lo más agudo de sus torturas, descubría una especie de vacío que impedía cernirlas, aprehenderlas. Se entregaba con pasión a todo lo que hacía y ese trabajo lo ayudaba a soportar su estado. Pero alrededor del mes de junio tuvo una recaída: tenía una

tuberculosis de los huesos y los médicos lo mandaron a Berck. Antes de reanudar nuestros cursos, fuimos a fines de setiembre a pasar dos días con él. A pesar de todo lo que yo había leído sobre Berck, el lugar me pareció todavía más siniestro de lo que había imaginado. Había un gran viento brutal y helado, el cielo y el mar eran color petróleo. La clínica era insólita; casi no había muebles en los cuartos; no había mesa en el comedor, donde a hora fija las enfermeras alineaban las sillas de ruedas. Sin embargo Lionel no parecía abatido. Se interesaba en todo lo que lo rodeaba, casi se divertía, y debía a esa curiosidad una especie de desapego. Nos descubrió las costumbres de ese mundo extraño y nos contó un montón de anécdotas, en particular sobre los amores de los enfermos entre ellos o con las enfermeras. Esos relatos de un violento realismo y toda la atmósfera de Berck inspiraron a Sartre un episodio de *La prórroga*, que las almas nobles le han reprochado muy particularmente.

Habíamos terminado con la provincia; al fin vivíamos los dos en París: basta de viajes en tren, basta de esperas en las estaciones. Nos instalamos en un hotel, mucho más agradable que el "Royal Bretagne", que Sartre había descubierto durante mi convalecencia en Provenza. Estaba situado entre la avenida del Maine y el cementerio Montparnasse: yo tenía un diván, estanterías, un escritorio muy cómodo para trabajar. Adquirí nuevas costumbres: por la mañana tomaba un café, comía medialunas en el mostrador de una cervecería bulliciosa y rojiza, "Los Tres Mosqueteros". Trabajaba a menudo en mi cuarto. Sartre vivía en el piso de arriba. Teníamos así todas las ventajas de una vida en común y ninguno de sus inconvenientes.

¿Qué iba a escribir ahora que había terminado mis relatos? Ciertos temas rondaban por mi cabeza desde hacía tiempo, pero no sabía cómo entrar en ellos. Una noche, poco después de la iniciación de clases, estaba sentada con Sartre al fondo del "Dôme"; hablamos de mi trabajo y me reprochó

mi timidez. En mi último libro yo había tocado puntos que me preocupaban, pero a través de personajes por los cuales sentía antipatía o una simpatía mitigada; era una lástima, por ejemplo, haber hecho ver a Anne por medio de Chantal. "¡Bien! ¿Por qué no te pones en persona en lo que escribes? —me dijo con repentina vehemencia—. Eres más interesante que todas esas Renée, esas Lisa..." La sangre me subió a las mejillas; había calor, había como de costumbre mucho humo y ruido alrededor de nosotros, y tuve la impresión de recibir un gran golpe en la cabeza. "¡Nunca me atreveré!", dije. Zambullirme cruda en un libro, no tomar más distancia, comprometerme: no, esa idea me aterraba. "Atrévete", me decía Sartre. Me apremiaba: yo tenía mi manera de sentir, de reaccionar, y era todo eso lo que debía expresar. Como cada vez que se entregaba a un proyecto, sus palabras levantaban montones de posibilidades, de esperanzas; pero yo tenía miedo. ¿De qué exactamente? Me parecía que el día en que la alimentara con mi propia sustancia, la literatura se convertiría en algo tan grave como la dicha y la muerte.

En los días que siguieron estuve pensando en el consejo de Sartre. Él me alentaba para que me sumergiera seriamente en el tema en el cual yo pensaba a ratos desde hacía al menos tres años: ya he hecho alusión a eso pero debo volver. Como la muerte, de la que se habla sin verla nunca de frente, la conciencia ajena seguía siendo para mí un "se dice"; cuando me inclinaba sobre mi existencia me sentía en lucha con un escándalo del mismo orden que la muerte, igualmente inaceptable; éste, por otra parte, podía compensar absurdamente a aquél; le quito al Otro la vida y pierde todo poder sobre el mundo y sobre mí.[1] Me había impresionado una historia ocurrida en 1934. Un muchacho había asesinado a un chófer de taxi: "No tenía con qué pagarle", explicó. Había preferido el crimen a la vergüenza. En cierto modo, yo lo comprendía. Yo soñaba sobre esa noticia policial, porque

[1] Yo ignoraba la frase de Hegel: "Toda conciencia persigue la muerte de la otra." Sólo la leí en 1940.

correspondía en mí a todo un conjunto de preocupaciones. No me resignaba a la muerte y, si imaginaba una muerte violenta, me quedaba petrificada. En un segundo mi conciencia podía estallar como una de esas bolsas hinchadas de viento que yo reventaba de chica de un pisotón: en un segundo, yo podía hacer estallar la conciencia de otro: bajo su aspecto metafísico, el asesinato me fascinaba. Por otra parte, por razones éticas, el crimen era uno de mis fantasmas familiares. Me veía en el banquillo de los acusados frente al procurador, al juez, al jurado, a la muchedumbre, llevando el peso de un acto en el cual me reconocía; llevándolo sola. Desde que había encontrado a Sartre me descargaba sobre él del cuidado de justificar mi vida; encontraba esa actitud inmoral, pero no veía ninguna otra manera práctica de cambiarla; el único recurso habría sido ejecutar un acto del que nadie pudiera asumir las consecuencias en mi lugar, pero la sociedad tenía que apoderarse de él; si no, Sartre las hubiera compartido conmigo. Sólo un crimen calificado podría devolverme a la soledad. Me divertía a menudo anudando más o menos estrechamente estos temas. Una conciencia se revelaba en mí en su irreductible presencia; por celos, por envidia, yo cometía una falta que me ponía a su merced: y encontraba mi salvación en aniquilarla. A causa del prestigio lejano que ella tenía para mí, yo había pensado poner frente a mí a una protagonista inspirada en Simone Weil: cuando le hable de esto, Sartre objetó que una mujer que se prestaba a la comunicación a través del mundo y de la razón universal no podía aparecer como una conciencia cerrada sobre sí misma. Olga, apartada de mí por su juventud, sus silencios, los humores en que la torpe tentativa del trío la había arrojado, convendría mucho mejor. Me convenció en seguida. Pero el esquema de *La invitada* se había formado antes de que ella contara para mí.

No tuve la audacia de entrar en seguida en el corazón del tema y de poner francamente en tela de juicio a la mujer de treinta años que yo era. Por lo tanto, empleé un atajo, que

se explica también por mi falta de técnica. Quería que mi heroína, según una palabra de D. H. Lawrence que me había impresionado, tuviera "raíces". Admiraba la manera en que Faulkner en *Luz de agosto* confunde el tiempo; pero su procedimiento convenía a una historia escrita bajo el signo de la fatalidad, mientras que yo tenía que manejar imprevisibles libertades; además, yo lo sabía, un relato se vuelve pesado si se quiebra el desarrollo con retrocesos al pasado. Decidí por lo tanto contar directamente la infancia y la juventud del personaje en el que me encarné y al que puse el nombre de mi madre, Françoise. No le di mis verdaderos recuerdos; la describí a distancia, en un estilo inspirado una vez más en John dos Passos. Retomé un tema que ya había explotado a propósito de Chantal en *Primacía de lo espiritual*: traté de indicar a qué imposturas se entregan fácilmente las jóvenes por deseo de darse importancia. Doté a Françoise de una amiga que llamé Elisabeth, aunque no tenía la menor afinidad con Zaza. Atribuí a Elisabeth el físico de una de mis alumnas de tercero, que a los quince años parecía una vampiresa con su enorme cabellera de un rubio veneciano, sus vestidos negros y ceñidos. Andaba por la vida con una seguridad provocadora que subyugaba a su compañera de liceo, Françoise: de nuevo mostré al otro como un espejismo; en realidad Elisabeth era un reflejo servil de su hermano Pierre, que Françoise, al principio, entrevía apenas. Pinté con bastante detalle las inciertas relaciones de Françoise con un joven profesor de historia del arte que se parecía a Herbaud. En fin, conocía a Pierre Labrousse y unían sus vidas. Elisabeth, que sentía por su hermano un amor violento pero oculto, tenía celos de Françoise y a la vez se sentía fascinada por ella. Trabajé todo el año en esa primera parte.

Sartre estaba escribiendo un tratado de psicología fenomenológica que llamó *La Psyché* y del cual sólo acabaría publicando un extracto bajo el título *Esbozo de una teoría fenomenológica de las emociones*. Desarrollaba la teoría del objeto psíquico esbozada en *Ensayo sobre la trascendencia del*

*Ego*. Pero a sus ojos no era sino un ejercicio y lo interrumpió al cabo de cuatrocientas páginas para terminar su volumen de relatos.

Olga se había reconciliado con sus padres y había pasado sus vacaciones en Beuzeville. Tenían el espíritu bastante amplio para admitir que tentara fortuna en París antes que vegetar en un pueblo grande. En el mes de junio, le sugerí que hiciera teatro. Camille, que la llamaba siempre "mi ahijada", la alentó. Entró en octubre a la escuela del Atelier y recitó ante Dullin el monólogo de *La ocasión* de Merimée, que yo le había ayudado a preparar. Aunque se echó a llorar antes del fin de la prueba, él la felicitó y durante unas semanas ella siguió sus cursos con un gran placer. Él le dio para estudiar un nuevo papel que ella aprendió de memoria; pero Olga no conocía a nadie en la escuela, se quedaba en su rincón sin cambiar nunca una palabra con los demás alumnos y no se atrevió a pedir a ninguno de ellos que le diera la réplica. "No tengo réplica", confesó lastimosamente cuando Dullin la llamó para hacerle decir su papel. Él alzó los ojos y los brazos al cielo y le señaló un compañero de oficio; les dijo que trabajaran juntos los días siguientes y presentaran su escena una semana más tarde. Olga, aterrorizada, no volvió a poner los pies en el Atelier durante meses. Estaba desolada, pues la enseñanza de Dullin la encantaba. No me confesó esa derrota; ese silencio le pesaba, se hacía un montón de reproches que no le facilitaban la vida. Lionel, desterrado en Berck, le había cedido provisoriamente su departamento; ella vivía más o menos secuestrada, fumando cigarrillo sobre cigarrillo y entregándose a sueños taciturnos, en medio de un considerable desorden. Su malhumor se notaba en sus relaciones conmigo. Fue el período más flojo de nuestra amistad.

Fue uno de los períodos más flojos de mi vida. Yo no quería admitir que la guerra fuera inminente ni siquiera posible. Pero por más que me hiciera el avestruz, las amenazas que crecían a mi alrededor me aplastaban.

En Francia, el Frente Popular agonizó durante meses; se quebró cuando los socialistas salieron del ministerio Chautemps. Mientras la izquierda se derrumbaba las amenazas fascistas se ampliaban. A consecuencia de los atentados de la calle Presbourg [1], una encuesta reveló la amplitud de la organización clandestina que la Acción Francesa bautizó *La cogulla*. Era la responsable de varios asesinatos cuyos autores no habían sido identificados: el del ingeniero Navachine cuyo cadáver había sido encontrado en el bosque de Boulogne, el de Leticia Toureaux, abatida en un vagón del subterráneo de la Puerta Dorada, el de los hermanos Roselli, fundadores del movimiento antifascista "Justicia y Libertad". A fin de enero cuarenta miembros de *La cogulla* se encontraban presos. La desaparición del general Miller indicó la existencia de un complot fascista que reunía, a través de América y de Europa, a un gran número de rusos blancos. En sí, esos movimientos no constituían un peligro muy serio, pero manifestaban la existencia de una internacional fascista de un extremo al otro del mundo. Esta, por otra parte, operaba a cara descubierta. En el Extremo Oriente, el Eje acababa de encender una guerra: a consecuencia del incidente del puente de Marco Polo, los japoneses habían ocupado Pekín y decidido someter la China entera. Comunistas y nacionalistas unidos, los chinos resistieron pero ¡a qué precio! Nankín fue pulverizada, Chapei, un inmenso barrio popular del norte de Shangai librado a las llamas. Los diarios publicaban imágenes atroces: montones de mujeres y de niños asesinados por las bombas japonesas.

A nuestras puertas, Mussolini y Hitler estaban reduciendo a España. El 26 de agosto las tropas italianas habían entrado en Santander; a fin de octubre cayó Gijón; ya los fascistas eran dueños del carbón de Asturias, del hierro de Vizcaya; tenían todo el norte del país; todas las tentativas para desalo-

[1] Máquinas infernales hicieron saltar dos edificios pertenecientes a la "Confederación General del Patronato Francés". Dos agentes perdieron la vida. Era una maniobra de provocación.

jarlos fracasaron. El gobierno se trasladó en octubre a Barcelona, que fue devastada por unos raids terribles. Valencia, Madrid, Lérida, soportaban bombardeos; cadáveres de mujeres y de niños se amontonaban sobre las aceras. En un gran mitin que tuvo lugar en París, la Pasionaria prometió una vez más "¡No pasarán!" y los republicanos obtuvieron una victoria en Teruel: rodearon la ciudad, la ocuparon. Pero tuvieron que evacuarla. Y Franco amenazó a Cataluña. Si Francia e Inglaterra se empeñaban en el neutralismo, España estaba perdida: se empeñaban. La República no recibía ni un cañón, ni un avión, mientras Italia y Alemania enviaban a Franco un material cada vez más poderoso. En el mes de marzo los fascistas forzaron el frente del este; sus aviones pulverizaron todas las ciudades de la costa catalana; bombas de aire líquido aniquilaron los barrios bajos de Barcelona y asolaron el centro: hubo en dos días más de mil trescientos muertos y cuatro mil heridos. Por el desfiladero de Perthus, afluían inmensos y miserables rebaños de refugiados. La resistencia se organizaba en Barcelona; pero la producción estaba reducida casi a cero por los bombardeos y Cataluña, separada del Levante y del Centro, se encontraba en una situación casi desesperada. Fernando vino una vez más con licencia; había cambiado mucho, ya no sonreía. "¡Puercos franceses!", decía. Parecía envolvernos a Sartre y a mí en su rencor. Eso me parecía injusto, puesto que deseábamos de todo corazón que Francia acudiera en auxilio de su país, pero su ira no se detenía en matices.

El drama español nos desolaba: los acontecimientos de Alemania nos asustaban. En setiembre, en Nuremberg, ante trescientos mil nazis y un millón de visitantes, Hitler había pronunciado el más agresivo de sus discursos. Un viaje de Mussolini a Munich, a Berlín, había sellado la alianza de los dictadores. El fracaso de un golpe militar, había puesto a la Reichwher bajo las órdenes directas de Hitler; Himmler era ministro del Interior, la Gestapo triunfaba. En Viena el poder caía en manos del hitlerista Seyss-Inquart. Después de

un nuevo discurso retumbante, Hitler hizo entrar a sus tropas en Austria: el Anchluss se cumplía. El terror reinaba en Viena, mientras en Checoslovaquia los alemanes de los sudetes empezaban a reclamar imperiosamente su autonomía. Sartre ya no se engañaba: las posibilidades de paz eran cada vez más débiles. Bost estaba seguro de que pronto iría a la guerra y le parecía verosímil dejar en ella su pellejo.

Yo todavía trataba de engañarme, no miraba la situación de frente. Pero el porvenir huía bajo mis pies; sentía un malestar rayano con la angustia. Sin duda por eso no conservé de todo aquel año sino un recuerdo brumoso. En mi historia privada no encuentro casi nada saliente. Me cuidaba más que el año anterior; me acostaba menos tarde, salía menos a menudo. En octubre o noviembre, asistí con Olga y Sartre al festival que Marianne Oswald dio en la sala Gaveau, después de un suicidio fallido. Dentro de una vaina negra, agresivamente pelirroja, decía "Anna la criada", de Cocteau, en un tono de ira sorda, donde parecía alimentarse la furiosa rebelión de las hermanas Papin. Cantó muchas canciones de Prévert y, entre otras, las que le había inspirado la evasión de los pequeños colores de Belle-Île:

*¡Bandidos, atorrantes, ladrones, canallas!*
*Es la jauría de la buena gente*
*que va a la caza del niño.*

Había en el anarquismo de Prévert una virulencia que me satisfacía. Me gustaba la voz ronca y cálida de Marianne Oswald, su aspecto atormentado y la sutil distancia entre sus ademanes, sus mímicas y el texto de sus canciones.

Fue también en la sala Gaveau donde por primera vez oí con Sartre el texto integral de los cuartetos de Beethoven. Vimos a Camille; durante los trozos que la aburrían borroneaba algo sobre pedazos de papel: nos dijo que anotaba ideas para su novela; esa acumulación me dejó soñadora.

Para las vacaciones de Navidad fuimos a Mégève; paramos en una pensión modesta. Mi hermana y Gégé vivían con

amigos en un chalet cercano y Bost se unió a nosotros. Decidimos tomar lecciones, yo no era ni ágil ni valiente, pero, sin embargo, *progresaba* día a día. Sobre las pendientes del monte de Arbois, de Rochebrune, pasamos buenos momentos. De noche leíamos el *Diario* de Samuel Pepys, *El diario a Stella* de Swift, ambos acababan de ser traducidos. En ese momento o justo después de nuestro regreso a París, leímos *La esperanza* de Malraux, con una pasión que trascendía de lejos la literatura. Como en sus otras novelas, a sus personajes les faltaba carne pero no tenía gran importancia, pues los acontecimientos contaban mucho más que los personajes y Malraux los narraba muy bien. Nos sentíamos cerca de su predilección por el Apocalipsis, de la manera en que sentía la contradicción entre el entusiasmo y la disciplina. Abordaba temas nuevos en literatura: las relaciones de la moral individualista y de la práctica política, la posibilidad de mantener aun en el seno de la guerra valores humanistas; pues los combatientes del ejército popular eran civiles, hombres, antes de ser soldados, y no lo olvidaban. Nos interesábamos en sus conflictos sin presentir hasta qué punto parecerían de allí a poco caducos, puesto que la guerra total iba a abolir radicalmente todas las relaciones interhumanas que preocupaban a Malraux y a las que nosotros dábamos tanto precio.

Al lado de los bombardeos de Madrid, de las batallas ganadas y perdidas, todas las cosas que antes habían alimentado mi curiosidad me parecían muy pálidas. Apenas si leía en los diarios la crónica policial. Me dejaba indiferente el proceso Weidmann, al cual, con un fin evidente de diversión, la prensa consagraba páginas enteras. Me divertía menos que en los años anteriores mirar a la gente que pasaba a mi lado.

En enero seguimos en el Atelier los ensayos de *Plutus*, que Camille había adaptado muy libremente de Aristófanes; había compuesto con decorados de Coutaud y una música de Darius Milhaud una especie de revista que en conjunto no significaba gran cosa pero que tenía muchas escenas muy

divertidas. Dullin dirigía el juego. Por su belleza y su gracia, Marie Hélène Dasté salvaba de amaneramiento el papel de la Pobreza. Lo que daba al espectáculo una pimienta particular era que en él figuraba Marco: quería ejercitarse para cantar en un escenario y pensaba que la protección de Dullin podía serle provechosa. Con las piernas desnudas, túnica corta, calzado con sandalias, conducía el coro de los campesinos. Pero era difícil de ser dirigido, porque, como se lo había dicho cruelmente el director de la Ópera, no tenía ningún sentido de la medida. Cantaba al margen de la música y, cuando se desplazaba en el escenario, su paso no se plegaba al ritmo. Sin embargo, en la salita del Atelier su voz impresionaba mucho.

Sólo vi con Sartre en el curso de aquel año otra pieza: *El corsario* de Marcel Achard, puesto en escena por Jouvet. La pieza era bastante débil y el procedimiento que consiste en dar ciertas escenas con una doble perspectiva —como en *Hamlet* la representación dada ante la corte por los actores— no tenía nada de original; pero siempre encontrábamos encanto en esa irrupción de lo imaginario en el seno de un mundo imaginario.

En cambio siempre íbamos mucho al cine. Aparte Prévert y Vigo —también hicimos una excepción con *La kermesse heroica*— el cine francés nos aburría: los decorados eran chatos, las fotos opacas, los actores se expresaban falsamente. Como además no apreciábamos los films de guerra, habíamos llegado a desechar *La gran ilusión* de Renoir. En cambio las comedias norteamericanas nos proporcionaban un enorme placer: *El viaje sin regreso, Nueva York-Miami, Mi hombre Godfrey, El extravagante M. Deeds, La octava mujer de Barba Azul*, etc. Las historias que contaban no tenían ningún sentido, pero estaban admirablemente llevadas: ni un incidente que no tuviera, según el precepto de Valéry, una multiplicidad de relaciones con el conjunto; apreciábamos esa construcción como la de una sonata clásica. Por otra parte, su exotismo nos velaba su realismo; una calle, una escalera,

una campanilla, el menor decorado, el menor detalle, nos alteraba. El antagonismo que oponía generalmente a los enamorados nos parecía un invento picante: ignorábamos que respondía al hecho norteamericano de la lucha de sexos. En una de esas comedias, el héroe, transportando en sus brazos a través de una pradera inundada a una heroína insoportable, la dejaba caer en un charco: tomamos por una osadía ese episodio que traducía la hostilidad larvada del macho norteamericano respecto a la mujer. Y así sucesivamente. Al atravesar el océano, lo verdadero y lo falso se confundían y de su confusión nacían para nosotros agradables fantasías. Por otra parte en muchas de esas películas había reales aciertos. Aquel año Hollywood nos mandó uno de sus éxitos más felices y para nosotros completamente inesperado, *Praderas verdes*, inspirada en la pieza de Connoly: la Biblia contada y representada por negros. Un tata Dios negro y barbudo fumaba enormes cigarros rodeado de ángeles negros que cantaban "negro spirituals"; ángeles-fregonas, con alas protegidas por fundas a cuadros, limpiaban a escobazos la residencia divina. Los hijos de Caín se tiroteaban. En el cielo, pescaban con caña, comían frituras. Encontrábamos que esa historia tenía la frescura de los paraísos perdidos sin caer nunca en la falsa ingenuidad.

Desde 1933 habíamos visto aparecer en las pantallas Sinfonías Tontas en colores y Sartre imitaba al Pato Donald. Yo había encontrado con júbilo uno de los cuentos favoritos de mi infancia: *Los tres chanchitos*, y durante años tarareamos como todo el mundo: "¿Quién teme al lobo feroz?"

El acontecimiento más descollante de aquel invierno fue la exposición surrealista que se abrió el 17 de enero de 1938 en la Galería de Bellas Artes, faubourg Saint-Honoré. A la entrada, en un taxi inventado por Dalí y que chorreaba de lluvia, un maniquí, una rubia, se extasiaba entre escarolas y lechugas cubiertas de caracoles; otros maniquíes, vestidos y desvestidos por Man Ray, Max Ernst, Domínguez, Maurice Henry, poblaban la *calle surrealista*; sentíamos una predilec-

ción por el de Masson, de rostro aprisionado en una jaula y amordazado por un pensamiento. La sala principal, decorada por Marcel Duchamp, era una gruta que contenía un charco y algunas camas dispuestas alrededor de un brasero: el cielo raso estaba formado por bolsas de carbón. En un olor de café de Brasil, emergían objetos de una oscuridad cuidadosamente dosificada: un abrigo de piel, una mesa-banco sostenida por piernas de mujer; puertas, paredes, floreros, de todos lados se escapaban manos. No creo que el surrealismo haya tenido sobre nosotros una influencia directa; pero había impregnado el aire que respirábamos. Eran los surrealistas, por ejemplo, quienes habían puesto de moda el mercado de las pulgas, donde a menudo yo pasaba con Sartre y Olga mis tardes de domingo.

Por lo tanto las diversiones no nos faltaban. Pero nuestras amistades se habían empobrecido. Marco no nos disimulaba su hostilidad; ya lo veía poco y sin placer. Pagniez se había eclipsado de nuestra vida; lo habían irritado el extremismo político de Sartre y nuestro afecto por Olga; dudaba erróneamente que sintiéramos simpatía por su prima; no estábamos enemistados, pero ya no nos veíamos. Una tarde vi en el "Dôme" a Thérèse, que llevaba una alianza; acababa de casarse con uno de sus colegas, me dijo. Esperaba a Pagniez, yo esperaba a Sartre: pasamos una o dos horas los cuatro juntos. Nos preguntábamos Sartre y yo por qué Pagniez y Thérèse habían renunciado el uno al otro; no dieron ninguna explicación y nuestra común incomodidad crecía de minuto en minuto. Pocos días después Mme. Lemaire nos dijo que se habían casado: Marco había sido testigo. Poco después reanudamos la relación; pero nunca comprendimos muy bien las razones que los habían llevado a representarnos esa lúgubre comedia. Por otra parte, mis relaciones con Olga eran taciturnas. Y mi hermana vivía angustiada a causa de la salud de Lionel; cada vez que yo la veía, o casi, se echaba a llorar. Por supuesto esas lagunas y esas sombras contribuían a mi abatimiento. Supongo que un éxito literario me habría

dado un latigazo; pero ya no lo esperaba. Sartre me dijo un día tarde que iba a pasar por Gallimard y que pediría noticias de mi manuscrito. Lo esperé en el "Dôme", escribiendo, sin gran impaciencia. El libro había sido rechazado. Brice Parain lo encontraba mal construido en conjunto, opaco en detalle. "Buscaremos otro editor", me dijo Sartre, que hizo recomendar el manuscrito a Grasset. Apenas sentí decepción, al menos en el primer momento, pero quizá ese fracaso contribuyó a hundirme en el marasmo. Lo que yo estaba escribiendo no me servía de ayuda: el relato de la infancia y la adolescencia de Françoise no me convencía a mí misma. Además, mi salud continuaba bastante frágil. En vísperas de las vacaciones de Pascuas, tuve una recaída; no era grave pero tuve que quedarme unos días en cama.

En cuanto me levanté, nos fuimos de París. Habíamos tenido el proyecto de ir a Argelia, pero ya no nos quedaba bastante tiempo. Tomamos el tren para Bayona y dimos una vuelta por el País Vasco. La primavera estaba florida y yo florecía. En Ixtassou nuestro cuarto tenía como anexo un árbol al que se llegaba por un puentecito: habían construido entre el follaje una plataforma donde Sartre se instalaba para escribir mientras yo recorría las colinas de los alrededores. Yo caminaba entre los helechos, los ojos llenos de sol y del rosa de los ciruelos. A la vuelta nos detuvimos en Saintes y en La Rochela, donde Sartre había pasado su infancia. Alrededor del puerto fortificado, en las calles con arcadas, discutíamos la suerte de *La infancia de un jefe*, que él estaba escribiendo. Se preguntaba si el relato no podía detenerse en el lugar en que efectivamente termina, cuando Lucien emerge de la adolescencia; yo encontraba que había que continuarlo; si no, el lector se sentiría defraudado. Ahora pienso que estaba equivocada.

El aire libre, las caminatas, la agitación de los viajes, me hacían tanto bien que en Pentecostés partí de nuevo, sola esta vez, con la mochila al hombro, a pasearme por Auvernia. Recuerdo en particular una tarde en las gargantas tórridas de

los alrededores de Saint-Flour. Rememoraba mi infancia y acudió a mi mente uno de mis más antiguos recuerdos: la flor que me habían acusado de haber cortado del jardín de tía Alice; me dije que un día me gustaría resucitar en un libro a esa niña lejana, pero dudaba de tener alguna vez la oportunidad.

Hice con Sartre una peregrinación a un pasado más cercano: Rouen. Nada había cambiado y ¡cuántas cosas recordábamos! Sin embargo, nos sentimos frustrados; en lugar del cálido invernáculo donde habíamos vivido, encontramos, exacto, inodoro, un herbario. Es que el porvenir ya alcanzado, se había desprendido de los momentos de los que había sido la carne misma: en las calles, en nuestra memoria, subsistían solamente esqueletos.

Y ¿qué porvenir tenían esos días que estábamos viviendo? Vuelvo a verme conversando con Sartre en el café catafalco cerca de la estación del Norte, al que volvíamos de tanto en tanto. Yo le hablaba alegremente del éxito de *La náusea*, que la crítica había recibido como una especie de acontecimiento, y también de las cartas que él había recibido a propósito de *Intimidad* y de *El cuarto*, aparecidos en la *N.R.F.* y en *Mesure*. "Quizá fuera más divertido llegar a ser escritores verdaderamente conocidos" le dije: es la primera vez que un éxito público me rozó, me tentó. Conoceríamos a otras personas, otras cosas, pensé vagamente: sería una renovación. Hasta entonces yo sólo había contado conmigo misma para asegurar mi dicha y sólo le pedía al mañana que repitiera el día de hoy: de pronto deseaba que algo me llegara de afuera, algo diferente. Todo lo que nos había hecho vivir durante esos nueve años empezaba a desgustarse. Para consolarme yo hacía proyectos menos inciertos que mis sueños de gloria. Muy pronto, nuestros sueldos nos alcanzarían para poder comprarnos un auto. Me parecía extravagante que alguien empleara su dinero en amueblar un departamento en vez de comprarse un auto: yo aprendía a conducir ¡y qué libertad entonces en nuestros viajes! Acariciábamos también la idea

de tomar un día el avión París-Londres. Proyectábamos —no para ese año, pero quizá para 1939, pese a nuestra repugnancia por las excursiones organizadas— visitar la U.R.S.S. con el Intourist. Estados Unidos brillaba en el horizonte con más brillo que cualquier otro país, pero no esperábamos tener nunca la posibilidad de poner allí los pies: por el momento, en todo caso, estaba fuera de alcance.

Grasset rechazó mi manuscrito: yo lo esperaba. Henry Muller me escribía: "Hay sin duda en esa evocación del destino de las muchachas de posguerra, diversamente influidas por corrientes intelectuales de su tiempo, cualidades de inteligencia, de análisis y de observación. La descripción de ciertos ambientes de esa época nos pareció bastante exacta; sin embargo, la crítica principal es que esa novela carece de originalidad profunda. En otros términos la pintura de costumbres que usted ha hecho ya ha sido hecha varias veces en estos últimos veinte años. Usted se ha contentado con describir un universo en descomposición y abandonarnos en el umbral de un mundo nuevo sin indicarnos muy exactamente su brillo particular.

"...Hay en *La primacía de lo espiritual* dones que permiten esperar que usted escribirá un día un libro logrado..."

Me sorprendí. Yo no había querido pintar un cuadro de costumbres; creía haber hecho estudios psicológicos llenos de matices. El reproche de "falta de originalidad" me desconcertó; las heroínas que yo pintaba las había conocido en carne y hueso, nadie antes que yo había hablado de ellas; cada una era singular, única. Mucho más tarde suscité un asombro análogo en unas debutantes que pensaban haber expresado una experiencia "original" mientras yo sólo encontraba trivialidades en su manuscrito. Las verdades más comunes pueden, en cambio, bajo la pluma de un escritor, adquirir una luz inédita. Es todo el problema del paso de la vida a la literatura, todo el problema del arte literario, lo que se plantea en esto. En todo caso, si me habían comprendido mal, era porque yo no había sabido hacerme entender, me dije. No



Escaneado con CamScanner

me descorazoné. Estaba segura de dar mejor en el blanco la próxima vez. Al acercarse las vacaciones, proyectos atrayentes me ayudaron a enterrar con la sonrisa en los labios *La primacía de lo espiritual.*

Como Sartre tenía que quedarse en París, fui a pasear por los Alpes. Admiro mi salud: después de una noche de tren partí en seguida por montes y valles y caminé durante nueve horas enteras. Ese ritmo no disminuyó. De Chamonix a Tigne, escalé todas las cimas accesibles a un caminante solitario.

En Tigne recibí una carta de Sartre. Había terminado a principios de julio *La infancia de un jefe* y pensaba en una novela. Me escribía: "He encontrado de golpe el tema de mi novela, sus proporciones y su título. Justo como tú lo deseas: el tema es la libertad." El título que me indicaba en caracteres de imprenta era *Lucifer.* El tomo I se llamaría *La rebelión* y el tomo II, *El juramento.* En epígrafe: "La desgracia es que somos libres."

Debíamos embarcarnos en Marsella para Marruecos; teníamos pasajes de tercera clase, pero un viejo camarada de Sartre que pertenecía a la compañía Paquet nos había hecho pasar a segunda. Tuve buen cuidado de no comprometer esa suerte y llegué con tiempo a la estación Saint-Charles, donde estábamos citados. ¡Ay! El tren de París, que en principio aseguraba la correspondencia con el trasatlántico y que era esperado a las diez, llevaba un gran retraso; a las 12 no había llegado, ni a las 2; yo me corroía de impaciencia, luego de desesperación. Recibí a Sartre a las 4 con el corazón estrujado: "Vamos de todos modos al puerto", me dijo. Cuando el taxi se detuvo en el muelle, estaban por sacar la plancha-da; me precipité a ella. Sartre fue agarrado por dos marineros y levantado por encima del foso que se abría entre el barco y la tierra. Yo recordaba nuestros viajes sobre el *Cairo City* y en los barquitos griegos: el confort de esta travesía me pareció fabuloso. Me paseaba al sol en un trasatlántico lujoso

mirando saltar a los peces voladores. No, yo no había envejecido, me parecía tener veinte años y que era la edad más linda de la vida.

En Casablanca, el barrio europeo nos aburrió; buscamos las villas miserias, que eran bien fáciles de encontrar: la vida era allí todavía más atroz que en los más atroces barrios de Atenas, y era obra de los franceses; los atravesamos apresuradamente: nos daba vergüenza. Fieles a las tradiciones de que hablé, forjadas por Gide, Larbaud, Morand y numerosos epígonos, fuimos al Bous-bir. En la indolencia de la tarde, habríase dicho que era —dividido en dos barrios, el árabe y el judío— una de esas aldeas artificiales que se visitan en ciertas exposiciones; me sorprendía encontrar almacenes, cafés. Una árabe cubierta de tatuajes, de joyas bulliciosas y de un vestido largo, nos llevó a un tabernucho, luego a su cuarto; se quitó el vestido, hizo temblar su vientre y fumó un cigarrillo con su sexo.

De Rabat recuerdo sobre todo el aleteo de las cigüeñas encaramadas sobre las torres almenadas, color pan tostado, entre laureles rosa. Llegamos de noche a Fez. Habíamos decidido parar en el palacio Djalnaï; un coche nos llevó por una carretera desierta que corría a lo largo de las murallas blancas; no se oía ningún ruido salvo el paso rítmado del caballo; el trayecto no terminaba nunca y la oscuridad, el silencio, nos turbaron: ¿en qué celada íbamos a parar? Al cabo de cinco o seis kilómetros, el cochero paró con aire desolado ante una puerta cerrada; sabía, evidentemente, que en verano el hotel no estaba abierto, pero no se había resignado a perder el beneficio del trayecto; volvimos a la ciudad europea decepcionados, pero consolados por el titilar de las estrellas. Estábamos separados de la ciudad indígena por tres kilómetros tórridos que recorríamos con fastidio cada mañana; pero, en cuanto llegábamos, ¡qué dicha! ¡Cómo nos gustó Fez, tan misteriosa con sus mujeres veladas, sus palacios cerrados, sus *medersa* y sus mezquitas prohibidas tan abundantemente ofrecida en sus lujuriantes escaparates, en los gritos y la gesticula-

ción de sus tenderos! Más secreta que ofrecida: en el crepúsculo, cuando volvíamos por la calle Central donde temblaban llamitas, a derecha, a izquierda, los policías cerraban con cadenas sombrías callejuelas; la puerta de los zocos y luego la gran puerta de la ciudad se cerraban a nuestras espaldas. Una noche, perdidos en el dédalo de los zocos, seguimos a un joven que se ofreció a guiarnos; no tardamos en tener la impresión de que nos extraviaba: "¡No vayan con él!", nos gritó un musulmán más viejo: bruscamente nuestro guía salió disparando. ¿Había esperado desvalijarnos? Hasta de día se respiraba mal en ese laberinto donde el aire se espesaba por las exhalaciones de la canela, del clavo de olor, del cuero recién curtido y de todos los perfumes de Arabia; los enrejados ahogaban el cielo: se tenía la impresión de circular en galerías subterráneas. Los burritos caracoleaban o se inmovilizaban deteniendo el tránsito; a veces un cadí pasaba, todo blanco sobre un gran caballo cargado de adornos, y la gente se apartaba. Si yo imaginaba un incendio, un pánico desencadenándose en esos túneles secretos, tenía sudores fríos. Pero esa impalpable inquietud exaltaba los olores, los sabores, los colores. Si alguna vez la palabra encantamiento tuvo un sentido para mí, fue en Fez. Nos quedamos retenidos en nuestro feo hotel europeo dos días más de lo que habíamos pensado. En un restaurante turístico pero simpático y desierto en esa estación, comimos escrupulosamente una comida indígena; sentados en el suelo, comimos con los dedos la pastilla, el pollo con limón, el *mochui*, el *cuscus* y los cuernos de gacela. Al salir nos felicitamos de sentirnos tan livianos; era porque no habíamos bebido vino, resolvimos. Pero, apenas llegamos a nuestro cuarto, Sartre tuvo un ataque de hígado que lo obligó a quedarse dos días en cama.

Meknès era más discreta que Fez, menos magnífica y menos oprimente. Salimos en un carro indígena para visitar las ruinas romanas de Volubilis y Moulay Idriss. La ciudad santa nos aburrió un poco; sus únicas atracciones eran sus mezquitas, todas pomposamente prohibidas a más de cien me-

tros a la redonda, por cadenas, embrollos, letreros que ilustraban la política de Lyautey; lo que nos gustaba era que, a causa del calor de ese mes de agosto, no hubiera en la ciudad más europeos que nosotros. Sentados sobre la estera de un minúsculo café moro —un agujero en un pared—, saboreamos una de esas sensaciones de lejanía que eran los momentos culminantes de nuestros viajes; había a nuestro alrededor marroquíes muy miserables y, al llevar a nuestros labios vasos de té con menta, pensamos los dos en las bocas sifilíticas que se habían posado en ellos: lo olvidamos. El patrón tendió a Sartre una pipa de largo tubo y depósito minúsculo lleno de un polvo fino: kiff; reía, sus amigos reían con él, mientras Sartre aspiraba el humo acre sin sentir los mareos que la asistencia le prometía, pero alegrándose lo mismo. Al volver nos condujo un chófer de una gran habilidad pero que nunca frenaba; el ómnibus, lleno exclusivamente de indígenas, bailaba tan violentamente que a mis espaldas uno de los pasajeros se puso a vomitar a chorros y salpicó mi blusa y el pulóver de Sartre.

En Marrakech no quisimos exilarnos como en Fez lejos del centro indígena. Allí también los hermosos hoteles estaban cerrados. Nos alojamos en un hotel árabe, mugriento, pero que daba sobre la plaza Djelma el Fna; de noche, como reventábamos de calor en los cuartos, arrastrábamos las camas al lamentable jardín que los rodeaba. Encontré mucho encanto en ese dormitorio al aire libre; menos a las cloacas casi inutilizables. Pasábamos las horas más tórridas en un café en el otro extremo de la plaza; había una terraza sobre la cual comíamos; no nos cansábamos de la feria turbulenta que se desenvolvía día y noche sobre el vasto terraplén. Se veían hombres muy diferentes de los del norte: altos, secos, nudosos, bronceados como San Juan Bautista y sin duda alimentados con langostas; venían del desierto. Miraban con ojos tan asombrados como los nuestros a los encantadores de serpientes, a los comedores de sables; de pie o en cuclillas, en círculo, escuchaban la voz lenta, precipitada, rítmica como una mú-

sica, de los relatores de cuentos. A la sombra de las tiendas se asaban pedazos de cordero; enormes guisos amarillos hervían en las ollas. La gente vendía, compraba, hablaba, gritaba, admiraba, reñía: ¡qué hervidero! De noche, el calor por fin aplacado, los farolitos iluminaban débilmente los escaparates y hacia las estrellas subían melopeas. En el Norte, ya había visto camellos, pero en Marrakech, contra las murallas de tierra cocida, entre las palmeras y las fuentes, conocí su belleza y su gracia; no me cansaba de mirarlos arrodillarse, levantarse, caminar con su paso balanceado. Los zocos eran más amplios, más luminosos que en Fez, más rústicos también; se sentía menos la opulencia de los mercaderes, más el trabajo de los artesanos; la calle de las tintorerías me fascinaba. El color no era una calidad de las cosas sino una sustancia; como el agua que se convierte en nieve, granizo, hielo, escarcha, vapor, éste tenía su metamorfosis: el violeta, el rojo, corrían líquidos en las alcantarillas; tomaban en las palanganas la consistencia de una crema; tenían la blandura, la dulzura de la lana cuando en forma de ovillo se secaban sobre las zarzas. Entre todas esas materias devueltas a su inocencia y moldeadas por técnicas elementales —la lana, el cobre, el cuero, la madera—, me parecía revivir los fecundos aprendizajes de la infancia.

Provistos de informes, de mapas, de llaves y de provisiones, dimos una vuelta a pie por el Atlas; un ómnibus nos condujo a un desfiladero y volvió a buscarnos tres días más tarde; entretanto, seguimos senderos desiertos a través de la montaña suntuosamente roja; dormimos en refugios al pie de aldeas bereberes. Compramos a los aldeanos de ojos azules, galletas sin levadura que hacen las veces de pan; las comimos con salchichón, acodados en la ventana de nuestros refugios. Recuerdo sobre todo el primero, frente a una cadena muy alta; Sartre se preguntaba si la línea de las crestas subía o bajaba: a nuestros ojos evidentemente subía, pero también se le podía mirar como un derrumbe, e intentamos hacerlo largo tiempo, a conciencia.

Fuimos al Sur en ómnibus. Éramos los únicos pasajeros europeos y el chófer, europeo, nos hacía sentar junto a él; recibíamos el enorme calor del motor, el olor de la nafta y más de una vez me creí al borde de la congestión; si tendía el brazo por la ventana abierta el aire rojo me quemaba; íbamos a través de una hoguera. Esa región donde la gente no comía bastante era crónicamente asolada por la sequía y el hambre: estábamos en uno de esos años nefastos. Hordas desesperadas habían tratado de subir hacia el Norte; las autoridades habían hecho cerrar las rutas: se les daba un poco de sopa, se les rechazaba. La gente había muerto como moscas, los sobrevivientes parecían agonizantes. De tanto en tanto, hacíamos un alto en una aldea; en el almacén-cantina, siempre atendido por un joven judío que llevaba un birrete negro, tomábamos grandes vasos de agua; no me gustaba ver la población andrajosa y desencajada que asediaba el ómnibus; reclamaban ansiosamente las mercaderías que habían encargado a la ciudad: en general abonos para la tierra. El chófer jugaba al patrón: tiraba los paquetes como limosnas y la distribución parecía depender de su benevolencia y de su arbitrariedad. A menudo pasaba sin detenerse ante los grupos inmóviles bajo las palmeras; disminuía apenas su marcha, mientras el chico indígena que lo secundaba lanzaba bolsas y paquetes desde lo alto del ómnibus.

Nos ocurría andar durante horas sobre una tierra barrida por las llamas del siroco, donde no crecía ni una hierba. Alrededor de la mina de fósforo donde nos detuvimos, la tierra tenía colores venenosos y extraordinarios: verde, herrumbre, amarillo limón, anaranjado, rosa enfermizo. Tomamos anís y almorzamos con los ingenieros de la mina en su cantina. Todas las ciudades me parecieron lúgubres. En Ouarzazate nos quedamos más tiempo. El calor era tan intolerable que nunca salíamos de tarde; después de almorzar, tratábamos de dormir, a pesar de las nubes de minúsculos mosquitos verdosos, casi invisibles, que nos chupaban la sangre; y luego en el comedor del hotel, con los postigos herméticamente

cerrados, bebíamos cassis con agua. Al caer la tarde, asomábamos las narices, caminábamos a lo largo de un oasis seco, entre las escualidas palmeras, emocionados por el silencio de una llanura que copiaba la inmensidad del cielo. Sentíamos una gran simpatía por el patrón del hotel; llevaba anchas bombachas, escupía los pulmones; nos describió la epidemia de tifus que poco antes había asolado el país.[1] Diariamente, a mediodía, distribuía gratis arroz hervido a los chicos; acudían chiquillos de diez kilómetros a la redonda y yo nunca había visto semejante miseria: casi ninguno tenía los ojos intactos; sufrían de tracoma o sus pestañas crecían en el interior de la córnea y la traspasaban; eran ciegos, tuertos, nubes más o menos espesas cubrían sus pupilas; otros tenían los pies dados vuelta, lo de atrás para adelante; era la invalidez más espectacular, la más insoportable de ver. Esos pequeños espectros se acurrucaban en el patio alrededor de grandes tachos y todos juntos, a un ritmo regular, para que no hubiera ningún privilegiado, sacaban arroz con las manos.

Sentimos un enorme alivio cuando dejamos el infierno del Sur. Volvimos a Casablanca por la costa; en Safi, en Mostaganem, recibimos a plenos pulmones la frescura del mar. Regresamos a Francia.

Durante ese viaje Sartre había seguido con inquietud las negociaciones que tenían lugar en Checoslovaquia. Desde el Anschluss, el partido alemán de los Sudetes se agitaba; reclamaba la supresión del Estado nacional, en provecho de una organización federal que garantizara a los alemanes una total autonomía, después de las elecciones municipales, que fueron un plebiscito para el partido de los Sudetes, Heinlein, jefe de los nazis checoslovacos, reclamó el retorno de los autonomistas a la Gran Alemania. Hitler había concentrado tropas en las fronteras. Praga decretó una movilización parcial. Lord Runciman fue a Praga a principios de agosto

[1] Sartre se inspiró en ese relato para su guión *Tifus*, que se desfiguró más adelante para hacer *Los orgullosos*.

en misión pacificadora declaró que los distritos sudetes tenían derecho a disponer de sí mismos, lo que los alentó en sus reivindicaciones. La situación se hacía cada vez más tensa; la mala voluntad de los delegados sudetes hacía imposible todo acuerdo entre Praga y ellos. El 31 de agosto, las negociaciones estuvieron a un tris de romperse: lord Runciman las reanudó *in extremis*. Durante todo el principio de setiembre, Inglaterra llevó intensas actividades diplomáticas: Chamberlain y lord Halifax multiplicaban las conferencias. El 13 de setiembre, la víspera del día en que volví a encontrar a Olga en Marsella, se proclamó el estado de sitio en Praga y Heinlein rechazó los últimos ofrecimientos del gobierno checoslovaco. La guerra parecía inminente y estuve a punto de volver a París con Sartre. Al día siguiente, las noticias eran un poco más tranquilizadoras; Chamberlain tomaba el avión para ir a Berchtesgaden, a discutir en persona con Hitler. Sartre me animó a no cambiar mis planes. Me mandaría un telegrama a casilla de correo en caso que la situación se agravara. Mi esquizofrenia venció fácilmente mis inquietudes y lo dejé subir al tren sin mí.

Fueron días extraños. Olga había pasado con Bost una gran parte de sus vacaciones en un hotelito popular que daba sobre el Viejo Puerto de Marsella; ocupaba un cuarto con baldosas rojas muy miserable, pero lleno de sol y de ruidos dichosos; allí la encontré. Me quedé cuarenta y ocho horas en Marsella y nos fuimos, con la mochila al hombro, primero en ómnibus, después a pie, a través de los Bajos Alpes. Olga se irritaba a veces cuando trepábamos a una montaña, hasta el punto de azotarla a bastonazos; pero le gustaban como a mí los grandes paisajes de greda blanca y de tierra roja; le gustaba, por los caminos con olor a matorrales, buscar higos estallados y escalar las calles escalonadas de las viejas aldeas encaramadas en lo alto. Sin embargo, en cada etapa yo corría al correo. En Puget Théniers, el 20 de setiembre encontré un telegrama de Sartre bastante optimista. Pero el 25, en Gap, me decía que volviera inmediatamente a París; recuer-

do el pánico que sentí en la lúgubre prefectura aplastada por un calor de tormenta. En el tren me reproché con furor mi ciego optimismo, mi terquedad en mis proyectos. Cuando llegué a París los diarios titulaban: "Horas graves." Los reservistas del segundo y tercer escalones habían sido llamados. Un ultimátum de Hitler exigía que Praga cediera en seis días. Y Praga estaba rígida. Esta vez la guerra parecía inevitable. Me negué furiosamente a creerlo; una catástrofe tan imbécil no podía caer sobre mí. Recuerdo que encontré en el "Dôme" a Merleau-Ponty, al que no había vuelto a ver desde nuestro paso por Janson-de-Sailly, pero con quien tuve aquel día una larga conversación. Por supuesto, le dije, Checoslovaquia tenía derecho a indignarse contra la traición de Inglaterra y de Francia: pero cualquier cosa, hasta la más cruel injusticia, era mejor que una guerra. Mi punto de vista le pareció limitado, como le parecía a Sartre: "No se puede ceder indefinidamente a Hitler" me decía éste. Pero, si bien la razón lo inclinaba a aceptar la guerra, se sublevaba ante la idea de verla estallar. Pasamos días sombríos; íbamos mucho al cine y leíamos todas las ediciones de los diarios. Sartre se crispaba tratando de conciliar su pensamiento político y sus impulsos íntimos; yo estaba radicalmente desamparada. De pronto la tormenta se alejó sin haber estallado; el pacto de Munich fue firmado: no sentí el menor escrúpulo en alegrarme. Me parecía haber escapado a la muerte y para la eternidad. En mi alivio hasta había algo triunfante; decididamente yo había nacido con suerte; la desdicha nunca me alcanzaría.

Después de Munich, mis ojos no se abrieron en seguida; al contrario: la guerra había retrocedido y recobré confianza en el porvenir. Sobre el valor de esa paz que nos era concedida, las opiniones de izquierda divergían. Aunque una parte de su equipo había atacado antaño a la no intervención, *Le Canard Enchaîné* se mostraba jubiloso. *L'Oeuvre* vacilaba. *Vendredi* estaba tan dividido que abandonó su papel

político: bajo el título de *Reflets* se limitó al terreno cultural. Giono, Alain, se empeñaban en un pacifismo incondicional. Muchos intelectuales repetían de acuerdo con ellos: "Las democracias acaban de declarar la paz al mundo." Otro *slogan* circulaba: "La luz trabaja para las democracias." Los comunistas habían votado contra los acuerdos de Munich, pero no podían alimentarse infinitamente de su indignación; tenían que seguir adelante y, cualquiera fuere su íntima convicción, con el aparente optimismo en vigor en el partido. Le suplicaban a Francia que cambiara de política interior, que firmara un pacto con la U.R.S.S., ampliara la defensa nacional, opusiera a las paradas hitleristas resonantes demostraciones de firmeza: predicaban ese programa con un fervor donde resucitaba la esperanza. Así, los unos consideraban la paz como salvada, los otros indicaban los medios de conquistarla: nadie me prohibía creer en ella.

En cuanto se restableció la serenidad, reanudé mi trabajo. Yo había entregado a Brice Parain escritas a máquina las cien primeras páginas de mi novela, es decir, la infancia de Françoise: las consideró inferiores a mis relatos y Sartre compartía esa opinión. Decidí dar por sentado el pasado de mi heroína, su encuentro con Pierre, sus ocho años de entendimiento: el relato comenzaba en el momento en que una extraña entraba en sus vidas. Construí un plan sumario: el nacimiento del trío, la revelación de la conciencia de Xavière, los celos de Françoise, su falta; ella intervenía de una manera pérfida en las relaciones de Pierre y de Xavière; esta la aplastaba con su desprecio. Para defenderse, Françoise la mataba. Era demasiado lineal. Sartre me dio un consejo. Para marcar hasta qué punto a Françoise le importaba la felicidad que había edificado con Pierre, sería bueno que en el primer capítulo de la novela ella le sacrificara algo. Introduje a Gerbert; tentada por su juventud, su encanto, Françoise renunciaba a él. Más adelante, cuando él había conquistado el amor de Xavière, Françoise caía en sus brazos: es esa la traición que borraba con un crimen. La intriga, al enrique-

cerse, se hizo más apretada; pude dar un papel preciso a Elisabeth, cuya figura en sí me interesaba.

Observé la regla que considerábamos Sartre y yo fundamental y que expuso poco más tarde en un artículo sobre Mauriac y la novela francesa: en cada capítulo coincidía con uno de mis personajes, me prohibía saber o pensar más allá que él. Yo adoptaba por lo general el punto de vista de Françoise, a quien presté a través de importantes transposiciones mi propia experiencia. Se creía una conciencia pura, la única; había asociado a Pierre a su soberanía: juntos, estaban en el centro del mundo, que ella sentía la imperiosa misión de revelar. El precio de ese privilegio era que, confundiéndose con todo, no tenía a sus propios ojos figura definida: yo había conocido antes esa deficiencia cuando me comparaba con Zaza. En mi primera novela, Mme. de Préliane miraba con pena, desde lo alto de su sensatez, las lágrimas que ensuciaban el rostro de Geneviève: así Françoise, en un dancing, envidiaba vagamente la desdicha que hinchaba los labios de Elisabeth y los éxtasis de Xavière. Entraba tristeza en su orgullo cuando, durante la fiesta de celebración de las cien representaciones de *Julio César*, se decía: "No soy nadie." [1] Exilada, una tarde, lejos de Pierre y de Xavière, buscaba en vano socorro en sí misma: literalmente no tenía yo. Era pura transparencia sin rostro ni individualidad. Después de haberse dejado absorber por el infierno de las pasiones, una cosa la consolaba de su decadencia: limitada, vulnerable, se volvía una criatura humana de contornos precisos y situada precisamente en un cierto punto de la tierra.

Tal era el primer avatar de Françoise: sujeto absoluto, abrazándolo todo, de pronto se reducía a una ínfima parcela del universo; la enfermedad terminaba de convencerla como me había convencido a mí: era un individuo entre otros, un ser cualquiera. Entonces, un peligro la acechaba, el que desde mi adolescencia yo trataba de conjurar: otro podía no sola-

[1] Anne lo dice también en *Los mandarines*, durante la fiesta que sigue a la liberación, pero sin orgullo ni despecho, con tranquilidad.

mente robarle el mundo, sino apoderarse de su ser y hechizarlo. Con sus rencores, sus furores, Xavière la desfiguraba; cuanto más se debatía, más perdía en esa trampa: su imagen se volvía tan odiosa que necesitaba o aborrecerse para siempre, o quebrar el sortilegio aborreciendo a la que lo ejercía. Así hacía triunfar su verdad.

Sin lugar a dudas, ese final, que a menudo me lo han reprochado, es el punto más débil del libro. Apruebo uno de los momentos: el contraste entre la noche tan alegre, tan inocente, que ha unido Françoise a Gerbert, y la sombría traición que el hecho representa para Xavière. A causa del antagonismo de las existencias, la belleza, la felicidad, la frescura, tienen a menudo como reverso la fealdad y el mal: encontramos esa verdad en todas las encrucijadas de la vida. Motivar por eso un asesinato es otra cosa. Los novelistas olvidan demasiado a menudo que, en la realidad, un abismo separa el sueño de un crimen; matar no es un acto cotidiano. Françoise, tal como la he pintado, es tan incapaz como yo de cometerlo. Por otra parte, se comprende, creo, que Xavière pueda sumir a Françoise en dudas y en rabias pero aunque en los últimos capítulos llevo hasta el paroxismo el egoísmo y la astucia que le presto al principio, no tiene bastante maldad ni bastante consistencia para que yo establezca entre Françoise y ella un odio verdaderamente negro; pueril, caprichosa, no puede alcanzar a Françoise hasta la médula y cambiarla en monstruo. Una sola persona, por otra parte, tendría la fuerza necesaria para eso: Pierre. Me han objetado además que, con esa violencia, Françoise no está salvada; no borra la condena que Xavière hace caer sobre ella. Esa crítica no me convence. Françoise ha renunciado a encontrar una solución ética al problema de la coexistencia; soporta al Otro como un escándalo irreductible; se defiende suscitando en el mundo un hecho igualmente brutal e irracional: un asesinato. Poco me importa que esté errada o no: *La invitada* no es una novela de tesis. Me sentiría satisfecha si, condenando su decisión, se creyera en ella.

Pero no. Literariamente, mi error es tanto más flagrante cuanto que he fracasado al querer que entre lo cotidiano en la tragedia. Y sin embargo, en la medida en que la literatura es una actividad viva, me era indispensable detenerme en ese desenlace: tuvo para mí un valor catartico. Primeramente, al matar a Olga sobre el papel, yo liquidaba las irritaciones, los rencores, que había podido sentir respecto a ella; purificaba nuestra amistad de todos los malos recuerdos que se mezclaban con los buenos. Sobre todo al desligar a Françoise con un crimen de la dependencia en que la mantenía su amor por Pierre, recobraba mi propia autonomía. La paradoja es que no necesité para recuperarla cometer ningún acto imperdonable, sino simplemente contar uno en un libro. Pues, aun si uno está atentamente aientado y aconsejado, escribir es un acto cuya responsabilidad no se comparte con nadie. En esta novela yo me entregaba, me arriesgaba en un grado tal que por momentos el paso del corazón a las palabras me parecía insuperable. Pero esa victoria ideal, proyectada en lo imaginable, no hubiera tenido su peso de realidad: tenía que ir hasta el extremo de mi fantasma, darle cuerpo sin atenuar nada, si quería conquistar para mí la soledad en que había precipitado a Françoise. Y en efecto, la identificación se operó. Releyendo las páginas finales, hoy petrificadas, inertes, me cuesta creer que al redactarlas tuviera la garganta anudada como si verdaderamente hubiera cargado mis espaldas con un asesinato. Sin embargo, fue así. Pluma en mano hice, con una especie de terror, la experiencia de la separación. El asesinato de Xavière puede parecer la resolucion apresurada y torpe de un drama que yo no sabía terminar. Fue, por el contrario, el motor y la razón de ser de una novela entera.

Encarné en Xavière la opacidad de una conciencia cerrada sobre sí: por lo tanto nunca la mostré desde el interior. En cambio, en varios capítulos, tomé como centro de referencias a Elisabeth. Su malevolencia, lejos de perjudicar su lucidez, la agudizaba; llevaba la aventura del trío a las dimensiones

irrisorias que las pasiones tienen por lo general a los ojos de los terceros. Indiqué, como autora, que conservaba presente en el espíritu esa ambigüedad: la experiencia que Françoise vivía en un plano trágico también podía hacer sonreír.

Pero Elisabeth no era una simple utilidad; yo atribuía mucha importancia a su personaje. Uno de los problemas que me mortificaba era la relación entre la sinceridad y la voluntad; Elisabeth trucaba su cara y toda su existencia; Françoise trataba de lograr sin hacer trampa la unidad de su vida: llegaba a preguntarse, considerando su vida, qué es lo que separa una construcción verdadera de una falsa. Xavière solía confundir a las dos mujeres en un mismo desdén. Había entre ellas una diferencia que yo consideraba como esencial. Era raro que Françoise se inquietara por ese vacío instalado en el corazón de toda criatura humana: quería a Pierre, se interesaba en el mundo, en las ideas, en la gente, en el trabajo. La desdicha de Elisabeth, que yo imputaba a su infancia, era que nada ni nadie se imponía a ella con evidencia y calor; disfrazaba esa indiferencia con apariencias de pasión —por la política, por la pintura— que no la engañaban; iba a la caza de emociones, de convicciones, que le parecía no sentir nunca auténticamente; se reprochaba esa incapacidad y el desdén que sentía por sí misma acababa de desolar el mundo: negaba todo valor a las cosas que le eran dadas, a las aventuras que le ocurrían; todo lo que tocaba se convertía en estuco. Cedía a ese vértigo que yo había conocido junto a Zaza y durante algunos instantes frente a Camille; la verdad del mundo y hasta del propio ser pertenecía a otros: a Pierre, a Françoise. Para defenderse de eso, se aferraba a simulacros. Yo adoptaba en ese retrato —en particular en los monólogos interiores— muchos de los defectos que había atribuido a Chantal: su mala fe, sus exageraciones verbales. Pero pinté el cuadro negro. Elisabeth sabía, como Louise Perron durante su crisis, que se representaba comedias y que sus esfuerzos por evadirse sólo servían para hundirla más. Françoise sentía por su amiga una simpatía piado-

sa; veía en ella como una parodia de sí misma: pero, por momentos, esa caricatura le parecía poner en juego su propia verdad. [1]

Para corregir la visión que Elisabeth tiene del trío con un juicio igualmente exterior pero benévolo, di en un capítulo la palabra a Gerbert. Lo traté, sin embargo, de manera superficial: por lo tanto sólo representa un papel secundario. Varias razones me apartaron de mirar el mundo por los ojos de Pierre; le atribuyo una sensibilidad y una inteligencia al menos iguales a las de mi heroína: si las hubiera presentado en su plena floración, la novela se habría desequilibrado, puesto que había elegido para contarla la historia de Françoise. Por otra parte quise que, entre las resistencias de Xavière y la aparente lucidez de Pierre, hubiese una simetría: había que verlos a los dos a través de Françoise. Lo que lamento es haber fracasado en dar a Pierre el relieve que precisamente tiene para Françoise. Conozco una de las razones de esto, sin duda la principal. Puse en Françoise demasiado de mí misma para atarla a un hombre que me fuera extraño: mi imaginación se negaba a esa sustitución. Pero no por eso me repugnaba menos entregar al público una imagen de Sartre tal como yo lo conocía. Me decidí por una transacción. Pierre conservó el nombre y el tipo de ambición del héroe de mi segunda novela; saqué de Dullin algunos rasgos superficiales; otros los tomé de Sartre, pero haciéndolos más insípidos; inventé algunos a causa de las exigencias de la intriga. Privada de mi libertad por un juego de barreras y de autocensura, no supe ni crear un personaje ni trazar un retrato. El resultado es que Pierre —sobre quien descansa toda la historia, puesto que Françoise se determina esencialmente en función de él— tiene menos espesor y menos verdad que cualquiera de los otros protagonistas.

[1] Advierto que en cada una de mis novelas he colocado al lado de las heroínas centrales otras que le dan relieve: Denise se opone a Hélène en *La sangre ajena*, Paule a Anne en *Los mandarines*. Pero la relación entre Françoise y Elisabeth es más estrecha; la segunda es una inquietante negación de la primera.

*La invitada* atestigua las ventajas y los inconvenientes de lo que se llama "la transposición novelesca". Era más divertido y más halagador describir París, el mundo del teatro, Montparnasse, el mercado de las pulgas, y otros lugares que me gustaban en vez de Rouen. Pero, trasladada a París, la historia del trío perdía mucho de su verosimilitud y de su significado. El afecto maniático de dos adultos por una chica de diecinueve años sólo podía explicarse en el contexto de la vida de provincia; era necesaria esa atmósfera sofocante para que el menor deseo cobrara una violencia trágica; para que una sonrisa pudiera incendiar el cielo. De los dos jóvenes profesores desconocidos, hice personalidades muy parisienses, colmadas de amistades, de relaciones, de placeres, de ocupaciones: la aventura infernal, lacerante, a veces milagrosa, de la soledad de tres, está desnaturalizada. Cuando empecé *La invitada,* premedité situar el asesinato de Xavière durante una ausencia de Pierre: podía estar en una gira. La guerra me proporcionó un excelente pretexto para alejarlo. Yo pensaba que, en una ciudad abandonada por los hombres, la soledad de dos mujeres alcanzaría más fácilmente que en tiempo normal un paroxismo de tensión; pero es imposible que la enormidad del drama colectivo no arranque a Françoise, tal como la pinté, de sus preocupaciones individuales; su relación con Xavière tenía que vivirla en una forma debilitada: le faltaría la convicción necesaria para matar. El desenlace parecería más plausible si se hubiera producido en provincia durante la paz. En ese punto, en todo caso, el cambio del espacio y del tiempo no me ayudaron.

En cuanto a la estética de *La invitada,* ya he dicho sobre qué precepto descansa esencialmente: me felicito por haberlo respetado: mi libro le debe lo mejor que tiene. Gracias a la ignorancia en que mantengo a mis héroes, los episodios son a veces tan enigmáticos como en una buena novela de Agatha Christie; el lector no advierte en seguida el alcance; poco a poco nuevos desarrollos, discusiones, descubren los aspectos inesperados: Pierre puede indefinidamente comentar un gesto

de Xavière que Françoise apenas había advertido y del que ninguna explicación definitiva será dada jamás, pues nadie posee la verdad. En los hallazgos de la novela se llega a una ambigüedad de situaciones que corresponde a la que se encuentra en la realidad. También quise que los hechos no se encadenaran según las relaciones unívocas de causalidad, sino que fueran a la vez, como en la vida misma, comprensibles y contingentes: Françoise se acuesta con Gerbert para vengarse de Xavière, pero también porque lo desea desde hace tiempo, porque sus consignas morales ya no funcionan, porque se siente vieja, porque se siente joven, por un montón de razones que desbordan todas las que se podrían indicar. Negándome a abrazar de una mirada las múltiples conciencias de mis personajes, también me prohibí intervenir en el desarrollo del tiempo; recorto, de capítulo en capítulo, algunos momentos: pero presento a cada uno en su integridad, sin resumir jamás una conversación o un acontecimiento.

Hay una regla menos rigurosa pero cuya eficacia conocía por la lectura de Dashiell Hammet como por la de Dostoievsky y que traté de aplicar: toda conversación debe ser en acción, es decir, modificar las relaciones de los personajes y el conjunto de la situación. Además, mientras se desarrolla, una cosa importante tiene que ocurrir en alguna otra parte: por lo tanto, tendido hacia un acontecimiento del que lo separa el espesor de las páginas impresas, el lector siente como los mismos personajes la resistencia y el paso del tiempo.

De las influencias que he sufrido, la más manifiesta es la de Hemingway, que varios críticos han señalado. Uno de los rasgos que apreciaba en sus relatos era su rechazo de las descripciones pretendidamente objetivas: paisajes, decorados, objetos, están presentados según la visión del personaje en la perspectiva de la acción. Yo trataba de hacer la misma cosa y, también, de imitar [1] como él el tono, el ritmo del lenguaje hablado, sin temer las repeticiones ni las futilezas.

[1] Digo imitar y no copiar, pues no se trata de reproducir en una novela ese balbuceo que es una verdadera conversación.

Para el resto acepté —como los norteamericanos— un cierto número de convenciones tradicionales. Sé lo que se les puede reprochar pero también sé en qué se justifican. Hablaré de esto cuando llegue a *Los mandarines*, pues en el momento en que escribí *La invitada* no estaban en tela de juicio. Quería escribir una novela, eso es todo y ya era mucho.

Por fin al comenzar un libro tuve la certidumbre de que lo terminaría y sería publicado; de capítulo en capítulo Sartre me lo aseguraba y yo me convencía: conocí de nuevo la alegría que me había visitado en un lindo día de otoño, a orillas del estanque de Berre; me arrancaba de la arcilla cotidiana, entraba en carne y hueso en el esplendor de los mundos imaginarios. Esa novela que de allí a uno o dos años existiría de veras, encarnaba mi porvenir y yo me encaminaba hacia él con alegría: ya no me sentía nada vieja. Me vestía con un cuidado particular aquel invierno. Me hice hacer un traje sastre de una linda lana color cáscara de huevo, una falda negra plegada, blusas negras y amarillas con las que combiné corbatas amarillas y negras. Me cambié el peinado; me conformé a la moda y me levanté el pelo. En la primavera me compré un sombrero de paja negro que llevé con un tul. Me encontraba elegante y estaba orgullosa.

Sartre también vivía con buen apetito. Escribía la novela que me había anunciado en una carta; ya no se llamaba *Lucifer*, sino *Los caminos de la libertad*. El éxito de *La náusea* no había disminuido y *El muro*, que apareció a principios de 1939, dio que hablar. Paulhan, Cassou, le pidieron crónicas para la *N.R.F.*, para *Europe*; él aceptó complacido. Le dedicaban artículos, los lectores le mandaban cartas, había entablado relaciones con varios escritores y en particular con Paulhan. Sin embargo, no se hizo nuevos amigos: los viejos le bastaban. Marco nos ponía mala cara; pero habíamos recobrado una intimidad con Pagniez y con su mujer. Nizan acababa de publicar su mejor libro, *La conspiración*, que nos gustaba mucho y que obtuvo el premio Interallié.



Escaneado con CamScanner

Lamentábamos la ausencia de Bost. Hacía su servicio militar en Amiens como soldado. Como buen protestante, era ultrademócrata y antes que mandar prefería alimentar unas rabias negras contra los cochinos que se arrogaban el derecho de darle órdenes. Irritados por su educación, por su cultura, los oficiales lo exhortaban impacientemente a seguir cursos de preparación militar y la terca negativa los hundía en un despecho del que él sacaba vivas satisfacciones. Sus camaradas eran campesinos de la Picardía muy primarios y se entendía muy bien con ellos. Eso no le impedía aborrecer el cuartel. Felizmente podía venir a París casi todos los domingos.

Mi oficio no me aburría. Las reuniones de profesores eran fastidiosas, pero no odiaba la disciplina que mi empleo del tiempo me imponía: daba una armazón a mis días; sólo tenía dieciséis horas de clase por semana, lo que no era devorador. Sin embargo, seguí negándome a toda solidaridad con mis colegas; dada la estima que siento hoy por el conjunto del cuerpo docente, lo lamento un poco; en verdad, si conservaba mis distancias, era para seguir a distancia de mí misma. Cumplía las funciones de un profesor de filosofía y no lo era. Ni siquiera era esa adulta que los demás veían: vivía una aventura individual a la que no se aplicaba verdaderamente ninguna categoría. En cuanto a mis cursos los daba con placer: más que trabajo eran conversaciones de individuo a individuo. Leía libros de filosofía, los discutía con Sartre; hacía aprovechar mis adquisiciones a mis alumnos y así evitaba, salvo sobre algunos temas fastidiosos, repetir las mismas lecciones. Por otra parte, de un año al otro el auditorio cambiaba: cada clase tenía su fisonomía y me planteaba problemas nuevos. Los primeros días examinaba con perplejidad a los cuarenta adolescentes a los que iba a tratar de inculcar mi manera de pensar: ¿quién me seguiría? ¿Hasta qué punto? Había aprendido a desconfiar de los ojos que se iluminan demasiado pronto, de las bocas que sonríen con demasiada inteligencia. Poco a poco una jerarquía se establecía; las antipatías, las simpatías, se decidían. Como

yo no me daba el trabajo de disimular las mías, inspiraba recíprocamente sentimientos bastante claros. Contrariamente a las previsiones de mis colegas de Marsella, después de siete años de enseñanza, todavía me gustaba conversar con algunas de mis alumnas; tenían "la edad metafísica"; la vida no existía para ellas sino en ideas y por eso sus ideas eran tan vivas. Yo les hacía hablar mucho durante los cursos y, a la salida, las discusiones continuaban. Pasado el bachillerato, seguía viendo de tanto en tanto a las que se especializaban en filosofía. Era el caso de Bianca Bienenfeld, que el año anterior fuera la primera de la clase y en la Sorbona se hiciera amiga de un grupo de ex alumnos de Sartre, entre ellos Jean Kanapa. Trataban en sus disertaciones, en sus exposiciones, de hacer aceptar el método fenomenológico. Bianca ponía en su trabajo mucha pasión y reaccionaba con violencia frente a lo que ocurría en el mundo. Nos hicimos amigas.

Había una colonia de rusos blancos en Passy y aquel año mi mejor alumna era una rusa blanca. Diecisiete años, rubia, con una raya al medio que la avejentaba, zapatos gruesos, faldas demasiado largas. Lise Oblanoff me divirtió en seguida por su agresividad. Me interrumpía brutalmente: "¡No comprendo!" A veces se empeñaba tanto en rechazar mis explicaciones, que yo me veía obligada a pasar de largo; entonces se cruzaba de brazos con ostentación y sus miradas me asesinaban. La encontré una mañana en el subterráneo, en la estación del Trocadero, donde cambié de línea; se me acercó con una gran sonrisa: "Quisiera decirle, señorita, que en grandes rasgos encuentro sus cursos muy interesantes." Conversamos hasta la puerta del liceo. Volví a encontrarla varias mañanas en el mismo andén y comprendí que no era un azar: me esperaba; aprovechaba nuestra conversación a solas para reclamarme las respuestas que yo no le había dado en clase. Hubiera querido al año siguiente continuar sus estudios de filosofía pero sus padres no estaban naturalizados; como apátrida, la enseñanza le estaba vedada y su padre quería que fuera ingeniera química. Ella frecuentaba el liceo

Molière, desde hacía años, pero sólo se había hecho una amiga, rusa también, que había dejado el liceo tres años antes para ganarse la vida. A sus otras compañeras las encontraba insípidas y tontas; juzgaba a todo el mundo con gran severidad: no se sentía solidaria con esa sociedad que observaba de lejos con un desprendimiento irónico. Esa distancia era lo que la volvía tan exigente intelectualmente: le negaba todo crédito a esa civilización extranjera; sólo aceptaba las verdades demostradas a la luz de la razón universal. También debía a su situación de exilada una visión barroca y a menudo divertida de las cosas y de la gente.

Yo ya no ocupaba mis ocios exactamente de la misma manera que los años anteriores. Abandonaba Montparnasse. Olga seguía de nuevo los cursos del Atelier; había empezado a ir allí silenciosamente; luego, para darle la réplica a una compañera, había estudiado el papel de Olivia en la *Noche de Reyes* de Shakespeare; Dullin se interesó en ella cuando pasaron la audición; le hizo grandes elogios. En seguida, toda la clase quiso vincularse con ella y lo más importante es que cobró seguridad; volvió regularmente y ya ningún alumno era más asiduo que ella. Perfeccionaba su dicción, se aplicaba en repetir: "Díme grueso grano de cebada cuando te desgruesogranocebadarán." Hacía ejercicios de improvisación con diferentes profesores; aprendía la mímica con Jean Louis Barrault. Dullin la apreciaba y se lo demostraba; me habló a menudo de ella con viva estima. Se instaló en un hotel de la plaza Dancourt y a menudo me encontré con ella para comer en un restaurancito, al lado del teatro, frecuentado por los actores de la compañía y los alumnos de la escuela. Me contaba sobre los unos, sobre los otros un montón de cuentos. La hermosa Madeleine Robinson ya había hecho en cine y en teatro más de un papel, pero seguía aprendiendo su oficio; vivía con frenesí y desorden, tirando el dinero por la ventana, vistiéndose con vestidos divinos pero siempre más o menos andrajosos: desdeñaba la decencia, la prudencia, las apariencias, y Olga la estimaba. Entre las debutantes, Dullin prede-

cía el más brillante porvenir a Berthe Tissen, una luxemburguesa fea, pero dotada de un temperamento extraordinario; en el personaje de Mara, de *El anuncio hecho a María*, había arrancado lágrimas a sus compañeras. También se esperaba mucho de una muchacha morena, de largas trenzas, rostro apasionado, que había tomado el seudónimo de Andrée Clement; era muy amiga de un muchacho raro, lleno de talento, llamado Dutilho. Conocí a Cecilia Bertin, que mientras se destinaba al teatro preparaba una licencia de filosofía. Los ojos brillantes, los pómulos salientes, la piel oscura, se envolvía en chales de colores vivos que le daban aires de gitana: tenía encanto, pero le faltaba naturalidad. Olga se ligó bastante íntimamente con una yugoslava de pelo negro cuervo que yo había visto a menudo en Montparnasse y también se llamaba Olga. Pero de todas las chicas y de todos los muchachos de la escuela, su favorito era Mouloudji, al que dos o tres películas habían hecho célebre; a los dieciséis años, escapaba a las desgracias de la adolescencia, había conservado la seriedad y la frescura de la infancia. Adoptado por Jacques y su banda, en particular por Marcel Duhamel, había adquirido a su lado una cultura curiosamente abigarrada: era asombroso el número de cosas que sabía y que no sabía. Familiarizado desde tiempo atrás con la poesía surrealista, con las novelas americanas, descubría en aquel momento a Alejandro Dumas y se maravillaba. Sus orígenes, su éxito, lo situaban al margen de la sociedad, a la que juzgaba con una intransigencia juvenil y una austeridad proletaria: "Entre los obreros eso no se hace", decía a menudo en tono de reprobación. La burguesía y la bohemia le parecían igualmente corrompidas. Reservado hasta el salvajismo y cordial con exuberancia, separando el bien del mal y sin embargo perplejo hasta la desorientación, sensible, abierto, con bruscos empecinamientos, de una extrema gentileza, pero capaz de rencor y en ocasiones de perfidia, era un monstruito seductor. Se entendía con Olga porque en ella también algo de la infancia había sido salvado.

A menudo Olga bajaba de Montmartre a Saint-Germain-des-Prés. Creo que fue la primera que me llevó al "Café de Flore", donde tomé la costumbre de pasar muchas noches con ella y con Sartre. El lugar se había vuelto el punto de reunión de la gente de cine: directores, actores, *script girls*, decoradores. Se codeaban Jacques y Pierre Prévert, Grémillon, Aurenche, el guionista Chavanne, los miembros del antiguo grupo "Octubre": Sylvain Itkine, Roger Blin, Fabien Lorris, Bussière, Baquet, Yves Deniaud, Marcel Duhamel. También se veían chicas muy bonitas. La más deslumbrante era Sonia Mossé, cuyo rostro y cuerpo soberbio —aunque un poco abundante para sus veinte años— habían inspirado a escultores y pintores, entre otros a Derain; levantaba sobre su nuca en trenzas sabias, una admirable cabellera rubia; la sobria originalidad de sus joyas, de su vestimenta, me encantaba; admiraba entre otros un vestido de corte estricto, pero cortado en un cachemir viejo y precioso. En general, estaba acompañada por una morena atrayente de pelo muy corto y aspecto varonil. A veces, Jacqueline Breton hacía una aparición con conchillas en las orejas, los ojos erizados de pinchos, agitando en un golpeteo de pulseras manos con uñas provocantes. Pero el tipo femenino más corriente era lo que llamábamos "las enloquecedoras": criaturas de pelo pálido, más o menos roídas por la droga, o por el alcohol, o por la vida, con bocas tristes y ojos que no terminaban más.

El "Flore" tenía sus costumbres, su ideología: la pequeña banda de fieles que se encontraban allí diariamente no pertenecía del todo ni a la bohemia ni a la burguesía; la mayoría estaba vinculada de manera incierta al mundo del cinematógrafo y al del teatro; vivían de vagas rentas, de combinaciones o de esperanzas. Su dios, su oráculo, su maestro para pensar era Jacques Prévert, cuyos films y poemas veneraban y del que trataban de copiar el lenguaje y la manera de ver las cosas. Nosotros también apreciábamos los poemas y las canciones de Prévert: su anarquismo soñador y un poco disparatado nos convenía mucho. Antaño *El negocio*

*esta en el bolsillo*, más recientemente *Extraño drama*, puesto en escena por Carné, con Barrault, Jouvet, Françoise Rosay, nos habían encantado. Nos había gustado sobre todo *El muelle de las brumas*, admirablemente interpretado por Gabin, Brasseur, Michel Simon, y por la maravillosa desconocida que se llamaba Michèle Morgan, el diálogo de Prévert, las imágenes de Carné, la brumosa desesperación que envolvía el film, nos habían emocionado; también estábamos de acuerdo con nuestra época, que vio en *El muelle de las brumas* la obra maestra del cine francés. Sin embargo, los jóvenes ociosos del "Flore" nos inspiraban una simpatía mezclada de impaciencia; su anticonformismo les servía sobre todo para justificar su inercia; se aburrían mucho. Su principal distracción eran "las enloquecedoras": cada uno tenía con cada una, sucesivamente, una unión de duración variable pero en general breve; el circuito cerrado se volvía a empezar, cosa que no ocurría sin monotonía. Se pasaban el día exhalando su desagrado en frasecitas cínicas entrecortadas por bostezos. No terminaban nunca de deplorar la tontería humana.

El domingo a la noche, abandonando las amargas elegancias del escepticismo, se exaltaban con la espléndida animalidad de los negros de la calle Blomet. Yo acompañé varias veces a Olga a ese baile, al que también iban Sonia y sus amigas. Encontré a Marie Girard, que había cambiado un poco desde Berlín: se arrastraba por Montparnasse y por los lugares que frecuentaba la gente de Montparnasse. Éramos excepciones: en esa época, muy pocas blancas se mezclaban a la muchedumbre negra; menos aun se atrevían a salir a bailar: frente a las ágiles africanas, a los antillanos estremecidos, su rigidez era afligente; si trataban de evitarla, se parecían a histéricas en trance. Yo no caía en el snobismo de la gente del "Flore", no imaginaba que participaba en el gran misterio erótico de África; pero me gustaba ver a los bailarines; el ruido, el humo, los vapores del alcohol, los ritmos violentos de la orquesta, me adormecían; a través de esa bruma, yo veía pasar hermosos rostros dichosos. Mi cora-



Escaneado con CamScanner

zón latía un poco más rápido cuando explotaba el tumulto de la cuadrilla final: en el desencadenamiento de los cuerpos dichosos me parecía tocar mi propio ardor por vivir.

El espíritu "Café de Flore" triunfaba en el cabaret que, gracias al apoyo de Sonia Mossé y de otra socia, Agnès Capri, ex alumna de Dullin, se abrió en la calle Molière a principios de 1939. Un escenario en miniatura, protegido por un telón rojo, ocupaba el fondo de la salita acolchada. Agnès Capri, con un aire de candor en su rostro afilado, cantaba las canciones de Prévert; decía poemas de él, versos de Apollinaire; yo apreciaba la frescura ácida de su voz; nunca me cansaba de oírla en *La pesca de la ballena* ni de ver florecer entre sus labios la flor venenosa. Yves Deniaud, alabando los métodos de un aparato para hacer nudos de corbatas, era un vendedor ambulante aturdidor. Nos hacía llorar de risa en el número de los *Barbudos*, que ejecutaba con Fabien Loris; tenían un notable repertorio de canciones 1900; la más aplaudida presentaba a un oficial alemán cuyo chico recién nacido, por un oscuro concurso de circunstancias, estaba muriéndose de hambre: ofrecía una fortuna a una joven matrona alsaciana para que aceptara amamantar al bebé.

*No, no, nunca, mi pecho es francés;*
*no amamantaré al hijo de un alemán,*

respondía con voz vibrante y la mano sobre el pecho la alsaciana barbuda. La ironía, la parodia, ocupaban el primer lugar en los programas de Capri; al burlarnos de las generaciones pasadas, sentíamos el delicado placer de un narcisismo colectivo: nos sentíamos lúcidos, informados, críticos, inteligentes. Un año después, cuando comprendí mi ceguera, mi ignorancia, aborrecí todas esas picardías.

No habíamos abandonado por completo el "Dôme", cuyos parroquianos estaban más derrumbados y eran más imprevistos que los de "Flore". Una noche el enorme Domínguez, al que habíamos conocido no sé cómo, nos invitó a Olga y a mí a su estudio; estaban Roma, la grecorromana con quien



Escaneado con CamScanner

vivía entonces, el pintor Florès, y unas diez personas. Por primera y única vez en mi vida jugué a ese juego de la verdad que encantaba a los surrealistas. Casi todas las preguntas tenían un carácter sexual o hasta obsceno. Le preguntaron a Roma por qué le gustaba acostarse con Domínguez; con un ademán amplio y lleno de encanto dibujó en el aire un cuerpo gigante: "¡Porque hay tanto!", dijo. Pero, en conjunto, tanto las preguntas como las respuestas eran tan chatas como crudas. Hicimos un buen papel, pero al precio de un gran esfuerzo. Poco a poco la atmósfera se volvió, como hubiera dicho *Le Canard Enchainé*, ambiental: algunos jugadores parecían dispuestos a pasar de las palabras a los actos. Nos hicimos humo.

Comparadas al *Muelle de las brumas*, las nuevas películas francesas no valían nada. Mouloudji, sin embargo, estaba encantador en *El infierno de los ángeles*. Los films norteamericanos se volvían aburridos; aventajaban uniformemente a los policías a expensas de los gangsters. En *Ángeles con caras sucias*, James Cagney aceptaba morir como un cobarde para apartar del crimen a una pandilla de chicos. *Mr. Smith va al Senado*, *No lo llevarás contigo*, eran comedias bien construidas, bien representadas y divertidas; pero pretendían transmitir un mensaje: el capitalismo debe ser el humanismo.

Había habido buenos espectáculos en la Comédie Française, desde que Jean Zay había invitado a los directores del Cartel a hacer allí puestas en escena. Quince años atrás yo había visto en el Atelier *A cada uno su verdad*; volví a verlo en la realización más amplia que Dullin presentaba en la escena del teatro Francés; cuando surgían desde el fondo del corredor, que un efecto de perspectiva hacía parecer inmenso, Ledoux, Berthe Bovy, enfundados en su luto, dejaban en un estupor angustiado a la vez a sus protagonistas y al público. Con *Las bodas de Fígaro*, Dullin suscitó vivas polémicas. Claudio, que interpretaba a Querubín, parecía tener apenas doce años: lo encontraron verdaderamente demasiado joven.

También se le reprochó a Dullin que no hubiera subrayado más el lado social y político de la pieza; a mi juicio, no le había quitado nada de su virulencia tratándola con liviandad. Asistí al estreno de *La tierra es redonda* de Salacrou, que me pareció, no sé si me equivocaba, un gran acontecimiento mundano. Lucienne Salacrou me pareció soberbia con su largo vestido sedoso y su peinado en alto, adornado de un broche precioso. Y ¡qué bonita estaba Sylvia Bataille en carne y hueso, bajo su gorrito de plumas rutilantes! Yo no tenía ninguna gana de formar parte del Todo París ni de lucirme con traje de fiesta, pero me divertía ver de cerca a notabilidades y bellos vestidos.

Dullin abandonó la escena del Atelier a Barrault para que presentara *El hambre;* Olga representaba varios pequeños papeles en ese espectáculo. La velada empezaba por una adaptación del *Hamlet* de Latorgue, realizada por Granval, y en que Barrault se ofrecía plenamente a los espectadores. En *El hambre* trataba por primera vez de llevar hasta el extremo su idea de un "teatro total". Sólo habría conservado de la novela de Knut Hamsun la idea general: la soledad sin esperanza, en el corazón de una gran ciudad, de un hombre hambriento; a ese tema había ligado otro que le importaba mucho: el hombre y su doble. La palabra no tenía en ese espectáculo sino una importancia secundaria; a menudo era reemplazada por "palabrerío"; de ese procedimiento, todavía nuevo, Barrault sacaba efectos excelentes; pero el lenguaje que usaba de preferencia era la mímica. Discípulo de Decroux, quien había consagrado su vida a resucitar el mimo, no consideraba que ese arte se bastara a sí mismo: quería utilizar sus recursos para un desarrollo dramático. No resistió a la tentación de introducir en *El hambre* algunos momentos espectaculares: por ejemplo fingía subir una escalera imaginaria; ese ejercicio se aislaba del conjunto y quebraba el ritmo; yo apreciaba mucho más los momentos en que el gesto se volvía un verdadero modo de expresión teatral. En su osadía sin vulgaridad, la escena muda en que el héroe,



Escaneado con CamScanner

por exceso de debilidad, no logra poseer a la mujer que desea, constituía un notable acierto. La pieza tuvo éxito; fue representada más de cincuenta veces. Después de *Numancia* y de *Mientras yo agonizo*, *El hambre* permitía augurar que Barrault iba a llevar al teatro una renovación cuya necesidad se sentía. El Cartel había dado lo que podía dar: no inventaba ya nada. En el momento en que el cine se deslizaba hacia el realismo se deseaba ver aparecer en escena un modo inédito de transposición: la relación del actor con el texto, del texto con el espectáculo, del espectáculo con el público, todo debía ser creado de nuevo. Quizá Barrault lo lograra.

Para las vacaciones de Navidad volvimos a Mégève; empezábamos a desenvolvernos de una manera que nos gustaba: no éramos ambiciosos. Para Pascuas hicimos un viaje a Provenza; yo dejaba a Sartre en las ciudades y en las aldeas, a las que llegábamos en tren, en ómnibus, y me paseaba por las cuestas del Lubéron, en las montañas todavía nevadas de los alrededores de Digne. En Manosca, en todos los quioscos y en todas las librerías, estaban expuestas las novelas de Jean Giono; había empezado a predicar la vuelta a la tierra y, cuando yo iba con la mochila al hombro por un sendero de los alrededores de Contadour, unos campesinos me preguntaron si pertenecía a la colonia. Sartre leía a Heidegger desde principio de año en la traducción de Corbin y en el texto alemán. Me habló seriamente de él por primera vez en Sisteron; todavía veo ese banco de piedra en que estábamos sentados. Sartre me explicaba lo que significa la definición del hombre como "ser de las lejanías" y cómo "el mundo se revela en el horizonte de los instrumentos descompuestos"; pero me costaba comprender qué presencia Heidegger atribuye al porvenir. Sartre, a quien siempre le había importado antes que nada salvar la realidad del mundo, apreciaba en la filosofía de Heidegger una manera de reconciliar lo objetivo y lo subjetivo; no la consideraba muy rigurosa, pero era rica en sugestiones.

Cada vez que yo tenía unos días de libertad me iba de

París. En Pentecostés paseé por el Morvan: vi Dijon, Auxerre, Vezelay. Durante la semana del bachillerato, en junio, me fui al Jura. Escalé todas las crestas. Me cansé tanto que se me hinchó una rodilla y caminar se convirtió en un suplicio. Tomé el tren para Ginebra donde me arrastré cojeando. El gobierno español había transferido allí las colecciones del Prado para ponerlas al amparo de los bombardeos y pasé una tarde entre los Goya, los Greco, los Velázquez. Tenía el corazón oprimido, pues ya sabía que no volvería a España hasta después de mucho tiempo.

Durante todo el año había intentado encerrarme en el presente, aprovechar cada instante. Pero, sin embargo, no había logrado olvidar el mundo a mi alrededor. Las esperanzas de junio de 1936 se habían definitivamente extinguido. La clase obrera fracasó en su lucha contra los Decretos Leyes que le retomaban la mayor parte de sus conquistas: a la huelga del 30 de noviembre, el patronato contestó victoriosamente por un lockout general. Yo carecía demasiado de imaginación para conmoverme por el incendio de Canton, la caída de Hankow; pero las derrotas de los republicanos españoles nos afectaban como una desdicha personal. Sus disensiones intestinas, el proceso del P.O.U.M. que se desarrollaba en Barcelona, turbaban nuestros corazones. ¿Era verdad que los stalinianos habían asesinado la revolución? ¿O había que creer que los anarquistas habían hecho el juego de los rebeldes? Éstos triunfaban. Barcelona agonizaba. Fernando, que había venido con licencia, nos describió los bombardeos, el hambre; nada que comer, salvo de tanto en tanto un puñado de garbanzos; ni siquiera tabaco para engañar el hambre: ni siquiera se encontraba una colilla que recoger por las calles. Los chicos estaban descarnados, macilentos, con vientres enormes. En enero, devastada por las bombas de aire líquido, la ciudad cayó. En un número cada vez mayor, los refugiados, harapientos, desencajados, afluían a la frontera. Madrid todavía resistía, pero ya Inglaterra reconocía a Fran-

co; Francia mandaba a Pétain de embajador a Burgos. Después de algunos sobresaltos, cayó Madrid. Toda la izquierda francesa se sintió de duelo y culpable. Blum confesaba que, en agosto de 1936, rápidas entregas de armas hubieran salvado a la República y que la no intervención había sido una política de incautos: ¿por qué la opinión había fracasado en imponerle otra? Empecé a comprender que mi inercia política no me confería un certificado de inocencia y, cuando Fernando rezongaba: "Cochinos franceses", yo me sabía incluida en la expresión.

Pero entonces, frente a las tragedias de ultra Rin, ¿podía seguir optando por la pasividad? Los nazis habían organizado el terror en Bohemia, en Austria. La prensa nos reveló la existencia del campo de Dachau, donde estaban internados millares de judíos y de antifascistas. Bianca Bienenfeld recibió la visita de uno de sus primos, que había logrado huir de Viena después de haber pasado una noche en manos de la Gestapo: lo habían golpeado durante horas; todavía tenía la cara azul y sembrada de quemaduras de cigarrillos. Contaba que la noche que siguió a la muerte de Von Rath, en una pequeña ciudad donde tenía parientes, habían hecho levantarse de la cama a todos los judíos y los habían juntado en la plaza mayor, obligado a desvestirse y mutilado con un hierro candente. Por todo el Reich, el atentado había servido de pretexto para horribles pogroms: las últimas sinagogas habían sido incendiadas, las tiendas judías saqueadas, millares de israelitas internados. "¿Es posible trabajar, divertirse, vivir cuando ocurren semejantes cosas?", me decía Bianca llorando. Y yo, que me obstinaba en apostar sobre la felicidad, me avergonzaba de mi egoísmo.

Me daba vergüenza, pero todavía no aflojaba, quería seguir creyendo que la guerra no tendría lugar. Italia a su vez reivindicaba su "espacio vital"; denunciaba su pacto con Francia, suscitaba disturbios en Túnez, amenazaba a Djibouti. El día en que las tropas italianas entraron en Barcelona al lado de los soldados de Franco, la muchedumbre romana se

manifestó bulliciosamente; celebró la victoria de los dictadores gritando: "¡Túnez para nosotros! ¡Córcega para nosotros!" Yo me acunaba con el último slogan pacifista: "¡No vamos a pelear por Djibouti!" Parecía, en efecto, que no pelearíamos. Hitler sostenía blandamente a Mussolini; Roosevelt prometía que, en caso de ataque, iría en ayuda de las democracias. Pero Eslovaquia y Ucrania se pusieron bajo la protección del Reich; el 16 de marzo Hitler entraba en Praga. En Inglaterra, el gobierno instauraba la conscripción. En Francia, Daladier obtenía plenos poderes, se empezaba a distribuir máscaras contra gases, se sacrificaba la ley de cuarenta horas a los intereses de la defensa nacional. De día en día, la paz retrocedía. Mussolini atacaba a Albania, Hitler amenazaba a Memel y reclamaba Dantzig; Inglaterra, optando por una política de firmeza, suscribía con Polonia un pacto de asistencia. Quizá la conclusión de un acuerdo anglo-franco-ruso intimidaría a Hitler, pero las negociaciones con la U.R.S.S. fracasaban. Pronto no habría más alternativa que la guerra o volver a echarse atrás. Déat escribió en *L'Oeuvre* un artículo muy comentado: "Morir por Dantzig"; invitaba a los franceses a todas las renuncias: desde los radicales a los comunistas, la izquierda fue unánime en su indignación.

Recuerdo a propósito de eso una discusión entre Colette Audry y Sartre; ella se había sentido tan impresionada por los desastres españoles que en política no creía más en nada: "Todo es mejor que la guerra", decía. "No todo, no el fascismo" respondía él. No tenía alma belicosa; en el momento, el 30 de setiembre, no le había disgustado reanudar el hilo de su vida civil; no por eso dejaba de pensar que Munich era una falta y consideraba que un nuevo retroceso sería criminal; transigiendo, nos hacíamos cómplices de todas las persecuciones, de todas las exterminaciones: a mí también me repugnaba esa idea. Había decenas de millares de judíos que para escapar a los campos de concentración, a las torturas, erraban a través del mundo; la historia del Saint-Louis nos hizo sentir de cerca el horror de su situación. Noveclen-

los dieciocho israelitas se habían embarcado en Hamburgo para Cuba; el gobierno de Cuba los rechazó y el capitán puso proa hacia Alemania. Todos se juramentaron en una promesa colectiva a morir juntos antes que volver a Hamburgo. Erraron durante semanas; por fin Holanda, Inglaterra, Francia, aceptaron darles asilo. Cantidades de otros barcos transportaban así de una orilla a otra cargamentos miserables que ningún país quería acoger. Era hora de terminar con esas atrocidades que nuestro egoísmo ya había tolerado demasiado tiempo.

Sin embargo las imágenes de la otra guerra volvían a mi corazón: condenar a muerte por humanitarismo a un millón de franceses, ¡qué contradicción! Sartre me contestaba que no se trataba de humanitarismo ni de ninguna especie de moral abstracta: estábamos en juego; si no se abatía a Hitler, Francia conocería, con poca diferencia, la suerte de Austria. Yo decía como Colette Audry, como muchos discípulos de Alain: "¿Una Francia en guerra no es peor que una Francia nazificada?" Sartre sacudía la cabeza: "No quiero que me obliguen a comer mis manuscritos. No quiero que arranquen los ojos de Nizan con una cucharita." Sea: para nosotros, los intelectuales, la dominación nazi quitaría todo sentido a nuestras vidas; pero, si la decisión hubiera estado en nuestras manos, ¿nos habríamos atrevido a mandar a los pastores de los Bajos Alpes, a los pescadores de Douarnenez, a hacerse matar para defender nuestras libertades? "A ellos también les incumbía", me contestaba Sartre; por no haber tomado las armas contra Hitler, sin duda se verían un día forzados a luchar por él; en una Francia anexada o avasallada, obreros, campesinos, burgueses, todos sufrirían: todos serían tratados como vencidos, y duramente sacrificados a la grandeza del Reich.

Me convenció. La guerra ya no podía evitarse. Pero ¿por qué habíamos llegado a esto? Yo no tenía derecho a quejarme, puesto que no había levantado el dedo meñique para impedirlo. Me sentía culpable. Si al menos hubiera podido

decirme: "Y bien, pagaré. Mi ceguera, mi atolondramiento, los rescataré aceptando las consecuencias." Pero pensaba en Bost, en todos los muchachos de su edad que no habían tenido la menor oportunidad de influir sobre los acontecimientos; podían con justicia acusar a sus mayores: tenemos veinte años y vamos a morir por culpa de ustedes. Nizan había tenido razón al sostener que el compromiso político no puede eludirse de ninguna manera; al abstenerse se toma posición. Los remordimientos me atenazaban.

No es posible asignar un día, una semana, ni siquiera un mes, a la conversión que se operó en mí. Pero es indiscutible que la primavera de 1939 marca un corte en mi vida. Renuncié a mi individualismo, a mi antihumanismo. Aprendí la solidaridad. Antes de abordar el relato de ese nuevo período, quisiera hacer un nuevo balance de lo que me habían traído esos diez años.

Es arbitrario cortar la vida en tajadas. Sin embargo el año 1929, donde se sitúan a la vez el fin de mis estudios, mi emancipación económica, mi partida de la casa paterna, la liquidación de mis antiguas amistades y mi encuentro con Sartre, abrió evidentemente para mí una nueva era. En 1939, mi existencia cambió en forma radical: la Historia se apoderó de mí para no soltarme más; por otra parte me interné a fondo y para siempre en la literatura. Una época se cerraba. Ese período que acabo de contar me hizo pasar de la juventud a la madurez. Dos preocupaciones lo dominaron: vivir y lograr mi vocación todavía abstracta de escritora, es decir, encontrar el punto de inserción de la literatura en mi vida.

Vivir primero; hagamos lo que hagamos, se vive, por supuesto; pero hay más de una manera de unificar los momentos que transcurren: subordinándolos a una acción, por ejemplo, o proyectándolos en una obra. La empresa mía fue mi vida misma, que creía tener entre mis propias manos. Debía satisfacer dos exigencias que, en mi optimismo, yo no separaba: ser dichosa y darme al mundo; la desdicha sólo me habría

dado, pensé, una realidad adulterada. Como mi felicidad me estaba garantizada por mi entendimiento con Sartre, mi preocupación fue agregarle la experiencia más rica posible. Mis descubrimientos no seguían como en mi infancia una línea segura: no temía todos los días la impresión de progresar; en su desorden y en su confusión me colmaban; yo confrontaba las cosas en carne y hueso con lo que había presentido de ellas desde el fondo de mi jaula, veía cosas insospechadas. Se ha visto con qué empeño llevé mis investigaciones. Conservé mucho tiempo la ilusión de que la verdad absoluta de las cosas se daba a mi conciencia y a ella sola, exceptuando quizá a Sartre. Evidentemente yo sabía que mucha gente podía comprender mejor que yo un cuadro, una sonata; pero me parecía confusamente que, desde el momento en que un objeto se había integrado a mi historia, gozaba de una iluminación privilegiada. Un país era virgen de toda mirada mientras yo no lo hubiera visto con mis ojos.

Hasta los treinta años, me sentí más avisada que los jóvenes y más joven que los viejos; los unos eran demasiado aturdidos, los otros demasiado pasados; sólo en mí la existencia se organizaba de manera ejemplar; cada detalle se beneficiaba con esa perfección. Por lo tanto, era urgente, para el universo como para mí, que yo conociera todo de él. El goce era secundario respecto al precio de ese mandato que se perpetuaba: yo lo acogía con entusiasmo pero no lo buscaba; prefería sumergirme en el *Octeto* de Stravinsky -que no me daba entonces ningún placer— a escuchar la demasiado familiar *Cavatina*. Había algo frívolo en mi curiosidad. Como en mi infancia, imaginaba que apenas descifraba un pedazo de música, de una ciudad, de una novela, aprendía lo esencial; prefería la diversidad a la repetición y ver Nápoles por primera vez antes que volver a Venecia; en cierta medida, sin embargo, esa avidez se justificaba. Para alcanzar un objeto, hay que situarlo en el conjunto a que pertenece; la *Cavatina* remite a la obra completa de Beethoven, de Haydn, a los orígenes de la música y hasta a sus desarrollos ulteriores.

Eso yo lo sabía no solamente por haber leído a Spinoza, sino porque la idea de la síntesis dirigía, ya lo he dicho, el pensamiento de Sartre y el mío. Tenía que apuntar a la totalidad del universo, si quería poseer su menor partícula. La contradicción, ya se ha visto, no nos asustaba; podábamos, mondábamos, cortábamos; hundíamos en la nada a Murillo, a Brahms; al mismo tiempo, nos negábamos a elegir: todo lo que existía debía existir para nosotros.

Es normal, dada la infinitud de esa tarea, que yo haya sido una presa incesante de proyectos: cada conquista era una etapa que era preciso superar. Ese rasgo, sin embargo, no se explica únicamente por la inmensidad del campo que yo quería cubrir, puesto que hoy he renunciado a agotarlo y no he cambiado en absoluto: proyecto. La contingencia me asusta; al poblar el porvenir de esperas, de llamados, de exigencias, concedo al presente una necesidad. Sin embargo, ya lo he dicho, conocía treguas: contemplaba. Eran una fabulosa recompensa esos momentos en que la preocupación de existir se perdía en la plenitud de las cosas con las cuales yo me confundía.

Ese trabajo que perseguíamos Sartre y yo para anexarnos el mundo no se acomodaba a rutinas y barreras establecidas por la sociedad; por lo tanto las recusábamos: pensábamos que el hombre debía ser creado de nuevo. Colette Audry, a quien unos amigos muy politizados reprochaban que se gastara con nosotros, les contestó alegremente: "Preparo al hombre de mañana." Habíamos sonreído con ella de esa expresión, pero no nos parecía tan falsa; un día la gente sacudiría su esclerosis, inventaría libremente su vida: pretendíamos eso. En realidad, por lo general nos llevaba alguna corriente: cuando íbamos a los deportes de invierno, a Grecia, a un concierto de jazz, a ver un film norteamericano, cuando aplaudíamos a Gilles y a Julien. Sin embargo, abandonábamos tóda situación con la idea de que nos permitía moldearla sin plegarnos a ningún modelo. Habíamos inventado nuestras relaciones, su libertad, su intimidad, su franqueza; inventa-

mos con menos felicidad el trío. En nuestra manera de viajar, había una originalidad que venía en parte de nuestra negligencia para organizarnos: pero ese mismo aturdimiento reflejaba nuestra manía de independencia. Visitamos Grecia a nuestra manera. En Italia, en España, en Marruecos, uníamos al grado de nuestra inspiración el confort y la frugalidad, el esfuerzo y la pereza. Sobre todo, inventábamos actitudes, teorías, ideas; nos resistíamos a encadenarnos, practicábamos la revolución permanente; eso molestaba a menudo a nuestros prójimos, que creían fielmente seguirnos cuando ya estábamos en otro lado. "Lo cansador con ustedes, nos dijo un día Bost, es que hay que tener opiniones *al mismo tiempo que ustedes.*" En efecto, soportábamos mal de parte de nuestros íntimos las contradicciones que nosotros mismos multiplicábamos; los abrumábamos con argumentos irrefutables que pulverizábamos al día siguiente.

Gracias a esos virajes y a la atención que prestábamos a las cosas, nos parecía estar pegados a la realidad. Eso nos hacía reír cuando, en sus escritos o en sus palabras, Jean Wahl o Aron hablaban de ir "hacia lo concreto", de apresarlo: estábamos convencidos de manejarlo a manotones. Sin embargo, semejante en ese punto a la de todos los intelectuales pequeños burgueses, nuestra vida se caracterizaba por su irrealidad. Teníamos un oficio que ejercíamos correctamente, pero que no nos arrancaba del universo de las palabras; intelectualmente éramos sinceros y aplicados; como Sartre me lo dijo un día, teníamos *un sentido real de la verdad* [1], ya es algo: pero eso no implicaba de ninguna manera que tuviéramos *un sentido verdadero de la realidad.* No solamente estábamos como todos los burgueses al amparo de la necesidad y, como todos los funcionarios, de la inseguridad, sino que además no teníamos hijos, ni familia, ni responsabilidades: éramos duendes. No existía ningún lazo inteligible entre el trabajo, después de todo divertido y

[1] La mayoría de los burgueses, toda la gente de mundo, tiene relaciones perfectamente irreales con la verdad.

nada cansador, que proporcionábamos, y el dinero que recibíamos: no pesaba su peso; no estando sujetos a ningún tren de vida, gastábamos caprichosamente: a veces, el dinero nos alcanzaba hasta fin de mes, otras veces no; esos azares no nos descubrían la realidad económica de nuestra situación y la ignorábamos; crecíamos como los lirios del campo. Las circunstancias favorecieron nuestras ilusiones. Estallábamos de salud; nuestros cuerpos sólo nos oponían resistencia cuando los forzábamos demasiado; podíamos pedirles mucho y eso compensaba la modestia de nuestros recursos. Vimos mundo como si hubiéramos sido ricos, porque no vacilábamos en dormir al aire libre, en comer en bodegones, en caminar. En un sentido, merecíamos nuestras alegrías; las pagábamos a un precio que otra gente habría considerado inabordable: pero una de nuestras suertes era poder merecerlas de esa manera. Tuvimos otras. No sé por qué, nuestros lazos ilegítimos eran considerados casi con tanto respeto como un casamiento: M. Parodi, inspector general, los conocía y los tuvo en cuenta con benevolencia, cuando me llevó a Rouen después de haber nombrado a Sartre en El Havre; por lo tanto, se podía impunemente cambiar las costumbres. Eso nos confirmó en el sentimiento de nuestra libertad. La evidencia de ella nos ocultó la miseria del mundo. Cada cual a nuestro modo perseguíamos sueños. Yo quería además que mi vida fuera "una linda historia que se volviera verdadera a medida que me la fueran contando", mientras me la contaban, le daba empujoncitos para embellecerla; como mi triste heroína Chantal, la cargué durante dos o tres años de símbolos y de mitos. Luego renuncié a lo maravilloso; pero no me curé del moralismo, del puritanismo, que me impedían ver a la gente tal cual es, ni de mi universalismo abstracto. Seguí penetrada del idealismo y del esteticismo burgueses. Sobre todo, mi terquedad esquizofrénica por la felicidad, me volvió ciega a la realidad política. Esa ceguera no me era personal: casi toda mi época sufría de ella. Es impresionante que, al día siguiente de Munich, el equipo entero de *Vendredi*

(unánime y sinceramente de izquierda) se hubiera dividido por desorientación. Como Sartre lo indicó en *La prórroga*, vivíamos todos una vida falsa cuya sustancia era la paz. Nadie disponía de los instrumentos necesarios para abrazar el conjunto de un mundo que se estaba juntando y del que no se comprendía nada si no se comprendía todo. Yo llevé a un grado excepcional mi rechazo de la Historia y de sus riesgos.

Pero entonces ¿qué hubo de valedero en la experiencia que acabo de contar? A veces, me parece salpicada de tanta ignorancia y de mala fe que sólo siento decepción respecto a ese momento de mi pasado. Yo miraba la Umbría, era un instante único, inolvidable; en realidad, la Umbría se me escapaba; contemplaba juegos de luces, me contaba una leyenda; la severidad de esa tierra, la vida sin alegría de los labradores que la trabajaban, yo no la veía. Sin duda, hay una verdad en la apariencia: a condición de que se la conozca como apariencia y no era mi caso. Yo estaba ávida de saber y me contentaba con mentiras. A veces lo sospechaba: por esa razón creo que me interesé tan calurosamente en la discusión que opuso a Pagniez y a Sartre frente a las luces de Grand-Couronne. Pero pasaba a otra cosa.

Sin embargo, si hago el balance de aquellos años, me parece que me han enriquecido enormemente: ¡tantos libros, cuadros, ciudades, rostros, ideas, emociones, sentimientos! Todo no era falso. Si el error es una verdad mutilada; si la verdad no se logra sino en el desarrollo de sus formas incompletas, se comprende que, aun a través de las falsedades, la verdad consiga abrirse paso. La cultura imperfecta que adquirí era necesaria para superarla. Aunque sabíamos muy mal disponer los materiales que acopiábamos, no por eso era menos útil amontonarlos. Lo que me inclina a considerar con indulgencia nuestros desvíos es que nuestras certidumbres mismas no nos detuvieron nunca: el porvenir seguía abierto y la verdad prorrogada.

De todas maneras, aun si hubiésemos tenido más lucidez,

nuestras existencias no hubieran sido muy diferentes, pues lo que nos importaba no era tanto situarnos con exactitud como ir hacia adelante. La confusión en que me debatía me aguzó imperiosamente hacia la meta que me había fijado desde hacía tiempo: hacer libros.

Pues tal era, inextricablemente ligado al primero, el segundo de mis problemas. Para que mi vida me satisficiera, tenía que darle su lugar a la literatura. En mi adolescencia y mi primera juventud mi vocación había sido sincera, pero vacía; me limitaba a declarar: "Quiero ser una escritora." Ahora se trataba de encontrar lo que quería escribir. Eso me tomó tiempo. Antaño me había jurado haber terminado a los veintidós años la gran obra en la que diría todo; y la primera novela que publiqué, *La invitada*, la empecé a los treinta años. En la familia y entre mis amigas de infancia, se susurraba que yo era un fruto seco. Mi padre se exasperaba: "Si tiene algo adentro, que lo largue." Yo no me impacientaba. Sacar de la nada y de sí misma un primer libro que, valga lo que valga, se tenga en pie, yo sabía que era una empresa, a menos de suertes excepcionales, que exige enorme cantidad de ensayos y de errores, de trabajo, de tiempo. Escribir es un oficio, me decía, que se aprende escribiendo. Diez años, sin embargo, es mucho y durante ese período yo había ennegrecido mucho papel. No creo que mi inexperiencia baste para explicar un fracaso tan persistente. No era mucho más experimentada cuando empecé *La invitada*. Hay que admitir que, en ese momento, yo había "encontrado un tema"; en cambio, antes no tenía nada que decir. Pero siempre está el mundo alrededor de uno: ¿qué significa ese *nada*? ¿En qué circunstancias, por qué, cómo se revelan cosas *que decir*?

La literatura aparece cuando algo en la vida se descompone; para escribir —Blanchot lo ha mostrado en la paradoja de Aytré—, la primera condición es que la realidad haya dejado de *darse por sentada;* entonces solamente uno es capaz de verla y hacerla ver. Al salir del tedio y de la esclavitud de mi juventud, me sentí sumergida, aturdida, cegada: y ¿cómo

sacar de mi dicha el deseo de escapar de ella? Mis consignas de trabajo siguieron vacías hasta el día en que una amenaza pesó sobre él y en que encontré en la ansiedad una cierta soledad. El incidente del trío hizo mucho más que proporcionarme un tema de novela: me dio la posibilidad de tratarlo. [1]

A pesar de mi impotencia y de mis fracasos, yo seguía siempre convencida de que un día escribiría libros que se editarían; serían exclusivamente novelas, pensé; a mis ojos, ese género sobrepasaba a todos los demás, hasta el punto de que, cuando Sartre redactó notas y crónicas para la *N.R.F.* y para *Europe,* tuve la impresión de que se desperdiciaba. Yo deseaba apasionadamente que al público le gustasen mis obras; entonces, como George Eliott, que se había confundido para mí con Maggie Tulliver, yo misma me convertiría en un personaje imaginario: tendría su necesidad, su belleza, su tornasolada transparencia; mi ambición apuntaba a esa transfiguración. Yo era sensible, todavía lo soy, a todos los reflejos que juegan en los cristales o en el agua; los seguía durante largo rato, curiosa y encantada: soñaba con desdoblarme, con convertirme en una sombra que traspasaría los corazones y los poblaría. Era inútil que ese fantasma tuviera relación con una persona de carne y hueso: el anonimato me habría convenido perfectamente. Solamente, ya lo he dicho, en 1938 deseé durante un corto tiempo ser una persona conocida para conocer así a gente nueva.

Mi universo cambió de otra manera; pero antes de hablar

[1] Todo lo que escribí en adelante confirma la importancia de esa noción de perspectiva. Apenas hablé de los viajes, los paisajes que contaron tanto para mí, porque se integraban en mí. En Portugal me interrogué sobre los placeres y sobre la vergüenza del turismo, horadé las falsedades: tuve ganas de explicarlas. Había una enorme diferencia entre la idea que yo me hacía de América y la verdad: esa separación me incitó a contar mis descubrimientos. China, en fin, me planteó un montón de problemas y me dio en cierto modo cargos de conciencia: reaccioné tratando de dar cuenta. Pero Italia, España, Grecia, Marruecos, y tantos otros países en los que me hundí sin pensar más allá, no me crearon ningún problema al irme sin decir nada de ellos; no tenía nada que decir, no hablé.

de ello quiero hacer algunas observaciones. Sé que al leer esta autobiografía algunos críticos van a triunfar: dirán que desmiento en forma flagrante *El segundo sexo:* ya lo han dicho a propósito de mis *Memorias*. Es que no han comprendido mi otro ensayo y sin duda hablan de él sin haberlo leído. ¿He escrito alguna vez que las mujeres eran hombres? ¿He pretendido no ser una mujer? Mi esfuerzo fue, por el contrario, definir en su particularidad la condición femenina que es la mía. Recibí una educación de niña mujer; terminados mis estudios mi situación siguió siendo la de una mujer en el seno de una sociedad donde los sexos constituyen dos castas separadas. En cantidad de circunstancias, reaccioné como la mujer que era.[1] Por razones que precisamente he expuesto en *El segundo sexo*, las mujeres más que los hombres sienten la necesidad de un cielo encima de sus cabezas; no se les ha dado el temple que hace a los aventureros en el sentido que Freud prestaba a esa palabra; vacilan en poner patas para arriba al mundo, así como en tomarlo por su cuenta. Por lo tanto, me convenía vivir junto a un hombre al que consideraba superior a mí; mis ambiciones, aunque tercas, seguían siendo tímidas, y el curso del mundo, si bien me interesaba, no me incumbía. Sin embargo se ha visto que atribuía poca importancia a las condiciones reales de mi vida: nada trababa, según creía, mi voluntad. No negaba mi femineidad, tampoco la asumía: no pensaba en ella. Tenía las mismas libertades y las mismas responsabilidades que los hombres. La maldición[2] que pesa sobre la mayoría de las mujeres, la dependencia, me fue evitada. Ganar su vida no es una meta; pero por ahí solamente se alcanza una sólida autonomía interior. Si recuerdo con emoción mi llegada a Marsella, es porque sentí, a lo largo de la gran escalera, qué

[1] Lo que distingue mi tesis de la tesis tradicional es que según yo la femineidad no es una esencia ni una naturaleza: es una situación creada por la civilización a partir de ciertas bases fisiológicas.

[2] Que sufran por ello, se acomoden o se feliciten, al fin de cuentas es siempre una maldición; desde que escribí *El segundo sexo* mi convicción sobre ese punto no ha hecho más que confirmarse.

fuerza sacaba de mi oficio y de los mismos obstáculos que él me obligaba a afrontar. Bastarse materialmente, es experimentarse como individuo completo; a partir de ahí, pude rechazar el parasitismo moral y sus peligrosas facilidades. Por otra parte, ni Sartre ni ninguno de mis amigos manifestaron nunca respecto a mí, un complejo de superioridad. Por lo tanto, nunca me consideré en desventaja. Hoy sé que para describirme tengo que empezar por decir: "Soy una mujer", pero mi femineidad no constituyó para mí ni una incomodidad ni un pretexto. De todas maneras, es una de las premisas de mi historia, no una explicación.

Hay otras explicaciones de detalle de las que desconfío. Trato de presentar los hechos de la manera más abierta posible, sin traicionar su ambigüedad ni encerrarlos en falsas síntesis: se ofrecen a la interpretación. No obstante, recuso las claves que un cierto psicoanálisis, simplista hasta el extremo, pretendería aplicarles; se dirá sin duda que Sartre fue para mí un sustituto del padre, Olga el sucedáneo de un hijo: a los ojos de esos doctrinarios, nunca existen relaciones adultas; ignoran la dialéctica que, desde la infancia hasta la madurez —a partir de raíces cuya extrema importancia estoy lejos de desconocer— transforma las relaciones afectivas: las conserva, pero superándolas y en esta superación está envuelto el objeto que el sentimiento elige de nuevo. Naturalmente, mi afecto por Sartre remite a mi infancia; pero también a lo que era él. Sin duda para interesarme en Olga yo tenía que estar disponible, mi deseo de gastarme por alguien no debía estar aplacado: pero la personalidad de Olga hizo la realidad y la singularidad de nuestra amistad. Estas reservas hechas, creo aun hoy en la teoría del "ego trascendental": el yo no es sino un objeto probable y el que dice *yo* sólo toca los perfiles; otro puede tener una visión más neta o más justa. Una vez más esta exposición no se presenta de ninguna manera como una explicación. Y aun si la he emprendido, es porque sé que uno nunca puede conocerse, sino solamente narrarse.

# SEGUNDA PARTE

Escaneado con CamScanner

Lo malo, cuando uno se entrega a una labor de largo aliento y compuesta con rigor, es que antes de haberla terminado deja de coincidir con ella: no puede ser puesto en ella el momento presente. Empecé *La invitada* en octubre de 1938, la terminé a principios del verano de 1941; en el camino, acontecimientos y personajes reaccionaron los unos sobre los otros; los últimos capítulos me llevaron a revisar los primeros, cada episodio fue tomado de nuevo a la luz del conjunto; pero esas modificaciones obedecían a exigencias internas del libro: no reflejaban mi propia evolución; sólo pedí a la actualidad préstamos completamente accesorios. La novela había sido concebida y construida para expresar un pasado que ya estaba superando: justamente porque yo estaba volviéndome muy distinta de lo que pintaba, mi verdad de hoy no tenía allí su lugar. Atravesé semanas, meses, en los que era incapaz de trabajar; pero, en cuanto estaba ante el papel, daba un salto hacia atrás y resucitaba el mundo de antaño. Sobre las páginas impresas no encuentro el rastro de los días en que las escribí: ni el color de las mañanas y de las noches, ni los estremecimientos del miedo, de la espera; nada.

Sin embargo mientras las arrancaba laboriosamente de la nada, el tiempo se quebró, el piso se movió y yo cambié. Hasta entonces sólo me había ocupado de enriquecer mi vida personal y de aprender a traducirla en palabras; había renunciado poco a poco al casi solipsismo, a la ilusoria soberanía de mis veinte años; había adquirido el sentido de la

existencia ajena; pero todavía lo que contaba para mí eran las relaciones individuales con la gente, tomada una por una y quería ásperamente la felicidad. De pronto, la Historia se precipitó sobre mí, estallé: me encontré hecha añicos en los cuatro puntos cardinales, ligada por todas mis fibras a cada uno y a todos. Ideas, valores, todo fue atropellado; la felicidad misma perdió su importancia. En setiembre de 1939 anoté: "Para mí, la felicidad era ante todo una manera privilegiada de apoderarse del mundo; si el mundo cambia hasta el punto de no poder ser aprehendido de esta manera, la felicidad ya no tiene tanto precio." Y de nuevo en enero de 1941 escribía: "¡Cómo me parece limitada mi antigua idea de la felicidad! Ha dominado diez años de mi vida, pero creo que ya he salido casi totalmente de ella." En verdad, nunca escapé de ella del todo. Más bien dejé de concebir mi vida como una empresa autónoma y cerrada sobre sí misma; tuve que descubrir de nuevo mis relaciones con un universo cuyo rostro ya no reconocía. Voy a contar esa transformación.

## VI

A principios del verano de 1939 yo todavía no había renunciado del todo a esperar. Una voz obstinada seguía susurrando en mí: "Esto no me va a pasar; la guerra a mí, no." Hitler no se atrevería a atacar a Polonia, el pacto tripartito terminaría por hacerse y lo intimidaría. Yo todavía esbozaba proyectos de paz. No era el momento, como lo habíamos proyectado, de utilizar los servicios del Intourist para conocer la U.R.S.S. Pero si las cosas se arreglaban, podríamos irnos a pasear a Portugal. Muy bien, decía Sartre; pero agregaba que sin duda no se arreglarían. Me ponía en guardia; quizá fuera mejor afrontar la verdad; si no, el día en que estallara yo no estaría preparada para soportarla; me derrumbaría. Pero ¿cómo se prepara uno al horror?, me decía; inútil pretender domesticarlo; gastaría mis fuerzas en vano; de todas maneras tendría que improvisar. Deliberadamente, bloquée mi imaginación.

Mme. Lemaire nos había invitado a pasar los primeros días de agosto en su casa de Juan-les-Pins. El 15 de julio partí sola con la mochila al hombro para Provenza. Fue el más lindo de todos mis viajes a pie: el monte Ventoux, la montaña de la Lure, los Bajos Alpes, el Queyras, los Alpes Marítimos. Fernando, que se encontraba en Niza con Stépha, tuvo la idea de acompañarme por unos días. Nos encontramos en Puget-Théniers; él llevaba unos soberbios zapatos con clavos. El primer día caminamos alegremente durante ocho horas a través de las colinas rojas. Al día siguiente, fuimos en nueve horas de Guillaume a Saint-Étienne-de-Tinée. A la noche, se

acostó temblando de fiebre. Al día siguiente, hice una larga subida sin él y a la noche, cuando lo encontré, había resuelto volverse a Niza. Yo seguí mi ruta sola. Trepé a lo alto de Saint-Véran, a más de tres mil metros, sobre cimas abandonadas donde asusté a un rebaño de gamos. Cuando seguía la frontera italiana, encontré a unos soldados que maniobraban; dos veces los oficiales examinaron mis papeles con desconfianza. Larche, adonde llegué la noche después de una etapa particularmente larga, estaba ocupado por la tropa; imposible encontrar una cama; compartí la de la mujer del guardabosque, una viejita muy limpia. Yo no pensaba en nada sino en los animales, en las flores, en los guijarros, en los horizontes, en el placer de tener piernas, un estómago, pulmones, y de batir mis propias marcas.

Encontré en Marsella a Sartre y a Bost, que estaba de licencia. Ambos consideraban la guerra inevitable; ya los alemanes se infiltraban en Dantzig; no se trataba ni de que Hitler renunciara a sus proyectos, ni de que Inglaterra faltara a los compromisos tomados con Polonia; además, Sartre no deseaba un nuevo Munich; pero no encaraba con alegría la movilización. Fuimos a comer una *bouillabaisse* a Martigues; el sol inundaba las redes y las barcas coloreadas. Nos sentamos a orillas del agua en gruesos bloques de piedra de aristas cortantes: era poco confortable, pero a Sartre le gustaba. Frente al cielo azul soñamos en voz alta, perezosamente: ¿era mejor volver del frente ciego o con la cabeza rota? ¿París sería bombardeado? ¿Utilizarían los gases? Bost nos dejó cuarenta y ocho horas después y aun nos quedamos dos o tres días en la ciudad. Una tarde estábamos sentados en la terraza del "Bruleur de Loup", en el Viejo Puerto, cuando pasó Nizan, llevando bajo el brazo un enorme cisne de goma: se embarcaba aquella noche para Córcega con su mujer y sus chicos; debía encontrar allí a Laurent Casanova. Tomó una copa con nosotros y nos dijo en confidencia, pero en tono triunfante, que el pacto tripartito se estaba firmando; él, siempre tan medido, hablaba con un regocijo afiebrado: "Alemania caerá

de rodillas", declaró. Encargado de la política extranjera en *Ce soir*, compartía evidentemente los secretos de los dioses y su optimismo nos reconfortó. Le deseamos pacíficas y felices vacaciones y nos dejó, con su cisne debajo del brazo, para siempre.

El padre de Mme. Lemaire había hecho edificar la villa "Puerta del Sol" en una época en que ese pedazo de costa estaba todavía desierto; estaba rodeada de un gran jardín plantado de pinos, que bajaban hasta el mar en el extremo de la playa del Provençal. Tomábamos nuestro desayuno en la terraza, mirando a los esquiadores rebotar sobre el agua azul entre el rugido de las lanchas a motor: una mañana asistimos divertidos a un concurso de slalom. Sartre escribía; yo leía: en esa época, me costaba mezclar el trabajo y los ocios. A eso de mediodía, íbamos a la playa y Sartre me enseñaba a nadar: conseguí mantenerme sobre el agua, pero nunca hacer más de diez metros. Sartre podía nadar un kilómetro; pero, cuando se encontraba lejos, solo, pensaba que un enorme pulpo iba a surgir desde el fondo del agua y arrastrarlo a los abismos: volvía rápidamente hacia la tierra firme. Me gustaba retirarme alrededor de las dos a la sombra de la casa, donde habían cerrado todos los postigos. Comíamos ensaladas de Niza, pescado frío, a veces un *alioli* que nos dormía. Siempre había gente a almorzar, a comer; los muchachos Lemaire traían a sus amigos, y tenían muchos. Marco también pasaba una temporada en "La Puerta del Sol". Acababa de fracasar en otra audición que le hubiera abierto la Ópera, tenía nuevas penas de amor y las amenazas de guerra lo espantaban. Su cabeza empezaba a despoblarse, engordaba, se desfiguraba; por lo tanto, su humor era amargo. Imaginaba que Mme. Lemaire, Sartre y yo lo juzgábamos; espiaba nuestras conversaciones: lo sorprendimos una vez detrás de una puerta, otra vez bajo una ventana; se disculpó con su gran risa de antaño que ahora sonaba falsa; buscaba al aliado, fomentaba intrigas. Entre ciertos familiares de la casa había disensiones y, como de costumbre, nosotros nos apasionábamos

por sus problemas; los discutíamos con Mme. Lemaire, construyendo hipótesis, distribuyendo críticas con parcialidad. Marco se divertía en embarullar las cartas, por el placer de perjudicar a todo el mundo. Repitió falsamente a Jacqueline Lemaire opiniones desagradables que Sartre habría emitido sobre ella: ella se quejó y ¡fue una linda corrida! Sartre solía estallar en furores benignos; pero muy rara vez lo he visto incurrir en furores serios; cuando ocurría, su cara no era buena y en pocas palabras desollaba vivo al adversario: Marco lloró. Para sellar nuestra reconciliación, nos llevó con Mme. Lemaire a Cannes, a unas *boîtes* de disfraces. Sin embargo, como yo no trabajaba, los días me parecían un poco lánguidos. El azul del cielo, el azul del mar, por momentos me abrumaban; yo también tenía la impresión de que algo se ocultaba: no un pulpo, sino un veneno. Esa paz, ese sol, eran fingidos: de pronto todo iba a desgarrarse.

En efecto. Todo se desgarró. Una mañana nos enteramos por los diarios del pacto germano-soviético. ¡Qué golpe! Stalin dejaba a Hitler libre para atacar a Europa; la paz estaba definitivamente perdida: lo primero que me oprimió la garganta fue esa evidencia. Y luego, haciendo muchas reservas sobre lo que ocurría en la U.R.S.S., pensábamos, sin embargo, que servía a la causa de la revolución mundial: el pacto daba brutalmente razón a los trotskistas, a Colette Audry, a todos los opositores de izquierda: Rusia se había vuelto una potencia imperialista, enquistada como las demás en sus intereses egoístas. El proletariado europeo a Stalin le importaba un comino. A través de las tinieblas que se amontonaban, todavía hasta aquel día habíamos podido ver una gran hoguera de esperanza: acababa de apagarse. La noche bajaba sobre la tierra y en nuestros huesos.

Tuvimos ganas Sartre y yo de pasar algunos días solos y nos fuimos de Juan-les-Pins. No servía de nada volver a París en seguida. Fuimos a pasear por los Pirineos. Sentíamos un poco de angustia en el corazón al decir adiós a Mme. Lemaire y aun a Marco: ¿en qué circunstancias volveríamos a

vernos? El tren de Juan a Carcasona estaba lleno de militares llamados de sus licencias que reivindicaban ya los derechos de ex combatientes: "Nosotros, que nos haremos matar mañana", decían ocupando deliberadamente los lugares reservados. Las murallas de Carcasona me parecieron atroces, pero me gustaron mucho las callejuelas de la ciudadela; tomamos vino blanco bajo una glorieta en un tabernucho desierto, hablando de la guerra, de la posguerra, felices de estar juntos para afrontar la desdicha. Tomamos un ómnibus, visitamos pequeñas ciudades, iglesias, claustros; en Montlouis llovía y vimos sobre las paredes los primeros anuncios de movilización; decidimos volver a París, pero pasamos todavía un día en Foix. En el hotel de la Barbacane, nos banqueteamos –fiambres, trucha, guiso de porotos, foie-gras, queso y fruta, con un vino de la región– y Sartre me contó cómo en el tercer volumen de *Los caminos de la libertad*, Brunet, asqueado por el pacto germano-soviético, renunciaría al P. C.; iría a pedirle su ayuda a Mathieu: cambio necesario de la situación expuesta en el primer volumen, decía Sartre. Y luego fuimos a pasear a lo largo de un río de aguas blancas; nos decíamos que, en todo caso, aquella pradera, aquella pequeña localidad tranquila, no serían tocadas por la guerra, que volveríamos a encontrarlas indemnes *después:* esto nos permitía aferrarnos a algo. Nos contábamos que ya estaba, que nos habíamos resignado a esa guerra; caminábamos con displicencia, tratando de convencernos de que la tranquilidad de nuestros gestos y la serenidad del paisaje respondían al estado de nuestros corazones. Ese fingimiento duró poco. A las 19 y 30 tomamos el tren para Toulouse, de donde teníamos que tomar en seguida el rápido para París; pero estaba lleno; nos quedamos dos horas y media en una estación atestada y oscura donde brillaban débilmente algunas pequeñas estrellas violetas. Esa muchedumbre inquieta, esas tinieblas, anunciaban un cataclismo: yo no podía esquivarlo, me penetraba hasta la médula. Llegó otro rápido, la gente se precipitó: fuimos lo bastante hábiles para conseguir dos asientos en la lucha.



Escaneado con CamScanner

En París todo estaba cerrado: restaurantes, teatros, tiendas, porque era el mes de agosto. Ninguno de nuestros amigos había vuelto: Olga estaba en Beuzeville, Bost en un cuartel de Amiens, Pagniez en el campo, en casa de la familia de su mujer; mi hermana en La Grillère con mis padres, Nizan en Córcega; con él sobre todo hubiéramos querido conversar; no nos explicábamos que hubiera estado tan mal informado. Había renunciado en *Ce soir*, nos lo había dicho gente importante que no lo quería; pero, en circunstancias tan graves, esas enemistades hubieran podido borrarse. ¿Cómo había reaccionado? Ni en su vida privada ni en su vida militante era un hombre capaz de tragarse cualquier culebra: el comunismo representaba para él algo que el pacto contradecía. Pensábamos mucho en él. De una manera general, el destino de los comunistas nos preocupaba: detenían a ciertos militantes; *L'Humanité*, *Ce Soir* habían sido prohibidos. Era una situación paradójica y desagradable, pues, después de todo, los comunistas franceses habían estado a la vanguardia del combate contra el fascismo. Muchas otras cosas nos molestaban en los diarios y en las conversaciones que sorprendíamos en las terrazas de los cafés. La prensa había denunciado con razón, desde hacía tiempo, las maniobras de la "quinta columna"; sin lugar a duda, constituía un verdadero peligro. Pero se adivinaba que iba a servir de pretexto al desencadenamiento de una ola de *espionitis* peor que la del 14-18. La mezcla de bravuconería y de cobardía, de futilidad y de pánico, que sentíamos en el aire, nos ponía incómodos.

Las horas corrían lentamente; no teníamos nada que hacer y no hacíamos nada, sino caminar por las calles ciegas y esperar todas las ediciones de los diarios. De noche íbamos al cine a ver las nuevas películas norteamericanas; vimos entre otras la obra maestra de Ford *Cabalgata*, que resucitaba en un estilo moderno todo lo que nos había gustado en los viejos *westerns*. Era una breve tregua; salíamos de la sala, nos encontrábamos en los Champs Elysées, nos precipitábamos sobre el último *Paris Soir*. Cada noche, al dormirnos nos preguntá-

bamos: "¿Qué ocurrirá mañana?" Nuestra angustia se despertaba con nosotros. ¿Por qué habíamos tenido que llegar a eso? A los treinta años pasados, nuestra vida empezaba a dibujarse y brutalmente nos la confiscaban: ¿nos la devolverían? ¿Al precio de qué daño? La tranquila tarde de Foix, sólo había sido una tregua: nos importaban demasiado demasiadas cosas para abandonarlas tan pronto. Nuestra inquietud, nuestra íntima rebeldía, cada cual la guardaba para sí, pero ninguno creía en la serenidad del otro. Yo recordaba los furores de Sartre en la época de su servicio militar, el horror de las vanas disciplinas y del tiempo perdido; hoy se negaba a enojarse y aun a amargarse; pero yo sabía que, si bien era más capaz que nadie de dominarse, le costaba más que a nadie; había pagado cara su sumisión a los imperativos de la "edad de la razón"; aceptaba sin protestar ir al ejército; pero dentro de él estaba tenso y a punto de quebrarse. Ya no dudábamos de la guerra. Los corresponsales de los diarios franceses en Berlín pretendían que Hitler, habiendo anunciado el viernes el pacto germano-soviético, contaba con invadir Polonia el sábado a las cinco de la mañana: había fracasado y por eso había convocado a Henderson a Berchtesgaden. Quizá se decidiera a negociar con el gobierno polaco por intermedio de Italia. Sartre no otorgaba ninguna confianza a esos rumores. En cambio, estaba convencido como todo el mundo de que la guerra no duraría mucho tiempo y de que las democracias la ganarían. Los diarios recordaban la frase de Schacht: "En rigor, se termina, pero no se empieza, una guerra con bonos de pan." A Alemania le faltaban víveres, hierro, combustibles: de todo. La población no tenía ninguna gana de hacerse exterminar: no aguantaría; el Reich se derrumbaría. Ante esa perspectiva, la guerra tomaba un sentido. Encontramos en el "Dôme" a Fernando; oímos hablar en el "Flore" a los simpatizantes comunistas: si la U.R.S.S. le permite a Alemania desencadenar la guerra, decían, es porque descuenta la revolución mundial. Esa justificación del pacto nos parecía una utopía. Al menos esperá-

bamos que la liquidación de los fascismos arrastraría en Francia y en toda Europa un progreso del socialismo. Por eso Sartre no se rebelaba contra su suerte; hacía sobre sí mismo un trabajo empecinado para obligarse a aceptarla. Encontré a Merleau-Ponty en los últimos días de agosto y le expuse nuestro punto de vista: la guerra era un medio, después de todo aceptable, de terminar con un montón de porquerías. Me preguntó con alguna ironía por qué la aceptaba este año tan serenamente, cuando el año pasado le tenía tanto miedo. Creo que lo que le hizo sonreír fue el fervor que puse en defender convicciones tan frescas, pero —como en muchos casos— mi cambio de frente coincidía con el de casi todo el mundo. Durante esos doce meses, poco a poco, la guerra se había impuesto a la mayoría que, en el momento de Munich, todavía creía poder rechazarla. Personalmente, la razón principal de mi resignación era que la sabía inevitable y, para conservar la paz interior, trataba de vencerme más que otra cosa. Intenté hasta el límite de lo posible —hasta el 11 de mayo de 1940— atenerme a este precepto cartesiano.

Por otra parte estaba menos tranquila de lo que pretendía: tenía miedo. No temía por mi pellejo; ni por un instante pensé en huir de París. Tenía miedo por Sartre. Se quedaría en la retaguardia cerca de algún campo de aviación, me aseguraba; le temía mucho más al aburrimiento que al peligro: le creía a medias. Y ambos teníamos miedo por Bost: el soldado de infantería es la verdadera carne de cañón; y Bost sólo tenía veintiún años. Algunas personas decían que esa guerra sería diferente de las demás; quizá. Habríamos querido adivinar cómo se desarrollaría y también qué ocurriría *después*. Mientras estábamos juntos y hablábamos, la curiosidad y una especie de fiebre eran más fuertes que la tristeza de la inminente separación.

Y luego, una mañana, la cosa ocurrió. Entonces, en la soledad y en la angustia, empecé a llevar un diario. Me parece más vivo, más exacto, que el relato que yo pueda hacer. Helo

aquí. Me limito a podar detalles ociosos, consideraciones demasiado íntimas, repeticiones.

1º de setiembre

10 de la mañana. El diario expone las reivindicaciones de Hitler; ningún comentario; no se subraya el carácter inquietante de las noticias, tampoco se habla de esperanza. Me voy hacia el "Dôme", ociosa, incierta Poca gente. Apenas he pedido un café, un camarero me anuncia: "Han declarado la guerra a Polonia." Un cliente que está adentro tiene el *Paris Midi*. Se precipitan sobre él y también hacia los quioscos de diarios: *Paris Midi* no llegó. Me levanto, vuelvo al hotel. La gente en la calle todavía no sabe nada, sonríen como hace un rato. En la avenida del Maine algunos tipos tienen el *Paris Midi*. Los paran para leer los títulos. Me encuentro con Sartre, lo acompaño a Passy, donde va a ver a sus padres y lo espero en el "Viaduc", al lado del subterráneo. Passy está absolutamente desierto, ni un peatón por las calles, pero, por los muelles, un interminable desfile de autos llenos de equipajes y de chicos; hasta hay *side-cars*. No pienso en nada, estoy idiotizada. Sartre vuelve. La movilización ha sido decretada. Los diarios anuncian que empieza mañana: esto nos da un poco de tiempo. Pasamos por el hotel, buscamos la mochila, el calzado, en el sótano. Sartre tiene miedo de llegar tarde al centro de reunión y vamos en taxi a la plaza Hébert: una placita cerca de la puerta de la Chapelle. Está vacía. Hay un poste en el medio con un letrero: "Centro de reunión 4" y, debajo del cartel, dos agentes de policía. Acaban de pegar anuncios en la pared: un gran llamamiento a la población parisiense, cruzado de azul, blanco, rojo, y, más modesta, la orden de movilización decretada a partir del 2 de setiembre, 0 hora. Sartre se acerca a los agentes y les muestra su documentación; debe irse a



Escaneado con CamScanner

Nancy. "Venga a la 0 hora si quiere –dice el agente–. Pero no podremos fletar un tren para usted solo." Vamos a pie hasta el "Flore". Sonia está soberbia con un pañuelo rojo en el pelo y Agnés Capri primaveral bajo un sombrero de pastora con una gran cinta blanca; una mujer con aire duro llora. "Esta vez parece serio", dice un camarero. Pero la gente sigue sonriendo. Yo no pienso en nada, pero me duele la cabeza. Hay un hermoso claro de luna encima de Saint-Germain-des-Prés, parece una iglesia de aldea. Y en el fondo, en todas partes, un horror inasible: no se puede prever nada, imaginar nada, tocar nada.

Tengo miedo de la noche, aunque estoy muy cansada. No duermo, mi cuarto está lleno del claro de luna. De pronto, un gran grito: una mujer ha gritado; la gente se amontona, se oyen pasos sobre la acera, se ve una linterna. Me duermo.

2 de setiembre

El despertador suena a las 8. Bajamos a pie al "Dôme"; el tiempo está muy suave. El "Dôme" y la "Rotonde" están débilmente iluminados. El "Dôme", bullicioso; muchos uniformes. Las mujerzuelas, en la terraza, encuadran a dos oficiales; una canturrea maquinalmente; los oficiales no se ocupan de ellas. En el interior, gritos, risas. Partimos en taxi para la plaza Hébert a través de una noche vacía y suave; bajo la luna la plaza está desierta, pero los dos agentes están allí. Parecería una novela de Kafka; la gestión de Sartre parece absolutamente libre y gratuita, con, sin embargo, una rigurosa fatalidad que viene de adentro, de sí mismo, más allá de los hombres. Los agentes lo reciben con un aire amistoso e indiferente: "Vaya a la estación del Este", dicen, un poco como si se dirigieran a un maniático. Seguimos los grandes puentes de hierro encima de los rieles; el cielo enrojece y es muy hermoso. La estación está vacía; hay un tren a las 6 y 24, pero decidimos que Sartre tomará el de las

7 y 50. Nos sentamos en una terraza. Sartre me repite que en la meteorología no corre ningún peligro. Nos hablamos todavía en la estación por encima de una cadena, luego se va. Vuelvo a pie a Montparnasse; una hermosa mañana de otoño; sobre el bulevar Sebastopol ronda un olor fresco de zanahorias y de repollos...

Cuando salgo del cine a las 5, el aire está pesado; un gran silencio en las calles. *L'Intransigeant* hace alusión a vagas maniobras diplomáticas: Polonia resiste, el Reich está intimidado; un segundo de esperanza sin alegría, más penoso que el embotamiento. En la avenida de la Ópera, la gente hace cola para que le entreguen máscaras de gas. La librería Tchuntz, bulevar Montparnasse, ha pegado en sus cristales un papel manuscrito: "Familia francesa. Un hijo movilizado en 1914, etc. Movilizable el noveno día."

Subo a ver a Fernando. Me recibe con aire patético. "¡Veamos si tiene usted valor! ¡Ehrenburg es un hombre terminado!" Ehrenburg ya no come, no duerme, a causa del pacto germano-soviético: ¡pensaría en suicidarse! Me impresiona poco. Vamos a comer a la panquequería bretona de la calle Montparnasse; afuera, es noche cerrada; se distingue el gran cartel REFUGIO sobre la pared de enfrente, las mujerzuelas que recorren la acera; una o dos luces azules. La panquequería no está aprovisionada; le falta pan y harina. Como poco. Esta noche los cafés cierran a las 11 y las *boîtes* no abren. No puedo soportar la idea de volver a mi cuarto: voy a dormir a casa de Fernando. Ponen una sábana en el diván de abajo. Tardo en dormirme, pero me duermo.

3 de setiembre

Me despierto a las 8 y media; llueve. Mi primer pensamiento: "¡Es verdad!" No me siento exactamente triste o desdichada; no tengo la impresión de una pena en mí: es el mundo de afuera lo que es horrible. Ponemos la radio. No

han contestado a las últimas notas de Francia y de Inglaterra, siempre están peleando en Polonia. Es impensable: después de este día habrá otro y otro, y otros peores que este, pues se luchará. Lo que impide llorar es la impresión de que, después, habría que verter exactamente la misma cantidad de lágrimas.

Leo el Diario de Gide. El tiempo pasa lentamente. Las 11: última gestión en Berlín: mañana se sabrá la respuesta; no hay esperanza; ni siquiera imagino mi alegría si me dijeran: "La guerra no tendrá lugar." Y quizá ni me alegrara.

Golpe de teléfono de Gégé: voy a su casa a pie; todas las distancias se han acortado: un kilómetro que hacer siempre son diez minutos ocupados. Los agentes tienen soberbios cascos nuevos y sus máscaras en bandolera en pequeñas mochilas de goma; hay civiles que también las llevan. Muchas estaciones de subterráneos están cerradas con cadenas y unos letreros anuncian la estación más cercana. Los faros pintados de azul de los autos parecen enormes piedras preciosas. Almuerzo en el "Dôme" con Pardo [1], Gégé y un inglés de ojos muy azules. Pardo apuesta contra Gégé y yo que la guerra no tendrá lugar; el inglés es de su misma opinión; sin embargo, corre la voz de que Inglaterra ya declaró la guerra. Gégé cuenta su vuelta de Limoges a París; se cruzaban con una fila ininterrumpida de taxis, de coches cargados de colchones; hacia París muy pocos autos: únicamente hombres solos, llamados. Unos hombres tapan los vidrios del "Dôme" con gruesas cortinas azules. De pronto, a las 3 y media, *Paris Soir*: "Inglaterra declaró la guerra a las 11 horas; Francia la declara a las 5 de la tarde." Enorme sacudida, a pesar de todo.

En la plaza Montparnasse, una trifulca. Una mujer ha tratado a un tipo de extranjero, él la insultó; unas personas protestaron; el policía parece confuso y dispersa a la gente; en conjunto, parecen criticar esa hostilidad contra "el extranjero".

[1] El segundo marido de Gégé. Ella había anulado su matrimonio con el primero.

Esa noche, con Gégé, me arrastro por "Flore". La gente dice que no cree en la guerra, pero todos tienen caras siniestras. Un tipo de Hachette cuenta que todos sus camiones han sido requisados y que los libreros de los subterráneos están de golpe en la calle. Remontamos la calle de Rennes. Quedan lindos en la noche negra los faros violetas y azules. En el "Dôme", un policía discute con el gerente, que agrega a las ventanas gruesas cortinas azules. Veo a Pozner, de uniforme, y al húngaro. A las 11, se vacía el café. La gente se demora en el borde de la acera; nadie tiene ganas de volver a su casa. Voy a dormir a casa de Gégé. Pardo me da una píldora y me duermo.

4 de setiembre

Desde el correo, telefoneo al liceo Molière: hay que mostrar sus documentos de identidad para tener derecho a telefonear. Difícil encontrar un taxi; hay que acechar el momento en que la gente baja; pesco uno en la estación Montparnasse. La directora en persona toma las medidas de mi cara y me da una máscara de gas chiquita cuyo manejo me explica. Me voy con mi cilindro en bandolera. Encuentro a Gégé en la estación Saint-Lazare y vuelvo en subte; hay una cola inmensa; el subte atraviesa sin detenerse un montón de estaciones: es rarísimo. Bajo en Solferino y voy al "Flore" a escribir cartas. Llegan Pardo y su amigo de Hachette. Cuenta historias de "voluntarios de la muerte"; es un invento de Péricard, el tipo de "¡Arriba los muertos!"; ha lanzado un llamado a todos los enfermos y pestilentes que no perderían nada perdiendo la vida, para que la ofrezcan a la patria. Nos recita una carta recibida por Péricard: "Tengo treinta y dos años, un brazo, un ojo; creía que mi vida ya no tenía sentido, pero usted me ha vuelto a atar a la existencia restituyéndome toda la grandeza de la palabra: Servir." El autor de esta carta pide que utilicen también a los semidementes. Sin embargo, el ge-

rente anuncia que el "Flore" cierra mañana: es una lástima, era un buen lugar. Es divertido ver a la gente de militar: en el "Flore", Breton, de oficial; en el "Dôme", Mane Katz, de soldado de la otra guerra.

El húngaro se sienta frente a mí y me anuncia tartamudeando, con pompa, que va a alistarse. Le pregunto por qué y hace un ademán vago. Un aviador semiborracho, semiloco, le dice noblemente: "Señor, permítame que le ofrezca una copa." Beben coñac y discuten sobre la Legión Extranjera, el húngaro no quisiera estar mezclado con gente inferior. El aviador habla de raids aéreos; no cree en los gases sino en las bombas de aire líquido; aconseja bajar a los refugios. Todo el mundo habla de alerta para esa noche; nunca París ha estado tan oscura. Vuelvo a dormir en casa de los Pardo.

En medio de la noche Gégé entra en mi cuarto: las sirenas. Nos asomamos a la ventana. La gente corre hacia los refugios bajo un hermoso cielo estrellado. Bajamos a la portería, donde la portera se ha puesto su máscara, y subimos, seguras de que es una falsa alarma. Son las cuatro; vuelvo a dormirme hasta las 7; la campanilla me despierta. La gente sale de los refugios; dos mujeres de batones floreados llevan la cabeza envuelta en toallas, quizá como máscaras. Un tipo pasa en bicicleta con su máscara en bandolera y grita: "¡Ah, los puercos!"

5 de setiembre

El diario anuncia que "los contactos se van estableciendo progresivamente en el frente". ¡Qué limpio y cortés queda! Pardo y Gégé hacen sus valijas. Llega una *script girl* y la llevan con ellos; está toda despeinada, pretende que las mujeres ya no se pintan, ya no se peinan, y es bastante verdad. Cuenta que anteayer ha habido un formidable accidente de ferrocarril en Aubrais: 120 muertos y que montes de autos se atropellan en las carreteras.

Carta de Sartre, de Nancy, el 2 de setiembre a la noche. Por el "Dôme", pasa Kisling de militar; Fernanda Barrey (ex mujer de Foujita, lo llama: "¡Entonces, te dejamos por segunda vez mi pobre viejo!" Labouis, en *L'Oeuvre*, está siempre optimista: no habrá guerra.

Un decreto sobre los alemanes que viven en Francia: van a mandarlos a campos de concentración.

Las tiendas Uniprix anuncian: "Casa francesa. Dirección francesa. Capitales franceses."

El "Flore" está cerrado. Me siento en la terraza de "Deux magots" y leo el Diario de Gide de 1914, mucha analogía con el momento presente. A mi lado están Agnés Capri, Sonia y su amiga morena. Tienen prisa por dejar París, Capri piensa en partir para Nueva York. Todo el mundo habla en tono angustiado de la alarma de la noche anterior. Dicen que aviones alemanes habían pasado la frontera en reconocimiento. Todo esto es poco interesante, apenas pintoresco. No se siente todavía que es verdaderamente la guerra; se espera: ¿qué? ¿El horror de la primera batalla? Por el momento parecía una farsa: la gente con sus máscaras, sus aires importantes, los cafés acolchados. Los comunicados no dicen nada: "Las operaciones militares se desarrollan normalmente." ¿Hay muertos ya? •

Lentamente, de la mañana a la noche, los días se deslizan hacia lo siniestro; lentamente, muy lentamente. La plaza Saint-Germain-des-Prés está muerta bajo el sol; hombres en mamelucos ponen bolsas de arena; un hombre toca una flautita; un vendedor ambulante vende maní.

Como con el húngaro en una terraza del bulevar Montparnasse; bebo mucho vino tinto, luego aquavit en los "Vikings", que parece un sepulcro. Me explica que se ha alistado, porque no puede volver a Hungría ni estar en regla en Francia. Me hace confidencias sobre su sexualidad y finalmente me abruma. Vuelvo a casa. Las mujerzuelas hacen la calle con máscaras de gas al costado.

Me despiertan unas explosiones. Salgo al zaguán: "Son

ametralladoras", me gritan. Las sirenas han sonado una hora antes. Me visto, bajo; no se oye más nada y vuelvo a acostarme.

6 de setiembre

Leo los diarios en "Les Trois Mousquetaires". En *Marianne*, ya no hay palabras cruzadas: todos los juegos de ese género están prohibidos por temor al lenguaje cifrado. Bruscamente, las cortinas de hierro caen y la gente sale: sirenas. La gente se queda en la calle, en grupitos, muy tranquilos. Vuelvo al hotel: la patrona sigue lavando sus platos y leo a Gide en mi cuarto; luego, la alerta terminada, en el "Dôme". Según *Paris Midi* no hay todavía verdaderas batallas en nuestro frente. Fernando dice que esta guerra le hace el efecto de una guerra trampa, una guerra de pura apariencia, igual a una verdadera, pero sin nada adentro. ¿Esto durará?

7 de setiembre

Estoy tiernamente atada a esta encrucijada Montparnasse: sus terrazas de café semivacías; el rostro de la telefonista del "Dôme"; me siento en familia y me tranquilizo. Un tipo de ojos desorbitados me interpela: "¡Ver a alguien leyendo a André Gide!" Se podría creer que la gran estupidez no existe!" Me cuenta que la mujer de André Breton hizo un escándalo ayer en la terraza del "Dôme" gritando a viva voz: "¡Ese hijo de p... del general Gamelin!" Se llama Adamov y conoce vagamente a los surrealistas.

Segunda carta de Sartre, que todavía se arrastra por Nancy

Compré *Marie Claire;* la palabra guerra no ha sido pronunciada una sola vez y, sin embargo, el número está perfectamente adaptado. En los lavatorios del "Dôme", una mujerzuela se arregla la cara; explica misteriosamente: "No me pongo rimmel a causa del gas."



Escaneado con CamScanner

Fernando me encuentra en el restaurante de la calle Vavin y toma el café conmigo. Anoche vio a Ehrenburg y a Malraux. Malraux trata de ayudar a los extranjeros que enrolan a la fuerza en la Legión; ha sido considerado un ejército eslovaco; 150.000 judíos de América han propuesto formar un cuerpo expedicionario, pero parece que van a reforzar el pacto de neutralidad y no podrán venir. Los diarios anuncian que "hemos mejorado nuestras posiciones" y hablan de violentos combates entre el Rin y el Mosela. Fernando pretende que ya hemos ganado algunos fortines de la línea Sigfrido. Paso por el hotel, donde la criada me habla de un muchachito que acababa de terminar su servicio militar, como Bost, y que está en la línea de fuego. Los están bombardeando. Temo por Bost. Y a pesar de todo, temo por Sartre.

Ocho días de lucha. ¿Por qué? ¡Como si esperara un milagro! Pero ocho días no me han hecho avanzar un paso, esto apenas comienza, esto es lo que habría que llegar a pensar y no puedo pensar. No sé por qué lado tomar la guerra; nada completo, como decía Lionel a propósito de la enfermedad: una eterna amenaza. Por momentos, tomo el estado de miedo como una crisis a la cual hay que darle su lugar pero hay que tratar de reducir; y hay instantes que me parecen el momento de verdad y el resto una huida. Ninguna emoción al volver a ver los lugares en que he sido dichosa; la tendría si se tratara de una ruptura. En una ruptura se trata de renunciar a un mundo que todavía está ahí, que se nos aferra por todos lados, y el desgarramiento es horrible. Pero, una vez por todas, he aquí que el mundo está destruido; sólo queda un universo informe. Toda melancolía, hasta todo desgarramiento está prohibido. Se necesitaría al menos una esperanza.

En la plaza Edgard Quinet la gente levanta la cabeza para mirar, en un cielo gris rosado, unas grandes salchichas grises. Me instalo en el "Dôme" para escribir estas notas. Ahora en los cafés hay que pagar la consumición en seguida para poder irse en caso de alerta.

Al volver al hotel a medianoche, encuentro un mensaje: "Estoy aquí en el 20, en el fondo del corredor, Olga." Golpeo en el 20 y una gruesa voz de hombre me contesta; luego con mi vela (hace dos días que no hay electricidad en el hotel) yerro por el corredor escuchando los ruidos; la pelirroja de enfrente sale de su cuarto y me mira con desconfianza. Termino por golpear en el 17, donde encuentro a Olga semidormida. Conversamos hasta las 3 de la mañana.

9 de setiembre

Olga me dice que por el momento Bost está a salvo. El correo me trajo una carta de Sartre, que parece muy apacible. El miedo se me va, es una liberación física. De pronto recobro si no el recuerdo, al menos un porvenir.

Voy al "Dôme" con Olga. Hay dos lesbianas al lado nuestro y una se pelea con un camarero: "No hablo con los hombres", dice; y el muchacho bigotudo, bonachón y amenazante replica: "¡Pero los camareros tienen oídos para oír y el fortín de Vincennes no está lejos!" Olga me cuenta cómo la guerra transformó a Beuzeville: las elegantes refugiadas que se pasean por las calles, el incesante desfile de los trenes llenos de caballos que gimen y de soldados silenciosos. Sólo los negros cantaban; también hay trenes de refugiados: los boyscouts, dice, se apoderan salvajemente de los chicos para llenarlos de leche condensada. Fernando pasa. Dice que va mal en Polonia. Varsovia ha sido tomada al parecer. Me instalo con Olga en el departamento vacío de Gégé.

10 de setiembre

Paso la mañana en casa de mi abuela, la encuentro en una discusión con una mujer de la defensa pasiva, que quiere convencerla para que se vaya. "Se evacua ante todo a los chicos y a los viejos", dice. Mi abuela pone sus manos sobre su barriguita redonda y, con un aire pícaro y terco alega: "Pero ¡no soy un chico!" ¡Recibo una carta de mi madre: en Saint-Germain-les-Belles han detenido a un espía que quería, según se pretende, hacer descarrilar el París-Toulouse.

Al volver encuentro una carta de Sartre y un aviso de telegrama, sin duda de Bianca; pero para tener el telegrama hay que hacer visar el aviso en la comisaría, lo que exige un certificado de domicilio; luego se va a buscar el telegrama al correo.

A las 11 de la noche, estoy leyendo en la cama *La madre* de Pearl Buck, libro insípido, y oigo en la calle gruesas voces: "¡Luz! ¡luz!" Trato de explicar, pero gritan: "¡Mételes unos tiros en los postigos... si quieren hacer espionaje vayan a otro lado!" Y me decido a apagar.

A la noche, a las 4, una corta alerta. Bajamos al refugio; tablones en el suelo, sillas; algunos inquilinos vuelven con bancos plegadizos. La portera nos dice que las sillas pertenecen a los señores de enfrente, que no podemos sentarnos en ellas. Subimos so pretexto de buscar sillas y conversamos hasta el final de la alerta.

Un soldado, esta mañana en el restaurante, contaba gritando en voz muy alta que en el cuartel dos soldados se habían ahorcado por no irse; uno de ellos no quería abandonar a sus cuatro hijos.

11 de setiembre

Impresión de inmensa ociosidad; el tiempo ya no tiene valor. Voy a buscar el telegrama de Bianca; me pide que vaya a Quimper; iré. Escribo cartas. Vuelvo a tener ganas de trabajar, pero tengo que esperar. En el "Dôme", el camarero bigotudo cuenta sus recuerdos de la otra guerra: "Mi primer alemán era tan gordo que cuando lo recogieron lo pusieron en una carretilla y no cabía; había que sostenerle los pies. Yo estaba tan impresionado que cuando me hirieron mi sangre no se coagulaba."

Compramos polvo azul que Olga disuelve en agua, en aceite y hasta en el ámbar solar de Gégé, y pintarrajea los vidrios mientras yo pongo discos y escribo un montón de cartas. A las 9 salimos. Nuestras ventanas están maravillosamente azules; vamos al "Dôme" a través de formidables tinieblas, tropezamos en el cordón de cada acera. Nos sentamos a la mesa de Fernado; hay un griego estudiando, unos españoles, una vaga poetisa surrealista, gorda como un tocino, pero con piel, ojos y dientes admirables. Está furiosa, porque un amigo la ha presentado a dos tipos de los que ella nada sabía y luego le ha pedido noticias de su marido (que no es su marido, aclara); ella responde vagamente y uno de los tipos dice: "La señora dice cosas que no me agradan." Parece que son agentes provocadores. Ella cuenta veinte veces su historia, parece aterrorizada. Todos estos extranjeros se sienten acorralados; muchos se marcharán. Fernando pensaba en hacernos subir a todos a su cuarto a tomar una copa, pero tiene miedo del ruido y del escándalo.

12 de setiembre

Mañana gris. Los *Sita* ya no pasan sino a las diez; una estatuita de yeso está en medio de la calle. Siempre las mismas noticias: avances locales en nuestro frente, resistencia de Varsovia. Una carta de Sartre que me angustia; no está con la aviación, sino con la artillería. Todavía no ha recibido nada de mí. De nuevo tengo miedo; todo está envenenado, horrible.

14 de setiembre

Las noticias de la guerra no cambian. Los polacos resisten; la lluvia estorba el avance alemán. Restricciones severas en el interior de Alemania y, se dice, descontento. Poco movimiento en el frente francés; amontonan las reservas en vista de los acontecimientos futuros. En realidad la guerra para nosotros no ha comenzado verdaderamente. Cuando peleemos, cuando París sea bombardeado, todo tendrá otro aspecto. Todavía no se puede creer que eso ocurrirá, de ahí el extraño estado neutro de estos días. Los cines, los bares, los dancings, van a volver a abrir hasta las 23. Todo volverá a ser normal.

Atravesé el Luxemburgo, tranquilo como la muerte; el estanque está vacío, todo se estanca; bolsas de arena alrededor del Senado. Frágiles barreras de sillas cortan la zona cercana al pequeño Luxemburgo; hay militares ahí adentro, que cavan vagamente la tierra, y un montón de ramas cortadas. Me pregunto qué diablo están haciendo.

Noche en el cine. En la cama, leo *Retrato de una mujer* de Henry James.

15 de setiembre

Fabricamos enormes paquetes de libros y de tabaco para Sartre y Bost. Ante el correo encontramos a Levillain [1], de oficial de caballería, desenvuelto, golpeando con su fusta sus lindas botas mientras nos habla. El perfecto oficial. Y Sartre y Bost tienen que respetar a tipos así; ¡tiene gracia! En el correo hay una larga cola; la patrona del antiguo hotel de Marco está allí; se pelea con un hombre; la menor discusión en estos tiempos se convierte en una polémica nacional y los conciliadores benévolos tienen conciencia de encarnar la unión sagrada.

Vamos a ver *Blanca Nieves;* es insípida.

16 de setiembre

Carta de Sartre; está en una apacible aldea de Alsacia; escribe.

Ayudo a Olga a hacer sus valijas, la acompaño a la estación Montparnasse y voy a tomar el tren en la estación del Este. Me sumerjo de nuevo en la guerra, de nuevo sola, justo un pedazo de humanidad trágica. Oprime el corazón este café de Esbly donde espero el tren de Crécy; estoy afuera en el crepúsculo, en la terraza, y la gente conversa en el interior, junto a la ventana iluminada. Hablan de una mujer que recibió un telegrama: "Marido muerto en el campo de honor." Y se indignan un poco; generalmente es el alcalde el que viene y anuncia: "Escuche, mi buena señora, su marido está gravemente herido." Es menos frío que un telegrama. Dicen que el alcalde de no sé qué agujero tiene quince telegramas de esa clase que no se atreve a entregar. Hablan del paso de los carteros, de la inquietud de las mujeres que los esperan

[1] Un viejo estudiante de Rouen, de la Acción Francesa.

y que van sin cesar al correo. Preguntan: "Quince mil alemanes muertos ¿cuántos franceses significan?" Beben oporto y pernod y un hombre se indigna: "Está prohibido llevar luto; si lo hace ¡lo meten en un campo de concentración!" Las mujeres contestan que el luto no significa nada. La noche cae, pasan autos. Una mujer dice: "¿Y los que uno quiere y no puede llevarles nada?" Pasan trenes llenos de soldados que callan. Fui a la terraza de otro café; sólo se hablaba de soldados y de guerra. La guerra está aquí en todas partes y de nuevo en el fondo de mí misma.

Yo contaba estar en Crécy en una hora; pero los trenes andan fuera de horario. Llegué solamente a las 7 a Esbly, después de haber soñado largo tiempo contra el vidrio: me siento fuera del mundo y concibo sin horror poder aniquilarme del todo. Sin embargo, recuerdo claramente lo que era la felicidad. En Esbly, me dijeron que había que esperar una hora; ya me han echado de dos cafés y en el tercero escribo esto. Me gusta este alto, y esta noche y el ruido de los trenes. No es un alto: la verdad es esta: estar sin casa, sin amigo, sin meta, sin horizonte, un sufrimiento chiquitito en medio de una noche trágica.

Vuelvo a tomar un trencito negro con un cielo raso de lucecitas mortecinas que no iluminan nada; me quedo en la portezuela; el tren proyectaba sobre el campo un cuadrado de luz. En los pueblitos, un empleado gritaba el nombre de la estación y agitaba su linterna. Al salir del andén, encontré a Dullin envuelto en chales que me tomó entre sus brazos y me hizo subir a un viejo carricoche; había un perro negro que ocupaba mucho lugar. El cochero tenía las luces reglamentarias y Dullin atravesó Crécy con aires de conspirador; no hacía frío, la manta nos abrigaba las piernas y era agradable el paso del caballo en la noche; no se veía nada. A la entrada del pueblo, unos hombres nos pidieron nuestros documentos. Dullin repetía con su tono más *tragediante*: "¡Es atroz, atroz!" Estaba asqueado de los tipos de la retaguardia, en particular de Giraudoux, con su banda de censores y de em-

boscados, y de Jouvet, al que Giraudoux hizo gran magnate del cine y que con el monóculo en el ojo tomaba aires de general. Como ha empezado varias películas declara: "Primero hay que terminar las películas empezadas, luego alentar la producción cinematográfica." Jouvet también dice: "En la radio es necesario levantar el ánimo; cosas alegres, fáciles de comprender: *El escarpín de raso* de Claudel, la *Juana de Arco* de Peguy. Nada de autores extranjeros."

Baty conversó largamente con Dullin y encararon giras por América y países neutrales, pero América no le gusta a Dullin y además le parece que sería desertar; preferiría intentar en Francia una especie de teatro ambulante, pero parece difícil de llevar a cabo.

Entramos en Ferrolle y vemos una silueta oscura iluminada por una lamparita azul; es Camille. Escolta el coche y dos soldados se unen a nosotros bromeando acerca del viejo trasto. Hay soldados en todas partes; la casa de Mme. J., la madre de Camille, es al mismo tiempo una enfermería; sólo tiene su cuarto para ella; hasta el baño lo comparte con un sargento. En las esquinas de las callejuelas hay carteles: "Sección X, Sección Y." Dullin llevó el caballo a la cuadra y lo desensilló, con buen cuidado de no dejar que la luz se filtrara; aquí se toman tantas precauciones como en París. Y luego entramos al comedor, donde Mme. J. nos miró con aire severo, ya dispuesta a tomar a Dullin en falta.

Me besó en las dos mejillas. Es un poco aterradora, pelirroja, con la raíz del pelo blanca, ojos desorbitados, la boca caída, el rostro hinchado, la voz cortante y dura. En la mesa discutió ásperamente con Dullin a propósito de una tajada de salame; sin embargo, lo llama Lolo y lo besó antes de irse a la cama. Cuando Camille se quedó sola conmigo me contó que su madre es eterómana y escandaliza al pueblo. Fue terrible, sobre todo cuando su padre cayó con encefalitis letárgica y lo cuidaba esa drogada, que se caía al suelo con peligro de romperse la cabeza contra los morrillos. Al final, trasladaron al padre a una clínica de Lagny, donde Camille siguió

su agonía durante ocho días. Me presta el prólogo y el primer acto de su pieza sobre la princesa de los Ursinos; lo leo en la cama. Me duermo y no me despierto hasta las 11 de la mañana,

17 de setiembre

Tristeza del despertar. Una luz agradable pasa por mi ventanita nublada de verde y me siento horriblemente triste. Pero antes lo peor en mis tristezas era el asombro que me causaban y mi rebeldía escandalizada. En cambio, ahora las acepto con buena voluntad, con una impresión de familiaridad.

Camille me dice algunas palabras a través de la puerta; van en busca de provisiones. Me visto, bajo. Me gusta la casa. Han embellecido el cuarto del corsario. Hay un admirable arcón antiguo y una colcha de cama roja, bordada con barcos suntuosos. Mariette me trae el café al jardín, sobre una mesita de madera: flores, sol. De la cocina viene un ruido de cacerolas y de agua hirviendo: todo tiene un aspecto feliz. Termino la pieza de Camille, escribo cartas. Frente al jardín hay soldados; en todas partes soldados; el pueblo está transformado.

Camille y Dullin vuelven, sacan las provisiones y almorzamos en el claustro; un almuerzo suculento con buen vino y licores. Las relaciones de Dullin con Mme. J. son siempre encantadoras. Llega una parienta joven, un poco deforme, que besa a Dullin, saluda a la redonda y luego nos anuncia que los rusos han entrado en Polonia; pretende que eso no suprime su neutralidad respecto a las demás naciones; parece que hacen un tratado con el Japón y también con Turquía. Eso puede significar una guerra de tres años, de cinco años, una larga guerra. Yo todavía no había encarado la idea de una larga guerra. Dullin habla de la otra guerra; él se había alistado, pasó tres años en las trincheras sin una herida; insiste sobre todo en el sufrimiento físico, el frío. Describe

también con arte la suerte de la infantería ligera: gas, lanzallamas, bombardeos, los tipos que se lanzan al ataque con bayonetas y granadas. Parece admirar, y yo me irrito, lo que Céline llama "el alma heroica y haragana" de algunos jefes.

Paseo por el campo con Camille bajo un cielo nublado, muy lindo; vergeles cargados de manzanas; apacibles aldeas de tejados rojos; racimos de porotos secándose ante las fachadas de las casas. Nos detenemos en el borde de una ruta, cerca de una pequeña estación, y bebemos limonada en la terraza de un hotel. Dos soldados cuidan la vía; el barbudo es un pintor de Crécy; el otro lleva en la mano un bastón de vigilante. Pasan autos, a menudo llenos de oficiales. Vamos cuesta arriba a través de campos y aldeas. Es un momento muy fuerte y recuerdo lo que Sartre me dijo en Aviñón y es tan cierto: se puede vivir con una gran dulzura un presente rodeado de amenazas; no olvido nada de la guerra, de la separación, de la muerte, el porvenir está cerrado y, sin embargo, nada puede borrar la ternura y la luz del paisaje; como si estuviéramos invadidos por un sentido que se basta a sí mismo, que no entra en ninguna historia, que ha sido arrancado a su propia historia, totalmente desinteresado de pronto.

A la vuelta oímos la radio. Las informaciones son vagas. Se trata de disimular la importancia de la intervención rusa. Nos quedamos abrumados un largo rato ante ese horizonte tan cargado, tan indeciso. Durante la comida, Dullin se anima y cuenta historias divertidas sobre Gide y sobre Ghéon.

18 de setiembre

Bajo a las 11, me siento junto a la estufa. Dullin, con aire aplicado, cubre páginas de escritura: creo que trabaja en sus proyectos. Leo la primera parte de *Enrique IV* de Shakespeare, que había empezado antes en inglés y no había terminado nunca. A eso del mediodía, Camille aparece en batón;



Escaneado con CamScanner

escuchamos un trozo de Couperin, luego las informaciones: noche tranquila en el conjunto del frente, pero Polonia está tomada entre dos fuegos y asolada. Afuera se oyen las gruesas voces de los soldados; cada orden, cada silbido, tienen una resonancia siniestra. Camille me acompaña a Crécy llevando al perro de la traílla; es joven y graciosa. Tomamos sidra. Crecy está lleno de soldados y de otros requisados. Tomo el tren: son las 5. Ponemos dos horas y media para llegar a París, y otra media hora de espera en Esbly. Largos trenes pasan vacíos en dirección al Este; otro tren con soldados y cañones; allá, a lo lejos, hay otro mundo imposible de imaginar. La estación del Este está oscura; oscuros los corredores del subte con sus luces azuladas. Mi cuarto es funerario con esa luz. Leo hasta muy entrada la noche. Mañana me voy a Quimper.

19 de setiembre

Espero a Colette Audry en la terraza del "Dôme". Lindo tiempo. Estoy contenta de cambiar de aire, contenta de este día de otoño, de las cartas que he recibido anoche. Casi es alegría: una alegría sin porvenir, pero ¡cómo me gusta vivir a pesar de todo!

Colette Audry llegó con una soberbia bicicleta de níqueles deslumbrantes; cuando la declaración de guerra, compró esa bicicleta que le costó 900 francos y le comió todas sus economías. Se fue a Seine-et-Oise y luego volvió. Está casada con Minder, declarado inútil para el servicio. Su hermana es muy importante ahora con su marido general. Parece que con protecciones se pueden hacer muchas cosas; por ejemplo, obtener un salvoconducto para ir a ver al marido; pero ¿cómo tener protecciones? Me habla de Katia Landau, cuyo marido fue llevado y nunca se le volvió a ver; como judía alemana está muy inquieta. Vemos a Rabaud cinco minutos; pretende que la moral de los soldados es atroz, que no hablan más que de reventarse un ojo para no ir al frente. Pasa Alfredo, el

hermano de Fernando: me dice en voz baja que Fernando ha sido detenido. Subo a ver a Stépha, a la que encuentro bañada en lágrimas; ayer vinieron unos tipos a buscar a Fernando y no lo han visto más. Llega Billiger, muy patético: ha pasado la noche con Fernando. Anoche cuando salía de la "Rotonde", le pidieron sus papeles; tiene un salvoconducto de súbdito austríaco y ya estuvo una vez en el campo de concentración de Colombes; le dieron un papel autorizándolo a volver a París. Sin embargo el policía lo llevó a la comisaría y el comisario le rompió furiosamente su salvoconducto. Luego lo llevaron a la Prefectura, donde tuvo el asombro de ver a Fernando en medio de un grupo de españoles. Les tiraron un pedazo de pan y a la noche los encerraron en una especie de sótano lleno de carbón. Habían detenido a todos los españoles, aun a los comerciantes residentes en Francia desde hacía meses. A la mañana soltaron a Billiger, pero el pobre debía volver a Colombes y Stépha le preparaba una mochila, una gamela. A Fernando lo habían retenido allí; Stépha pone en acción a su vecina, una atrayente ramera joven, amiga de un diputado socialista. Aconsejo a Alfredo que pase a ver a Colette Audry [1], que sin duda podrá hacer algo. Almuerzo en la panquequería bretona con Stépha; tiembla por su madre, que estaba en Lwow; se tranquiliza un poco.

En el "Dôme", encuentro a Raoul Lévy [2], con quien estaba citada; se maneja en todo por el cálculo de probabilidades: considera que tiene muchas posibilidades de morir en la guerra, pero no se siente nada afectado; Kanapa tampoco, me dice. Me habla de la propaganda alemana en Francia: cómo los soldados de la línea Siegfried clavan en el suelo carteles: "No tenemos nada contra los franceses, no tiraremos primero." Una madre alemana dirigió por radio un discurso a las madres francesas: "Todo es culpa de Inglaterra; los jóvenes franceses no tienen que hacerse matar por ella." Me habla también de un artículo de Massis: la filosofía alemana

[1] Conocía mucho a Fernando y a Stépha.

[2] Ex alumno de Sartre, compañero de Bianca y Jean Kanapa.

es una filosofía del devenir y por eso los alemanes exageran sus promesas y no las cumplen. Y también de un artículo: "El alemán no es inteligente". Me sostiene que cinco millones de hombres o uno es la misma cosa, pues nadie piensa la totalidad.

Tomo el tren: un inmenso tren, en la terraza al aire libre que domina la avenida del Maine: lo que impresiona es menos el número de viajeros que la altura de la pila de equipajes en las redes. La luz es tan débil que no puedo leer. Dormito. Pienso en mi vida, de la que estoy profundamente satisfecha. Pienso en la felicidad; para mí era ante todo una manera privilegiada de aprehender el mundo; si el mundo cambia al punto de no poder ser aprehendido de esta manera, la felicidad ya no tiene importancia. Hay siete mujeres en mi compartimiento y un hombre; el hombre y dos mujeres llevan con ellos maletas llenas de platería; una chiquilina infecta, parlotea cuentos de espías y señala escandalizada el menor resplandor. Atmósfera de pánico; el tren parecería cargado sobre el techo, en su vientre, de conspiradores armados de bombas fulminantes. Acechan signos: "He visto un relámpago", dice uno; otro estremeciéndose: "He sentido un olor." "He oído un ruido", dice un tercero. El ruido es la tapa de la letrina que golpea: mis vecinos creen que son explosiones. El tren tiene terribles paradas bruscas, está conducido por viejos maquinistas vueltos a llamar ahora; en una parada, una mujer se siente medio mal, tiembla de miedo, la llenan de té. Todo el mundo cree en un descarrilamiento. Es verdad que en uno de los compartimientos una valija cayó sobre la cabeza de un tipo y lo dejó duro: lo llevaron sobre una camilla. Noche larga y estirada, sin aburrimiento; empieza a clarear lentamente; reconozco la tranquila campiña bretona, sus campanarios grises y macizos.

20 de setiembre

Bianca me espera en el anden. Me lleva a mi hotel, el Relais Saint-Corentin, que era muy elegante antes y donde tengo un cuarto por 12 francos, minúsculo es verdad; es un poco el tipo del Petit Mouton; soy la única clienta salvo un oficial; la vieja bretona cierra casi a toda hora la puerta y se entra por detrás, atravesando una especie de depósito de carbón y un patio que apesta. Pero el hotel es encantador y me alegro de estar ahí. Día de paz, de olvido. El tiempo está divino; a través de las malezas y de los páramos, bajamos hacia Odet; hay granjas encantadoras, grises, bajo las rosas blancas, pero, en el interior, idiotas con ojos blancos, enfermos, chicos asustados. Bianca me habla de la propaganda antiinglesa de los alemanes y me dice que aquí ha impresionado a mucha gente. Vuelve a comer a su casa. Busco un restaurante barato, estoy muy pobre; caigo en un bodegón atroz, donde me sirven sopa de pan mientras la radio cuenta un monstruoso combate polaco-alemán. A las 8, voy a escribir cartas a la cervecería de l'Epée. A las 8 y media han corrido gruesas cortinas azules, luego me empujan junto a la caja y apagan casi todo. Es exageradamente mortuoria. Hay dos mesas: yo y un hombre con dos rameras. Voy a ir a dormir.

21 de setiembre

Paseo al borde del Odet, que huele a algas y a fango. Charlas. De noche releo *Cabeza de oro* que me parece muy lindo, sobre todo la muerte de Cébès, pero es una pieza fascista y hasta nazi. He elegido un café un poco menos triste que el de ayer, aunque hayan bajado la cortina metálica; al menos hay luz y dos mesas ocupadas.

22 de setiembre

Excursión a Concarneau. La vieja "ciudad cerrada", toda rodeada de murallas, avanza en el mar como un pequeño Saint-Malo; desde lo alto de las murallas miramos los barcos, donde se secan redes azules.

23 de setiembre

En el correo encuentro una tarjeta de Mme. Lemaire que me invita a La Pouèze; me da un gran placer. Marco está en Constantina; Pagniez, en Dijon. En la plaza del Mercado se ve pasar a los soldados canadienses sobre enormes motocicletas caquis; todo el mundo los mira. En la taberna donde almuerzo, la radio da noticias de Polonia; las bretonas con cofias blancas se vuelven hacia el aparato y dejan deslizarse con recogimiento, sobre sus rostros bronceados, los desastres polacos. Luego hay un discurso a los campesinos franceses que me obliga a escapar. Vamos a Beig Meil; la playa está desierta y suntuosa con su arena blanca y sus peñascos; el agua helada me quema voluptuosamente.

24 de setiembre

De nuevo nos paseamos por el páramo; son lindos esos pinos, esos juncos tristes, esas aguas grises. Bebo leche y como panqueques en la panquequería. Un mundo loco y parlanchín: refugiados elegantes que andan en auto y se quejan de la falta de distracciones. La situación no cambia. Alemania y Rusia se han repartido Polonia; sobre nuestro frente algunos combates.



Escaneado con CamScanner

25 de setiembre

Tengo curiosidad por saber cómo voy a pasar estos tres días de viaje solitario. No me atrevía a tomar mi saco de montaña; llevo un ridículo paquete, con mi traje de baño, mi despertador y dos libros: se deshace todo el tiempo. Lo que me mortifica es que casi no tengo un centavo. El ómnibus me conduce en dos horas a Morgat. El puertito me encanta; tengo hambre, pero no como nada por economía y me voy a lo largo de la costa; aquí y allí, aldeas donde la gente me mira como a una espía; las viejas rezongan a mi paso en bretón: nadie habla francés. Voy al cabo de la Chèvre, pero a 500 metros los alrededores están prohibidos por las autoridades militares. Por un sendero llego al cabo de Dinan. En una panadería, como al pasar un pedazo de pan, chocolate y unos bizcochos muy feos.

Me gustan, contra la sorda blancura del cielo, del mar y de las piedras, los pálidos colores de ese campo; el mar está presente en todos lados, sobre el páramo, entre las casas de granito y los molinos de viento. Llego a Locronan en ómnibus, aturdida de sol, de viento, y me duele la cabeza, sin duda porque no he comido nada. Reconozco bien el lugar y nuestro hotel, adonde yo quería volver: pero han instalado allí una panquequería que está cerrada; el hotel se ha instalado enfrente, en una casa soberbia, estilo Renacimiento, donde como; el comedor es muy lindo con sus mayólicas, sus gruesas vigas, su vista sobre la bahía, pero está vacío; la patrona está haciendo su equipaje, se va mañana, ya no es negocio. Vuelvo a tomar un ómnibus para Douarnenez. Encuentro el puerto, los pescadores de pantalones rojos, las barcas y las redes azules. Hay a la vez claro de luna y puesta de sol: es la luna la que triunfa. En el muelle, las chicas ríen, los muchachos cantan: parecería una noche de paz y me echo a llorar.

26 de setiembre

Es todavía de noche a las 6 y media. Tomo un caminito que sigue la costa. No hay cafés en las aldeas, sino despachos de bebidas, almacenes con un mostrador y sin mesas. No es el salvajismo inhumano de la montaña, sino una desolación humana que hiela mucho más el corazón. Muchos aviones sobrevuelan la costa, muchos cruceros en el mar. Sólo se encuentran mujeres, chicos, inválidos; los hombres están ausentes. Ando 24 kilómetros y me baño en el mar violeta y azul, al pie de los acantilados desgarrados. Un sendero me conduce a la punta del Raz, donde me quedo sentada mucho tiempo. Pienso en toda esa vida detrás de mí; ningún porvenir podrá quitármela. Ya no tengo miedo de morir.

Hay cuatro hoteles cerca del semáforo: tres están cerrados, el cuarto respira débilmente; vacían un cuartito atestado de papeles para dejármelo. Nos alumbramos con lámparas de querosén y, mientras como, leo las *Memorias de Gramont*, que me divierten un poco. Voy a dar una vuelta a la luz de la luna; dos hombres con uniformes de marino se me acercan: "¿Es usted de la región? —No.— ¿Está paseando? —Sí.— ¿A esta hora? No se ve nada. —Se ve el claro de luna.— ¡El claro de luna también lo vería desde Quimper o desde Landernau." El tono ha subido hasta ser francamente insultante; les muestro mis papeles, que examinan con una linterna; se excusan vagamente. Mi cuarto está en la planta baja, da sobre el páramo y el mar y casi me parece que duermo afuera.

27 de setiembre

Me levanto a las 6, en la oscuridad. Hay una vela encendida abajo y sigo leyendo las *Memorias de Gramont*, mientras espero el ómnibus. Hace frío. El sol se levanta sobre el pára-

mo, mientras me dirijo hacia Audierne. Tomo un cassis en un despacho de bebidas, esperando un ómnibus. Paseo a pie de Pont-l'Abbé a Saint-Guénolé, por las dunas. Vuelvo en ómnibus a Quimper. Veo a bretonas maquilladas bajo sus cofias en pan de azúcar; es absurdo.

Tomo para Angers un tren repleto. La noche cae. El campo es chato, pero el claro de luna lo embellece. "Parecería cine", dice una mujer extasiada. La gente discute sobre los méritos de la manteca bretona. Imposible leer bajo la luz azul, pero me siento con una paciencia infinita; es como un estado de gracia que me ha dado la guerra.

Llego a las 2 de la mañana. A la salida, un militar me interpela por mi nombre: tartamudea algo acerca de Mlle. S. (una amiga de Mme. Lemaire), que le ha telefoneado. Toma mi valija y mi brazo, diciéndome: "Podría ser su padre", y me lleva a un cuarto que me ha reservado; trae cerveza, bananas, sándwiches; estoy encantada con esa recepción, divertidísima de encontrarme a las 3 de la mañana en una ciudad desconocida, encerrada en un cuarto de hotel con un militar desconocido; me parece irreal. Por otra parte tiene una actitud dudosa. Primero me pide quedarse, con un aire raro; luego, como me quedo de pie, molesta por su mirada insistente, me dice: "Siéntese." Agarro una silla. "Siéntese sobre la cama." Tomo la silla y lo convido a beber. "Tendré que beber en el mismo vaso que usted, ¿no le molesta de veras?" Hablamos mundanamente. Termina por dejarme, diciendo que me hará subir mi desayuno.

28 de setiembre

Escribo cartas en un gran café en la plaza del Ralliement, y estoy un poco inquieta porque no tengo un centavo en el bolsillo. Mme. Lemaire llega en auto con su hija y siento un placer formidable al verlas. Me dejan una hora en Angers, que visito y me gusta bajo ese sol frío. Luego, a través

de un campo feo, llegamos a una aldea fea, donde la casa me encanta. Hay tres armarios llenos de libros en el desván y hago una primera provisión. Me entero de que Pagniez es telefonista en un estado mayor y Marco está siempre en Constantina. Duermo en el comedor; un gran fuego arde en la chimenea y me siento tan bien que leo hasta la una de la mañana.

1º de octubre

Bajo del altillo con los brazos cargados de libros y leo todo el día. Varsovia ha capitulado, el tratado ha sido firmado entre la U.R.S.S. y Alemania. Alemania anuncia que va a ofrecer la paz a las democracias; la rechazaremos y esto empezará de veras. Me digo esto, leo libros sobre la otra guerra, y todavía no consigo creerlo.

30 de setiembre

M. Lemaire me ha hecho llegar una colección de *Crapouillot* sobre la guerra 14-18. Los leo y también un libro de Rathenau, uno de Kautsky. El fuego arde. Jacqueline Lemaire escribe a máquina. Llueve. Hace tiempo que no he dispuesto de tales ocios.

29 de setiembre

"Ofensiva de paz" de Hitler. No se sabe nada de lo que ocurre ni de lo que va a ocurrir. Llevo una vida de bajá. Antes de cada comida, Mme. Lemaire me lleva a la bodega a elegir una botella de vino añejo. Me lleno de alimento y de lectura.

2 de octubre

¡Qué lindo tiempo! Leo en el prado tendida al sol, al pie de los álamos. Me recuerda el Limousin: gruesas manzanas brillan en los manzanos. Abundancia de otoño feliz.

3 de octubre

Vivimos un extraño momento. Nadie puede aceptar la paz de Hitler; pero ¿qué guerra vamos a hacer? ¿Qué significa exactamente la palabra guerra? Hace un mes, cuando la imprimieron en grandes letras en los diarios, era un horror informe, algo confuso, pero lleno. Ahora ya no está en ninguna parte ni es nada. Me siento distendida y vaga, espero, no sé qué. Parecería que todo el mundo espera. Por otra parte es lo primero que impresiona a través de los libros de Pierrefeu, en la historia de la guerra del 14: es una espera de cuatro años cortada por matanzas completamente inútiles; diríase que el tiempo trabaja, sólo él.

4 de octubre

Hasta aquí estaba en vacaciones. Ahora voy a instalarme en esta existencia de guerra y me parece siniestra. Sin embargo me ha agarrado como un pánico esta mañana, el deseo de huir de toda esta paz, de reapoderarme de algo. Con la vaga esperanza, según la última carta de Sartre, de poder ir a verlo; con el renovado miedo y la impaciencia. Decidí irme hoy mismo y a las 7 me llevaron a Angers. Estoy en un café cerca de la estación: ¡como es de siniestro! Quise ir al cine, vagué por los barrios de los cuarteles, con mujerzuelas que engancha[illegible]n a soldados; tabernuchos llenos de mili-

tares. El cine no funcionaba. Volví a andar por esas calles que me daban miedo. Es de nuevo la guerra en mí, alrededor de mí, y una angustia que no sabe dónde colocarse.

5 de octubre

París. Corro a la comisaría y digo tontamente que quiero ir a ver a mi novio, que es militar; me contestan que tales autorizaciones son sistemáticamente negadas y que él sería castigado si yo llegara a ir a verlo. Decido cambiar de comisaría y ser más viva. Voy al Bon Marché, a hacerme fotografiar y, en el bar al lado del Fotomaton, como un pedazo de cerdo con lentejas; mis fotos son horribles. Lo más difícil es tener un nuevo certificado de domicilio. En la calle de Rennes, Mme. Martand me niega uno: "Pero usted ya no vive aquí, sería falso", dice muy secamente; se ve que es la guerra, con el paredón de ejecuciones en el horizonte, para todas las almas de portera. Voy al liceo Camille Sée: soberbio edificio; veo a la directora, bastante joven, delgada, elegante, empolvada, con una barbilla azul bajo el polvo; juega a la persona viva, fantástica y osada. "Yo, que soy tan osada", dice sin vergüenza. No tendré mucho trabajo; doscientas alumnas en todo el liceo; no tendré ni veinte; sobran profesoras y no saben qué hacer con ellas.

Vuelvo a la calle de Assas; la portera de Gégé cose a máquina y no puede darme certificado, puesto que soy sublocataria; me quedo plantada ante ella, sigue cosiendo, no se dice casi nada más, dura mucho; de pronto se levanta y me da un certificado a partir del 14 de setiembre. Le doy 50 francos, los rechaza indignada; luego cede: "Sólo la mitad." Luego, toma todo. En la comisaría, todo sale muy bien: hablo de una hermana que tiene una enfermedad en los huesos y que voy a buscar a Marmoutiers. El empleado es muy paternal, me extiende un certificado con su más linda letra. Sin embargo, descorazonan a una rubia que quiere ir a ver

a su marido en Seine-et-Marne: "No por esa razón. —Pero ¿por otras razones se puede? —Hay que tener pretextos valederos." Me prometen el salvoconducto para el lunes o martes. Subo a tomar una copa con Stépha y Fernando. Ha estado cuatro días preso. Fue denunciado por "propaganda contra el alistamiento de extranjeros en la Legión". Un tipo le dijo que era ruso blanco y le preguntó si era posible pasar a España. "Seguramente sí —dijo Fernando—. Pero no tengo pasaporte. Uno va a la frontera y camina." El tipo era un agente provocador. Fernando fue enviado a la prefectura, luego al campo donde los soldados y los sargentos se mostraron extremadamente gentiles; uno de ellos le dio tabaco cuando dijo que había peleado en España y, cuando agregó que había sido general, le dio otro paquete. Los amigos de Fernando están asombrados, les asombra que lo hayan soltado tan rápido y desconfían un poco de él; tiene la impresión de que la policía lo vigila y no se atreve a ir a ver a Ehrenburg. Parece que Malraux quiere alistarse en los tanques, pero que no lo aceptan a causa de sus tics nerviosos.

Nizan mandó a Duclos una carta de renuncia muy seca; "Te envío mi renuncia al Partido Comunista francés. Mi situación de soldado movilizado me dispensa de agregar nada más." Como en la "Coupole", que está llena de gente; Montparnasse está invadido por militares y otra clientela nueva; los viejos parroquianos parecen un poco prehistóricos. Pido aturdidamente un medio munich al camarero. Ríe: "Espere que hayamos pasado la línea Siegfried." Me causa una formidable impresión la noche en París; había olvidado: la Osa Mayor brilla encima de la encrucijada Vavin, es insólito y muy lindo. Ya no hay casi nadie en las terrazas, empieza a hacer demasiado frío; todo está todavía más desierto que el mes pasado. Vuelvo a casa por calles oscuras como túneles.



Escaneado con CamScanner

6 de octubre

Gege me despierta cuando vuelve, a medianoche; viene de Castel Novel, donde había una horda de mujeres y refugiados españoles. A eso de las 6 y media de la mañana, el ulular de una sirena, pero débil; la gente se asoma a las ventanas; ¿es una alerta? No, solamente un capricho mecánico. Correo; una de las cartas de Sartre fue abierta por la censura, es la primera vez. ¡Ay! El 3 de octubre partió para un destino desconocido, todos mis proyectos han caído al agua. Hago compras con la garganta anudada. Esas tres semanas a mis espaldas representan una tregua sin verdad; ahora recobro el desaliento, el miedo; y me rebela pensar que esto va a durar. Ya no me interesa y, sobre todo, ya no me intereso; llevo este diario por consigna. Compro para Sartre *El idiota* y el *Diario de Green*, pero la *N.R.F.* ya no se vende. Para recibirla hay que abonarse.

7 de octubre

Día lúgubre. A la tarde, estoy citada en el "Marigan" con los Audry, pero la autoridad militar ha cerrado el café porque había quedado abierto hasta después de las 23. Me instalo enfrente, en el "Colisée". Un público infame de mujerzuelas de lujo, de oficiales "que mueren en su cama" y de emboscados; es el público de 1916, visto a través del *Crapouillot*. Los Audry hablan con desagrado de las películas de propaganda que han empezado a filmar. Noche brumosa que ya huele a invierno, trágica y linda. En París, el cataclismo está presente en todas partes y ya es una ocupación suficiente el solo hecho de advertirlo.

10 de octubre

Pardo vuelve hoy; fue mi última noche en el departamento de Gégé. Me mudo a un hotel de la calle Vavin. Mi cuarto me gusta, tiene gruesas cortinas rojas y podré tener luz a la noche. Lise Oblanoff ha vuelto a París; llora su triste suerte: no puede inscribirse en la Sorbona, si no tiene cédula de identidad, ni tener cédula si no está inscripta. Es siempre la misma historia; su padre no gana nada y su madre no tiene derecho a trabajar. Me dice llorando: "¿Por qué N. tiene todos los derechos y yo no?"

En el "Dôme" Adamov se sentó frente a mí con aire perdido. Él también apenas gana; tiene una libreta de enrolamiento y espera irse. El "Dôme" está así lleno de ruinas.

Fernando afirma que mil soldados del frente han tomado a la fuerza un tren y han venido con licencia ilegal, sin que nadie se atreviera a detenerlos.

11 de octubre

Quiero volver al trabajo. He pasado el día releyendo mi novela. Hay mucho que hacer.

12 de octubre

Trabajo. De noche, en el "Dôme", encuentro a Marie Girard. Al lado nuestro hay un viejito rarísimo con mameluco azul, que lee *Science and Health*, en una especie de misal negro; un borracho trata de hacerle conversación y casi se pelean. El borracho se vuelve hacia nosotros: "Tengo los hombros angostos —dice—. Pero la frente pesada." "Me importa un rábano sus hombros", dice Marie. Dos amigos

del borracho lo arrancan de nuestra mesa. Comemos en la panquequería, luego vamos al sótano del "Schubert": está vacío, pero hay un pianista que toca jazz y cambiamos un poco de decorado. "Me pregunto dónde se ha metido la gente", dice Marie con indignación, cosa que arranca un murmullo al camarero. A las 11 nos echan y vamos a pasear por las orillas del Sena. Patrullas de vigilantes en la noche, con sus vastas capas y sus cascos brillantes; a pie, en bicicleta, dirigen sus linternas sobre los transeúntes y detienen a todos los hombres para pedirles sus documentos; hasta hurgan en los mingitorios. Marie me cuenta sus amores con un refugiado español de 22 años, hermoso como un dios, al que va a ver a hurtadillas en las montañas donde vive semidesnudo y acorralado; la gente de la aldea odia a esos refugiados; ella hasta pretende que han matado a uno a puñetazos porque no quería alistarse; por lo tanto, debía ser extremadamente cautelosa. Una noche, se perdió, perdió sus zapatos, hizo cinco kilómetros descalza en la maleza. El español no sabe veinte palabras de francés. Ella sólo piensa en ir a verlo. Está convencida de que Daladier pidió a Hitler que desencadenara la guerra para que quedara destruido el Frente Popular. Hace discursos derrotistas. En un tren trató de apiadar a los soldados sobre la suerte de Giono: "No diga cosas así a los jóvenes soldados", le dijo uno de ellos en tono severo. Ella no pide otra cosa que ir a la cárcel: así podrá economizar. Me divirtió mucho.

13 de octubre

Marie me propuso que la acompañara esta noche a lo de Youki Desnos y acepté. El comedor está lleno de humo, de gente, de vasos de vino tinto. En las paredes cuadros de Foujita, uno de los cuales representa a Youki desnuda, con un león; son en colores porque ella le pidió que probara que podía pintar de otro modo que en blanco. No me parecen

muy lindos. Youki preside, envuelta en un quimono japonés que desnuda unos brazos hermosos y lo alto del pecho; es rubia, bastante bonita. Hay una ex amiga de Pascin que empieza a caer en el misticismo y habla, con ojos húmedos, de todo lo que ha sufrido a causa de los hombres; su marido, un exhibicionista de largo rostro calamitoso, tira las cartas en la habitación contigua: las tira a la "humanidad" y no le predice nada bueno. Hay una actriz fracasada, una lesbianita que fuma en pipa, otras dos mujeres, muchachos silenciosos y un soldado de licencia que se parece a Buster Keaton. Youki lee una carta de Desnos que cuenta apaciblemente la vida que lleva en el frente y todo el mundo se indigna: ¡no se rebela bastante! El soldado contesta con voz patética. Es una verdadera comedia: de un lado el anarquismo cínico, de otro el combatiente relajado por la mentalidad civil. Vocabulario sucio: "¡Mierda! ¡Me haces cagar!", recalcando bien las palabras y con la menor naturalidad posible. Todo ese mundo parece en calor. El soldado dice: "Me importa un pito de las mujeres, dígaselo a sus amigas, no las esperamos para consolarnos. —Dígales a sus amigotes que tampoco los esperamos, dice una mujer, pero nosotras no nos masturbamos." Cantan, en tono de burla, canciones patrióticas de la última guerra, luego canciones militaristas, hasta las 4 de la mañana.

16 de octubre

Reanudación de las clases. En Camille Sée, doy dos horas de clase ante nueve chiquitas muy juiciosas, de delantales blancos. Me parece irreal y absurdo. Luego voy al Henri IV adonde se ha trasladado el liceo Fenelon. Las clases han sido relegadas a un ala moderna y muy fea. Corredores angostos con carteles: Refugio 1, Refugio 5, y mujeres de negro llevan en bandolera la máscara. Tengo veinticuatro alumnas, vestidas de ciudad, cuidadas, maquilladas, muy Quartier

Latin. Traen sus máscaras a la clase y las ponen junto a ellas.

Olga volvió ayer. Me da noticias de Rost, cuya vida no parece muy alegre.

Actividad alemana en el frente oeste y nueva ofensiva de paz de Hitler.

7 de octubre

Parecería que empiezan a pelear seriamente. Ataque alemán y reacción de las tropas francesas; bombardeos de las costas de Escocia por los alemanes. ¿Qué va a hacer Stalin? Leo todo eso en el diario con una especie de indiferencia. Estoy anestesiada.

Para ir al Henri IV atravieso el Luxemburgo, dorado y fangoso, luego tomo un café en el mostrador de Capoulade. Dos horas y media de curso, cortadas por un ejercicio de alerta. La directora recorre los corredores, de sombrero, un silbato en los labios, y emite silbidos estridentes. Bajamos en fila india a un refugio soberbiamente instalado y nos sentamos en sillas de jardín. Ejercicio con las máscaras. De pronto se saca el sombrero; grita bajo su máscara: "¡Los profesores también!", pero yo no tengo la mía. Las alumnas ríen de verse enmascaradas y ella rezonga: "¡No tiene gracia, créanme!" Explica que en los refugios no se debe ni hablar ni moverse, para economizar el oxígeno.

Noche con Olga en el "Flore" que acaba de reabrirse. Está tapizado con gruesas cortinas azules y hay nuevos butacones rojos; es soberbio. Ahora los cafés han aprendido a disfrazarse; encienden todas sus lámparas y uno se siente golpeado por ese brillo cuando llega de afuera.

18 de octubre

Voy a buscar a mi hermana a la estación de Austerlitz; la estación es siniestra; muchos soldados; un vigilante los para

y les pide sus permisos. Llevo a Poupette al "Milk Bar". Me cuenta que en Saint-Germain-les-Belles esperan desde hace seis semanas a los refugiados de Hagueneau y el bastonero proclama por las calles: "No olviden que los alsacianos son, pese a todo, franceses."

Una carta de Sartre en la que me dice en lenguaje cifrado que está en Brumath.

21 de octubre

Esta noche voy con mi hermana y Olga al Jockey; está vacío. La sala es muy linda, más grande que antes, con los mismos anuncios de cine en las paredes, pero limpios y una pista de baile en el medio. Al lado del piano una cantante pelirroja repite sus canciones. El patrón se acerca para anunciarnos que desde el lunes, habrá comidas con números a partir de 25 francos; se come en toda las *boîtes*, es la nueva fórmula. Explica que ha adornado la sala, según las casas de baile de Sevilla. Recuerdo la de la Alameda. ¡Qué cambio para España, para nosotros! Es la primera vez que el paso del tiempo me hace irremediable e histórica. El local se va llenando poco a poco; parejas de mediana edad, militares de azul marino y sin número de matrícula. La pelirroja canta. No se baila a causa de la guerra. A las once, un despertador suena y la orquesta toca el oscurecimiento. En la acera, un montón de grupos vacilantes. Leo hasta la una y media de la mañana *El testamento español* de Koestler. A la una y media, grandes gritos, una persecución por la escalera, una mujer aúlla. Entreabro mi puerta, pero la mujer tiene tal acento que no se comprende nada de lo que dice. Creo que es la linda noruega rubia y que quiere hacer sus valijas; grita: "¡Cobarde, cobarde!" La patrona subió y la reprende a media voz.

23 de octubre

Nuevas gestiones para un salvoconducto. Hago llenar mi formulario en la comisaría de la 16ª circunscripción, para que no encuentren mi pista.

A las 9 voy con mi hermana y Gégé a casa de Agnés Capri. Los lugares se vienen abajo, es como un teatro sin luz en un día de ensayo. En una mesa, están Capri con una capa de piel blanca, Sonia con piel negra, con Marie Hélène y Germaine Montero, que lleva un extraño sombrerito con un velo rojo. Deniaud, uno de los ex "barbudos", está de smoking, come. Leduc, de smoking, sirve. En una mesa, Tony con una desconocida encantadora; dos parejas desconocidas, elegantes. Deniaud canta La Violetera, es demasiado fácil y me exaspera. Capri está encantadora con su vestido negro y dorado, zapatos negros de suela dorada alta como tres manos; muchas de sus canciones están censuradas, pero le quedan algunas excelentes.

Dicen que no ocurrirá nada en el frente francés antes de la primavera. Hablan de diez días de licencia cada cuatro meses.

25 de octubre

Olga está contenta, porque quizá se reanuden los cursos del Atelier. Quiere comprarse un abrigo en el bulevar Saint-Germain, pero ocurre que el que eligió en el escaparate es un capote de soldado y la vendedora se burla de nosotros. Su hermana llegó a Beuzeville y se instaló en nuestro hotel.

A la noche en el cine, *Knock*. Fernando dice que los diarios están llenos de tonterías y que la guerra será larga. Ya no reacciono ante todas esas predicciones. Trabajo en mi novela, doy mis clases, vivo en una especie de embrutecimiento: ningún porvenir tiene realidad.

27 de octubre

Todos los días, dos veces por día, la directora del Fenelon hace circular papelitos designando voluntarias, monitoras que harán cerrar las ventanas en caso de alerta, etc....

Parece que el dictador de Santo Domingo abre sus puertas a 100.000 refugiados y reclama intelectuales. Fernando y Stépha piensan en irse allí. Hablamos del manifiesto "por la paz inmediata" que han firmado Giono, Alain, Déat. Ahora todos protestan que han sido sorprendidos en su buena fe. "Al ver la palabra paz, firmé sin mirar el resto", parecería que ha dicho Alain.

29 de octubre

En el hotel, en el número 7, hay una vienesa hermafrodita que tiene estado civil masculino, pechos, un sexo femenino, pero también un sexo de hombre, barba y vello en el pecho. En el hermoso tiempo del doctor Hirshfeld era célebre en Viena; explica que, después del Anchluss, tuvo que expatriarse porque Hitler declaró: "No quiero esa clase de gente aquí." Tiene un montón de disgustos sentimentales, porque solamente le gustan los hombres de verdad y ella sólo gusta a los pederastas. También tiene disgustos más graves: Alemania la reclamaba como soldado y en Francia la pusieron en un campo de concentración; cuando se desvistió comprobaron con horror que era una mujer. Llora todo el tiempo. En cuanto a la noruega que gritaba la otra noche, es una borracha y su tipo le pega cuando ha bebido demasiado para que se quede tranquila.

30 de octubre

Lise me acompaña a la comisaría. Espero un poco y, cuando digo mi nombre, el empleado tiene un aire prometedor. ¡Tengo mi permiso! Me siento loca de alegría. Vale hasta el lunes. Tengo que detenerme en Nancy, pero todo eso supondrá cinco días enteros si el médico me da mi certificado a tiempo. Hago compras, doy mis cursos y vuelvo a meterme en cama y a reclamar un médico. Espero hasta las 8 y media leyendo; casi tengo la impresión de estar verdaderamente enferma. Llega: pelo canoso, echado hacia atrás, anteojos de carey, aire pertinente. Me palpa y ¡ay! cree que es un simple dolor muscular. Me pregunta, completamente a la manera de Knock: "¿No trepó por una cuerda lisa? ¿No levantó un gran baúl? Muy curioso." Me pregunta con un aire bastante agudo: "¿No tiene a veces la impresión de sentarse sobre un guijarro?" Sin embargo, va a buscar unos pequeños instrumentos para asegurarse de que no tengo apendicitis. Me pincha un dedo, aspira mi sangre con una jeringa y la diluye en un líquido verde. Me encuentra once mil glóbulos blancos; es demasiado, pero no bastante para una apendicitis aguda. Me ausculta y me habla doctamente de los efectos del frío en los pies, levantándose el pantalón para mostrarme sus calzoncillos largos. Me habla también del arco circulatorio de los negros y de los esquimales. "El negro, cuando sale de su cabaña y coloca su pie sobre el pasto húmedo, siente en seguida un reflejo intestinal", me dice. Luego firma un certificado que me otorga permiso hasta el lunes próximo. Me levanto rápidamente y hago mi valija.

Las seis y media. El "Dôme", la "Rotonde" se despiertan apenas. En la estación del Este, tomo exactamente el tren en el que Sartre se fue hace dos meses dede ese mismo andén. Está lleno de soldados. Mi vecino tiene los dedos como un casco de caballo, un rostro rojo e idiota; los otros son campesinos bastante despiertos que vuelven de una licencia agrícola; juegan a las cartas, hablan poco. Me digo que no tardarán en romperles la cara y al mismo tiempo no llego a creerlo, conservan un aspecto de maniobras, de falsa guerra. El campo está inundado; queda poético y cataclísmico con esos bosques, esos cercos, emergiendo de inmensos estanques.

Llego a Nancy a la una de la tarde. No me piden mi permiso, recorro una gran calle con mi valijita en la mano. Silencio de muerte; las tiendas están vivas, las confiterías llenas de bombones, de gruesos caramelos que parecen recién hechos, pero no se ve a nadie; parecería una ciudad evacuada; me causa una fuerte impresión. Llego a la plaza Stanislas que, a través de *Los desarraigados* de Barrès, siempre me pareció tan atrayente, a causa de sus misteriosas rejas doradas; es muy linda en ese gran silencio, desierta bajo el cielo azul, con el fondo del follaje herrumbrado del parque.

Voy hasta otra plaza, al Cuartel General, de donde me mandan a la gendarmería, que está todavía cerrada. Decido ir primero a almorzar y atravieso el parque inmenso y suntuosamente rojizo. De pronto, la voz estridente de las sirenas; la gente no se enloquece; al contrario, son mucho más numerosos que hace un rato; creo que se trata de una maniobra a la cual la gente de Nancy está acostumbrada, pero, sin embargo, me sorprende un poco. Por fin comprendo: llegué en plena alerta y este es el final. Ahora la ciudad bulle de gente. Descubro la calle principal, bordeada de

Uniprix, de cines, de cervecerías; me recuerda Estrasburgo, en menos lindo; casi todas las casas se protegen con enormes empalizadas de madera: la ciudad parece un inmenso campamento. Un tipo me grita: "Cuando te veo, me creo todavía en los bulevares." Es a causa del turbante amarillo, de los tacos altos, de los aros. Almuerzo en una cervecería, vuelvo a la gendarmería. Hay una muchedumbre espesa, la gente se atropella, una mujer gime porque tiene flebitis; otra llora: acaba de enterarse de la muerte de su chico. Niegan todo salvoconducto para Mulhouse, orden del general. Todo el mundo habla alemán, hasta los soldados. Al cabo de media hora, llego a primera fila; me toman mi papel, el tipo menea la cabeza al leer "Brumath" y se va a ver al teniente, me precipito detrás de él. El teniente me mira a través de sus anteojos: "¿No es para ir a ver a un amiguito?" "¡Oh, no!", digo desde el fondo del corazón. Me concede veinticuatro horas. Me voy desconcertada y decepcionada; solamente veinticuatro horas: ¿podrán prolongármelas? Voy a pasear melancólicamente al borde de los canales.

A las 6 estoy en el andén de la estación; hace frío, me duelen los pies por haber caminado tanto con tacos altos. Somos una muchedumbre, civiles y militares, esperando el tren. Es noche cerrada. Se ven bailar sobre los rieles luces azules, rojas, blancas, pero no es el tren, solamente linternas; a veces llega un tren; la gente se precipita, pero nunca es el nuestro. Las siete, las siete y media: cansancio, frío; todo parece irreal. Por fin el tren; nos precipitamos; está repleto; sin embargo, encuentro un rincón. Está lleno de alsacianos; una gorda ronca tanto que todo el compartimiento ríe; nadie habla francés. Todo el mundo está tranquilo, nadie diría que el tren va hacia el frente; ¡qué distinto de esa desorientación de los parisienses huyendo hacia Quimper con su platería! Afuera hay un gran claro de luna, el campo se extiende chato y helado. El tren se detiene en todas las estaciones y trato de ver los nombres. Pasamos por Sarrebourg, Saverne; el tren se vacía, me quedo sola con un soldado. Empiezo a

tener una verdadera impresión de aventura. Sólo cinco estaciones: esta historia se vuelve verdadera.

Brumath. Bajo en el andén desierto, sigo a la gente; a la salida, no me preguntan nada; hay soldados, pero no me paran. Una hostería brilla cerca de la estación; luego atravieso bajo el claro de luna un campo desierto. Pienso: "Sartre está en alguna parte por aquí", con un asombro un poco incrédulo. He aquí la "Taverne du Cerf", donde, según sus cartas, toma su desayuno. Golpeo a la puerta del hotel del "Lion d'Or". No hay respuesta, pero una lámpara me enfoca: una patrulla. No hay derecho a estar afuera después de medianoche. Muestro mis papeles y dos soldados proponen amablemente escoltarme. Sacuden a culatazos los postigos de "L'Écrevisse", pero nadie contesta. Vagamos media hora. Por fin, en la "Ville de Paris", entro en un hangar, luego en un patio, luego en la casa. Sobre una puerta hay una placa: "Patrón." Golpeo y un alsaciano gordo y rubio viene a abrirme. Me da un cuarto helado. Me desvisto tiritando y me deslizo entre las sábanas frías, después de haber puesto mi despertador en las 7.

1º de noviembre

El despertador suena. Es una madrugada gris, todas las casas están cerradas, no hay nadie por las calles, salvo algunos soldados. Suena el clarín. No me siento dichosa sino inquieta: ¿cómo advertir a Sartre? ¿Cómo obtener una prolongación? Me siento rodeada de amenazas, dependo del capricho de un oficial, del humor de un policía. Pero es novelesco el despertar de la aldea. Unos camiones se detienen junto a mis ventanas: ruidos de pasos, ruido de voces, embarcan gente. Y ¿si embarcaran a Sartre justamente hoy? Corro a la "Taverne du Cerf": largas mesas de madera, sillas de paja, gran estufa de mayólica; todo está todavía semidormido, las ventanas están abiertas, hace frío y yo no me siento en seguridad. Las dos mujeres tienen un aire bo-

[illegible] les pido la dirección de la Escuela y me dicen: "El Estado Mayor". Escribo unas líneas a Sartre: "Has olvidado tu pipa en la Taverne du Cerf: te espera". Y me voy por la calle Fangose, cruzo un porche, atravieso un terreno baldío y veo un gran edificio moderno, de ladrillos rojos y con ventanas pintadas de azul, como las vidrieras. Adelante hay un montón de soldados. Le pregunto a uno de ellos si puede transmitir mi mensaje. "Debe de ser uno de los tipos de la oficina", dice el soldado perplejo, me promete darle mi carta dentro de unos instantes. Vuelvo al "Cerf" y, al fondo de la calle, veo la silueta de Sartre, reconozco en seguida su paso, su figura, su pipa, pero tiene una horrible barba esponjosa que lo desfigura; no había recibido mi telegrama, no me esperaba. Los cafés nos están vedados y lo llevo a mi cuarto. Hablamos durante una hora y tiene que irse. Vuelvo al "Cerf". Me ha dicho que los policías eran severos y sigo inquieta. Vuelve a las 11, recién afeitado: él y sus acólitos son los únicos que llevan el uniforme azul de la aviación, ningún número de matrícula, como todos los tipos del frente. Muchos soldados están con uniforme caqui, boina o un gorro de policía con pompón: son los cazadores. Pocos civiles. Pero la taberna está llena, sin duda a causa del 1º de noviembre. Almorzamos en una mesa del fondo. Deciden reemplazar a mi hermana enferma por una prima que Sartre se ocupa de encontrarme. Las patronas nos miran con aire amistoso y empiezo a sentirme menos acorralada.

Cuando Sartre se va, me acuesto; estoy extenuada, duermo tres horas como un animal. Mi despertador me saca de la cama y la patrona viene a decirme, en alsaciano, que ha prometido mi cuarto a una señora que venía del interior a ver a su marido; los habitantes encuentran esto natural y se hacen cómplices; sólo hay que temer a los policías. Hago mi equipaje, busco en vano un cuarto en "L'Écrevisse", en el "Lion d'Or". Encuentro a Sartre, se encarga de buscarme un alojamiento mientras voy a la gendarmería; los policías me mandan a la alcaldía; el alcalde discute en alsaciano con un

sargento y dos civiles gordos, no terminan nunca; por fin, mira mi papel, no comprende para nada mi pedido de prolongación y pone un sello al azar; un gendarme, llamado en su auxilio, se siente impresionado por los sellos de París y declara mi papel válido hasta el domingo a la noche. ¡Qué alivio! Vuelvo al "Cerf", lleno de militares. Me siento en el mostrador. Un soldado alto, bastante buen mozo, con bigotito, se me acerca; huele a alcohol: "¿Cómo todavía está aquí? La esperábamos en 'L'Écrevisse' hace un rato." Recuerdo que, cuando entraba en la gendarmería, dos tipos me gritaron: "Hasta luego en 'L'Écrevisse'." No presté atención. Digo: "Espero a alguien." "¿Por qué no a mí", dice el soldado. Se me acerca y se irrita, debe de tomarme por una profesional. "Sé muy bien que no vino aquí con intenciones belicosas", dice. No tengo ganas de un escándalo, no me siento en regla. Un compañero se impacienta: "Entonces ¿vienes o no vienes?", me pregunta. Un tercero me desliza: "No insista." "Yo quisiera que ellos no insistieran", le digo con desesperación. El soldado borracho mezcla las amenazas a promesas de protección; me mira en los ojos: "En fin, ¿estás con nosotros o contra nosotros?" "Ni lo uno ni lo otro." "¿Eres alsaciana o francesa?" "Soy francesa." "Es lo que quería saber", dice satisfecho y misterioso; me ofrece su bastón, una especie de garrote, que rechazo. Sartre llega; viviré en su pensión pero sin él, porque cuando él dijo: "Mi mujer viene", ella contestó con aire escandalizado: "Pero usted no tiene mujer", y él tuvo que rectificar: "Mi novia." Comemos en el "Lion d'Or", que está repleto; hay hasta una mujer que visiblemente ha venido para ver a su marido. Es asombrosa esa mezcla de aventura inquieta en el frío y en la oscuridad y de grueso confort italiano: voces espesas, humo, calor, olor a repollo. Sartre me hace notar que le dicen usted, que le hablan como a un civil, porque está con una mujer: eso le devuelve una individualidad. Nos separamos pronto: los soldados no deben estar en las calles después de las 9. Mi cuarto está vagamente calentado, pero las sábanas están hela-

das; en las paredes, pedazos de género sobre los cuales han bordado inscripciones en alemán: duermo sin preocupaciones.

2 de noviembre

Me levanto a las 6 de la mañana para tomar el desayuno con Sartre; está oscuro y helado, una luz brilla de tanto en tanto. La "Taverne du Cerf" está oscura, las lámparas están rodeadas de papel azul y hay una sola encendida; la habitación está casi vacía; las patronas acaban de despertarse, encienden la estufa; despunta el día. Sartre llega casi en seguida: "Hoy ríe y habla —dice la mujer, como si hablara de un objeto mecánico—. Por lo general está ahí leyendo." Aleja los libros que yo había traído y agrega cómplice: "Hoy no se lee." Nos sirven atroces cafés alsacianos, peores que los ordinarios en los cafés de las hosterías. Conversamos una hora, Sartre se va a hacer vagos sondeos y yo me quedo en esa habitación vacía que se ilumina poco a poco. Afuera desfilan soldados, con palas al hombro; una de las muchachas de la casa, una pelirroja, pone sobre el alféizar de la ventana un café y un vaso de ron que el soldado-vigilante de la esquina viene a beber mientras vigila la circulación; tiene gruesos guantes de lana, su aliento forma un vaho en el aire. Leo la novela de Sartre, cien páginas; es la primera vez que leo tanto de un golpe y me parece excelente. Anoto algunas críticas en particular sobre el carácter de Marcelle. Luego voy al café, donde Sartre se me une para almorzar. Dos de sus acólitos vienen a buscarlo y se van juntos para tratar de encontrar un cuarto. Encuentran uno, para Sartre y para mí, en el "Boeuf Noir"; la población de aquí cuida a los militares que la hacen vivir y es más amable con ellos que con los civiles. Todo está fuera de foco. Largas conversaciones. Sartre cree que no se peleará, que será una guerra moderna, sin matanzas, como la pintura moderna es sin figuras, la música sin melodía y la física sin materia.

Esta reminiscencia, que yo no llegaba a precisar ayer por la mañana: es un recuerdo de las vacaciones de invierno. La misma noche, el mismo frío, el mismo esfuerzo consentido por un placer que llega cuando uno se sumerge, de madrugada, en el mundo helado, el mismo olor a madera mojada en los corredores del hotel. Los soldados están apoyados contra el mostrador, como los monitores que toman una copa, en Chamonix, antes de las primeras lecciones; momentos de confort provisorio en la madrugada invernal. Y estoy de vacaciones, sola con Sartre en una aldea. La impresión se borra cuando la mañana envejece, pero durante la primera hora es muy fuerte. Es simpático el comedor del "Boeuf Noir", decorado con mariposas pinchadas, cabezas de ciervos, pájaros disecados. Leo los cuadernos de Sartre con pasión; los comentamos cuando vuelve. [1]

Esa tarde, en un almacén, veo a dos soldados frente a una olla inmensa llena de mostaza; nunca había visto una cantidad de mostaza tan grande; quieren llevarla, pero la almacenera no quiere prestarles la olla. "Sin embargo no puedo llevar la mostaza en las manos", gruñe uno de los soldados. Agrega con rencor: "¡Los alsacianos no son comerciantes." En todas partes se siente hostilidad. La gente de aquí se niega a dejarse evacuar, porque en los demás lados los tratan de alemanes. Por otra parte están muy tranquilos, aunque sólo diez kilómetros los separan del frente.

Subo mi diario a Sartre. Me dice que debería desarrollar más lo que digo sobre mí. Tengo ganas de hacerlo. Siento que me estoy convirtiendo en algo bien definido: voy a cumplir 32 años, me siento una mujer hecha, me gustaría saber cuál. ¿En qué soy "mujer", por ejemplo?; ¿en qué me-

[1] Sartre anotaba sobre esos cuadernos su vida día a día y hacía una especie de balance de su pasado.

dida no lo soy? Y en general ¿qué pido hoy a mi vida, a mi pensamiento?; ¿cómo me sitúo en el mundo? Si tengo tiempo me ocuparé de ello en este cuaderno.

5 de noviembre

Ayer hacía calorcito. Hoy es el deshielo. Aprovecho para pasear un poco por el pueblo, que es bonito. Unos soldados juegan a la pelota en una encrucijada, otros toman el aire sentados en un banco. Sólo se ven uniformes; todos los autos están camuflados, caballos y camiones desfilan. Y, sin embargo, la paz se trasluce bajo la guerra; cerca del canal, todavía hay chapas indicadoras azules que dicen que las rutas van a alguna parte y no indican que esas rutas están condenadas. Sobre los tejados de las casas, hay un musgo insólito; los árboles parecen existir con indolencia, para sí mismos. Brumath recobra tímidamente una individualidad: no es solamente un cuartel militar. Sin embargo... Pasa un viejo autobús de campaña, pero está camuflado; el chófer está de uniforme, y en vez del nombre de la aldea, se lee sobre el vidrio la palabra "Vaguemaestre"; los caminos de tierra desembocan en alambrados de púa.

En el "Boeuf Noir" un soldado, que trabaja en una oficina, me busca conversación. Me habla de Estrasburgo, vacío, donde quedan solamente algunos administradores; los civiles van a buscar sus cosas pero no tienen derecho a quedarse a dormir; los estancos de cigarrillos se liquidan; todo está muerto. Pero la gente espera la paz para Navidad. Él también cree en una guerra "diplomática" en la que no se peleará. Más nos acercamos al frente, más la guerra disminuye. París tranquiliza a los que llegan de Beuzeville o de Quimper y Brumath tranquiliza a los que vienen de París.

Como Sartre viene a juntarse conmigo a las 4, nos sirven en una sala del fondo, pues el café todavía no está abierto para los militares, estamos bien para conversar en la punta

de esa larga mesa cubierta de un hule azul y blanco. De tanto en tanto, alguien abre la puerta y se retira pronto, como disculpándose. Digo a Sartre que ahora no escribiré ese libro sobre mí misma de que hablábamos ayer. Quiero terminar mi novela. Tengo ganas de vivir activamente y no de censarme. A las cinco, pasamos al comedor grande, comemos budín de manzanas. Bajo un gran cielo estrellado me acompaña hasta la plaza de la estación, luego desaparece en la noche.

La sala de espera está oscura: muchos soldados y también civiles cargados de paquetes; varios llevan la mochila a la espalda; por el andén ronda un fuerte olor a kirsch. El tren llega tan repleto que apenas se pueden abrir las portezuelas. Voy a la cabeza, me aferro a un racimo de soldados y tengo la suerte de encontrar un rincón.

Saverne; son las 9, inmensa estación oscura y bullente. Hay una cantina-sala de espera donde no se bebe. Salgo y un aviador me sigue; atravesamos una plaza totalmente oscura y él golpea a la puerta de un hotel, parlamenta con la patrona a la que parece conocer muy bien y nos deja entrar; en un comedor lúgubre, tomo una limonada frente al aviador, que bromea con la criada. Pero nos echan casi en seguida. El expreso no sale hasta medianoche y me siento un poco perdida. La sala de espera apesta a guerra; las mesas apretadas unas contra otras están cubiertas de tristes paquetes: colchones, mantas, equipajes de evacuados; los evacuados se amontonan sobre las sillas en medio de un humo espeso, en el calor malsano de una estufa de óxido de carbono. Me quedo de pie en un rincón y leo; luego salgo. En el pasaje subterráneo, han apilado bolsas y, sentados sobre esas bolsas, los soldados comen; otros descansan sobre los peldaños de la escalera; el andén está tan sumergido por soldados que no se puede dar un paso. Me quedo de pie como una estilita y tan absorbida por mis pensamientos que no siento pasar la última hora de espera. Porque es "inencontrable", como diría Sartre, esta guerra está en todos lados; este andén, *es* la guerra.

Un primer tren devora a todos los soldados, luego llega el expreso. Entro en un compartimiento confortable con asientos de cuero verde. "¿Está sola? Entonces la aceptamos", dice un grueso militar alsaciano. Me siento en un rincón. Hay un civil que ha cambiado su galerita por una gorra y dos soldados, campesinos de Deux-Sèvres; van allí por tres días en misión extraordinaria; el alsaciano es de la clase del 10, vuelve a su casa dejando a su hijo en el Rin. Hace bromas pesadas sobre el placer de viajar con una señora y, al ver que trato de leer, trepa sobre el asiento y con un cortaplumas raspa el azul de la lámpara; ilumina mi nariz, mis ojos, mi barbilla y puedo leer. Luego, cuando tengo ganas de dormir, el alsaciano me envuelve en su capote y el civil, por emulación, me da una linda almohada muy muelle. Me extiendo a lo largo, mis pies tropiezan con el alsaciano, los retiro y él me dice: "No me molesta, es el primer contacto que tengo con una mujer desde hace doce semanas." Hacen circular aguardiente de Alsacia; bebo la mitad de un cuarto, es excelente; eso acaba de embotarme. Medio dormida, escucho sus conversaciones. Nuevamente historias sobre la ofensiva de paz: cómo alemanes y franceses pescan con caña de cada lado del Rin; cómo una vez, cuando una ametralladora alemana disparó inopinadamente, se vio aparecer en seguida un cartel: "Soldados franceses, les pedimos disculpas, un torpe hizo partir el tiro; no queríamos tirar sobre ustedes." Hablan de Estrasburgo y de las tristezas de la evacuación: un tipo lloraba al volver a su casa, donde había encontrado todo saqueado. Los soldados se indignan; cuentan que, en una casa ocupada por la tropa, habían degollado un conejo clavándolo en el armario de espejos: les desesperaba que hubieran destrozado ese hermoso mueble. Parecen sentir simpatía por sus oficiales: el capitán va personalmente de noche a comprar vino para sus hombres. Asimismo, esos campesinos de Deux-Sèvres no comprenden muy bien esta guerra. El alsaciano perora; bromea: "Las dos *chèvres*[1] y

[1] Chèvres: cabras.



Escaneado con CamScanner

los dos carneros: ustedes son los dos carneros." Y ríe. Toma mis pies, me saca los zapatos y pone mis pies sobre sus rodillas preguntándome si así estoy bien; contesto aturdidamente: "Haga lo que quiera con mis pies." Y en la noche me despiertan unas tiernas presiones sobre mis tobillos. Retiro mis pies y él no insiste.

De regreso a París, seguí llevando este diario pero sin convicción. Estaba instalada en la guerra: la guerra se había instalado en París. Ya no era la misma ciudad que antes; para empezar, había más mujeres, chicos y ancianos que hombres jóvenes; sobre todo, había perdido esas fascinantes profundidades, esos misterios que Caillois había descrito uno o dos años antes en un estudio sobre *El mito de la gran ciudad*. Los desconocidos con que yo me cruzaba tenían el mismo porvenir que yo: el fin de la guerra; esa estrecha perspectiva transformaba a la antigua "jungla" en una propiedad familiar, sin sorpresas; ya no me sentía una ciudadana, sino casi una pueblerina. En las lindas noches, la Vía Láctea brillaba en el cielo. De noche, se oía detrás de las rejas del Luxemburgo voces militares y el graznido de la lechuza.

Mis padres habían vuelto a París; mi hermana se quedó en Limousin; no hubiera podido pintar en la calle Santeuil a causa del frío y del *black-out*. Y además Lionel, todavía enfermo, necesitaba aire de campo; fue con su tía a Saint-Germain-les-Belles y tomó pensión en casa de un doctor. Yo veía casi exclusivamente a mujeres: Bianca, que seguía preparando su licencia de filosofía, Olga, que trabajaba de nuevo con Dullin. Reanudamos las rutinas del año pasado. En el "Flore", se veían algunas caras nuevas: Simone Signoret, jovencita, con un aire muy de colegiala, una boina sobre su pelo negro cortado muy corto; la pelirroja Lola, que soñaba durante horas en una mesa, la boca pesada, los ojos perdidos, sin parecer sospechar lo linda que era. En cuanto a los hombres, un recién venido los eclipsaba a todos, Nicod, semigriego, semietíope, entonces en el brillo de sus veinte años; baila-

ba en el baile Negro con una gran desenvoltura y soberana. En conjunto la banda del "Flore" seguía igual a sí misma; me gustaba codearla, pero no tenía ninguna gana de vincularme con ella.

Me puse a oír música para llenar mis ocios demasiado vastos y, según mi costumbre, me entregué maniáticamente a ese estudio; saqué un enorme provecho. Antes, en las horas más fuertes de mi infancia, el goce y el saber se confundían. Alguien me prestó un fonógrafo, pedí discos prestados a todo el mundo; ante esas silenciosas tortas cargadas de sonidos sentí la misma exaltación que ante mis libros nuevos un día de iniciación de clases; tenía prisa por oír sus voces, pero no bastaba que me rozaran las orejas, quería a la vez comprender y emborracharme; hacía girar mis discos diez veces seguidas, analizando cada trozo, tratando de retomarlo en su unidad. Leí una cantidad de ensayos sobre la historia de la música y sobre los diversos compositores. Frecuenté "Chanteclér", bulevar Saint-Michel; me hundí en un sillón, me puse los audífonos; los sonidos me llegaban a través de atroces crujidos, pero ese desagrado era compensado por el placer de componer libremente mis programas; yo colmaba así numerosas lagunas. Iba a muchos conciertos y sobre todo seguí regularmente los de la sala del Conservatorio que dirigía Charles Munch; ponía tanta pasión que estaba obligado entre una pieza y otra a cambiarse de camisa. Asistí muchas veces al ensayo general del sábado por la mañana y siempre a las funciones del domingo a la tarde. Se veían celebridades, entre otras a Cocteau y a Colette, los pies desnudos en sus sandalias. Oí también en la Ópera *Alcestes* de Gluck. Ya nadie se vestía de noche, ni siquiera en la platea, y, como en todos los teatros, los precios habían bajado considerablemente: en mi boleto habían tachado la vieja cifra 33 francos y marcado en su lugar 12 francos. Me interesaba en la música moderna, que terminaba para mí en Stravinsky; mi compositor preferido era Ravel, cuya obra estudié tan a fondo como pude. Durante dos años la música me ocupó mucho.

A veces, muy raramente, tomaba una copa en el "Jockey" con Olga. A partir del 9 de diciembre se volvió a bailar en las *boites*. Las girls cantaban *La Marsellesa;* llevaban bikinis azul-blanco-rojo o polleritas de colores ingleses. A menudo los policías hacían una razzia; con un casco de metal brillante, una linterna plantada sobre la barriga, examinaban los papeles de los clientes. De noche, de tanto en tanto, las sirenas daban el alerta, pero yo ya no les prestaba atención. Olga, su hermana, una o dos vecinas, se reunían para tomar té y charlar; pero yo no quería estar cansada al día siguiente; me ponía bolas de cera en los oídos para dormir en paz.

En esa existencia monótona hasta la austeridad, la menor diversión cobraba una gran importancia. Vuelvo a sacar de mi diario estos dos relatos.

3 de diciembre

Día agradable en Ferrolles, con Olga. En vez del pequeño ómnibus destartalado, un lujoso diesel nos llevó de Esbly a Crécy. Pero dos centinelas plantados a la entrada pretenden mandarnos de vuelta a París: no tenemos salvoconducto; me debato y uno de ellos termina por ablandarse, me conduce con aire indeciso hasta su jefe, que empieza por ponerse a gritar; muestro mi pasaporte hablando con volubilidad; hay una mujer, cuya madre está enferma, a la que autorizan a salir de la estación; entonces también nos lo permiten; estudian el pasaporte de Olga a causa de su nombre extranjero, pero no encuentran nada que decir y nos vamos con la frente alta.

Trepamos la cuesta; hay tanto sol que me quito el abrigo. Llegamos a Ferrolles y le muestro a Olga la casa de Mme. J.: un tipo está herrando un caballo; se vuelve: es Dullin, de pantalones de corderoy, con un gran delantal de arpillera; nos saluda y nos dice que vayamos a ver a Camille, que nos llama desde el primer piso. Entramos. Hay un pequeño sofá

nuevo y, al fondo de la sala, una especie de jardín de invierno con flores artificiales y en las paredes hermosas imágenes de pájaros. Camille baja soberbia, en un batón de varios tonos de malva, una cinta violeta y una joya en el pelo trenzado; lleva una sortija berebere en el dedo, pulseras, un collar. La perrita y el gato juegan juntos. Dullin llega, y bebemos licor de palta mezclado con oporto: es delicioso. Mme. J. está menos aterradora que el otro día, pero su pelo es tricolor: adelante blanco, en la mitad rojizo y un rodetito gris en la nuca. Después del almuerzo, Dullin trabaja en el decorado de *Ricardo III*, que va a reponer; serrucha, pega, fabrica una pequeña Torre de Londres. Mme. J. lo considera con aire crítico: "Yo no creía que era tan complicado hacer un decorado; creía que se ponían muebles y ya estaba." Entretanto, Olga copia una escena de *Ricardo III*. Camille teje calcetines violetas y blancos. La tarde pasa y nos hundimos en la noche con una linterna azul que Camille nos prestó.

8 de diciembre

Cuando estoy trabajando en el Mahieu, pasa un hombrecito que vende imágenes que se transforman: la cabeza de Hitler sobre un cuerpo de gorila, de cerdo, de elefante; es la primera vez que veo ese tipo de tráfico. Cécilia Bertin [1] se acerca a mi mesa; lleva un vestido de terciopelo rojo, tiene la tez de cera, manchas rosas en los pómulos. "Creo que sin saberlo es a usted a quien venía a ver aquí", me dijo. Fue profesora de letras en el colegio de varones de Saint-Quentin, explicaba *Horacio* a los chicos de tercera. "Cuando volvía a casa sollozaba y le pedía perdón a Corneille", me dijo. Tenía también una clase de bachillerato: "Empecé por leerles Verlaine, Baudelaire, no comprendieron nada pero sintieron que yo leía con mi dolor y la verdad de mi dolor les impresionó."

[1] Había aprobado la licenciatura de filosofía y abandonado los cursos del Atelier para trabajar con Jouvet.

Obtuvo una licencia para presentarse al Conservatorio. Jouvet le había escrito prometiéndole ocuparse de ella: no lo hizo. Construyó alrededor de Jouvet un delirio tan caracterizado como el de Louise Perron. Me explica que Jouvet tiene miedo del amor, porque, cuando se enamora, se entrega atado de pies y manos a la mujer querida. "Entonces, empieza a recibirme únicamente en los corredores, en los zaguanes. ¡Ah, cómo nos hacemos sufrir!" Toma cada señal de indiferencia como una prueba de pasión; lo cree celoso: cuando le levanta el cuello del abrigo para que ella no tenga frío, piensa: "Quisiera que llevara una máscara y que ningún hombre me viera." Imagina que la sigue, cree haberlo visto en el Mahieu. El sábado a la mañana, ella no fue al curso y, a la tarde, él le dijo rudamente: "¿Por qué no viniste esta mañana? Vamos, vete." Y por venganza, besó delante de ella a una muchacha bastante bonita. Cuando ella ensaya Hermione y declama: "¡Ah, no te amaba, cruel! ¿Qué has hecho?", él se tapa la cara para ocultar su emoción; y nunca le ha dicho un halago. Me habla de su soledad, de su dolor, que alimentan su genio. En un "estallido de soledad", encontró para el papel de *Phèdre* efectos extraordinarios: efectos "interiores", precisa. Se enorgullece de no haberse ofrecido a Jouvet, que, por otra parte, no le ha pedido nada. Vive sin ver a nadie, en un hotel; escribe: "Para empezar poemas, para 'desocializar' el sentido de las palabras; luego con esas palabras, relatos." La noche en que fue aplazada en el Conservatorio había ido a ver a Jouvet; estaba tranquila y serena; él le tomó las manos y la miró en los ojos diciendo: "¿Tienes sangre fría?" Ella dijo, sí, y él besó sus manos con una mirada extraordinaria: "La mirada de un ser que ha encontrado por fin una cosa que había buscado durante toda su vida." Agrega: "Estoy contenta de que me hayan aplazado, para haber tenido esa mirada." Jouvet necesita un solo ser en el mundo: a Cécilia; pero se conoce, estima que su carácter difícil le impide atarse a ninguna mujer; entonces, prefiere romper. Me pregunta con ojos ardientes: "¿Qué piensa de mí?" Eludo.

Nizan tuvo una licencia a fines de noviembre, vino a París, pero no lo vi, cosa que lamenté. Habíamos tenido noticias suyas; como lo habíamos adivinado, el pacto germano-soviético le había trastornado; en Córcega, sus camaradas comunistas no le habían dicho ni una palabra de lo que se tramaba: pensaba que lo habían mantenido en la ignorancia deliberadamente y se había sentido herido de muerte. Por lo tanto, comprendíamos muy bien las razones de su renuncia; pero hubiéramos querido que se explicara con nosotros más a fondo. Había escrito a Sartre una cartita en la que no decía gran cosa. Sartre le contestó y recibió de él una nueva carta, con fecha del 8 de diciembre: el último signo de vida que nos haya dado.

"Mi compañerito, gracias por tu tarjeta, que acabo de encontrar al volver de París, adonde pude ir. París está curioso y la gente que he visto extraordinariamente cómica. Tú y yo nos hallamos entre los seis o siete escritores ingenuos que no estamos ni con la Censura ni con Giraudoux. No nos consideran sin ironía. Escribimos nuestras novelas. Me pongo igualmente sobre el tapete, pero el sondeo debe ocupar un poco menos que ser precursor: sólo estoy en el segundo cuaderno. Todo esto es impublicable antes de mucho tiempo. Hasta las novelas están censuradas de una manera que da vértigo y ya no podría explicar las razones que me han hecho renunciar al Partido Comunista. Vi a Petitjean, muy poco herido, pero enormemente heroico, dado que está en los cuerpos francos y se considera un fuerte y un meditativo. Pondrá diez años en explicarnos las cosas. Aron y él van a rivalizar en filosofía. Entre esos neo-Peguy y esos neo-Dilthey, no nos reiremos, pero pareceremos frívolos. No dispuse de mucho tiempo en París y no vi al Castor, a quien habría querido ver y te pido que lo saludes. Escríbeme desde tu sector 108. Saludos

Nizan"

Por Olga yo tenía noticias frecuentes de Bost, que no corría ningún peligro, pero se quejaba de que su vida era exclusivamente embrutecedora. En cuanto a Sartre, seguía frecuentando las tabernas de Brumath y haciendo sondeos. Me escribía casi todos los días, pero perdí esa correspondencia durante el éxodo. En una carta a Paulhan[1], describía así su existencia: "Mi trabajo consiste aquí en lanzar pelotas al aire y seguirlas con un telescopio, eso se llama 'hacer un sondeo meteorológico'. Después de lo cual, telefoneo la dirección del viento a los oficiales de las baterías de artillería, que hacen lo que quieren. La escuela joven utiliza los informes, la vieja los echa al canasto. Es lo mismo un método que el otro, puesto que no tiramos. Ese trabajo extremadamente pacífico (creo que sólo los colombófilos, si todavía los hay en el ejército, pueden tener una función más dulce y más poética) me deja mucho tiempo libre, que empleo en terminar mi novela. Espero que aparecerá dentro de unos meses y no veo muy bien lo que la censura podría reprocharle, salvo la falta de 'salud moral' pero uno no se rehace."

Así la extraña guerra se arrastraba, en el frente como en la retaguardia, la cuestión era matar el tiempo, ir pacientemente hasta el final de esa espera cuyo nombre descifrábamos mal: ¿era temor o esperanza? El primer trimestre terminó y pensé en hacer esquí durante las vacaciones de Navidad: ¿por qué no? Lo malo es que no encontraba a nadie para acompañarme, pues sobre las pistas se necesita emulación y las excursiones solitarias son peligrosas. Bianca me dijo que Kanapa estaba en el mismo caso que yo: nos conocíamos apenas, pero nos fuimos juntos a Mégève. Tomamos pensión en el chalet Idéal Sport, en la cima del monte de Arbois; sólo ofrecía en esa época un confort sumario, y pese a su admirable situación sus precios eran módicos. Había pocos esquiadores aquel invierno; sólo el domingo había cola en el teleférico

[1] Paulhan transmitió la carta a Adrienne Monnier, que quiso publicar este fragmento en no sé qué boletín; envió a Sartre una copia a máquina, pidiéndole la autorización para utilizarlo; él la negó.

de Rochebrune; los demás días yo tenía la impresión de que los campos de nieve eran míos. Me entendí bien con Kanapa de una manera curiosamente negativa: en diez días no iniciamos una conversación; hasta en la mesa, el uno frente al otro, leíamos sin molestarnos. Las cosas que me divertían —los otros clientes del chalet, su parloteo, sus modales— no le interesaban y yo no conseguí descubrir lo que le divertía. En el esquí nuestra fuerza era más o menos la misma y nos deslizábamos el uno junto al otro en silencio: hicimos una espléndida bajada, a través de la nieve virgen, del Prarion a Saint-Gervais. Esas normas me convenían; en caso de accidente, había alguien junto a mí y cotidianamente no había nadie. Cuando yo volvía alrededor de las 5 me sentaba sobre la mesa del gran salón, al lado del aparato de radio, del que disponía por entero; manipuleaba los botones en busca de un concierto interesante: a menudo caía bien, me gustaba mucho esa caza. Aprovechaba más alegremente la música, la nieve, todo, porque sabía que Sartre tenía que venir con licencia en enero.

En París, empecé a esperar. El único acontecimiento notable en el curso de ese mes, fue el ensayo de *Ricardo III* en el Atelier.

10 de enero

Ensayo de *Ricardo III*. Lindos decorados, lindos vestidos. Marie Hélène Dasté está suntuosa en su vestido negro, bajo su alto sombrero blanco; Blin espléndido en el traje blanco de Buckingham. Sólo Dullin está con un traje de ciudad claro y una gorra vasca que le da un aire pícaro. Las mujeres trabajan bien y Dullin está estupendo; los hombres me parecen menos buenos, hasta Blin. Mouloudji se pasea por la sala en camisón de fantasma. Dullin hace una serie de sus pequeños "sketchs", como Mouloudji los llama. Se toma una rabieta de órdago desde el balcón en que tiene que arengar a la muchedumbre. Me saluda: "Tiene una bronquitis", me

dice con ese aire religioso y taimado que adopta para hablar de Camille.

A principios de febrero, fui a esperar a Sartre a la estación del Este. La semana transcurrió en paseos y en conversaciones. Sartre pensaba mucho en la posguerra; estaba muy decidido a no seguir apartado de la vida política. Su nueva moral, basada sobre la noción de autenticidad y que él se esforzaba por poner en práctica, exigía que el hombre "asumiera" su "situación"; y la única manera de hacerlo era trascenderla comprometiéndose en una acción: cualquier otra actitud era una huida, una pretensión vacía, una mascarada fundada sobre la mala fe. Se ve que un cambio serio se había producido en él y también en mí, que me plegué en seguida a su idea; pues nuestro primer cuidado antaño había sido tener nuestra situación a distancia por medio de juegos, engaños, mentiras. En cuanto al desarrollo de esa teoría, él lo ha explicado suficientemente más adelante para que yo insista. Él todavía no sabía —no podía saberlo de antemano y no quería prejuzgar nada— en qué consistiría exactamente su compromiso político; pero de lo que estaba convencido es de que tenía deberes respecto a los jóvenes; no quería que después de la guerra se sintieran como los jóvenes del 14-18, una "generación perdida". Sobre esa idea de generación tuvo una discusión bastante fuerte con Brice Parain, que en seguida creía que se trataba de él si se atacaba a uno de sus contemporáneos. Por ejemplo, aborrecíamos el *Gilles* de Drieu: ante nuestras críticas Parain acusaba el golpe. En una carta, que por otra parte no le mandó, Sartre escribía: "No se puede negar que Drieu se encontró con un espíritu formado en forma muy distinta del mío, en circunstancias que yo no he conocido. Sería infantil. Pero no hay que escamotearme a Drieu cuando quiero juzgarlo y ponerme bruscamente en lugar de él a su 'generación' diciendo que son la misma cosa. El individuo Drieu es de su generación, por descontado, y ha conocido los problemas de su generación. Pero no hay



Escaneado con CamScanner

que decir que es su generación. La generación es una *situación*, como la clase o la Nación, y no una disposición.

"En cuanto a la política, no tengas miedo, andaré solo en esta asonada; no seguiré a nadie y los que quieran seguirme me seguirán. Pero lo que hay que hacer ante todo es impedir a los jóvenes que han entrado en esta guerra a la edad en que tú has entrado en la otra que salgan con 'conciencias desdichadas.' [1] Eso sólo les resultará posible, creo, a los mayores que hayan hecho la guerra con ellos."

La licencia terminó...

15 de febrero

Sartre se pone de nuevo su ropa militar. Llegamos a eso de las 9 y cuarto a la estación. Hay un gran letrero: regreso de licencias, todos los trenes salen a las 9 y 25. Un río de tipos, flanqueados de sus mujeres, se internan en la calzada que conduce al subterráneo de la estación; estoy tranquila, pero, al ver esa partida como un acontecimiento colectivo, me conmuevo. En el andén se me anuda la garganta ante todos esos hombres y esas mujeres que se dan la mano torpemente. Hay dos trenes llenos, uno a la derecha, otro a la izquierda; el de la derecha se va y es un desfile de mujeres: madres, pero sobre todo esposas y amiguitas que se alejan con los ojos colorados, la mirada lija; algunas sollozan. Apenas una decena de padres viejos entre ellas; hace primitivo esa separación de sexos; se llevan a los hombres, las mujeres vuelven hacia la ciudad. Entre las que esperan la partida del otro tren hay pocas que lloran; algunas lo hacen, sin embargo, colgadas del cuello de su hombre; se siente una noche ardiente detrás de ellas y la falta de sueño y el cansancio nervioso de la mañana. Los soldados bromean: "¡Hay ya un charco en el suelo!", pero se los siente solidarios. Cuando el tren está a punto de arrancar, la portezuela está abarrotada de tipos,

[1] No porque esto no sea hermoso en sí, pero es desagradable para ellos.

sólo veo el gorro de Sartre en la sombra del compartimiento y sus anteojos y su mano, que agita de tanto en tanto; el tipo de la portezuela se aparta y deja su lugar a otro, que abraza a su mujer y dice: "¿Ahora, a quién le toca?" Las mujeres hacen cola y cada una sube por turno. Yo también subo; luego Sartre desaparece en el fondo. Tensión colectiva y violenta: ese tren que va a partir es verdaderamente como un desgarramiento físico. Ya está. parte. Soy la primera que me alejo, muy rápido.

Al día siguiente de su partida la nieve cae en tempestad sobre París; a falta de mano de obra, no limpiaron las calles; aun a lo largo de los grandes bulevares, se caminaba sobre pedazos de hielo; para cruzar había que saltar la nieve amontonada por el viento y que cerraba las aceras; la calzada era un pantano en el que uno se hundía hasta el tobillo. Los transeúntes parecían congelados y un poco asustados: la naturaleza había invadido tumultuosamente la ciudad, los hombres ya no sabían contenerla, parecía que se anunciaban grandes cataclismos. Bost vino con licencia en uno de esos días helados. Hasta en primera línea, decía, esta guerra parecía una guerra fantasma: no se veía en ninguna parte la sombra de un alemán. Quería mucho a algunos de sus compañeros, pero se aburría atrozmente: jugaba a las cartas y dormía; una vez, por desesperación, había dormido sesenta horas seguidas. La idea de continuar durante uno o dos años pudriéndose en los hórreos no le hacía ninguna gracia. Se quedó muy intrigado cuando le dije que Sartre después de la guerra pensaba hacer política.

El invierno terminó. Las primeras restricciones aparecieron. No iban a tardar en distribuirnos bonos de pan; el pan de fantasía estaba prohibido, las confiterías cerraban tres veces por semana; ya no se vendía chocolate de lujo; se instituyeron tres días sin alcohol. En el restaurante sólo se tenía derecho a dos platos, sólo uno de carne. Nada de eso era muy molesto. La guerra continuaba "inencontrable". La paz fino-

soviética fue firmada en Moscú; Hitler anunciaba a principios de abril que el 15 de junio entraría en París; pero nadie se dejaba engañar por esas fanfarronadas. Sobre la ocupación de Polonia, corrían cosas atroces: los patriotas estaban encerrados en campos de concentración, los alemanes los dejaban sistemáticamente morir de hambre. Hasta se hablaba de trenes blindados en los cuales los encerraban: y además hacían circular por los vagones gases asfixiantes. Se vacilaba en creer esos rumores: la gente recordaba los disparates que habían corrido durante la otra guerra, desconfiaban de calentarse la cabeza.

Yo seguí trabajando, yendo al liceo, viendo a mis amigos y languideciendo; tenía el corazón vago y la soledad me pesaba: por eso resistí blandamente los esfuerzos que hizo Lise para infiltrarse en mi vida. A menudo, cuando yo salía del hotel a las 8 de la mañana, me esperaba ante la puerta con un pañuelo atado bajo la barbilla, los ojos húmedos: "Me escapé de casa: ¡mi padre quería matarme!", gemía sonándose las narices. O bien su madre la había abofeteado; o su padre le había pegado a su madre: en todo caso tenía derecho a consuelos. Yo me apiadaba y ella me acompañaba al liceo cruzando el Luxemburgo desolado. Después de dar mis clases, la encontraba plantada en la acera y me suplicaba que tomara una copa con ella. De nuevo se quejaba: estudiaba química como su padre lo había exigido; los cursos teóricos la abrumaban, los trabajos prácticos la espantaban: rompía las probetas, se cortaba los dedos; estaba segura de fracasar. Me describía a sus padres, su pobreza, su maldad, su brutalidad. De tanto en tanto, interrumpía sus lamentaciones para contarme con encanto historias sobre su infancia. A los catorce años, con su amiga Tania, había desvalijado asiduamente las Galeries Lafayette; había logrado varios golpes fructuosos; y luego, un día, en la esquina del bulevar, una mujer de luto había puesto su mano sobre su hombro y la había arrastrado a la comisaría; Lise había sollozado, sus padres habían suplicado y la habían soltado; pero en su casa le habían dado

una *paliza*. "Y era injusto —me dijo—, porque, cuando mi madre me encargaba que comprara cosas y yo las robaba, le hacía precios." En la misma época, pasando sus vacaciones en un campo de juventud, había seducido a un coronel scout: un ruso blanco cincuentón; él le daba citas nocturnas y la besaba con voracidad; pero tenía su mujer, su reputación; de regreso a París, la había abandonado cobardemente.

A decir verdad, yo comprendía que él hubiera tenido miedo: esa chica mártir no carecía de defensa; había en sus ojos, en su frente, una violencia que desmentía la dulzura asustada de su boca. De la infancia conserva terquedades, rabias ingenuas, las exigencias y la desorientación. La necesidad que tenía de mí me conmovió. En su almanaque personal marcaba con rojo los días en que me veía, con gris aquellos en que yo estaba ausente: el negro señalaba los acontecimientos completamente nefastos. Tomé la costumbre de pasar con ella todas las semanas algunas horas que ella encontraba demasiado breves. "He calculado —me dijo una vez—. ¡Usted ni siquiera me dedica la centésima cuadragésima parte de su vida!" Le expliqué que estaba trabajando: escribía una novela. "¡Y es por eso que se niega a verme! —me dijo con indignación—. ¡Para contar historias que ni siquiera han ocurrido!" Le hablé un poco de Sartre, se alegró de que estuviera en el ejército: si no, no me habría ocupado absolutamente nada de ella. Hasta llegó a declarar un día con rabia: "¡Espero que se hará matar!"

Había días en que yo aspiraba a la soledad: las noticias eran malas, la angustia o la tristeza habían caído sobre mí; le pedí a Lise que no viniera a buscarme a la puerta del liceo: venía; le decía que me dejara, que no estaba de humor de conversar: caminaba a mi lado hablando por dos. Me cansaba, yo me irritaba, ella rabiaba y se echaba a llorar y yo me ablandaba. Parecía una chica tan vulnerable que delante de ella me sentía completamente desarmada.

El ritmo de las licencias se aceleró. Sartre volvió a París a mediados de abril; reanudamos el curso de nuestras conver-



Escaneado con CamScanner

saciones. Hablamos de los libros que a distancia y juntos habíamos leído. A él le gustaba mucho *Tierra de hombres* de Saint-Exupéry, que comparaba con la filosofía de Heidegger.[1] Describiendo el mundo del aviador, también Saint-Exupéry superaba la oposición del subjetivismo y de la objetividad, mostraba cómo las diversas verdades se revelan a través de las diversas técnicas que las develan, y aunque cada una exprese toda la realidad, ninguna tiene privilegio con relación a las demás. Nos hacía asistir en detalle a esa metamorfosis de la tierra y del cielo que siente un piloto en el comando de su aparato; era la mejor ilustración posible, la más concreta, la más convincente de las tesis de Heidegger. En otro orden de ideas nos habíamos sentido apasionadamente interesados por las obras de Rauschnig; *Hitler me dijo* y sobre todo *La revolución del nihilismo* iluminaban para nosotros la historia del nazismo. *El castillo* acababa de aparecer en francés; era un libro todavía más extraordinario que *El proceso;* trataba entre otros –a través de la historia del seductor y falaz mensajero en quien K. deposita sus esperanzas– un problema que nos resultaba candente: el de la comunicación. Nos impresionó el retrato que traza Kafka de los dos ayudantes del agrimensor: entusiastas, barulleros y hábiles para comprometer con su fervor todas las posibilidades, ya muy endebles, de éxito. En los dos "acólitos", Sartre reconocía "ayudantes" y debíamos encontrar muchos otros a lo largo de nuestra vida.

Fuimos al cine, un poco al teatro; el tema de los *Monstruos sagrados* de Cocteau me impresionó: se acercaba mucho al de *La invitada;* también se trataba de una pareja unida por un largo pasado de comprensión, por una empresa común, a la que de pronto pone en peligro la tentación de la juventud.

*Lo imaginario* acababa de aparecer por fin en Gallimard. Sartre indicaba en él la teoría de la "vaciedad", que estaba profundizando. En la libreta de hule donde anotaba su vida día a día, así como un montón de reflexiones sobre sí mismo

[1] Lo comentó en *¿Qué es la literatura?*

y sobre su pasado, esbozaba una filosofía; me expuso las grandes líneas, una noche en que rondábamos por el lado de la estación del Norte; las calles estaban oscuras y húmedas y tuve la impresión de una desolación irremediable; yo había deseado demasiado lo absoluto y sufrido demasiado por su ausencia para no reconocer en mí ese inútil proyecto hacia el ser que describe *El Ser y la Nada;* pero ¡qué triste engaño esa búsqueda indefinidamente vana, indefinidamente renovada, donde se consume la existencia! Los días siguientes discutimos ciertos problemas particulares y sobre todo la relación entre la situación y la libertad. Yo sostenía que, desde el punto de vista de la libertad tal como Sartre la definía —no resignación estoica, sino superación activa de la premisa—, las situaciones no son equivalentes: ¿qué superación es posible para la mujer encerrada en un harén? Aun ese encierro puede ser vivido de distintas maneras, me decía Sartre. Yo me obstinaba y sólo cedía de labios afuera. En el fondo, yo tenía razón. Pero, para defender mi posición, habría tenido que abandonar el terreno de la moral individualista, por lo tanto idealista, sobre el cual nos colocábamos.

De nuevo nos separamos. Cada día el horizonte se oscurecía un poco más. Los Estados Unidos no se decidían a entrar en la guerra. Los alemanes habían atacado Escandinavia y, al principio de la batalla de Narvik, Reynaud había anunciado enfáticamente por radio: "La ruta del hierro está y seguirá cortada." No lo estaba. Las tropas aliadas se reembarcaron. Hitler quedó dueño de Noruega y de sus minerales.

El 10 de mayo por la mañana compré el diario en la esquina de Vavin y lo abrí mientras caminaba por el bulevar Raspail. El título me golpeó: "Hoy, en las primeras horas de la mañana, los alemanes invadieron Holanda, atacaron Bélgica y el Luxemburgo. El ejército franco-británico atravesó la frontera belga." Me senté en un banco del bulevar y me puse a llorar. "La vieron llorar esta mañana", me dijo en tono protector Fernando, quien desde la guerra de España odiaba a todos los franceses y no se desolaba por nuestra

desdicha. Al día siguiente y en los días que siguieron, me arrojé sobre el diario con el corazón palpitante; las líneas fueron rotas; se habló de una "bolsa" que se iba a llenar en seguida; pero el 14 de mayo corría ya el rumor de que el ejército Corap se había desbandado completamente; setenta mil hombres habían tirado sus fusiles y volvían la espalda al enemigo. ¿Había habido traición? Ninguna otra explicación me parecía plausible.

Las fronteras se habían cerrado, pero la correspondencia con los países neutrales no había sido suspendida. Recibí una carta de mi hermana. Lionel había dejado el Limousin desde hacía algunas semanas para ir a vivir a casa de su madre, que había vuelto a casarse con un pintor portugués en Faro; habían invitado a mi hermana a pasar dos o tres semanas con ellos. Tardó tres días en cruzar España en un compartimiento de tercera clase y llegó a Lisboa agotada. Se sentó en la terraza de un café: no había ninguna otra mujer; el camarero la notó en seguida y, al servirle un café, le preguntó: "¿Es francesa? —Sí. —Y bueno, señora, los alemanes acaban de invadir Holanda y Bélgica." Ella corrió a la plaza: las noticias estaban expuestas sobre pizarras en una lengua para ella casi ininteligible; pero comprendió bastante y se echó a llorar. A su alrededor se amontonaban: "¡Es una francesa!" Se encontró bloqueada en el extranjero para toda la guerra.

Una noche, a fines de mayo, encontré a Olga en el bar de Capoulade; tenía el rostro descompuesto: "Bost está herido", me dijo. Había recibido unas líneas donde decía que un fragmento de obús lo había herido en el vientre; estaba fuera de peligro, afirmaba, y lo evacuaban a la retaguardia, en Beaune. En ese caso esa herida era más bien una suerte, pero ¿había que creerle? En menos de una semana su regimiento había sido aniquilado, sus mejores compañeros habían dejado el pellejo. La muerte se convertía en una presencia cotidiana, imposible pensar en otra cosa. Sartre me mandaba cartas tranquilizadoras, pero estaba en el frente; cualquier cosa podía ocurrirle.

Y todo ocurría, lo peor. Día a día el ejército alemán se acercaba. Oímos por radio la voz de Paul Reynaud: "Si un día vinieran a decirme que sólo un milagro puede salvar a Francia, yo diría: creo en un milagro, porque creo en Francia." Eso significaba con evidencia que todo estaba perdido. Yo ya no tenía fuerza para escribir, apenas para leer; iba al cine, escuchaba música. La Ópera presentó la *Medea* de Darius Milhaud, puesta en escena por Dullin, con decorados de Masson; la música me pareció muy linda y el conjunto del espectáculo notable; además del coro cantante —enmascarado, petrificado, aprisionado en unas especies de bolsas—, había un coro mudo; subrayaba algunos momentos del drama con movimientos que tenían más de la mímica que del baile; creo que Barrault lo había dirigido; había logrado grandes efectos. Durante algunas horas, olvidé al mundo. No tardé en reencontrarlo. El 29 de mayo, abriendo *L'Oeuvre*, leí en enormes letras: "El rey Leopoldo ha traicionado." Luego fue Dunkerque. Entonces ¿Hitler no se había jactado? ¿El 15 de junio entraría en París? ¿Qué hacer? Sartre se replegaría evidentemente hacia el sur: yo no quería encontrarme separada de él. Pensaba irme a La Pouèze: de allí cruzaría fácilmente el Loira, si, como corría el rumor, el ejército se reagrupaba del otro lado del río. Pero no podía abandonar mi puesto de profesora.

El 4 de junio, la región parisiense fue bombardeada, hubo muchas víctimas. Los padres de Olga le suplicaban que volviera a Beuzeville con su hermana y yo insistí: se fueron. Stépha y Fernando bajaron hacia España; querían atravesarla clandestinamente y llegar a los Estados Unidos o a México.[1] Yo debía tomar exámenes de bachillerato el 10 de junio, estaba clavada en París. Sentada en la terraza del "Dôme" imaginaba con angustia la llegada de los alemanes, su presencia. No, yo no quería estar enclaustrada hasta el final de la guerra en esa ciudad transformada en fortaleza; no quería vivir durante meses, quizá aun más tiempo, como prisionera.

[1] Efectivamente se refugiaron en Nueva York.

Pero materialmente, moralmente, estaba obligada a quedarme allí: la vida había dejado definitivamente de plegarse a mis voluntades.

Bruscamente, todo tambaleó. Redacté a fines de junio un relato de esos días y los transcribo limitándome, como en mi diario de guerra, a practicar algunos cortes.

9 de junio de 1940 y siguientes

Era un domingo; la víspera, a eso de las 5, las noticias habían sido malas: un repliegue indeterminado del lado del Aisne. Yo había pasado la noche con Bianca en la Ópera, daban *Ariadna y Barba Azul*, la sala estaba vacía. Daba la impresión de una última manifestación fanfarrona y simbólica frente al enemigo; el aire era tormentoso, estábamos las dos nerviosas; vuelvo a ver la gran escalera y a Bianca en su lindo vestido rojo. Habíamos vuelto a pie, conversando de la derrota; ella decía que uno siempre puede matarse y yo contestaba que generalmente uno no se mata. Volvía a mi hotel tensa, angustiada. Ese domingo se pareció a los últimos quince días que yo acababa de vivir; leí por la mañana, escuché música en "Chantecler" desde la una hasta las tres, fui al cine a ver nuevamente *Se vende fantasma* y a ver *El extraño visitante*. Luego, en el "Mahieu", le escribí a Sartre. La D.C.A. tronaba; había nubes de humo blanco en el cielo y los parroquianos instalados en la terraza escapaban. Yo sentía el avance alemán como una amenaza personal; sólo tenía una idea; no quedar separada de Sartre, no dejarme apresar como una rata en París ocupado. Escuché todavía un poco de música, volví al hotel a eso de las 10; encontré unas líneas de Bianca diciendo que me había buscado durante todo el día, que estaba en el "Flore", con noticias muy graves para darme, que quizá se fuera aquella noche. Busqué un taxi, pero ya no había ninguno; tomé el subterráneo; Bianca esta-

ba en la terraza del "Flore" con unos amigos, nos fuimos juntas. Me dijo que su padre sabía por un tipo del Cuartel General que una retirada estaba prevista para el día siguiente, que los exámenes estaban suspendidos y los profesores liberados; se me heló el alma, era definitivo, los alemanes entrarían en París a los dos días, yo ya no tenía nada que hacer sino irme con ella a Angers. Sobre esto Bianca me dijo que, evidentemente, la línea Maginot sería tomada desde atrás y comprendí que Sartre estaría prisionero por un tiempo indefinido, que tendría una vida horrible, que yo no sabría nada de él: por primera vez en mi vida tuve una especie de ataque de nervios; fue para mí el momento más atroz de toda la guerra. Hice mis valijas tomando sólo lo esencial.[1] Acompañé a Bianca a su hotel en la calle Royer Collard; estaban sus compañeros de la Sorbona y dos amigos suizos. Discutimos hasta las cuatro de la mañana; era una ayuda tener gente y ruido alrededor. Todavía creían la victoria posible: se trataba de aguantar detrás de París hasta la llegada de los refuerzos norteamericanos.

Al día siguiente 10 de junio, me levanté a las 7; tuve la suerte de encontrar un taxi que me llevó hasta el Camille Sée; algunos alumnos habían venido a ver si de todas maneras no había que dar examen. La directora me entregó una orden de evacuación: el liceo se replegaba sobre Nantes. Volví al Quartier Latin, encontré alumnas del Henri IV muy sonrientes; para muchos jóvenes tenía un aire de fiesta ese día de examen sin examen, en el desorden y la ociosidad; caminaban alegremente por la calle Soufflot, parecían divertirse mucho. Pero las terrazas de los cafés estaban casi desiertas y en el bulevar empezaba el gran desfile de los autos. Yo estaba en un estado atroz. En el hotel Royer Collard, bebí con los suizos un mal champaña abandonado por una austríaca mandada a un campo de concentración; eso me vigorizó un poco; y luego almorcé con Bianca en un restaurante

[1] Tomé todas las cartas de Sartre. No sé ni dónde ni cuándo se perdieron.

saboyano. El patrón nos dijo que se iba esa tarde. Todo el mundo se iba. La señora de los lavabos del "Mahieu" hacía su equipaje, el almacenero de la calle Claude Bernard cerraba, el barrio se vaciaba.

Esperamos al padre de Bianca en la terraza del "Mahieu"; fue largo y enervante: había dicho que vendría entre las dos y las cinco y nos preguntábamos si llegaría a tiempo, si no sería demasiado tarde para salir de París; sobre todo, yo no veía la hora de terminar, soportaba mal ese interminable adiós a París. El desfile de autos no paraba. La gente acechaba los taxis, se abalanzaba sobre ellos, pero ya casi no pasaban. A mediados de la tarde, vi por primera vez esos grandes carros de refugiados que en adelante iba a encontrar tan a menudo: una decena de grandes carretas, tiradas cada una por cuatro o cinco caballos y cargadas de heno protegido de un lado por una gran lona verde; las bicicletas, los baúles, se amontonaban en los dos extremos, y en el medio había gente apeñuscada, inmóvil, bajo vastos paraguas; era una composición casi tan cuidada como un cuadro de Breughel; parecía un cortejo de fiesta, solemne y hermoso. Bianca se echó a llorar y yo también tenía los ojos llenos de lágrimas. Hacía mucho calor, estaba muy pesado, casi no habíamos dormido, teníamos los ojos irritados; por ráfagas, el pasado volvía a mi corazón con una vivacidad intolerable. Un hombre limpiaba apaciblemente los faroles en la acera de enfrente. Sus ademanes creaban un porvenir en el que no era posible creer.

El auto llegó por fin. Mr. B. llevaba a una de sus empleadas; estaba sentada en el asiento de atrás, entre pilas de valijas; nos instalamos adelante. Cuando subíamos, la patrona del hotel gritó con exaltación: "¡Los rusos y los ingleses acaban de desembarcar en Hamburgo!" Era un soldado llegado del Val de Grâce quien desparramaba esa noticia; después supe que el rumor de la entrada de Rusia en la guerra había corrido con insistencia en París en los días que siguieron.[1] Sentí en el corazón un choque idiota, pero comprendí

[1] Sartre me dijo más tarde que también había corrido en el ejército.

en seguida que era falso, puesto que la radio de las cuatro y media no lo había mencionado. Sin embargo, partimos con la vaga idea de que no todo estaba perdido todavía. En la puerta de Orléans, había muchos coches pero todavía no estaba demasiado atestada; unas cuantas bicicletas y nadie a pie: partíamos antes que el grueso de la muchedumbre. En Croix-de-Berny, tuvimos que detenernos un cuarto de hora para dejar pasar camiones llenos de jóvenes soldados con aire extenuado. Luego cortamos por pequeños caminos hacia el valle de Chevreuse. El tiempo estaba lindo y, al pasar ante las casas de campo florecidas, podíamos imaginarnos que nos íbamos en *week-end*. En los alrededores de Chartres nos hicieron desviar y empezamos a encontrar dificultades que creaban embotellamientos; nos detuvo una larga cola de automóviles inmóviles, la gente se desparramaba por el campo; necesitamos un rato para comprender; un joven soldado iba de portezuela en portezuela gritando que había una alerta. Nosotros también bajamos y fuimos a sentarnos y a comer en el borde de un bosquecito. Luego durante una hora nos arrastramos casi sin adelantar, detrás de una fila de coches; y luego seguimos camino. Cuando cruzábamos una aldea un soldado gritó en un altoparlante: "¡Alerta! Deténganse a la salida de la aldea", pero nos precipitamos por la ruta. En una encrucijada un soldado nos anunció la entrada de Italia en la guerra: era un golpe previsto. La noche caía. Una bicicleta atada delante de los faros impedía encenderlos. Nos detuvimos en Illiers, un pueblito donde tuvimos la suerte de encontrar en seguida dos cuartos en casa de un viejito gotoso. Fuimos al café a tomar un trago; las verjas estaban casi cerradas; la gente discutía cuestiones de iluminación y de municipalidad, nos preguntaron con desconfianza de qué punto de París éramos. Nos fuimos a dormir; Bianca durmió sobre un colchón, en el cuarto de su padre, y yo en una vasta cama con la empleada. Había un gran reloj elocuente que amenazó con no dejarnos dormir, pero paramos el péndulo.

Desde la ventana, a las 8 de la mañana vi un cielo gris, un

jardín rectangular con un horrible campo en segundo plano. Corrí al café para escribirle a Sartre sin esperanza. En la trastienda la radio pasaba un informativo; una mujer escuchaba el comunicado sollozando y la imité; imposible esa mañana dudar de la derrota; estaba en todas partes, en las palabras del locutor, en su voz, en toda la aldea. "¿Entonces estamos liquidados? ¿Tomaron París?", nos preguntaban. Sobre las paredes de Illiers, un hombre pegaba carteles referentes a los italianos. Había autos de refugiados en todas las esquinas.

Nos fuimos a las 9. El viaje fue fácil; pasábamos junto a carros semejantes a los del bulevar Saint-Michel, pero ya medio desmantelados, el heno comido en parte, la gente a pie; la noche anterior habíamos visto gente comiendo junto a las zanjas, los caballos desenganchados, disponiéndose a dormir al aire libre. Le Mans estaba lleno de soldados ingleses. Llegamos a Laval, que era un hervidero de refugiados; encontramos un coche con las cubiertas renegridas que había atravesado Évreux en llamas y empecé a temblar de miedo por Olga. Muchos refugiados venían de Normandía. En Laval, todas las aceras estaban bordeadas de automóviles; todos los terraplenes y plazas estaban llenos de gente sentada en medio de sus bultos; las terrazas de los cafés se estiraban indefinidamente y estaban invadidas. En la estación, corría el rumor de que los trenes que venían de París se habían perdido en el camino; me enteré de que tenía a las 5 y media un ómnibus para Angers. Fuimos a buscar un restaurante. En el Grand Hotel, se nos rieron en la cara, ya ni siquiera quedaba una tajada de jamón. Fuimos a una cervecería de paredes de mayólica que debió haber sido muy apacible hasta pocos días antes, con sus juegos de damas y de chaquete contra una ventana; se parecía a un comedor de estación, con todas sus mesas negras de una punta a la otra, donde se servía uniformemente ternera con arvejas; nosotros también comimos. Tomé mis maletas, dije adiós a Bianca y le agradecí a su padre; dejé mi equipaje en la estación de ómnibus y fui hasta

el correo para telefonear a La Pouèze. Había un gentío loco y esperé más de una hora la comunicación. Una refugiada miserable se acercó a la telefonista: "¿Quiere telefonear por mí?" La empleada se echó a reír. Por necesidad de actividad, me ocupé de la buena mujer; me dijo a qué localidad quería telefonear y busqué en la guía el nombre de los abonados: ninguno le convenía; este se había ido, este otro debía de estar en el campo. Terminé por plantarla. Estaba tan cansada, tan nerviosa, que mi corazón se puso a latir; mi voz temblaba cuando oí a Mme. Lemaire en el teléfono; me dijo que la casa estaba toda revuelta y repleta, pero que vendrían a buscarme a Angers después de comer. Tomé el ómnibus, donde tuve que ir de pie. Me encontré con una de mis ex alumnas de Rouen, que huía mochila al hombro, de ómnibus en ómnibus. Hablamos del pasado.

En Angers, a las 8 de la noche, la plaza de la estación estaba llena de refugiados que no sabían qué hacer con sus huesos: ni un lugar donde instalarse. Una especie de loca, envuelta en una manta, paseaba alrededor de la plaza una carretilla cargada de maletas: daba vueltas en redondo, indefinidamente, desesperadamente. Yo estaba sentada en una terraza, la noche se echaba encima y caía un poco de lluvia; el tiempo pasaba, yo estaba muy cansada; por fin un auto se detuvo; iban Jacqueline Lemaire y una de sus cuñadas, de origen alemán y que durante todo el trayecto reprochó a los soldados franceses su carencia de ideal. Comí un poco, dormí en una cama rarísima sin colchón de muelles; el colchón se hundía entre los travesaños de la cama y yo tenía la impresión de estar en el fondo de un bote.

Durante tres días no hice sino leer novelas policiales y desesperarme. Mme. Lemaire no se apartaba de la cabecera de su marido; él tenía todas las noches horribles pesadillas de guerra y no dormía nunca. La aldea estaba llena de padres, de amigos. Todos los comunicados eran febrilmente escuchados. Una noche, a eso de las 9, llamaron a la puerta: habían visto paracaidistas; se pidió a Mme. Lemaire que

fuera en coche a prevenir a la policía, a 5 kilómetros de allí; al día siguiente, se supo que los paracaidistas eran simples globos...

Paré ahí este relato. He contado más o menos en *La sangre de los demás*, atribuyendo esa experiencia a Hélène, cómo transcurrieron los días siguientes. Todos los días, camiones que procedían de Alençon, de Laigle, atravesaban la aldea. Entre los numerosos huéspedes de Mme. Lemaire, algunos tenían mucho miedo; querían huir hacia Burdeos, espantaban a los aldeanos diciéndoles que los alemanes iban a cortar las manos de todos los varones. Pero no era el caso de transportar a M. Lemaire fuera de la casa y toda huida parecía vana; personalmente, convencida de que Sartre había sido hecho prisionero, no tenía ninguna razón de estar en Burdeos y no en La Pouèze; en la medida en que conservaba cierto sentido pensar que el liceo Camille Sée se había replegado sobre Nantes, era preferible quedarse cerca. Por lo tanto, nadie se movió. De noche los soldados patrullaban las calles, con el fusil al hombro, no se sabía muy bien por qué. Una noche, desde un camión, alguien gritó: "Están en Mans." Al día siguiente, los aldeanos huyeron en camionetas, en carricoches, en bicicletas, o se desparramaron por los campos; ya nadie desfilaba con un fusil por las calles; la aldea estaba desierta, todas las puertas atrancadas, los postigos herméticamente cerrados. Se oía el cañón y ruidos de explosiones: los tanques de nafta de Angers saltaban. En el silencio de la calle central, pasaban camiones llenos de soldados franceses que cantaban. Cuatro oficiales elegantes, desenvueltos, bajaron de un coche. "¿Es la ruta de Cholet?", preguntó un teniente a Jacqueline Lemaire: "Sí"; vacilaron; iban a intentar sobre el Loira una acción de retaguardia, nos explicaron: pero hubieran querido saber si los alemanes estaban o no en Angers; se hicieron llevar al correo; en el interior, el teléfono sonaba, pero la puerta estaba cerrada con llave. Jacqueline fue a buscar un hacha e hicieron saltar la cerradura. Después

de haber telefoneado, nos aconsejaron que volviéramos a casa y no nos moviéramos. Y apretaron el embrague. Algunos soldados pasaban todavía por la calle, sin casco, sin fusil, apoyados en palos. Luego, hubo un desfile de tanques que daban la espalda al enemigo. Después no hubo más nada. La mayoría de los habitantes de la casa habían ido a instalarse en el fondo del jardín. M. Lemaire estaba acostado en su cuarto, donde yo nunca había entrado, y Mme. Lemaire fue a acompañarlo, después de haber cerrado todas las persianas. Me quedé sola detrás de una ventana mirando por las hendijas la ruta abandonada. El sol caía a plomo. Yo tenía la impresión de leer una novela de anticipación; era siempre la aldea familiar, pero el tiempo había dado un vuelco. Yo había sido proyectada a un momento que no pertenecía a mi vida. Ya no era Francia, todavía no era Alemania: un *no man's land*. Y luego algo estalló bajo nuestras ventanas, los vidrios del restaurante de enfrente volaron hechos añicos, una voz gutural lanzó palabras desconocidas y aparecieron todos, muy altos, muy rubios, con caras rosadas. Caminaban marcando el paso y no miraban nada. Desfilaron largamente. Detrás de ellos, pasaron caballos, tanques, camiones, cañones, cocinas rodantes.

Un batallón bastante importante se instaló en la aldea. Al atardecer, tímidamente, los campesinos volvieron a sus casas; los cafés abrieron sus puertas. Los alemanes no cortaban las manos de los chicos, pagaban sus consumiciones y los huevos que compraban en las granjas, hablaban cortésmente: todos los comerciantes les sonrieron; en seguida comenzaron su propaganda. Yo estaba leyendo en un prado cuando dos soldados se acercaron; farfullaban un poco el francés; me aseguraron que sentían una gran amistad por el pueblo francés: los ingleses y los judíos nos habían arrastrado a aquel desorden. Ese parloteo no me sorprendió; lo que era desconcertante era cruzar por las calles a esos hombres de uniforme verde que se parecían a todos los soldados del mundo. La segunda o tercera noche, uno de ellos saltó pesadamente por

encima de la tapia del jardín; susurró en alemán –Mme. Lemaire sabía el alemán– que había sonado la diana y temía hacerse castigar por su jefe; parecía haber bebido un poco y estaba visiblemente espantado. Se quedó oculto allí un largo rato antes de volver a irse.

Sin embargo, desde que me despertaba hasta la noche, oía todas las informaciones de la radio. El 17 de junio por la mañana, el locutor anunció que Reynaud había renunciado, que Lebrun había encargado a Pétain formar un nuevo ministerio. A las doce y media, una voz militar y paternal resonó en el comedor: "Hago a Francia el don de mi persona para atenuar su desdicha... Con el corazón oprimido, les digo hoy que hay que cesar el combate." Pétain: el responsable de la represión de Verdun, el embajador que había corrido a felicitar a Franco por su victoria, el amigo íntimo de los Cagoulard, de los cogolludos: el tono de su discurso me revolvió el corazón. Sin embargo, me alivió pensar que la sangre francesa dejaba por fin de correr; ¡qué absurdo horrible esas "misiones dilatorias", donde caían los hombres por un simulacro de resistencia! Comprendí mal el sentido de las palabras: "Buscar entre soldados, después de la lucha y en el honor, los medios de poner fin a las hostilidades." Creí que se trataba de una capitulación militar. Necesité varios días para comprender el verdadero alcance del armisticio. Cuando las cláusulas se hubieron divulgado, el 21 de junio, me interesé ante todo en la que concernía a los prisioneros; no era clara o al menos yo quise encontrarla oscura; estipulaba que los soldados internados en Alemania permanecerían allí hasta el fin de las hostilidades; pero los alemanes no se llevarían a su país a centenares de miles de hombres que acababan de recoger por los caminos; estarían obligados a alimentarlos: ¿con qué provecho? No, los mandarían de vuelta a sus hogares. Corrían montones de rumores. Soldados ocultos en sótanos, en zanjones, habían evitado caer en manos de los ocupantes; reaparecían de improviso, vestidos de civil, en sus aldeas, en sus granjas. ¿Quizá Sartre se las había arreglado

para volver a París? ¿Cómo saberlo? Ni teléfono, ni correo, ningún medio de informarme sobre lo que ocurría allí: la única solución era volver. Había entre la gente replegada en La Pouèze un holandés flanqueado de una joven esposa y de una suegra que tenía una tintorería cerca de la estación de Lyon: volvían y aceptaron llevarme. Pero de nuevo prefiero copiar aquí el relato de ese regreso, tal como lo escribí en el momento.

28 de junio y siguientes

Hacía cuatro días que no podía quedarme quieta: me había convencido de que Sartre podía haber vuelto imprevistamente a París, de que en todo caso allí encontraría noticias suyas. Y quería ver París ocupado y me aburría. Los holandeses decidieron volver y aceptaron llevarme. Me levanté a las 5 de la mañana, me despedí, estaba emocionada de irme, angustiada ante la idea de ese vacío que me esperaba en París, pero dichosa de intentar algo. El holandés tardó una hora en cargar el auto, tenía ademanes plácidos que invitaban al asesinato; puso un colchón sobre el techo, un montón de maletas atrás; la mujer amontonó una cantidad de paquetitos, sin olvidarse de un frasco de alubias, restos de la comida de la víspera y que no quería dejar perderse. Instalaron sobre lo que quedaba de asiento a la suegra y a mí, y la mujer se sentó junto a su marido; llevaban sombreros y blusas de raso blanco.

Todas las carreteras estaban abarrotadas de coches; había aquí y allí rastros de bombardeos; vi en el borde de la ruta un tanque dado vuelta, un camión, una tumba de alemán con su casco y una cruz, una cantidad de coches carbonizados. Al llegar a La Flèche, me enteré de que nos habíamos embarcado con diez litros de nafta en total; el holandés confiaba en los alemanes, que habían prometido distribuir nafta a lo largo del camino. Pocos días antes hubiera podido obtener 25 litros, pero se había cansado de hacer cola y en vez de esperar

media hora más se había ido. En La Flèche, por lo tanto, fue a la Kommandatur, instalada a orillas del agua, en un soberbio edificio. Allí vi los primeros uniformes gris acero: los alemanes de La Pouèze estaban todos de verde. Di una vuelta por la ciudad con las dos mujeres, compramos *La Sarthe* y leímos las condiciones del armisticio. Yo las había oído por radio, ignoraba solamente la cláusula de extradición de los refugiados alemanes, que me sublevó. Leí atentamente el artículo sobre los prisioneros y me pareció seguro que guardarían solamente a los que ya estaban en Alemania. Esa idea me sostuvo durante dos días y me permitió interesarme en ese viaje de regreso.

El holandés anunció que sólo conseguiríamos cinco litros y a las dos de la tarde; eran las 11, decidió llegar a Le Mans; "creía" tener bastante nafta para llegar. A los 10 kilómetros nos hicieron dar vuelta: no había nafta en Le Mans, donde ya había trescientos coches bloqueados. No nos quedaba nada; nos quedamos parados, pero tuvimos la suerte de encontrar en una granja cinco litros de nafta rojiza abandonada por los ingleses.

A mediodía, el auto se detuvo en Le Mans entre dos grandes plazas: en una estaba la Kommandatur, en otra la Prefectura. Ante las rejas de la Prefectura todavía cerradas, había doscientas personas que se empujaban con jarros, tanques, regaderas en la mano; alrededor de la estatua de un convencional de sombrero con pluma y ridículamente chiquito (Levasseur, creo), un montón de coches estaban detenidos, y también camiones cargados de colchones y de baterías de cocina; los refugiados esperaban, comiendo, dormitando, sucios y lamentables, con chicos y bultos; rezongaban; se decía que esperaban desde hacía ocho días indefinidamente mandados de la Prefectura a la Kommandatur; también corría el rumor de que París carecía de toda alimentación. Bajo un sol de plomo el holandés sonreía con su sonrisa idiota; no quería hacer cola pero su mujer, sostenida por mí, lo obligaba a quedarse. "Tengo hambre, hambre", decía ella con voz infantil; se que-

jaba de que la muchedumbre tuviera mal olor y confeccionaba un sombrero de papel para proteger la cabeza de su marido. Se decía que primero había que obtener un número de orden gracias al cual se obtendría un bono, gracias al cual se tendría nafta el día en que llegara la nafta. A las dos y media, las rejas se abrieron y fue el tumulto, pero un empleado despidió a todo el mundo diciendo que a las tres un vagón tanque iba a traer diez mil litros y que habría nafta a profusión. Sin embargo, algunas personas se quedaron y recibieron bonos que les permitieron conseguir cinco litros en un garaje cercano. Pero el holandés tenía hambre. Por lo tanto, fuimos a la plaza mayor; era la atmósfera de las ferias-exposiciones, polvorientas, pobladas y aplastadas bajo el sol. Una muchedumbre de soldados de gris, coches alemanes, centenares de camiones y de autos de refugiados; todos los cafés repletos de alemanes. Era abrumador verlos bien tenidos, corteses, rozagantes, mientras Francia estaba representada por ese miserable rebaño. Camiones militares, coches de la radio, motocicletas, giraban ruidosamente alrededor del terraplén; un altoparlante difundía una música militar ensordecedora y también los comunicados en francés y en alemán: era el infierno. La victoria estaba escrita sobre cada rostro alemán; cada rostro francés era una ruidosa derrota.

Nada que comer en los cafés. Fuimos a buscar nuestras provisiones y las compartimos. Los alemanes entraban, salían, saludaban golpeando los talones; bebían y reían. Hacían gala de una gran cortesía; dejé caer no sé qué objeto y uno de ellos se apresuró a levantarlo. Y luego nos sentamos en el cordón de la acera, junto al automóvil; el desfile continuaba ida y vuelta, Prefectura, Kommandatur, la gente llevaba en la mano regaderas, siempre vacías; algunos se sentaban sobre sus tanques y esperaban el milagro: el camión-cisterna y sus diez mil litros de nafta. Una o dos horas pasaron. De nuevo el holandés se había cansado de hacer cola y volvió con el rabo entre las piernas. Encontramos en un negocio un poco de pan y de fiambres; las confiterías estaban llenas de jóve-

nes alemanes que se atracaban de helados y de bombones. De nuevo esperamos. A las 8, el holandés había encontrado cinco litros de nafta. Era un alivio abandonar esa feria tórrida y andar a través del campo. Encontramos una granja donde dormimos sobre paja.

Las mujeres se despertaron gimiendo; a la vieja le dolía su nervio ciático. "Los cochinos alemanes —decía la joven con su voz fecal—. ¡Ah, si los tuviéramos al alcance de la mano a esos alemancitos, les haríamos pan-pan!" El marido se quejaba porque la paja le había picoteado las rodillas. La chacarera nos vendió leche, huevos, nada caros.

De nuevo el desfile de coches, de carros cargados de heno y de campesinos, de bicicletas, algunos peatones. En La Ferté-Bernard había muchos refugiados que los camiones alemanes habían traído hasta allí y abandonado al caer la noche; esperaban a otros. De nuevo las regaderas vacías y el rumor que corría: no habrá nafta en todo el día. Yo estaba agotada, decidí volver por mis propios medios. En la estación, un tren salía para París: estaba reservado para los empleados de ferrocarril que repatriaban; había muchos vagones vacíos, pero no dejaban subir a nadie. La orden era no aceptar a ningún viajero para París: para Chartres solamente, y había que probar que uno estaba domiciliado allí. Unas personas me dijeron que desde hacía varios días venían todas las mañanas pero siempre en vano. París carecía de víveres, se decía, por eso no repatriaban a los refugiados. Sin embargo, los diarios, la radio, los exhortaban a volver; y los camiones alemanes los llevaban a su casa; por otra parte, en La Ferté no había víveres y se corría el riesgo de morir allí. Volví a sentarme desamparada sobre el estribo del auto, luego quise comprar algo de comer; no encontré nada salvo un pedazo de pan grueso y demasiado salado que comí melancólicamente. No habría nafta hasta los tres días, se decía. Me faltó valor. Confié mi valija a los holandeses y decidí partir por cualquier medio. A 170 kilómetros de París. Es fácil decir: "Iré a pie, si es necesario", pero 170 kilómetros por una ruta cubierta de

alquitrán, con aquel sol, era desalentador. Por lo tanto me quedé sentada en la acera. Tenía mil francos en el bolsillo, era mucho y no era nada; la víspera unas personas habían pagado 1.500 francos por un lugar en un auto y ese día aun a ese precio no se habría encontrado nada. Dos hombres se habían puesto brazales en las mangas y, parados en medio de la ruta, detenían a todos los coches que parecían tener un poco de lugar, pero en verdad nunca podían tomar a nadie. Por fin un camión alemán se detuvo, dos mujeres se precipitaron y yo con ellas; trepé detrás de ellas, por encima de la baranda. El camión iba a Mantes, sólo a 40 kilómetros de París; me acercaba enormemente. Bajo la lona hacía un calor horrible, había un montón de gente y un fuerte olor a nafta; yo estaba sentada atrás, sobre una valija y saltaba en cada bache; para colmo, estaba sentada mirando hacia atrás y sentía con angustia que se me revolvía el estómago: restituí todo el pan que había comido sin que nadie pareciera siquiera advertirlo. Nos paramos; me acosté al borde del camino, mientras los demás comían. Un alemán me tocó el hombro y me preguntó si quería comer. Dije no; poco después me despertó cortésmente; una vieja decía que durante dos días los camioneros las habían atracado de cigarrillos, de comida, de champaña; eran verdaderamente amables, no parecían cumplir órdenes, sino tener ganas espontáneas de ser serviciales. Nogent-le-Rotrou me pareció muy destruido, Chartres apenas tocado, Dreux casi intacto, con sólo algunos agujeros de obús sobre la ruta; cruzábamos muchos camiones militares; a menudo los soldados nos gritaban: "¡Heil!"; en uno de los camiones, todos se habían pinchado en el uniforme gris suntuosas rosas rojas. Y entretanto, el cortejo de refugiados se arrastraba. En Mantes, giré sobre mí misma un poco azorada y me vi ante un auto de la Cruz Roja que parecía a punto de arrancar. Subí al fondo, entre una enfermera ultra chic, una señorita de Hérédia, que no lo olvidaba, y una jefa con anteojos; delante había otra enfermera y un señor, M. de... no sé qué, que conducía. Decían que en toda Francia

los médicos habían huido antes que todo el mundo, dejando a las enfermeras plantadas en las clínicas y en los hospitales. Describían los incendios alrededor de París, Étampes, donde dos hileras de coches embotellados habían ardido, el éxodo, la insuficiencia de socorros, las ridículas insuficiencias de la defensa pasiva: parece que los alemanes se mataron de risa cuando vieron nuestras trincheras-refugios. Eran ferozmente antiingleses. Una de ellas contaba que, durante tres semanas, no se había separado de su revólver porque los soldados ingleses y franceses sitiaban su coche: querían robárselo para escapar más rápido. En Saint-Germain, hicimos un alto; yo tenía la cabeza hecha pedazos y vi en un espejo mi cara negra de polvo. Bebimos pippermint en una ciudad absolutamente muerta. Hasta París todo estaba muerto; vi sobre el Sena puentes destruidos, más lejos agujeros de bombas, casas derrumbadas y en todas partes un silencio lunar. En la calle François 1er. había una cola delante de la Cruz Roja: la gente iba a buscar noticias de los prisioneros. Había también algunas personas delante de las carnicerías, pero casi todas las tiendas estaban cerradas. ¡Qué vacío en las calles! No me esperaba encontrar semejante desierto.

En la calle Vavin, la patrona se deshizo en exclamaciones de desesperación, porque había tirado todas mis cosas: me importaba un bledo. Me dio una carta de Sartre del 19 de junio, todavía optimista. Me limpié un poco y quise ir al correo para tratar de hablar por teléfono. En la terraza del "Dumesnil", vi a mi padre y comí un sándwich y bebí una cerveza con él; había algunos alemanes, pero se les sentía mucho menos cerca que en La Pouèze. Mi padre me dijo que eran muy corteses, que París naturalmente ya no tenía sino informaciones alemanas, que las monedas extranjeras estaban bloqueadas, que seguramente no liberarían a los prisioneros antes del fin de la guerra, que había inmensos campos de concentración donde se morían de hambre: en Garches, en Antony, etc., los alimentaban "con perros muertos". Francia ocupada está asimilada a Alemania, me dijo

mi padre; por lo tanto todos estaríamos retenidos. El correo estaba cerrado. Pasé a ver a mi madre; cuando me fui a las 8 y media, me dijo que me apresurara a causa del oscurecimiento. No creo que pueda caer nunca más bajo que durante ese regreso por las calles vacías, bajo un cielo de tormenta, la cabeza ardiendo, los ojos quemantes, pensando que Sartre se estaba literalmente muriendo de hambre. Las casas, las tiendas, los árboles del Luxemburgo, todo estaba en pie; pero ya no había hombres, nunca más los habría, y yo no sabía por qué sobrevivía absurdamente. Me acosté presa de una absoluta desesperación.

30 de junio

¿Volverán? ¿No volverán? ¡Cuántas historias de soldados que llegan vestidos de civil el día menos pensado! En el fondo, yo esperaba encontrar a Sartre sonriente en la terraza del "Dôme"; pero no, era la misma soledad que en La Pouèze, en más irremediable. Sin embargo, hay una nota un poco consoladora en *Le Matin*. Preguntan si mientras se espera la desmovilización no se podría autorizar a las familias a comunicarse con los soldados; entonces, me digo que los campos quizá retengan a los soldados que van a desmovilizar por tandas. No puedo dejar de esperar. Hace calorcito. Retomé en el "Dôme" mi lugar habitual, junto a la terraza, que está casi vacía. Los platos del día están anunciados, he visto escaparates con fruta soberbia, jamón fresco: parecía la prosperidad comparado con Le Mans, con Chartres. Casi nadie por el bulevar; dos camiones cargados de jóvenes alemanes de uniforme gris: he visto tantos últimamente que ya casi no me parece insólito. Con todas mis fuerzas, de pronto creo en un *después*: la prueba es que compré este cuaderno, tinta, que acabo de anotar la historia de estos últimos días. Durante esas tres semanas, yo no estaba en ninguna parte; había grandes acontecimientos colectivos con una angustia fisiológica particular; quisiera volver a ser una persona con

un pasado y un porvenir. Quizá en París lo lograré. Si puedo cobrar mi sueldo, me quedaré aquí mucho tiempo.

París está extraordinariamente vacío, mucho más que en setiembre; es un poco el mismo cielo, la misma dulzura en el aire, la misma tranquilidad; hay colas ante los pocos negocios de alimentación que aún quedan abiertos y se ve a algunos alemanes; pero la verdadera diferencia es otra. En setiembre, algo comenzaba, era temible pero apasionadamente interesante. Ahora, se acabó, el tiempo ante mí está absolutamente estancado, voy a pudrirme inmóvil durante años. Passy, Auteuil, están radicalmente muertos, con olores de follaje y de tilo que recuerdan la llegada de las vacaciones, los demás años; hasta los porteros se han ido. Pasé por el bulevar de Grenelle ante el antiguo campo de concentración para mujeres. Por los términos del armisticio hay que devolverle a Alemania a todos los refugiados alemanes: no había cláusula que me causara más horror. Volví al Quartier Latin; está vacío, pero los cafés están abiertos, se ve un poco de gente en las terrazas. Casi ningún alemán por aquí.

Vuelvo al "Dôme"; ahora hay gente: el escultor suizo, la mujer de Hoggar, la ex linda mujer que lleva pantalones de golf y un pequeño capuchón. Los alemanes llegan: me parece raro, pero de manera abstracta. Tienen caras inertes, parecen turistas; no se siente como en Le Mans su fuerza colectiva; individualmente, sus rostros matan el interés. Los miro, no siento nada. Hoy pasaron aviones por encima de París durante todo el día, afeitando casi las casas con enormes cruces negras sobre sus alas brillantes. Sólo tres o cuatro rameras en la terraza; buscan a la clientela alemana, no sin algún éxito.

1º de julio

Hoy las rameras han invadido toda la parte de adelante del café, a tal punto que parece que se entra en un burdel; hay una que llora; las otras la consuelan. "No te ha escrito,

pero nadie escribe, no te preocupes." En todas partes la misma cantilena: las mujeres en el subte, las mujeres en el umbral: "¿Tiene noticias? —No, está seguramente prisionero. —¿Cuándo podremos ver las listas? Etc." No, no soltarán a ninguno antes de la paz, es seguro; pero las historias siguen circulando: "Había llegado a las puertas de París cuando lo detuvieron. Los alemanes les dan trajes de civil." Entonces el milagro es siempre posible; es tan falaz como un billete de lotería, tan exacerbante e irresistible; es la obsesión de todas las mujeres de París. Yo creía que este tipo de incertidumbre no podía soportarse, pero, aun aquí, la paciencia se instala: en ocho días quizá tendremos noticias, habrá listas, habrá cartas. Esperaremos ocho días, el tiempo no cuesta mucho.

Hice un inmenso paseo por los suburbios para matar el tiempo; la gente volvía a su casa. "¡Llegamos de Montauban! ¡De haberlo sabido no nos hubiéramos ido!" Oí sólo eso a lo largo del camino. Un ciclista fue atajado por un grupo: "¡Tu madre ya volvió!" y lo rodearon para darle noticias de la casa, de la madre. Los vecinos se reconocen, se saludan. Había jardines llenos de rosas y de grosellas, campos de trigo sembrados de amapolas y a lo largo del camino un olor caliente a retamas: todo un campo florecido alrededor de las casas herméticamente cerradas. Sobre algunas puertas se leía: "Casa habitada" y más a menudo: *"Bewohnt."* Para volver, hice auto-stop; un autito me levantó; el conductor volvía de Agen; él también decía: "¡De haberlo sabido!" Había hecho 700 kilómetros en moto con su mujer, que tiene la columna vertebral desviada; me explicó lo penoso que había sido para ella y también para él: "Puedo décírselo, porque usted es mayor, pero aquí, del lado de las partes sufro, señora, sufro." Los alcaldes prohibían salir de los departamentos no ocupados, se decía que detenían en Vierzon, pero en Vierzon no había barrera alguna. Me lleva siguiendo los bordes del Sena; hay gente que rema y se baña alrededor de la Grande Jatte: una atmósfera de vacaciones, pero pesa-



Escaneado con CamScanner

da. Cuando el auto se detiene junto a un puente, un soldado alemán nos tira desde un camión un paquete de chocolate. Hay algunos al borde de la ruta que conversan alegremente con las chicas bonitas. Y el tipo me dice: "¡Fabricarán muchos chicos alemanes!" Oí diez veces esa frase y nunca implicaba una condena: "Es la naturaleza —me dijo el tipo—, no es necesario hablar el mismo idioma para eso." No he visto odio en nadie; solamente miedos pánicos en los aldeanos y, cuando el miedo se disipaba, unos ojos redondos y agradecidos.

Encuentro a Lise. Trató de irse de París el jueves en bicicleta; pedaleó por la ruta junto a un auto alemán y luego se encontró apresada en un desfile de camiones y le ordenaron que volviera sobre sus pasos. La pusieron sobre un camión con su bicicleta y la llevaron. Quiere enseñarme a andar en bicicleta.

Mis padres se quejan de la penuria de alimentación; comen sopa y macarrones; hace días que no he tenido una verdadera comida. Parece que París está verdaderamente mal abastecida. Mi padre me cita el menú de un gran restaurante en la plaza Gaillon: ensalada de pepinos 8 francos; tortilla de queso 12 frs.; pilaff de cangrejos 20 frs.; tallarines 8 frs.; frambuesas 18 frs. Ningún otro plato. Pienso en las comidas de Magny, en casa de Braibant, durante el sitio de París.

2 de julio

Un día gris, un poco frío, todo está desierto. Hay justo seis personas alrededor del vendedor de diarios, junto al subte. Compré dos de esos diarios. ¡Qué vacío! Propaganda sentimental en favor de los alemanes, un tono de lástima desolada, fraternal, para el pobre pueblo francés. Y promesas: los ferrocarriles reanudan sus servicios, el correo va a reanudar los suyos.

Telefoneé a Camille. Mme. J. me dijo que había partido

a pie, mochila al hombro, con Zina; no hay otras noticias de ella. Dullin también tuvo aventuras. Iré a verlo mañana. Telefoneé a casa de una hermana de Bost: fue evacuado a Avignon. Su hermano fue hecho prisionero.

Fui a la Sorbona a informarme sobre mi sueldo y, cuando estaba llenando unas fichas, un inspector de Academia se precipitó: "¿Profesora de filosofía? Es justo lo que necesito." Telefoneó a Duruy y tengo que ir mañana; ocho horas de trabajo por semana, no me disgusta.

3 de julio

Tomé una lección de bicicleta con Lise por las callecitas tranquilas alrededor de la calle Vavin. En seguida me mantuve bien en el asiento, hasta aprendí a subir sola y a doblar. Curso en Duruy.

A las cuatro y cuarto me voy a ver a Dullin en el Atelier. Montmartre me pareció terriblemente muerto. La portera no quería dejarme pasar. "El señor Dullin no está en estado de recibir", y luego volvió muy asombrada diciendo que tenía suerte, que me esperaba. Lo encontré en mangas de camisa, un delantal anudado sobre la barriga, en medio de viejos papeles, de fotos rotas, con aire perdido. Me oprimió las manos con efusión y me dijo cómo estaba inquieto por Camille. El martes fue a buscar a la vieja Mme. J. a Ferrolles y entretanto Camille y Zina tomaban el tren en la estación d'Orsay. Estaban citados en Tours pero Dullin no pudo llegar y no sabe nada de ella. Crécy ya había sido completamente evacuado cuando embarcó a Mme. J. en el carricoche; fueron hacia el Loira, cayeron entre la muchedumbre de refugiados y dieron vueltas en redondo durante trece días, durmiendo en el coche, no comiendo casi nada, a menudo ametrallados y sin poder cruzar el río. Había llevado también a una vieja sirvienta que se volvió loca; durante todo un día, divagó sobre comida; se hundió en un bosque, diciendo que iba a

buscar huevos, y nunca volvió a verla. Al fin los alemanes los alcanzaron y los obligaron a volver hacia atrás. Tenía mucho miedo de ser reconocido por los alemanes y trataba de hacerse pasar por un campesino. Se cruzó con un convoy de prisioneros que lo llamaron: "¡Dullin!" Lo molestó mucho.

5 de julio

Los diarios son infames, me sublevan y me ponen de un humor negro. Fui con Lise al Palais Royal a mirar la lista de prisioneros. El Palais Royal estaba cerrado; había una cola enorme y las únicas noticias que hay son de los campos de los alrededores de París. Por otra parte, sé que Sartre ha sido hecho prisionero; lo único que me interesa es cuándo lo largarán. Tomamos una copa en el Café de la Paix, repleto de oficiales alemanes muy elegantes; aparte de eso, vacío y completamente siniestro. Me instalé en el departamento de mi abuela, que vive en casa de mis padres. La correspondencia se reanuda; escribí cartas, pero no por eso me siento menos desesperadamente aislada.

6 de julio

En el "Dôme", un cartel anuncia que el establecimiento está prohibido a los alemanes; me pregunto por qué; en todo caso da placer no ver más uniformes.

Fui a la Biblioteca Nacional, tomé una tarjeta y empecé a leer Hegel, *La fenomenología del espíritu;* por el momento no comprendo casi nada. Decidí estudiar Hegel todos los días de dos a cinco; no hay nada que aplaque tanto.

Telefoneé a Dullin. Crécy le pareció terriblemente devastado por los franceses. Le señalaron la presencia de Camille en los alrededores de Tours y quiere irse allí en camión.

La idea de morir ya no me parece nada escandalosa este

año; sé demasiado bien que de todas maneras uno es siempre un muerto al que le han dado plazo.

7 de julio

Paseo en bicicleta por París con Lise. Crucé un desfile de autos blindados cargados de alemanes vestidos de negro, cuyas grandes boinas flotaban al viento; era bastante bello y siniestro. En la Nacional, leí a Hegel y todavía me cuesta mucho comprenderlo. Encontré un pasaje que copié y que serviría maravillosamente de epígrafe para mi novela.

Hay de nuevo patatas a discreción en París, y carne y hasta manteca. En el "Dôme", se come normalmente; ya uno no se siente miserable en la escasez. Tengo unas ganas inmensas de ver cine, pero sólo dan películas imposibles.

Es raro, en esta hora alemana y con esta queda a las 11, estar aprisionado en su cuarto cuando el cielo está todavía claro. Me quedo un largo rato en el balcón, incrédula.

11 de julio

Unas líneas de Sartre, a lápiz, en un sobre abierto que lleva un sello del correo y uno del Gobierno de París. Por un instante, no reconozco la letra y luego miro sin comprender la carta que parece haber sido puesta en mi mano. Dice que quizá esté de regreso antes de fin de mes, pero sigue siendo un quizá; dice que le escriba, pero no estoy segura de que llegue la carta; dice que no es desdichado: no puede decir otra cosa; ya no sé qué le pasa de verdad. Es algo inmenso esta carta y no es nada. Sin embargo, respiro un poco mejor.

## 14 de julio

París estaba siniestro, llovía. Telefoneé a Dullin, a tal punto tenía ganas de hablar con alguien. Tuve el asombro de oír la voz de Camille y fui a verla a las seis. Estaba vestida de interior, hinchada, pero con un aire bastante próspero. Dullin también estaba; llevaba ropa de interior, todo de negro y con un aire radiante. Estaban también Mme. J. y Vandéric. Vandéric formó parte del ejército belga; cuenta que los mandaron al frente absolutamente sin armas, los dejaron allí y al cabo de tres días les dijeron que volvieran a irse sin haberlos armado. Camille me cuenta su éxodo. El martes mandó su equipaje a Tours: es probable que se haya perdido, contenía un montón de manuscritos y de notas; luego, se fue con Zina, cada cual con una mochila a la espalda, y Camille tenía en la mano una valija donde llevaba Friedrich y Albrecht. Llegaron a Nevers en tren en dos días. Entonces trataron de llegar a Tours en camión; fue difícil pero lo consiguieron. Tours estaba vacío; minaban los puentes y todas las noches había bombardeos. La cita con Dullin era en casilla de correos y el correo estaba cerrado. Abandonaron la ciudad, encontraron en el campo un tren, sin locomotora, que se pudría desde hacía días; subieron; se esperaba a los alemanes aquella noche y todo el mundo temblaba. Camille y Zina se refugiaron finalmente en casa del guardabarreras que les alquiló un cuarto; allí se quedaron vestidas de campesinas y aburriéndose mucho. Sin embargo, poco a poco el tren se vaciaba. Un coronel llegó una noche, advirtió que al día siguiente habría un "breve combate de artillería" y que había que ponerse al amparo. Todos fueron a dormir a una gruta y después del breve combate, volvieron a su casa. Camille se hacía pasar por cuñada del guardabarreras, imaginando extrañamente que los alemanes reservaban no sé qué sombrío destino a los refugiados. Pudo mandarle una

carta a Dullin; cuando Dullin supo que había una carta dejó caer todos los paquetes que tenía en la mano y se puso a temblar de tal modo que Mme. J. creyó que iba a desmayarse. Luego, Camille se hizo traer de vuelta en un camión.

De nuevo mi diario se detiene. Ya no tenía nada que anotar. Los uniformes verdes y grises, la cruz swástica flotando sobre el Senado, se me habían vuelto familiares. Daba mis cursos en Duruy, leía a Hegel en la Nacional, que ahora abría desde la mañana. Hegel me calmaba un poco. Así como a los veinte años, con el corazón sangrando a causa de mi primo Jacques, había leído a Homero "para poner a toda la humanidad entre yo y mi dolor particular", trataba de fundir en "el curso del mundo" el momento que estaba atravesando. A mi alrededor, embalsamado en millares de volúmenes, el pasado dormitaba y el presente se me aparecía como un pasado a venir. Yo me abolía. De ninguna manera, sin embargo, esas ensoñaciones me incitaban a aceptar el fascismo; se podía, si uno era optimista, considerarlo como una necesaria antítesis del liberalismo burgués, por lo tanto, una etapa hacia la síntesis a la que aspirábamos: el socialismo; pero, para esperar superarlo un día, había que empezar por rechazarlo. Ninguna filosofía hubiera podido convencerme de aceptarlo; contradecía todos los valores sobre los cuales se había edificado mi vida. Y cada día me traía nuevas razones para aborrecerlo. ¡Qué náuseas por la mañana, cuando leía en *Le Matin*, en *La Victoire*, esas virtuosas apologías de Alemania, esos sermones aleccionadores con que nos abrumaban nuestros vencedores! A fines de julio aparecieron carteles en los escaparates de algunas tiendas: "Prohibida a los judíos." *Le Matin* publicaba un reportaje sórdido sobre "el Ghetto" y reclamaba su desaparición. La radio de Vichy denunciaba "a los judíos huidizos" que habían desertado de Francia; Pétain suprimía la ley que prohibía la propaganda antisemita; se provocaban manifestaciones antisemitas en Vichy, Toulouse, Marsella, Lyon y por los Champs Elysées; un



Escaneado con CamScanner

gran número de fábricas despedían a los obreros "judíos y extranjeros". La violencia que cobró en seguida esta campaña me asustó. ¿Dónde se detendrían? Yo hubiera querido compartir con alguien mi miedo y sobre todo mi rabia. Sólo me sostenían las cartas que Sartre me enviaba desde Baccarat, afirmaba que nuestras ideas, nuestras esperanzas, terminarían por triunfar. También decía que había una posibilidad de ser liberado a principios de setiembre: repatriaban a ciertas categorías de funcionarios. Desde la terraza del "Dôme", yo miraba el *Balzac* de Rodin: cuya inauguración había hecho escándalo dos años antes, y me parecía que Sartre iba a aparecer con su paso rápido, sonriente. En otros momentos, me decía que no volvería a verlo hasta pasados tres o cuatro años y hubiera querido dormirme. Nunca, en efecto, ni en esa época, supuse que la paz estuviera próxima; la decisión rápida habría significado la victoria del nazismo: uno no puede creer en lo que rechaza con una sincera violencia; por lo menos no tan rápido. La U.R.S.S., los E.E. UU., intervendrían; Hitler sería abatido un día: eso implicaba una larga guerra. Una larga separación.

En cuanto restablecieron los trenes, Olga vino a verme; pasó seis horas de pie en el pasillo; hasta los W.C. estaban repletos, a tal punto que los chicos se aliviaban por la ventanilla y las ancianas sobre el piso. La estación de Beuzeville había sido bombardeada. La familia de Olga vivía a treinta metros; se había refugiado en casa de unos amigos, a cierta distancia; a la vuelta habían encontrado todos los vidrios de la casa pulverizados. Olga vivió algunos días en el departamento de mi abuela, luego volvió a casa de sus padres. Bianca atravesó París; se había quedado dos semanas en una granja bretona recogiendo arvejas; ahora iba a terminar sus vacaciones en el Yonne, con su madre y su hermana. Su padre tomaba disposiciones para que uno de sus amigos, ario, se ocupara en manejar sus negocios; preveía lo peor; Bianca también; estaba devorada por la angustia y, pese a mis esfuerzos, la sentía sola enfrente de mí. Recordaba el tiempo

en que yo le decía a Olga: "¡Los judíos no existen, sólo hay hombres!" ¡Cómo había sido de abstracta! Ya en 1939, cuando Bianca me hablaba de sus primos vieneses, yo había sentido, con un poco de vergüenza, que no vivía la misma historia que yo; ahora me saltaba a la vista; ella estaba en peligro, mientras yo no tenía nada preciso que temer; nuestras afinidades, nuestra amistad, no lograban llenar ese abismo entre nosotras. Ni una ni otra lo medíamos y quizá por generosidad ella evitaba sondearlo aun más que yo; pero, si ella rechazaba la amargura, yo no me evadía de un malestar que se parecía al remordimiento.

Se fue y de nuevo no tuve más a nadie con quien hablar. Mis padres vivían en el desconcierto. Mi padre no llegaba a comprender cómo *Le Matin*, que él consideraba el más lucidamente patriótico de todos los diarios de París, había sido el primero en venderse a los alemanes; los aborrecía en tanto que "Boches": yo nunca pude utilizar esa palabra, cuyo *chauvinismo* me chocaba; yo los detestaba en tanto que nazis; al menos, gracias a ese equívoco, yo no me encontraba en conflicto con mis padres. Veía a menudo a Lise; maltratada por Francia, consideraba la ocupación alemana con indiferencia. Sin embargo, fue para mí una gran ayuda. Era robusta, osada, audaz como un muchacho, y me divertía mucho con ella. Me regaló una bicicleta, que acepté sin escrúpulos, aunque se la había apropiado muy ilegalmente. Paseamos por los alrededores de París y, cuando, en el mes de agosto, mis cursos se interrumpieron, fuimos más lejos. Vi l'Île de France, sus bosques, sus castillos, sus abadías. Vi Compiègne en ruinas, Beauvais en ruinas, la Normandía en ruinas: ya esas devastaciones me parecían casi naturales. Yo pedaleaba, el esfuerzo físico me ocupaba. Y los modales de Lise me hacían reír; a veces, pese a mi falta de respeto humano, me sentía un poco incómoda. Lise cultivaba deliberadamente el escándalo. En Évreux, al entrar a una iglesia para visitarla, se lavó las manos en la pila de agua bendita. En Louviers, había un lavatorio en el pasillo que llevaba al comedor: se

jabonó toda la cara bajo las miradas sorprendidas de las camareras y de los clientes: "¿Por qué no?", me decía con cierto desafío; como cada respuesta debía fundarse sobre la razón con un rigor extremo, hubiera habido que invocar todo un sistema filosófico para impedir que se sonara en su servilleta. Por otra parte, le gustaba verdaderamente la filosofía y le di algunas lecciones. Se apasionó por Descartes, porque lo destruía todo y reedificaba el mundo en la evidencia. Pero no aceptaba leerlo por párrafos ni siquiera por frases; tropezaba en cada palabra, cosa que a menudo volvía tormentosas esas sesiones de trabajo. No me gustaban las tormentas, pero Lise se complacía en ellas. Me confesó riendo que las escenas de familia que había pretextado el año anterior para esperarme en la puerta del hotel, por lo general las había inventado; sin embargo, suponía que, al consolarla asiduamente, yo le había dado derechos sobre mí y los reivindicaba. Me reprochó con vehemencia haberme ido de París sin ella en el mes de junio. No admitía que prefiriera la soledad a su compañía; cuando hice el paseo por los suburbios que conté en mi diario, me siguió hasta la puerta de Orléans repitiendo con aire tozudo: "Quiero ir contigo." Mi ira la intimidó; pero a menudo ruegos y amenazas se quebraban contra su terquedad. Cuando trabajábamos o conversábamos de noche en mi cuarto, tenía que irse temprano a causa del oscurecimiento; yo vigilaba el reloj: "Es hora", le decía. Un día declaró tranquilamente: "No, no me iré." Su voz subió de tono: no era cortés echarla, podía dormir aquí, el departamento era bastante grande, por otra parte yo había recibido a Olga. Mi único argumento era que no tenía ganas de que se quedara; se negó a tomarlo en cuenta; yo veía acercarse con furor la hora del oscurecimiento y finalmente me vi obligada a hacerla dormir en el cuarto de mi abuela. Ese éxito la envalentonó: repitió la escena; esta vez los ojos se me llenaron de lágrimas de rabia; no sé cómo consegui, pues era mucho más fuerte que yo, echarla hasta la escalera: sin duda su obstinación cedió un instante; pero

se recobró en seguida y empezó a tocar la campanilla. No me inmuté. Cuando me dormí, las orejas tapadas con bolas de cera, todavía llamaba con intermitencias. A la mañana, la encontré acostada sobre el felpudo, la cara sucia de lágrimas y de polvo. El departamento estaba en el último piso, ninguna puerta se abría sobre el zaguán y había dormido allí sin que nadie la molestara. Yo esperaba que la lección le serviría, pero no: era indomable. Seguimos entendiéndonos muy bien y riñendo.

El mes de agosto pasó, comenzó setiembre. Alrededor del 15 recibí una carta de Sartre anunciándome que lo transferían a Alemania; como de costumbre decía estar muy bien de salud y muy alegre. Pero yo había contado tanto con su vuelta que me derrumbé. Encuentro esta nota en un cuaderno donde traté de reanudar mi diario:

"Esta vez soy desdichada. El año pasado el mundo a mi alrededor se había vuelto trágico y yo vivía de acuerdo con él, pero no era la desdicha. Recuerdo muy bien cómo en setiembre me sentía justo un fragmento de un gran acontecimiento colectivo, estaba interesada en el acontecimiento. Pero, desde hace ocho días, es diferente. El mundo se ha vuelto informe. La desdicha está en mí como una enfermedad íntima y particular; es una sucesión de insomnios, de pesadillas, de dolores de cabeza... Veo vagamente un mapa de Alemania, con una frontera negra con alambrado de púas, y luego en alguna parte está la palabra Silesia y luego frases oídas como: 'Se mueren de hambre'."

No tuve valor de continuar; la soledad frente al papel me resultaba insoportable.

Sin embargo, aproveché los últimos lindos días de setiembre. Bianca, que había vuelto a París, me propuso que hiciéramos juntas un viaje en bicicleta; ya no esperaba a Sartre, acepté. Tomamos un tren hasta una pequeña localidad de la Brière: yo tenía curiosidad de explorar esa región; las aldeas, con sus casas revocadas de blanco, inmaculadas, sus techos de paja, parecían casi artificiales; se erguían entre pantanos

hirsutos cuya desolación me conmovió poco. Vi Guérandes, apacible entre sus antiguos murallones, vi la costa tiernamente asoleada del Morbihan, los pinos, los peñascos, las playas, el cielo de otoño, las zarzas y Rochefort-en-Terre, sus casas de granito gris adornadas con geranios rojos. Comíamos langosta, panqueques, pasteles sabrosos. Por los caminos no encontrábamos alemanes, pero en las hosterías nos hablaban mucho de ellos. Comían tortillas de cinco huevos, jarros de crema: nunca habían visto a nadie tragar tales cantidades de alimentos. "¡Ah, es que son golosos, golosos!", nos dijo un camarero en un café de Rennes. Ello no impide que durante esos quince días casi los olvidé: algo resucitó de lo que había sido antaño la dulzura de vivir. Luego volvimos.

## VII

No, el tiempo no había trastabillado, las estaciones seguían girando: un nuevo año escolar comenzaba. Empezó mal. En el liceo Camille Sée, como en todos los liceos, me hicieron firmar un papel donde afirmaba bajo juramento que no estaba afiliada a la masonería, ni era judía; me pareció repugnante firmar, pero nadie se negaba: para la mayoría de mis colegas, como para mí, no había posibilidad de obrar de otra manera.

Dejé el departamento de mi abuela, me instalé de nuevo en el hotel Danemark, calle Vavin. París estaba triste. Ni nafta, ni autos por las calles; los pocos ómnibus que circulaban se alimentaban con gas. Se andaba casi exclusivamente en bicicleta; muchas estaciones de subte estaban todavía cerradas. El oscurecimiento había sido retardado hasta medianoche, los lugares públicos cerraban a las 11. Yo ya no ponía los pies en el cine: sólo daban películas alemanas y películas francesas de último orden. Los alemanes habían prohibido aplaudir durante los noticiarios: consideraban esas manifestaciones insultantes. Un gran número de salas, entre ellas el *Rex*, habían sido transformadas en *Soldaten Kino*. Yo comía en pequeños restaurantes que todavía se las arreglaban bastante bien. Pero en los mercados, en las tiendas de alimentación, era la escasez. Habían instaurado a fines de setiembre bonos de racionamiento, sin que el abastecimiento fuera más fácil. En la mesa de mis padres encontré las legumbres de la otra guerra: *topinambours, rutabagas*.

Sin embargo, la ciudad se había repoblado. Vi a Marco

en el "Dôme"; había recobrado su puesto en el Louis le Grand. Me dijo misteriosamente: "Tengo la oreja de Philippe Pétain", lo que significaba que conocía a alguien que conocía de muy lejos a Alibert. No había de qué jactarse, pensé. Me alegró mucho volver a ver a Pagniez; había hecho la retirada como chófer de un coronel y había conducido durante casi cuarenta y ocho horas sin dormir. Me desconcertó negándose a indignarse conmigo contra Vichy: hablar mal de Pétain era hacerle el juego a la gente que deseaba someter a Francia entera a un *gauleiter*. "Y ¿qué hay con eso?", le pregunté. De todas maneras Vichy obedecía a los alemanes El 2 de octubre, una ordenanza alemana obligaba a todos los judíos a declararse, a todas las empresas judías a señalarse. El 19 Vichy promulgaba el "estatuto de los judíos": el acceso a la función pública y a las profesiones liberales les estaba prohibido. El hipócrita servilismo del hombre que se atrevía a declarar: "Odio las mentiras que nos han hecho tanto mal", me ponía fuera de mí. Predicaba la vuelta a la tierra —como antaño, en las piezas de beneficencia, M. Jeannot, el amigo de papá—, bajo pretexto de renovación moral, mientras obedecía a los vencedores reduciendo a Francia a ser sólo el granero de Alemania. Todos mentían: esos generales, esos notables que habían saboteado la guerra porque Hitler les parecía muy preferible al Frente Popular, esos ultrapatriotas que se hacían un pedestal para insultar a los franceses. Protestaban dulzonamente que trabajaban para el bien de Francia: ¿de qué Francia? Aprovechaban la presencia alemana para esclavizarla a su programa de antiguos Cagoulards. Los mensajes del general atacaban sobre todo lo que tenía valor a mis ojos: para empezar, la libertad. En adelante la familia sería soberana, la virtud iba a reinar, habría que hablar devotamente de Dios en las escuelas. Reconocía esa cálida tontería que había oscurecido mi infancia: abrumaba oficialmente al país entero. Hitler, el nazismo, eran un universo extraño que yo odiaba a distancia, con una especie de tranquilidad. Pétain, la Revolución nacional, los aborrecía de



Escaneado con CamScanner

una manera íntima y en una ira que ardía de nuevo a diario. El detalle de lo que ocurría en Vichy, transacciones, concesiones, no me interesó nunca, porque Vichy, en bloque, era para mí un escándalo vergonzoso.

Olga volvió definitivamente a París y se instaló lo mismo que su hermana en un hotel del pasaje Jules Chaplain. Bost se juntó con ella. Había arrastrado por Montpellier una larga convalecencia y ahora estaba completamente curado. Después de tantos meses pasados exclusivamente con mujeres, era precioso reanudar una amistad masculina. Estábamos de acuerdo en todos los puntos, pero él no veía más claro que yo. El porvenir estaba limitado, hasta el presente se nos escapaba: nuestras únicas fuentes de información eran los diarios alemanes. Yo no tenía el menor contacto político: Aron se había ido a Londres, Fernando y Stépha habían salido de Francia, Colette Audry se había radicado en Grenoble con su marido, el hermano de Bost estaba prisionero. ¿Junto a quién informarme? Me sentía muy sola. Empezaban a circular algunas hojas clandestinas: *Los consejos al ocupante* de Jean Texier, *Pantagruel*; pero yo ignoraba su existencia. Fui a la *N.R.F.* y hablé con Brice Parain. Me dijo que la revista volvería a aparecer; Paulhan se había negado a dirigirla bajo el control alemán: Drieu se encargaba de ella. Me habló de la lista "Otto", la lista de los libros que los editores y los libreros debían retirar del comercio: Heine, Thomas Mann, Freud, Steckel, Maurois, las obras del general de Gaulle, etc. Sólo supe por él una cosa importante: Nizan había sido muerto; no se sabía exactamente dónde ni cómo, pero el hecho era cierto. Su mujer y sus chicos se habían ido a Estados Unidos. Se me oprimió el corazón. Nizan que odiaba tanto la muerte: ¿se habría visto morir? Había escrito su mejor libro, un libro muy bueno, *La conspiración*. Un poco más tarde el suelo se había movido bajo sus pies; se había puesto en tela de juicio y mientras decidía de nuevo sobre sí mismo, había muerto. Me parecía particularmente absurdo que su porvenir le hubiera sido robado justo en ese momento.

Algunos días transcurrieron y me enteré con estupor de que estaban robándole también su pasado.

Sartre me había anunciado en una carta que uno de sus compañeros de cautiverio, comunista, acababa de ser repatriado, ya ni sé por qué, y me daba su dirección; en seguida arreglé una entrevista con B. por teléfono. Se sabía mal lo que ocurría entre los comunistas; algunos publicaban *L'Humanité* clandestina, antiimperialista, pero observaban respecto a Alemania una especie de neutralidad, había libelos que se decían comunistas y hablaban de colaboración. Sin embargo, corría el rumor de que gran número de ellos organizaba una propaganda antialemana. De todos modos, si Sartre me decía que fuera a ver a B. era porque se entendía con él en lo esencial. Por lo tanto, cuando entré en el confortable despacho de B. tuve la esperanza de enterarme de cosas interesantes. Me recibió amablemente y me dio noticias de Sartre que me devolvieron el gusto de vivir. La condición de prisionero, al menos allí, era muy soportable; comían poco, pero no trabajaban; Sartre aprovechaba sus ocios para escribir; se había hecho un montón de amigos, su existencia lo interesaba: era lo mismo que me decía en sus cartas, pero yo sólo me atrevía a creerlo a medias. Entonces, pregunté a B. si tenía algunas luces sobre la situación: ¿en qué estábamos? ¿Qué se podía esperar? ¿Qué había que temer? Me habló con desdén del gaullismo, que sólo conmovía, según él, a algunas señoras de edad sentimentales; me dejó entender que la salvación vendría de otro lado; no le pedí precisiones, no podía dármelas. Pero le dije que el pacto germano-soviético había debilitado en mí y en muchos otros la simpatía que sentíamos por la U.R.S.S. y no incitaba a confiar en el P.C. Se echó a reír: sólo unos pequeños burgueses sin educación política podían desconocer la habilidad de Stalin. Comunistas de buen color se habían conmovido, objeté: cité a Nizan. Su rostro se puso grave: había que ser un traidor para dejar el partido a consecuencia del pacto. Contesté que Nizan no era un traidor; se encogió de hombros; sólo dos miembros

del P. C. habían renunciado, contestó con apacible arrogancia: uno de ellos era una joven militante que la policía retenía porque había estado comprometida en una historia de aborto; el otro era Nizan y se sabía que, desde hacía tiempo, estaba a sueldo del Ministerio del Interior. La indignación me dejó sin aliento: ¿quién lo sabía? ¿Cómo lo sabían? Se sabía; por otra parte ¿acaso no había renunciado? Protesté en vano, me fui asqueada. Sin embargo, todavía no medía el alcance de esas calumnias; veía en ellas una aberración de B., sin duda mal informado por gente que no había conocido a Nizan. No sospechaba que se trataba de una campaña cínicamente llevada por gente que lo conocía.

Brice Parain me había citado a dos escritores que habían logrado, por medios misteriosos, hacer repatriar a prisioneros; o esos datos eran falsos o me las arreglé mal: mis gestiones no tuvieron consecuencia. Estuve algún tiempo sin recibir noticias de Sartre, pero no me inquietaba; mi conversación con B. había tenido al menos la ventaja de tranquilizarme sobre su suerte. Decidí volver a escribir: me parecía que era un acto de fe, un acto de esperanza. Nada autorizaba a pensar que Alemania sería vencida; Hitler todavía no había sufrido ninguna derrota, Londres estaba asolada por terribles bombardeos, quizá las tropas nazis no tardaran en intentar un desembarco en Inglaterra; los EE. UU. no se inmutaban, la U.R.S.S. continuaba pasiva. Pero hice una especie de apuesta: ¿qué importaban las horas pasadas vanamente escribiendo si mañana todo se venía abajo? Si alguna vez el mundo, mi vida, la literatura, recobraban un sentido, me reprocharía los meses, los años perdidos en no hacer nada. Por lo tanto me instalé en el "Dôme" a la mañana y al final de la tarde, para componer los últimos capítulos de mi novela; revisé el total. No me apasionaba; ese libro expresaba un momento de mi vida que había pasado; pero justamente por eso, no veía la hora de terminarlo y me dediqué a él con fervor.

Seguí leyendo a Hegel, al que empecé a comprender mejor;



Escaneado con CamScanner

en detalle, su riqueza me deslumbraba; el conjunto del sistema me daba vértigo. Sí, era tentador abolirse en provecho de lo universal, de considerar su propia vida en la perspectiva del fin de la Historia, con el desapego que implica también el punto de vista de la muerte: así ¡qué irrisorio parecía ese ínfimo momento del curso del mundo, un individuo, yo! ¿Por qué inquietarme de lo que me ocurría, de lo que me rodeaba, justo aquí, ahora? Pero el menor movimiento de mi corazón desmentía esas especulaciones: la esperanza, la ira, la espera, la angustia, se afirmaban contra todas las superaciones; la huida en lo universal no era en verdad sino un episodio de mi aventura personal. Volvía a Kierkegaard, al que había vuelto a leer con pasión; la verdad que reivindicaba, desafiaba la duda tan victoriosamente como la evidencia cartesiana; el Sistema, la Historia, no podían mejor que el Genio Maligno quebrar la certidumbre vivida: "Soy, existo, en este momento, en este lugar, yo." Yo reconocía en ese conflicto las vacilaciones de mi juventud, cuando leyendo por turno a Spinoza y a Dostoievsky la literatura me parecía tan pronto un susurro fútil, tan pronto metafísica, una lucubración vacía. Ahora había aprendido filosofía que se pegaban a la existencia, que daban su valor a mi presencia sobre la tierra y que podía adoptarlas sin reticencia. Sin embargo, a causa de las dificultades que atravesaba, a veces me sentía vencida por el sueño de esa tranquila indiferencia donde el ser se iguala a la nada. Intelectualmente, todo era trivial en esa confrontación del universo y del individuo: pero para mí fue una experiencia tan original, tan concreta, como la revelación de la conciencia ajena. Pensé en usarla como tema de mi próxima novela.

Cuanto más adelantaba, más, sin dejar de admirarlo, me separaba de Hegel. Ahora sabía que hasta en la médula de mis huesos estaba ligada a mis contemporáneos; descubrí el reverso de esa dependencia: mi responsabilidad. Heidegger me había convencido de que en cada ser se cumple y se expresa "la realidad humana": inversamente, cada uno la

asume y la compromete por entero: según una sociedad se proyecta hacia la libertad o se acomoda en una inerte esclavitud, el individuo se toma como un hombre entre los hombres o como una hormiga en un hormiguero. Pero todos tenemos el poder de poner sobre el tapete la elección colectiva, de recusarla o de convalidarla. Yo sentía a diario esta equívoca solidaridad. En esa Francia ocupada, bastaba respirar para consentir a la opresión; ni siquiera el suicidio me habría liberado, hubiera consagrado mi derrota; mi salvación se confundía con la del país entero. Pero mis remordimientos me habían descubierto que yo había contribuido a crear esa situación que me era impuesta. El individuo no se reabsorbe en el universo que lo configura: mientras lo soporta obra sobre él, aunque sólo sea por su misma inmovilidad. Esas verdades se anclaron profundamente en mí. La desdicha es que yo no veía la manera de sacar conclusiones prácticas. Condenando mi antigua inercia, no encontraba nada que hacer, sino vivir, sobrevivir, esperando tiempos mejores.

Los teatros habían reabierto sus puertas. Las funciones empezaban a las 8 y terminaban a las 11 a causa del oscurecimiento. Dullin se había mudado al Théâtre de París; repuso *Plutus*. Marco había abandonado su papel; Dullin había confiado a Olga uno corto, pero agradable, y Olga lo hacía muy bien; Tissen, la luxemburguesita, hizo una creación picante que todo el mundo advirtió. Poco después, a mediados de noviembre, Dullin montó otro espectáculo: *La mujer silenciosa* de Ben Jonson, que pertenecía al repertorio del Atelier. Yo tenía que ir al estreno con Olga y Wanda. Me vestí, salí del hotel y encontré en mi casillero unas líneas mandadas por la mujer de un compañero de cautiverio de Sartre; me indicaba su nueva dirección. Palidecí. Kranken Revier, Stalag XII D. Había dejado de preocuparme por él y ahora estaba en la enfermería, quizá con tifus, quizá agonizando. Sin embargo, pasé por el teatro para decir que no contaran

conmigo. Tissen, que sabía alemán, me confirmó que Sartre estaba en la enfermería. Tomé el subte para tratar de ver a la mujer que me había transmitido esa dirección; temblaba interiormente, con los ojos turbados por horribles visiones. La mujer me abrió la puerta y la angustia que percibió en mi voz, en mi rostro, la dejó estupefacta: sí, su marido y Sartre estaban ambos en la enfermería y encantados de esa ganga; ayudaban más o menos a los enfermeros, estaban mejor alojados, más abrigados que en los galpones. Volví al teatro, llegué al final del primer acto. Aquellas luces, aquellos sillones rojos, aquella muchedumbre que se desparramaba por los corredores parloteando ¡qué contraste ofrecían con las imágenes que aún llenaban mi cabeza: catres, cuerpos descarnados y torcidos por la fiebre, cadáveres! Desde el 10 de mayo, dos mundos coexistían: el uno familiar y a veces hasta alegre, el otro horrible. Era imposible pensarlos juntos; y el brutal pasaje que yo efectuaba del uno al otro era una dura prueba para mi corazón y mis nervios.

Las cartas de Sartre terminaron de apaciguarme. Mandaba de dos clases: las unas reglamentarias, a lápiz y limitadas por el formato del papel a unas veinte líneas; otras largas, iguales a las cartas corrientes, que unos compañeros que trabajaban en la ciudad se ocupaban de estampillar y de deslizar en los buzones. Estaba muy contento de su suerte y ocupadísimo; discutía con los jesuitas sobre los misterios de la virginidad mariana; contaba volver pronto a París, pero no en seguida, porque estaba montando una pieza que había compuesto para Navidad. Después ya no tardaría. Parecía que la fecha de su regreso sólo dependía de él. ¿Pensaría escaparse? Yo imaginaba la evasión como una empresa terriblemente temeraria: los centinelas tiraban, largaban los perros; me asusté. Pero él también hablaba de civiles que iban a repatriar como si formara parte de ellos. Sin duda estaba proyectando algo. Decidí no agitarme.

Ya había recobrado más o menos mi equilibrio; pero seguía sufriendo por mi aislamiento. El 11 de noviembre, en los

Champs Elysées, los estudiantes desafiaron tan osadamente a los alemanes que éstos como represalia cerraron la Universidad. Sólo se reabrió el 20 de diciembre. Era una feliz respuesta a la payasada destinada a sellar la amistad franco-alemana: la restitución a Francia de las cenizas de l'Aiglon. Pero yo no conocía a ninguno de esos jóvenes que habían dicho abiertamente no al nazismo. Sólo veía gente tan desarmada como yo; nadie entre ellos tenía una radio, ni siquiera podía escuchar la B.B.C. ¿Cómo descifrar los acontecimientos a través de las mentiras de los diarios? Además de *La Victoire* y *Le Matin*, aparecían ahora todos los días *L'Oeuvre* y *Temps Nouveaux*. Todos explicaban con entusiasmo que eran Gide, Cocteau, los profesores, los judíos y *El muelle de las brumas* los que nos habían precipitado al abismo. Periodistas que yo había apreciado mucho en los lindos días del *Canard Enchaîné*, Henri Jeanson, Galtier-Boissière, pretendían en *Aujourd'hui* salvaguardar alguna libertad de espíritu; pero estaban obligados a publicar los comunicados alemanes y un gran número de artículos germanófilos: estos compromisos tenían más peso que sus menudas astucias. Algunos artículos de Jeanson parecieron, sin embargo, exageradamente rebeldes; lo metieron preso durante algunas semanas y eliminaron su equipo. Suárez tomó la dirección del diario, que marcó el paso junto a los otros. La *N.R.F.* de Drieu salió en el mes de diciembre. Alain estaba tan furiosamente empeñado en el pacifismo que su colaboración me sorprendió apenas. Pero ¿por qué Gide publicaba fragmentos de su diario? Encontré en el "Dôme" a Jean Wahl, tan consternado como yo. Me alivió un poco poder compartir mi indignación con alguien que no fuera uno de mis íntimos.

En cambio, a los pocos días, tuve una sorpresa desagradable. Dullin, las últimas veces que yo le había hablado, me había endilgado contra los "Boches" discursos inspirados en su chauvinismo de ex "poilu". Comí en el *foyer* del Théâtre de París con él y Camille. En medio de la comida ella hizo categóricamente una profesión de fe que él escuchó sin

pronunciar palabra: puesto que el nazismo triunfaba, había que plegarse a él; ahora o nunca Camille tenía que conquistar la gloria. ¿Cómo hacerse un pedestal con su época, si ella la condenaba? Ella se adhería a la epoca desde el fondo del corazón, considerando que por fin su hora había llegado. La detuve con un argumento que me parecía irrefutable: las persecuciones antisemitas. "¡Oh! —me dijo—. Ya Bernstein gobernó durante bastante tiempo el teatro; a cada cual su turno." Yo también me puse a hablar con volubilidad; ella tomó su máscara más soberbia, las manos estremecidas, una sonrisa delicada en los labios: "Perseguidas o no, las personas que tienen algo adentro siempre salen del paso." En las circunstancias, la futileza de ese nietzscheísmo de cuatro cuartos me resultó insoportable y estuve a punto de levantarme de la mesa: la incomodidad, la gentileza de Dullin me retuvieron; pero me fui con el último bocado. Estaba furiosa y desolada; no volví a verlos durante mucho tiempo.

El 28 de diciembre, yo iba por el bulevar Saint-Germain cuando vi gente agrupada ante una empalizada donde había un cartel rojo:

AVISO

"El ingeniero Jacques Bonsergent, de París, fue condenado a muerte por el tribunal militar alemán por acto de violencia contra un miembro del ejército alemán.

"Fue fusilado esta mañana."

¿Quién era? No lo supe.[1] Pero, por primera vez, los correctos ocupantes nos anunciaban oficialmente que habían ejecutado a un francés culpable de no haber bajado la cabeza.

Entre los que doblaban el lomo, no reinaba la concordia. La prensa parisiense apoyaba la política de Laval, cuya renuncia exigía Pétain; lo reemplazó por Flandin, luego por Darlan. El R.N.P., que creó Déat en 1941, se oponía en ciertos puntos al P.P.F. de Doriot, al "francismo" de Bucard;

[1] Después supe que Bonsergent había pagado por uno de sus amigos, culpable de haber empujado accidentalmente a un oficial alemán en la calle de Havre.

pero todos reprochaban a Vichy que sirviera demasiado blandamente a Alemania. En la zona libre, sin embargo, la Legión sostenía a la "Revolución nacional", impidiendo a André Gide que diera una conferencia en Niza sobre Michaux. Esas disensiones, esa confusión, esos matices, no tenían la menor importancia ante los ojos de los que reprochaban en bloque la colaboración. Confundían con un mismo desagrado a los que la predicaban. Sin embargo, me sentí asqueada cuando en febrero reapareció *Je suis partout;* el equipo parecía enfermo de paranoia colectiva. No solamente querían el pellejo de todos los hombres de la tercera República, de todos los comunistas, de todos los judíos, sino que se desataban contra los escritores de la otra zona que trataban en los muy estrechos límites de lo posible de expresarse sin abdicar. Multiplicaban frenéticamente las denuncias: "Hay otro derecho que reivindicamos —escribía Brasillach—: es indicar a los que traicionan." No se privaban de usarlo.

Ese invierno fue todavía más frío que el anterior; durante días y días, el termómetro marcó bajo cero. Faltaba carbón, mi cuarto no tenía calefacción; me acostaba con pantalones de esquiar y tricota, entre sábanas heladas. Tiritaba mientras me vestía. A causa de la hora alemana, las calles estaban todavía en plena noche cuando salía. Me precipitaba al "Dôme" en busca de un poco de calor. El lugar ya no estaba prohibido a los alemanes y, mientras yo tragaba un ersatz de café, las "ratonas grises" ponían sobre su mesa manteca, dulce, y confiaban al camarero un paquete de té verdadero. Yo escribía como antes en uno de los boxes del fondo, pero ya no había como antes refugiados ocupados en leer los diarios o en jugar al ajedrez; la mayoría de los extranjeros habían desaparecido y casi todas las caras que yo conocía. De tanto en tanto, Adamov surgía ante mi mesa, los ojos cada vez más abiertos, en una interrogación sin fin. "¿Qué tal?", me decía separando sus palabras; la interrogación se reflejaba en mi cara: "¿Reflexionó? ¿Qué es lo que quiere decir qué tal, qué anda, qué no anda?" Para mi gusto reflexionaba

demasiado en esa época en las etimologías y los símbolos. Olga, que lo había conocido, me decía que contaba maravillosamente leyendas irlandesas y un montón de lindas historias; sin duda, era así como conseguía a las mujeres con las que se le veía, que eran todas "enloquecedoras", pero de la mejor calidad; desgraciadamente, conmigo buscaba conversación en profundidad y no engranábamos. Escrutaba mis papeles: "Pero ¿qué está escribiendo?", me preguntó una vez. Confesé valientemente: "Una novela." "¿Una novela? —repitió—. ¿Una verdadera novela? ¿Con un principio, un medio, un fin?" Parecía tan azorado como los amigos de mi padre antaño ante los poemas de Max Jacob. Me hizo leer en borrador, escrito sobre cuadernos de colegial, *La confesión*, que me consternó, como más adelante iba a consternarlo a él mismo.

La mayor parte de mis veladas las pasaba en el "Flore": nunca un ocupante ponía allí los pies. Ya no iba a ninguna *boîte*, pues los alemanes las invadían todas. El Baile Negro estaba cerrado. Privada de cine, me consolaba con el teatro. Me pregunto por qué azar todavía no había visto a Dullin en *El avaro*: estaba mucho más extraordinario que en cualquiera de sus otros papeles; sus mechones grises en desorden, su rostro desencajado, su voz quebrada, llamaba a su cofre perdido con gritos de viejo enamorado enloquecido: parecía un hechicero hechizado. En los Mathurins, *La mano pasa* de Feydau, representada demasiado fríamente, no me hizo reír. Se discutió mucho el *Británico* que Cocteau puso en escena en "Bouffes Parisiens". Es verdad que como Agripina, Dorziat tenía una distinción de modista; pero gracias a la juventud y al fervor de Jean Marais, Nerón se volvía un héroe moderno, Racine recobraba su frescura. El papel de Británico lo hacía un debutante del que, según parecía, había mucho que esperar: Reggiani. Volví a verlo en el curso de los ensayos de la pieza de Andreieff, *Los días de nuestra vida*, montada por Rouleau, donde Olga aparecía; brillaba allí otro joven actor al que se le predecía un gran porvenir cómico,

Paredés. En conjunto, yo salía muy poco. Mi principal distracción era oír música, leer, conversar con Olga, Bost, Bianca, Lise.

A pesar de la actitud infantil que adoptaba para conmigo, Lise había salido de la edad ingrata; caminaba y se movía con una pesadez de mujik pero su cara se había vuelto muy linda bajo su pelo rubio y lacio. Hacía sensación cuando entraba al "Flore" En todas partes por donde pasaba llamaba la atención a causa de su brillo y de sus modales insólitos. No estaba acostumbrada a los cafés; los primeros tiempos, daba la mano a los camareros y los llamaba "Señor". Yo empezaba a comprenderla bien. Apátrida, educada sin ternura por padres que no se entendían, sufría de frustración generalizada; por reacción se creía con derechos absolutos sobre todas las cosas y contra todo el mundo. Su relación con los demás era, a priori, un antagonismo reivindicativo. Podía ser generosa con su amiga Tania, también apátrida y pobre. Pero a todos los franceses los miraba como a unos cochinos privilegiados a los que había que explotar lo más posible: nunca le daban bastante. Se había inscripto en la Sorbona y, mientras preparaba certificados de filosofía, trataba de relacionarse; se acercaba bruscamente a los muchachos y a las chicas que le gustaban y, por lo general, los espantaba: no acudían a la cita que ella les daba o si no, después de una primera entrevista, se hacían humo. Por fin consiguió apoderarse de un estudiante de unos veinte años de buen físico, muy bien vestido, que pertenecía a una rica familia de propietarios; vivía en un departamentito confortable y le propuso que fuera a vivir con él: ella deseaba ardientemente dejar el hogar paterno y se lanzó sobre la oportunidad. Una mañana en que yo iba al "Dôme" la vi correr hacia mí: "¿Sabes que me acosté con André Moreau? ¡Fue muy divertido!" Pero empezó a odiar a André: cuidaba su dinero, su salud, se inclinaba ante todas las costumbres y todas las convenciones, era francés hasta la punta de las uñas; quería entregarse al amor todo el tiempo y al final a ella eso la postraba;

Lise hablaba de sus relaciones sexuales con una brutalidad de granadero veterano. Su madre la exhortaba a permanecer junto a André: era un buen partido, tal vez terminara por casarse con ella. Esta complicidad la ponía fuera de sí; si yo le diera un poco de dinero por mes, me decía, los mandaría a los dos a paseo; pero yo no podía dárselo y casi me acusaba de obligarla a prostituirse. También seguía reprochándome que le midiera avaramente mi tiempo: "¡Eres un reloj en una heladera!" gemía. No se entendía nada con Olga, pero con Wanda tenía afinidades y algunas veces salieron juntas; la noche de un estreno fueron al teatro y, en el entreacto, Lise desenvolvió un gran pedazo de salchichón con ajo que devoró sin abandonar su asiento; Wanda se sintió un poco incómoda. Lise sentía simpatía por Bost, pero todos la exasperábamos cuando hablábamos de Sartre: "¡Tu Sartre, que se cree un falso genio!", me decía. Se alegraba de que estuviera prisionero: "Si no ¡estoy segura de que me habrías abandonado del todo!" También decía sonriendo: "No me disgusta que tengas pequeñas molestias." Esa hostilidad por las personas integradas a la sociedad explicaba su gusto por el escándalo y también el escepticismo de que hablé: no se fiaba de nadie sino solamente de la lógica y la experiencia. No era valiente; si se creía en peligro, huía. Pero no llegué a convencerla de que, a pesar de su vigor, un hombre tenía más fuerza que ella. Una noche, tres muchachos se cruzaron con ella en una calle desierta del Quartier Latin y uno de ellos la pellizcó; ella le lanzó un puñetazo: se quedó azorada de encontrarse en el suelo, con la nariz que le sangraba y un diente roto. En adelante evitó medirse con adversarios varones; pero, pese a mis reprimendas, recurría a menudo a la violencia cuando estaba segura de salir ganando. Una de sus ex compañeras de clase, Geneviève Noullet, casi sorda y tan atrasada que me pregunto cómo llegó a aprobar su primer bachillerato, solía venir a esperarme a la puerta del liceo Camille Sée. Yo me negaba a hablarle, pero ella trotaba detrás de mí por las calles y por

los corredores del subte; me agarraba de la manga: "¡Señorita, quiero ser amiga suya!" Yo la echaba. Me mandaba cartitas ceremoniosas: "¿No podríamos ir juntas mañana al museo del Louvre? Estaré a las tres en el subte Sèvres-Croix Rouge." Yo no contestaba. Y de nuevo, cuando salía del liceo, estaba allí, esperándome. Ocurría que Lise tenía una cita conmigo y se precipitaba sobre Noullet: "¡Largo de aquí!" "¡Tengo derecho a estar aquí!", decía la sorda; en general, se asustaba y se iba. Una vez, sin embargo, empleando los mismos métodos de Lise, empezó a seguirnos; Lise se echó sobre ella y la maltrató a golpes antes de que yo hubiera tenido tiempo de intervenir. Noullet huyó sollozando. Por la noche golpeó a la puerta de mis padres y le tendió a mi madre un gran ramo de rosas; había puesto una tarjeta con sus excusas. Poco después recibí una carta de ella: "Señorita, es demasiado duro, en mi familia y en todos lados, ser un general. Estoy harta, renuncio. En adelante me consagro a usted. Mis encantos le pertenecen y adoraré los suyos. Despartame la noticia a su alrededor." No supe más nada de ella. Pero Lise sentía demasiado placer en odiarla para reconocer que estaba trastornada; era radicalmente ciega para todas las cosas que le parecía ventajoso o agradable ignorar. En cambio, lo que quería comprender lo comprendía; tenía notables capacidades intelectuales; en la Sorbona sus profesores se interesaron en ella; una exposición que hizo en la clase de Gilson le valió grandes felicitaciones. Le fastidiaba verme escribir, pero tuvo ganas de imitarme; comenzó con su infancia, su familia, sus amores con el coronel scout, un relato vivo, brusco, muy divertido. También se divertía haciendo extraños dibujos encantadores. A mis ojos, su vitalidad, sus dones, eran más importantes que sus defectos.

Una noche a fines de marzo, al volver a mi hotel después de comer, encontré en mi casillero una línea de Sartre: "Estoy en el café los 'Trois Mousquetaires'." Me puse a correr por la calle Delambre y la calle de la Gaiété, entré sin aliento en el café, de tonos rojizos detrás de sus gruesas cortinas

azules: nadie. Me dejé caer sobre un butacón; uno de los camareros, que me conocía, se acercó y me tendió un papel. Sartre había esperado dos horas, hasta que había ido a dar una vuelta para engañar su nerviosidad: iba a volver.

Nunca nos había costado encontrarnos; aquella noche, sin embargo, al día siguiente y durante algunos días, Sartre me desorientó: llegaba de un mundo que yo imaginaba tan mal como él imaginaba mal el que yo habitaba desde hacía meses y teníamos la impresión de no hablar el mismo idioma. Primero, me contó su evasión. La frontera luxemburguesa estaba cercana, un número bastante grande de prisioneros lograba pasarla: se había constituido en el campo una organización que les procuraba papeles, ropa, y que había elaborado diversas combinaciones para hacerlos salir del recinto; los miembros de esa organización se jugaban el pellejo; en cambio los que tentaban su suerte no corrían ningún peligro; si los capturaban, apenas los castigaban. Sartre pensó primero en unirse a un grupito de camaradas que se disponían a llegar al Luxemburgo a pie. Desde hacía tiempo, sin embargo, encaraba otra solución y de pronto se le presentó la oportunidad de recurrir a ella. Había en el Stalag una cantidad bastante grande de civiles recogidos por los caminos, por los pueblos; los alemanes habían prometido repatriarlos y un buen día se decidieron. Uno probaba su calidad de civil mostrando su libreta de enrolamiento: si uno era demasiado joven o demasiado viejo para ser un soldado o si había sido eximido, los alemanes lo soltaban. Era cuestión de disfrazar la libreta; un equipo de especialistas conseguía hacer admirables sellos falsos. Lo malo era que los alemanes lo sospechaban y sometían a un interrogatorio a los pretendidos eximidos; pero no hacían una cuestión de Estado; estaba convenido que devolvían, como civiles, a un cierto número de hombres: si la selección no era rigurosamente justa, poco les importaba. Por lo tanto, el examen era rápido y la decisión del médico caprichosa. El prisionero que precedió a Sartre careció de malicia. A la pregunta: "¿De qué enfermedad su-

fre?" respondió: "Palpitaciones cardíacas." El pretexto no valía nada, esas perturbaciones eran fáciles de simular y en el momento inverificables: de un puntapié, el torpe fue devuelto al interior del campo. Cuando le llegó el turno a Sartre se estiró el párpado desnudando de manera patética su ojo casi muerto: "Perturbaciones de equilibrio." El médico quedó satisfecho por esa evidencia y Sartre se unió al grupo de civiles. En caso de fracaso, se habría ido ocho días más tarde, a pie, como lo había proyectado. De todos modos nunca había imaginado que su cautiverio pudiera durar años. Su optimismo no había sido abatido por los acontecimientos.

Tampoco me asombró ni la actividad que había desplegado durante esos nueve meses ni la curiosidad con la cual los había vivido. Lo que me desorientó fue la rigidez de su moralismo. ¿Hacía yo mercado negro? Compraba de tanto en tanto un poco de té: era demasiado, me dijo. Había hecho mal en firmar el papel afirmando que no era ni masona ni judía. Sartre había afirmado siempre imperiosamente sus ideas, sus rechazos, sus preferencias, a la vez en sus palabras y en sus conductas; pero nunca las expresaba bajo forma de máximas universales; la abstracta noción de deber lo repelía. Yo había esperado encontrarlo presa de convicciones, de iras, de proyectos, pero no encorsetado en principios. Poco a poco comprendí las razones. Frente a los alemanes, frente a los colaboradores y a los indiferentes, a los que afrontaban cotidianamente, los antifascistas del Stalag formaban una especie de fraternidad, por otra parte muy reducida, cuyos miembros estaban ligados por un juramento implícito: no plegarse, rechazar toda concesión. Separado de los demás, cada cual se había jurado mantener en su rigidez esa consigna. Pero la situación era más sencilla en el Stalag que en París, donde el solo hecho de respirar implicaba un compromiso. A Sartre le costó renunciar a la tensión y a la rigidez de su existencia de cautivo; pero, en la vida civil, su intransigencia se hubiera vuelto formalismo y se adaptó poco a poco a su nueva condición. Aquella primera noche, me sor-

prendió también de otra manera: si había vuelto a París no era para gozar de las dulzuras de la libertad, sino para obrar. ¿Cómo?, le pregunté absorta: ¡estábamos tan aislados, éramos tan impotentes! Justamente, me dijo, había que quebrar ese aislamiento, unirse, organizar la resistencia. Seguí escéptica. Ya había visto a Sartre crear con algunas palabras posibilidades inesperadas, pero temía que esta vez se alimentara de ilusiones.

Antes de emprender nada, se concedió una tregua; paseó por París, volvió a ver a sus amigos. Conoció a Lise en circunstancias que le divirtieron. Ella había recibido malhumorada la noticia del regreso. El día en que él fue a almorzar por primera vez a casa de sus padres, me dio cita en su barrio, en Passy. El tiempo estaba divino; nos fuimos a pie hacia Montparnasse; en el vano de una puerta, vi a Lise que se echó rápidamente hacia atrás. Nos siguió durante todo el trayecto, disimulándose con torpeza detrás de los pilares del elevado. Nos sentamos en la terraza de un café Biard y ella se plantó en la acera de enfrente; nos miraba con malos ojos. Le hice una señal y se acercó contoneándose torpemente; Sartre le sonrió y la invitó a sentarse; ella terminó también por sonreír y aceptó irse por su lado. Pero le dijo a Sartre que si se hubiera mostrado menos amable o si le hubiera disgustado, lo habría pinchado hasta el tuétano con un gran alfiler de gancho que había llevado con esa intención. Se sintió muy ofendida al comprobar que esa amenaza no parecía aterrorizarlo.

Pero no era tan fácil dominarla. Pocos días después, yo esperaba a Sartre en el "Dôme" y empecé a inquietarme: por lo general, era tan puntual como yo. Pasó una hora y más. ¿Habría tenido algún disgusto? Su situación no era regular y empecé a sentirme muy ansiosa. Apareció seguido de Lise, que bajaba la cabeza tratando de cobijar su rostro bajo su pelo: "¡No te enojes con ella!" dijo Sartre. Lo había interceptado en la puerta del "Dôme": había contado que Marco estaba allí e iba a tratar de importunarnos durante horas;

yo rogaba a Sartre, siguió diciendo Lise, que fuera a los "Trois Mousquetaires", donde me juntaría con él después de haberme librado de Marco. Lise lo había acompañado, habían conversado. Y como Sartre había empezado a asombrarse por mi demora, ella había dicho tranquilamente: "No vendrá. La cita era en otra parte." "Pero ¿por qué esa mentira?", había preguntado Sartre con estupor. "Quería hablarle, quería saber quién era usted", dijo ella. Sartre necesitó mucho trabajo para arrancarle la verdad. En adelante, Lise aceptó su existencia y hasta sintió una gran amistad por él.

Si hubiera querido ponerse en regla, Sartre hubiera tenido que hacerse desmovilizar en la zona libre, en Bourg. Pero la Universidad no puso tantas trabas; le devolvieron su cargo en el liceo Pasteur. Un poco más tarde, el inspector general Davy tuvo con él sobre los alemanes, Vichy, la colaboración, una conversación en la que se comprendieron a medias palabras y Davy prometió a Sartre confiarle el año próximo la *khâgne* del liceo Condorcet.

Sartre, por lo tanto, reanudó sus cursos después de las vacaciones de Pascuas y se preocupó entonces en buscar contactos políticos. Volvió a ver a sus ex alumnos; encontró a Merleau-Ponty, que había hecho la guerra como teniente de infantería. Preparaba una tesis sobre la percepción; conocía en la Normal agregados de filosofía muy antialemanes, entre otros a Cuzin y Desanti, que se interesaban a la vez en la fenomenología y en el marxismo. Una tarde, en mi cuarto del hotel Mistral, donde vivíamos de nuevo, tuvo lugar nuestra primera reunión. Estaban Cuzin, Desanti, tres o cuatro de sus amigos, Bost, Jean Pouillon, Merleau-Ponty, Sartre, yo. Desanti propuso, con alegre ferocidad, organizar atentados individuales: contra Déat, por ejemplo. Pero ninguno de nosotros se sentía calificado para fabricar bombas o lanzar granadas. Nuestra principal actividad, además del reclutamiento, consistiría por el momento en recoger informes y en difundirlos en boletines o en volantes. Nos enteramos bastante pronto de que existían muchas formaciones análogas

a la nuestra. Aunque los dirigentes del "Pentágono" fueran hombres de derecha, Sartre se puso en comunicación con ellos, se vio con uno de sus compañeros de juventud, Alfred Peron, un profesor de inglés que hacía trabajo de información para Inglaterra. Encontró varias veces a Cavaillés, que había fundado en Clermont el movimiento "Segunda columna" y que iba y venía de Auvergne a París. Yo acompañé a Sartre a una de sus entrevistas en "La Closerie des Lilas": era siempre allí o en el jardín del Petit Luxembourg donde Cavaillés daba sus citas. Todos esos grupos tenían rasgos comunes; para empezar, el número restringido de sus efectivos; luego su imprudencia. Nuestras reuniones tenían lugar en cuartos de hotel, en salas de la Escuela, donde las paredes podían tener oídos. Bost paseó un mimeógrafo por las calles; Pouillon transportaba un portafolios lleno de volantes.

Además de tomar contacto y de nuestro trabajo de información, teníamos otro objetivo lejano: pensábamos que había que preparar el porvenir. Si las democracias ganaban, la izquierda necesitaría una doctrina nueva: debíamos, mediante un conjunto concertado de reflexiones, de discusiones, de estudios, dedicarnos a edificarla. Lo esencial de nuestro programa cabía en dos palabras —cuya conciliación plantea vastos problemas— que sirvieron para bautizar nuestro movimiento: "Socialismo y Libertad." Sin embargo, encarando la eventualidad de una derrota, Sartre expuso en su primer boletín que, si Alemania ganaba la guerra, nuestra tarea sería hacerle perder la paz. No teníamos, en efecto, casi ninguna razón objetiva de creer en la victoria. La "guerra del desierto" había tomado un giro ventajoso para el Eje; las tropas alemanas, mandadas por Rommel, y las italianas habían llegado a Marsah-Matrouk, en Egipto. Los italianos tenían a toda Grecia; echados de los Balcanes, los ingleses ya no poseían la menor base en Europa. Los colaboradores triunfaban. Las persecuciones antisemitas se ampliaban. A los judíos, les estaba prohibido dirigir o administrar ninguna empresa; Vichy les ordenó que se hicieran recensar e instauró



Escaneado con CamScanner

para los estudiantes un *numerus clausus*. Millares de judíos extranjeros fueron internados en un campamento de Pithiviers, de donde empezaron a deportarlos a Alemania. La propaganda del Reich, para justificar esas medidas, hizo proyectar en los cines de París *El judío Suss*. Me dijeron que las salas donde pasaron la película quedaron vacías: como muchas parisienses, no fui a ver ningún film alemán. Queríamos conservar la esperanza, pero el horizonte estaba sombrío.

Sin embargo, nos reímos de buena gana al enterarnos de que Rudolph Hess había caído en paracaídas en Inglaterra; los esfuerzos de los alemanes para disfrazar esa aventura, el papelón que sufrieron cuando estalló la verdad, nos divirtieron durante dos o tres días. Y luego comenzaron a correr rumores: el Reichswehr habría intentado un desembarco en las costas inglesas, lo habrían rechazado; habían visto en los hospitales, se contaba, a heridos alemanes atrozmente quemados. En todo caso Hitler se había jactado, cuando la había anunciado un año antes, de la inminente ocupación de Inglaterra. En el mes de junio atacó a la U.R.S.S. Se pudo temer que lograra una nueva "guerra relámpago"; el ejército rojo fue hundido, la línea Stalin quebrada, Kiev tomado, Leningrado sitiado. Sin embargo, dada la extensión del país, la U.R.S.S. sería sin duda menos fácil de reducir que Polonia o Francia; si resistía durante algunos meses, el famoso invierno ruso vencería a los alemanes como había vencido a Napoleón.

En Francia, la entrada en la guerra de la U.R.S.S. provocó la creación de la LVF., dirigida por Déat, Deloncle y otros ex Cagoulards; aclaró de manera trágica la situación de los comunistas. Desde tiempo atrás, la prensa los acusaba de anglofilia y hasta de gaullismo; no se ignoraba que organizaban clandestinamente la resistencia; ahora, desaparecidos los equívocos, se volvían enemigos públicos; en la región parisiense detuvieron inmediatamente a mil doscientos.

En esa época, empezaron a florecer sobre las paredes de



Escaneado con CamScanner

París, sobre las mayólicas de los subtes, las V, símbolo de la victoria inglesa; incapaces de frenar su multiplicación, los alemanes replicaron adoptando la divisa *Victoria* y plantando V a través de toda la ciudad, en particular sobre el frontón de la Cámara de Diputados y sobre la torre Eiffel. El emblema gaullista, la cruz de Lorena, empezó a proliferar en seguida.

Sartre había vuelto a entregarse al trabajo; a la espera de escribir la obra filosófica que había elaborado en Alsace, luego en el Stalag, terminaba *La edad de razón*. Un viejo periodista que le inspiraba simpatía, Delange, le propuso la crítica literaria del semanario *Comoedia*, que iba a renacer bajo su dirección; esa publicación exclusivamente consagrada a las letras y a las artes escapaba a todo control alemán, afirmó. Sartre aceptó. La traducción de *Moby Dick* acababa de aparecer y tuvo ganas de hablar de ese libro extraordinario; le dedicó su primera crítica. Fue también la última, pues una vez aparecido el número, Sartre advirtió que *Comoedia* era menos independiente de lo que había dicho y sin duda esperado Delange. Por otra parte, éste logró darle a su semanario un tono muy diferente del resto de la prensa; protestó contra las delaciones a las que se entregaba *Je suis partout*; defendió las obras que se oponían a los valores fascistas y al moralismo de Vichy. No obstante, la primera regla sobre la que se pusieron de acuerdo los intelectuales resistentes es que no debían escribir en la prensa de la zona ocupada.

Desde la vuelta de Sartre yo tenía el corazón en paz; pero de una manera totalmente distinta de antes. Los acontecimientos me habían cambiado; lo que Sartre llamaba antaño mi "esquizofrenia" había terminado por ceder ante los desmentidos que le había infligido la realidad. Yo admitía por fin que mi vida no era una historia que me contaba a mí misma, sino un compromiso entre el mundo y yo; al mismo tiempo, las contrariedades, las adversidades, habían dejado de parecerme una injusticia; ya no había motivo para sublevarse contra ellas; había que encontrar la manera de apar-



Escaneado con CamScanner

tarlas o de soportarlas; yo sabía que tal vez tuviera que atravesar horas muy negras, que quizá hasta me hundiera en ellas para siempre: esa idea no me escandalizaba. Ganaba con esa especie de renunciamiento una despreocupación que nunca había conocido. Aproveché la primavera, el verano; terminé mi novela; tomaba notas para otro libro.

Fuimos un poco al teatro, sin mucha suerte; en "fierecilla domada", Marguerite Jamois no era convincente y *La máquina de escribir* de Cocteau valía menos que sus otras piezas. Laubreaux había insultado groseramente a Cocteau en *Je suis partout* y Marais le rompió la cara, lo que nos llenó de placer. Los Margaritis —dos ex miembros del grupo Octubre— montaron *Los Chester-follies,* cuya inspiración y algunos números resucitaban melancólicamente los últimos tiempos de la preguerra: volvíamos a encontrar al Deniaud barbudo y vendedor ambulante. Barrault puso en escena *Las suplicantes* en el estadio Roland Garros, con música de Honnegger y decorados de Labisse. Los actores llevaban trajes dibujados por M. H. Dasté, máscaras, coturnos; había un montón de extras. El drama estaba precedido por una pieza corta de Obey, *Ochocientos metros,* un cántico al deporte, insípido, pero que permitía apreciar el academicismo de Barrault, Cuny, Dufilho, Legentil, y la belleza de Jean Marais. Fue después de *Las suplicantes* cuando Sartre concibió la idea de escribir una pieza. Las dos Olgas figuraban en ella. Barrault las quería mucho y en el curso de los ensayos le preguntaron cómo había que arreglárselas para llegar a representar por fin un papel verdadero: "El mejor sistema sería que alguien escribiera una pieza para ustedes", contestó. Y Sartre pensó: "¿Por qué no yo?" En el Stalag había escrito y puesto en escena una pieza, *Bariona;* el argumento aparente de ese "misterio" era el nacimiento de Cristo; en realidad, el drama trataba de la ocupación de la Palestina por los romanos y los prisioneros no se habían equivocado: habían aplaudido en Nochebuena una invitación a la resistencia. He aquí el verdadero teatro, había pensado Sartre: un llamado a un

público al que uno está ligado por una comunidad de situación. Esa comunidad también existía entre todos los franceses que los alemanes y Vichy exhortaban cotidianamente a los remordimientos y la sumisión: se podía encontrar un medio de hablarles de rebeldía, de libertad. Empezó a buscar una intriga a la vez prudente y transparente.

En el curso de esa primavera, nos hicimos un nuevo amigo; gracias a Lise conocimos a Giacometti; hacía tiempo que habíamos notado, ya lo he dicho, su hermoso rostro mineral, el matorral de su pelo, su andar felino. Me había enterado de que era escultor y suizo; también sabía que lo había atropellado un auto: por eso se apoyaba en un bastón y cojeaba. Se le veía a menudo con lindas mujeres. Había advertido a Lise en el "Dôme", le había hablado, lo había divertido y le había tomado simpatía. Ella decía que él no era inteligente: le había preguntado si le gustaba Descartes y él le había contestado de mal modo; por lo tanto había decidido que la aburría; pero la invitaba en el "Dôme" con comidas que a ella le parecían fabulosas: joven, robusta, voraz, no lograba aplacar su hambre en los restaurantes de estudiantes donde se alimentaba; aceptaba con entusiasmo sus invitaciones; sin embargo, con el último bocado, se limpiaba la boca y se levantaba. Para retenerla, a él se le había ocurrido pedir una segunda comida que ella devoraba tan alegremente como la primera; cuando había terminado se iba inexorablemente. "¡Qué bestia!", decía él con una especie de admiración y, para vengarse, le daba golpecitos con su bastón en las pantorrillas. Una vez Lise se quejó de que él la hubiera invitado a "La Palette" con personas abrumadoras; bostezó durante toda la conversación; más adelante supimos los nombres de esos importunos: eran Dora Marr y Picasso. El taller del escultor daba a un patio en donde a Lise le parecía cómodo instalarse para disfrazar las bicicletas que robaba en los cuatro puntos de París. Le pregunté lo que pensaba de las obras de Giacometti y rió con aire perplejo: "No sé, ¡son tan chiquitas!" Afirmaba que eran esculturas

del tamaño de la cabeza de un alfiler, ¿cómo juzgar? Tenía una manera rara de trabajar, agregaba; todo lo que hacía durante el día lo rompía durante la noche o a la inversa. Un día, había amontonado en una carretilla las esculturas que llenaban su taller y había ido a tirarlas al Sena.

No recuerdo las circunstancias de nuestro primer encuentro; tuvo lugar en "Chez Lipp", creo. comprendimos en seguida que, sobre la inteligencia de Giacometti, Lise se había equivocado; le sobraba y de la mejor calidad: la que se adhiere a la realidad y le arranca su verdadero sentido. Nunca se contentaba con un "se dice" o un "mas o menos"; iba derecho a las cosas y las asediaba con una infinita paciencia, a veces, tenía aciertos felices y los daba vuelta como un guante. Todo le interesaba: la curiosidad era la forma que tomaba su amor apasionado por la vida. Cuando lo atropelló un auto, pensó con una especie de diversión: "¿Es así como uno muere? ¿Qué va a ocurrirme?" Hasta la muerte era a sus ojos una experiencia viva. Durante su permanencia en el hospital cada minuto le había traído una revelación inesperada, casi le dio pena irse. Esa avidez me llegaba al corazón. Giacometti se servía de la palabra con maestría para modelar personajes, decorados, para animarlos; era uno de esos individuos muy raros que al escucharnos nos enriquecen. Había entre Sartre y él una afinidad más profunda: lo habían apostado todo, el uno sobre la literatura, el otro sobre el arte; imposible decidir cuál era el más maniático. El éxito, la gloria, el dinero, le importaban un comino a Giacometti: quería dar en el clavo. ¿Qué buscaba exactamente? A mí también sus esculturas me desconcertaron la primera vez que las vi: era verdad que la más voluminosa tenía apenas el tamaño de una arveja. En el curso de nuestras numerosas conversaciones se explicó. Había estado vinculado antes con los surrealistas; yo recordaba, en efecto, haber leído en *El amor loco* su nombre y la reproducción de una de sus obras; fabricaba entonces "objetos", como gustaban a Breton y a sus amigos, que sólo mantenían con la realidad relaciones

alusivas. Pero desde hacía dos o tres años esa vía le parecía sin salida; quería volver a lo que consideraba hoy el verdadero problema de la escultura: recrear la figura humana. Breton se había escandalizado: "¡Una cabeza, todo el mundo sabe lo que es!" Giacometti a su vez repetía esa frase con escándalo; según él nadie había logrado tallar o modelar una representación valedera del rostro humano; había que empezar en cero. Un rostro, nos decía, es un todo indivisible, un sentido, una expresión; la materia inerte, mármol, bronce o yeso, se divide, al contrario, hasta lo infinito; cada parcela se aísla, contradice el conjunto, lo destruye. Él trataba de reabsorber la materia hasta los límites extremos de lo posible: así había llegado a modelar esas cabezas casi sin volumen, donde se inscribía, pensaba, la unidad de la figura humana tal como se muestra a una mirada viva. Quizá encontrara un día otro medio de arrancarla a la vertiginosa dispersión del espacio: por el momento sólo había sabido inventar este. Sartre, que desde su juventud se esforzaba por comprender lo real en su verdad sintética, se sintió particularmente impresionado por esa búsqueda; el punto de vista de Giacometti guardaba relación con el de la fenomenología, puesto que pretendía esculpir un rostro en situación, en su existencia para otro, a distancia, superando así los errores del idealismo subjetivo y los de la falsa objetividad. Giacometti no había pensado nunca que el arte pudiera limitarse a hacer brillar apariencias; en cambio, la influencia de los cubistas y los surrealistas lo había arrastrado, como a muchos artistas de la época, a confundir lo imaginario y lo real: durante todo un tiempo había trabajado, no en mostrar la realidad a través de un análogo material, sino en fabricar cosas. Ahora criticaba en los demás como en sí mismo esta aberración. Hablaba de Mondrian que, considerando que su tela era chata, se negaba a poner imaginariamente tres dimensiones: "Pero —decía Giacometti con una sonrisa cruel—, cuando dos líneas se cruzan, hay una que pasa por encima de la otra: ¡sus cuadros no son chatos!" Nadie se había hundido tanto en ese ca-

llejón como Marcel Duchamp, a quien Giacometti quería mucho. Para empezar, había pintado cuadros, entre otros la célebre *Casada puesta desnuda por sus mismos solteros*. Pero un cuadro sólo existe por la mirada que lo anima: Duchamp quería que sus creaciones se tuvieran en pie sin ninguna ayuda; se había puesto a copiar con mármol pedazos de azúcar: esos simulacros no lo habían satisfecho; había fabricado objetos usuales, completamente reales, entre otros un tablero de ajedrez; luego, se contentó con comprar platos o vasos y firmarlos. Terminó por cruzarse de brazos.[1] En Giacometti esos falsos problemas no respondían a nada muy profundo: su verdadera preocupación era defenderse contra la infinita y aterradora vacuidad del espacio. Durante toda una época, cuando caminaba por las calles, tenía que tocar con la mano la solidez de una pared para resistirse al abismo que se abría a su lado. En otro momento, le parecía que nada tenía peso: por las avenidas, por las plazas, los transeúntes flotaban. En "Lipp", señalando las paredes cargadas de adornos, decía alegremente: "¡Ni un agujero, ni un vacío! ¡La plenitud absoluta!" Yo no me cansaba nunca de escucharlo. Por una vez, la naturaleza no había hecho trampa; lo que prometía su rostro, Giacometti lo daba; mirándolo de cerca, por otra parte, saltaba a la vista que esos rasgos no eran los de un hombre vulgar. No se podría predecir si "le torcería el pescuezo a la escultura" o si fracasaría en su afán de dominar el espacio; pero su tentativa era ya en sí misma más apasionante que la mayoría de los triunfos.

Mi hermana, en el curso del año, nos había hecho llegar noticias de ella por la Cruz Roja. Vivía dificultosamente en Faro, dando clases de francés; pero pintaba y Lionel andaba cada vez mejor. Habría sido dichosa, si no se hubiera hecho una idea novelesca de los peligros que corríamos. Tratábamos de tranquilizarla en las tarjetas que le mandábamos;

[1] Reproduzco esta historia tal como, según mi memoria, la contaba Giacometti.

pero el alejamiento es propicio a la angustia y visiones terribles la atormentaban.

No volvió a ver a mi padre, que murió en el mes de julio. Había sido operado de la próstata y, al principio, se había podido creer que había reaccionado bien. Pero se había debilitado con meses de desnutrición y, sobre todo, por el choque de la derrota y de la ocupación: la tuberculosis de los viejos lo llevó en pocos días. Aceptó la muerte con una indiferencia que me asombró; a menudo había dicho que le importaba poco que viniera un día en vez de otro, puesto que, de todas maneras, no se escapaba de ella; por otra parte, no le quedaban razones para vivir en este mundo, del que no comprendía nada; ello no impide que yo admirara verlo regresar tan apaciblemente a la nada; no se engañaba, puesto que me preguntó si yo podía evitar, sin apenar a mi madre, que ningún sacerdote viniera hasta él: ella se conformó a ese deseo. Yo asistí a su agonía, a ese duro trabajo viviente por el cual la vida se acaba, tratando vanamente de captar el misterio de esa partida hacia ninguna parte. Me quedé mucho tiempo sola con él después del último estertor; al principio estuvo muerto pero presente: era él. Y luego, lo vi alejarse vertiginosamente de mí: me encontré inclinada sobre un cadáver.

No era muy difícil, si uno llegaba sin equipaje, con las manos en los bolsillos, cruzar la línea de demarcación. Sartre decidió que pasaríamos nuestra vacaciones en la zona libre; así podría hacerse desmovilizar; pero, sobre todo, deseaba establecer vínculos entre "Socialismo y Libertad" y ciertas personas de la otra zona. Lise le regaló una bicicleta mal adquirida que él no tuvo el valor de rechazar, puesto que, de todos modos, declaró ella, no sería restituida a su propietario. Bost nos prestó una carpa y un equipo somero. Había derecho a mandar paquetes de una zona a la otra. Nos quedamos toda la tarde en el café mirando ir y venir a la gente con un agradable sentimiento de aventura en el corazón. Al

anochecer, una mujer de negro, de unos cuarenta años, se sentó a nuestra mesa: por un precio razonable nos conduciría esa noche a campo traviesa. No arriesgábamos gran cosa, pero para ella el asunto era más serio y multiplicó las precauciones. La seguimos en silencio a través de los prados, de los bosques con fresco olor nocturno; se rompió las medias con los alambres de púas y rezongó mucho. De tanto en tanto nos hacía una señal para que nos detuviéramos y no nos moviéramos. De pronto, nos dijo que habíamos cruzado la línea y salimos corriendo hacia una aldea. La posada estaba llena de gente que acababa de "pasar" como nosotros; nos acostamos sobre unos colchones en un cuarto donde ya dormían seis personas; un bebé gritaba. Pero ¡qué alegría a la mañana siguiente, cuando nos paseamos por la ruta esperando la hora del tren para Roanne! Porque había infringido una prohibición me parecía haber reconquistado la libertad.

En Roanne leímos en un café los diarios de la otra zona: no eran mejores que los nuestros. Recuperamos nuestro equipaje en casa del abate P., que estaba ausente. Pasé un largo rato amarrándolo sobre nuestras bicicletas. Éstas me daban grandes inquietudes. Era casi imposible conseguir neumáticos nuevos; los nuestros estaban llenos de parches e hinchados, con extrañas hernias; las cámaras tampoco valían nada. Apenas salimos de la ciudad la rueda de adelante de Sartre se desinfló. No comprendo cómo me había embarcado en esa aventura sin haber aprendido a emparchar, pero el hecho es que no lo sabía. Felizmente había allí un mecánico que me enseñó el arte de desmontar una cubierta y de pegar los parches. Volvimos a partir. Hacía años que Sartre no había hecho un largo trayecto en bicicleta y, al cabo de cuarenta kilómetros, se sentía muy mal; dormimos en un hotel. Pedaleó más gallardamente al día siguiente y por la noche plantamos la carpa en una gran pradera, en las puertas de Mâcon: eso tampoco fue fácil, pues ni el uno ni el otro éramos muy hábiles. No obstante, al cabo de algunos días armábamos y desarmábamos la carpa en un abrir y cerrar de ojos. Acam-

pábamos generalmente cerca de una ciudad o de una aldea, pues, al final de esos días campestres, Sartre estaba ávido de volver a sumergirse en el humo de los cafés. Se hizo desmovilizar en Bourg; al examinar su libreta disfrazada, el oficial se encrespó: "No debió hacer falsificar su libreta." "¿Entonces, tenía que quedarme en Alemania?", preguntó Sartre. "Con una libreta de enrolamiento no se juega", dijo el oficial. "¿Tenía que quedarme prisionero?", repitió Sartre. El oficial se encogió de hombros: no se atrevía a ir hasta el final de su pensamiento, pero su mímica significaba claramente: "¿Por qué no?" Sin embargo, le dio a Sartre su hoja de desmovilización.

Pasamos por las colinas rojizas de Lyon; en los cines daban películas norteamericanas y nos precipitamos. Atravesamos Saint-Étienne, donde me mostró la antigua casa de sus padres, y nos dirigimos a Le Puy. Sartre prefería de lejos la bicicleta a la marcha, cuya monotonía lo aburría: en bicicleta, la intensidad del esfuerzo, el ritmo de la carrera, varían sin cesar. Se divertía apresurándose en las cuestas; yo jadeaba detrás de él; en terreno liso pedaleaba con tanta indolencia que dos o tres veces aterrizó en la zanja. "Estaba pensando en otra cosa", me dijo. Le gustaba como a mí la alegría de las bajadas. Y además, el paisaje se movía más rápido que a pie. Yo también cambiaba con gusto mi antigua pasión por estos nuevos placeres.

Pero la gran diferencia entre este viaje y los precedentes estaba sobre todo para mí en mis disposiciones interiores: yo ya no perseguía maniáticamente un sueño de esquizofrénica, me sentía deliciosamente libre; ya era bastante extraordinario andar al lado de Sartre, en paz, por aquellos caminos de Cevennes. ¡Había tenido tanto miedo de perderlo todo: su presencia y todas las felicidades! En un sentido, lo había perdido todo; y luego todo me había sido devuelto; ahora, cada una de mis alegrías me parecía no algo que me era debido, sino un regalo. Más vivamente que en París, sentía el desapego despreocupado de que he hablado; un pequeño

hecho preciso me dio una prueba. Al llegar a Le Puy, el neumático delantero de Sartre falló definitivamente; si no encontrábamos la manera de reemplazarlo, había que renunciar a nuestra excursión, que empezaba apenas. Sartre partió a recorrer la ciudad y yo guardé nuestro equipaje en la terraza de un café. Antaño, la idea de que ese viaje pudiera terminarse brutalmente sin mi consentimiento me habría llenado de rabia: esperé con la sonrisa en los labios. Eso no impidió que mi corazón saltara de alegría cuando vi reaparecer a Sartre sobre una bicicleta cuya cubierta delantera, de un deslumbrante color anaranjado, parecía casi nueva. Él no sabía por qué golpe de suerte un mecánico había aceptado cedérsela; estábamos al amparo para algunos centenares de kilómetros.

Sartre había obtenido por Cavaillès la dirección de uno de sus ex camaradas de Normal, Kahn, que participaba en la Resistencia. Por unos senderos tortuosos llegamos a una aldea perdida entre los bosques de castañas; Kahn pasaba allí sus vacaciones con una mujer agradable y tranquila, chicos alegres; albergaban a una chiquilla de trenzas oscuras, ojos azules, que era la hija de Cavaillès. En una gran cocina de piso de baldosas rojas comimos una comida sabrosa y, como postre, grandes platos de moras. En el bosque, sentados sobre el musgo, Sartre y Kahn conversaron largamente. Yo los escuchaba, pero era difícil creer, en esa luz de verano, cerca de esa casa dichosa, que la acción y sus peligros tuvieran una realidad. Las risas de los chicos, la frescura de las bayas salvajes, la amistad de ese día, desafiaban todas las amenazas. No, a pesar de lo que me habían enseñado esos dos últimos años, yo era incapaz de sospechar que pronto y para siempre Kahn sería arrancado de los suyos, que una mañana el padre de la chiquilla morena sería puesto contra un paredón y fusilado.

Desde la alta Ardèche al valle del Ródano, durante todo un día, la metamorfosis del paisaje me embriagó: el azul del cielo se aliviaba, el suelo se secaba, el olor de los helechos

moría en el aroma del espliego, la tierra cobraba colores ardientes: ocre, rojo, violeta. Los primeros cipreses aparecieron, los primeros olivos: toda mi vida sentí la misma intensa emoción cuando, al llegar del corazón montañoso de un país, abordé la cuenca del Mediterráneo. Sartre también fue sensible a las bellezas de esa bajada. Sólo nuestro alto en Largentière echó una sombra en nuestro día. Yo conocía, y me gustaba mucho, esa pequeña ciudad en el límite del Centro y del Mediodía. Pero era la fiesta de la Legión; una muchedumbre de hombres, jóvenes y viejos, con boinas vascas, sobre las cuales lucían escarapelas y cintas tricolores, bebían y berreaban en las calles de azul, blanco y rojo. La sed, el cansancio, nos indujeron a detenernos; una curiosidad malsana nos retuvo un momento.

Acampamos en lo alto de Montelimar; por la mañana cuando subió en su bicicleta, Sartre dormía todavía con los ojos abiertos, tan profundamente que pasó por encima del manubrio. Sobre las rutas de Tricastin el viento nos daba alas; subíamos las cuestas casi sin pedalear. Bajamos por el camino más largo hasta Arles y luego hasta Marsella.

En Marsella, encontramos habitaciones modestas pero muy bonitas que daban al Viejo Puerto. Rehicimos con emoción los paseos de antaño, del tiempo en que el mundo estaba en paz, del tiempo en que la guerra amenazaba. Los cines de la Canebière proyectaban películas norteamericanas y algunos abrían a las diez de la mañana. Llegamos a ver tres sesiones por día. Volvimos a ver como a viejos amigos muy queridos a Edward Robinson, James Cagney, Bette Davis en *Victoria sobre la muerte*; veíamos cualquier cosa, entregados a la alegría de contemplar las imágenes de Norteamérica. El pasado nos subía al corazón.

Sartre encontró en Marsella a Daniel Mayer y le habló de "Socialismo y Libertad": ¿tenía algunas directivas que sugerir a nuestro grupo, algunas tareas que proponerle? Daniel Mayer pidió que le mandáramos una carta a Léon Blum para su cumpleaños. Sartre se fue decepcionado.

Se comía mucho peor en el Mediodía que en París o en el Centro: la base de la alimentación eran los tomates y Sartre, que los detestaba, se alimentaba con trabajo. Cuando desembarcamos en Porquerolles, no encontramos ningún restaurante abierto; almorzamos uvas, pan y vino. Fui a pasear por la ruta del Grand Langoustier y Sartre se quedó a escribir en el café. Escribió las primeras réplicas de un drama sobre los Atridas. Toda nueva invención o poco menos empezaba por cobrar en él una forma mítica y yo suponía que no tardaría en expulsar de su pieza a Electra, Orestes y su familia.

Sartre había inscrito en la lista a André Gide y borroneado al lado de su nombre una dirección indescifrable: ¿Caloris? ¿Valoris? Debía de ser Vallauris. Allí fuimos, recorriendo con delicia el Mediterráneo. Fuimos a la Municipalidad a preguntar donde vivía André Gide. "¿M. Gide, el fotógrafo?", inquirió el empleado. No conocía a ningún otro. Yo interrogué de nuevo la ilegible dirección, busqué sobre el mapa Michelín algo que se pareciera y la luz surgió: Cabris. Penamos bajo el fuerte sol por el sendero escarpado, pero de allí se veían los olivos que se escalonaban de bancal en bancal hasta el azul del mar, con la misma gracia un poco solemne que tenía entre Delfos e Itea; almorzamos bajo los pámpanos de una hostería; luego Sartre fue a llamar a casa de Gide: la puerta se abrió y, con un choque de sorpresa, vio la cara de Gide pero plantada sobre el cuerpo de una joven; era Catherine Gide y dijo a Sartre que su padre había dejado Cabris por Grasse; volvimos a bajar y a la llegada, una de mis ruedas estaba en llanta. Me instalé junto a una fuente para repararla. Cuando Sartre iba a buscar a Gide a su hotel, vio su silueta y, al llegar a su lado, frenó bruscamente con un pie sobre la acera, haciendo un gran ruido de tela desgarrada: *"Hé là! Hé là!"*, exclamó Gide con ademán apaciguador. Entraron en un café. Gide, me contó Sartre, observaba con desconfianza a los otros parroquianos y cambió tres veces de lugar. Personalmente, no veía muy bien qué se podía hacer. "Hablaré con Herbard", dijo con un ademán vago. "Herbard

quizá..." Sartre le dijo que estaba citado con Malraux al día siguiente. "¡Bien! –dijo Gide al separarse–. Le deseo un buen Malraux."

Malraux recibió a Sartre en una hermosa casa de Saint-Jean-Cap-Ferrat, donde vivía con Josette Clotis. Almorzaron un pollo asado a la americana, fastuosamente servido. Malraux escuchó a Sartre con cortesía, pero por el momento ninguna acción le parecía eficaz: contaba con los tanques rusos y los aviones norteamericanos para ganar la guerra.

Desde Niza, subimos por la ruta de los Alpes y pasamos por el puerto de Allos. Una hermosa mañana asoleada emprendimos la etapa que debía conducirnos a Grenoble, a casa de Colette Audry. Almorzamos en lo alto de una garganta y tomé vino blanco: no mucho, pero aquel sol a plomo era suficiente para que el alcohol se me subiera levemente a la cabeza. Empezamos a bajar la pendiente; Sartre iba a unos veinte metros delante de mí, de pronto, encontré a dos ciclistas que ocupaban como yo el centro del camino más bien tirando hacia su izquierda; para cruzarlos me corrí hacia el lado donde el terreno estaba libre, mientras ellos se apresuraban a tomar su derecha: me encontré de narices con ellos; mis frenos respondían apenas, imposible detenerme; pasé aun más a la izquierda y patiné sobre el pedregullo del costado a pocos centímetros del precipicio. Pensé en un relámpago: "¡Y sí! ¡hay que cruzar a la derecha!" Y luego: "¿Es esto la muerte?" Y morí. Cuando abrí los ojos, estaba de pie. Sartre me sostenía de un brazo; lo reconocía, pero todo estaba oscuro en mi cabeza. Subimos hasta una casa, donde me dieron un vaso de aguardiente; alguien me limpió la cara, mientras Sartre trepaba en su bicicleta para ir hasta la aldea a buscar un médico, que se negó a venir. Cuando Sartre regresó, yo había recobrado un poco mi lucidez; recordaba que estábamos de viaje, que íbamos a ver a Colette Audry. Sartre sugirió que volviéramos a montar sobre nuestras bicicletas: no había que cubrir más que unos quince kilómetros y en bajada. Pero me parecía que todas las células de mi

cuerpo se entrechocaban; ni siquiera imaginaba volver a pedalear. Tomamos un trencito a cremallera. La gente a mi alrededor me miraba fijamente con aire asustado. Cuando llamé a la puerta de Colette Audry, lanzó un gritito sin reconocerme. Me miré en un espejo; había perdido un diente, uno de mis ojos estaba cerrado, mi rostro había doblado de volumen y la piel estaba arañada; me resultó imposible hacer pasar una uva por mis labios entumecidos. Me acosté sin comer, esperando apenas recobrar una cara normal.

Estaba tan atroz al día siguiente como en la víspera; encontré valor para subir a mi bicicleta; era domingo, había un gran número de ciclistas sobre la ruta de Chambéry y la mayoría de los que me cruzaban silbaban de asombro o reían con estrépito. En los días siguientes, cada vez que entraba en una tienda, todos los rostros se volvían hacia mí. Una mujer me preguntó con aire ansioso: "¿Es... es un accidente?" Lamenté mucho no haberle contestado: "No, es de nacimiento." Una tarde yo me había adelantado a Sartre y lo esperaba en una encrucijada. Un hombre me interpeló riendo: "¡Y lo esperas después de lo que te ha hecho!"

Sin embargo, el otoño se anunciaba sobre las rutas del Jura. Cuando salíamos del hotel por la mañana, un vapor blanco ocultaba el campo de donde ya subía un olor a hojas muertas; poco a poco, el sol la desgarraba y deshilachaba; el olor nos traspasaba, yo sentía sobre mi piel una gran felicidad de infancia. Una noche, sobre la mesa de una posada, Sartre volvió a escribir su pieza. No, no renunciaba a los Atridas; había encontrado la manera de utilizar su historia para atacar el orden moral, para rechazar los remordimientos con que Vichy y Alemania trataban de infectarnos, para hablar de la libertad. Al escribir el primer cuadro, se inspiró en la ciudad de Santorin, cuyo recibimiento nos había parecido tan siniestro: Emborio, sus paredes ciegas, el sol aplastante.

Colette Audry nos había indicado una aldea, cerca de Châlons, desde donde se "pasaba" fácilmente. No sé cuántos éramos los que andábamos por la mañana recorriendo la calle



Escaneado con CamScanner

mayor, visiblemente con el mismo objeto. A la tarde, volvimos a encontrarnos más de veinte, todos montados en bicicletas, alrededor de un guía. Reconocí a una pareja que había visto a menudo en el "Flore": un hermoso muchacho rubio con una leve barba dorada y una linda chica, rubia también, una checa. Senderos angostos a través del bosque nos llevaron a una carretera bordeada de alambre de púas; nos deslizamos bajo los hilos y nos dispersamos lo más pronto posible. Supongo que los centinelas alemanes estaban en la combinación pues el guía no había tomado precaución alguna.

La Bourgogne me pareció muy linda con sus viñedos, ricamente coloreados por el otoño; pero no nos quedaba un centavo en el bolsillo y el hambre nos atenazó hasta Auxerre, donde nos esperaba un giro; en cuanto lo cobramos, corrimos a un restaurante: sólo nos sirvieron un plato de espinacas. Volvimos a París por tren.

Yo había vivido semanas de felicidad; y había hecho una experiencia cuyo efecto debía prolongarse durante dos o tres años: había tocado la muerte; dado el terror que siempre me ha inspirado, contó mucho para mí haber estado tan cerca de ella. Me decía: "Hubiera podido no despertarme." Y de pronto me parecía exageradamente fácil morir; comprendí entonces lo que había leído antaño en *Lucrecia*, lo que sabía: muy exactamente, la muerte no es nada; uno nunca está muerto: ya no hay nadie para soportar la muerte. Creí estar definitivamente librada de mis temores.

Terminamos nuestras vacaciones en casa de Mme. Lemaire y regresamos a París para la iniciación de las clases. El clima político había cambiado durante el curso del verano; el 13 de agosto, los comunistas habían suscitado un disturbio en los alrededores de la Puerta Saint-Denis: dos manifestantes habían sido fusilados el 19. El 23 de agosto, un militar alemán había sido muerto. El 28 de agosto, en la ceremonia de celebración de la partida de la L.V.F. para el frente ruso, Paul Colette había tirado sobre Laval y sobre Déat. Había habido

numerosos sabotajes en las vías férreas. Las autoridades francesas prometían un millón de recompensa al que ayudara a detener al autor de un atentado. Pucheu había desencadenado una vasta operación de policía contra los comunistas de las dos zonas. Los alemanes ya no hablaban de amistad, amenazaban. Habían promulgado un decreto de pena de muerte para toda persona convicta de propaganda comunista; habían constituido un tribunal especial para juzgar a los individuos acusados de actividades antialemanas. Habían instaurado su sistema de represalias por un aviso difundido el 22 de agosto: por cada miembro de la Reichswehr caído, fusilarían a un cierto número de rehenes. El 30 de agosto habían anunciado la ejecución de cinco comunistas y de tres "espías". Desde entonces se sucedieron sobre las paredes de París carteles rojos o amarillos encuadrados de negro, semejantes a los que me habían impresionado diez meses antes: los rehenes pasados por las armas eran generalmente elegidos entre los comunistas y los judíos. En octubre, habían matado a dos oficiales alemanes, uno en Nantes, otro en Burdeos; noventa y ocho franceses fueron llevados al paredón. Veintisiete de ellos estaban detenidos administrativamente en el campo de Châteaubriand.

Una consigna lanzada desde Londres suspendió los atentados individuales contra los militares alemanes; pero en noviembre fueron arrojadas granadas en restaurantes y en hoteles ocupados por ellos; las actividades "terroristas" se multiplicaron a pesar de las represiones. Los colaboracionistas se multiplicaron furiosamente contra esa resistencia; la prensa parisiense reclamaba sangre; se indignaba por las lentitudes del proceso de Riom, por la impericia de la policía. "No ha de haber piedad para los asesinos de la patria", escribía Brasillach. Su odio se mantenía arrogante, pues no dudaban de la victoria de Hitler. En la U.R.S.S., los alemanes desencadenaron a principios de octubre la batalla de Moscú; su avance fue detenido, pero las contraofensivas del ejército rojo fracasaron. El ataque de Pearl Harbour precipitó a los EE. UU.

en la guerra: pero los japoneses obtuvieron en el Pacífico triunfos fulminantes: invadieron Borneo, Malasia, Hongkong, las Filipinas, la península de Malaca, Sumatra, Java.

Para nosotros, que no queríamos admitir el triunfo del Reich y que no nos atrevíamos a esperar su derrota, fue un período tan ambiguo que hasta el recuerdo que guardo de él se ha nublado. He sentido a menudo una vez vuelta la paz, qué difícil era hablar de esto con alguien que no lo había vivido [1]; ahora a casi veinte años de distancia no logro resucitar ni siquiera para mí la verdad. Apenas puedo exhumar algunos rasgos, algunos episodios.

Políticamente nos encontramos reducidos a una impotencia total. Cuando Sartre había creado "Socialismo y Libertad" esperaba que ese grupo se integraría en un conjunto más vasto; pero nuestro viaje no había desembocado en gran cosa y nuestro regreso a París no fue menos decepcionante; ya todos los movimientos de la primera hora habían sido desmantelados o acababan de dislocarse; nacidos como el nuestro de iniciativas individuales, reunían a burgueses y a intelectuales que no tenían ninguna experiencia de acción clandestina, ni siquiera de acción a secas; era mucho más difícil que en la zona libre comunicarse, fusionarse: esas empresas fueron esporádicas y su misma falta de cohesión las condenaba a una desalentadora ineficacia. Los comunistas poseían un aparato, una organización, una disciplina; desde el día en que habían decidido intervenir habían obtenido resultados espectaculares. Los patriotas de derecha se negaban a unirse a ellos; pero la izquierda no comunista no habría rechazado un acercamiento; ya no juzgaba el pacto germano-soviético con la misma severidad que en 1939: quizá la U.R.S.S. hubiera sido incapaz de resistir a la fuerza alemana, si no se hubiera asegurado una tregua, cualquiera fuera el medio; si todavía se vacilaba

[1] Es mi propio sentimiento, el que expreso en *Los mandarines*, cuando Anne, tratando de hablar con Scriassine, comprueba: "Todo había sido peor o más soportable de lo que él imaginaba: las verdaderas desgracias no me habían ocurrido a mí y, sin embargo, habían poblado mi vida."

en aprobar sin reserva la maniobra de Stalin, nadie se atrevía a condenarla radicalmente. De todas maneras, Sartre estimaba que en Francia era indispensable establecer un frente común; trató de establecer contacto con los comunistas; pero éstos desconfiaban de todos los grupos que se habían creado fuera del partido y particularmente de los "intelectuales pequeños burgueses"; declararon a uno de nuestros camaradas que si los alemanes habían liberado a Sartre, era porque se había comprometido a servirles de agente provocador; no sé si lo creían o no; en todo caso, elevaron así entre ellos y nosotros una barrera imposible de salvar. La soledad a la cual nos vimos condenados enfrió nuestro entusiasmo y hubo entre nosotros bastante defecciones; además Cuzin, el joven filósofo más dotado y más sólido del equipo, se enfermó de tuberculosis renal y tuvo que ir a atenderse al Mediodía; Sartre no intentó detener esta hecatombe. En junio ya lo atormentaban los escrúpulos. La Gestapo había detenido a numerosos miembros del Pentágono; el amigo de juventud de Sartre, Péron, había sido deportado y también, en un grupo vecino del nuestro, una brillante estudiante de filosofía que había trabajado a mi lado, Yvonne Picard. ¿Volverían? [1] ¡Qué absurdo, si morían! Todavía no habían hecho nada que tuviera la menor utilidad. Hasta entonces, habíamos tenido la suerte de que ninguno de nosotros fuera molestado; pero Sartre midió los riesgos que había hecho correr vanamente a nuestros camaradas prolongando la existencia de "Socialismo y Libertad". Durante todo el mes de octubre, tuvimos a ese respecto interminables discusiones; a decir verdad, Sartre discutía con él mismo, pues teníamos la misma opinión: ser responsable por pura obstinación de la muerte de alguien no ha de ser fácil perdonárselo. Costaba a Sartre renunciar al proyecto largamente acariciado en el Stalag y por el que se había afanado alegremente durante semanas; lo abandonó, sin embargo. Se dedicó entonces tenaz-

[1] No volvieron

mente a la pieza que había comenzado: representaba la única forma de resistencia que le fuera accesible.

Trabajábamos mucho; además de su pieza, Sartre tenía entre manos su tratado de filosofía; *Confluences* y *Les Cahiers du Sud* le habían pedido artículos críticos: él se los mandó. Entregó a Brice Parain el manuscrito de mi primera novela y yo empecé una nueva; hablaba de la Resistencia y sabía que no podría ser publicada antes del fin de la ocupación. Pero habíamos decidido vivir como si estuviéramos seguros de la victoria final. Esa resolución nos sostenía pero no bastaba para darnos la paz del corazón. Apostar, esperar, no es saber, ni siquiera creer; por momentos mi imaginación vagabundeaba en el horror. Si el nazismo se instalaba por diez años, por veinte años, y no nos resignáramos, soportaríamos la suerte de Péron, de Ivonne Picard. Yo estaba lejos de sospechar la verdadera faz de los campos; la deportación significaba ante todo para mí la separación y el silencio; pero ¿cómo podría tolerarlos? Hasta entonces me había dicho que siempre hay un recurso contra una desdicha demasiado extrema: el suicidio; de pronto me lo quitaban. Durante diez años, durante quince años, pensaría a cada instante que quizá Sartre estuviera muerto y no me atrevería a matarme pensando que quizá todavía viviera: ya me creía tomada en esa trampa y mi garganta se anudaba de espanto. Desechaba esas visiones. Trataba de convencerme de que admitía lo peor y a veces me convencía. Recobraba mi calma, me encerraba en el presente; pero el presente antes era un alegre pulular de proyectos, el porvenir lo llenaba; reducido a sí mismo, caía hecho polvo. El espacio, como el tiempo, se había contraído. Dos años antes, París ocupaba el centro de un mundo ampliamente abierto a mi curiosidad; Francia hoy era una residencia vigilada, cortada del resto de la tierra. Italia, España, que habíamos querido tanto, se nos habían vuelto hostiles. Nubes color de noche y de fuego nos ocultaban a América. El único rumor que nos llegó de las fronteras fue la voz de la B.B.C. Nos ahogábamos bajo una campaña de ignorancia.

Al menos, yo ya no me encontraba aislada como el año pasado; mis emociones, mis esperas, mis ansiedades, mis rebeldías, las compartía con una muchedumbre que no tenía rostro pero cuya presencia me rodeaba; estaba en todas partes fuera de mí y en mí misma; era ella la que a través de los latidos de mi corazón se conmovía, aborrecía. Advertí que todavía no había conocido el odio, sino solamente rabias abstractas; ahora sabía su gusto; apuntaba con una particular violencia a aquellos de nuestros enemigos que me eran más familiares. Los discursos de Pétain me alcanzaban más en lo vivo que los de Hitler; condenaba a todos los colaboracionistas; pero respecto a la gente de mi especie, intelectuales, periodistas, escritores, sentía un asco íntimo, preciso, doloroso. Cuando literatos, pintores, iban a Alemania a ofrecer a los vencedores nuestra adhesión espiritual yo me sentía personalmente traicionada. Consideraba los artículos de Déat, de Brasillach, sus denuncias, sus llamados al crimen, delitos tan imperdonables como las actividades de un Darlan.

Miedos, iras, una impotencia ciega: sobre ese fondo se desenvolvía mi existencia. Pero también había llamaradas de esperanza y hasta entonces yo no había sufrido directamente. No había perdido a nadie muy querido, muy cercano. Sartre había vuelto del cautiverio; ni su salud ni su carácter estaban alterados: imposible arrastrar junto a él horas tediosas. Por restringido que fuera el campo en que nos encontrábamos acantonados, su curiosidad, su pasión, animaban cada parcela. París, sus calles aldeanas, sus grandes cielos de campo, toda esa gente a nuestro alrededor, sus rostros, sus aventuras: ¡cuántas cosas todavía para mirar, para comprender, para amar! Yo ya no conocía ni la seguridad ni las grandes alegrías exaltantes; pero viviendo al día estaba alegre, me decía a menudo que esa perseverante alegría en contra de todo era todavía la felicidad.

Materialmente la vida era mucho más difícil que el invierno anterior; además, Sartre y yo teníamos cargas. Lise se

había decidido a romper con André Moreau y se negaba a volver a casa de sus padres; se había instalado en un sórdido hotel de la calle Delambre: la ayudábamos. Ayudábamos a Olga, a Wanda, a Bost, que se debatían en una semimiseria. Hasta los restaurantes de categoría D, donde servían bajo el nombre de "chivito" extrañas cacerías, costaban demasiado caro para nosotros. Tomé en el hotel Mistral un cuarto con cocina; fui a buscar al estudio de mi hermana una olla, cacerolas, vajilla, y empecé a confeccionar nuestras comidas, que Bost solía compartir. Me gustaban poco las tareas hogareñas y para acomodarme a ellas recurría a un procedimiento familiar: con mis preocupaciones alimentarias me hice una manía en la que perseveré durante tres años. Vigilaba la salida de los bonos, nunca dejaba perder ni uno; en las calles, más allá de los escaparates ficticios de las tiendas, trataba de descubrir algún producto en venta libre: esa especie de caza del tesoro me divertía; ¡qué ganga si llegaba a encontrar una remolacha, un repollo! El primer almuerzo que hicimos en mi cuarto consistió en un "chucrut de nabos" que traté de mejorar regándolo con caldo en cubos. Sartre afirmó que no era nada malo. Comía más o menos cualquier cosa y en caso de necesidad se privaba fácilmente de alimento; yo era menos estoica. Tenía hambre a menudo y eso me molestaba; en parte por eso ponía tanto ardor en amontonar provisiones: algunos paquetes de pastas, legumbres secas, copos de maíz. Encontraba uno de los esquemas favoritos de mis juegos de infancia: en el seno de la penuria, la organización de una rigurosa economía. Contemplaba mis tesoros, evaluaba con la mirada su distribución en días: era el porvenir mismo lo que tenía encerrado en mi alacena. Ni un grano que derrochar: comprendía la avaricia y sus alegrías. No ahorraba mi tiempo; mientras conversaba con Bost, con Lise, que me ayudaban de buena gana en esos trabajos, me ocurrió pasar horas pelando chauchas, trillando porotos, en parte picados. Terminaba rápidamente la preparación de las comidas, pero la alquimia culinaria me gustaba. Recuerdo, a prin-

cipios de diciembre, un atardecer en que el oscurecimiento —fijado a las 6 a consecuencia de un atentado— me clausuró en mi cuarto. Estaba escribiendo; afuera, era el gran silencio de los desiertos; sobre la hornalla, cocía una sopa de legumbres que olía bien; ese olor atrayente, el susurro del gas, eran una compañía; no compartía la condición de las amas de casa, pero tenía una visión de sus alegrías.

Sin embargo, no tocaba más que antes a la seriedad de la existencia. Dadas nuestra edad, nuestra salud, no temía que la austeridad de nuestro régimen nos afectara; los tirones de mi estómago eran un desagrado sin consecuencias. Renuncié fácilmente al tabaco; no me gustaba verdaderamente; encendía cigarrillos cuando trabajaba, para marcar el tiempo, pero ni siquiera tragaba el humo. Sartre sufrió mucho más por esa restricción; en las aceras, en los butacones de los "Trois Mousquetaires", recogía colillas con las que llenaba su pipa. Nunca se resignó a llenarla con esas mescolanzas que utilizaban algunos fanáticos y que daban al café de "Flore" un olor a herboristería.

Vestirse también era un problema; el mercado negro repugnaba a nuestra conciencia y era inaccesible para nuestros bolsillos; sin embargo, los bonos de géneros se distribuían con extrema parsimonia. Yo obtuve uno después de la muerte de mi padre que me permitió hacerme un vestido y un abrigo: los cuidaba. Muchas mujeres, al final del otoño, cambiaron la falda por el pantalón, que abrigaba más; las imité; salvo para ir al liceo salía con traje de esquí y zapatos gruesos. Había encontrado placer en ocuparme de mi vestimenta en el tiempo en que era una diversión, pero no quería complicarme fútilmente la existencia y me desinteresé; conservar un mínimo de decencia ya exigía un esfuerzo considerable. Para hacerse arreglar los zapatos hacían falta bonos; yo me contenté con esas chancletas con taco de madera que empezaban a fabricar; los precios de la tintorería eran exorbitantes y si uno mismo quería limpiarse la ropa costaba mucho trabajo conseguir bencina. A falta de electricidad, los pei-

nadores trabajaban irregularmente; marcarse era todo un problema; por lo tanto, los turbantes se pusieron de moda: servían a la vez de sombrero y de peinado; yo los había usado de tanto en tanto por comodidad y porque me sentaban; los adopté definitivamente. En todas las cosas iba a lo más simple. Poco a poco mi rostro se había deshinchado, mis rasguños se habían cicatrizado, pero no me di el trabajo de reemplazar el diente que había perdido en la ruta de Grenoble. Tenía en la barbilla un forúnculo bastante feo que no terminaba de madurar y que supuraba ligeramente: no lo cuidé. Una mañana, sin embargo, me fastidió: me planté ante el espejo, lo apreté y algo blancuzco apareció; apreté más fuerte y durante una fracción de segundo me pareció vivir una de esas pesadillas surrealistas donde pronto los ojos florecen en medio de una mejilla: un diente hendía mi carne: el que se había roto en mi caída; se había quedado incrustado allí durante semanas; cuando conté esas historias a mis amigos, se rieron inmoderadamente.

Me preocupaba muy poco de mi apariencia, porque además veía a muy poca gente. Giacometti se fue a Suiza. Comíamos de tanto en tanto en casa de Pagniez, que tenía dos chicos; vivía en el quinto piso del bulevar Saint-Michel, un departamento de donde se veía el Luxemburgo y un gran pedazo de París; había dejado muy pronto de defender a Vichy; teníamos las mismas opiniones, su mujer nos resultaba simpática; pero la agresiva modestia de sus veinte años se había convertido en depresión; en los primeros tiempos de su casamiento, nos decía alegremente: "Ustedes dos escriben; yo he triunfado en otra cosa: un hogar, una felicidad, tampoco está mal." Pronto, sin embargo, decretó que lo encontrábamos aburrido y, para no desmentirnos, se empeñó en aburrirnos; peroraba a propósito sobre los temas que menos nos interesaban: la puericultura, por ejemplo, o la cocina. Algo resucitaba a veces de nuestro antiguo entendimiento, pero sólo por ráfagas. Con Marco ya no teníamos ninguna intimidad. Con la cabeza calva, el rostro apagado, el cuerpo

pesado, corría por las kermesses de Montparnasse en busca del loco amor; de tanto en tanto, tomaba una copa con nosotros y nos presentaba a algún joven tunante, murmurándonos al oído con voz extática: "¡Este es un duro!" o "¡Es un ratero!" y hasta una vez: "¡Es un asesino!" Frecuentábamos casi exclusivamente el grupito que llamábamos "la familia": Olga, Wanda, Bost, Lise. Tenían entre ellos y con cada uno de nosotros relaciones matizadas cuya singularidad nos importaba respetar. A Bost yo lo veía por lo general con Sartre; salvo esa excepción, prevalecía la formación en dúo. Cuando conversaba en el "Flore" con Olga o con Lise, cuando Sartre salía con Wanda, cuando Lise y Wanda hablaban entre ellas, a ninguno de nosotros se le hubiera ocurrido ir a sentarse a la mesa de los otros dos. La gente encontraba esas costumbres disparatadas: nosotros las dábamos por sentadas; se justificaban en parte por la juventud de los miembros de "la familia": cada cual seguía encerrado en su particularidad y reclamaba una atención entera; pero siempre habíamos tenido —y debíamos conservarlo siempre— el gusto de estar de a dos; podíamos complacernos en las conversaciones más fútiles a condición de conocer con nuestro interlocutor una exclusiva intimidad; los desacuerdos, las afinidades, los recuerdos, los intereses, difieren de un compañero a otro; cuando se hace frente a varias personas a la vez, la conversación, salvo en circunstancias privilegiadas, se vuelve mundana. Es un pasatiempo divertido, insípido o hasta cansador y no la verdadera comunicación que deseábamos.

Habíamos desertado de Montparnasse. Tomábamos nuestro desayuno en el café de los "Trois Mousquetaires" y yo trabajaba a veces en medio de un gran bullicio de voces y de vajilla cubierto por el barullo de una radio desencadenada. De noche, organizábamos nuestras entrevistas en el "Flore" donde sólo se tomaba ersatz de cerveza o de café. Algunos de los parroquianos habían emigrado a Marsella e instalado, nos contaron, una fabriquita de pastas de frutas: en París vendían esas cosas negruzcas, confeccionadas con restos

de dátiles y de higos que los barcos todavía traían de África. Pero, en conjunto, la clientela había cambiado poco. Sonia reinaba, siempre tan linda y tan elegante, en medio de una pequeña corte femenina. Volvimos a ver a los enamorados rubios que habían "pasado" con nosotros: el muchacho se llamaba Jausion, escribía; su amiga era checa e israelita; eran amigos de una pareja de la misma edad; baja, morena, con la piel cremosa, Bella era también israelita y encantadora; reía todo el tiempo. Entre las recién llegadas, notamos a una rubia etérea, muy bonita, que se llamaba Joëlle le Feuve; se sentaba sola a una mesa y no hablaba casi con nadie; éramos sensibles a su gracia un poco doliente. Nos ocupábamos tanto como antes de las trastornadoras o atrayentes criaturas que venían al "Flore" a buscarse un porvenir; espiábamos sus artimañas, nos interrogábamos sobre su pasado, medíamos sus posibilidades; los cataclismos colectivos no habían disminuido el interés que sentíamos por la gente, una por una.

Para Navidad fuimos a La Pouèze; Mme. Lemaire ya no disponía de su auto; pusimos nuestras bicicletas en el tren y recorrimos luego en ellas los veinte kilómetros que separaban Angers de la aldea. Hasta en esas ricas praderas se sentía la austeridad. Hubo, sin embargo, un pavo para la cena de Nochebuena y había a menudo carne para el almuerzo. Para la cena, reclamábamos cada noche lo mismo: panqueques de manzana, que nos satisfacían plenamente. Luego, Mme. Lemaire nos servía un aguardiente muy fuerte que nos calentaba la sangre. Por otra parte, no hacía frío en nuestros cuartos, donde ardían grandes fuegos de leña. Ese confort nos resultaba tan agradable que no poníamos la nariz afuera. Escribíamos, leíamos, conversábamos con Mme. Lemaire, que ya nunca iba a París.

Leíamos; pero los escaparates de las librerías ya no nos atraían; ya no había novelas inglesas, ni norteamericanas, y aparecían pocas novedades. En *Cuando viene el fin,* Raymond Guerin, entonces prisionero de guerra, contaba con talento y minucia la larga agonía de su padre enfermo de un cáncer

de año; me dejé tomar por ese relato atroz. Me interesaba mucho en las obras de Dumézil sobre los mitos y las mitologías y seguí estudiando la Historia. Me remonté hasta la antigüedad. Me impresionó en particular un libro sobre los etruscos: describí a Sartre sus ceremonias fúnebres y se inspiró en ellas para el segundo acto de *Las moscas*.

El teatro tampoco ofrecía nada muy atrayente. La reposición de *Los padres terribles* fue prohibida a consecuencia de una intervención de Alain Laubreaux. Vimos *Júpiter*, una comedia bastante vulgar, pero salvada en parte por la presencia aérea de Jacqueline Bouvier, la futura Mme. Pagnol, y *El cornudo magnífico* de Crommelynck; *El histrión del mundo occidental* nos había proporcionado en nuestra juventud nuestro mito predilecto; mediocremente montado en los Mathurins, nos decepcionó. En enero de 1942, Vermorel hizo representar su primera pieza, *Juana con nosotros*. El papel de Juana había sido confiado primeramente a Joëlle le Feuve: debutaba en el teatro y los diarios le hicieron una publicidad bastante grande; luego anunciaron que su salud le impedía continuar ensayando; en el "Flore" se susurraba que no se había mostrado a la altura de su personaje. Volvimos a verla en su mesa habitual, siempre solitaria, con aire friolento, y nos apenaba imaginar su humillación, su decepción. Quizá su estado se agravó, pues su salud era realmente delicada; murió pocos meses después, de tuberculosis pulmonar. No sabíamos casi nada de ella, pero había en ese destino algo absurdo que nos oprimió el corazón.

Bertha Tissen hizo de Juana de Arco; aunque era bajita y tenía acento luxemburgués, se apoderó del público. Vermorel había escrito una pieza hábil: atacaba a los ingleses, pero éstos aparecían como "los ocupantes" y Cauchon y su pandilla como sus colaboradores; a tal punto que, al aplaudir las altivas réplicas que les asestaba Juana, uno se manifestaba sin equívoco contra los alemanes y contra Vichy.

Dullin, bajo la influencia de Camille, había aceptado la dirección del teatro Sarah Bernhardt, rebautizado "Théâtre

de la Cité". Primero montó una pieza que ella había escrito, *La princesa de los Ursinos*, que no fue un éxito. En la Comedie Française, Barrault creaba un Hamlet seductor, pero todo hueso y nervios, más cerca del símil de Laforgue que del personaje de Shakespeare. En el teatro Montparnasse, la compañía Jean Darcante dio *La Celestina*, en una adaptación que desgraciadamente carecía de gusto.

Al salir de *La Celestina*, la noche del 3 de marzo, vimos resplandores en el cielo y oímos ruidos que reconocí: la D. C. A. Las sirenas ulularon. La gente seguía inmóvil sobre la acera, mirando el cielo. ¿Qué pasaba exactamente? ¿Los ingleses tiraban bombas sobre París? ¿O los alemanes habían preparado una falsa alerta? Nos dormimos en la incertidumbre. Al día siguiente los diarios triunfaban: los ingleses habían vertido sangre francesa. Habían apuntado a las usinas Renault, en Billancourt, y habían hecho en los alrededores un gran número de víctimas. La propaganda alemana explotó ampliamente ese raid.

Uno de los compañeros de cautiverio que Sartre prefería fue repatriado alrededor del mes de marzo: Courbeau, un diletante, que había hecho un poco de periodismo, que pintaba a sus horas y que se había casado con la hija de uno de los primeros abogados de El Havre; había pintado los decorados de *Bariona* y representado el papel de Pilatos. Se preguntaba, con un poco de ansiedad, qué iba a hacer con sus huesos; algo en su cara burguesa y sutil me recordaba a mi primo Jacques. Vivía con su mujer en una amplia casa de su suegro y nos invitó a pasar allí dos días. La primera mañana de las vacaciones de Pascuas salimos de París en bicicleta. Atravesamos Rouen, cuyos viejos barrios habían ardido, y Caudebec, asolado. En los barrios de El Havre muchas casas habían desaparecido. "Voy a mostrarles algo mejor", nos dijo M. Vernadet, suegro de Courbeau, con una especie de orgullo. Su casa se erguía sobre una elevación no lejos del puerto y, en las noches de bombardeo, se estaba en primera fila: nos describió detalladamente la magnificencia del

espectáculo que se veía desde su ventana y su placer cuando un objetivo importante era alcanzado. Le pregunté si no tenía miedo: "¡Uno se acostumbra!", me dijo. Nos llevó a ver las ruinas; en los alrededores, numerosas casas habían sido destruidas o tocadas por la R.A.F.; más abajo, zonas inmensas estaban devastadas. "Aquí —nos decía— había una refinería de petróleo: ven, no queda nada... Allí había galpones." Al oír su voz complaciente, uno hubiera creído ver a un castellano haciendo los honores de su propiedad a sus huéspedes. Luego, fuimos con Courbeau al viejo barrio Saint-François: no era más que un terreno baldío invadido por las ortigas. La calle de Galions ya no existía, ni los viejos muelles, ni las *boîtes* de marineros, ni las calles con vientres de pizarra que nos habían gustado tanto. Yo recordaba aquel día de 1933, cuando, sentados en el café de "Mouettes", habíamos convenido con melancolía que ya nada importante podía ocurrirnos: ¡qué estupor si nos hubieran mostrado en una bola de cristal la primavera de 1942! ¿Lamentaba yo ese tiempo de paz y de ignorancia? No. Amaba demasiado la verdad para llorar ilusiones desabridas.

Después de comer, nos sirvieron *rutabagas*, pero lujosamente aderezados, y escuchamos la B.B.C. Nos separamos a eso de medianoche. Yo acababa de acostarme cuando oí las sirenas y, en seguida, grandes ruidos de explosión; la D.C.A. se puso a tirar. Esta vez tuve conciencia de un peligro; vacilé al borde del miedo, pero tenía tanto sueño que la idea de permanecer despierta, el oído al acecho, la garganta anudada, me pareció superior a mis fuerzas. "Pasará lo que tiene que pasar", me dije; me metí en las orejas las bolas de cera que me había acostumbrado a usar todas las noches. Hoy esa indiferencia me asombra; sin duda las alertas benignas que ya había conocido y todos los acontecimientos que había atravesado me habían aguerrido provisoriamente. El hecho es que dormí de un tirón hasta la mañana. Courbeau nos mostró fragmentos de D.C.A. en el jardín; a unos cien metros, algunas casas habían sufrido.

Sartre y Courbeau hablaron mucho del campo de concentración, de sus camaradas y, en particular, de un joven sacerdote, el abate Page que había conquistado la simpatía de Sartre por su encanto y por el rigor con el cual conciliaba su conducta con sus convicciones. Dieciocho meses antes, mientras los demás sacerdotes se precipitaban, había rechazado la posibilidad, por otra parte lalaz, de una liberación: no entendía que el sacerdocio le confiriera ningún privilegio. No encaraba tampoco evadirse. su lugar estaba en el campo de prisioneros. Siempre iba a lo más difícil: era cura en un agujero de las Cévennes, que había elegido por su repelente salvajismo. Tenía un sentido agudo de la libertad; a sus ojos, el fascismo, al reducir al hombre a la esclavitud, desafiaba la voluntad de Dios: "Dios respeta tanto la libertad que quiso que sus criaturas fueran libres antes que impecables", decía. Esa convicción lo acercaba a Sartre, como también un profundo humanismo. En el curso de interminables discusiones por las cuales Sartre se apasionaba, sostenía contra los jesuitas del campo la integral humanidad de Cristo: Jesús había nacido como todos los bebés, en la suciedad y el sufrimiento, la Virgen no había parido milagrosamente. Sartre lo apoyaba: el mito de la Encarnación sólo lograba su belleza si cargaba a Cristo con todas las miserias de la condición humana. El abate Page no era. hostil al celibato de los sacerdotes: pero no podía aceptar que la mitad del género humano fuera tabú para él; había tenido amistades femeninas perfectamente etéreas, pero íntimas y tiernas, que sus superiores habían considerado con malos ojos. Se abría con Sartre, lo quería mucho, hasta el punto de declarar con violencia: "Si Dios tuviera que condenarlo a usted, yo no aceptaría Su cielo." Se quedó prisionero hasta el fin de la guerra. Liberado, vino a París. Almorcé con Sartre y él en un departamentito de la plaza del Tertre, donde vivía entonces Courbeau; no llevaba sotana, tenía mucha seducción. Volvió a sus tristes Cévennes.

Atravesamos el Sena por la balsa más cercana; Normandía

empezaba a florecer; por Pont Audemer, Lisieux, Flers, llegamos a La Pouèze, donde terminamos nuestras vacaciones. Volvimos en tren; llevábamos huevos y Mme. Lemaire tomó la costumbre de enviarnos dos o tres paquetes por mes: abastecía así a no sé cuántas personas. La desgracia es que los transportes no eran rápidos. La primera encomienda que recibí era un gran pedazo de cerdo, bien a punto, dorado y que me pareció muy apetitoso; al mirarlo de más cerca, vi cositas blancas que se movían. "¡Paciencia!", me dije. Se me había metido en la cabeza que debíamos comer carne so pena de terminar anémicos; corté los peores pedazos, lo raspé, lo limpié. Lise me sorprendió en esa ocupación, pero el hambre en ella como en mí era más fuerte que el asco. En cuanto a Sartre le disimulamos la verdad. En adelante, muy a menudo, los paquetes olían: yo lavaba vigorosamente con vinagre los pedazos de buey malolientes, los hacía hervir durante horas y sazonaba el puchero con fuertes hierbas aromáticas. Por lo general, la pegaba; me mortificaba cuando Sartre rechazaba su plato. Una vez estaba presente cuando desembalé un medio conejo; lo tomó en seguida y bajó corriendo a tirarlo al tacho de basura.

Lise había emigrado de la calle Delambre al hotel Mistral; compartía mis preocupaciones domésticas. Esa familiaridad no había modificado profundamente nuestras relaciones: a través de las peleas y las reconciliaciones, yo oscilaba entre la risa y el furor. Hubo numerosas alertas durante ese trimestre; Lise golpeaba a mi puerta: "Tengo miedo. Quiero bajar al refugio; ¡ven conmigo!" Nunca apuntaban al centro de París, yo no me levantaba: "Baja sola", le gritaba. "¡No!" Sacudía la puerta reprochándome mi egoísmo; yo nunca cedía y ella tomó la costumbre de correr sin mí hacia la estación de subterráneo que servía de refugio.

Soportábamos esos raids con sentimientos mezclados; teníamos una ardiente simpatía por los jóvenes pilotos que forzaban a riesgo de sus vidas las líneas alemanas; sin embargo, bajo sus bombas, hombres, mujeres y niños morían y

lo que más nos molestaba para resignarnos a ello es que no arriesgábamos nada. Sin embargo, mientras oíamos el tableteo de la D.C.A. y el ruido lejano de las explosiones lo que ganaba en nuestros corazones era la esperanza. Corría la voz de que la R.A.F. había hecho raids existosos sobre Alemania: Colonia, el Ruhr, Hamburgo, habían sido, según se decía, seriamente tocados. Si los ingleses ganaban la batalla del cielo, la victoria aliada se hacía mucho menos improbable.

Pero en esa época todo se pagaba caro, hasta la esperanza. Inglaterra no aflojaba: la actitud de los alemanes se endurecía; la situación interior de Francia empeoraba. Laval había sido nombrado jefe de gobierno, su política de ultracolaboración triunfaba. En zona ocupada, fueron tomadas las medidas más extremas contra los judíos. Desde el 2 de febrero, un decreto les prohibía cambiar de residencia y salir de noche después de las 20 horas. El 17 de junio, se les ordenó que llevaran la estrella roja: en París la noticia suscitó tanto estupor como indignación, a tal punto estábamos convencidos de que algunas cosas, a pesar de todo, no podían ocurrir en nuestro país; el optimismo continuaba tan anclado en los corazones que un cierto número de israelitas, sobre todo entre la gente humilde, sin recursos, imaginaron ingenuamente que observando la ley evitarían desgracias peores; en realidad, de los que llevaron la estrella pocos sobrevivieron. Otros, con igual candor, creyeron poder desafiar impunemente todas las ordenanzas; en Montparnasse, en Saint-Germain-des-Prés, nunca vi a nadie que llevara la estrella. Ni Sonia, ni la checa bonita, ni Bella, ni ninguna de sus amigas, cambiaron nada sus costumbres ni siquiera cuando, después del 15 de julio, la frecuentación de todos los lugares públicos, restaurantes, cines, bibliotecas, etc., les estaba prohibida; siguieron yendo al "Flore" y charlando hasta la hora del cierre. Y sin embargo, se decía que la Gestapo, ayudada por la policía francesa, procedía a razzias; separaban a los chicos de sus madres, los mandaban a Drancy y hacia destinos desconocidos. Judíos de nacionalidad francesa estaban encerra-

dos en el campo de Pithiviers y otros; cantidad de otros eran deportados a Alemania. Muchos, sin embargo, terminaron por admitir que su vida estaba en juego; se decidieron a cruzar la línea y a disfrazarse. Bianca, cuyos padres se ocultaban en zona libre y que no había puesto los pies en la Sorbona aquel año, asqueada del *numerus clausus*, se entendió con un guía; por una fuerte suma la llevó hasta Moulins, la instaló en un hotel y prometió volver a buscarla pocas horas después; no volvió: ese tipo de estafa era corriente; sin embargo, consiguió llegar a Aix, donde muchos de sus compañeros se habían instalado. Habían puesto a punto una técnica ingeniosa para procurarse papeles falsos; bajo un pretexto cualquiera consultaban en la Facultad el registro de inscripciones; anotaban el nombre y el lugar de nacimiento de un estudiante, de una estudiante, más o menos de su edad; asumiendo aquella identidad escribían al Registro Civil que tenía la correspondiente partida de nacimiento pidiendo un extracto, que se hacían mandar, por medio de fáciles complicidades, al nombre que se disponían a adoptar. Con el extracto en el bolsillo, bastaban dos testigos recogidos en cualquier parte para que la comisaría les diera una cédula auténtica que llevaba su nombre falso, su fotografía y sus impresiones digitales.

A fines de mayo, nos enteramos de que Politzer había sido torturado y fusilado. Feldmann fue ejecutado en julio. Un gran número de comunistas había sufrido la misma suerte y sobre la mayólica del subte los *Avisos* amarillos y negros se sucedían a un ritmo cada vez más acelerado. En julio un cartel firmado Oberg anunció que la represión se extendería en adelante a las familias de los terroristas: los parientes cercanos masculinos serían fusilados, las mujeres deportadas, los niños internados; no obstante, los atentados y los sabotajes no disminuyeron. Laval empezó a predicar el relevo; encontramos particularmente odiosa esa extorsión a cuenta de los prisioneros: pero los obreros franceses no se dejaron manejar. Los alemanes hacían grandes esfuerzos para crear



Escaneado con CamScanner

una colaboración intelectual, pero sin éxito. Una granada estropeó la librería "Rive Gauche", que ellos habían instalado en el Quartier Latin, en el lugar del d'Harcourt. Casi toda la *intelligentzia* francesa desertó de la exposición Arno Breker, que ellos organizaron con gran estruendo en l'Orangerie. Nombrado ministro de Educación nacional, Abel Bonnard condenó la tibieza de sus predecesores, reclamó que la Universidad se "comprometiera"; no fue seguido; en el liceo, dábamos, Sartre y yo, nuestros cursos a nuestro antojo, sin que nadie nunca nos pidiera cuentas. Los estudiantes se entregaban en el Quartier Latin a manifestaciones antialemanas, más o menos serias, pero que irritaban a los ocupantes. Una cierta juventud exhibía su odio por la "Revolución nacional" de una manera más disparatada, pero que exasperaba a los que manejaban el orden moral; pelo largo a la moda de Oxford, copetes rizados, un paraguas colgado del brazo; los "zazous" daban fiestas donde se embriagaban de música "swing"; su anglofilia, su anarquismo, representaba una cierta forma de oposición. Se veía a algunos en el "Flore" y, a pesar de su afectación, los encontrábamos más bien simpáticos.

Persecuciones antisemitas, represiones policiales, escasez: el clima de París era sofocante. En Vichy, la tragedia se unía a una comedia que de tanto en tanto nos hacía reír. Nos enteramos con júbilo de que *Tartufo* estaba prohibido en zona libre. Nos alegramos de la desazón en que Giraud sumió a Pétain, al ir a entregarse a él después de su evasión.

Los escritores de nuestra tendencia habían adoptado tácitamente ciertas reglas. No se debía escribir en los diarios y en las revistas de la zona ocupada, ni hablar por Radio París; se podía trabajar en la prensa de la zona libre y en la Radio Vichy: todo dependía del sentido de los artículos y de las audiciones. Publicar un libro del otro lado de la línea era perfectamente lícito; el problema era en este lado; finalmente, se estimó que también aquí lo que contaba era el

contenido de la obra. Sartre, guardó *La edad de razón* en sus cajones, porque ningún editor habría aceptado publicar una novela tan escandalosa; pero había llevado la mía a Gallimard. En cuanto al teatro, ¿había que criticar a Vermorel por haber dado *Juana con nosotros*? Nadie estaba habilitado para decidirlo. Sartre, en *Las moscas,* exhortaba a los franceses a liberarse de sus remordimientos y reivindicar contra el orden su libertad: quería ser oído. Por lo tanto, no vaciló; propuso su pieza a Barrault: después de todo, la había escrito bajo su sugerencia. Pero para montar una obra donde los primeros papeles femeninos estuvieran en manos de debutantes había que tener mucho coraje: Barrault no se atrevió. Sartre habló entonces con Dullin, que tenía la mayor estima por las Olgas, la rubia y la morena; pero estaba en dificultades; los espectáculos que había montado en el teatro de la Cité no habían sido de taquilla; *Las moscas,* con todos los extras que exigía, requería gastos enormes: necesitaba encontrar un apoyo financiero; ninguno de nuestros amigos estaba en condiciones de proporcionárselo. Creímos en un milagro cuando Merleau-Ponty, al que habíamos tenido al corriente de esas negociaciones, nos anunció que acababa de descubrir una pareja de riquísimos mecenas que ardían en deseos de conocer a Sartre y de comanditar su pieza.

La entrevista tuvo lugar en el "Flore". El hombre respondía al soberbio nombre de Néron. Representaba unos treinta y cinco años. Tenía un rostro pálido, un poco degenerado, con una barbilla a lo Felipe II, dientes picados, ojos inquisidores. Llevaba un traje suntuoso, de saco largo, cuello muy alto, una corbata de seda, con un nudo minúsculo a la moda del día; había en su vestimenta algo de "zazou" que casaba mal con la seriedad de su fisonomía; un grueso anillo brillaba en su dedo. Su amiga Renée Martinaud, morena, agradable a la vista, me pareció de una elegancia tanto más sensacional cuanto que en esa época muy pocas mujeres se vestían bien. Andábamos a pelo o de turbante; los inmensos sombreros con flores que acababan de lanzar las modistas costaban for-

lunas y a menudo se prestaban a la burla; Renée llevaba uno, cubierto de rosas, con tal desenvoltura que lejos de ridiculizarla la embellecía. Néron llevó la conversación; hablaba con autoridad y preciosismo. El dinero sólo le interesaba porque le permitía frecuentar a escritores y artistas; apasionado de filosofía, dijo conocer muy bien a Hegel y la fenomenología. El problema del tiempo le preocupaba particularmente. Había empezado un ensayo sobre la estafa, considerada como una perversión de la noción del tiempo: el estafador sufría, según él, una especie de "acortamiento de la duración". Había leído con agrado el manuscrito de *Las moscas* y ponía a disposición de Dullin la suma que éste necesitaba para montar la pieza. Su fatuidad intelectual nos desagradó; pero no se puede exigir demasiado de un mecenas y, al separarnos, nos restregábamos las manos.

Lo vi en el "Flore" en los días que siguieron; escribía con aire absorbido; me dijo misteriosamente que había puesto la mano sobre un escrito inédito de Hegel que anunciaba de una manera turbadora la filosofía de Heidegger; pero no quiso decirme más antes de haber terminado el estudio que preparaba sobre ese tema. En cambio, una noche nos hizo confidencias sobre su vida privada; tenía dos queridas, una rubia, una morena, y a las dos las llamaba Renée; cada una ignoraba la existencia de la otra; les hacía regalos idénticos, se las arreglaba para que se vistieran más o menos de la misma manera y las había instalado en departamentos que se parecían mucho. Él ocupaba un tercero en Passy, a escondidas de las dos mujeres; nos llevó; recuerdo sillas españolas con respaldos puntiagudos que amenazaban al cielo, sillones de pergamino, una orgía de cristales, alfombras, candelabros; en la biblioteca, se alineaban libros de gran lujo encuadernados en cuero. Ese decorado de una suntuosidad desencadenada asombraba por su fealdad y por su nitidez helada: visiblemente nadie se sentaba sobre esas sillas, nunca un cigarrillo había ensuciado esos ceniceros ni ninguna mano había vuelto las páginas de esos libros.

Sin embargo, Néron no debía tratar a sus dos amigas exactamente de la misma manera: sólo conocimos a Renée Martinaud. Vivía en Montparnasse en un departamento demasiado lujoso también, pero sin extravagancia. Me invitó con Olga; nos convidó con abundantes pasteles y alcohol del mercado negro. Lise, a quien se la mostré un día en el "Flore", afirmó que la conocía: algunos meses antes, había vivido con tres chicos en un cuarto miserable en el hotelito de la calle Delambre donde Lise vivía. ¿Acababa de encontrar a Néron? Sin embargo, parecía acostumbrada de tiempo atrás a todas las facilidades de la vida.

Dullin invitó a Renée y a Néron a Ferrolles en un hermoso día de mayo; fui con Sartre y Olga. Almorzamos en el pequeño claustro. Camille se había superado. Néron habló abundantemente, su cultura era universal; hasta enseñaba a los especialistas: dio a Dullin detalles sobre el teatro chino que éste ignoraba; nos reveló la existencia en Bolonia de un teatro construido por Palladio, todavía más bonito que el de Vicenzo. Se concertó una cita ante escribano público entre Dullin, Sartre y Néron, que prometió dar un millón de francos.

La mañana fijada para la entrevista yo escribía en mi cuarto cuando me llamaron por teléfono: era Sartre. "¡Ocurre algo extraordinario!", me dijo. Néron se había tirado a la madrugada en el lago del Bois de Boulogne. Un oficial alemán lo había sacado; estaba en el hospital; había querido suprimirse porque estaba sin un centavo.

Se repuso rápidamente y nos confesó, no sin complacencia, toda la verdad. Nos había contado que escribía sobre la estafa: en verdad, la practicaba. Seis meses antes era un empleadito de banco que sólo tenía su diploma primario; pero había leído y soñaba; sabía muchas cosas sobre el mundo de los negocios, tenía aplomo, labia; tomó en el banco papel con membrete y lo utilizó para pedir entrevistas a financistas más o menos dudosos; les propuso colocaciones a un interés tan extravagante que prefirieron no mostrarse demasiado

curiosos: se trataba evidentemente de especulaciones poco regulares; cobrados los primeros beneficios, su confianza creció y entregaron a Néron capitales cada vez más importantes. Pagaba a X con el dinero que le sacaba a Y y a Y con el que le sacaba a Z; sacaba de esos fondos el dinero necesario para sus gastos. Una combinación tan simplista tenía que llegar a saberse, evidentemente; a él no le importaba, quería probar la gran vida y lo había hecho. En caso de serios disgustos el suicidio era una salida que siempre había encarado sin desagrado: a decir verdad, no era su primera tentativa. En cuanto a su cultura, era un engaño. El inédito de Hegel nunca había existido ni el teatro de Palladio en Bolonia, y los detalles que había dado a Dullin sobre el teatro chino los había inventado. Hablaba y yo lo escuchaba absorta: el poderoso mecenas había sido reemplazado por un empleadito enloquecido. De pronto, le tomamos simpatía; su seguridad de rico nos había impresionado: se trataba en verdad de un personaje bastante extraordinario. Exponiendo su erudición, Néron nos había parecido un tonto: ¡qué astucia había necesitado para disfrazar tan bien sus ignorancias! Preferíamos con mucho la mitomanía a la pedantería y al snobismo. Que comprara a golpe de millones relaciones intelectuales era irritante: pero admiramos la osadía y el ingenio que había desplegado para transformar, aunque fuera fugazmente, el gusto de su vida. Comprendí cómo Lise había podido encontrar a Renée en un hotel de anteúltima categoría; también ella tenía pasta de aventurera y el interés que me inspiraba creció. Poco después, Néron fue encarcelado en Fresnos; pero sus víctimas se habían comprometido más o menos aceptando a ojos cerrados beneficios anormales: ninguna de ellas llevó el asunto a fondo; además Néron se enfermó de tuberculosis pulmonar; salió muy pronto de la cárcel y fue a cuidarse al campo.

Sartre y Dullin rieron juntos de esa celada en la que se habían dejado atrapar; sin embargo, suspiraban tras el millón esfumado. "Montaré la pieza lo mismo", dijo Dullin. Está-

bamos seguros de que lo haría, pero había que tener paciencia.

En cuanto a mí, Brice Parain me había hablado en enero de *En defensa propia;* me había sorprendido mucho diciéndome: "En realidad, Françoise es una aislada" cuando yo había dado a Françoise el gusto y la necesidad de comunicación que yo encontraba en mí. Había advertido, más justamente a mi modo de ver, que no tenía pasta de asesina. Pensaba que la novela merecía ser publicada pero deseaba tener la opinión de Paulhan. Éste conservó el manuscrito bastante tiempo. En junio, fui a verlo con Sartre en el departamento que ocupaba frente a las arenas de Lutèce: era un lindo día y yo me sentía bastante emocionada. Paulhan tomó un aire de hombre intrigado para preguntarme si Dullin se parecía verdaderamente al personaje de Pierre. Consideraba mi estilo demasiado neutro y sugirió con bondad: "¿Le aburriría mucho volver a escribir el libro desde el principio hasta el fin?" "¡Oh! —dije—. Me resultaría imposible, ya he pasado cuatro años sobre él." "Bueno —dijo Paulhan—, en esas condiciones, lo publicaremos tal cual está. Es una novela excelente." No comprendí muy bien si me decía un halago o si entendía que mi novela era de las que se considera comercialmente como buenas. Pero lo esencial era que mi libro fuera aceptado: aparecería a principios del verano próximo. Más que alegría, sentí un inmenso alivio. Me aseguraron que mi título *En defensa propia* no convenía; después de haber dado vueltas en mi cabeza a muchas frases y palabras, propuse *La invitada*, que fue aceptado.

Quisimos volver a la zona libre para cambiar de aire: el paso era particularmente fácil en el País Vasco, se decía: alguien nos indicó una dirección en Sauveterre. Bost nos acompañaba. A eso de mediodía, un guía nos llevó en bicicleta hasta un sendero: "Ya están", nos dijo al cabo de quinientos metros; almorzamos en Navarreux: la hostería estaba llena de refugiados que no habían atravesado la línea por placer —judíos en su mayoría— y que parecían extenuados

Dimos una gran vuelta por los Pirineos: los paisajes de la alta montaña eran menos esplendorosos que los de los Alpes; me gustaba sobre todo el país bajo: Saint-Bertrand-des-Comminges y su claustro; Montsegur, la célebre guarida desde donde los albigenses desafiaron durante mucho tiempo a los cruzados del Norte. Llevé a Bost a Lourdes, donde sus ojos protestantes se desorbitaban ante los "palacios del Rosario", sus vírgenes con música, sus grutas fosforescentes, sus pastillas milagrosas; Sartre no fue con nosotros: nos dejaba hacer ciertos paseos solos y él escribía; así, una mañana, subí a pie con Bost desde el puerto del Tourmalet hasta el pico del Midi de Bigorre: Sartre se quedó sentado en la hierba en pleno viento, escribiendo sobre sus rodillas; cuando lo volvimos a encontrar, había cubierto muchas páginas bajo el ventarrón y estaba muy satisfecho. Sin embargo, el viaje era bastante cansador, a causa de lo empinado de las cuestas y del mal estado de nuestros neumáticos; teníamos que emparchar sin cesar. Además comíamos demasiado poco. Para almorzar comprábamos en las aldeas fruta y tomates; comíamos por lo general una sopa transparente y una mala legumbre. La carne era tan rara que, en una libreta en que señalaba solamente nuestras etapas, anoté un día: ¡dos clases de carne para almorzar! No se encontraba fácilmente lugar en los hoteles y, a menudo, dormíamos en las granjas. Vimos nuevamente Foix; recordábamos nuestra conversación al borde del torrente en vísperas de la guerra; no era a este *después* al que nos preparábamos. En Foix, Bost nos abandonó; iba a ver a unos amigos en Lyon, de donde debía volver a París; lo atraparon al atravesar la línea y rabió durante dos semanas en la cárcel de Châlons. Cuando salió, tambaleaba de hambre y almorzó dos veces seguidas.

Desde los Pirineos orientales, con muchas vueltas, fuimos a Provenza. Cada día se hacía más difícil alojarse y alimentarse. Cuando la ruta pasaba a lo largo de los viñedos, nos apeábamos y robábamos uvas: nos salvaron de la inanición.

En Marsella, la penuria era aun más radical que el año

anterior; nos gustaba tanto esa ciudad, sentíamos de nuevo tanto placer en poder ver películas norteamericanas, que nos quedamos allí algunos días; nos alimentábamos de un mal pan sobre el cual extendíamos una especie de *ailloli* [1] sin huevo que quemaba la boca: era más o menos el único producto que se vendía libremente en los almacenes; descansábamos nuestro paladar comiendo helados verdes o rosas, que eran sólo agua coloreada sin ningún gusto. Se encontraban en abundancia las "pastas de frutas" que fabricaba la antigua banda del "Flore", pero eran más indigestas que los cordones de zapatos de *La quimera del oro*. "Comprendo la frase de William James: la prueba del pudding se hace comiéndolo" le dije a Sartre. La rebelión de nuestros estómagos probaba que un gran número de mercaderías que se daban por comestibles no lo eran en absoluto. Como Carlitos Chaplín yo tenía visiones, o casi, cuando pasaba ante los restaurantes donde había comido antes pescado a las hierbas, atún a la chartreuse, verdaderos *aillolis;* veía entrar a señores y señoras bien vestidos; no teníamos en el bolsillo con qué poner los pies allí una sola vez.

A pesar del hambre que empezaba a obsesionarnos, me empeñé en continuar el viaje y Sartre, que no quería privarme de nada, no protestó. Volvimos a ver la región de Aigoual y la Couvertoirade; comprobamos en carne propia lo que habíamos aprendido por Heidegger y Saint-Exupéry: cómo, a través de los instrumentos diferentes, el mundo se revela en forma distinta; la meseta de Larzac, por donde transitábamos en bicicleta, no coincidía con aquella por la que habíamos andado pisando grillos; y cada una poseía igualmente su verdad.

Habíamos decidido que no necesitábamos a nadie para volver a la zona ocupada: tomaríamos el mismo camino que a la ida. Tomamos el tren para Pau. Nuestras bicicletas no llegaron al mismo tiempo que nosotros; tuvimos que espe-

[1] Cocción de ajo picado y mezclado con aceite. (N. del T.)

rarlas un día entero; no nos quedaba un centavo: a mediodía, comimos frutas sentados sobre un banco y a la noche nada. Al día siguiente, en Navarreux, no encontramos ni un pedazo de pan ni un tomate. Pasada la línea sin inconvenientes, contábamos con telegrafiar a París para pedir dinero: en las localidades limítrofes, no había derecho a mandar telegramas. La situación se volvía crítica. Una amiga de mis padres vivía a veinte kilómetros de allí, al borde del Adour: fui. Me prestaron dinero y me invitaron a almorzar: me llené de pato y de alubias. Pero Sartre se había negado a ir conmigo. Estaba en ayunas cuando a la noche llegamos a Dax, donde comió un plato de lentejas. Tomamos boletos para Angers; tuvimos que pasar la noche en Burdeos; ni un cuarto en los hoteles. Dormimos en la sala de espera. El viaje duró todo el día, bajo un calor aplastante; en las estaciones comprábamos todo lo que se vendía en los andenes: falso café, algunos bizcochos duros. No sé cómo juntamos bastante fuerza para hacer todavía veinte kilómetros en bicicleta. Al llegar a La Pouèze, empezamos por darnos una ducha, luego nos precipitamos al comedor; Sartre tragó algunas cucharadas de sopa, luego se puso pálido, se levantó, vaciló, cayó cuan largo era sobre un diván y perdió el conocimiento. Se quedó tres días acostado; de tanto en tanto, le traían un caldo, una compota; abría un ojo, vaciaba dócilmente su tazón o su plato y volvía a dormirse. Mme. Lemaire estaba pensando en llamar a un médico cuando, bruscamente, Sartre se sacudió y declaró que se sentía regiamente. En efecto, volvió a vivir normalmente. Yo había adelgazado ocho kilos y estaba cubierta de pústulas.

Pasamos un mes restaurándonos, cuidándonos. Esas permanencias, cuyo encanto no debía debilitarse en los diez años que siguieron, eran para nosotros momentos de gracia; las más felices nos parecían las que duraban más tiempo. La región no era linda, ni la aldea, ni el jardín que rodeaba la casa; nada en esa gran vivienda trivial ni en su moblaje halagaba particularmente la mirada; pero, en el campo, como en

París, Mme. Lemaire tenía el don: uno se sentía bien cerca de ella. Ocupaba en el primer piso una gran habitación de baldosas rojas con vigas aparentes en el cielo raso y paredes blanqueadas y opacas; un gran desorden de ropa, de libros, de objetos, cubría la cama, las sillas, las cómodas y las mesas: ese cuarto no era un decorado, sino una presencia. Una puerta elegantemente tallada la separaba de la de Sartre, bastante vasta también, donde yo había instalado mi mesa de trabajo; yo sólo iba a la mía para dormir. Jacqueline Lemaire acampaba detrás de un biombo, cerca de la cama de su madre. En el mismo piso vivía una jorobada de ochenta y dos años que Mme. Lemaire había recogido; se la encontraba por los corredores en corsé y calzones largos. Una princesa rusa vivía en la planta baja; muy anciana, altanera y completamente sorda, nunca salía de su cuarto; lo compartía con un perrito blanco, peludo, arrogante y estúpido, al que quería con locura. Mme. Lemaire tenía una enorme perra, a la que un viaje de tres días y tres noches en las tinieblas de un vagón de carga, a principios de la guerra, había vuelto medio loca; atacaba de improviso a los chicos y a los animalitos; la ataban; una noche, no obstante, despanzurró al perro blanco. La princesa aulló durante horas. Las dos viejas comían en sus cuartos. Nosotros almorzábamos y comíamos con Mme. Lemaire y Jacqueline y conversábamos los cuatro hasta pasada la medianoche, por lo general en el cuarto de Sartre. Imperiosos campanillazos turbaban nuestras conversaciones: M. Lemaire desde la declaración de la guerra no se levantaba de la cama; tenía ataques de angustia que lo bañaban en sudor; a su llamado, su mujer o su hija se precipitaban y a veces se quedaban horas junto a él, diciéndole cosas reconfortantes. Exigía a su alrededor una espesa oscuridad, que sólo cortaba la luz de una vela. Algunos días permanecía completamente inmóvil, sin querer siquiera sacar las manos de debajo de la sábana. A sus horas se interesaba en las cosas del mundo; leía los diarios y hasta libros; la gente de la aldea venía a pedirle su opinión. Yo nunca me acerqué a

él. Josephine, una vieja huraña y devota, lo servía con una abnegación de esclava; tiranizaba al resto de la familia; prácticamente lo decidía todo; nos miraba a Sartre y a mí con desconfianza. En cambio, teníamos el beneplácito de Nanette, una octogenaria calva que había sido en París criada de Mme. Lemaire; le dijo con compunción, hablando de nosotros: "Son personas justas y de buen consejo." Con independencia de sus funciones de enfermeras, Mme. Lemaire y Jacqueline se daban mucho trabajo para conseguir abastecerse, para hacer encomiendas y mandarlas a sus amigos de París: apenas dormían y no descansaban nunca. Sartre y yo pasábamos nuestros días escribiendo y leyendo; a veces, yo conseguía llevar a Sartre afuera; paseábamos en bicicleta o de preferencia a pie; es más cómodo para conversar. Cuando el tiempo estaba lindo, yo me demoraba en los prados. Leí *Los siete pilares de la Sabiduría*, acostada en la hierba bajo los manzanos con olor a infancia. Poníamos regularmente la B.B.C. y a veces escuchábamos un poco de música. A fines de setiembre, Sartre escribió para *Les Cahiers du Sud* un artículo sobre una novela que la crítica consideraba un acontecimiento: *El Extranjero*, de Albert Camus. Habíamos leído algunas líneas de ella, las primeras en una crónica de *Comedia* y en seguida nos había interesado; el tono del relato, la actitud del Extranjero, su rechazo de las convenciones sentimentales, nos gustaban. En su estudio Sartre no alabó la novela sin reservas, pero le concedió mucha importancia. Hacía tiempo que ningún nuevo autor francés nos conmovía tanto.

La prensa había comentado triunfalmente la derrota del desembarco en Dieppe, intentado el 20 de agosto por los ingleses; sin embargo, en octubre ya era fácil leer entre líneas en los diarios que los acontecimientos no se desarrollaban como Hitler lo había previsto. Anunciaba desde hacía tiempo las inminentes victorias de las tropas del Eje en el frente de El Alamein y en el frente ruso, en Stalingrado; ahora

nos decían que resistían, que luchaban con heroísmo: habían pasado a la defensiva. En el interior, estrechas relaciones se habían establecido entre los resistentes y Londres; los actos "terroristas" se ampliaban: las represalias cobraban una nueva violencia. No solamente en Normandía, sino en toda la zona ocupada, numerosos franceses, acusados de entenderse con Inglaterra a consecuencia de la aventura de Dieppe, fueron internados o ejecutados. *Avisos* amenazadores ponían en guardia a las poblaciones contra las vinculaciones con el enemigo; toda operación de paracaidistas debía, bajo amenaza de muerte, ser denunciada inmediatamente. La explosión de bombas de tiempo en el cine Garenne Palace y en el cine Rex y el ataque con granadas a un destacamento alemán en la calle de Hautpoul fueron pagados caro: cuarenta y seis rehenes comunistas fueron fusilados en el fuerte de Romainville, sesenta y seis en Burdeos. Sin embargo, otras dos bombas mataron en la estación Montparnasse y en la estación del Este a tres soldados alemanes. Ahora la inmensa mayoría de los franceses esperaba con impaciencia la derrota alemana. La propaganda trataba en vano de levantar la opinión contra los raids ingleses. El país había sufrido demasiado durante esos dos años; ni el terror, ni las lindas palabras podían paralizar sus rencores. Los llamados reiterados de Laval en favor del "Relevo", la extorsión a cuenta de los prisioneros, tuvieron tan poco éxito que los alemanes emplearon la fuerza; pero la mayoría de los obreros elegidos por el S.T.O. trataban de sustraerse; entre los jóvenes, algunos se iban al maquis y empezaban a organizar en zona libre una resistencia armada.

Y bruscamente, el 8 de noviembre ¡qué golpe de alegría recibimos en pleno corazón! Las tropas anglosajonas habían desembarcado en África del Norte; Giraud, que, desde su evasión vivía en residencia vigilada, se había ido a Argelia; el mismo Darlan juntaba contra Alemania a los franceses de África. Los comunicados alemanes, las declaraciones de Vichy, los vituperios angustiados de los colaboradores, todo

contribuía a nuestro júbilo. Los alemanes cruzaron inmediatamente la línea de demarcación para "defender" la costa mediterránea; pero poco nos importaba que barrieran la ficción de una zona "libre". Era un placer abrir los diarios. Nos enterábamos de que, en Toulon, la flota había sido hundida para no caer en manos de los alemanes, que Delattre de Tassigny había huido al maquis, que, pese a su oportuno cambio, Darlan había sido asesinado. Vichy, la prensa, la radio, rugían contra los "traidores"; nos informaban rechinando los dientes que en "la disidencia" no reinaba la armonía: entre Giraud y de Gaulle había roces. Poco nos importaba. Las tropas aliadas tenían a África del Norte, eso era lo que contaba. Al repetirnos febrilmente que cualquier tentativa de desembarco anglo-sajón en Italia, en Francia, estaba condenada al fracaso, la propaganda nazi nos convencía de su inminencia.

El precio de esa victoria fue una nueva ola de detenciones; los *Avisos* anunciando a los franceses las ejecuciones de los terroristas y de los rehenes se hicieron menos frecuentes, luego desaparecieron: la Gestapo ya no deseaba esa publicidad; pero las cárceles estaban repletas; en la calle de Saussaies, en la calle Lauriston, se torturaba sin descanso. A instigación de los alemanes, Vichy transformó la Legión en una milicia que, bajo las órdenes de Darnand, debía oponerse a la "disidencia del interior" y que acosó a los resistentes en forma todavía más salvaje de como lo hacían los S.S. Trenes de deportados partían constantemente hacia Alemania; estaban llenos de "políticos" y de judíos que la policía arrestaba, por toda Francia; ya no hacían diferencia entre los judíos de ascendencia francesa y los de ascendencia extranjera: todos debían ser eliminados. Hasta entonces, la "zona libre" les había servido de refugio incierto: ya ni siquiera tenían ese recurso. Muchos eligieron el suicidio. El horror de esos destinos nos obsesionaba. Esa obsesión era benigna comparada con el horror en sí mismo, tal como millares de hombres y de mujeres lo vivían en su corazón y en su carne hasta que

llegara la muerte; su desgracia nos era extraña; pero es verdad también que envenenaba el aire que respirábamos.

Habíamos paseado por última vez por los viejos barrios de Marsella que yo había querido tanto; se me oprimió el corazón al enterarme de que Hitler había ordenado que los destruyeran a continuación de un atentado dirigido contra un burdel frecuentado por alemanes; la policía de Pétain sólo dejó algunas horas a los habitantes para evacuarlo; unas veinte mil personas se encontraron sin vivienda; las amontonaron en los campos de Fréjus y de Compiègne. Y sus casas fueron arrasadas.

Sin embargo, las noticias transmitidas por la B.B.C. nos reconfortaban. El porvenir nos era devuelto; se necesitaba justo un poco de paciencia: nos sobraba. Yo me había habituado a la incomodidad; soportaba con el corazón liviano las dificultades materiales, que cada día eran más extremas. Para empezar, al volver a París tuve una sorpresa desagradable: la patrona de mi hotel no me había guardado mi cuarto; era muy difícil encontrar un alojamiento amueblado con una cocina y pasé varios días recorriendo todos los hoteles de Montparnasse y de Saint-Germain-des-Prés. Terminé por descubrir lo que buscaba en la calle Dauphine; pero era miserable: una cama de hierro, un armario, una mesa, dos sillas de madera, entre paredes peladas, con una fea luz amarilla en el cielo raso; la cocina era también el baño. El hotel era un galpón roñoso, con una escalera de piedra helada con olor a moho y a otras cosas innombrables: pero no tenía opción.

Para mudarme alquilé un carrito. Nunca había tenido mucho respeto humano, pero, sin embargo, antes de la ocupación no se me hubiera ocurrido engancharme entre las varas; ahora poca gente podía pagarse el lujo de pensar en el "qué dirán" y yo no era una de ellas. Con la ayuda de Lise arrastré alegremente a través de París mis valijas y algunos paquetes de libros. Ese espectáculo a nadie le parecía insólito y ni en Saint-Germain me hubiera sentido incómoda

si hubiese cruzado a gente conocida: uno se arreglaba como podía. Era uno de los buenos lados de esa época: un montón de convenciones, de timideces, de ceremonias, habían sido barridas; las necesidades estaban reducidas a su verdad: eso me gustaba; también me gustaba esa casi igualdad que nos era impuesta; nunca me habían gustado los privilegios. Me decía que, si un régimen no socialista, aunque fuera de un extremo ascetismo, estaba instaurado sobre bases valederas, lo aceptaría sin dificultad: hasta me sentiría más cómoda que dentro de la injusticia burguesa; un solo sacrificio me hubiera costado: renunciar a esos largos viajes que habían enriquecido cada uno de mis años; de los antiguos placeres de mi vida era el único que de veras echaba de menos. Los otros o los conservaba o no me importaban.

El hotel en que me instalé era, sin embargo, más sórdido de lo que yo hubiera deseado. En el mismo piso que yo, había una mujer que vivía del hombre; tenía un chico de cuatro años al que golpeaba mucho y lloraba todo el tiempo; cuando recibía a un cliente mandaba al chico a la puerta. El chico se sentaba sobre un peldaño de la escalera y se quedaba allí durante horas, tragando sus lágrimas, helado. En el curso del año, hubo dos pisos más arriba un curioso escándalo. Una de las inquilinas, una mujer joven, ayudaba a la patrona a limpiar bien o mal la casa y hacía ella misma su cuarto; nadie entraba nunca en aquella habitación, de donde salía un olor tan inquietante que los vecinos se quejaron. La patrona, usando su llave maestra, entró sin advertir: el piso estaba cubierto de excrementos y, en un armario, pedazos de defecación humana se alineaban sobre las baldas como pastelitos en una confitería. Se armó un terrible alboroto y la culpable fue expulsada en seguida y dejó el hotel sollozando bajo las injurias.

Ya he dicho con qué cuidado yo administraba las provisiones que conseguía amontonar; estaba desesperada y furiosa, si, cuando abría un paquete de fideos, veía que estaba lleno de lombrices: muchos comerciantes liquidaban sin escrúpulos

alimentos vetustos. Un día tuve el estupor de encontrar mis bolsas de lentejas y de arvejas rotas: lo que quedaba estaba lleno de excrementos de ratones; habían roído la madera de la alacena para meterse en el interior. Compré tarros de lata y logré proteger mis bienes; pero a menudo, de noche, oía zarabandas y estruendos de metal: el enemigo atacaba. Se decía que las ratas pululaban en París; me inquietaban mucho más que las inofensivas visitantes del hotel del "Petit Mouton". Terminaron por hacerme odiar mi vivienda.

Sin embargo, no medí su estado de ruina hasta la visita de Courbeau; vino a París con su mujer y los invité a comer; cuidé la comida, puse dos huevos en el budín de papas y algunos gramos de manteca en las zanahorias. Cuando entraron, cambiaron una mirada tan incrédula que medí la distancia que separaba mi covacha de su casa de El Havre; coloqué con molestia sobre la mesa las porquerías que había preparado. Volvimos a hablar más tarde y confesaron su estupor.

Seguí viviendo en soledad; sin embargo, la familia se enriqueció con un nuevo miembro: Bourla, un joven judío español que en la primavera de 1941 había seguido en el liceo Pasteur los cursos de Sartre. Venía a verlo de tanto en tanto al "Flore" o al "Deux Magots". Su padre manejaba grandes negocios y creía no tener nada que temer de los alemanes, porque el cónsul de España lo protegía. Dieciocho años, un rostro que algunos encontraban feo y otros hermoso; bajo un pelo muy negro, rizado y embarullado, ojos sombríos, chispeantes de vida, un aire de dulzura y de pasión; nos caía muy bien. Estaba presente en el mundo de una manera tumultuosa, infantil, torpe, apasionada, incansable. Leía con fervor a Spinoza y a Kant, pensaba preparar más tarde una tesis de filosofía. Un día, hablando con él del porvenir, Sartre preguntó: "¿Y en caso de victoria alemana?" "La victoria alemana no entra en mis planes", contestó con firmeza. Escribía poemas y pensábamos al leerlos que tenía posibilidades de llegar a ser un verdadero poeta. Un día trató de



Escaneado con CamScanner

explicarme qué fácil le resultaba, qué difícil le resultaba, arrojar palabras sobre una página en blanco: "Lo que necesito, me dijo, es confiar en el vacío." La fórmula me impresionó. Siempre concedía yo importancia a lo que él decía, porque no adelantaba nada cuya verdad no hubiera experimentado.

Conoció a Lise y se enamoró de ella; decidieron vivir juntos y se instalaron en mi hotel en la calle Dauphine. Se peleaban todo el tiempo pero se querían enormemente. Él ejercía una buena influencia sobre ella; no se reconocía ningún derecho y todo lo que poseía lo daba: su chocolate de J3, sus tricotas, su dinero, el que pedía a su padre, el que le quitaba. M. Bourla guardaba en un cajón rollos de monedas de oro y dos o tres veces Bourla le sacó alguna; entonces, convidaba a Lise con inmensos festines de mercado negro. Tragaban todo junto, cremas heladas, ostras, salchichas. Aquella generosidad fascinaba a Lise, hasta el punto de que estaba casi tentada de imitarlo. Era simpático verla tan alta, tan rubia, caminar con una majestad campesina al lado de Bourla, tan negro, rápido, con los ojos y las manos al acecho. Me encontraba un poco demasiado razonable, pero me quería mucho. Lise reclamaba de noche que fuera a darles las buenas noches a la cama. Yo la besaba y él me tendía la frente: "¿Y a mí no me besa?" Lo besaba también.

El invierno fue rudo. No solamente faltó el carbón sino también la electricidad; cerraron un gran número de estaciones de subterráneo; en los cines, suprimieron las matinées; había cortes frecuentes durante los cuales había que iluminarse con velas que, por otra parte, era muy difícil conseguir. No se trataba de trabajar en la humedad helada de mi cuarto. En el "Flore" no hacía frío; lámparas de acetileno daban un poco de luz cuando las luces se apagaban. Fue entonces cuando tomamos la costumbre de instalarnos allí durante nuestras horas libres. No encontrábamos allí solamente un confort relativo: era nuestra *querencia,* nos sentíamos en casa, al amparo.

Durante el invierno sobre todo, yo me esforzaba por llegar en cuanto abría para ocupar el mejor lugar, donde hacía más calor, al lado del caño de la estufa. Me gustaba mucho ese momento cuando, en la sala todavía vacía Boubal, con un delantal azul anudado alrededor del cuerpo, reanimaba su pequeño universo. Vivía arriba del café, en un departamento al que se llegaba por una escalera interior que desembocaba en el zaguán del primer piso; bajaba antes de las ocho y abría él mismo las puertas. En su sólido rostro auvernés sus ojos estaban inyectados de sangre: durante una o dos horas resoplaba de ira. Con voz irritada, daba órdenes al pinche que, por una trampa abierta cerca de la caja, subía botellas y latas; con los camareros Jean y Pascal comentaba los acontecimientos de la víspera: se había dejado encajar un café falsificado que apestaba y los clientes lo habían tomado sin parpadear; se reía pero con rabia: "¡Si les dieran m... la comerían!" Desalentaba y aceptaba a los corredores con la misma hosquedad. Hincada sobre el piso, una fregona lavaba vigorosamente las baldosas; tenía el orgullo de su oficio: "Yo —le dijo un día al pinche— nunca he necesitado a los hombres: he triunfado sola." Poco a poco Boubal se calmaba: se sacaba el delantal; rubia, rizada, rosada, prolija, su mujer bajaba la escalera a su vez y se instalaba detrás de la caja. Los primeros clientes aparecían; yo miraba con envidia a una librera de la calle Bonaparte, pelirroja, caballuna, siempre flanqueada por un buen mozo que pedía té y tarritos de dulce de un precio exorbitante; la mayoría se contentaba como yo con un jugo negruzco. Una morenita amiga de Sonia y de Agnès Capri, que se había eclipsado durante dos años, se sentó una mañana ante una mesa y pidió con sencillez: "Un café con crema." Fue un concierto de risas matizadas de crítica. Me asombró que esas cuatro palabras se hubieran vuelto tan extravagantes y sobre todo me asombré de asombrarme tan poco por lo general. Cuando me decían en 1938, en 1939, que los alemanes tragaban en vez de café cocciones de hierbas, me sorprendía, me



Escaneado con CamScanner

parecían pertenecer a una especie tan lejana como esas tribus que se dan un banquete de lombrices. Y ya tenía que hacer un esfuerzo para recordar que antaño, en el "Flore", se podía tomar jugo de naranja y comer huevos fritos.

Un cierto número de parroquianos se instalaban como yo ante las mesas de mármol para leer y escribir: Thierry Maulnier, Dominique Aury, Audiberti, que vivía enfrente, en el hotel Taranne, Adamov, con los pies desnudos y azules en sus sandalias. Uno de los más asiduos era Mouloudji. Desde hacía tiempo componía poemas y llevaba caprichosamente una especie de diario; me los había mostrado y lo había alentado; yo pensaba en aquella época que no hay nada mejor en este mundo que escribir y Mouloudji sin duda estaba dotado. Se había puesto a redactar en una forma apenas novelada sus recuerdos de infancia. De tanto en tanto, yo le corregía faltas de ortografía o de sintaxis, o le daba algunos consejos, pero con prudencia, pues respetaba la astuta candidez de su estilo. Boubal lo odiaba porque estaba mal vestido, mal peinado y porque solía acaparar una mesa durante horas sin renovar su consumición. De tanto en tanto le daban un papel en un film, pero, en cuanto cobraba el dinero, se lo daba a su padre, a su hermano, lo distribuía a sus amigos: nunca tenía un centavo. Había conocido en Marsella a Lola, la linda pelirroja cuyos ojos infinitos y boca carnosa yo había admirado tan a menudo en el "Flore"; vivía más o menos con ella, que tampoco era rica. Él no pertenecía del todo a "la familia", no teníamos con él un trato continuo, pero estaba cerca; una amistad ya vieja lo unía a Olga, se entendía bien con Wanda, veía a menudo a Lise, que no tardó en hacerse también íntima de Lola.

Todos los días a eso de las diez de la mañana dos periodistas se sentaban el uno junto al otro sobre el butacón del fondo y desplegaban *Le Matin*; uno de ellos, el calvo, escribía en *Le Pilori*, el otro en *La Gerbe*. Comentaban los acontecimientos con aire seguro: "Lo que habría que hacer, dijo un día el calvo, es embarcarlos a todos en un barco inmenso

que se abriera en dos en medio del océano. Tal como van las cosas, nunca nos veremos libres de estos judíos." El otro meneaba la cabeza con aprobación. No me molestaba oírlos; había en sus rostros, en sus palabras, algo tan irrisorio que, durante un instante, la colaboración, el fascismo, el antisemitismo, me parecían una farsa destinada a divertir a algunos simples de espíritu. Luego, me recobraba con estupor; podían perjudicar, perjudicaban; sus colegas en *Je suis partout* indicaban las guaridas de Tzara, de Waldemar George, de muchos otros, y reclamaban su arresto; reclamaban que deportaran al cardenal Liénart, que había hablado contra los alemanes en el púlpito. Su misma nulidad los hacía peligrosos.

Nadie hablaba con esos dos colaboracionistas, salvo un hombrecito moreno, de pelo rizado, que se decía secretario de Laval; hablaba poco, tenía ojos huidizos y nos parecía sorprendente que su función le dejara tiempo para pasar tantas horas en el café. Quizá, aunque no lo demostraba, Zizi Dugommier pertenecía al mismo bando; era una solterona puntiaguda, curiosamente vestida, que dibujaba y coloreaba de la mañana a la noche Santas Teresitas e Inmaculadas Concepciones. Se me acercó un día. Era copista; ¿no tenía trabajo para darle? Corría la voz de que estaba bien con la Gestapo; solía subir a los lavabos y se quedaba mucho tiempo encerrada; se sospechaba que era allí donde redactaba informes: pero ¿sobre qué? ¿Sobre quién? Se suponía que espiaba las conversaciones telefónicas. Es verdad que en 1941 algunos clientes hablaban por teléfono en voz tan resonante de cosas tan comprometedoras que Boubal rompió los vidrios de la cabina: privados de esa protección falaz, los más imprudentes empezaron a medir sus palabras; por lo tanto, Zizi no podía sorprender ya nada que pudiera interesar a la policía. Lo que me parece verosímil es que haya vendido a la gente por gusto y sin provecho. Desapareció en junio de 1944 y nadie volvió a verla jamás.

¿Hubo otros confidentes? Al principio de la ocupación, dos

o tres parroquianos del "Flore" fueron detenidos ¿quién los había delatado? Nadie lo supo. En todo caso, ya nadie conspiraba a lo aturdido y, si bien algunos resistentes llevaban vida de café, era para disimular. A eso de las once de la mañana, Pierre Benard se sentaba, siempre en el mismo lugar, entre la puerta y la escalera, y bebía solitariamente, obeso, un poco congestionado, nada indicaba que tuviera otras actividades. Había también unos muchachos que bebían, fumaban, flirteaban, bostezaban a lo largo del día, con una afectación de pereza que me engañó: supe mucho más tarde su verdadera personalidad. En conjunto, los clientes del "Flore" eran resueltamente hostiles al fascismo y a la colaboración y no lo ocultaban. Los ocupantes lo sabían sin duda, pues nunca ponían los pies allí. Una vez un joven oficial alemán empujó la puerta y se sentó en un rincón con un libro, nadie se movió, pero debió sentir algo, pues muy pronto cerró su libro, pagó su consumición y se fue.

Poco a poco, en el curso de la mañana, la sala se llenaba; a la hora del aperitivo estaba llena. Picasso sonreía a Dora Maar, que llevaba un perro de una correa. León Paul Fargue callaba, Jacques Prévert peroraba; había discusiones bulliciosas en las mesas de los cineastas, que desde 1939 se encontraban allí casi todos los días. Algunos viejos señores del barrio se mezclaban a esa muchedumbre. Recuerdo a uno afligido de próstata: un aparato hinchaba una de las piernas de su pantalón. Otro, que llamaban el marqués o el gaullista, jugaba al dominó con dos amiguitas, a las que mantenía, se decía, lujosamente; encorvado, la cabeza caída, la mandíbula floja, susurraba al oído de Jean o de Pascal las noticias que acababa de oír en la B.B.C. y que se desparramaban en seguida de mesa en mesa. Sin embargo, los dos periodistas seguían soñando en voz alta con la exterminación de los judíos. Yo volvía a mi hotel para almorzar y, si no iba al liceo, recuperaba mi lugar en el "Flore". Lo dejaba para comer y de nuevo volvía hasta el cierre. Siempre se sentía un golpe de placer, de noche, cuando uno emergía de las

frías tinieblas para entrar en esa guarida tibia e iluminada, tapizada de hermosos colores rojos y azules. La "familia" entera se encontraba a veces en el "Flore", pero desparramada, según sus principios, por todos los rincones de la sala. Por ejemplo, Sartre conversaba con Wanda en una mesa, Lise en otra con Bourla, yo me sentaba al lado de Olga. Sin embargo, los únicos que nos incrustábamos todas las noches en esos asientos éramos Sartre y yo. "Cuando se mueran habrá que cavarles una fosa debajo del piso", decía Bourla con cierto fastidio.

Una noche llegábamos al "Flore" cuando vimos un relámpago, oímos un gran ruido de explosión; los vidrios temblaron, la gente gritó: una granada había estallado en un hotel transformado en *Soldatenheim*, en lo alto de la calle Saint-Benoit. Hubo en todos los cafés del lugar una gran efervescencia: era excepcional un atentado en esos parajes.

A la tarde, a la noche, solía sonar la alarma. Boubal expulsaba precipitadamente a los clientes y corría el cerrojo de las puertas; a Sartre, a mí, a dos o tres otros, nos concedía un trato de favor: subíamos al primer piso y nos quedábamos hasta el final del alerta. Para evitar esa molestia y también para huir de los rumores de la planta baja, tomé la costumbre a la tarde de subir en seguida al primero; algunos otros trabajadores de la pluma también se instalaban allí, sin duda por las mismas razones que yo; las plumas corrían sobre el papel; parecía una sala de estudios admirablemente disciplinada. Con una curiosidad más benigna de la que se atribuía a Zizi Dugommier, pero muy viva, yo prestaba oído a las conversaciones telefónicas. Un día asistí a una escena de ruptura representada por una actriz profesional, madura y fea. Tan pronto lejana como apremiante, altanera, como patética o sarcástica, dosificaba las invectivas, la ironía y el trémolo con un arte cuya inutilidad saltaba a la vista: yo casi podía oír los silencios de fastidio del hombre que esperaba del otro lado del hilo el momento de colgar. Al vivir codo con codo, sabíamos muchas cosas los unos de los otros y, aun cuando



Escaneado con CamScanner

no nos habíamos hablado nunca, nos sentíamos ligados. Normalmente no nos saludábamos; pero, si dos parroquianos del "Flore" se cruzaban en los "Deux Magots", entonces una sonrisa, una señal de la cabeza, marcaba su convivencia. El caso se presentaba raramente: había entre los dos establecimientos una separación casi absoluta. Si un cliente, hombre o mujer, del "Flore" engañaba a su amante oficial, ocultaba en los "Deux Magots" sus citas ilícitas. Al menos lo pretendía la leyenda.

A pesar de las restricciones y de las alertas, encontrábamos en el "Flore" una reminiscencia de los años de paz; pero la guerra se insinuó en nuestra *querencia*. Una mañana, nos dijeron que acababan de detener a Sonia; fue víctima, según parece, de los celos de una mujer; en todo caso, alguien la denunció; desde Drancy pidió que le mandaran una tricota y medias de seda: luego no pidió más nada. La checa rubia que vivía con Jausion desapareció y, algunos días después, de madrugada, Bella dormía en los brazos del muchacho a quien quería cuando la Gestapo golpeó a su puerta y se la llevó; una de sus amigas vivía con un hijo de familia que quería casarse con ella: fue entregada por su futuro suegro. Estábamos todavía imperfectamente informados sobre los campos de concentración, pero era aterrador el silencio en el cual se hundían esas lindas chicas tan alegres. Jausion y sus amigos siguieron yendo al "Flore" y sentándose en los mismos lugares: hablaban entre ellos con una agitación un poco desorbitada. Ningún signo indicaba sobre el butacón rojo el abismo que se había abierto al lado de ellos. Eso es lo que me parecía lo más intolerable de la ausencia: que no fuera exactamente *nada*. Sin embargo, las imágenes de Bella, de la checa rubia, no se borraron de mi memoria: significaban millares de otras. La esperanza renacía, pero yo sabía que nunca más la falaz inocencia del pasado resucitaría.

En La Pouèze durante las vacaciones de Navidad escuchábamos a diario por la B.B.C. el relato de los combates de



Escaneado con CamScanner

Stalingrado. El ejército de von Paulus, rodeado, trataba vanamente de liberarse. El 4 de febrero leímos en los diarios: "La heroica resistencia de las fuerzas europeas en Stalingrado ha terminado." No disimularon que, en Berlín y en toda Alemania, hubo varios días de duelo nacional.

El tono de la prensa, de la radio, hasta el de los discursos de Hitler, había cambiado; ya no nos rogaban que "hiciéramos la Europa"; nos suplicaban que la salváramos, evocaban el peligro bolchevique y todas las catástrofes que caerían sobre el mundo, "si Alemania era vencida". La hipótesis hubiera parecido sacrílega un año antes: ahora volvía bajo todas las plumas. Hitler decretó, en el frente, en los campos, en las usinas, una movilización general de la población alemana: quiso extenderla a los territorios ocupados. Laval promulgó el 17 de febrero una ley llamando por dos años al S.T.O. a los jóvenes de las clases 1940-1941-1942. Los carteles los exhortaban: "Ellos dan su sangre. Den ustedes su trabajo para salvar a Europa del bolchevismo." Muchos no se sometieron; falsificaban sus documentos de identidad, se ocultaban, se iban al maquis, cuyos efectivos crecieron considerablemente. [1] La extraña noticia que anunciaron los diarios suizos e ingleses: "Rebelión armada en Alta Saboya" era exagerada. Pero el hecho es que en Saboya, en el Centro, se formaban ejércitos, se equipaban y se preparaban para la guerrilla. Déat en *L'Oeuvre* llamaba a Francia "la Vendée de Europa", porque, como la Vendée antaño había rechazado la Revolución francesa, Francia se sublevaba contra la "Revolución europea".

La resistencia intelectual se organizaba. A principios de 1943, unos intelectuales comunistas propusieron a Sartre que se uniera al C.N.E.; les preguntó si tenían ganas de hacer entrar a un espía en sus filas, pero declararon ignorar los rumores que en 1941 se habían hecho correr sobre él. Participó por lo tanto en las reuniones que presidía Éluard y

[1] El ejército del armisticio desmovilizado contribuyó en gran parte a ese crecimiento.

colaboró en *Lettres françaises*. Yo todavía no había publicado ningún libro y no lo acompañé. Lo lamentaba; me hubiera gustado conocer gente nueva: Sartre me habló de ellos con tanta minucia que tuve casi la impresión de haberlos visto con mis ojos; pronto dejé de envidiarlo. Me había apasionado por "Socialismo y Libertad", porque se trataba entonces de una improvisación arriesgada; pero, por los relatos de Sartre, las sesiones del C.N.E. tenían algo de oficial y rutinario que no me atraía nada. Yo me atormentaba un poco cada vez que él se iba y durante todo el tiempo que duraba su ausencia; sin embargo, estaba muy contenta de que hubiéramos salido de nuestro aislamiento, sobre todo porque había sentido cómo la pasividad le pesaba a Sartre.

Todas las personas que frecuentábamos eran de la misma tendencia que nosotros. Marie Girard, sin embargo, nos reprochó un día que no veíamos más allá de nuestras narices: "La derrota alemana será el triunfo del imperialismo anglonorteamericano", dijo. Reflejaba la opinión de la mayoría de los intelectuales trotskistas, que se mantenían equidistantes de la colaboración y la resistencia; en realidad, temían mucho menos la hegemonía norteamericana que el crecimiento del poder y prestigio stalinianos. Pensábamos que de todas maneras menospreciaban la jerarquía de los problemas y su urgencia: era necesario primero que Europa se limpiara del fascismo. No dudábamos ya que sería aplastado y en un porvenir cercano. La R.A.F. bombardeaba en Francia los centros industriales y los puertos; también bombardeaba la Renania. el Ruhr, Hamburgo, Berlín. El 14 de mayo, la batalla de Túnez estaba perdida para el Eje. Los alemanes edificaban febrilmente el muro del Atlántico: en ambos bandos se consideraba el desembarque como inminente.

La literatura vegetaba. Queneau publicó *Pierrot mi amigo* cuyos chistes me parecieron demasiado estudiados. En *Aminadab* de Blanchot algunos pasajes me impresionaron, entre otros, porque respondían a mis preocupaciones del mo-

mento, los del verdugo a pesar suyo: en conjunto la novela de Blanchot parecía un plagio de las de Kafka. Bachelard, en *El agua y los sueños*, aplicaba a la imaginación un método muy cercano del psicoanálisis existencial: casi nadie se había arriesgado todavía a ese género de inspiración y el libro nos interesó. Se hizo mucho ruido alrededor de la última obra de Saint-Exupéry: *Piloto de guerra*. Describía muy bien su experiencia de aviador durante el derrumbe de Francia; pero había agregado a ese relato una larga y nebulosa disertación, de un humanismo lo bastante equívoco para que el libro fuera aplaudido por los críticos de *Paris-Midi*, de *Aujourd'hui*, de *Nouveaux Temps*, y hasta por Maxence. Solamente, o casi, *Je suis partout* lo atacó.

El cine francés se despertaba; aparecieron nuevos directores. Delannoy dio *Puentecarral* y *El infierno del juego;* Becker, *Goupi manos rojas*; Clouzot, *El asesino vive en el 21;* Daquin, *El viajero del día de todos los Santos*, donde se veía durante algunos minutos a Simone Signoret. Nos preguntábamos por qué una chica tan linda todavía no había conseguido un gran papel. El film más interesante fue *La noche fantástica*, filmado por L'Herbier sobre un argumento de Chavance y que desconcertó mucho al público. Raimu estaba sensacional en *Los desconocidos en la casa*, pero el libreto hacía desagradables concesiones al racismo; el asesino que encarnaba Mouloudji no estaba designado expresamente como judío, pero era un mestizo. En *Los visitantes de la noche*, filmado por Carné, sobre un libreto de Prévert, había de todo: hermosas imágenes y un exceso de literatura. El castillo nuevo que ardía no parecía un verdadero castillo recién construido sino un gran turrón: estropeaba el paisaje. Yo prefería con mucho *Luz de verano*, donde Prévert colaboró con Grémillon.

Dullin cumplió su promesa; en la primavera empezó a ensayar *Las moscas* con las dos Olgas. Ese texto que yo conocía casi de memoria me apasionó verlo transformarse en espectáculo: sentí el deseo de escribir una pieza yo también. Sin embargo, las cosas no andaban sobre ruedas. Hubo mu-

cha agitación antes que los decorados y los trajes quedaran establecidos. Las estatuas de Júpiter y de Apolo ocupaban un gran lugar en la acción; por lo tanto, Dullin decidió dirigirse a un escultor; eligió a Adam, un gigante plácido y muy simpático; su mujer tenía una inmensa cabellera negra y rizada, que le comía toda la cara, y un cuerpito agradablemente rechoncho y envuelto en vestidos negros adornados con joyas abigarradas. Su departamento en la calle Christine era, en un género muy diferente, tan encantador como el de Camille; en el comedor con baldosas rojas con ventanas veladas con muselina, había una mesa larga y bancos de madera maciza, cacharros de cobre, pilas de cemento llenas de legumbres lustradas; ristras de cebollas, espigas de trigo, marlos de choclo, colgaban de las vigas del techo cerca de una chimenea de hogar profundo. Adam nos mostró en su taller una antigua prensa de mano y también un montón de pequeños instrumentos preciosos y complicados con los cuales esculpía y grababa. Grandes cuerpos de piedra yacían en el suelo. Creó para *Las moscas* decorados, máscaras, estatuas de un estilo agresivo.

Los extras eran muchos: mujeres, chicos, viejos, todo un pueblo al que había que hacerlo moverse sobre el vasto escenario del teatro Sarah Bernhardt; Dullin se encontraba allí menos a gusto que en la escena del Atelier. El actor que hacía de Orestes carecía de experiencia: Olga también; el papel de Electra era aplastante; lo hacía en el tono justo, pero ni ella ni su compañero pasaban las candilejas. Dullin se dejaba arrastrar a unas iras violentas: "¡Esto es una ínfima comedia!", decía con voz hiriente. Olga lloraba de rabia, él se dulcificaba, luego de nuevo explotaba y ella se encabritaba: ambos se entregaban en cuerpo y alma a discusiones que tenían a la vez algo de escena de familia y algo de peleas de enamorados. Los compañeritos de la escuela asistían a esas corridas con la esperanza de que Olga se rompiera la crisma. Se decepcionaron. Las dotes de Olga, el trabajo de Dullin, el encarnizamiento de ambos, triun-

faron: en los últimos ensayos Olga trabajó como una actriz consumada; sola en el escenario, su presencia lo llenaba.

El estreno se efectuó una tarde: de noche hubiera corrido el riesgo de ser interrumpido por los cortes de electricidad. Cuando Sartre estaba en el vestíbulo, cerca de la boletería, un hombre joven y moreno se presentó: Albert Camus. ¡Qué emoción sentí cuando se alzó el telón! Imposible equivocarse sobre el sentido de la pieza; al caer de la boca de Orestes la palabra Libertad, explotaba con un resplandor fulgurante. La crítica alemana de la *Pariser Zeitung* no se equivocó y lo dijo, dándose al mismo tiempo el lujo de hacer un artículo favorable. En *Les Lettres françaises* clandestinas, Michel Leiris alabó *Las moscas* y subrayó el significado político. La mayoría de los críticos fingieron no haber pescado ninguna alusión; se echaron contra la pieza pero alegando pretextos puramente literarios: se inspiraba sin gracia en el teatro de Giraudoux, era verborrágica, alambicada, aburrida. Reconocieron el talento de Olga: fue para ella un triunfo deslumbrante. En cambio, atacaron la puesta en escena, los decorados, los trajes. El público no afluyó. Ya estábamos en junio y el teatro tenía que cerrar. Dullin repuso *Las moscas* en octubre, alternando la obra con otros espectáculos.

Mis clases me divertían menos que en el pasado. En Camille Sée preparaba a mis alumnas para el concurso de Sèvres; eso me permitía tratar bastante a fondo ciertos temas. Pero para esas muchachas grandes, la filosofía ya no era un despertar; hasta debía liberarlas de ciertas ideas que yo consideraba falsas. Y además, sus programas eran tan amplios que no tenían un minuto que perder, yo debía ir a lo más corto: esa seriedad me pesaba. No solamente sus estudios, sino también sus vidas las cansaban: sus madres las necesitaban para afrontar las necesidades materiales, extenuadoras en las familias donde había varios hijos. Mal alimentadas, se enfermaban a menudo; mi mejor

alumna cayó durante el curso con el mal de Pott. No sonreían nunca; nuestras discusiones carecían de entusiasmo. En fin, hacía doce años que yo enseñaba y empezaba a cansarme.

Sin embargo, no decidí yo dejar la Universidad. La madre de Lise, furiosa de que su hija hubiera dejado escapar un partido ventajoso y de que viviera con Bourla, me rogó que usara mi influencia para devolverla a su primer enamorado; como me negué, me acusó de pervertir menores. Antes de la guerra, el asunto no hubiera tenido ninguna consecuencia; con la camarilla de Abel Bonnard fue muy distinto; al final del año escolar, la directora de barbilla azul me comunicó que estaba excluida de la Universidad. [1]

No me disgustó quebrar con una vieja rutina. El único problema era ganarme la vida. No sé por qué combinación obtuve un puesto de "directora de ondas" en la radio nacional; ya he dicho que, según nuestro código, había derecho a trabajar: todo dependía de lo que se hacía. Propuse un programa incoloro: reconstituciones habladas, cantadas, sonoras, de fiestas antiguas, de la Edad Media a nuestros días. Fue aceptado.

Había terminado *La invitada* durante el verano de 1941; pero desde el mes de enero de aquel año, esa novela era para mí historia antigua. No veía el momento de hablar de los temas que entonces me apasionaban. El principal seguía siendo mi relación con el prójimo; pero comprendía mejor que antes su complejidad. Mi nuevo héroe, Jean Blomart, no exigía como Françoise permanecer frente a los demás como único sujeto; se negaba a ser para ellos un objeto que interviniera en sus existencias con la brutal opacidad de las cosas; su problema era superar ese escándalo, estableciendo con ellos relaciones traslúcidas, de libertad a libertades.

[1] Me hice reintegrar cuando la Liberación, pero no volví a la enseñanza.

Yo partía de su infancia. Hijo de un rico impresor, vivía en una casa cuya atmósfera me había sido inspirada por la casa de Laiguillon. Se rebelaba contra sus privilegios; se enganchaba como obrero en una casa rival de la de su padre: habiendo eliminado así las injusticias del azar, pensaba poder en adelante coincidir con la elección que hacía de sí mismo. Pronto perdía esa ilusión; su mejor amigo moría en un tumulto político adonde él lo había llevado: sus responsabilidades eran mucho más fuertes que sus voluntades. Entonces se refugiaba en la abstención: neutralidad política, rechazo de compromisos sentimentales. Pero sus evasiones y silencios tenían tanto peso como los gestos y las palabras: la historia colectiva y su aventura privada lo convencían de ello. Se debatía. No se resignaba a la inerte culpabilidad que le había tocado en suerte, pero no se resolvía a obrar, pues toda acción es elección y toda elección le parecía arbitraria: los hombres no son unidades que uno puede sumar, multiplicar, dividir; no entran en ninguna ecuación, porque sus existencias son inconmensurables; sacrificar a uno para salvar a diez es consentir lo absurdo. Al final, la derrota, la ocupación, lo obligaban a una decisión: más allá de todos los razonamientos y de todos los cálculos, descubría en él negativas e imperativos absolutos. Renunciaba a deshacer el nudo gordiano: lo cortaba. Después de años de pacifismo, aceptaba la violencia; organizaba atentados a pesar de las represalias. Esa determinación no le traía la paz interior; pero ya no la buscaba: se resignaba a vivir en la angustia. En las últimas páginas, sin embargo, la mujer a quien quería y agonizaba junto a él, a causa de él, lo liberaba de sus escrúpulos: en el destino ajeno nunca se es más que un instrumento, le decía ella; nada exterior puede usurpar una libertad, yo quise mi muerte. Blomart llegaba a la conclusión de que cada cual tiene derecho a seguir su camino, si conduce a metas valederas.

La historia de esa moribunda Hélène ocupaba un gran



Escaneado con CamScanner

lugar en el libro. En su juventud Hélène se situaba en las antípodas de Blomart; se creía radicalmente desprendida de la colectividad; sólo se inquietaba por su salvación personal. Lo que aprendía en el curso de su evolución era la solidaridad.

Cometí el mismo error que al empezar *La invitada;* me creí obligada a resucitar la infancia de Hélène, me inspiré en la mía. Luego decidí indicar ese pasado sólo con breves alusiones. Al principio de la novela Hélène tenía dieciocho años; trataba de reemplazar la ausencia de Dios por el interés que sentía por sí misma: no lo lograba: sola, sin testigos, su existencia sólo le parecía una vaga vegetación; el amor de un compañero simpático pero sin prestigio no la arrancaba de ese estancamiento. Cuando veía a Blomart, la fascinaba, a causa de la fuerza y de las certidumbres que le prestaba; mendigaba un amor que le hubiera traído, según creía, una absoluta justificación de sí misma; pero él se sustraía. Desesperada, furiosa, se volvía indiferente al mundo entero y a su propia vida; la derrota, la ocupación, pretendía contemplarlas con la serena imparcialidad de la Historia. La amistad, el rechazo, la ira, eran más fuertes que esa falsa sabiduría. En la generosidad de la camaradería y de la acción, terminaba por conquistar ese reconocimiento, en el sentido hegeliano de la palabra, que salva a los hombres de la inmanencia y de la contingencia. Moría por eso; pero, en el punto que había alcanzado, ni siquiera la muerte podía nada contra ella.

Concedí mucha importancia a un tercer personaje que me había sido inspirado por Giacometti y por su descripción de Duchamp. Pintor y escultor, Marcel perseguía en el plano estético una búsqueda análoga a la que llevaba Blomart sobre el plano ético: quería llegar a la creación absoluta. Antaño yo había tenido por los cuadros y estatuas que parecían escapar al reino humano una predilección; Marcel exigía que su obra se tuviera en pie sin ayuda de ninguna mirada; por ahí se emparentaba con

Hélène, que había creído durante un momento poder asegurar su propia felicidad sin necesidad de ninguna connivencia. Él también fracasaba. Se hundía en una sombría manía. Luego hacia la guerra, caía prisionero. En el Stalag pintaba los decorados de una pieza que representaban sus camaradas, aprendía el calor de la amistad, su visión de los hombres y del arte cambiaba, aceptaba que cualquier creación reclamara la complicidad ajena.

Di a Marcel una mujer, Denise. Ella, como Elisabeth en *La invitada,* servía para dar relieve. Ella sola entre todos sus amigos no aspiraba al absoluto y creía en los valores mundanos; la hostilidad que suscitaba en Marcel la llevaba al borde de la locura. Yo todavía tenía muy poca experiencia, pero ya presentía qué peligro corre una mujer mediocre si liga su vida a la de un creador fanático.[1] Él le prohíbe, por el desprecio en que las hunde, las satisfacciones atemperadas con que se contentan la mayoría de la gente; no le proporciona los medios de acceder a su empíreo; excluida de todos lados, frustrada, humillada, el corazón henchido de rencor, se debate entre contradicciones que corren el riesgo de desorientarla definitivamente.

Yo no quería que esa novela se pareciera a la anterior. Cambié de táctica. Adopté dos puntos de vista, el de Hélène, el de Blomart, que alternaban de capítulo en capítulo. El relato centrado en Hélène lo escribí en tercera persona, observando las mismas reglas que en *La invitada,* pero para Blomart procedí en forma distinta. Lo situé a la cabecera de Hélène agonizante, donde recordaba su vida; hablaba de sí mismo, en primera persona, cuando se adhería a su pasado; en tercera cuando consideraba a distancia la cara que había tenido para los ojos ajenos; fingiendo seguir el hilo de sus recuerdos, yo podía tomarme muchas más libertades que en *La invitada;* moderaba, aceleraba el movimiento del relato, empleaba acortamientos, elipses, conexiones; concedía menos lugar a los diálogos. Respetaba el

[1] Volví sobre esto con mucha más insistencia en *Los mandarines.*

orden cronológico; pero, por momentos, la actualidad quebraba la evocación de los días pasados; yo también mezclaba, subrayándolos con bastardillas, los pensamientos, las emociones que sentía Blomart en el curso de la noche. Para evitar que rumiara en vano, creé un *suspenso*: ¿a la madrugada daría, no daría, la señal de un nuevo atentado? Todas las dimensiones del tiempo se encontraban reunidas en esa velada fúnebre: el héroe la vivía en el presente, interrogándose a través de su pasado sobre una decisión que comprometía su porvenir. Esa construcción convenía al tema. Yo me había propuesto poner de relieve la maldición original que constituye para cada individuo su coexistencia con todos los demás; los acontecimientos contaban para Blomart mucho menos que el sentido obsesionante que todos ellos manifestaban con una trágica constancia; por lo tanto era conveniente que hoy encerrara a ayer y a mañana.

Así, mi segunda novela está compuesta con más arte que la primera; expresa una visión más amplia y más verdadera de las relaciones humanas. Sin embargo, aunque en 1945, bajo el efecto de las circunstancias, tuviera una calurosa acogida, la opinión general, la de la gente que estimo, la mía, me aseguran que es inferior a *La invitada*. ¿Por qué?

Blanchot, en su ensayo sobre la "novela de tesis", explica muy justamente que es absurdo reprochar a una obra el que signifique algo; pero hay una gran diferencia, agrega, entre significar y demostrar; la existencia, dice, es siempre significativa, aunque nunca pruebe nada; la meta del escrito es *hacerla* ver, recreándola con palabras; la traiciona, la empobrece, si no respeta su ambigüedad. Blanchot no coloca a *La invitada* entre las novelas de tesis, porque la meta continúa abierta; no se podría sacar de ella ninguna lección; califica al contrario en esa categoría *La sangre de los demás*, que desemboca en una conclusión unívoca, reducible a máximas y conceptos. Estoy de acuer-

do con él. Pero el defecto que denuncia no invalida únicamente las últimas páginas de la novela: es inherente a toda ella, de extremo a extremo.

Hoy, al releerla, lo que me impresiona es hasta qué punto a mis personajes les falta consistencia; no se definen con actitudes morales, cuyas raíces vivas no traté de aprehender. Presté a Blomart ciertas emociones de mi infancia: no justifican el sentimiento de culpabilidad que pesa sobre toda su vida. Según lo advertía, supuse que a los veinte años había provocado involuntariamente la muerte de su mejor amigo: pero nunca un accidente basta para determinar la línea de una existencia; en el curso del libro, Blomart se conforma demasiado exactamente a la que le he asignado. Yo no sabía nada de las luchas sindicales: el mundo en el cual yo lo había introducido no poseía la complejidad que habría tenido para un auténtico militante. El personaje y la experiencia que le presto son construcciones abstractas, sin verdad. Hélène tiene más sangre, he puesto en ella más de mí misma; los capítulos escritos desde su punto de vista me desagradan menos que los otros. En las escenas del éxodo, del regreso a París, el relato es más importante que la teoría. Los mejores pasajes son, creo, aquellos en donde ella se resigna dolorosamente a renunciar a sus terquedades; abandona los vanos símbolos, los espejismos, las apariencias a que se ha aferrado y termina por desprenderse de la misma felicidad: en ese lugar, muestro sin demostrar nada. Sin embargo, su retrato es demasiado sistemático y endeble. En cuanto a Marcel, está siempre visto desde afuera por amigos a los que asombra: yo estaba por lo tanto autorizada a pintarlo a distancia; le encuentro más relieve que a mis otros personajes. Lamento más bien la simetría concertada de sus preocupaciones y de las de Blomart. He aquí otro reproche que hago a esta novela: la composición es apretada, pero la materia pobre; todo converge en vez de pulular. Hasta la voz que presto a mis héroes, la de Blomart sobre todo, me molesta: tendida,

contenida, jadeante. De nuevo toco aquí el espinoso problema de la sinceridad literaria; yo quería y creía hablar directamente al público, mientras que, en realidad, había instalado en mí a un vampiro patético y sermoneador; partía de una experiencia auténtica y repetía lugares comunes. Se evita con seguridad la trivialidad cuando se entrega en carne viva un momento de la existencia, pues éste nunca se repite; pero el novelista cae fatalmente en ella en cuanto especula; pues la originalidad de una idea sólo se define en el contexto de una disciplina que la renueva proporcionándole una clave o un método inédito: nunca se inventan ideas, ni en los salones ni en las novelas.[1] Una obra de tesis no solamente no muestra nada, sino que solamente demuestra necedades.

En cuanto había empezado a dar vueltas en mi cabeza a los temas de *La sangre de los demás*, yo había presentido ese peligro. Anoté: "¡Qué ingrata es la experiencia de lo social! ¿Cómo evitar que se vuelva edificante y moralizador?" En verdad, lo que llamo "la experiencia de lo social" no tiene a priori nada de ingrato ni de edificante; la manera en que lo traté fue lo que me hizo resbalar hacia lo didáctico. Comprendo el defecto releyendo esta otra nota: "Quisiera que mi próxima novela ilustrara la relación con el prójimo en su verdadera complejidad. Suprimir la conciencia ajena es pueril. La intriga debe estar mucho más ligada a los problemas sociales que en la primera novela. Habría que desembocar en un acto que tuviera una dimensión social (pero difícil de encontrar)." Se ha definido más tarde *La sangre de los demás* como "una novela de la resistencia"; en verdad, se formó en mí sin relación directa con los acontecimientos, puesto que me parecía difícil inventar

[1] Valéry, que creía tener ideas y que las anotaba con avaricia, preguntó a Einstein si llevaba sobre él una libreta para anotar sus pensamientos. "No" dijo Einstein. "¿Entonces? —preguntó Valéry intrigado— ¿las anota sobre sus puños?" Einstein sonrió: "¡Oh, sabe, las ideas son *muy poras*!" dijo. Estimaba que en toda su vida había tenido dos.

el acto "social" que encarnara el tema que yo quería tocar. En octubre, cuando empecé a escribir, se me ocurrió la idea de utilizar atentados y represalias. Esta disociación entre el sujeto profundo del libro y los episodios en los que me hundía indica que *La sangre de los demás* fue concebido de una manera muy distinta que *La invitada*. En *La invitada*, todo me había sido dado junto, bajo forma de fantasmas que yo había alimentado durante varios años. Esta vez también partía de una experiencia personal, pero la formulé abstractamente, sin vivirla imaginariamente. Ya sé por qué.

Hasta la guerra, yo había seguido mi inclinación; aprendía el mundo y me construía una felicidad: la moral se confundía con esa práctica; era una edad de oro. Mi experiencia era limitada, pero yo me adhería a ella en cuerpo y alma, no soñaba en discutirla; adquirí respecto a ella justo la suficiente perspectiva para desear manifestarla a los demás: es lo que intenté en *La invitada*. A partir de 1939, todo cambió; el mundo se convirtió en un caos y dejé de construir nada; ya no tuve otro recurso que esa conjugación verbal: una moral abstracta; buscaba razones, fórmulas, para justificarme que soportara lo que me era impuesto. Encontré algunas en las que todavía creo, descubrí la solidaridad, mis responsabilidades y la posibilidad de aceptar la muerte para que la vida conservara un sentido. Pero aprendí esas verdades en cierto modo en contra de mí misma; empleé palabras para exhortarme a acogerlas; me explicaba, me convencía, me aleccionaba: esa lección es la que yo me esforzaba en transmitir, sin darme cuenta de que no tenía necesariamente la misma frescura para el lector que para mí.

Así entré en lo que podría llamar el "período moral" de mi vida literaria, que se prolongó durante algunos años. Ya no tomaba mi espontaneidad como regla; fui llevada por lo tanto a interrogarme sobre mis principios y mis fines; y después de algunas vacilaciones, fui hasta componer un ensayo sobre el tema.

Terminaba *La sangre de los demás* cuando, a principios de 1943, Sartre me presentó en el "Flore" a Jean Grenier, al que él acababa de conocer y que proyectaba reunir en volúmenes ensayos que manifestaran las tendencias ideológicas de la época. Conversaron y Grenier se volvió hacia mí: "¿Y usted señora —me preguntó— es existencialista?" Recuerdo todavía mi confusión. Yo había leído a Kierkegaard; a propósito de Heidegger, se hablaba desde hacía tiempo de filosofía "existencial", pero yo ignoraba el sentido de la palabra "existencialista" que acababa de lanzar Gabriel Marcel. Y luego la pregunta de Grenier chocaba con mi modestia y mi orgullo: yo no tenía bastante importancia objetiva para merecer una etiqueta; en cuanto a mis ideas, estaba convencida de que reflejaban la verdad y no un partidismo doctrinal. Grenier me propuso colaborar en el volumen de que se ocupaba; al principio me negué; dije que, respecto a la filosofía, conocía mis límites; *El Ser y la Nada* todavía no había aparecido, pero yo había leído y releído el manuscrito: no veía nada que agregar. Grenier insistió: podría elegir el tema que me gustara.

Sartre me empujó: "¡Inténtalo!" Sobre ciertos puntos que yo había tocado en *La sangre de los demás,* me quedaban cosas que decir, en particular sobre la relación de la experiencia individual con la realidad universal: yo había esbozado un drama sobre ese tema. Imaginaba que una ciudad exigía de uno de sus miembros más eminentes un sacrificio vital: el de un ser querido, sin duda; el personaje empezaba por negarse; luego, la inquietud por el bien público era más fuerte; consentía, pero caía entonces en una apatía que lo hacía indiferente a cada uno, a todos; amenazada de un peligro mortal, en vano la comunidad imploraba su ayuda; alguien, probablemente una mujer, conseguía reanimar en él pasiones egoístas: entonces solamente recobraba la voluntad de salvar a sus conciudadanos. El esquema era demasiado abstracto y la pieza no tomó cuerpo. Pero, puesto que me ofrecían la oportunidad de tratar sin ambages

el problema que me preocupaba ¿por qué no aprovecharla? Empecé a escribir *Pirro y Cineas*, sobre el cual pasé tres meses y que se convirtió en un librito.

Si el hombre es un "ser de lejanías" ¿por qué se trasciende hasta ahí, no más lejos? ¿Cómo se definen los límites de su proyecto?, me preguntaba en una primera parte. Recusé la moral del instante y también todas las que plantean la eternidad; ningún hombre singular puede estar realmente en relación con el infinito, lo llamen Dios o Humanidad; mostré la moral y la importancia de la idea de "situación", introducida por Sartre en *El Ser y la Nada*. Condenaba todas las enajenaciones, prohibía que se usara al prójimo como pretexto. Había comprendido también que, en el seno de un mundo en lucha, todo proyecto es una opción y que es necesario, como Blomart en *La sangre de los demás*, aceptar la violencia. Todo este estudio crítico me parece hoy muy sumario, pero justo.

En la segunda parte, se trataba de encontrar a la moral bases positivas. Retomé con más detalles la conclusión de la novela que acababa de terminar: la libertad, fundamento de todo valor humano, es el único fin capaz de justificar las empresas de los hombres; pero yo me había plegado a la teoría de Sartre. Cualesquiera sean las circunstancias poseemos una libertad que nos permite superarlas; si nos es dada ¿cómo considerarlas como una meta? Distinguí los aspectos de la libertad: es la modalidad misma de la existencia, que, a las buenas o a las malas, de una u otra manera, retoma por su cuenta todo lo que le viene de afuera; ese movimiento interior es indivisible, por lo tanto, total en cada uno. En cambio, las posibilidades concretas que se abren a la gente son desiguales; algunos tienen acceso solamente a una mínima parte de las que dispone el conjunto de la humanidad; sus esfuerzos no hacen sino acercarlos a la plataforma donde los más favorecidos tienen su punto de partida: su trascendencia se pierde en la colectividad bajo la figura de la inmanencia. En las situaciones más favorables el proyecto es, por el

contrario, una verdadera superación, construye un porvenir nuevo; una actividad es buena cuando tiende a conquistar para sí y para el prójimo esas posiciones privilegiadas: liberar la libertad. Así traté de conciliar con las ideas de Sartre la tendencia que, en largas discusiones, yo había sostenido con él: restablecía una jerarquía entre las situaciones; subjetivamente, la salvación era en todo caso posible; no obstante, había que preferir el saber a la ignorancia, la salud a la enfermedad, la prosperidad a la penuria.

No desapruebo mi inquietud por proporcionar a la moral existencialista un contenido material; lo malo es que, en el momento en que creía evadirme del individualismo, me hundía en él. El individuo sólo recibe una dimensión humana por el reconocimiento del prójimo, pensaba; no obstante, en mi ensayo, la coexistencia aparece como una especie de accidente que debería superar cada existente; este empezaría por forjar solitariamente su proyecto y pediría luego a la colectividad que lo convalidara: en realidad la sociedad me cerca desde mi nacimiento; es en su seno, en mi relación con ella, como decido de mí. El anverso de mi subjetivismo era necesariamente un idealismo que quita todo alcance o poco menos a mis especulaciones. Este primer ensayo sólo me interesa hoy porque precisa un momento de mi evolución.

Este diálogo de *Pirro y Cineas* recuerda el que se desarrolló de mí misma a mí misma y que anoté sobre mi cuaderno íntimo el día en que cumplí veinte años; en ambos casos una voz preguntaba: "¿Para qué?" En 1927, ella había denunciado la vanidad de las ocupaciones terrenales en nombre de lo absoluto y de la eternidad; en 1943, invocaba la Historia universal contra la finitud de los proyectos singulares: siempre invitaba a la indiferencia y a la abstención. Hoy como ayer la respuesta era la misma: yo oponía a la razón inerte, a la nada, al todo, la ineluctable evidencia de una afirmación viviente. Si me pareció tan natural plegarme al pensamiento de Kierkegaard, al de Sartre, y volverme "exis-

tencialista" es porque toda mi historia me preparaba a ello; desde la infancia, mi temperamento me había llevado a confiar en mis deseos y en mis voluntades; entre las doctrinas que intelectualmente me habían formado, yo había elegido las que fortalecían esa disposición; ya a los diecinueve años, estaba convencida de que corresponde al hombre, sólo a él, darle un sentido a su vida y bastarse en esto a sí mismo; sin embargo, yo nunca iba a perder de vista ese vacío vertiginoso, esa ciega opacidad de donde emergen sus impulsos: volveré sobre esto.

*Pirro y Cineas* quedó terminado en julio y fue aceptado por Gallimard. *La invitada* iba a aparecer uno o dos meses después. Y yo pensaba que con *La sangre de los demás* había hecho un progreso. Estaba satisfecha de mí. Mi segunda novela no podría ser publicada antes de la liberación, pero no tenía prisa. Lo que importaba era que llegaría un día en que de nuevo el porvenir se abriría: ya no dudábamos de ello y hasta pensábamos que no lo esperaríamos mucho. Toda la felicidad a la que yo había creído renunciar reflorecía; hasta me parecía que nunca había sido tan lozana.



Escaneado con CamScanner

## VIII

El concurso de ingreso a Sèvres se celebraba en junio y yo me encontré libre a fines de ese mes. Quise todavía pasear durante mis vacaciones, pero esta vez elegimos una de las regiones mejor abastecidas de Francia: el Centro. Me cité con Sartre para el 15 de julio y tomé el tren a Roanne: la línea divisoria ya no existía. Yo había reservado mi lugar y me instalé con tiempo; si no, habría corrido el riesgo de quedarme en el andén; la gente viajaba de pie en los estribos, algunos se amontonaban en los W. C. En las estaciones las mujeres sollozaban porque no conseguían subir al tren. Ocurrió que mis compañeros de ruta hablaron largo y tendido de *La náusea*, que pusieron en parangón con *El Extranjero;* luego tuvieron sobre *Las moscas* una discusión que conté a Sartre en una carta: "Uno de los tipos declaró que era raro que la pieza no hubiera tenido más éxito y que sabía por Alquié que te había mortificado que no le gustara a Valéry (?). Él no conseguía encontrarla sin interés." En esa misma carta escribí: "Roanne parece muy pobre, tan pobre como París, aunque tomé café con leche para el desayuno. Pero, en fin, por 25 francos comí rábanos, un enorme plato de espinacas, tan buenas como pueden ser las espinacas, excelentes croquetas de papas, y dos malos damascos. Tuve de todo en abundancia, porque traían las fuentes para dos y mi vecino no comía nada. Es mejor que en París. Sin embargo, los mejores hoteles no ofrecen sino espinacas y acelgas." Si cito estas líneas es porque, releyendo las cartas recibidas en esa época, advierto con qué cuidado todos mis corresponsales describían

sus comidas; ni siquiera Olga las omitía. Comer era un problema básico.

Anduve durante tres semanas. Volví a ver el Limousin. Pasé un día en Meyrignac, en casa de mi prima Peanne, en medio de una ristra de chicos rubios. La casa se había agrandado; el galpón, la caballeriza, la lavandería, habían sido transformadas en habitaciones; ya no había glicinas ni begonias en las paredes; estatuas de la Virgen se erguían bajo los árboles y alambres de púas rodeaban el paisaje del parque. No encontré gran cosa del pasado.

Mi bicicleta me daba disgustos; una de las ruedas se aplastaba cada ciento cincuenta kilómetros. Escribí a Sartre y le mandé la dirección de un gomero, en donde podría comprar, invocando a una lejana relación de Bost, por doscientos cincuenta francos una cámara nueva. Cuando descendió en el andén de la estación de Uzerche, llevaba dos bolsones en la mano y un neumático en bandolera. En la terraza del hotel Chavanes, en lo alto de la Vézère, me habló de París; me dijo que había sido contratado por la casa Pathé: debía proporcionarles libretos a cambio de una retribución regular y bastante importante. Si el asunto marchaba, abandonaría la enseñanza al año siguiente.

Esta vez no viajamos como enloquecidos, sino por pequeñas etapas, haciendo largos altos en los lugares que nos gustaban. A veces llovía y nos cobijábamos bajo capas de ciclistas, de hule, amarillas. Veo todavía a Sartre refugiado bajo un árbol con su cabeza chorreando, que emergía de esa funda; reía heroicamente mientras limpiaba sus anteojos mojados. El día en que llegamos a Beaulieu era tarde y fuimos en seguida a comer, dejando nuestras bicicletas apoyadas en la acera, ante la puerta del hotel; una tormenta estalló con una furia tan brusca que Sartre ni siquiera tuvo tiempo de saltar para ponerlas al amparo: ya el huracán las había volteado; un torrente de barro amarillo se llevaba nuestros bolsones, el manuscrito de *La prórroga* bogaba a la deriva; lo pescamos pero la tinta chorreaba bajo las hojas empapadas

y manchadas de tierra; hizo falta un largo trabajo para secarlas y reconstituir el texto. Todas las casas se inundaron; al día siguiente, al mediodía, las amas de casa se ajetreaban todavía limpiando, barriendo, frotando las tablas cubiertas de limo.

Por lo general, el sol brillaba; no nos cansábamos y comíamos hasta saciarnos. Cuando veíamos una granja, hacíamos un desvío para buscar huevos; los encontramos a menudo. En general, tampoco nos costaba alojarnos; en la Roche Cadillac, sin embargo, no quedaba ni un cuarto libre; terminaron por indicarnos una granja lejana pero acogedora, nos dijeron. Erramos mucho tiempo en las tinieblas; cuando llegamos, la gente acababa de comer; eran unas diez personas sentadas alrededor de una mesa que comían una gran torta de manzanas; nos ofrecieron un pedazo. El granjero nos dijo con un guiño de connivencia que la noche anterior su granja había estado llena, pero que dormiríamos a nuestras anchas: visiblemente nos creía de la misma especie que sus huéspedes de la víspera, que no vagabundeaban por razones fútiles.

Volvimos a ver las gargantas del Tarn; en el lugar llamado Les Vignes, encontramos un minúsculo hotel llevado por una anciana que no tenía más clientes que nosotros y nos llenó de jamón; permanecimos allí algunos días; la vieja hablaba con nostalgia del tiempo en que la ruta no existía, ni el turismo, y en el que el Tarn era todavía un hermoso río secreto. En el Lot, volvimos a visitar Espalion, Entraygues, Estaing y Conques, donde no encontramos cuarto; esperaban a refugiados y el alcalde nos hizo dormir sobre unos catres preparados para ellos en el aula de la escuela. Paseamos de nuevo por el bosque de Grésigne. En Vaoûr, nos sirvieron para almorzar un pastel que nos emocionó tanto que decidimos cenar allí; no había cuarto: sea; dormiríamos en el establo; toda la noche nos devoraron las garrapatas, pero teníamos el estómago a nuestro favor.

Nuestro viaje terminó en Toulouse. Tomamos algunas

copas con Dominique Desanti que estaba viviendo en casa de sus padres; encontramos a Lautmann; Sartre lo conocía poco y no hablamos de gran cosa. Pocos meses más tarde nos enteramos de su ejecución.

Pasamos en La Pouèze el fin de agosto y el mes de setiembre; vivimos en la euforia. Los aliados habían conquistado Sicilia durante el mes de julio; a principios de setiembre desembarcaron en Calabria y en Salerno. La renuncia de Mussolini, luego lo que la prensa llamó "la traición de Badoglio", trastornaron las relaciones germano-italianas; como las tropas italianas habían capitulado sin condición, el ejército alemán, bajo las órdenes de Rommel, ocupó todo el territorio. Mussolini, recluido en la cima del Gran Sasso, fue hábilmente recogido por paracaidistas alemanes, pero esa hazaña no tuvo ninguna consecuencia política; importantes unidades alemanas se encontraban definitivamente bloqueadas en Italia. En el este, los comunicados anunciaban que las fuerzas europeas efectuaban una retirada elástica para "achicar" el frente: bastaba mirar un mapa para comprender qué hecatombe cubrían esas palabras. En el día J, cuando los anglo-norteamericanos pusieran los pies en la costa francesa no le sería posible a la Wehrmacht mantenerse sobre tres frentes a la vez.

Escuchábamos la B.B.C., nos congratulábamos y escribíamos con fervor. Yo empezaba una tercera novela, cuyo título había encontrado: *Todos los hombres son mortales*. Sartre continuaba *La prórroga*. La interrumpió cuando volvimos a París para escribir una nueva pieza. La empezó como la primera, para ayudar a unas debutantes. Wanda, la hermana de Olga, quería también hacer teatro: seguía cursos con Dullin que le confió en octubre un pequeño papel en *Las moscas*. Por otra parte, Olga, la morena, acababa de casarse con Marc Barbezat, que dirigía en los alrededores de Lyon un laboratorio de productos farmacéuticos y editaba con su dinero cada semestre una revista lujosa: *L'Arbalète*. La imprimía él mismo con una prensa de mano. Deseaba que su mujer aprendiera sólidamente su oficio de actriz; sugirió a

Sartre que escribiera para ella y para Wanda una pieza fácil de montar que pudiera ser paseada a través de Francia: se encargaba de financiar esa gira. La idea de construir un drama muy breve con un solo decorado y solamente dos o tres personajes tentó a Sartre. Pensó en seguida en una situación sofocante: gente encerrada en un sótano durante un largo bombardeo; luego tuvo la inspiración de encerrar a sus personajes en el infierno para la eternidad. Compuso con facilidad *Huis Clos,* que primero llamó *Los demás* y fue publicado bajo ese nombre en *L'Arbalète.*

Yo me había jurado no pasar un segundo año en la calle Dauphine; mucho antes de las vacaciones, me había hecho recomendar a los patrones del hotel de la Louisiane, en la calle de Seine, donde vivían los parroquianos de "Flore" Me mudé en octubre; había en mi cuarto un diván, estanterías, una gran mesa maciza, en la pared un cartel representando un *horse-guard* inglés; el día de mi instalación, Sartre tiró una botella de tinta sobre la alfombra, que la patrona hizo quitar en seguida; pero el piso me gustaba tanto como una alfombra. Disponía de una cocina. Desde mi ventana, veía una gran extensión de tejados. Nunca ninguna de mis viviendas se había acercado tanto a mis sueños; pensaba en quedarme allí hasta el fin de mis días. Sartre ocupaba en el otro extremo del corredor un cuarto exiguo cuya desnudez sorprendió más de una vez a sus visitantes; ni siquiera poseía libros; los que comprábamos los prestábamos y no nos los devolvían. Lise y Bourla vivían en el piso de arriba, en una gran habitación redonda. Cruzábamos a menudo en los corredores a Mouloudji y a la linda Lola; era muy popular en la "Louisiane", porque lavaba y planchaba las camisas de cuatro o cinco inquilinos que pertenecían a la banda del "Flore": en esa época, en que el jabón no jabonaba, se necesitaba mucha abnegación para lavar gratis.

Materialmente estábamos menos apretados que el año anterior. Como había quedado convenido, Sartre, conservando

su *khâgne* en el Condorcet, escribía argumentos para Pathé; el primero que presentó, *No va más*, no obtuvo la aprobación de los peritos de la casa. Dullin le confió, alternando con Camille, un curso de historia del teatro. *El Ser y la Nada* apareció en Gallimard, pero iba a hacer lentamente su camino: se le comentó apenas y se vendió poco. Por mi parte, me felicitaba de no trabajar a horas fijas; me limitaba a ir a la Nationale una o dos veces por semana; con la ayuda de Bost, despojaba viejos libros de canciones, de farsas, de monólogos, de endechas, y los adaptaba para la radio; esas audiciones eran insípidas; sin embargo, me divertía bastante prepararlas.

Esos cambios contribuyeron a lo agradable de mi existencia; pero hubo sobre todo dos circunstancias que la renovaron felizmente: la publicación de *La invitada* y un repentino florecimiento de amistades.

Cuando llegué a La Pouèze, *La invitada* acababa de aparecer; imaginaba mal la suerte que le esperaba; Sartre había estado demasiado mezclado en mi trabajo para poder iluminarme. Los amigos me habían alabado: eran amigos. "Confieso que estoy asombrado —me declaró Marco con su voz más ceremoniosa—. Lo he leído de un tirón; es muy divertido: pero es una novela para quiosco de estación." Yo contaba con su malevolencia y no me perturbó. Sin embargo, opté por la modestia. Había penado durante cuatro años sobre ese libro, me había entregado a él por entero, pero ahora ya estaba desprendida de él. Mi optimismo exigía que mi vida fuera un progreso continuo y me autorizaba a desdeñar con la conciencia liviana esa obra de principiante, donde no veía sino una frívola historia de amor: ahora soñaba con vastas novelas comprometidas. Entraba mucha prudencia en mi severidad: prevenía toda decepción y me evitaba el ridículo de haberme valorado exageradamente.

A fines de agosto, Sartre se fue a París para participar en una reunión de resistencia: el C.N.E. había tenido a fines de mayo su primera asamblea plenaria y se efectuaban reagru-

paciones. Fui a esperarlo a Angers. Desde la terraza de un café frente a la estación, lo vi acercarse con pasos vivos agitando un diario: la primera crítica de *La invitada* acababa de aparecer en *Comoedia* con la firma de Marcel Arland. Nunca más otro artículo me causó tanto placer; Arland hablaba de mi novela con calor; a pesar de algunas reservas, parecía tomarla en serio: eso sobre todo me encantó. No ocurre a menudo que uno alcance sin equívoco el cumplimiento de un largo deseo: esa crónica redactada por un verdadero crítico, impresa en un verdadero diario, me aseguraba en negro y blanco que yo había compuesto un verdadero libro, que era verdaderamente de pronto una escritora. No escatimé mi alegría.

No aflojó cuando volví a París; hubo otras críticas bastante numerosas y por lo general elogiosas. Muchas denunciaban la inmoralidad del medio que yo describía; Arland hasta lamentaba que mis personajes estuvieran tan obsesionados con historias de cama; es verdad que, en aquella época, Vichy prohibía *Tartufo* y hacía cortar la cabeza a una abortadora; todas las mujeres eran castas, las jóvenes, vírgenes; los hombres, fieles, los chicos, inocentes; sin embargo, esa quisquillosa pudibundez me sorprendió: ¡la gente se acuesta tan poco en *La invitada*! En cambio, leí con un agradable asombro las reflexiones que hizo Thierry Maulnier sobre Françoise, sobre su encarnizamiento en pos de la felicidad: yo las encontraba justas y me tomaban desprevenida; mi libro poseía, por lo tanto, la consistencia de un objeto: en cierta medida, se me escapaba. Sin embargo, me causó placer comprobar que no había traicionado mis intenciones. Gabriel Marcel me escribió, en una carta muy amable, que Xavière se le aparecía como una perfecta encarnación del Otro. Un hombre de edad me pidió una entrevista por intermedio de Marco; me contó un drama político muy tenebroso, al que había estado mezclado y cuyo resorte había sido, como en *La invitada*, la lucha a muerte de dos conciencias. Me convencí, por lo tanto, de que los temas que eran mi punto de partida se habían degradado en el camino. Recibí otras cartas; una

de Cocteau, una, creo, de Mauriac. Ramón Fernández, que nunca pisaba el "Flore", fue para verme; se había plegado al bando enemigo y su actitud me molestó un poco; sin embargo, me conmovió. En mi juventud, me habían gustado mucho sus libros y su defección me había entristecido. Había engordado, llevaba polainas blancas. Me hizo sobre la vida sexual de Proust relatos que me dejaron estupefacta.

Marco, que se metía en sociedad, oyó conversaciones de salón que me eran favorables; me las repitió en un tono mitad contento mitad rabioso: "¡Usted debe pensar que sus amigos no le han hecho justicia!", me dijo. Registré con satisfacción su despecho. Un novelista sin suerte, al que Sartre conocía un poco, me encontró en el primer piso del "Flore". "Tuvo suerte —me dijo—. ¡Cayó sobre un buen tema!" Meneó la cabeza: "¡Sí, es un buen tema, tuvo verdaderamente suerte!" Yo estaba preparada para el desdén de Adamov: "Entonces —le dije—, ¿ha visto? Es una verdadera novela, con un principio, un centro, un fin. ¿Le disgusta mucho?" Meneó la cabeza, su mirada se hizo pesada: "No tanto. Está Xavière —dijo—. Está Xavière." A causa de Xavière, algunos parroquianos del "Flore" me concedían circunstancias atenuantes; pero la gran mayoría me miraba con malos ojos; se quejaron a Olga, a Mouloudji: yo había hablado pésimamente del Baile Negro y de su espléndida animalidad. No encontraban en esa novela ninguno de sus mitos y el personaje de Françoise los exasperaba. Los hombres, sobre todo, me condenaban; las mujeres estaban más divididas. Algunas me interpelaron: "¿Se le podría ver de tanto en tanto?" Las eludí y me parecieron ofendidas. Un muchacho muy buen mozo, François Vintenon, a quien yo conocía de vista desde hacía tiempo, me manifestó su aprobación con más gracia; me ofreció un paquete de cigarrillos ingleses, lo que era en esa época un regalo precioso; en adelante, me llevó a menudo cigarrillos y novelas inglesas, aunque estuviera, yo lo sabía, sin un cuarto.

Así suscité a través de mi libro curiosidades, impacien-



Escaneado con CamScanner

cias, simpatías; a algunas personas les gustaba. Yo cumplía por fin las promesas que me había hecho a los quince años; por fin recogía las recompensas de un largo trabajo inquieto. No comprometí mi placer con preguntas indiscretas; no me pregunté cuál era el valor absoluto de mi novela, si resistiría al tiempo: el porvenir lo decidiría. Por el momento, me bastaba haber cruzado un primer umbral: *La invitada* existía para los demás y yo había entrado en la vida pública.

Por más que hubiera atacado a menudo el espejismo del Otro, y lo hubiera denunciado en *La invitada*, me dejé engañar por él cuando me encontré a mí misma bajo el aspecto de otra. Hablando de las ediciones Gallimard, un cronista me llamó "la nueva novelista de la casa"; las palabras tintinearon alegremente en mi cabeza; a esa mujer joven, de cara seria, que empezaba su carrera de escritora, ¡cómo la habría yo envidiado si hubiera llevado un nombre diferente del mío! ¡Y era yo! Conseguía, a tal punto mi experiencia era fresca, confundirme con mi imagen: yo me beneficiaba de todo lo que la realzaba. Si me hubieran atribuido el premio Goncourt, aquel año lo habría recibido con un júbilo total. Se trató de eso; me avisaron de Gallimard en el mes de marzo [1] que tenía serias posibilidades. El C.N.E., me dijo Sartre, no veía objeción para que yo lo aceptara, si no concedía a la prensa ni artículos ni encuestas. La tarde en que se efectuó la deliberación, yo escribía como de costumbre en el primer piso del "Flore"; pero esperaba con cierta impaciencia el golpe de teléfono que debía anunciarme el resultado. Me había puesto un vestido nuevo hecho en La Pouèze, bajo la dirección de Mme. Lemaire, en una tela ersatz, pero de un hermoso color azul eléctrico; había cambiado mi turbante por un peinado en alto, más rebuscado. La idea de que de un momento a otro podía hacerse un gran ruido a mi alrededor, me intimidaba, me atraía. Sin embargo, no me conmoví cuando supe que el premio había sido discernido a Marius

[1] La fecha había sido llevada de diciembre a marzo. El Renaudot fue discernido quince días después.

Grout. Algunos días después, me aseguraron que para el Renaudot estaba bien ubicada; estaba en La Pouèze, cuando me enteré por el diario de que el laureado era el doctor Soubiran y esta vez no tuve la sombra de una pena. No fue ni por orgullo ni por indiferencia si me resigné fácilmente a esos fracasos; mis nuevas amistades servían a la vez para colmar mi amor propio y para impedirme que me diera demasiada importancia.

De nuestras viejas amistades no quedaba gran cosa; el tiempo las había aventado, o la distancia, la ausencia, nos privaban de ellas; frecuentábamos casi exclusivamente a "la familia"; fue un gran cambio en mi existencia cuando se amplió de pronto el círculo de nuestras relaciones.

*El África fantasma* y *Edad de hombre* de Michel Leiris nos habían impresionado por su sinceridad puntillosa, por el brillo de un estilo a la vez lírico y distante; habíamos deseado conocer al autor. Sartre lo encontró en el C.N.E. y ya he dicho que Leiris había comentado *Las moscas* en *Lettres françaises*. En julio, durante mi ausencia, Sartre fue a comer a casa de los Leiris y en octubre me invitaron con él. Sartre había olvidado el número de la casa y erramos durante más de media hora por el malecón de los Grands Augustins, antes de encontrar la puerta adecuada. La cabeza afeitada, estrictamente vestido, los ademanes estudiados, Leiris me intimidó un poco pese a la cordialidad insistente de su sonrisa; pero Zette me hizo sentirme cómoda en seguida; una muchacha sobrevivía en sus ojos celestes, mientras su voz, su recibimiento, tenían un calor casi maternal. El departamento, burguésmente amueblado, estaba repleto de libros y de cuadros modernos: Picasso, Mason, Miró y muy lindos Juan Gris; las sillas del escritorio estaban tapizadas de acuerdo con cartones de Juan Gris. Las ventanas daban a un gran paisaje de agua y de piedras. Leiris trabajaba en el Museo del Hombre. Zette regenteaba la galería de su cuñado Kahn-Weiler, que había lanzado a la mayoría de los grandes pintores cubistas y que poseía una inmensa colección de Picasso. Vivía clandestina-

mente en ese departamento, que servía a menudo de refugio a judíos y a resistentes. Los Leiris conocían a una cantidad de gente célebre o notoria y nos contaron un montón de cuentos sobre ellos. Eran íntimos de Giacometti y nos hablaron mucho de él. Leiris nos describió también los buenos tiempos del surrealismo; se había entregado con pasión a esa aventura; en su época, se empolvaba la cara de blanco y se hacía pintar paisajes sobre su cabeza rapada. Había asistido al banquete que se celebró poco después de la guerra en "La Closerie des Lilas" en honor de Saint-Pol-de-Roux; por la ventana abierta, había gritado a voz en cuello "¡Viva Alemania!" Unos transeúntes le habían dicho que bajara a explicarse; lo había hecho y se había despertado en el hospital. Una mezcla de masoquismo, de extremismo y de idealismo le habían valido muchas experiencias acerbas y disparatadas que contaba con una imparcialidad levemente asombrada.

Queneau era uno de los mejores amigos de Leiris; ya no sé cómo se cambió nuestra primera entrevista con él; tuvo lugar en el "Flore" y le dijimos a Queneau que nos gustaba mucho *Los hijos del limo*. Su primer proyecto había sido escribir un estudio serio sobre los iluminados que se habían consumido buscando la cuadratura del círculo y el movimiento perpetuo: nos habló de ellos con detenimiento y encanto. Nos asombró enterarnos de que entendía de matemáticas y que leía de corrido a Bourbaki. Por otra parte, tenía en numerosos terrenos una notable erudición, que, por supuesto, nunca exponía, pero que transformaba en anécdotas, en acercamientos, en visiones. Su conversación me ponía de buen humor, pues le divertía todo lo que uno le decía y todavía más todo lo que él decía: sus ojos chispeaban detrás de sus anteojos y estallaba en una risa cuyo sentido, pensándolo bien, era incierto, pero cuya alegría en todo caso era contagiosa. Su mujer profería con aire ingenuo verdades molestas o incongruencias; a veces desconcertaba, pero causaba gracia.

En el estreno de *Las moscas*, Sartre había encontrado a Camus simpático. Fue en el "Flore" donde lo encontré con

Sartre por primera vez. La conversación giró, no sin cierta vacilación, sobre temas literarios, entre otros sobre *La parcialidad de las cosas* de Ponge, que Camus apreciaba como Sartre. Las circunstancias nos llevaron a romper el hielo muy rápido. Camus adoraba el teatro. Sartre habló de su nueva pieza y de las condiciones en las que pensaba montarla; le propuso representar el papel del protagonista y ponerla en escena. Camus vaciló un poco y, como Sartre insistiera, aceptó. Los primeros ensayos se desarrollaron en mi cuarto, con Wanda, Olga Barbezat y Chauffard, que hacía de criado: era un ex alumno de Sartre que escribía, pero que, por encima de todo, quería ser actor; trabajaba con Dullin. La rapidez con la cual Camus se lanzó en esta aventura, la buena disposición que demostraba, nos inspiraron amistad por él. Acababa de llegar a París; estaba casado, pero su mujer se había quedado en África del Norte; tenía algunos años menos que yo. Su juventud, su independencia, lo acercaban a nosotros: nos habíamos formado sin lazo con ninguna escuela, como solitarios; no teníamos hogar, ni lo que se llama un medio. Como nosotros, Camus había pasado del individualismo a la acción comprometida; sabíamos, sin que él nunca hubiera aludido a ello, que tenía importantes responsabilidades en el movimiento Combat. Recibía con buen apetito el éxito, la notoriedad, y no lo ocultaba: un aire descreído hubiera sido menos natural; dejaba ver de tanto en tanto un lado un poquito Rastignac, pero no parecía tomarse en serio. Era sencillo y alegre. Su buen humor no desdeñaba las bromas fáciles: llamaba Descartes al camarero del "Flore" llamado Pascal, pero podía permitírselo: un encanto debido a una feliz dosificación de displicencia y de fervor lo aseguraba contra la vulgaridad. Lo que sobre todo me gustaba en él era que supiera sonreír con desapego de las cosas y de la gente, dándose al mismo tiempo intensamente a sus empresas, a sus placeres, a sus amistades.

Nos encontrábamos por grupitos o todos juntos en el "Flore", en restaurantes modestos del barrio y a menudo en casa

de Leiris. A veces también yo invitaba a comer a los Leiris, a los Queneau, a Camus: podíamos sin dificultad ser ocho alrededor de mi mesa. Bost, que cocinaba un poco, me ayudaba a preparar las comidas. Yo estaba mejor abastecida que el año anterior gracias a Zette, que me procuraba de tanto en tanto un poco de carne. Daba a mis invitados pucheros de alubias, grandes fuentes de "boeuf a la mode", y me las arreglaba para tener vino en abundancia. "No brilla por la calidad, pero hay cantidad", decía Camus. Nunca yo había "recibido" antes y me divertía.

Esos encuentros nos ocupaban mucho y les dábamos un precio que el parentesco de nuestros gustos, de nuestras opiniones, de nuestras curiosidades, no basta para explicar; lo debían a esa solidaridad práctica que nos unía. Escuchábamos la B.B.C., nos comunicábamos las noticias, las comentábamos; juntos nos alegrábamos, nos inquietábamos, nos indignábamos, odiábamos, esperábamos; cuando hablábamos de naderías continuaba una subconversación en la que se expresaban todavía nuestras esperanzas y nuestros temores; nos bastaba estar presentes los unos respecto a los otros para sabernos unidos y sentirnos fuertes. Nos prometíamos seguir para siempre ligados contra los sistemas, las ideas, los hombres que condenábamos; su derrota iba a llegar; el porvenir que entonces se abriría, nosotros tendríamos que construirlo; quizá políticamente y, en todo caso, sobre el plano intelectual: debíamos proporcionar a la posguerra una ideología. Teníamos proyectos precisos. Gallimard se preparaba a publicar en su *Encyclopédie* un volumen consagrado a la filosofía; pensábamos separar la sección ética: Camus, Merleau-Ponty, Sartre, yo misma, haríamos un manifiesto de equipo. Sartre estaba decidido a fundar una revista que dirigiríamos todos juntos. Habíamos llegado al extremo de la noche, el alba despuntaba; codo con codo, partíamos de nuevo: por eso, pese a mis treinta y seis años, yo les encontraba a esas amistades la frescura embriagadora de las amistades de juventud.

Fue una suerte para mí encontrarlas en el momento en que entraba a la vida literaria; me ayudaron a definir mis ambiciones. Yo no aspiraba al mármol de los siglos, pero no me habría contentado con algunos cascabeles; conocí mi verdadero deseo por la alegría que sentía al alcanzar su cumplimiento. Durante la primera comida que di en mi cuarto, Zette Leiris y Jeanine Queneau evocaron las conversaciones que habían tenido en setiembre, andando en bicicleta por senderos de campo: hablaban de las relaciones de Françoise y de Pierre en *La invitada*, de la actitud de la pareja respecto a Xavière, de la infidelidad y de la lealtad, de los celos, de la confianza; me dieron a entender que, a través de esas discusiones, ellas se habían interrogado sobre problemas personales; recuerdo esa efervescencia dentro de mí, mientras las escuchaba. Una frase de Camus también me emocionó; yo le había prestado una copia a máquina de *La sangre de los demás*; estábamos en la cocina de los Leiris, íbamos a sentarnos a la mesa para comer, cuando me tomó aparte: "Es un libro fraternal", me dijo con fervor y pensé: "Vale la pena escribir si uno puede crear fraternidad con palabras." Penetrar tan adentro en las vidas extrañas que la gente, al oír mi voz, tenga la impresión de hablar consigo misma: he aquí lo que deseaba; si eso se multiplicaba en millones de corazones, me parecía que mi existencia, renovada, transfigurada, estaría en cierto modo salvada.

Como ya tenía un libro publicado, hubiera sido normal que asistiera a las reuniones del C.N.E.; me alejé por escrúpulos que a menudo en adelante me incitaron a reservas análogas. Mi acuerdo con Sartre era tan entero que mi presencia hubiera doblado vanamente la suya; al ser inútil, me parecía volverse inoportuna y ostentosa; yo no temía la malevolencia ajena sino mi propia molestia: habría tenido interiormente la impresión de entregarme a una exhibición indiscreta. Esa censura quizá no hubiera importado, si yo hubiese podido desde los primeros días acompañar a

Sartre al C.N.E. y seguramente hubiera pasado por encima de ella si esas sesiones me hubieran atraído: pero Sartre las encontraba más bien fastidiosas. Me alegró que Camus me pidiera que diera *La sangre de los demás* a las ediciones de Minuit. [1] Hubiera querido "hacer algo"; pero me repugnaba una participación simbólica y me quedé en casa.

La literatura dormitaba pero hubo una temporada teatral bastante animada. Barrault montó en la Comédie Française *El escarpín de raso*. Muchas cosas nos habían chocado en ese drama cuando lo habíamos leído algunos años antes; sin embargo, habíamos admirado que Claudel hubiera conseguido que cupieran en un amor el cielo y la tierra. Nos repelía del todo desde que había escrito su "Oda al mariscal"; sin embargo tuvimos curiosidad de ver su pieza y cómo Barrault la había tratado. El espectáculo empezaba a las seis de la tarde y duraba más de cuatro horas: mantuvo nuestra atención. Marie Bell, disfrazada, me molestó: yo prestaba a doña Prouhèze una gracia más masculina; pero su voz me subyugó: abrazaba el África y las Américas, el desierto y los océanos, quemaba los corazones; Barrault era un Rodrigo un poco endeble en medio de ese zarzal ardiente. Su puesta en escena no tenía ni pies ni cabeza. Para pintar con movimientos humanos las olas del mar se había inspirado felizmente en el teatro chino; se reconocía en otros inventos al innovador de *El hambre;* pero el telón se levantó más de una vez sobre un decorado digno del Châtelet. A la salida, nos preguntamos con perplejidad qué camino iba a elegir. Un poco más tarde, una joven compañía presentó, en el Théâtre de Poche, *Huracán,* de Strindberg: como director y como actor, Jean Vilar prometía mucho. No nos gustaban nada las piezas de Giraudoux y no sé muy bien por qué fuimos a ver *Sodoma y Gomorra*: notamos,

[1] La impresión todavía no había sido comenzada cuando llegó la Liberación.

como todo el mundo, el paso de un ángel que se llamaba Gérard Philipe.

Fui a pasar el principio de enero en la nieve. Sartre no me acompañó pero Bost fue conmigo a Morzine, donde unos amigos habían alquilado una casa. Encontré enternecida mi pasado sobre los tejados blancos de la aldea, por las calles que olían a madera mojada. Pero tuve decepciones: el método francés había cambiado, los monitores prohibían categóricamente el uso del *stem*; había que aprender todo de nuevo y yo trabajé duro: "Daría el premio Renaudot por saber el cristiania hacia abajo", escribí a Sartre. Sin embargo, me divertía mucho y comía.

Una mañana encontré toda revuelta la tienda en donde yo hacía preparar mis esquíes: a la noche los resistentes del maquis la habían saqueado. El propietario se negaba a darles las contribuciones que le reclamaban; todo era culpa suya, me dijeron los demás comerciantes, más patriotas o más prudentes. En todo caso, los del maquis dictaban la ley en Morzine; otro acontecimiento lo confirmó; se lo conté a Sartre en una carta.

"El hotel está en revolución. Hace una hora, a las seis y media de la tarde, tres tipos del maquis llegaron, revólver en mano, reclamando a una cierta Odette; es una clienta elegante y antipática que come en la mesa al lado de la nuestra y que, parece, trabaja para la Gestapo; tomaron a una muchacha idiota que se había hecho amiga de Odette en estos últimos días y subieron con ella a su cuarto, examinaron cortésmente sus papeles y volvieron a bajar al hall, donde el patrón insistió en convidarlos con un aperitivo; toda la gente del hotel parecía desbordar de simpatía por ellos. Esperaban a Odette, pero la comida terminó sin que apareciera: era una extraña comida, todas las miradas estaban fijas en aquella mesa vacía. Parece que denunció a un montón de gente y que en el hotel todo el mundo lo sabía. Yo había notado que era muy amable, pero creía

que era por simple coquetería; a la noche salía con monitores; aparte de eso iba a misa, parecía una señorita de buena familia. Los tres tipos anunciaron que cuando la encontraran la matarían y nadie, ni siquiera su amiga de ocho días, pareció con ganas de ponerla en guardia... Por lo demás, esta tarde, he visto en la pista a dos alemanes de uniforme que se ejercitaban gravemente al esquí; era, por lo menos, tan sorprendente como una musulmana en bicicleta."

En verdad alguien debió prevenir a Odette; no volvió a pisar el hotel. Tres días más tarde, de vuelta en París, cuando yo esperaba un ómnibus, vi junto al río su campera roja; hablaba con la gente y parecía perfectamente despreocupada.

La aviación aliada había conquistado el cielo; la prensa, indignándose contra el "terrorismo anglosajón", confirmaba las noticias difundidas por la B.B.C.: Renania, Colonia, Hamburgo. Berlín, estaban asoladas. En el este los alemanes se replegaban ante la ofensiva soviética. Los aliados desembarcaron en febrero en Nettuno, las tropas que subían desde Salerno para unirse con esas nuevas unidades fueron detenidas en Cassino: hubo un violento combate que destruyó por completo el famoso monasterio; pero los angloamericanos reanudaron su avance y no tardarían en entrar en Roma. Nuestra propia liberación era cuestión de algunos meses, quizá de algunas semanas. La R.A.F. preparaba el desembarco multiplicando los raids sobre Francia; bombardeaba las fábricas, las estaciones, los puertos. Nantes estaba destruida. Los suburbios de París fueron duramente tocados. La resistencia apoyaba ese esfuerzo: camiones alemanes saltaban; los ferroviarios deterioraban las locomotoras y el material ferroviario. En Saboya, en Limousin, en Auvernia, los maquis proliferaban. De tanto en tanto, los alemanes los atacaban; aprisionaban, fusilaban. Se leía corrientemente en los diarios que quince "refractarios", que veinte "bandidos", que toda una banda de "traidores", habían sido ab-

tidos. Corrían rumores: en el Norte, en Dordogne, en el Centro, los alemanes habían pasado por las armas a todos los habitantes varones de una aldea, expulsado a las mujeres y a los chicos e incendiado las casas. En París, los ocupantes ya no pegaban *Avisos* en las paredes; sin embargo, expusieron las fotografías de los "terroristas extranjeros" que condenaron a muerte el 18 de febrero y veintidós de los cuales fueron ejecutados el 4 de marzo: pese a la grosería de las fotos, todos esos rostros que proponían a nuestro odio eran conmovedores y hasta hermosos; yo los miré largo tiempo bajo las bóvedas del subte, pensando con tristeza que los olvidaría. Hubo muchos otros héroes, muchas otras víctimas, cuyos rasgos no nos mostraron: atentados y represalias se hacían más exasperados. Es en esa época, creo, cuando Lautmann fue ejecutado en Toulouse; me enteré después de la muerte de Cavaillés, de la deportación de Kahn: recordaba a la chiquilla de trenzas oscuras, la casa de baldosas rojas, en medio de los castaños apacibles, y no conseguía creer que la felicidad pudiera derrumbarse en un instante. Sin embargo, era verdad. Sartre iba alrededor de tres veces por semana a las reuniones del C.N.E. y del C.N. Th.: si tardaba en volver, mi garganta se anudaba; durante los cinco, los diez primeros minutos, sería sólo así, me decía; y al cabo de dos horas, de tres horas, ¿qué haré? Esperábamos la derrota de Hitler con una alegría febril; pero de allí a entonces nuestras vidas podían ser destruidas. La alegría, la angustia, formaban en nuestros corazones una unión incierta.

Una mañana, al llegar al "Flore", encontramos a Mouloudji desesperado: acababan de detener a Lola y a Olga Barbezat. Eran muy amigas; ninguna de las dos tenía actividades políticas, pero la víspera habían tomado el té en casa de unos amigos que estaban en la resistencia: la policía se había llevado a todo el mundo. Sartre habló con el pretendido secretario de Laval, que no sabía dónde meterse. Pese a las múltiples gestiones, Mouloudji y Barbezat

no lograron hacer soltar a las dos mujeres; al menos les aseguraron que no serían deportadas; se quedaron efectivamente en Fresnes hasta el mes de junio.

Ya estábamos bastante fogueados en la inquietud para que no estropeara radicalmente nuestros placeres; festejamos alegremente a Mouloudji, cuando recibió el 26 de febrero el premio de la Pléiade, que acababa de crear Gallimard. El jurado estaba compuesto por Éluard, Malraux, Paulhan, Camus, Blanchot, Queneau, Arland, Roland Tual y Sartre; Lemarchand era el secretario; había que coronar un manuscrito inédito: el premiado recibiría cien mil francos y Gallimard publicaría su libro. Sartre votó por *Enrico*, sostenido también por Camus. Mouloudji no tenía serios rivales y ganó sin dificultad. Lo necesitaba mucho, pues aquel invierno arrastraba una miseria negra y no tenía sobretodo; en la calle se alzaba el cuello de su chaqueta y tiritaba. Algunos escritores, nativos como él de África del Norte, organizaron en el "Hoggar" un almuerzo en su honor; fui invitada con Sartre; sirvieron como plato de resistencia unas costillitas de cordero: recuerdo todavía mi decepción al ver que la mía se reducía a un hueso cubierto de un poco de grasa. La fortuna de Mouloudji dejó a Boubal estupefacto y luego lo escandalizó; cuando *Enrico* fue impreso [1], lo hojeó: "¡Cien mil francos por escribir sandeces semejantes! ¡Cien mil francos por contar que uno se ha acostado con su madre! ¡Por ése precio yo diría las mismas cosas!" Mouloudji empezó en seguida otros relatos que aparecieron en *L'Arbalète*. La crítica reprochó a su relato su "miserabilismo", pero sin embargo, lo recibió bien.

Poco después participamos en una manifestación literaria. Picasso acababa de escribir una pieza, *El deseo agarrado por la cola*, que evocaba las obras de vanguardia de los años 20; era un lejano y tardío reflejo de las *Ubres de Tiresias;* Leiris propuso hacer una lectura pública de ella y aceptamos; Camus se encargó de dirigir el juego; tenía en la mano un

[1] En enero de 1945.

grueso bastón con el que golpeaba el piso para indicar los cambios de decorados; describía los decorados y presentaba a los personajes; dirigió a los intérpretes, elegidos por Leiris, y que ensayaron durante muchas tardes: Leiris tenía el papel principal; decía con fervor los monólogos de *Gran pie*; Sartre era *La punta redonda*, Dora Marr *La angustia gorda*, la mujer del poeta Hugnet *La angustia flaca*. La muy bonita Zanie Campan, mujer del editor Jean Aubier, que deseaba hacer teatro, encarnaba *La torta* y yo era *La prima*.

La lectura se efectuó a eso de las siete de la noche en la sala de los Leiris; habían dispuesto algunas hileras de sillas, pero fue tanta gente que un gran número de oyentes se quedó de pie al fondo de la habitación y en el vestíbulo. Estábamos agrupados de espaldas a la ventana, frente a la asistencia, que nos escuchó y nos aplaudió religiosamente; para Sartre, para Camus, para mí, sólo se trataba de una diversión, pero en ese medio tomaban en serio, al menos en apariencia, todos los actos y gestos de Picasso. Estaba él presente y todos lo felicitaron; reconocí a Barrault; me mostraron el hermoso rostro de Braque. Una parte del público se despidió y pasamos al comedor, donde el ingenio de Zette y generosas contribuciones habían resucitado la preguerra; unos millonarios argentinos, que hacían decorar su departamento por los principales artistas de París y para quienes Picasso había pintado una puerta, habían traído una enorme torta de chocolate. Entonces, creo, me acerqué por primera vez a Lucienne y a Armand Salacrou, Georges Bataille, Georges Limbour, Sylvia Bataille, Lacan; comedias, libros, una hermosa imagen, se convertían en gente de carne y hueso y yo también existía un poco para ellos: ¡cómo se había ampliado y enriquecido el mundo en pocos meses! Y ¡qué placer tenía al sentirme vivir! Había gastado en vestirme; Olga me había prestado una tricota de angora roja; Wanda un collar de gruesas perlas azules: Picasso me dejó encantada felicitándome por aquel arreglo. Yo sonreía, me sonreían; estaba contenta de los demás y de mí misma, mi

vanidad florecía agradablemente, la amistad me mareaba un poco. Bromas, chistes, amabilidades y efusiones, algo salvaba de la insipidez todas esas mundanidades: tenían un gustito secreto y violento: un año antes, no hubiéramos imaginado reunirnos para pasar horas tan bulliciosas y tan aturdidas: por anticipado, y contra todas las amenazas que pesaban sobre muchos de nosotros, celebrábamos la victoria.

Alrededor de las once, la mayor parte de los invitados se fueron. Los Leiris retuvieron a los intérpretes de la pieza y a algunos íntimos; ¿por qué no prolongar la fiesta hasta la cinco de la mañana? Aceptamos, muy divertidos por el carácter irremediable de nuestra decisión, pues, en cuanto sonó la medianoche, se agregó a ella una obligación: voluntariamente y a pesar de nosotros, nos encontrábamos encerrados hasta el alba en ese departamento rodeado por una ciudad prohibida. Habíamos perdido la costumbre de trasnochar; felizmente, quedaba bastante vino para vencer nuestro entorpecimiento. No bailamos para no escandalizar a los inquilinos de abajo, pero Leiris puso en sordina discos de jazz. Mouloudji cantó *Les petits pavés* con una bonita voz infantil; reclamaron a Sartre *Les papillons de nuit* y *J'ai vendu mon âme au diable*; Leiris y Camus leyeron una escena de un melodrama elegido; los otros contribuyeron no sé muy bien cómo. Por momentos, el sueño me hacía languidecer: entonces era cuando saboreaba más intensamente la noche insólita. Afuera, salvo para los ocupantes y sus protegidos, las calles ya no eran caminos sino barreras; en lugar de unirlos, aislaban los edificios, que cobraban su verdadero aspecto: barracas de prisioneros; París era un vasto Stalag. Habíamos anulado esa dispersión y, si bien no habíamos infringido la regla, al menos la habíamos sorteado: beber y conversar juntos en el corazón de las tinieblas era un placer tan furtivo que nos parecía ilícito; participaba de la gracia de las dichas clandestinas.

Aquella velada se prolongó para nosotros por medio de algunas relaciones nuevas. Uno o dos años antes habíamos

comido en casa de los Desnos con Dora Marr y Picasso; la conversación había languidecido. Volvimos a verlos durante los ensayos de su pieza y el día de la lectura; él nos invitó a comer en el restaurante de los Catalans[1], donde comía siempre en compañía de Dora Marr, y nos recibió varias veces en su taller. Íbamos por lo general a la mañana con los Leiris. Vivían en la calle Grands Augustins; él dormía en un cuarto pelado como una celda; tampoco había más muebles en el vasto altillo donde trabajaba: solamente una estufa, cuyos caños corrían por todos lados, caballetes y cuadros, los unos vueltos contra la pared, los otros visibles. Yo conocía por diversas exposiciones la manera en que transformaba un tema de una tela a la otra; pintaba en esa época el presbiterio de Notre-Dame, un candelero, un manojo de cerezas, y uno comprendía claramente, a través de las diversas versiones, los juegos de su invención, sus progresos, sus pausas, sus caprichos. Comparadas con sus obras pasadas, éstas eran más perfectas que nuevas; pero esa perfección tenía su precio y me gustaba descubrir esas telas en el lugar, en el momento mismo de su creación. Picasso nos recibía siempre con una vivacidad chispeante; su conversación tenía alegría y brillo, pero no se conversaba con él; más bien se entregaba a monólogos, que estropeaba por un exceso de paradojas envejecidas; me gustaban, sobre todo, su cara, sus mímicas, sus ojos prestos. Comió una vez en mi cuarto con Dora y los Leiris; yo había hecho prodigios. Una gran ensaladera llena de moras y de grosellas me valió un concierto de elogios.

Nos unimos más íntimamente con los Salacrou. Salacrou tenía la mirada penetrante, la risa rápida, la lengua vivaz, un cinismo que solía volver contra él mismo y que se parecía entonces agradablemente a la lozanía; uno de sus encantos era que, aunque se disfrazaba como todo el mundo,

[1] No ocupaba el mismo lugar que ahora; estaba situado también en la calle Grands Augustins pero en la acera de enfrente.

confesaba con entusiasmo muchas cosas que uno disfraza: sus miedos, por ejemplo, y sus vanidades.

También volvimos a ver a menudo en casa de los Leiris a Georges Bataille, de quien *La experiencia interior* en ciertos pasajes me había irritado y en otros me había conmovido mucho; y Limbour, cuya novela *Los vainilleros* me había gustado tanto. Se pretende a menudo que los escritores sólo deben ser conocidos por sus libros, que en carne y hueso decepcionan: comprobé que ningún lugar común es más falso. Cualquiera haya sido el porvenir de esos encuentros, nunca el contacto con un autor cuyas obras estimaba me ha decepcionado. Todos tenían una manera propia de estar atentos al mundo, una malicia o un calor, un estilo, un tono que se destacaba de la chatura general. El encanto podía a la larga gastarse o petrificarse, pero siempre existía y desde las primeras palabras que se cruzaban se imponía.

Uno de los atractivos de ese círculo en el cual entramos era que los miembros eran casi todos antiguos surrealistas cuya disidencia remontaba a tiempos más o menos lejanos; nuestra edad, nuestra formación universitaria, nos habían tenido a Sartre y a mí apartados de ese movimiento, que indirectamente, sin embargo, había contado mucho para nosotros; habíamos heredado sus aportes y sus fracasos; cuando Limbour nos contaba sesiones de escritura automática, cuando Leiris y Queneau evocaban las excomuniones pronunciadas por Breton, sus *diktats*, sus iras, los relatos, mucho más detallados, más vivos, más verdaderos que ningún libro, nos ponían en posesión de nuestra prehistoria. Un día, en el primer piso del "Flore", Sartre preguntó a Queneau qué le quedaba del surrealismo: "La impresión de haber tenido una juventud", nos dijo. Su respuesta nos impresionó y lo envidiamos.

Yo saqué otro provecho de esas relaciones. Conocía a pocas mujeres de mi edad, ninguna de las cuales llevaba una vida clásica de esposa; los problemas de Stépha, de Camille, de Louise Perron, de Colette Audry, los míos, eran a mis

ojos individuales y no genéricos. Sobre muchos puntos, yo había comprendido cómo, antes de la guerra, había pecado por abstracción: que no fuera indiferente ser judío o ario ahora lo sabía; pero no había advertido todavía que hubiera una condición femenina. De pronto, encontraba un gran número de mujeres que habían pasado los cuarenta y que, a través de la diversidad de sus posibilidades y de sus méritos, habían tenido todas una experiencia idéntica: habían vivido como "seres relativos". Porque yo escribía, porque mi situación era diferente de la de ellas y también, creo, porque escuchaba bien, me dijeron muchas cosas; empecé a darme cuenta de las dificultades, de las falsas facilidades, de las trampas, de los obstáculos que la mayoría de las mujeres encuentran en su camino; también sentí en qué medida estaban a la vez disminuidas y enriquecidas. No concedí todavía mucha importancia a un punto, una cuestión, que me atañía indirectamente, pero sentí un llamado de atención.

Tomar copas, almorzar o comer juntos en grupos más o menos numerosos no era bastante; quisimos resucitar esa noche privilegiada que habíamos pasado después de la lectura del *Deseo agarrado por la cola*; en marzo, en abril, organizamos lo que Leiris llamó *fiestas*. La primera se celebró en casa de Georges Bataille, en un departamento que daba al patio de Rohan. El músico René Leimovitz se ocultaba allí con su mujer. Quince días después, la madre de Bost nos prestó su casa de Taverny: para ser una viuda de un pastor y septuagenaria, tenía ideas amplias; encerró con llave sus muebles y sus objetos preciosos, puso tableros de ajedrez sobre una mesa y se fue a dormir a otra parte. En junio, volveré sobre esto, hubo otra fiesta en casa de Camille. Me había divertido a menudo en la vida: pero es en esas noches cuando conocí el verdadero sentido de la palabra "fiesta". [1]

[1] Geneviève Gennari, en el ensayo que escribió sobre mí, advierte que las fiestas ocupan un gran lugar en mis libros; en efecto, he pin-

Para mí[1] la fiesta es ante todo una ardiente apoteosis del presente, frente a la inquietud del porvenir; un tranquilo desarrollo de los días felices no suscita la fiesta: pero, si en el seno de la desgracia renace la esperanza, si uno vuelve a encontrar un enganche con el mundo y con el tiempo, entonces el instante se pone a arder, uno puede encerrarse y consumirse con él: es fiesta. El horizonte, a lo lejos, sigue siempre nublado, las amenazas se mezclan a las promesas y por eso toda fiesta es patética: afronta esa ambigüedad y no la esquiva. Fiestas nocturnas de los amores nacientes, fiestas en masa de los días de victoria: hay siempre un gusto mortal en el fondo de las embriagueces vivas, pero la muerte, durante un rato fulgurante, queda reducida a nada. Estábamos amenazados; después de la liberación, muchos desmentidos nos esperaban, muchas tristezas, y el incierto bullicio de los años y de los meses; no nos engañábamos: queríamos solamente arrancar a esa confusión algunas pepitas de alegría y emborracharnos con su brillo, desafiando los mañanas que desencantan.

Lo conseguíamos gracias a nuestra connivencia; el detalle de esas noches contaba poco: nos bastaba estar juntos. Esa alegría, en cada uno de nosotros vacilante, sobre los rostros que nos rodeaban se convertía en un sol y nos iluminaba: la amistad ocupaba tanto lugar como los triunfos aliados. Las circunstancias apretaban todavía más, de manera simbólica, los lazos de cuyo vigor y juventud he hablado. Una infranqueable zona de silencio y de noche nos aislaba de

---

tado varias en *Todos los hombres son mortales*, en *Los mandarines* y hablé de ellas en *La moral de la ambigüedad*. Son esas fiestas, y la noche del 25 de agosto, de las que eran una anticipación, las que me descubrieron el valor de esos entremeses.

[1] Caillois en *El mito y la fiesta* y George Bataille en *La parte del diablo* han dado de ese fenómeno un análisis mucho más detallado; yo indico solamente lo que significó para mí. Cada uno de los escritores que se han interesado en esto lo han interpretado a su manera: el papel de la fiesta en Rousseau, por ejemplo, ha sido descubierto por Starobinski en *La transparencia y el obstáculo*.



Escaneado con CamScanner

todos; imposible entrar, salir: vivíamos en un arca. Éramos una especie de fraternidad que desarrollaba, escondida del mundo, sus ritos secretos. Y el hecho es que teníamos que inventar sortilegios: pues, en fin, el desembarco todavía no se había producido. París no estaba liberada, ni Hitler abatido; ¿cómo celebrar acontecimientos que no se habían cumplido? Existen conductas mágicas que logran abolir las distancias a través del espacio y del tiempo: las emociones. Nosotros suscitábamos una vasta emoción colectiva que lograba, realizaba sin prórroga todos nuestros deseos: la victoria se hacía tangible en la fiebre que encendía.

Empleábamos para atizar el fuego los procedimientos más clásicos. Primero la comilona. Todas las fiestas quiebran el curso normal de la economía por medio de la orgía consumidora: en una escala modesta, así ocurría entre nosotros. Se necesitaban muchos cuidados y restringirse severamente para amontonar los víveres y las botellas con que llenábamos el aparador: ¡de pronto comíamos, bebíamos a discreción! La abundancia, tan desagradable cuando sirve para lucirse [1], se vuelve exultante cuando alegra estómagos hambrientos: aplacábamos sin vergüenza nuestro apetito. Los desórdenes amorosos ocupaban escaso lugar en esas saturnales. La bebida, sobre todo, nos ayudaba a romper con lo cotidiano: sobre el alcohol, no economizábamos; a nadie entre nosotros le repugnaba chispearse; algunos lo consideraban casi un deber; Leiris, entre otros, se dedicaba a ello con fervor y lo lograba admirablemente; entonces daba exhibiciones de gran estilo; todavía lo veo bajando sentado la escalera de Taverny; saltaba de escalón en escalón, la cara alegre, pero sin abandonar una dignidad un poco acompasada; cada uno de nosotros se volvía así más o menos deliberadamente el bufón de los demás y las atracciones no faltaban: éramos toda una feria con sus histriones, sus charlatanes, sus payasos, sus desfiles. Dora Marr imita-

[1] Pienso por ejemplo en el pic-nic en que acompañé a Zaza a orillas de Adour.

ba una corrida de toros; Sartre, en el fondo de un armario, dirigía una orquesta; Limbour cortaba un jamón con aires de caníbal; Queneau y Bataille se batían en duelo con botellas en vez de espadas; Camus, Lemarchand, tocaban marchas militares sobre cacerolas; los que sabían cantar cantaban y también los que no sabían; pantomimas, comedias, diatribas, parodias, monólogos, confesiones, las improvisaciones no paraban y eran acogidas con entusiasmo. Poníamos discos, bailábamos, los unos muy bien, como Olga, Wanda, Camus, los otros menos. Invadida por el placer de vivir, yo encontraba mi vieja certidumbre de que vivir puede y debe ser una dicha. Esta persistía en la paz de la madrugada. Luego empalidecía sin morir del todo: la espera volvía a empezar.

Para Pascuas, fuimos a La Pouèze; durante nuestra ausencia, París fue bombardeada casi todas las noches y con tanto estruendo que Bost había pensado, según nos escribió, hacerse jefe de grupo: soportaba mal esperar con los brazos cruzados que el techo se le cayera sobre la cabeza; vivía a cien metros de la estación Montparnasse y la R.A.F. bombardeaba sistemáticamente las estaciones; había desorganizado tan bien los ferrocarriles que Bost había tardado tres horas en vez de veinte minutos en ir a Taverny; primero dos trenes habían pasado sin que pudiera, no digo instalarse, sino ni siquiera colgarse del tope del vagón: el que logró tomar zigzagueaba de una manera muy rara por los suburbios y se detenía cada dos kilómetros. A nuestro regreso, encontramos la estación del Norte, la estación de Lyon y la estación del Este cerradas. Para ir a Lyon, se salía de Juvisy; para ir a Burdeos de Denfert-Rochereau. Una noche creí que el cielo y la tierra explotaban: las paredes del hotel temblaban y yo también iba a temblar cuando Sartre fue a buscarme y me llevó a la terraza del hotel; el horizonte estaba incendiado y ¡qué fantasía el cielo! Quedé fascinada y olvidé el miedo. Ese tumultuoso es-

pectáculo duró más de dos horas. Nos enteramos al día siguiente de que la estación de La Chapelle estaba hecha papilla y rodeada de escombros; habían caído bombas al pie del Sacré-Coeur.

Las restricciones se agravaron; los cortes de electricidad se multiplicaron; el último tren de subterráneo salía a las veintidós; en los teatros disminuyeron el número de sesiones y también en los cines. Ya no se encontraba nada que comer. Felizmente Zette me indicó un medio de abastecerme: el portero de la fábrica Saint-Gobain, en Neuilly-sous-Clermont, vendía carne. Hice con Bost varios viajes fructuosos. Un tren nos llevaba con nuestras bicicletas hasta Chantilly; luego andábamos veinte kilómetros; íbamos a hacer nuestras compras a la fábrica y a tomar una copa a la hostería del pueblo; había cerca una inmensa cantera abandonada, de donde habían sido extraídas antaño las piedras de la catedral de Beauvais; ahora cultivaban allí hongos y a veces nos llevábamos algunos kilos del producto. En la carretera, oíamos a veces las explosiones y el tableteo de la D.C.A. La estación de Creil y sus alrededores habían sido arrasados; en esto, una tarde, mientras atravesábamos la ciudad en ruinas, sonó la alerta; a pesar del calor, yo pedaleé hasta quedarme sin aliento cuando atravesé el puente que pasa por encima de la vía férrea; ¡qué desierto a nuestro alrededor y qué silencio! Más lejos, el tranquilo olor de los prados y de los campos continuaba cargado de un veneno secreto; la calzada estaba cubierta de cintas de papel brillante cuyo origen nunca supe y a las que encontré un aspecto maléfico. Pero me sentí triunfante cuando desembalé en mi cuarto trozos de carne fresca.

Vimos expuesto en las paredes de París un caracol, de colores ingleses y norteamericanos, que se arrastraba a lo largo del litoral italiano; pocos días después nos enterábamos de que la marcha de los aliados sobre Roma se precipitaba; la prensa ya no ocultaba que la hora del desembarco se acercaba. En el "Flore", la atmósfera cambiaba. Francis Vinte-

non me dijo confidencialmente que acababa de meterse hasta el tope en la Resistencia. El seudosecretario de Laval desapareció, lo mismo que Zizi Dugommier. Las caras de los redactores de *Le Pilori* y de *La Gerbe* se alargaban; la mañana en que los diarios anunciaron la ejecución de Pucheu, se saludaron con la cabeza; parecían demasiado extenuados para hablar. Uno de ellos terminó por pronunciar una frase: "Es nuestro proceso", dijo. "Sí", dijo el otro; y sus miradas se perdieron El colaboradór de *Le Pilori* fue colgado en los días que siguieron a la Liberación; ignoro la suerte que corrió su colega.

Bruscamente, el cielo sobre nuestras cabezas se cubrió de hollín: Bourla fue detenido. Lise, que no podía dormir por los bombardeos y que nunca comía bastante, se había ido a La Pouèze. Bourla siguió viviendo en el mismo cuarto: una vez, sin embargo, pasó la noche en casa de su padre. Los alemanes llamaron a las cinco de la mañana y los llevaron a ambos a Drancy. El señor Bourla vivía con una aria rubia que no fue molestada; al partir, Bourla la abrazó: "No moriré porque no quiero morir", le dijo. Ella se puso en seguida en contacto, no sé por medio de qué combinación, con un alemán que se hacía llamar Félix y que prometió por tres o cuatro millones salvar al padre y al hijo. Sobornó a un guardián y Lise, que había vuelto a París en la angustia, recibió de Bourla algunas palabras borroneadas en pedacitos de papel: los habían maltratado un poco, decía, pero conservaba buen espíritu; confiaba en Félix. Con razón, parecía. Félix anunció una mañana a la rubia que todos los internados de Drancy acababan de ser despachados a Alemania, pero que había conseguido que sus dos protegidos se quedaran. Aquella tarde acompañé a Lise a Drancy a través de la primavera en flor. Nos dijeron, en un café cercano a la estación, que aquella noche habían salido unos trenes blindados y que los rascacielos estaban vacíos. Nos acercamos a los alambres de púas; unos jergones se ventilaban sobre los alféizares de las ventanas



Escaneado con CamScanner

abiertas; nadie en los cuartos. Habíamos llevado nuestros prismáticos y vimos de muy lejos dos siluetas que se inclinaban hacia nosotros. Bourla se sacó la boina y la agitó con aire alegre, descubriendo su cabeza rapada. Sí, Félix había cumplido su palabra. Dos días después le contó a la rubia que habían transferido a los Bourla a un campo de prisioneros norteamericanos: no tardaría en hacerlos salir; comían bien, tomaban baños de sol, necesitaban ropa: la rubia y Lise llenaron una valija. Lise nunca veía a Félix; sólo sabía lo que decía la rubia, que se había entusiasmado con él: le tejía tricotas. Lise le hizo pedir que le trajera unas líneas de Bourla: no trajo nada. Insistió, reclamó un anillo que le había regalado a Bourla y del que él no se separaba nunca: no hubo anillo. Se asustó. ¿Por qué aquel silencio? ¿Dónde estaba ese campo de prisioneros? La rubia pareció confusa. ¿Félix la engañó o ella fue su cómplice o se esforzó por mantener las ilusiones de Lise el mayor tiempo posible? Se dejó perseguir durante días antes de transmitir la respuesta del alemán: "¡Hace tres meses que los mataron!"

Me impresionó la desesperación de Lise y la mía; ya muchas muertes me habían sublevado, pero esta me afectaba íntimamente. Bourla había vivido muy cerca de mí, yo lo había adoptado en mi corazón y no tenía más que diecinueve años. Sartre trataba piadosamente de convencerme de que, en un sentido, toda vida está terminada y que no es más absurdo morir a los diecinueve años que a los ochenta: yo no le creía. ¡Cuántas ciudades y cuántos rostros a los que no vería jamás, él hubiera podido amar! Cada mañana, cuando yo abría los ojos, le robaba el mundo. Lo peor es que no se lo robaba a nadie; no había nadie para decir: "Me han robado el mundo." Nadie: y en ninguna parte esa ausencia se encarnaba; ni tumba, ni cadáver, ni un hueso. Como si nada, absolutamente nada, hubiera ocurrido. Encontraron dos líneas de él en un papel: "No estoy muerto. Estamos solamente separados." Eran palabras de otra época. Nadie estaba ya allí para decir: "Estamos separados." Ese va-

cio me desorientaba. Y luego volvía a la tierra, pero el suelo me quemaba. ¿Por qué las cosas habían ocurrido así? ¿Por qué había dormido en casa de su padre justamente aquella noche? ¿Por qué el padre se creía a salvo, por qué lo habíamos creído? ¿No eran la rubia, sus millones y Félix quienes lo habían matado? Quizá hubiera sobrevivido a la deportación. Eran preguntas ociosas, pero me laceraban. Había otra que me hacía con espanto. Él había dicho: "No moriré, porque no quiero morir." No había elegido afrontar la muerte; ella se había precipitado sobre él sin su consentimiento: ¿la había visto durante un instante frente a frente? ¿A quién habían matado primero, a su padre o a él? Si él lo había sabido, yo estaba segura de que, en voz alta o en silencio, había gritado *no*, y este atroz sobresalto quedaba para siempre y vanamente petrificado en la eternidad. Él había gritado *no*, y nada más había sido. Esa historia no me resultaba soportable. Pero la soportaba.

Me es más difícil que para ningún otro período encontrar el verdadero tono de mis días. Esos cuatro años habían sido una transacción entre el terror y la esperanza, entre la paciencia y la ira, entre la desolación y renacimientos de alegría; de pronto, toda conciliación parecía imposible, me sentía tironeada. Desde hacía meses, me había parecido que resucitaba y la vida de nuevo me deslumbraba; y, de pronto, Bourla desaparecía: nunca había sentido con tal evidencia el caprichoso horror de nuestra condición mortal. Hay personas más juiciosas o más indiferentes que se asombran poco de esas contradicciones; se funden en el crepúsculo indistinto donde transcurren sus días y que apenas modelan, aquí y allí, algunos resplandores y algunas sombras. Yo siempre había separado ferozmente las tinieblas de la luz; la noche, el hollín, los recogía en breves instantes que agotaba en convulsiones y en lágrimas; a ese precio me preservaba cielos de una limpidez sin mezcla. Después de algunos días de pura tristeza, fue también a ese ritmo como lloré a Bourla; a causa de su muerte misma y de todo lo

que significaba, los momentos en que me daba al escándalo, a la desesperación, cobraron una intensidad que nunca había conocido: verdaderamente infernal. Pero, en cuanto escapé de ella, me sentí devorada de nuevo por los esplendores del porvenir, y por todo lo que componía en lo presente mi felicidad.

Habíamos oído hablar desde hacia varios meses de un poeta desconocido que Cocteau había descubierto en la cárcel y al que consideraba el escritor más grande de la época; al menos así lo había calificado en una carta dirigida en julio de 1948 al presidente de la 19ª cámara del crimen, ante el cual era juzgado Jean Genet, ya condenado nueve veces por robo. Barbezat pensaba publicar en *L'Arbalète* un fragmento de sus obras en prosa y algunos de sus poemas; su mujer, Olga la morena, iba de tanto en tanto a verlo en la cárcel; yo me había enterado por ella de su existencia y de algunos detalles de su vida. Recién nacido, había sido recogido por la Asistencia Pública y colocado en casa de unos campesinos; había pasado la mayor parte de su infancia en reformatorios; había robado y asaltado mucho a través del mundo y era pederasta. En la cárcel había leído; había compuesto versos, luego escrito un libro. Olga Barbezat decía maravillas de él. Yo creía menos lo que me contaban que en mi juventud; el malandrín de genio me parecía un personaje un poco convencional; conociendo el gusto de Cocteau por lo extraordinario y por los descubrimientos, sospechaba que exageraba. Sin embargo, cuando apareció en *L'Arbalète* el principio de *Nuestra Señora de las Flores*, quedamos impresionados; Genet había sido visiblemente influido por Proust, por Cocteau, por Jouhandeau, pero tenía una voz suya, inimitable. Era muy raro ya que una lectura refrescara nuestra fe en la literatura: esas páginas nos descubrían de nuevo el poder de las palabras. Cocteau había tenido ojo: un gran escritor acababa de aparecer.



Escaneado con CamScanner

Había salido de la cárcel, nos dijeron. Una tarde de mayo en que yo estaba en el "Flore" con Sartre y Camus, se acercó a nuestra mesa: "¿Usted es Sartre?", preguntó bruscamente. El pelo al rape, los labios apretados, la mirada desconfiada y casi agresiva, le encontramos un aspecto duro. Se sentó, pero sólo se quedó un momento. Volvió y nos vimos con él muy a menudo. Dureza, la tenía; trataba sin miramientos a la sociedad de la que había sido excluido con el primer vagido. Pero sus ojos sabían sonreír y sobre su boca se demoraba el asombro de la infancia; era fácil conversar con él: escuchaba, contestaba. Nunca lo hubieran tomado por un autodidacto; en sus gustos, en sus juicios, tenía la audacia, la parcialidad, la desenvoltura de la gente para quien la cultura se da por sentada y también un notable discernimiento. Solía evocar con énfasis al Poeta y su misión; fingía dejarse agarrar por las elegancias y los fastos de los salones, cuyo snobismo halagaba; no mantenía mucho tiempo esas afectaciones: era demasiado curioso y demasiado apasionado. Sus intereses estaban categóricamente circunscriptos: aborrecía las anécdotas, lo pintoresco. Habíamos subido a la terraza de mi hotel una noche y le mostré los tejados: "¿Qué quiere que yo haga con ellos?", me dijo con fastidio; tenía demasiado que hacer consigo mismo, agregó, para ocuparse de los espectáculos exteriores. En verdad, sabía mirar muy bien; cuando un objeto, un acontecimiento, una persona, tenían valor para él, encontraba para describirlos las palabras más directas y más justas; pero no aceptaba cualquier cosa; tenía necesidad de ciertas verdades y buscaba, a menudo con extraños desvíos, las llaves que se las abrirían. Llevaba esa encuesta con una especie de sectarismo, pero también con una de las inteligencias más agudas que he conocido; su paradoja en esa época era que, porfiado en actitudes, por lo tanto poco abierto, era, sin embargo, un espíritu totalmente libre. En la base de su entendimiento con Sartre, hubo esa libertad, que nada intimidaba, y su común repudio de todo lo que la

coarta: la nobleza de alma, las morales intemporales, la justicia universal, las grandes palabras, los grandes principios, las instituciones y los idealismos. En sus conversaciones, como en sus escritos, hacía lo posible por chocar: aseguraba que no vacilaría en traicionar o en robar a un amigo; sin embargo, nunca le oí hablar mal de ninguno; no permitía que nadie atacara a Cocteau delante de él; más sensible a su conducta que a sus provocaciones abstractas, desde el principio de nuestras relaciones le tomamos afecto.

Cuando lo conocimos, proyectábamos una nueva *fiesta*; yo lo hubiera invitado gustosa; Sartre me objetó que él no se sentiría cómodo; en efecto, convenía a pequeños burgueses sólidamente instalados en este mundo perderse durante breves horas en el alcohol y el ruido; Genet no tenía ningún gusto por esas disipaciones: se había perdido al principio y ahora le importaba sentir la tierra firme bajo sus pies.

Camille había puesto a nuestra disposición el vasto departamento donde ahora vivía con Dullin, en la calle de La Tour-d'Auvergne, y que había pertenecido antes, según se decía, a Juliette Drouet; convocamos a nuestros amigos para la noche del 5 al 6 de junio. Zina nos abrió la puerta; una profusión de flores, de cintas, de guirnaldas, y de accesorios preciosos disfrazaban el vestíbulo, el comedor y el gran salón redondo, que daba a un viejo jardín; pero Zina parecía agitada y olía a vino: "¡*Ella* no está bien!", nos dijo. Camille había empezado temprano sus arreglos, había trajinado mucho y para animarse se había servido cantidades tan generosas de vino tinto que había tenido que ir a acostarse. Zina, por supuesto, no la había dejado beber sola, pero se mantenía en pie. Dullin nos recibió lo mejor que pudo, aunque esa invasión lo asustara un poco. Además de la banda habitual, los Salacrou habían venido y también un amigo de Bost, Robert Scipion, que había compuesto una parodia muy divertida de *La náusea*. Camus había

traído a María Casares, que ensayaba en los Mathurins *El equívoco*; llevaba un vestido de Rochas a rayas lila y violeta, se había estirado su pelo negro hacia atrás; una risa un poco estridente descubría de golpe sus jóvenes dientes blancos; era muy hermosa. Por su parte, Camille y Dullin habían invitado a algunos alumnos de la Escuela y a uno de sus íntimos, Morvan Lebesque. La reunión era bastante dispar; la ausencia de Camille creaba cierta incomodidad. Al principio de la noche faltó animación. Dullin dijo poemas de Villon admirablemente, pero sin templar la atmósfera. Jeanine Queneau reaccionó haciendo de chica terrible: al final de una balada, ladró. Olga, para tapar esa travesura, dio con mucha naturalidad un golpecito a la perra de la casa. Pusimos discos, bailamos, bebimos y no tardamos en divagar como de costumbre. Scipion, todavía poco aguerrido, en cuanto hubo tomado algunas copas, se acostó sobre el piso y se durmió como una piedra. Alrededor de las tres de la mañana, Camille apareció cubierta de chales y de joyas, con *rouge* en los párpados y las mejillas pintadas de azul; se echó a los pies de Zette Leiris, reclamando su perdón; luego bailó con Camus un paso doble vacilante. Tomamos el primer subte con Olga y Bost y los acompañamos hasta Montparnasse. En la luz mortecina de la madrugada, la plaza de Rennes estaba desierta; sobre la pared de la estación un cartel anunciaba que todas las partidas habían sido suspendidas. ¿Qué ocurría? Bajé a pie con Sartre hasta la calle de Seine demasiado adormecida para imaginar algo, pero con una extraña ansiedad, con un nudo en la garganta. Dormí cuatro o cinco horas; cuando me desperté, la voz de una radio entraba por mi ventana; decía cosas esperadas, increíbles; salté de la cama: las tropas anglo-norteamericanas habían desembarcado en Normandía. Todos los demás inquilinos de la casa de Camille quedaron convencidos de que habíamos tenido informes secretos y de que esa noche habíamos celebrado el desembarco.

Los días que siguieron fueron una larga fiesta. La gente

reía, el sol brillaba y ¡que alegres estaban las calles! Las mujeres, desde que circulaban en bicicleta, llevaban faldas de colores vivos; aquel año se las confeccionaron con cuadrados que cosían unos con otros; las elegantes utilizaban pañuelos de lujo; en Saint-Germain-des-Prés nos contentábamos generalmente con telas de algodón: Lise me consiguió unas muy lindas, con fondo rojo, que no costaban caro. Acababan de soltar a Lola y a Olga Barbezat; a menudo, con Lise y otros clientes del hotel, Olga subía a quemarse a la terraza. Yo no soportaba esos baños de sol contra la dureza del cemento, pero, a la noche, me gustaba sentarme allí arriba, encima de los tejados, para leer y para conversar. Con Sartre y nuestros amigos, bebía falsos "turin-gin" en la terraza del "Flore", falsos *punch* en la *Rhumerie* martiniquesa; edificábamos el porvenir y nos alegrábamos.

En la noche del 10 de junio, *Huis Clos* afrontó el público. Cuando Olga Barbezat había sido detenida, Sartre había abandonado el proyecto, que, por otra parte, se presentaba mal, de exhibir la pieza en una gira. El director del Vieux Colombier, Badel, se interesó; Camus consideró que no estaba calificado para dirigir a actores profesionales ni para aparecer en un teatro de París y mandó a Sartre una cartita encantadora que los desligaba de su acuerdo. Badel confió la escenografía a Rouleau y contrató a actores conocidos: su mujer Gaby Sylvia, Balachova, Vitold; del antiguo equipo sólo Chauffard conservó su papel. El estreno fue un éxito. La réplica: "Tenemos electricidad a discreción", desencadenó risas con las que Sartre no había contado. Asistió al estreno entre bastidores, pero a la salida se mezcló con los espectadores; cuando atravesaba el vestíbulo, un desconocido se le acercó y le pidió un aparte: sabía de buena fuente que los alemanes se preparaban a detener a Sartre y a fusilarlo: "Cuando apunten, piense en mí", le dijo; le aconsejó que se ocultara; sin embargo, lo citó al día siguiente a mediodía ante la iglesia de Saint-Germain-des-Prés. Cuando sonara la duodécima campanada, todos los tran-



Escaneado con CamScanner

seúntes se abrazarían, las campanas repicarían, la paz universal bajaría sobre la tierra. Sartre, tranquilizado, volvió a dormir a su cama. Por cortesía, fue a la hora señalada a la plaza Saint-Germain-des-Prés. El desconocido le sonrió: "¡Faltan cinco minutos!" Miraba el reloj beatíficamente. Mediodía, sonó una, dos veces; el hombre esperó algunos instantes, luego pareció desconcertado: "Debo de haberme equivocado de día", dijo con aire de excusas.

Después de *Huis Clos*, daban una comedia de Toulet tan insípida que el público se iba en el entreacto; Badel la hizo pasar al levantar el telón sin modificar los carteles. Una noche en que Sartre iba por la calle del Vieux Colombier cruzó a unos espectadores que paseaban delante del teatro: la representación, empezada un cuarto de hora antes, había sido interrumpida por un corte de electricidad. Sartre divisó a Claude Morgan, que le dio la mano con aire molesto; se decidió: "¡Francamente, dijo, después de *Las moscas*...! ¿Por qué ha escrito esto?" Atribuía a Sartre la payasada de Toulet. Sólo había oído las primeras escenas y todavía estaba bajo el efecto del estupor.

Algunos días después del estreno, Vilar, que había organizado un ciclo de conferencias, pidió a Sartre que hablara de teatro. La reunión se celebró en unos salones que daban a los muelles del Sena; había mucha gente. Barrault y Camus discutieron con Sartre y también Cocteau, a quien vi de cerca por primera vez. A la salida, un gran número de señoras pidieron autógrafos a Sartre; vi a Marie Le Hardouin y también a Marie Laure de Noailles, con un sombrero de paja encantador. Cocteau todavía no había visto *Huis Clos*; asistió con Genet y habló a la redonda en los términos más elogiosos: tal benevolencia se encuentra comúnmente entre escritores, pero entre autores dramáticos he visto pocos ejemplos de ella. Por intermedio de Genet, Sartre y Cocteau se pusieron de acuerdo para encontrarse una noche en el bar del hotel Saint-Yves, en la calle Jacob, que estaba entonces de moda en cierto ambiente. Cocteau, sus libros, sus

Eugène, habían ocupado un gran lugar en mi juventud y acompañé a Sartre a esa entrevista. Cocteau se parecía a sus imágenes; su volubilidad me daba vértigo; como Picasso, monologaba, pero en él la palabra era su lenguaje y la usaba con un virtuosismo de acróbata; yo seguía fascinada los movimientos de sus labios y de sus manos; por momentos, me parecía que iba a tropezar; pero ¡hop! se recobraba, tapaba el hueco y dibujaba en el aire nuevas volutas complicadas y encantadoras. Para decirle a Sartre que le gustaba *Huis Clos*, tuvo frases llenas de gracia; luego recordó sus propios principios en el teatro y sobre todo *Orfeo*; uno se daba cuenta en seguida de que pensaba mucho en sí mismo, pero ese narcisismo no tenía nada de estrecho y no lo separaba de los demás: el interés que demostraba por Sartre, la manera en que habló de Genet, lo probaban. El bar cerró y bajamos por la calle Bonaparte hasta los muelles. Estábamos sobre un puente, mirábamos temblar las negruras tornasoladas del Sena cuando sonó la alerta; cohetes luminosos estallaron en el cielo barrido por pinceles de luz; estábamos habituados a esas bulliciosas fantasmagorías pero esta nos pareció muy hermosa; y ¡qué azar encontrarnos solos con Cocteau sobre aquellas orillas abandonadas! Cuando la D.C.A. callaba, sólo se oía el ruido de nuestros pasos y de su voz. Él decía que el Poeta debe protegerse contra el siglo, permanecer indiferente a las locuras de la guerra y de la política: "Nos joroban —decía—. Todos: los alemanes... los norteamericanos... nos joroban." No estábamos de acuerdo en absoluto, pero sentíamos simpatía por él, apreciábamos su presencia insólita en esa noche surcada por rayos verde esperanza.

Todas las mañanas la B.B.C. y la prensa atizaban nuestra espera. Las tropas aliadas se acercaban. Hamburgo estaba destruida por bombas de fósforo; en los suburbios de París atentados y sabotajes se sucedían. El 18 de junio, por la mañana, mataron a Philippe Henriot. Entretanto los alemanes, enloquecidos por su inminente derrota, se vengaban

sobre las poblaciones. Pasaba de mano en mano una carta que contaba la tragedia de Oradour-sur-Glane: el diez de junio, mil trescientas personas, en su mayoría mujeres y niños, habían sido quemadas vivas en sus casas y en la iglesia donde se habían refugiado. En Tulle, los S.S. habían colgado a ochenta y cinco "refractarios" de los balcones de la calle principal. En el Sur, habían visto a chicos colgados de la garganta en los ganchos de las carnicerías. Entre nosotros, hubo otro arrestado. Fuimos una tarde a casa de los Desnos y Youki nos dijo que Desnos había sido llevado la anteviśpera por la Gestapo; unos amigos le habían telefoneado de madrugada para prevenirlo; en vez de huir en seguida de piyama, había empezado a vestirse: no había terminado de ponerse los zapatos cuando llamaron a la puerta.

Un miedo incierto se insinuaba en nuestras esperanzas. Se hablaba desde hacía tiempo de las armas secretas que preparaba Hitler; a fin de junio, los "meteoros" se abatieron sobre Londres; caían caprichosamente, sin que ningún signo los anunciara: en cualquier instante se podía suponer que algún ser querido acababa de ser matado; esa inseguridad difusa me parecía la peor de las pruebas; temía tener que afrontarla un día.

Por el momento la pasábamos por alto. Paseábamos, tomábamos copas, conversábamos. Asistíamos a los conciertos de la Pléiade, patrocinados por Gaston Gallimard; leíamos el volumen de artículos críticos que acababa de publicar Blanchot, *Paso en falso*, y recitábamos trozos de los *Ziaux* de Queneau:

> *Nosotros, lagartos, amamos a las Musas*
> *y las Musas aman las Artes.*

A principios de agosto, asistimos al estreno de *El equívoco* de Camus. Habíamos leído unos meses antes una copia y le habíamos dicho que preferíamos, con mucho, *Calígula*; no nos sorprendió comprobar que, pese al talento de la

Casares, la obra no soportaba la representación. Para nosotros, ese fracaso no tenía nada de grave y nuestra amistad por Camus no se conmovió. Lo que nos irritó fue la satisfacción de los críticos: sabían de qué lado estaba Camus y subrayaron con sorna las debilidades del texto. Pero también nos reímos en el entreacto al verlos recorrer la calle con una desenvoltura ostentosa; hablaban en voz alta, Alain Laubreaux desplazaba mucho aire; nosotros nos decíamos: "Saben." Sin duda, era el último estreno que comentarían en su vida; de un día al otro, serían expulsados de la prensa, de Francia, del porvenir: lo sabían. Sin embargo, no habían abandonado nada de su arrogancia; en sus palabras acerbas, sobre sus rostros falsamente triunfantes, advertíamos claramente nuestras razones de desearles ese fracaso, cuya amargura ya los infectaba en secreto. Gracias a esa extraña conjunción, supe que el odio también puede ser un sentimiento alegre.

Durante todo aquel año yo había trabajado mucho; de la nueva novela que había empezado en setiembre hablaré más adelante, pues tardé mucho tiempo en escribirla. En julio terminé una pieza comenzada tres meses antes; la llamé *Las bocas inútiles.*

Desde que había asistido a los ensayos de *Las moscas* meditaba escribir una pieza; me decían que, en *La invitada,* los mejores pasajes eran los diálogos; yo sabía que el lenguaje del escenario es diferente del de la novela, pero esto no hacía sino aumentar mi deseo de ensayarlo; a mi modo de ver, debía estar extremadamente despojado: el de *Las moscas* me parecía demasiado abundante; prefería la sequedad y la densidad de *Huis Clos.*

Pero para empezar había que encontrar un tema; ya he indicado algunos de los que daban vueltas en mi cabeza y que abandoné. Durante las vacaciones de Pascuas leí en La Pouèze las crónicas italianas de Sismondi, doce tomos que Sartre había sacado para mí de la biblioteca: yo quería

que el personaje de mi novela reinara en su juventud sobre una de esas ciudades. Un hecho que se reproducía en varias de ellas me impresionó: en el curso de un sitio, para defenderse contra el hambre, los combatientes expulsaban hacia los fosos a las mujeres, los ancianos, los niños, todas las bocas inútiles. Me dije que utilizaría ese episodio en mi novela [1] y de pronto me quedé pasmada: acababa, me parecía, de descubrir una situación eminentemente dramática; permanecí durante un largo rato inmóvil, la mirada fija, presa de una viva agitación. Entre el momento en que la decisión estaba tomada y el de su ejecución había un plazo, a veces bastante largo: ¿qué sentían entonces las víctimas y los padres, los hermanos, los amantes, los maridos, los hijos que las habían condenado? Por lo general, los muertos callan. Si conservaran una boca, ¿cómo harían los sobrevivientes para soportar la desesperación y la ira de las víctimas? He aquí lo que al principio deseé mostrar: la metamorfosis de seres queridos en muertos con prórroga, las relaciones de hombres de carne y hueso con esos fantasmas irritados.

Pero mi proyecto se desvió. Si mis personajes se limitaban a soportar su destino, pensé, sólo sacaría de sus quejas una acción lánguida; era preciso que su suerte descansara todavía entre sus manos; elegí como protagonista al magistrado más escuchado de la ciudad y a su mujer; quise también que, en el conflicto, se jugara algo más digno de interés que el paso de una tiranía a otra; trasladé la historia a Flandes, donde, por otra parte, conflictos análogos se habían producido. Una ciudad que acababa de conquistar un régimen democrático estaba amenazada por un déspota. Entonces se planteaba el dilema del fin y de los medios: ¿hay derecho de sacrificar individuos al porvenir de la colectividad? En parte por las necesidades de la intriga, en parte por lo que en esa época era mi tendencia, me deslicé hacia el moralismo.

Repetí el error de *La sangre de los demás*, de la que

[1] Lo hice.



Escaneado con CamScanner

retomé, por otra parte, numerosos temas: mis personajes se reducen a actitudes éticas. El joven galán, Jean Pierre, es un doble de Jean Blomart; incapaz de idear una conducta que haga justicia a todos los hombres, elige la abstención. "¿Cómo comparar el peso de una lágrima al peso de una gota de sangre?", pregunta [1]; luego comprende que su retiro lo hace cómplice de los crímenes que se cometen sin él y, como Blomart, se mezcla en la acción. Clarice, lo mismo que Hélène, aunque tenga los rasgos de Xavière, pasa de un individualismo terco a la generosidad. El mal se encarna en su hermano, el fascista Georges, y en el ambicioso François Rosbourg; demuestran con sus tretas que no se puede hacer ceder nada a la opresión: en cuanto se insinúa en una sociedad, la pudre toda entera. Los medios son inseparables del fin buscado y, si entran en contradicción con él, lo desnaturalizan. Al adoptar medidas dictatoriales para salvar la libertad, los habitantes de Vauxelles precipitaron a su ciudad en la tiranía. Finalmente cobraban conciencia de ello, afirmaban la solidaridad de los combatientes y de las "bocas inútiles". Todos juntos intentaban una salida cuyos resultados yo dejaba inciertos.[2]

No condeno sin reserva esta pieza; sobre todo en la primera parte, el diálogo tiene cierta fuerza y hay en algunos pasajes un buen "suspenso" dramático. Yo era osada al

[1] Advierto que diez años después he atribuido casi textualmente esta frase a la heroína de *Los mandarines*, Anne Dubreuilh. Pero hay una gran diferencia: la actitud de Anne, íntimamente ligada al conjunto de su personaje, no representa ni una verdad ni un error; está balanceada por la de Dubreuilh y Henri Perron; y la novela no indica ninguna preferencia por una ni por otra. Al contrario, en Jean Pierre, como en Blomart, la *abstención* es un momento de evolución moral; terminan por superarla. Se llega por lo tanto a una conclusión unívoca y edificante, mientras que en *Los mandarines* ninguna decisión ha sido tomada, no se sabe quién está errado o tiene razón, la ambigüedad es respetada.

[2] La réplica de la heroína: "¿Por qué vamos a elegir la paz?" refleja como en el fin de *La sangre de los demás*, la moral de *Temor y temblor* de Kierkegaard.

atreverme a poner en el escenario toda una ciudad, pero esa audacia tiene justificación, puesto que entonces vivíamos todos espontáneamente al nivel de la Historia. En cuanto al desenlace, no vale ni más ni menos que otro. El error consistió en plantear un problema político en términos de moral abstracta. El idealismo que impregna *Las bocas inútiles* me molesta y deploro mi didactismo. Es una obra de la misma veta que *La sangre de los demás* y *Pirro y Cineas*, pero sus defectos comunes se soportan menos en el teatro que en otra parte.

Sartre pertenecía al C.N.E. y al C.N.Th. y tenía por medio de Camus lazos con el movimiento *Combat*. A mediados de julio uno de los miembros de la red fue detenido e hizo saber que había dado nombres. Camus nos aconsejó que cambiáramos de domicilio y los Leiris nos ofrecieron hospitalidad; era encantador estar en París en casa de amigos como si fuéramos extranjeros; pasamos algunos días en un gran cuarto luminoso y Leiris me hizo leer las obras de Raymond Roussel. Luego nos fuimos en tren y en bicicleta a Neuilly-sur-Clermont y tomamos pensión en la hostería-almacén de la aldea: de allí sería fácil volver cuando se precipitaran los acontecimientos. Nos quedamos en el lugar unas tres semanas. Escribíamos, almorzábamos, comíamos en la sala pública, donde la gente del pueblo jugaba a las cartas y al billar y se peleaba. Por la tarde, seguíamos las callejuelas bordeadas de espuela de caballero, subíamos a la meseta donde ondulaba el trigo maduro; a menudo, yo escribía al aire libre, sentada al pie de un árbol. Aviones ingleses atacaban en la carretera convoyes alemanes y más de una vez oí cerca de mí el tableteo de las ametralladoras. De noche, a eso de las diez, las V 1 silbaban sobre la casa; veíamos algo rojo en el cielo y cada vez yo me preguntaba: "¿Llegará a Londres? ¿Habrá muertos?"

Zette y Michel Leiris vinieron a pasar una tarde con nosotros; otra vez tuvimos la visita de Olga y de Bost. Nos

contaron las noticias que no se leían en los diarios, entre otras el ataque de los alemanes al maquis del Vercors: las aldeas habían sido calcinadas, centenares de campesinos y de *maquisards* asesinados; habían matado a Jean Prevost. También supimos que Cuzin había sido ejecutado en Marsella; los milicianos habían tendido una celada a los *maquisards* de Oraison; Cuzin, prevenido, había querido poner en guardia a sus camaradas; había caído en manos de la milicia, que lo había entregado a los alemanes.

El 11 de agosto, los diarios y la radio anunciaron que los norteamericanos se acercaban a Chartres. Nos apresuramos en hacer nuestro equipaje y montar sobre nuestras bicicletas. Nos dijeron que la ruta estaba impracticable: las tropas alemanas huían perseguidas por la R.A.F. Tomamos un desvío que iba a Chantilly por Beaumont; a pesar del sol, pedaleábamos febrilmente, taloneados de pronto por el temor de encontrarnos separados de París: no queríamos perder los días de la liberación. De Chantilly algunos trenes iban todavía hasta París; dejamos nuestras bicicletas en el furgón de uno de ellos, nos instalamos en los vagones del medio. El tren anduvo algunos kilómetros, pasó una pequeña estación y se inmovilizó; se oyó el zumbido de un avión y las balas crepitaron; me aplasté sobre el piso sin sentir ninguna emoción: el incidente no me parecía real. El tiroteo cesó, el avión se alejó y todos los pasajeros corrieron hacia la zanja; los seguimos; ya llegaban enfermeros; entraron en los primeros vagones y, cuando salieron, llevaban, sobre los bancos de madera verde que utilizaron como camillas, heridos, quizá muertos: una mujer tenía una pierna arrancada. Retrospectivamente tuve miedo. La gente murmuraba: "¿Por qué tiran sobre los franceses?" "Apuntaban a la locomotora; no se dieron cuenta de que estaba en la cola", explicó alguien; el descontento se aplacó. Sabíamos con qué eficacia los aviadores ingleses habían trabajado para paralizar los ferrocarriles alrededor de París; no deseábamos sino excusarlos. El fogonero silbó: nos íbamos. Algunas personas

no quisieron volver a tomar el tren; yo subí con Sartre, no sin un poco de aprensión. Durante el resto del trayecto nadie rió ni siquiera habló. En el calor de la tarde los paquetes envueltos en papel de embalar que atestaban las redes desparramaban un olor dulzón que yo conocía muy bien; volvía a ver los cuerpos ensangrentados y me parecía que ya nunca podría comer carne.

Por prudencia, en vez de volver a la "Louisiane", paramos en el hotel Welcome, que quedaba a diez metros de allí, en la esquina de la calle de Seine y del bulevar Saint-Germain. El tiempo era tormentoso. Tomamos "turin-gin" con Camus en la terraza del "Flore". Todos los jefes de la Resistencia estaban de acuerdo, dijo: París debía liberarse a sí misma. ¿Cuál sería la cara de esa insurrección? ¿Cuánto tiempo duraría? De todas maneras, costaría sangre. Ya la ciudad tenía un aspecto insólito; el subte estaba cerrado; no se circulaba sino en bicicleta; la electricidad faltaba y escaseaban las velas: nos iluminábamos con unas velitas parduscas. Ya no se encontraba nada que comer; iba a haber que vivir de nuestras provisiones: algunos kilos de papas, algunos paquetes de pastas. De pronto no hubo ni un solo agente por las calles; se habían esfumado. El 16 de agosto cortaron el gas; a la hora de las comidas nos reuníamos en el hotel Chaplain, donde Bost había confeccionado una especie de estufa que alimentábamos con diarios viejos: era todo un trabajo cocinar un puñado de fideos. Esas privaciones eran tan extremas que hacían tangible la inminencia de un combate final; mañana, pasado mañana, algo iba a explotar; pero esa certidumbre estaba mezclada de angustia: ¿cómo reaccionarían los alemanes? Fusilaban en las prisiones; habían fusilado del lado de la estación del Este y en las antiguas fortificaciones. Todavía detenían, deportaban. Un peligro nos amenazaba a todos: al retirarse, podían hacer saltar París. Gente bien informada decía que el subsuelo estaba minado en toda la región que se extiende alrededor del Senado; en la calle de

Seine, como en Montparnasse, quedaríamos pulverizados. Pero era inútil pensar en esa eventualidad, puesto que no había ningún medio de evitarla.

En la tarde del 18 de agosto, vi en el bulevar Saint-Michel camiones cargados de soldados y de cajones que enderezaban hacia el norte. Todo el mundo miraba: "¡Se van!" El ejército Leclerc estaba casi en nuestras puertas: quizá los ocupantes iban a escapar sin que se disparara un solo tiro de fusil; contaban que habían vaciado sus escritorios y quemado sus archivos. "Quizá mañana todo habrá terminado", dije al dormirme.

Al despertarme, me asomé a la ventana: la cruz swástica flotaba todavía sobre el Senado; como de costumbre, las amas de casa hacían el mercado en la calle de Seine; una larga cola se estiraba en la puerta de la panadería. Dos ciclistas pasaron gritando: "Han tomado la Prefectura." En el mismo momento, un destacamento alemán salió del Senado y se dirigió a pie hacia el bulevar Saint-Germain; antes de doblar la esquina los soldados lanzaron una ráfaga de ametralladora; en el bulevar, los transeúntes se pusieron a correr y buscaron refugio en los portales: todos estaban cerrados; un hombre cayó mientras golpeaba a una puerta; otros cayeron en medio de la acera.

Entonces los alemanes se internaron por el bulevar, mientras camilleros surgidos no sé de dónde se llevaban a los heridos. Los portones se abrieron; una de las porteras se puso a limpiar plácidamente el charco rojo que se extendía ante su umbral: la gente la insultó. El bulevar recobró su aire cotidiano; las viejas conversaban sentadas en los bancos. Me aparté de la ventana. Mientras Sartre se dirigía al C.N.Th., en la Comédie Française, subí a casa de los Leiris; desde sus ventanas se veía la bandera francesa flotar sobre la Prefectura. La insurrección se había desatado aquella mañana. La Municipalidad, la estación de Lyon, algunas comisarías, la mayor parte de los edificios públicos, estaban en manos de los parisienses. Sobre el Pont Neuf, los F.F.I.,

bajados de una camioneta, habían tirado sobre un convoy alemán y algunos coches alemanes se habían quemado. Durante todo el día, el teléfono sonó; los amigos venían, se iban, traían noticias. Algunos decían que se estaba negociando con los alemanes, que una tregua iba a ser firmada. A la noche, Zette y Michel Leiris me acompañaron en bicicleta al hotel Chaplain, donde también encontramos a Sartre. Mientras abríamos una lata de sardinas, una verdulera bajó por la calle Brea empujando un cargamento de tomates: todo el mundo se precipitó para comprárselos. Pasaban muchachos en bicicleta y gritaban que los alemanes habían pedido una suspensión del fuego.

Una tormenta estalló durante la noche; por la mañana, la bandera con la cruz swástica estaba todavía allí. Salí con Sartre; había nerviosidad en el ambiente. Se decía que la división Leclerc estaba a seis kilómetros de París; banderas y banderolas tricolores aparecieron en todas las ventanas; sin embargo, en la encrucijada Buci, habían tiroteado a las amas de casa que hacían el mercado. Los F.F.I. rodearon una casa de la calle de Seine y se apoderaron de una banda de japoneses instalados sobre el tejado. Pasamos el día rondando por el barrio. A eso de las cuatro, unos coches equipados con altoparlantes entraron por el bulevar anunciando oficialmente que los combates habían cesado: se dejaba a los alemanes evacuar París y ellos nos devolvían un cierto número de prisioneros. Sin embargo, la gente contaba que había tiroteos del lado de los Gobelins, en la Place d'Italie y en otros barrios. A la noche, una muchedumbre en total incertidumbre vagaba por la plaza de Saint-Germain-des-Prés. Una mujer de bastante edad, con aire extenuado, que caminaba empujando una bicicleta, nos abordó: "Al primer tiro, los alemanes bombardearán París; los cañones nos apuntan. Hagan correr la noticia." Reanudó su marcha repitiendo su mensaje con voz extenuada. ¿Era un agente de la quinta columna o una demente? Nadie le prestaba atención. Sin embargo, su profecía lúgubre coincidía

con la vaguedad de aquel atardecer: todavía podían ocurrir muchas cosas.

Al día siguiente, Sartre volvió al Théâtre Français y yo fui a casa de los Leiris. Michel se había unido a su grupo en el Musée de l'Homme. Encontré a Zette y a una de sus amigas cocinando para los F.F.I. en una cantina de la calle Saint-André-des-Arts. Los combates se habían reanudado. La mañana parecía apacible; a la orilla del Sena se veían pescadores y algunos jóvenes que tomaban sol en malla; pero los F.F.I. se ocultaban detrás de las balaustradas de los muelles, me dijo Zette, otros en edificios cercanos, otros en la plaza Saint-Michel, en las escaleras del subterráneo. Un camión alemán pasó bajo la ventana; dos jóvenes soldados muy rubios estaban de pie empuñando la ametralladora; a veinte metros de allí, la muerte los acechaba; uno tenía ganas de gritarles: "¡Cuidado!" Hubo un tiroteo y cayeron. Los F.F.I. recorrían el muelle en bicicleta; interpelaban a combatientes invisibles: "¿Tienen municiones?" Luego vimos desfilar de nuevo camiones y carros blindados alemanes. La amiga de Zette iba y venía. Nos informó que los rebeldes tenían en su poder las Halles, la estación del Este, las centrales telefónicas; habían ocupado las imprentas y los locales abandonados por la prensa colaboracionista: en las calles se vendía *Combat, Libération*. Nos trajo un rumor más inquietante; los tanques alemanes se acercaban: iban a tirar sobre los edificios del muelle: Zette no se inmutó y en efecto no ocurrió nada. Al atardecer me despedí; había decidido instalarme en el hotel Chaplain porque la calle de Seine era verdaderamente malsana: cada vez que los blindados alemanes salían del Senado la barrían; sin embargo quise pasar por ella para recoger alguna ropa y algunas patatas; fue una larga expedición; había charcos de sangre en la esquina de la calle Saint-André-des-Arts; por todas partes restallaban las balas. Los F.F.I. detenían a los transeúntes: "¡Esperen!"; de pronto gritaban: "¡Pasen!" y uno cruzaba apresuradamente la calle.

Al día siguiente, Sartre tenía una cita con Camus, que se había instalado en la calle Réaumur, en los locales de *Paris-Soir*: dirigía el diario *Combat*. Bajamos a pie hacia el Sena a principios de la tarde. En las callejas los chicos jugaban a la rayuela, la gente paseaba con aire despreocupado; desembocamos sobre el muelle y nos inmovilizamos: las aceras, las calzadas estaban desiertas y las balas silbaban; detrás de nosotros, había una displicente tarde de verano; delante de nosotros, se extendía un *no man's land* de donde se había retirado la vida. Lo atravesamos corriendo; sobre el puente los transeúntes se inclinaban para hacerse una trinchera con los parapetos. En la orilla derecha, no había un alma en el muelle; pero más lejos el barrio se sumergía en la paz, la liberación estaba terminada. Dimos la vuelta por el 100 de la calle Réaumur, llamamos a la puerta de servicio, cuidada por muchachos armados de ametralladoras. De arriba abajo, el edificio era un enorme desorden y una enorme alegría. Camus exultaba. Le pidió a Sartre un artículo sobre esos días. Volvimos a la orilla izquierda; en la plaza Saint-Germain-des-Prés, en el bulevar, unos hombres trabajaban en levantar una barricada; crucé a Francis Vintenon con un fusil en bandolera, un pañuelo rojo anudado alrededor del cuello, soberbio. Unos agentes de enlace surcaban en bicicleta el bulevar Montparnasse, exhortaban a los transeúntes a construir barricadas y les indicaban los lugares de concentración. De tanto en tanto, un auto, un carro blindado, lleno de S.S. cruzaba el bulevar Raspail por donde pasaban también coches de la Cruz Roja, cargados de heridos. En alguna parte, rugía el cañón. La ansiedad volvió a apoderarse de mí; ¿por qué tardaban las tropas aliadas? ¿Los alemanes no bombardearían París? ¿Qué ocurriría mañana?

Por la mañana, la ciudad parecía tranquila. Fuimos a almorzar a casa de Salacrou, en la avenida Foch; desde el tejado del edificio frontero al de ellos tiroteaban y las balas habían descascarado las paredes de la sala. Almorzamos

en una de las habitaciones que daban al patio. Al café, Salacrou y Sartre se fueron con precauciones hasta la sala para poner la radio. Se oían tiroteos, mientras la B.B.C. anunciaba triunfalmente que los combates habían terminado, que la liberación de París estaba cumplida. Sartre se fue de nuevo con Salacrou a la Comédie Française, que ocupaba el C.N.Th.; pasó allí la noche y todo el día siguiente, durante el cual caminé por París; siempre había que ir aquí o allí para abastecerse; quizá también fui a entregar a Camus la primera parte del artículo de Sartre. Recuerdo el extraño y tenso silencio de las calles, donde patrullaban todavía algunos carros blindados y donde silbaba, aquí y allá, una bala. Un tirador, particularmente obstinado, tenía la calle Bicourt bajo su fuego; había que atravesarla corriendo entre dos tiroteos. Aquella noche comí dos patatas en el hotel Chaplain, con Olga, Wanda, Bost, Lise. Unos ciclistas gritaron que la División Leclerc acababa de llegar a la Plaza de L'Hôtel de Ville. Nos precipitamos a la encrucijada de Montparnasse; de todas las calles acudía la gente. El cañón rugió, todas las campanas de París empezaron a repicar, todos los edificios se iluminaron. Alguien encendió una fogata en la calzada; nos tomamos todos de la mano; y empezamos a dar vueltas alrededor cantando. De pronto una voz dio la alerta: "¡Los tanques!" Un tanque alemán bajaba desde Denfert-Rocherau. Cada uno volvió a su casa; pero nosotros nos quedamos un largo rato a la entrada del hotel conversando con los otros clientes. "Si van a hacer saltar París, será esta noche", dijo una mujer.

A las seis de la mañana subí corriendo el bulevar Raspail: la División Leclerc desfila por la avenida Orléans y, amontonada sobre las aceras, una inmensa muchedumbre la aclamaba. En la calle Denfert-Rochereau, un grupo de huérfanas lucían escarapelas tricolores y agitaban banderitas; habían alineado ante la puerta de la enfermería Marie Thérèse los sillones de los inválidos. De tanto en tanto, sonaba un disparo: alguien disparaba desde el tejado; al-

guien caía, lo llevaban, pero nadie se conmovía por ese movimiento: el entusiasmo apagaba el miedo.

Durante todo el día caminamos con Sartre por París empavesado, miré a las mujeres con sus mejores galas abrazadas a los soldados; una bandera flameaba en lo alto de la torre Eiffel. ¡Qué tumulto en mi corazón! Es muy raro que uno coincida exactamente con una alegría largamente esperada: esa suerte me era dada. Cruzamos gente que conocíamos y fruncían el ceño: "Ahora van a empezar las dificultades: ¡las que vamos a tener que pasar!" Yo los compadecía; esa fiebre, esa alegría, se apartaban de ellos porque no habían sabido desearla. Nosotros no éramos más ciegos que ellos; pero, ocurriera lo que ocurriere después, nada me quitaría aquellos instantes: nada me los quitó; brillan en mi pasado con un resplandor que no se ha desmentido jamás.

Algunos de nuestros amigos fueron excluidos, a pesar de ellos, de esas fiestas. Subimos a casa de los Leiris; recibieron un golpe de teléfono de Zanie y de Jean Aubier; telefoneaban tirados en el suelo; peleaban alrededor de su casa: imposible salir. Unos alemanes estaban atrincherados en los jardines del Luxemburgo, de donde parecía difícil sacarlos.

De Gaulle bajó por los Champs Elisées en la tarde del día siguiente. Sartre asistió al desfile desde un balcón del Hotel del Louvre. Yo fui con Olga y los Leiris al Arco de Triunfo. De Gaulle iba a pie, en medio de una muchedumbre de agentes, de soldados, de F.F.I., extravagantemente vestidos que iban del brazo y reían. Mezclados a la inmensa multitud, aclamamos, no un desfile militar, sino un carnaval popular, desordenado y magnífico. De pronto, oí un ruido conocido, vagamente esperado: disparos. La gente que me rodeaba se metió en una calle perpendicular a la avenida y yo los seguí colgada del brazo de Olga; doblamos y nos metimos por otra calle: las balas silbaron; algunas personas se aplastaron contra el asfalto; yo prefería correr; todas las puertas estaban cerradas, pero unos hombres derri-

baron una y nos metimos en el refugio que se abría: una especie de tienda en un sótano, lleno de cajas de cartón y de papel de embalar. Recobramos aliento. Poco a poco, el silencio se restableció y salimos. Al dirigirnos hacia el Alma, con Olga, crucé ambulancias y camilleros que transportaban heridos. Yo me preguntaba con un poco de inquietud qué habría pasado a los Leiris y fui a casa de ellos; llegaron un poco más tarde, indemnes. Sartre nos encontró en el muelle de los Grands Augustins; estaba en un balcón con los otros miembros del T.N.Th. cuando sonaron los disparos; los F.F.I. los habían tomado por milicianos y habían tirado sobre ellos: habían saltado rápidamente hasta el fondo de la habitación. Comimos con Genet, los Leiris y un norteamericano amigo de ellos, Patrice Valberg; era el primero que conocíamos y mirábamos su uniforme con ojos incrédulos. Contó su entrada en Dreux, en Versalles, la emoción de los habitantes, la suya. Acabábamos de levantarnos de la mesa cuando un avión rugió en el cielo; parecía que giraba alrededor del tejado; hubo una gran explosión muy cerca. En ese instante conocí verdaderamente el miedo. Un avión alemán que volaba sobre París con la ira de la derrota, cargado de bombas y de odio, era infinitamente más aterrador que toda una escuadrilla aliada. Estábamos en el quinto piso; sugerí que bajáramos a la planta baja. Valberg sonrió de mi pusilanimidad; los otros, no sé hasta qué punto estaban tranquilizados, pero no protestaron. La mayoría de los inquilinos se habían juntado en el patio. De nuevo las explosiones hicieron temblar los vidrios y luego la noche se calmó. Supimos al día siguiente que las bombas no habían caído lejos: el mercado de los vinos había ardido; un edificio de la calle Monge había sido arrasado.

Era el fin. París estaba liberada; el mundo, el porvenir, nos eran devueltos, y nos precipitamos en ellos. Pero primero quiero tratar de recapitular lo que aprendí durante esos cinco años.

Al principio de la guerra, me relataron, con aprobación, en Gallimard, la frase de una linda mujer, casada con un autor de la casa: "¿Qué quiere? —había dicho—. La guerra no modifica mis relaciones con una brizna de hierba." Me sentí a la vez seducida y molesta por esa serenidad: es verdad que las briznas de hierba ya no contaban mucho para mí. Muy pronto, mi perplejidad cesó; no solamente la guerra había cambiado mis relaciones con todo; lo había cambiado todo: los cielos de París y las aldeas de Bretaña, la boca de las mujeres, los ojos de los niños. Después de junio de 1940, ya no reconocí las cosas, ni la gente, ni las horas, ni los lugares, ni yo misma. El tiempo que durante diez años había girado en un mismo lugar, bruscamente se movía, me arrastraba: sin salir de las calles de París, me encontraba más desterrada que después de haber cruzado, antaño, los mares. Ingenua como un niño que cree en la vertical absoluta, yo había pensado que la verdad del mundo era estática: todavía permanecía oculta en una funda que los años iban a gastar, o que la revolución de pronto pulverizaría; pero sustancialmente existía: en la paz que nos era dada fermentaban la justicia y la razón. Yo edificaba mi felicidad sobre una tierra firme, bajo inmutables constelaciones.

¡Qué error! Yo había vivido, no un fragmento de eternidad, sino un período transitorio: la preguerra. La tierra me revelaba otra de sus faces: la violencia estaba desencadenada, del mismo modo que la injusticia, la tontería, el escándalo, el horror. La misma victoria no iba a volcar el tiempo y a resucitar un orden provisoriamente desordenado; habría una nueva época: la posguerra. Ninguna brizna de hierba, en ningún prado, ni bajo ninguna de mis miradas, volvería a ser nunca lo que había sido. Lo efímero era mi suerte. Y la Historia arrastraba, entremezclados con momentos gloriosos, un enorme montón de dolores sin remedio.

Sin embargo, en ese fin de agosto de 1944, yo la encaraba

con confianza; no era mi enemiga, puesto que, en fin de cuentas, mis esperanzas triunfaron; ella acababa de dispensarme las alegrías más emocionantes que yo haya conocido jamás; ¡cómo me había gustado, en el curso de mis viajes, escamotearme y confundirme con los árboles y las piedras! Me había arrancado de mí misma más definitivamente todavía cuando me había perdido en el bullicio de los acontecimientos; París entero se había encarnado en mí, y sobre cada rostro yo me reconocía; la intensidad de mi propia presencia me aturdía y me daba, en una milagrosa intimidad, la de todos los demás. Me habían crecido alas y, en adelante, yo superaría mi estrecha vida personal, planearía en el azul colectivo: mi dicha reflejaría la aventura magnífica de un mundo que estaba creándose de nuevo. Yo no olvidaba su faz de sombra. Pero el moralismo de que hablé me ayudaba a afrontarla. Obrar junto con todos, luchar, aceptar la muerte para que la vida conserve un sentido: me parecía que, aferrándome a esos preceptos, dominaba las tinieblas de donde subía la queja de los hombres.

Sin embargo no; esas quejas traspasaban mis barricadas, las echaban abajo. Imposible restablecerme en el antiguo optimismo; el escándalo, el fracaso, el horror, no se puede ni compensarlos ni superarlos: eso yo lo sabía para siempre. Nunca más iba a caer en el delirio esquizofrénico que durante años había falazmente dejado al universo sometido a mis planes. Yo seguía despreocupándome de un montón de cosas que la gente toma en serio; pero mi vida dejó de ser un juego, conocí mis raíces, ya no fingí escapar a mi situación: intenté asumirla. En adelante la realidad pesó todo su peso. Por momentos, me parecía odioso resignarme a ello. Al renunciar a mis ilusiones, yo había perdido mi intransigencia y mi orgullo: quizá sea el cambio más grande que se haya producido en mí y a veces sentí una ardiente nostalgia. En *La invitada,* Françoise se preguntaba con rabia: "¿Voy a convertirme en una mujer resignada?" Si yo había elegido hacer de ella una asesina, es porque yo prefería

cualquier cosa a la sumisión. Ahora me sometía, puesto que, pese a todas esas muertes detrás de mí, de mis indignaciones, de mis rebeldías, me restablecía en la felicidad; tantos golpes recibidos: ninguno me había destruido. Sobrevivía y hasta estaba indemne. ¡Qué despreocupación, qué inconsistencia! Ni menor ni peor que la de la demás gente: por lo tanto, me avergonzaba por ellos avergonzándome por mí. Pero llevaba tan alegremente mi indignidad que, salvo en raros y breves intervalos, ni siquiera la sentía.

Ese escándalo, ese fracaso contra el cual tropezaba, tan pronto rechazándolo, tan pronto plegándome a él, tan pronto irritándome de mi docilidad, tan pronto resignándome, tenía un nombre preciso: la muerte. Nunca mi muerte y la de los demás me ocuparon de una manera tan apremiante como durante esos años. Es hora de hablar de ella.

La muerte me espantó en cuanto comprendí que era mortal. En la época en que el mundo estaba en paz y en que la dicha me parecía segura, encontré a menudo el vértigo de mis quince años ante esa ausencia de todo que sería mi ausencia en todo, para siempre, a partir de un cierto día; ese aniquilamiento me inspiraba tanto horror que no admitía que se le pudiera afrontar con sangre fría: en lo que se llama coraje yo sólo veía una ciega ligereza. Advierto, sin embargo, que ni en esos años ni en los que siguieron, me mostré particularmente pusilánime. Cuando hacía esquí, cuando trataba de nadar, me faltaba osadía: en la nieve no me atrevía a tomar velocidad ni en el mar a no hacer pie; torpe con mi cuerpo, temía romperme una pierna, sofocarme, verme obligada a llamar a otros en mi ayuda: la muerte no estaba en juego. En cambio, no titubeaba en escalar sola montañas abruptas, cruzar de alpargatas ventisqueros donde un desprendimiento o un paso en falso hubieran podido costarme la vida; la mañana en que resbalé desde una altura bastante considerable hasta el fondo de un torrente, pensé con curiosidad: "Se acabó; por

lo tanto ¡estas cosas ocurren!" Tuve la misma reacción cuando una caída de bicicleta me atontó; observé con un gran desapego ese acontecimiento imprevisto pero después de todo normal: mi muerte. En los dos casos fui tomada por sorpresa; no sé cómo me habría portado si hubiera tenido que hacer frente a un serio peligro y mi imaginación hubiera tenido tiempo de funcionar; no tuve oportunidad de medir mi cobardía y mi coraje. Los bombardeos de París, el de El Havre, no me impidieron dormir: no corría sino riesgos mínimos. Lo seguro es que, en las circunstancias en que estuve colocada, el miedo nunca me cortó ningún camino. Mi optimismo me evitó excesivas prudencias; y además no temía el hecho mismo de morir mientras surgiera en mi vida, en un cierto momento: sería el punto final pero aún le pertenecería; en las ocasiones en que creí afrontarla, me entregué serenamente a esa aventura viva: no pensé en el vacío que se abría del otro lado. Lo que rechacé con todas mis fuerzas era el horror de esa noche que nunca sería horrible puesto que no sería, pero que era horrible para mí que existía; toleraba mal sentirme efímera, terminada, una gota de agua en el océano; a ratos, todas mis empresas me parecían vanas, la felicidad era un engaño y el mundo la máscara irrisoria del vacío.

Al menos la muerte me garantizaba contra un exceso de sufrimiento: "Antes que resignarme, me mataré", pensaba. Cuando estalló la guerra esa resolución se afirmó; la desgracia se volvía una posibilidad cotidiana: la muerte también. Por primera vez en mi existencia dejé de sublevarme contra ella. Sentada en la punta del Raz, en setiembre de 1939, me decía: "Tuve la vida que deseaba; ahora puede terminarse: habrá sido." Vuelvo a verme también inclinada en la portezuela de un tren; el viento me azotaba el rostro y yo me repetía: "Sí, quizá el momento de trazar una raya va a llegar; sea, lo acepto." Y como la recibía en mi corazón sin escándalo, comprendí que se la desafiara. Algunos años más o menos cuentan poco comparados con lo que vale esa

libertad, de esa despreocupación que se conquista en cuanto uno deja de huir de ella. Comprendí íntimamente la verdad de frases que me habían parecido vacías: hay que aceptar la muerte cuando no queda medio alguno de salvar la vida; la muerte no es siempre un absurdo accidente solitario: a veces crea con los demás lazos vivientes; entonces tiene un sentido y se justifica. Un poco más tarde creí haber hecho la experiencia de la muerte y saber que no era exactamente nada; dejé algún tiempo de temerla y hasta de pensar en ella.

Pero no me detuve en esa indiferencia. Una noche de verano, algunos días antes del estreno de *Las moscas*, comí con Sartre en casa de Camille; volvíamos a pie desde Montmartre cuando nos sorprendió el oscurecimiento; paramos en un hotel de la calle de l'Université. Yo había bebido un poco, supongo: en mi cuarto tapizado de rojo bruscamente la muerte se me apareció. Me retorcí las manos, lloré, me golpeé la cabeza contra las paredes, con tanta vehemencia como a los quince años.

Una noche, en junio de 1944, traté de conjurar la muerte con palabras. Desprendo algunas de esas notas tales como las tomé al correr de la pluma:

"Yo estaba tumbada en mi cama, el vientre pegado contra el colchón, las rodillas y los pies hundidos en la tierra. En la noche, el silencio se había transformado en un ruido de follaje y de agua, un gran ruido de infancia. La muerte se cerraba sobre mí. Todavía un poco de paciencia e iba a deslizarme del otro lado del mundo, en la región que no refleja jamás la luz. Yo existiría sola, lejos de los demás, en esa pura existencia que quizá sea el exacto reverso de la muerte y que yo sólo conozco en mis sueños: en vano suelo buscarla en el desierto de las montañas y de las mesetas; la soledad nunca es total cuando uno conserva los ojos abiertos. Yo iba a huir a lo largo de una dimensión misteriosa que desharía mi vida y me haría llegar a mi pura presencia; y quizá, en el extremo, encontraría la

muerte, el sueño de muerte que cada vez tomo por una verdad definitiva, dejándome deslizar con una especie de abandono hacia el fondo de la nada, mientras una voz grita: 'Esta vez es en serio, no habrá despertar.' Y alguien permanece y dice: 'Estoy muerta.' Y soñando la muerte que un vivo puede soñar, en ese instante milagroso, la vida alcanza la extrema pureza de mi presencia desnuda. No pasa una semana sin que yo juegue a ese juego de angustia y de certidumbre. Pero esa noche mi cuerpo rechazaba el abandono del sueño, negándose a entregarse ni siquiera en sueños a la muerte, ni siquiera para renegar de ella, negándose a dormir; y no había en mí ninguna angustia, pues ese rechazamiento tenía tanta violencia que la muerte perdía su importancia: el tiempo se abolía, la existencia se afirmaba, sin recurrir a los demás ni al porvenir. Pero esa llama exigía un alimento; un instante, ardió con los recuerdos y las frases que se formaban en mi garganta bastaron para exaltar mi corazón; la vida se henchía, me oprimía: pero ¿cómo vivir en la noche de ese cuarto, en medio de una ciudad con cerrojos? Encendí la luz y acostada en mi cama he escrito estas líneas. He escrito el principio de ese libro que es mi recurso supremo contra la muerte, ese libro que he deseado tanto escribir: el trabajo de todos estos años quizá sólo estuvo destinado a darme la audacia y el pretexto de escribirlo."

. . . . . .

"Y quizá esta muerte que me ha aterrado durante toda mi vida estará agotada en un segundo; no lo advertiré. Accidente o enfermedad, tal vez sea muy *fácil*. Una resignación conduce a otra. Estaré muerta para los demás y no me veré morir."

. . . . . .

"Sin duda, moriré en mi cama; mi cama me da miedo: una barca que me lleva, vértigo; me alejo,. me alejo de la orilla; inmóvil, junto a alguien que habla y sonríe y cuyo rostro se esfuma en la superficie del agua en que me hundo;

me hundo, y me deslizo y parto para ningún lado, sobre mi cama, llevada por el agua, el tiempo, la noche."

Los sueños a los que aludo en las líneas que preceden representaron un gran papel en mi lucha con la muerte. No sé cuantas veces recibí una bala de revólver en pleno corazón; me desmayaba, me abolía: y encontraba una gran paz en ese aniquilamiento que aceptaba. Yo asumía mi muerte, como a menudo había deseado en vano asumir la guerra, la separación: cercarlas, poseerlas, aniquilarlas, gracias a esa posesión. Yo atravesaba la muerte como Alicia atravesó el espejo y, una vez del otro lado, me apoderaba de ella: la absorbía en mí, en vez de disolverme en ella; en resumen, sobrevivía. Me decía al expirar: "¡Esta vez es en serio; esta vez no habrá despertar!" Y permanecía alguien que decía: "Estoy muerta." Esa presencia domesticaba la muerte; estaba muerta y la voz murmuraba: "Estoy aquí." Y luego me despertaba y la verdad me saltaba a la cara: cuando esté muerta, la voz no dirá más nada. A veces me parecía que, si lograba estar exactamente presente en el instante de mi muerte, si coincidía con ella, la haría *ser*: sería una manera de salvarla. Pero no. Nunca me será dada, pensé; y nunca tampoco recogeré el horror que me inspira en una definitiva angustia; seguirá siendo, sin remedio, ese pequeño temor insípido; esos pensamientos de sueño, la imagen trivial de una barra negra deteniendo la serie de los espacios medidos que representan los años y tras la cual la página está en blanco; no la tocaré: sólo conoceré ese gusto falso mezclado al sabor de mi vida. Y tenía miedo de envejecer: no porque mi rostro cambiaría y mis fuerzas disminuirían, sino a causa de ese gusto que iba a espesarse y que se pudriría a cada instante, a causa de esa barra negra que se acercaría inexorablemente.

La barra negra todavía se perdía en la lejanía; pero fatalmente vendrían la ausencia y la separación. Yo andaba en bicicleta, miraba un campo lleno de sol y de vida y mi co-



Escaneado con CamScanner

razón se crispaba: seguirá existiendo y ya no para mí. Cuando era chica, trataba de captar al paso una de las almitas que todavía no se habían encarnado y de decir en su lugar: yo; ahora, imaginaba que alguien más tarde me prestaría su conciencia y que sería yo quien vería por sus ojos. Emily Brontë había mirado esa luna y ese halo de muselina rojiza; había pensado: un día no la veré más. La misma luna en el fondo de todos nuestros ojos: ¿por qué éramos, a través del tiempo y del espacio, irreductibles los unos respecto a los otros? Esa muerte que nos es común a todos cada uno la afronta solo. Del lado de la vida, se puede morir juntos; pero morir es resbalar fuera del mundo, irse, allí donde la palabra "juntos" ya no tiene sentido. Lo que yo más deseaba en el mundo era morir con alguien a quien quería; pero aunque estuviéramos acostados, cadáver contra cadáver, sólo sería un engaño: de nada a nada no existe lazo.

Esta noche informe yo la presentía a través de muertes que no eran la mía. Había habido Zaza; todavía venía a visitarme de noche con su rostro amarillento bajo su capelina rosa; había habido Nizan y muy cerca de mí Bourla. Bourla se había hundido en el silencio, en la ausencia, y un día habíamos sabido que había que dar a esa ausencia el nombre de muerte. Y después, había pasado el tiempo: no terminaba nunca de estar muerto, no terminaría jamás. A menudo, de noche sobre todo, me decía: "¡Enterrémoslo y no pensemos más!" ¡Qué cómodo es un buen entierro clásico! El muerto desaparece en la fosa y su muerte con él; uno tira tierra encima, gira sobre sus talones y ha cumplido o, si quiere, vuelve de tanto en tanto a llorar a ese lugar donde la muerte está metida: se sabe donde encontrarla. Y luego, por lo general, la gente se extingue en una cama, en una casa; su ausencia es el reverso de su antigua presencia: su silla está vacía, se dice; a esta hora hubiera hecho girar la llave en la cerradura. De Bourla, cuando yo paseaba por París, trataba de decir: no está aquí; pero, de todas maneras, no habría estado justamente allí

donde yo estaba: ¿de dónde estaba ausente? De ninguna parte, de todas partes; su ausencia infectaba el mundo entero. Y ese mundo estaba lleno, sin embargo; no queda ningún lugar para el que ya no ocupa su lugar. ¡Qué separación! ¡Qué traición! A cada latido de nuestros corazones renegamos de su vida y su muerte. Un día habremos terminado de olvidarlo. Un día ese ausente, ese olvidado, seré yo.

Sin embargo, yo ni siquiera podía desear escapar a esa maldición: infinita, nuestra vida se disolvería en la universal indiferencia. La muerte reniega de nuestra existencia, pero le da un sentido: por ella se cumple la absoluta separación, pero ella es también la llave de toda comunicación. Yo había intentado en *La sangre de los demás* mostrar que la muerte se quebraba contra la plenitud de la vida; y había querido demostrar en *Pirro y Cineas* que sin ella no podría haber ni proyectos ni valores. En *Las bocas inútiles*, por el contrario, es el horror de esa distancia entre vivos y muertos lo que yo había querido pintar. Cuando empecé en 1943 *Todos los hombres son mortales*, lo encaré ante todo como un largo vagabundeo alrededor de la muerte.

De esta novela hablaré más adelante, pues se enriqueció durante el primer año de la posguerra. Quiero solamente hacer una observación. Antes de escribir *La invitada*, anduve tanteando durante años; desde el momento en que la empecé, ya no dejé de escribir, salvo durante los breves períodos en que los acontecimientos me ocupaban por entero o me paralizaban; el paso de mi experiencia a la literatura no me planteó ningún problema capital. Lo mismo ocurre con la mayoría de los escritores; mi caso no tiene nada excepcional: es una razón de más para que sea oportuno considerarlo de cerca. ¿Por qué en adelante siempre tuve "algo que decir"?

Primeramente, sabía mejor mi oficio y había cobrado confianza; cuando la idea de un libro me trabajaba la cabeza, tenía la certeza de que sería publicado: yo creía en su exis-

tencia y eso me ayudaba a hacerlo existir. Pero hay otra razón mucho más esencial. Ya lo he dicho: solamente cuando una falla se había abierto en mi experiencia, yo podía adquirir perspectiva y hablar de ella. Desde la declaración de la guerra, las cosas habían dejado definitivamente de ser dadas por sentadas; la desdicha había irrumpido en el mundo: la literatura se me había hecho tan necesaria como el aire que respiraba. No creo que sea un recurso contra la desesperación absoluta; pero yo no había sido reducida a ese extremo, lejos de eso; lo que yo había sentido personalmente era la patética ambigüedad de nuestra condición, a la vez atroz y exaltante; yo había comprobado que era incapaz de mantener juntos los dos aspectos, como también de articulár claramente en mí misma el uno o el otro: siempre me quedaba más aquí de los triunfos de la vida y de sus atrocidades. Consciente del abismo que separaba lo que yo sentía de lo que es, yo necesitaba escribir para hacer justicia a una verdad con la cual no coincidía ninguno de los impulsos de mi corazón; creo que muchas vocaciones de escritor se explican de una manera análoga; la sinceridad literaria no es lo que uno por lo general imagina: no se trata de describir las emociones, los pensamientos que instante por instante nos atraviesan, sino de indicar los horizontes que no tocamos, que apenas vemos y que, sin embargo, están ahí; por eso, para comprender a través de su obra la personalidad viva de un autor, hay que darse mucho trabajo. Por su parte, la tarea en la cual se interna es infinita, pues cada uno de sus libros dice demasiado y demasiado poco. Aunque se repita y se corrija durante decenas de años, no conseguirá jamás captar sobre el papel, como tampoco en su carne ni en su corazón, la realidad innumerable que lo rodea. A menudo, el esfuerzo que hace para acercarse a ella constituye en el interior de la obra una especie de dialéctica; en mi caso, se manifiesta claramente. El final de *La invitada* no me satisfacía: no es el asesinato lo que permite sobreponerse a las dificultades engendradas

por la coexistencia. Quise, en vez de esquivarlas, encararlas de frente; en *La sangre de los demás*, en *Pirro y Cineas*, traté de definir nuestra justa relación con los otros. Decidí que, a las buenas o a las malas, intervenimos en los destinos ajenos y que debemos asumir esa responsabilidad. Pero esa conclusión exigía una contrapartida; pues yo sentía con acuidad que, a la vez, era responsable y nada podía hacer. Esa importancia fue uno de los principales temas que toqué en *Todos los hombres son mortales*. También intenté rectificar el optimismo moral de mis dos libros anteriores describiendo la muerte, no solamente como una relación de cada hombre con un todo, sino también como el escándalo de la soledad y de la separación. Así cada libro me lanzó en adelante hacia un libro nuevo, porque el mundo se me había revelado como desbordando todo lo que yo podía sentir, conocer y decir.

Esta edición de La plenitud de la vida
de Simone de Beauvoir
se termino de imprimir
el día 15 de enero de 1982
en los talleres gráficos de
Industrias Gráficas Emegé
Londres 98, Barcelona